MARIO BRICEÑO–IRAGORRY

Vol. 20

OBRAS COMPLETAS

EPISTOLARIO I

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1997

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Impresión: Imprenta Nacional
Caracas/Venezuela/1997
ISBN 980–231–082–4 – Obras Completas
ISBN 980–231–138–3 – Vol 20

MARIO BRICEÑO–IRAGORRY

Vol. 20

OBRAS COMPLETAS

EPISTOLARIO I

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1997

CONGRESO DE LA REPUBLICA

Cristóbal Fernández Daló
Presidente

Ramón Guillermo Aveledo
Vicepresidente

COMISION EDITORA

José Rodríguez Iturbe
Diputado

José Agustín Catalá
Jefe de la Oficina de Investigaciones
Históricas y de Servicios de Publicaciones

Fundación "Mario Briceño–Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 20 IX

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 20

Epistolario I

DIALOGOS DE LA SOLEDAD

Aviso 7
Mis ideas y mi conducta 9
La resistencia interior 37
Auto–crítica y unidad 49
El caso de Guatemala 59
Por el decoro de la Patria 77
Moral, pecado y espíritu 83
En torno al asilo diplomático 99
Positivismo y tradición 109
El mundo mejor 123
Política interamericana 131
Fuentes morales de la autoridad 145
Libertad y convivencia 157
En pos de un nuevo espíritu 163
Libertad y humanidad 171
Dignidad y convivencia 177

Pág.

EPISTOLARIO INEDITO

Miguel Acosta Saignes 187
Manuel Aguirre Elorriaga 193
Antonio Alamo 197
Leonardo Altuve Carrillo 207
Alejandro Alvarado Quirós 211
Federico Alvarez Feo 219
Humberto Angrisano 247
Ildebrando Antoniutti 257
Antonio Anzola Carrillo 261
Antonio Martín Araujo 271
Ignacio Luis Arcaya 277
José María Areilza 283
Rafael Arias Blanco 287
Edmundo Arias Paz y José Austria 295
Tomás Arias 299
Antonio Arráiz 303
Eduardo Arroyo Lameda 307
Crispín Ayala Duarte 313
Leopoldo Baptista 321
Pedro Pablo Barnola 327
Félix Becerra 347
Críspulo Benítez Fontúrvel 351
Eduardo Berdejo Casañal 355
Rómulo Betancourt 363
Andrés Eloy Blanco 383
Omar Briceño Iragorry 395
Hermanos Briceño Picón 399
Jesús Omar Briceño Picón 405
Américo Briceño Valero 423
Miguel Angel Burelli Rivas 483
Rufa Silvia Bustillos 499
Rafael Caldera Rodríguez 505
Antonio Ignacio Camargo 595
Diego Carbonell 601
Atilano Carnevali 609

Pág.

Tomás Carrasco y otros 615
Alfonso Carrillo 619
Tomás Enrique Carrillo Batalla 625
Pedro Carrillo Márquez 631
Julio Casares 635
Ernesto de J. Castillero 639
Fernando Cento 645
Aquiles Certad 655
Antonio Chalbaud Cardona 661
Tulio Chiossone 665
Pedro Chirinos y otros 669
Conde de Mayalde 673
Concejo Municipal del Distrito Federal 681
Luis Correa 687
Leopoldo Correa 693
Héctor Cuenca 701

Indices del volumen 13
Indice onomástico 715
Indice de materias 739

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENACION DEL VOLUMEN 20

Una temprana toma de conciencia sobre el valor y trascendencia de su palabra lleva a Don Mario Briceño Iragorry a dejar copia de las cartas que iba dirigiendo a sus amigos o a personalidades de la política internacional, especialmente aquellas que tenían a veces en sus manos la posibilidad de producir cambios o buscar soluciones a la problemática que progresivamente iba planteando. Esas epístolas, unas de carácter particular y otras de interés más público —a veces también dirigidas a personajes imaginarios—, contienen opiniones, reflexiones, juicios o críticas suscitadas por los más variados acontecimientos mundiales, del continente, o del país durante cuarenta años.

En su archivo personal quedaron para fortuna de la historia intelectual y política del país algunos copiadores de epístolas. En ellos las cartas se encuentran ordenadas cronológicamente y están relacionadas con el período de desempeño de funciones administrativas —a partir de 1918 en Trujillo—; e igualmente existen carpetas con los duplicados de las redactadas posteriormente en diversos momentos de su vida pública y privada. También allí se pueden localizar muchas de las que él recibiera. De casi toda su producción epistográfica, MBI va dejando copias, individuales o múltiples, de acuerdo a la importancia que él le concediera a cada documento. Esa impresionante documentación conforma una parte fundamental de su obra pues representa un reflejo nítido del historial ideológico de su autor, la expresión más fiel de su carácter y sentimientos, y un espejo en donde se muestra claramente la historia viva del país expresada en la palabra escrita de sus más destacados protagonistas.

Don Mario recoge día a día, carta a carta, sus reflexiones sobre los problemas nacionales o universales más angustiantes, y los vierte al

medio que le proporciona la comunicación más directa para compartirlas con sus pares espirituales, aquellos seres receptivos a sus meditaciones y preocupaciones, los amigos cercanos a su pensamiento y a su corazón, aunque distantes. A ellos envía largos "ensayos", "erasmianas cartas" como las titula Picón Salas, precedidos y concluidos apenas con un saludo o una breve nota personal. Esos amigos epistolares formaban lo más selecto de la intelectualidad y la política venezolanas de los años 30 a los 50.

En esos documentos expone lo más medular de sus escritos, lo esencial de su obra anticipando ideas por desarrollar o refiriéndose a lo ya expuesto en sus libros, y están dotados de un carácter íntimo, de expresión de lo más personal, lo del entorno familiar, la meditación de carácter espiritual, y el dato autobiográfico sólo expresable en ese género y sólo para aquellos amigos sensibles e idealistas —sobre todo si se toma en cuenta el rechazo mantenido siempre a las manifestaciones de carácter autobiográfico. Estos elementos de tinte más confidencial tan propios del género epistolar no pasarán a sus libros y dan una índole muy especial y muy particular a los materiales incluidos en estos volúmenes de sus **Obras Completas.**

Muestras del género epistolar cultivado con tanto tesón por MBI, habían aparecido en algunos de sus libros; ya en **Ventanas en la noche** (1925), uno de los primeros, reproduce una carta al doctor J.M. Núñez Ponte; **El caballo de Ledesma** (1942) está integrado casi en su totalidad por correspondencia enviada a una amiga nunca identificada, a José Nucete Sardi y a Walter Dupouy; **Mi infancia y mi pueblo, Temas inconclusos** y **Diálogos de la soledad** poseen igual sustrato, pero a este último incorporó lo correspondiente al período de su exilio en España a partir de 1953.

Briceño Iragorry tenía noción muy clara del valor de estos materiales y había previsto publicar algún otro tomo de similares características a **Diálogos...**, por ello hemos encontrado en su archivo muchas cartas con correcciones o breves acotaciones de su mano hechas al regreso del exilio, indicio de su preparación para editarlas. Esa correspondencia le había servido en diversas etapas de su vida (desde Costa Rica, Guatemala, Panamá, Bogotá, Madrid o Génova) como medio para man-

tener un diálogo permanente, que sirviera para mitigar la soledad familiar, el relativo aislamiento intelectual y la nostalgia impuestos por distintos distanciamientos —voluntarios o forzados— de la patria. De ahí lo particularmente voluminosa de su correspondencia para aquellos a quienes consideraba más leales y constantes en su amistad: Luis Villalba Villalba, Mariano Picón Salas, Joaquín Gabaldón Márquez, José Rafael Gabaldón, Eduardo Picón Lares, Caracciolo Parra León, Numa Quevedo, Manuel Antonio Pulido Méndez, Jóvito Villalba y los sacerdotes José Humberto Quintero y Nicolás Navarro. Este selecto y privilegiado grupo de amigos son los testigos distantes de sus congojas, de sus sufrimientos físicos, del dolor de patria, de la tristeza del padre alejado de sus hijos y nietos; sin embargo, don Mario se sobrepone a sus angustias familiares para manifestar su estremecedora preocupación por la crisis del país y los problemas urgentes de su identidad, historia y cultura.

También es muy nutrido el intercambio epistolar, aunque de carácter más formal y por momentos más denso y polémico, desde el punto de vista ideológico, con personajes como Rafael Caldera, Rómulo Betancourt, Eduardo Santos (ex Presidente de Colombia), Luis Herrera Campíns, Américo Briceño Valero, Augusto Mijares, o a los Presidentes López Contreras y Medina Angarita.

Esa vasta correspondencia por su carácter de documentos privados, deja traslucir aspectos más íntimos de su personalidad y naturaleza, así como también la angustia que le ocasionaban, como a hombre dotado de una muy especial sensibilidad, los acontecimientos no sólo de su país, sino también del resto del mundo, sobre todo, aquellos atinentes al universo de sus inquietudes intelectuales: la dignidad y solidaridad humanas, la justicia, la ética y los valores espirituales.

Particularmente ricas son las cartas referidas al tema del perezjimenismo. Su intransigente oposición al régimen dictatorial lo lleva a buscar una vía de escape, de expresión a sus ideas antagónicas y de búsqueda de la tolerancia política y cooperación de quienes adversaban el sistema para lograr su derrocamiento. Impedido de opinar abiertamente en la prensa de su país por la censura impuesta a sus escritos, y en España

además de las limitaciones inherentes a su condición de asilado político por las presiones del gobierno venezolano ejercidas a través de su Embajada en Madrid, recurre al género epistolar para hacer llegar, tanto a los exiliados en otros países como a quienes permanecían en Venezuela, su mensaje opositor y aleccionador, y para tratar en ocasiones de ejercer alguna presión internacional a través de personalidades de la política o la iglesia a quienes comunicaba los horrores del régimen totalitario, y desmentir a algunos portavoces de las realizaciones del gobierno perezjimenista, el general Eleazar López Contreras, entre ellos.

No es menos importante su campaña para poner de relieve la crisis de la iglesia venezolana, entregada por intereses bastardos a la voluntad del gobierno, olvidando su compromiso con la verdad, la ley y la justicia social.

De la correspondencia incluida en este volumen, primero de los cinco dedicados al género epistolar, vale la pena destacar las remitidas a Federico Alvarez Feo, donde expresa cómo un condicionamiento social y familiar lo lleva á ocupar cargos políticos en el período de la dictadura gomecista y su no compromiso ideológico con el régimen; las dirigidas a Rafael Caldera, fiel reflejo del difícil panorama político del país en los años 30 y 40 en las cuales busca comunicarle sus ideas en torno a la necesidad de asumir en el país una mayor tolerancia y auténtica justicia social; o el intenso intercambio cruzado con su tío el historiador Américo Briceño Valero, ricas en datos autobiográficos, clarificadores de los cambios producidos en Don Mario en sus años juveniles cuando después de atravesar por un período de furibundo ateísmo —bajo el influjo, según lo confiesa, del tío Américo y más tarde del Rector de la Universidad de Los Andes, Doctor Diego Carbonell— regresa al seno de la religión por la persuasión de amigos de la etapa merideña, Caracciolo Parra Pérez, Eduardo Picón Lares y el Pbro. Enrique María Dubuc.

Queda entonces en el presente volumen y en los cuatro que le siguen el invalorable testimonio epistolar de Don Mario, extraído de su archivo personal, al cuidado de su hijo el doctor Jesús Omar Briceño Picón. De allí se ha recogido un número importante de esos documen-

tos fechados a partir de 1924, obviándose sólo aquellos de menor trascendencia, las de índole administrativa o las estrictamente familiares. Ordenadas alfabéticamente de acuerdo al destinatario y a su vez en secuencia cronológica estas cartas van acompañadas, cuando ha sido posible de la respuesta del destinatario o, a veces, de la antecedente que la motivó.

El Comité Editor

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 20

DIALOGOS DE LA SOLEDAD (1958)[1]

(1) Tomado de la 1ª ed. Mérida: Universidad de los Andes, 1958. 253 p.

A MIS HIJOS

AVISO

He examinado cuidadosamente las numerosas cartas de que me valí para el diálogo solitario mantenido con los amigos durante mis años de destierro. De ellas he escogido el grupo pequeñísimo que aquí aparece, por contener ideas que son manera de complemento para el tomo "Ideario político", en donde reproduzco, para satisfacer generosa solicitud de amigos, los ensayos publicados en Madrid durante el año 1953.

De estas cartas algunas en sí mismas han sido depuradas de ciertas referencias a temas que aún no han alcanzado la perspectiva histórica que permita su publicación integral, a tiempo que reservo, por igual causa, otras donde palpita también la profunda angustia por el problema de la libertad y de la seguridad de Venezuela.

Las doy al público por cuanto en ellas aclaro hechos referentes a mi propia conducta de escritor y de político y por contener alguna doctrina política, de urgida vigencia en nuestro medio.

Al examinar el largo material epistolar que me sirvió para comunicarme con otros amigos, empeñados, como yo, en buscar los medios de luchar contra la dictadura, he hallado contradicciones de juicio sobre una misma persona y contradicción en estados de conciencia, provocados por las escasas y aun deformadas noticias llegadas de la Patria. Ocurre, también, ver en ellas la mutación, ora favorable, ora para peyoridad, ocurrida en el ánimo y en la conducta de muchos hombres en el juego de oposición al perezjimenismo.

En las presentes páginas se pone en resalto el propósito unitario que guió mi conducta de desterrado. A su tiempo recogeré la línea del pro-

ceso de inteligencia seguido en el Exterior por hombres de distintas ideas políticas que, sobreponiéndonos a lo particular, buscamos ardientemente el común denominador que nos juntase para la suma eficaz. Entre mis recuerdos de desterrado —casi todos ingratos— se alzará siempre con subido precio la complacencia que para mí llegó a constituir el hecho de ver cómo mi casa de Madrid servía de cita y de unión para los venezolanos perseguidos. Acciondemocratistas, urredistas, copeyanos, comunistas e independientes, militares y civiles, hombres y mujeres, preocupados todos por los problemas de Venezuela, sabían que en mi casa encontraban la mano de un venezolano empeñado en superar todo lo que significase pugnacidad en el camino de ganar la liberación del país. Esta modesta cooperación a la causa de la unión de los opositores al régimen depuesto, hace que en mí repercuta muy hondamente el regocijo de ver embrazados a los líderes de los partidos políticos, hoy entregados a la obra de construir en el mundo civil una conciencia responsable y uniforme, que permita al pueblo defenderse de cualquiera nueva irrupción de la violencia irresponsable.

Podrán pensar quienes todo lo adoban con la malicia, que esta publicación y las otras semejantes, obedecen a fines vanidosos. Mi conducta durante los cinco años de destierro evidencia a la saciedad que mi labor sólo estuvo enderezada a solicitar medios para la propaganda contra la dictadura, jamás a exhibir mi flaca obra de escritor en tribunas y en revistas de América y Europa. Me desdeñé de los caminos que pudieron ayudarme en la vana propaganda de mi nombre, para consagrarme por completo a servir a Venezuela. Hoy, el país ha recobrado las perdidas libertades y mi trabajo de fuera se trasladará al vivo interior de la República. Gocen otros los beneficios que ofrecen los cuadros de la política y de la administración. A mí me basta sentirme libre de las trabas que aminoraban mi integridad cívica, tanto como saberme obrero de la nueva libertad con que huelgan y se benefician aun perezosos compatriotas, que contemplaron a través de disimuladas celosías la tragedia de la Patria, tal como los godos de 1811, según decir de José Domingo Díaz, miraban la alegría del pueblo que festejaba la libertad. Son la misma raza diagonal, a quien sólo interesa el propio beneficio.

M. B. I.

Génova, 2 de marzo de 1958.

MIS IDEAS Y MI CONDUCTA

Madrid, mayo de 1953

Mons. Doctor
J. Humberto Quintero
Mérida.

Mi querido Humberto:

Días hace que estoy pendiente de escribirte esta carta, para la cual se me ha hecho difícil hallar hora de comienzo. Entre las escasas palabras de lealtad personal que recibí en Caracas antes de partirme al Exterior, figuran las muy cariñosas tuyas, trasmitidas por boca del común y noble amigo, cuyo nombre me guardo, en razón de la desparramada venganza que hoy informa la conducta de los directores de la política venezolana.

Te debía estas líneas por motivos varios. Por mí, en especial; después, por expresarte mi gratitud y mi cariño. Pero, de manera muy principal, por nuestra Patria y, también, por esta Patria lejana y vecina, en cuya historia portentosa tienen su permanente manadero los ideales cristianos que dignifican nuestra vida de mortales.

Empezaré por mí mismo. Sin ser adherente de la filosofía existencialista en sus deformaciones sartrianas, creo con Kierkegaard que sin la definición de nuestra propia personalidad, carece de validez toda filosofía y de sentido toda crítica. Hay, pues, un poco de egoísmo, un tanto de deseo de ser uno en sí, en toda actividad lógica del hombre.

Cuando nos acercamos a la misma Eucaristía, buscamos nuestra individual senda de eternidad en el Cuerpo del Señor. Ese sano egoísmo, esa obligada salvación de nosotros mismos, que no es perfecta sino en cuanto nos sabemos obligados a propender a la salvación ajena, es natural que se distienda hacia todas las expresiones de nuestra vida exterior. Egoístamente empiezo, pues, a escribirte, sin que falte en ese egoísmo el natural placer de comunicarme con personas de tu altitud espiritual.

Ya voy caminando el quinto mes de mi forzado destierro y, consiguientemente, he logrado la serenidad de juicio que permite ver la realidad de nuestra propia conducta. A estas alturas de tiempo no tengo nada que quitar ni nada que poner a mis enjuiciamientos de fines de 1952.

Cuando fui a la lucha electoral no creí en un cambio inmediato de la realidad venezolana. Tenía fe en el pueblo, pero no tanta como para esperar una cosecha victoriosa. Fui a la lucha eleccionaria no en busca del Poder, sino a servir al país. "Hay necesidad, dije entonces, de hacer uso del filo que señalan al civismo las espadas gobernantes, como oportunidad de expresar la voluntad cohibida de las mayorías nacionales". Fui a ser voz de un dolor más que a dirigir las masas para un presunto triunfo. La lección del 30 de noviembre es, en cambio, lección de madurez, que me da derecho a esperar un vuelco favorable en los destinos de Venezuela. Aquel día nuestro pueblo fue el mismo pueblo que dijo el 19 de abril de 1810, "el pueblo pide, el pueblo quiere, el pueblo manda".

Al dejar el País, sabía que pasaría largo tiempo fuera y que habría de soportar una vida de privaciones, de calumnias y de amarguras. Hoy, cuando saboreo éstas, por nada me arrepiento de mi conducta pública, tergiversada o no entendida, y aun calumniada, por muchos que ayer ocuparon sitio egregio en los mejores cuadros de mi amistad y de mi aprecio.

Para nadie es un secreto, y yo mismo he de reconocerlo sin faltar a la modestia, que en torno a mi nombre se empezó a formar una favorable corriente de opinión a causa de mis tesis nacionalistas. Antes

que la Embajada de Estados Unidos me hubiera negado la visa para viajar al Norte*, había circulado mi libro "Mensaje sin destino", resumen de ideas publicadas en discursos, ensayos y columnas de periódicos. Sin embargo, no ha faltado quien diga que ese metódico y decantado cuerpo de ideas es mero producto de resentimiento hacia la gran Nación cuyas autoridades me negaron arbitrariamente visitar. Claro, y eso jamás podría negarlo, ni nadie sería capaz de dejar honradamente de comprenderlo, que la actitud de la Embajada estadounidense levantó el tono de los añejos y sólidos sentimientos nacionalistas que distinguen toda mi ya larga obra de escritor.

La negativa de la visa fue, en cambio, adminiculada por el público a la aparición de "Mensaje sin destino". El anuncio de que los yanquis me cobraban las tesis contenidas en el libro, correspondía, aunque no fuera cierto, a una realidad incontrovertible. Los norteamericanos ven con recelo a quienes expresan ideas contrarias a sus planes de dominio. El pueblo, sin embargo, no estaba errado. Su tino del momento me hizo, en cambio, comprender que la inteligencia nacional se hallaba madura para la captación del problema. El canon aglutinante, de cuya carencia me quejaba, resultó ser el tema de la nacionalidad. La reacción del pueblo y su posterior interés por mi obra de escritor, me dio la clave de su pensamiento frente a los problemas de la Nación. Entonces, en forma polémica, volví sobre las viejas tesis de "Tapices de Historia Patria" y busqué unir el concepto de tradición con los temas creadores de lo nacional. Los valores del viejo hispanismo se remozaron como dimensión defensiva de la nacionalidad, y en una serie de artículos me di a desarrollar todos los enunciados de "Mensaje sin destino" (De ahí mis libros "Alegría de la Tierra", "Introducción y defensa de nuestra Historia" y "Aviso a los Navegantes", próximo este último a aparecer).

En medio de la entrega de la soberanía que hacían los políticos, mis planteamientos adquirieron una posición que hizo meditar al pueblo venezolano. El interés mayor nacía de que a mí no se me puede hon-

(*) La visa fue condicionada a responder el cuestionario común para los viajeros, requisito del cual me consideré exento por ser portador de un pasaporte diplomático.

radamente motejar de marxista. Por el contrario, fueron valores enraizados en la tradición católica y española los que tomé de sustentáculo para mis argumentos nacionalistas. A la propia Virgen María invoqué como tema defensivo de lo criollo. La vieja lucha contra los luteranos que comandaban los barcos filibusteros y la nueva expansión del protestantismo dirigida a servir los planes del Departamento de Estado, fueron traídos por mí a flor de debate en la campaña encaminada a defender los intereses sagrados de la Patria. Hubo durante la polémica un curiosísimo y paradójico momento en que, mientras los venezolanos al servicio de los yanquis calificaban de izquierdizantes mis tesis nacionalistas, los protestantes, por creerme enemigo de la libertad religiosa, me exhibían como expresión del más tenebroso espíritu reaccionario. "Impenitente espíritu reaccionario en materia religiosa", me llamó no sé quién en Cumaná. Cuando me he visto atacado en esta forma por tirios y troyanos, más me afinco en el convencimiento de hallarme ubicado en los justos medios que aconseja la prudencia.

Supo también el pueblo que mi casa de habitación había sido requisada por las autoridades y yo sometido a vejatoria detención, en razón de haber asumido la Presidencia del Comité de Defensa de la Economía Nacional, encaminado a proteger nuestros incipientes intereses industriales y nuestra abandonada agricultura, en la oportunidad de ser discutido el proyecto de Tratado Comercial con Estados Unidos. Para el gobierno actual, como para las clases altas de la oligarquía capitalista, defender los intereses del pueblo, amenazados permanentemente por la voracidad del comercio yanqui, ha llegado a ser delito imperdonable, así como pronunciar la palabra lealtad es falta grave en la casa de los traidores. Supo el pueblo, también, que en mayo pasado se me amenazó con echarme del País porque había hablado en un centro cultural formado por preocupados muchachos del Liceo "Andrés Bello", de la necesidad de robustecer la conciencia de la nacionalidad.

Cuando se desarrollaba la campaña electoral, ambos partidos políticos —Copei y URD— comprendieron que al pueblo servía de estímulo el tema de la defensa de nuestros valores nacionales. Más amplia, para el caso, la Directiva urredista solicitó la colaboración de políticos in-

dependientes. A mí se me pidió que aceptase un puesto en la lista de candidatos de URD para Diputados a la Asamblea Constituyente. Mi primera intención fue no aceptar. Sabía que mi salud no era lo suficientemente vigoroza para esta clase de lucha; pero comprendí, también, que una negativa me exponía a que se me mirase como hombre dispuesto a exponer ideas desde una cómoda butaca, empero huidizo del momento del sacrificio.

Si alguna vez, mi querido Humberto, un político venezolano ha hecho algo sin otro móvil que merecer un buen concepto, eso lo hice yo al aceptar la candidatura de Diputado. Yo no fui, repito, en busca del poder. Aquello se preveía como una pelea perdida por la oposición. Entré en la lucha en busca apenas de oportunidad propicia para hablar al pueblo acerca de la necesidad de defender nuestro destino histórico, amenazado por el entreguismo de la hora, y acerca del deber imperioso de buscar una fórmula eficaz que pusiera fin a la persecución y al crimen que son signos del régimen que sufre nuestra Patria. Cumplí en parte el deber asumido al presentarme ante el pueblo. La honestidad de mi propósito tuvo por pago el destierro en que hoy vivo y el sacrificio de la tranquilidad de mi familia. Mientras tanto, allá huelgan quienes tienen duro el corazón y cerrada la mente ante el crimen que siega vidas y sordos los oídos para no escuchar las quejas de un pueblo que padece vejámenes, persecuciones, torturas y destierros.

Mi nombre tuvo un apoyo que rebasó los límites de la región para la cual se me postulaba. Del Zulia, de Lara, de Falcón, de Guárico, de Trujillo, de Monagas, de Miranda se me llamaba para intervenir en las concentraciones del pueblo. Maestros, estudiantes, obreros, escritores, artistas formaron comités de apoyo a mi candidatura. En ellos cooperaron comunistas. ¿Podría yo impedir que sectores políticos de ese tipo buscasen espontáneamente votos para mí? En cambio, cuando la directiva de una fracción comunista intentó hacer un mitín electoral para apoyarme e hizo publicar mi retrato junto con los retratos de los presuntos oradores, hice llegar a éstos mi protesta. ¿Puede, en cambio, objetar alguien que no sea un calumniador, que los votos de los comunistas —forzados por la autoridad a ir a las urnas— estaban condicionados a un pacto conmigo o con el Partido URD? ¿Expuse yo

alguna idea, algún principio político que no lo hubiera podido respaldar el propio Copei? Otro es el caso de que mi posición nacionalista al atacar la política imperialista de Estados Unidos, y en especial el entreguismo vergonzoso de nuestros pitiyanquis, suene bien a los comunistas. La culpa en este caso no es mía, sino de la torpe política que en Latinoamérica desarrolla la grande nación del Norte y de la humillada ciudadanía de quienes, por una copiosa ración de lentejas, venden la dignidad de la República y el derecho a ser vistos en ella como dignos primogénitos.

Tampoco creo yo, mi querido Humberto, que Estados Unidos esté defendiendo el porvenir de la civilización cristiana. En esta añagaza caí cuando la segunda guerra mundial. Tal fue entonces mi fe en las ideas de que Estados Unidos e Inglaterra se dijeron defensores, que estuve anuente, como lo estuvieron Caracciolo Parra Pérez y todo el Gabinete de Medina —Gustavo Herrera, José Nicomedes Rivas, Rodolfo Rojas, Rafael Vegas, Julio Diez, Uslar Pietri— con la idea de que Venezuela atendiera la insistente insinuación de Estados Unidos en orden a que estableciese relaciones diplomáticas con la URSS, ya que esta potencia había contribuido poderosamente a la derrota de los nazi-fascistas, entonces mirados como los máximos enemigos de la Democracia. Hoy, en cambio, para la supuesta "defensa del mundo libre", Estados Unidos fomenta y sostiene en nuestra sufrida América regímenes dictatoriales como el de Marcos Pérez Jiménez.

Creí yo en aquel tiempo que después de la derrota de Alemania no vendría la bomba de Hiroshima sino una política convivente en el ancho y dolorido mundo. Ya había escrito en "Temas Inconclusos" que de la vida atormentada de los refugios subterráneos, donde la noción de clase desaparecía ante la común angustia, surgiría una humanidad llamada a ser mejor por la reflexión y dispuesta a seguir mejores vías en el proceso del mundo por venir. Personeros de Estados Unidos, como Summer Welles, habían declarado que por medio de aquella lucha se buscaba la formación de una democracia internacional que garantizase "la paz, la libertad, la seguridad a todas las naciones". ¡Buen cumplimiento está dando Estados Unidos a aquellos noblísimos propósitos!...

El caso, como lo estamos viendo todos, ha resultado contrario a las engañosas promesas. Estados Unidos, lejos de precipitar en el orden económico un cambio que pudiera nulificar los programas revolucionarios del socialismo ateo, se ha empeñado en una carrera guerrerista que le asegure los mercados del mundo, con el agravante funesto de que no se trata de colocar una superproducción de harina, de leche, de tejidos, de maquinaria últil, sino una inacabable producción de material de guerra. Basta leer la prensa americana de estos días y sus comentarios referentes a la crisis que sufriría la industria yanqui en el caso de que se produjese la anhelada paz en Asia. El capital norteamericano teme la paz y fomenta, consiguientemente, la guerra. Al mismo tiempo los políticos hacen profesión adúltera de ideales pacifistas e invocan hasta los sagrados intereses de la cristiandad como estímulo de alianza con nuestros infelices países latinoamericanos, cuyo recio catolicismo quieren tomar los protestantes del Norte como elemento que incline la voluntad de nuestros pueblos hacia la nueva esclavitud, mientras, por otra parte, los planes colonialistas utilizan las misiones protestantes como elemento que desquicie la unidad de conciencia de nuestros pueblos.

A mí nada me resulta tan paradójico y espantoso como ver a las viejas colonias hispánicas del Nuevo Mundo sumadas al carro de conquista de Estado Unidos. Nosotros, que nos levantamos contra la autoridad de una Metrópoli lejana, la cual nos dio su espíritu y su forma, por medio de un proceso de trasplante cultural, jamás igualado en el orden colonizador; nosotros, repito, hacemos hoy coro sumiso a un sistema esclavista, que realiza atrocidades jamás imputables a la gran nación española. Nuestros países latinoamericanos, después de haber desfigurado la propia misión histórica de libertad e independencia que les dio fisonomía en el orden de las naciones, se agregan hoy a las tesis guerreristas de nuestros nuevos opresores del Norte, hasta llegar, como Colombia adolorida y sangrante, a enviar sus pobres hijos al sacrificio inhumano de Corea.

Nada tan incierto como la tesis norteamericana de una lucha contra el comunismo como doctrina y sistema moral de vida. Estados Unidos no persigue sino el mantenimiento de un dominio imperialista sobre

pueblos de economía atrasada, donde pueda adquirir a bajos precios materias primas y donde pueda colocar fácilmente los productos de su vasta industria. Esos pueblos se llaman China, Corea, Indonesia, Siam, Venezuela, Cuba, Costa Rica, Guatemala. El Embajador Americano en Bogotá me dijo en 1950 que la salvación de la paz interna de los pueblos latinoamericanos, "tan dados a fantasías revolucionarias", adelantaría mucho si se lograse dar carácter nacional a los partidos comunistas locales y segregarlos así de la influencia del Kremlin. Es decir, el funcionario yanqui, por quien hablaba su propio gobierno, pues no suelen ellos expresar nada que se aparte del criterio del Departamento de Estado, solamente medía el peligro político de la URSS como potencia competidora y no el riesgo que pueda constituir el fondo ideológico que sirve de fundamento al sistema soviético. La filosofía sustancial de los gobiernos en nada les arredra, como no arredra el sistema de Tito a los políticos que acaban de agasajarlo de modo vergonzante en su visita a Londres. ¿Habráse visto algo más contradictorio que mientras las potencias de la NATO se afanan en formar un cuerpo de ejército que defienda la vieja Europa de la expansión comunista, Gran Bretaña festeje al dictador yugoeslavo, tan comunista como Lenin, Stalin o Malenkof, pero, en cambio, divorciado de la URSS?...

Jamás he creído en la sinceridad de una lucha doctrinaria anticomunista como política de Estados Unidos. Este país lucha por el dominio material del mundo. A él sólo interesa la explotación de los pueblos. El comunismo se adversa de otra manera. El comunismo, en su parte filosófica de negación de los valores cristianos, se vence haciendo triunfar estos valores, ya en sí mismos, por medio de la práctica de una cultura que eleve y ennoblezca la conciencia de los pueblos, ya promoviendo caminos fáciles para que los conceptos de paz, de justicia, de concordia dejen su altura intangible en los discursos de los políticos y bajen a fecundar la realidad operante.

Por lo que dice a lo específico de su propaganda, Estados Unidos no utiliza el tema cristiano en sí tanto como el tema de la libertad, dicha en peligro por la forma política del régimen soviético. Con la autoridad moral que les da la severa tradición democrática de Washington,

de Jefferson, de Lincoln y de Roosevelt, los americanos se dicen en la obligación de "defender el mundo libre" contra todo peligro totalitario. No entraré a investigar el sistema interno de Estados Unidos, donde hoy se practican formas inquisitoriales que dan la cangreja al propio Torquemada. Me referiré apenas a los aliados exteriores del presunto sistema defensivo de la libertad mundial. ¿Serán, por ejemplo, para no mentar a otros, el coronel Osorio, de El Salvador, y el coronel Pérez Jiménez, de Venezuela, pilares adecuados para soportar un orden dirigido a la defensa de la justicia, de la equidad, de la paz, de la concordia y de la libertad, en el cual pueda sentirse a sus anchas la dignidad humana? Esto sería tanto como buscar refuerzo en los prostíbulos para una campaña a favor de la castidad. Por la calidad de los socios que Estados Unidos utiliza en nuestra América para "defender el mundo libre", puede juzgarse la sinceridad de sus propósitos democráticos de hoy. Con tales aliados, los políticos y los plutócratas norteamericanos están diciendo que les es grata la irresponsabilidad de los regímenes de fuerza, por cuanto a su amparo juegan con el destino de los pueblos. Políticos y plutócratas digo, ya porque el pueblo americano en sí es algo distinto de como lo presentan sus dirigentes al juicio del mundo. Tanto como nosotros, él sufre la injusticia del régimen y tanto como nosotros ama la libertad y la convivencia.

En reciente oportunidad oí explicar al eminente Arzobispo de Valencia, Excmo. Sr. Olaechea y Loizaga, cómo el comunismo no se vence con bombas atómicas sino con caridad cristiana. Y para hacer más precisa su posición, se refirió el egregio Prelado español al peligro que para el mundo cristiano representan tanto el comunismo como el capitalismo. Yo te escribí alguna vez acerca de la traición que constituye, no el hacer concesiones a la bandera de los contrarios, sino entregar a los enemigos nuestras banderas de justicia. Los cristianos que se suman al anticomunismo de los rateros, hacen el juego a los contrarios y les entregan sus consignas de combate. El latifundista sin entrañas, el agiotista inmoral, el comerciante especulador, el monopolista avaro, el banquero succionador, son anticomunistas porque temen las reformas sociales y creen hallar apoyo para sus sistemas inhumanos en una falsa concepción del orden, que pretenden confundir con el ideal orden cristiano. Esos anticomunistas de bolsa y olla rodean a todos los go-

bernantes que les aseguren en cualquier forma la permanencia de la impunidad para sus negocios sórdidos. Esos anticomunistas, cuando es del caso, ayudan con sus monedas sucias al cura que les otorga una simoníaca absolución social. Buscan los tales, como escribí en "El Caballo de Ledesma", la sombra benéfica de los campanarios y alquilan en sacristías fáciles dolorosas imágenes del Crucificado para entronizarlas en sus lonjas; pero, en cambio, pactan la conciencia con el Diablo, cuando se trata de ganar habilidades para chupar la sangre de las víctimas.

Con esos anticomunistas, caro Humberto, ni tú ni yo hacemos comparsa. Esos anticomunistas tienen hoy, para desgracia nuestra, buena parte en la dirección de la República. Para mostrar su autoridad, usan el mismo atuendo que tan bien calza a los doctores sapientísimos que entregan la dignidad de la Nación y tuercen el sentido de las Leyes, como a los jenízaros sombríos de Ulises Ortega.

En cambio, nunca he creído que llamando al pueblo de Venezuela a su defensa contra la idea colonialista de los yanquis, se sirva a los intereses de los comunistas. Quienes me atacan con esa falacia son los que están haciendo el juego al comunismo, pues en diciendo que la defensa del patrimonio nacional se confunde con los intereses del comunismo, casi dicen a los verdaderos patriotas que para defender el país precisaría abrazar la ideología comunista. ¡Hasta en eso se traicionan a sí mismos los pobres compatriotas al servicio de intereses extranjeros!... ¡Qué mejor aval para la propaganda marxista como oír a Laureano Vallenilla Lanz, hijo, motejar de marxismo mi discurso electoral del Nuevo Circo! Si defender los intereses de la familia campesina y los derechos a la paz y a la seguridad de los hogares es profesar ideas marxistas, a cualquiera ocurre la idea de parear las imágenes de Marx y de Bolívar como Padres de la Patria.

Ha venido al cálamo el nombre de Bolívar ¡Pobre Libertador! ¡Qué de crímenes se cometen en su nombre! Parece llegado el momento de crear una Sociedad de Amigos de Bolívar, que empiece a discutir el canon ideológico bolivariano, tan desafortunadamente usado para menesteres contrarios a Bolívar. No es justo, mi querido Humberto, que

a estas alturas de la Historia nos estemos sirviendo del nombre de Bolívar para destruir nuestra independencia, nuestro decoro y nuestra libertad.

Hasta los valores bolivarianos se invocan hoy para la apresurada conclusión en Caracas del famoso hotel en que harán posada los representantes del Continente a la X Conferencia Panamericana, con cuya reunión el actual régimen cree ganar una absolución internacional que le borre su origen espúreo. En cambio, el valor moral de esa reunión está en razón directa de la autoridad que habrá de presidirla. No pareciera que para dar ámbito jurídico a los Acuerdos y Resoluciones llamados a "defender la libertad y la justicia en el Nuevo Mundo", se pongan los representantes de América bajo el patrocinio del Jefe del Estado Mayor del Ejército de Venezuela, pomposa y arbitrariamente denominado hoy Presidente de la República, en razón del más burdo desconocimiento de la voz democrática de la Nación. No pareciera esto lógico en el campo de la razón, pero es razonable en el campo de la antilógica. Sin embargo, es de confiar en que haya naciones que se detengan ante este sucio manejo y pongan reparo a la paradójica reunión caraqueña.

En la Conferencia Panamericana no se tratará, tampoco, de defender el destino democrático del mundo libre, como falazmente dice la propaganda del Departamento de Estado. En ella se buscará la manera de atar aún más al carro de guerra de Estados Unidos los intereses de nuestra América Española, y se buscará de atarla, ¡oh, crimen del sarcasmo!, en nombre de Bolívar.

El Libertador no era partidario de que Estados Unidos fuese invitado al Congreso de Panamá. A Santander corresponde la responsabilidad de haber invitado al gobierno del Norte. La finalidad original de aquel Congreso era muy otra de la que hoy se entiende. Tenía por fin dicha reunión asegurar la vida política de las nuevas naciones formadas en las viejas Indias españolas y ganar la sucesiva independencia de Cuba, Puerto Rico y La Española. Por sobre todo, se trataba de buscar un nuevo centro de gravedad al mundo indohispano. Los políticos tenían conciencia de la unidad que había creado la colonización española y querían sobre ella edificar la nueva realidad republicana. En el Con-

greso de Estados Unidos se debatió la invitación con cierto recelo y alguna oposición, y se terminó por dar a los delegados instrucciones expresas de oponerse al establecimiento de una amplia anfictionía, que llegase a someter a su arbitrio las controversias que pudieran surgir entre los Estados. Sólo debían buscar dichos delegados lazos económico-comerciales. Se empezaban, pues, a oponer en Panamá los ideales divergentes que separan al Norte del resto de América. Bolívar pensaba en unidad de pueblos para ganar justicia y libertad. En el Norte se hacía sensible el pensamiento de Monroe, como carátula para la hegemonía político-comercial del continente.

En 1889, pese a las voces sonoras y proféticas de Castelar y de Martí, el uno en la Península matriz, el otro en la América aún colonizada, hubo quienes honradamente creyeron que los vidrios rotos de 1826 se podían reunir para la creación de un sistema de justicia en nuestro mundo americano. De entonces datan estas periódicas reuniones, en las cuales se pretende dar solemne audiencia internacional a los temas preparados bajo la presión de Washington por la famosa Organización de Estados Americanos. En la de ahora, para la cual será obligado estribillo la invocación no del espíritu sino de las vecinas reliquias de Bolívar, se tratará de dar forma a un sistema que facilite la intervención político-militar de Washington en nuestros sumisos países y que dé, a la vez, mayores medios de trabajo al espionaje internacional. Tal vez se pretenda sancionar una reforma a los instrumentos de La Habana y de Montevideo sobre Asilo Político y lejos de establecerse en ella medios que impidan la situación hilarante del asilo de Haya de la Torre, se insinúe para evitarlas de raíz, que ningún país del Nuevo Mundo pueda recibir como asilados a los enemigos de los demás gobiernos. Para esto nada resultaría tan fácil como motejar de comunismo a todo ciudadano que adverse los regímenes dictatoriales de América. ¿Ya no pasa esto en Venezuela? ¿Ya no se dice allá que todo aquel que no está con el gobierno de Pérez Jiménez es un aliado de los comunistas?** ¿Ya no han pasado, junto conmigo, a la categoría de comunistas Luis Ignacio Arcaya, Antonio Martín Araujo, Carlos Sosa Rodríguez, Manuel Antonio Pulido Méndez, Rafael Pizani, Carlos Ar-

(**) Mi previsión erró en este particular y en cambio se discutió un amplio convenio de asilo.

caya, Dionisio López Orihuela, Foción Febres Cordero, por no nombrar a Villalba y demás desterrados urredistas, acciondemocratistas e independientes? ... En verdad, mi querido Humberto, nada está resultando mejor negocio a Estados Unidos y a sus títeres de Latinoamérica como "defender el mundo libre del peligro comunista". ¿Por qué, en cambio, la gran Nación del Norte, albacea de Washington, de Jefferson, de Lincoln y de Roosevelt, no se dedica en el Nuevo Mundo a fomentar gobiernos que no sean, como la mayoría de los presentes, un baldón del "mundo libre" de que se dicen defensores?...

Volviendo a mi tema central, diré que si mis ideas nacionalistas y las ideas nacionalistas de URD y de Copei ganaron la batalla electoral del 30 de noviembre, no lucharon tampoco solas. Ambos partidos proclamaron la necesidad de reconciliar a la familia venezolana. Los dirigentes políticos del momento estuvimos acordes en la necesidad de buscar un nuevo estilo para la vida política de la República. "Es absurdo y criminal mantener el estado de división que devora a la República", dije en mi aludido discurso del Nuevo Circo, y luego agregué: "Mandar con el meditado sacrificio de la libertad y de la vida de los conciudadanos, no es habilidad política sino crimen nefando". Todos los discursos de Villalba, de Caldera, de Arcaya, de López Orihuela, lo mismo que los míos, concluían con el tema de la concordia y de la reconciliación nacional. Jamás pedimos castigos ni venganzas. Por eso, la más funesta consecuencia del golpe del 2 de diciembre es haber cerrado Pérez Jiménez la posibilidad de que se inaugurase un sistema de inteligencia y de comprensión, de donde hubiera podido surgir la paz de la familia venezolana. Aquel día nefasto se sacrificó la tranquilidad futura de la República en aras de la vanidad de unos y de la codicia de otros, que buscaban honra y medro a la sombra del despotismo, sin que faltase, tampoco, la voz asustada de quienes se creyeron en inminente riesgo de ser perseguidos por sus crímenes ***.

(***) El cuadro de saqueos y la salida violenta al Exterior de los servidores perezjimenistas incursos en responsabilidad por sus hechos públicos, no hubieran tenido lugar si las Fuerzas Armadas no hubiesen desconocido el resultado de las elecciones de 1952. Las damas que entonces se humillaron ante Pérez Jiménez, para que éste no entregase el país a los "comunistas", no estarían hoy probando el pan amargo del destierro a que las condena la fuga de sus cónyuges (*Nota de 1958*).

El pueblo votó por la oposición el 30 de noviembre porque veía en nosotros a los personeros de una política que buscaba el recobramiento de la dignidad nacional y la armonía de la destrozada familia venezolana. Aquel día no hubo votos de partidos sino votos de ciudadanos deseosos de libertad. La gran masa votó por los candidatos de URD y de Copei porque ambos a una le ofrecían paz, concordia, libertad. Más de un millón de votos se volcaron sobre las urnas para dar testimonio libre y sincero de su repudio al gobierno de los militares. En forma cívica estaba rechazada la farsa aclamacionista del perezjimenismo. Contra el "Libro de Oro" de la mentira y de la lisonja abría el pueblo el libro austero de su dignidad ciudadana. En pie las mujeres del pueblo estaban expresando su voluntad de resistencia al régimen que humillaba y sacrificaba a los hombres amantes de la libertad, pero su actitud nada valió ante las mujeres que pidieron de rodillas al déspota la prosecución del sistema que aseguraba los beneficios de la impunidad para los explotadores del pueblo y para los buscadores de presuntuosas prebendas. El pueblo tenía la razón, pero los usurpadores tuvieron de su parte las armas. Sin darse cuenta de su propio y lento suicidio, el Ejército Nacional, que había ofrecido garantizar unas elecciones libres, enfiló las bayonetas contra el pueblo y destrozó su compromiso de defender las instituciones. Sin atender su destino de cuerpo, el Ejército se destruye a sí mismo y fomenta la anarquía de que se sirven los traidores de la Patria.

La farsa asquerosa del 2 de diciembre dijo al pueblo que su querer no vale nada ante el apetito desordenado de sus verdugos. Para rubricar la infamia, el Ministro de Relaciones Interiores realizó con la directiva de URD en la tarde del 15 de diciembre, una felonía sin precedentes en nuestra historia política, que yo me atrevo a llamar "la tarde toledana" del coronel Pérez Jiménez, ya que sobre éste recaen los delitos de sus Ministros.

¿Qué ha sucedido después?... En medio de una estupenda tranquilidad aparente sigue la fiesta, con el apoyo del miedo, de la indiferencia y del provecho, y con el coro complacido de todos aquellos que creen que la vida es el oropel alegre y vergonzoso del momento. Las voces decrépitas para la protesta, son reemplazadas por la palabra compla-

ciente de los sumisos. El país pierde su dignidad y su belleza. Los ciudadanos dignos tenéis necesidad de fabricaros una torre de marfil donde guardaros de la infición del ambiente general. Peca la mayoría, porque olvida que del mismo modo como el hombre cae por no creer en las postrimerías, los pueblos se enlodan por olvidar que la Historia tiene tribunales terribles donde administra su justicia la posteridad.

Los gobernantes han declarado que las "fuerzas del orden" le están agradecidas porque salvaron al país del comunismo. Ese ha sido el comunicado secreto que la Cancillería giró a las misiones diplomáticas y consulares, para que éstas explicasen el zarpazo dado por el Ejército a las urnas donde el pueblo había consignado su libre querer electoral. Los viejos gamonales que apoyan al gobierno, a cambio de manos libres en el aprovechamiento de sus negocios, riegan en el interior esa especie. Los abogados de las compañías extranjeras, los socios de las empresas que especulan a la sombra del gobierno, los banqueros y los comerciantes que sólo se preocupan por el tranquilo aumento de sus negocios, repiten también la consigna. Aún más: se ha hecho creer a la opinión extranjera, por medio de sutil propaganda del Servicio Exterior y de prominentes personalidades extranjeras y nacionales, que el partido socialcristiano esta prestando discretamente su apoyo al actual régimen. Hasta la digna y altiva actitud de Caldera y demás dirigentes copeyanos la tuerce el interés bastardo del régimen, para dar apariencia a la farsa de que el triunfo popular del 30 de noviembre representaba un triunfo del comunismo.

Por las calles de Mérida ha corrido la misma voz en boca de la clientela beneficiada por la dictadura, hasta llegarse a decir que el país se salvó de caer en manos del "comunista" de Mario Briceño Iragorry. ¿Qué habrá dicho a todas éstas el bondadoso y sencillo Padre Uzcátegui? A lo mejor se ha confesado del pecado de haberme ofrecido un reclinatorio cuando oía yo misa en El Sagrario el pasado año, a horas en que posiblemente mis difamadores estaban redactando alguna escritura para dejar sin tierras a un pobre labriego. Nada extraño sería que mis enemigos hayan quitado hasta la paz al buen levita. No faltarán seguramente en Mérida uno o muchos agiotistas y aun roñosos profesores universitarios que vean en mis ideas gérmenes comunistas. Cuando

defiendo los derechos del peón rural, los propietarios que afincan su riqueza en el hambre histórica de las familias campesinas, tienen que ver en mí a un enemigo; cuando ataco a los entreguistas de la riqueza nacional, los grandes abogados mineros tienen que mirar en mí a un enemigo; cuando defiendo nuestra agricultura y arremeto contra la importación de artículos superfluos, los poderosos agentes distribuidores de la industria extranjera tiene que ver en mí a un enemigo. Pero, en cambio, el pueblo honrado y sufrido, que es la mayoría venezolana, me mira como a servidor suyo, que se preocupa por la justicia que le es debida.

Estos rabiosos anticomunistas, erigidos, con Pedro Estrada a la cabeza, en defensores del orden cristiano en nuestra Patria, terminarían por excomulgar al nacionalsindicalismo de la Falange española. ¿En qué espanto no caerían si supiesen que la doctrina nacionalsindicalista niega que sea "auténtica propiedad la mera tenencia o posesión de títulos abstractos, sin vinculación personal a la cosa"? ¿Si supieran que para el nacionalsindicalismo "no es auténtico propietario el simple accionista ni el dueño que desconoce su finca". Si supieran que se tiene, en cambio, por más propietario de la empresa o de la finca a quien trabaja en ella y en ella deja caer el fruto de su voluntad y de su inteligencia. Llegarían aquellos rabiosos defensores del orden al extremo de decir que España está bajo la influencia del marxismo.

Mis ideas no satisfacen, pues, al comerciante que especula con el hambre del pueblo y después se da golpes de pecho en las plazas públicas; ni al terrateniente que desea la minoridad perpetua del hombre del campo. Pero, en cambio, mi prédica se encamina a levantar el nivel económico, cultural y moral del hombre venezolano.

¿Quién está con Cristo? ¿Yo que pido justicia para el pueblo y encarezco la necesidad de la concordia nacional, o los hombres pacatos, que se hacen la vista gorda ante los asesinatos, las torturas y los vejámenes que sirven de sustentáculo al actual régimen venezolano?... ¿Podrá llamarse "paz social" ese espantoso drama de miedo, de terror y de muerte que sirve de seguro a los grandes negociados y a los jugosos porcentajes con que se hacen ricos los actuales mandatarios y

sus alegres cómplices de dentro y fuera del gobierno?... ¿Se puede llamar de seguridad un sistema que amenaza continuamente a quienes no se suman a la farándula entreguista?...

Menos pueden hallar justificación los apologistas de la dictadura con decir que debemos mantenernos fieles a su sistema los hombres que nacimos, nos formamos y empezamos a servir en la vieja dictadura gomecista. Los tiempos tienen su ley, tanto en la vida de los hombres como en la vida de los pueblos. Las sociedades pasan por estadios de ascenso y descenso que recuerdan las edades fisiológicas del hombre, he escrito en el ensayo "La traición de los mejores", que recibirás en breve. El gomecismo fue una época de minoría cívica. Fue, además, algo que nosotros al abrir nuestros ojos de hombres, hallamos hecho, y que fue después superado en el orden de la libertad y la justicia. No sería justificable que quienes gustaron y sirvieron la libertad y la seguridad del régimen de Medina Angarita regresen a la apología de Nereo Pacheco. Menos aún que hombres que acompañaron a López Contreras en el camino democrático que hizo posible la realidad medinista, se comprometiesen a llevar el país a la irresponsabilidad antigua. La lealtad de los políticos no consiste en mantenerse fieles a sus errores, sino en reconocer éstos y buscar su enmienda. Explicar la política de Gómez a la luz de la Sociología y de la Historia, es deber de quienes se interesen por la verdad de nuestro pueblo y por la memoria del Jefe de ayer; pero intentar una justificación de nuestro regreso a las formas disvaliosas de la dictadura, es error crasísimo. ¿Por qué, en cambio, no se ensaya el tono de voz con el que general Gómez se opuso durante la primera guerra mundial a la política de guerra de Estados Unidos y a las pretensiones de los países extranjeros que querían hacernos pagar injustas reclamaciones?...

Sin embargo, caro Humberto, desde representantes de las más encumbradas jerarquías hasta esos asustadizos venezolanos de resuello corto para la digna espera, se han sumado al coro de la "gente de orden" que apoya y alaba al régimen actual. Pedro Estrada, pongamos por caso, es recibido hoy con todo género de honores en las más exclusivas mansiones caraqueñas y clérigo no ha faltado que celebre los sagrados Misterios en el propio sitio donde Estrada tortura sus víctimas,

no para pedir el alivio de éstas, sino para festejar la presencia de aquél al frente de la llamada Seguridad Nacional. Egregios doctores ya hablan de participar en el gabinete que rodearía al Jefe de la Gestapo, cuando éste logre dar a Pérez Jiménez el golpe de gracia y hacerse del poder supremo. Mientras tales cosas absurdas pasan en Venezuela, yo he tenido que sacrificar parte de unos modestos haberes ganados en casi cuarenta años de servicio público y de trabajo intelectual, para poder esquivar la venganza de autoridades que no me perdonan el delito de defender la soberanía del país y de pedir paz y justicia para nuestro sufrido pueblo. Y yo no soy sino un número insignificante. Por América y por Europa deambulan incontables venezolanos, honestos y valiosos, que debieran estar prestando su eminente colaboración al país en cátedras, en clínicas, en bufetes, en empresas, en periódicos. Hay, en realidad, una Venezuela ambulante, que purga el pecado de no aplaudir a los verdugos del pueblo y de no sumarse a los propósitos de quienes venden a jirones el suelo y la dignidad de la Nación. Junto con los hombres perseguidos, peregrinan, también, mujeres valientes y sufridas, que repiten la altivez y el sacrificio que dieron excelsos contornos a Joaquina Sánchez, a Luisa Cáceres de Arismendi, a Josefa Antonia Tovar, a Manuela Aristeguieta. Justamente desde aquellos bárbaros tiempos de Boves, de Morillo y de Moxó las mujeres venezolanas no recibían en carne viva el zarpazo de los déspotas. Hoy se las veja y ultraja al igual de los varones. Mujeres varonas serán en el futuro recuento de la Historia estas valientes compatriotas que ayudan a los hombres en la obra de defender la dignidad y el decoro de Venezuela.

Hasta mis ideas religiosas, por no decir toda mi conducta de hombre público, han sido sometidas a juicio farisaico. Personas de criterio cerril han tenido para mi fe comentarios adversos. Pecaría contra el Altísimo si pretendiera exponerme por ejemplo o prototipo de hombre religioso. No. Todo lo contrario. Me sé lleno de deficiencias y de faltas. Por ello me acerco a la mesa donde se distribuye la medicina de los Angeles. Todos los días son hábiles para recomenzar el camino de la gracia. Pero mi vida pública no me hace responsable de crimen alguno ni de falta alguna contra la Fe. Quien pretenda imputármelos, carga de pecado su conciencia.

No quiero escribir nombres, pero debo aludir a hechos. A mí, porque predico la justicia, la concordia, la paz, la inteligencia, en fin como elementos indispensables a la sociedad venezolana, se pretender negarme el derecho a ser visto por hombre de fe; en templos de Caracas, mientras tanto, se honra a pseudocatólicos que amasan fortunas en asocio con los poderosos, por medio de fraudulentas comisiones con que se saquea al Erario. ¿Tienen, acaso, autoridad contra mis ideas religiosas los engalletados liberaloides y los masones e impíos que niegan a la Iglesia sus derechos y su misión, pero que hacen provechosa comparsa con los vendepatrias y con los agiotistas que dirigen nuestro mundo económico? ¿Tienen derecho a ser oídos contra mí aquellos que pidieron mi detención y la detención de Caracciolo Parra, cuando ambos asumimos la responsabilidad de defender al obispo Montesdeoca? ¿Es honesto olvidar los ataques que yo he recibido por defender la Iglesia y la enseñanza religiosa y por contradecir el llamado Derecho de Patronato?

He abogado siempre por la armonía y la tolerancia social. La primera lección me la dio Cristo sentado a la mesa del fariseo. Fomentar el odio no lo he juzgado cristiano, así se invoquen intervenciones angélicas en comunes guerras de hombres. Jamás llegaré a pensar que acople con la genuina misión de la Iglesia la leyenda que dice cómo del sepulcro de San Narciso brotaron enjambres de negras moscas que inficionaron la peste a los franceses sitiadores de Gerona. Aquello pudo ser creído en el Siglo XIII, tomado de un espíritu bélico-religioso, que veía al propio Santiago descabezando moros. Pudo, también, bajo la influencia de aquellas ideas belicistas, realizar el propio Cardenal Cisneros la feroz persecución contra los árabes y destruir en nombre de la fe cristiana las magníficas librerías que guardaban el saber musulmán. Para que aquello no ocurriese hubiera sido menester "una comprensión genial de las palabras de Cristo, las cuales habrían de tardar todavía muchos siglos en llegar sin mixtificación hasta los tronos". Tienen, repito, los tiempos su ley. La cronología permite distinguir la política pasajera de los Papas tornados en reyes de la tierra, de la política eterna de los Papas que pura y simplemente representan a Cristo.

Por Cristo estoy dispuesto a morir, pero no estoy dispuesto a matar. El único hombre que Cristo pide que se mate, es el hombre viejo que

impide en nosotros el descenso de la gracia. Esto entra en el orden particular de la salvación de cada quien. Condeno todo tipo de agresión como método válido para hacer triunfar una idea. La única muerte que hace fecunda las ideas es la propia muerte de quienes perecen predicándolas. La muerte de Leonardo Ruiz Pineda, de Alberto Carnevali, de Wilfrido Omaña, de Hernán González, de Castor Nieves, lejos de favorecer la estabilidad del actual régimen, beneficia a una revolución que sabe refrendar con sangre sus ideales de lucha.

Se me puede decir sentimental porque creo en una Iglesia Eterna, que nada deriva de un orden afincado en la injusticia. La Iglesia, acaba de decirlo el Romano Pontífice, no puede ser llevada a remolque de ninguna potencia política o de grupo de potencias políticas. Yo sigo a esa Iglesia libre de reatos paganos, no al clero erradizo que, para defender la olla, se compromete con los banqueros y los traficantes de armas. A la hora de tomar partido, me quedo con San Ambrosio y no con el Emperador. Lo probé, cuando los católicos de 1930 se sumaron a la política antirreligiosa de Rubén González y yo, con dos o tres más, expuse mi libertad al lado de mi obispo. Si desgraciadamente viere mañana al obispo en los festines de Teodosio, me separaré de ambos y me juntaré con los otros cristianos desamparados por su Pastor.

Religiosidad sensiblera puede ser llamado este modo de sentir a Cristo. Pero cuando éste vino humanamente al mundo no buscó a los ágiles maestros del silogismo sino a simples pescadores analfabetos. Yo me sé analfabeto en artes teológicas; pero, en cambio, creo que podría ayudar eficazmente a San Pedro en el modesto y humillado trabajo de remendar las viejas redes con que el Señor le anunció que llegaría a hacer grandes pescas de almas.

A mí se me censura en cuadros de católicos intransigentes por mi amistad con comunistas y gente de izquierda. Sí, señor. He sido y soy amigo personal de hombres que profesan ideas comunistas, como soy amigo de fascistas, de acciondemocratistas, de nazistas, de godos, de ateos, de protestantes, de masones, de judíos, de militaristas, de anarquistas, con cuyas ideas no comulgo tampoco. Jamás como hombre público

me he negado a sentarme a la mesa redonda de donde pueda salir un favor para el país, mucho más cuando el nuestro está clamando por fórmulas que lo lleven a una racional convivencia. Demás de esto, en Venezuela apenas somos cuatro gatos que nos conocemos de memoria. Llamarme a mí comunista por mi amistad con hombres que profesan el comunismo o por mis ideas de convivencia y tolerancia social o aun por haber suscrito en unión de comunistas algún manifiesto en defensa de la libertad, de la democracia y de la paz, sería lo mismo que llamar comunista a nuestro ilustre amigo Monseñor Pellín, por su notoria amistad con comunistas y por haberse sentado con éstos a la mesa fraterna donde los periodistas discuten sus intereses gremiales. Habría que llamar también comunistas a los Obispos Adam y Bernal, por no mentar otros altos y egregios prelados que tampoco disimulan la amistad personal con hombres de ideas opuestas a las doctrinas de la Iglesia. En cambio, ¡qué chasco habrán de sufrir a la hora de la verdad los obispos y sacerdotes que miden la ortodoxia de sus fieles por el tono de las protestas de anticomunismo que continuamente aparecen a la luz pública! Si mañana se necesitare para medrar con el gobierno o para hacer buenos negocios con los yanquis un manifiesto antipapal, esos mismos anticomunistas de hoy repetirían la conducta de los famosos católicos que acompañaron a Guzmán Blanco en su proyecto de Iglesia venezolana. ¿Recuerdas, caro Humberto, los famosos católicos que apoyaron la expulsión de Montesdeoca! Muchos de ellos son hoy defensores del orden que sostiene la arbitrariedad, mas, se dicen representantes del pensamiento católico del país.

Yo perdí el miedo a este tipo de críticas cuando tuve oportunidad de leer un curioso libro llamado "España-Vaticano", aparecido aquí durante la República, y del cual me dijo el inefable Padre Mesanza que era su autor un sacerdote jesuita. El libro lo llevó a Caracas como novedad y otro del padre dominico, de quien lo obtuvo para Caracciolo Parra y para mí el viejo Mesanza. Aquel libro contenía un examen de la política del momento en orden a cuestiones religiosas. Allí se exponía el criterio correcto de lo que es la libertad de los fieles en materias extrañas a la fe y relacionadas con la política exterior de la Curia Romana. Allí se daban nombres de Santos a quienes para canonizar hubo necesidad de suspenderles la excomunión circunstancial

en que murieron. Yo descanso, mi querido Humberto, en la confianza de que no se me puede imputar falta alguna contra el Dogma. Podré, y estoy seguro de ello, disentir en muchas materias comunes de la manera de pensar algunos clérigos. Hasta entre sí difieren las mismas órdenes religiosas y a la continua vemos sacerdotes que no disimulan su desavenencia con la manera de ver otros sacerdotes ciertos problemas culturales, políticos y sociales.

Pero en Venezuela, querido Humberto, hay una fatal subversión de conceptos. En Venezuela se juzga sobre la base del éxito de las personas o a cuenta del acierto que éstas tengan de acomodar su conciencia a los intereses prácticos. En Venezuela sólo vale aquel que logra una aparente victoria. Un pasado de crímenes se borra de la memoria social cuando el criminal se reviste de oro o asume una situación directiva. Hasta talento le nace a los hombres que ejercen el Poder o gobiernan el dinero. Pio Gil dijo que en Venezuela Ministros y Presidentes son una manera de genios en turno. Por ello, hasta la honra doméstica se sacrifica a fin de tener privanza en el ánimo de quienes tienen las riendas del mando.

Sin pensarlo he escrito riendas. Al mirar la palabra, ha venido a mi mente la connotación de instrumento para golpear bestias y no la de bridas para guiar el paso de los animales nobles. El masoquismo de muchos venezolanos los lleva a vestir virtudes a los detentadores de las riendas que ultrajan y golpean. Más de un doctor nuestro, con ribetes profesorales y académicos, prefiere la "vera encabullada" al bastón de palodeoro o macanilla. Por eso mismo vemos siempre a los doctores metidos en la fábrica de los "gendarmes necesarios", que les garanticen el derecho de jugar vera y garrote.

De haberme sentido holgado dentro del sistema imperante, hoy disfrutaría fácilmente una cómoda y elevada situación. En cambio, estoy fuera del país, alejado de la compañía de mis hijos y del tierno y dulce halago de mis nietezuelos; distante de mi tierra, de mi cielo y mis amigos; lejos de la tumba de mis padres; privado del aire que da unidad de vida al abatido y siempre altivo pueblo, en cuyo seno se forjó mi espíritu. Pero en las calles de Madrid me siento feliz y victorioso, cuando

me veo obligado a descansar en alguna banca pública, a la par de los mendigos, porque mi habitual dolencia locomotriz no me permite caminar y porque mis salarios públicos y mi trabajo intelectual de tantos años no han sido suficientes para asegurarme hoy la posibilidad de un automóvil. En medio de mi invalidez física y económica adquiero, en cambio, la realidad sensible de haber sabido defenderme definitivamente en la tarde de mi vida —proclive a la molicie y a la entrega— de la concupiscencia, de la debilidad y del miedo en que fui criado. Como ciudadano venezolano me sé más libre que muchos venezolanos que gozan hoy del deleite inefable de vivir en el suelo sagrado de la Patria. Quizá tanto como yo sufran, también, numerosos compatriotas que tú bien conoces y que nombrarlos sería para ellos riesgo seguro más que debida honra. Yo, con la distancia, me ahorro, en cambio, el dolor de la vecina vergüenza cotidiana.

Pero no hay mal que su bien no traiga. Mi circunstancial desgracia política me ha aventado a Europa. Hoy vivo en España; de cerca en su vigoroso corazón, mejor entiendo y siento a este pueblo maravilloso de donde viene nuestro sufrido mundo americano. Acá duerme la fuerza que me ha llevado a escuchar, mejor que otros venezolanos, *la voz antigua de la tierra*. El aire de la Historia se respira mejor en los sitios donde se formaron ayer los grandes remolinos que fatigaron al mundo. No conozco aún nada de España. Apenas he dado un rápido paseo por Valencia, Valladolid, Salamanca, Avila, Tordesillas y El Escorial. Con lo que he visto, sin embargo, tendría para no concluir esta larga y fatigante carta.

¿Y a qué esta carta de Mario, tan extensa, tan personal, tan egoísta?, acaso te hayas preguntado ya. Pues bien, en esta vieja tierra de mis mayores me siento sin testigos de mí mismo. A pocos de mis antiguos amigos de allá puedo escribir. Me abstengo de hacerlo, para que no queden expuestos a represalias que, en cambio, contra ti se estrellarían. También quedarían sometidos algunos a sufrir el temblor medroso que caracteriza a quienes el respeto servil mantiene a la defensiva de cualquier supuesto de comunicación con los desterrados. Aquí mismo en Madrid he visto rostros amigos velados de la inquietud de que se informe a Caracas que han cruzado saludos con los enemigos del ré-

gimen. Mi mujer me informa que en sus últimos días caraqueños tropezó con viejos y fraternos amigos míos, que si bien no la excusaron el saludo, temieron preguntar por mí, en razón de que alguien pudiera escuchar mi nombre terrible en sus labios fieles de amigos del gobierno.

Tal vez algún día esta carta llegue a tus manos. La concluyo hoy 17 de mayo, día de San Etanislao, cuya memoria invoco contra los que no creen en la justicia que me asiste. Tú, en cambio, me sirves de testigo y me evitas acudir al testimonio de los muertos. En Venezuela pareciera que los testigos que pudieran deponer en las causas justas estuviesen todos muertos. A ley de cobardes, una enorme mayoría carece de voluntad, y bien dice el uruguayo Florencio Sánchez que "hombre sin voluntad es hombre muerto". La mayoría de nuestros compatriotas son, pues, manera de cadáveres para la acción cívica. No pueden por tanto deponer cuando la verdad sea capaz de quebrantar su sistema de viles ventajas. Yo, por el contrario, cuento en ti con la noble y autorizada palabra de uno de los pocos vivos a quien prestigia el don de la verdad y del carácter. Uno de los escasos venezolanos a quien no arredra ser leal y decoroso.

Cuando pidas a Dios por nuestra Patria y cuando rueges porque la caridad se derrame como bálsamo que aplaque los odios y las venganzas, pide también por mí y, en especial, porque me sea concedida la gracia de poder estrechar sin rencores la mano de mis actuales enemigos. A ninguno odio. Si a alguien puedo, en cambio, herir cuando examino la realidad venezolana, no es mi intención ofenderle en particular, sino censurar un sistema en cuya conformación histórica tenemos culpa todos, casi todos los venezolanos, y principlamemte quienes han tenido la responsabilidad de dirigir y de encauzar el pensamiento de la República. De mi parte jamás me he abocado a proponer enmiendas sin antes acusar mis faltas. Nunca he intentado exhibirme como modelo de ciudadanos. Mis errores, mis deficiencias, mis debilidades quizás sean más que las debilidades, que las deficiencias, que lo errores que me imputan los enemigos. Tanto me pesan, que deseo no verlos repetidos por mis compatriotas. Por ello, me atrevo a dirigirme a los jóvenes con la autoridad que me da una experiencia dolorosa.

En trance continuo de examinarme a mí mismo, he llegado a dar por terminada mi vida de político. Hablo y mantengo correspondencia con los actuales desterrados, en quienes, como es lógico, atizo la esperanza en días mejores para Venezuela. Pero tengo un terror pánico a volverme a ver en andanzas públicas. Hoy solamente estudio y escribo. Por ahora, lo haré de lejos. Cuando en Venezuela haya de nuevo seguridad, regresaré a rehacer mi vida privada, mi hogar, mi trabajo de tantos años, mi biblioteca, mis papeles, mis retratos, todas esas cosas menudas que hacen grata la existencia. Todo me lo deshizo el vendaval del odio y de la locura que azota a Venezuela. Quizás mi espíritu necesitaba esta dura disciplina para mejorar de nivel. En tiempos propicios no hice empeño por enriquecerme materialmente. Trabajé las letras y he llegado a gustar la necedad de los aplausos. En su cultivo me mantendré mientras haya interés por lo que escribo. Si en verdad mis prendas son bien pocas y de burdo lizo, procuraré, también, desvestirme de ellas, hasta lograr, como deseaba Antonio Machado, que la muerte me consiga desnudo de todo, *como los hijos de la mar*.

Con mis votos por tu dicha y gloria y con mis ruegos porque disculpes esta larga carta, me repito tu afectísimo amigo,

MBI

Post-data.

Se me dice que hay negociaciones abiertas en orden a regular las relaciones del Estado con la Santa Sede. En cualquier otro momento esto sería plausible. A la hora presente lo considero de una peligrosidad enorme para el porvenir de la Iglesia en Venezuela. Esta no debe negociar a su favor con un régimen político llamado a ser objeto de futura violentísima reacción por sus crímenes y errores.

LA RESISTENCIA INTERIOR

Madrid, agosto 4 de 1953

Señor Doctor
Numa Quevedo
Caracas.

Mi querido amigo:

Tuve el gusto de recibir desde Miami tu última muy grata carta. Mucho me complace tu autorizada conformidad con mis juicios acerca del 18 de octubre, cuyos efectos está pagando con creces la República y están pagando lentamente, también, los hombres que produjeron aquella crisis, aún sin lógica desembocadura en el proceso venezolano.

Empezaré por abordar la sugestión que me haces en tu nombre y en nombre de Julio Diez y de Juan José Palacios. Comprendo que os preocupáis por mi suerte inmediata, pues bien sabéis la difícil situación económica por que atravesamos mi familia y yo. A vosotros complacería, también, verme en la diaria camaradería de nuestras gratas tertulias. Pero por ahora (y condiciono mi juicio, porque uno debe estar siempre a lo que traiga el jueves venidero), yo no puedo pensar siquiera en ninguna forma de regreso a Venezuela, pues el único que estoy viendo posible es el desdoroso regreso del hombre humillado. ¿Qué camino habría por donde yo pudiera regresar dignamente al país? Hasta ahora ignoro qué acrobacia pudo realizar Juan Saturno para llegar con pellejo a Venezuela. Por hoy no aceptaría tampoco ni las vías de la za-

randeada amnistía, por cuanto ésta implica olvido de un delito, y el crimen que me tiene en tierra extranjera lo cometieron los hombres que detentan el Poder, a los cuales yo, en cambio, políticamente no he amnistiado aún. Gocen ellos, con la regocijada complacencia y complicidad de muchos, el fruto de su conducta, que yo estoy dispuesto a soportar fuera todo lo que venga sobre mi flaca persona. En mi carta, apenas te hablaba del deseo que me anima de vivir en el apartamiento de la vida privada, cuando Dios me conceda mañana la gracia de poder ser de nuevo algo más que una brizna humana en adverso viento extranjero.

Comprendo, como te digo en mi carta, que allá también se lucha, como luchas tú, como lucha Juan José, como lucha Julio, para no incurrir en desfiles funestos. Sé, también, que allá se puede hacer por la República lo que yo no estoy haciendo fuera. Con mantener la cabeza erguida al lado de los que se agobian y entregan, ya estáis dando una provechosa lección a los jóvenes. Duro es para vosotros mantener el equilibrio que evite roces con un gobierno tiránico, al mismo tiempo que os esforzáis por no caer en el pecado de la entrega vil. Pero yo, querido Numa, asumí una responsabilidad terrible cuando pedí al pueblo su confianza. El pueblo no es culpable de la conducta que hoy forzadamente le imponen los aventureros empeñados en destruirlo. El grupo de hombres que salimos en diciembre con nuestras actas de representantes del pueblo, no podemos menoscabar con una acción precipitada y sin fundamento el voto de confianza que recibimos de las mayorías, hoy ultrajadas por los asesinos alzados con los instrumentos del Poder.

Yo no tengo madera de mártir ni he aspirado a que se me mire en actitud de superioridad alguna. Tú me sabes modesto en el propio conocimiento de mis deficiencias y tímido en el desempeño del papel que me asigne el destino. Pues has de saber que me aterra la idea de no poder cumplir debidamente la función que asumí al tomar cartas activas en la solución que se quiso dar el año pasado a la situación venezolana. Relativamente nadie ha sacrificado más haberes que yo. No hago cuenta del dinero que me he visto forzado a consumir, sino de otro tipo de prendas que he tenido que sacrificar en el orden del espíritu. Tú mejor que nadie sabes que no soy un aventurero. Tal vez

si en verdad lo fuese, estaría hoy gozando de testimonios de favor, que en un orden lógico tendría derecho de esperar y que me han faltado en la forma más lamentable. También sabes tú que al aceptar mi candidatura de Diputado lo hice sabiendo que me echaba sobre los hombros un fardo tremendo. Dicen algunos imbéciles que mi "imprudencia" al atacar a Estados Unidos hizo perdedizos los frutos de las elecciones. Pero ¡Dios santo!, si nosotros no fuimos a conquistar el Poder que sorpresivamente nos confiaron las mayorías nacionales; nosotros sólo fuimos en busca de escasas curules, donde esperábamos representar la oposición gubernamental, a costa de los diarios insultos a que quedábamos expuestos. Villalba, Caldera, Arcaya, Fernández lo hacían como jefes de partidos; otros lo hicieron buscando tal vez natural figuración en el orden político; pues yo, que no era jefe de partido ni necesitaba exhibirme en el Parlamento, lo hice sólo por cumplir sinceramente el deber que me había impuesto en relación con la campaña asumida de defender los amenazados valores del país. Nadie como tú está informado de todas las circunstancias que rodearon mi trabajo de candidato. Pocos como tú pueden ser testigos de la ingenua voluntad de servicio que me empujó a la lucha y que me dio por solo fruto natural el tener que abandonar a Venezuela y dejar allá a tres de mis hijos casados, en una situación apremiante y necesitada de mi ayuda directa. En cambio, quienes no me conozcan bien pueden llegar a creer que hoy vivo cómodamente en Europa, disfrutando olímpicamente la renta de presuntos robos.

Tres o cuatro son los amigos que hoy se ocupan en saber de mí. Los más me volvieron espaldas como a pestoso terrible. De otros sé que me llaman presuntuoso y loco. Algunos me motejan de comunista, no sin antes presentarme como un monstruo simulador de ideas religiosas. Otros avanzan a mi descrédito sobre calumnias e infamias. Lo que yo sea lo sabe Dios. Nada me interesa el juicio de los mínimos doctoretes que sacian su fracaso con el empeño de acabar con los demás. Ni lo que de mí digan me quebranta en nada. Me siento suficientemente cristiano para perdonarles todos los días sus infidencias.

Que yo sea cristiano y al mismo tiempo defensor de las libertades del pueblo y animador de la convivencia social, sólo puede extrañar a quie-

nes no sepan qué cosa sea profesar el cristianismo. "También el que lleva el gorro frigio es cristiano", respondió un sacerdote de Attis al ser preguntado acerca de las influencias cristianas que hubiera podido recibir el culto de Cibeles. Cristianismo es libertad y justicia. Cristianismo es no pactar con los hambreadores del pueblo, ni negar al pueblo, en nombre de un falso orden, que sólo aprovecha a los poderosos, el ejercicio de sus derechos y el resguardo de su integridad personal.

Aún desde el punto de vista de la historia personal, mi querido Numa, duele mirar cómo se desconocen las propias raíces para pactar traidoramente con fuerzas que ayer oprimieron a los padres. Me da la impresión de que estos neo-oligarcas vergonzantes practicasen la filosofía estúpida del yunque convertido en martillo. ¡Qué cosa tan funesta es un advenedizo convertido en falso señor! ¡Qué cruel es con el esclavo el manumiso que tomó en sus manos el antiguo rebenque con que fueron golpeadas sus espaldas!

A mí no se me da un comino arremeter contra las clases oligárquicas, porque estoy a salvo de que se me pueda llamar envidioso o resentido. De haberlo querido, figuraría en sus altos cuadros sin sorpresa de nadie. Pero, en cambio, de haberme alineado con los oligarcas, hoy me sentiría traidor al destino del hombre venezolano. De haber deseado la riqueza, la hubiera hecho, porque no me faltaron influencias y oportunidades para hundirme en el mundo de los negociados indecorosos, ni carezco de talento para lograrla en cualquier terreno digno. Puede que en alguna época de menores estudios y de fácil influencia por parte de esas mismas clases y esos mismos grupos, entre los cuales me eduqué, yo hubiera mirado de modo erradizo algún problema sociológico venezolano y hubiera llegado a externar juicios que la madurez me obligó a repudiar. Tú sabes que la enmienda de ideas y de conducta sólo es censurable cuando se la realiza con precio. Tú conoces mi constante y ya larga preocupación por los temas de interés colectivo y mi esfuerzo por mejorar cada vez más en el camino de las ideas y de la conducta pública. Quizá románticamente, como dice la gente práctica, me he ocupado más con cosas de orden general que en las mismas que pudieran haberme dado lucimiento y éxito personal (Pongamos por caso. En 1936 tuve en mis manos, en el archivo del Ministerio de Gue-

rra, los datos que sirvieron de afinco a la reclamación que enriqueció a José Loreto Arismendi, ya hecha de conocimiento del Ejecutivo de 1931. Trabajar sobre aquella información era un acto a mi juicio fraudulento y ni siquiera tuve la tentación de tomarme los datos).

No la echo de apóstol, ni de maestro, ni de víctima de la causa de la República. Por lo mismo que me sé en falta con ella, insisto en la oportunidad de balanzar mi responsabilidad. A nadie intento engañar. Hablo un español muy claro, para que nadie pueda confundirse con mi actitud personal, pero me parece que es más útil al país la conducta mía, que la conducta de quienes se empeñan en hacer la apología del error antiguo.

Pero el caso no es para que yo intente una explicación sobrancera de mi conducta, mi querido Numa. El caso es otro. El caso es nada menos ni nada más que la suerte de Venezuela. Los límites de la complacencia y de la entrega parece que ya han sido rebasados. Algunos se escudan tras el miedo que provoca la amenaza. Aunque sea puerca la excusa, podría aceptarse en labios de modestos burócratas que vieran en peligro el pan de sus hijos. Pero el miedo y la complacencia general son expresión de algo peor que nadie busca curar. De algo que corroe los resortes del alto mundo venezolano. A la crisis de pueblo es necesario añadir nuevos elementos disgregativos que superan, en lo que dice a su quiebra, la propia quiebra de los valores político-sociales. En Venezuela hasta el altar está hoy en crisis. Sin embargo, la mayoría se empeña en mirar nuestro caso como un problema que pueden solucionar las guarniciones por sí solas. Mientras en Venezuela no se levante una voz autorizada, que en tono apocalíptico desnude la verdad de nuestra miseria total y se ofrezca como guía para la transformación que reclama la sociedad, en Venezuela todo seguirá lo mismo. En carta anterior te hablé, y acerca de ello escribí largo a Lucho Villalba, sobre la necesidad de crear una mística de deber en la juventud (Alguien, a quien quiero como a mí mismo, me ha dicho que esa esperanza mía sólo podría cumplirla la generación de venezolanos que se ocultan en los claustros maternales, pues todo lo actual está tomado del opio de la indiferencia y de la incredulidad. Yo no soy tan pesimista. Yo confío en el sol de mañana).

A la vocación de Poder hay que oponer la vocación de resistir el mal Poder. Es necesario que el venezolano nuevo no se prepare para "mandar", sino para oponerse al mal mandatario. Ese no es problema que se soluciona en un día. Es problema de raíz muy honda en el suelo conciencial de nuestra sociedad, y el cual reclama un viraje muy firme en el orden de la política. Estamos en las mismas condiciones que Maritain denunció en Francia cuando la caída de la Tercera República. Nos enfrentamos con la más espantosa forma del maquiavelismo. En Venezuela no existe hoy otra lógica sino el lucro. Ya no se busca como arquetipo del venezolano a Martín Vegas, a Elías Toro, a Arnoldo Gabaldón. Los actuales arquetipos son Dionisio Bolívar y Rafael Pinzón. Nuestros amigos más queridos no piensan sino en asegurar el buen negocio. Sobre un cementerio de buenos principios se levantan las bases de la nueva conciencia de mercaderes que cultivan algunos hombres de letras, con desvergüenza que no conocieron las generaciones pasadas. Poco importa a muchos venezolanos el decoro cívico, cuando muchos llegan a no preocuparse ni por el decoro de los propios tálamos conyugales.

La ley del dinero rige toda manifestación de conducta de las clases dirigentes. Influir para lucrar con buenos negocios, para tomar una buena participación, para ganar jugosas amistades, es la sola norma de conducta que rige a nuestro mundo presente. Se siente por todas partes la honda sacudida que sufren las raíces de la Nación y por todas partes aflora el elemento demoníaco que ha hecho presa en las mejores voluntades. Entre nosotros se produce fatalmente fenómeno contrario al que preocupaba a Cobbett, cuando advirtió que en Inglaterra "el sentido popular del honor estaba siendo aplastado" a causa del auge que tomaba el industrialismo naciente. Entre nosotros la riqueza nueva ha pisoteado de manera lamentable el sentido del honor entre las clases altas. La clase media y las clases bajas mantienen todavía visible lealtad a la noción del honor personal con que han entendido compensar —según aguda observación que oí hace años en labios de Vicente Lecuna— las diferencias que sufren en razón de la desigualdad artificial de los estamentos.

Yo intenté en "Mensaje sin Destino" pintar las causas particulares de nuestra crisis de pueblo. Las apuntadas por mí apenas operan en

el orden de nuestra ubicación nacional. Mas, en un radio mayor, que incluye consiguiente nuestra área de Nación, somos víctimas de la gran crisis de inseguridad y de contradicción que padece el hombre universal. En nosotros se agrava la crisis que sufre la humanidad total, en razón de nuestra carencia colectiva de defensas en el campo de los propios valores de la nacionalidad y por la presencia en nuestro suelo de un elemento extremadamente peligroso. El petróleo y el hierro son agentes eficaces para el soborno que arruina a nuestros hombres. La enorme riqueza de nuestro país, administrada por advenedizos en alianza con la oligarquía succionadora e inmoral, ha sido vehículo eficaz para que tú hayas visto el desfile decadente de nuestros mejores hombres ante la figura del dictadorzuelo, que pretende encarnar la tradición de la Patria. Porque esa fue la función de aquel alarde fascista, realizado en el falso nombre de los valores de un pueblo al que se vende y se ultraja todos los días.

Si hierro y petróleo son las causas inmediatas del relajamiento moral que ha llevado al país a su actual postración, no es el mejor remedio esperar la hora de las vacas flacas que obligue a la reflexión de los hombres sobre quien se realiza la magia negra de la riqueza. El problema de Venezuela, como he dicho, no se arregla en las guarniciones. Nuestro problema es de calle y de conciencia nueva. Problema de pueblo y problema de mentes directoras.

No se ve en realidad la voz poderosa que pueda encauzar esa especie de cruzada que reclama el país. Pero esa voz hay necesidad de buscarla o de hacerla. No se trata, tampoco, de la voz monótona de un pseudomoralista victoriano, así precise una fuerte dosis de moralidad activa en los hombres nuevos que habrán de cumplir esa tremenda misión en nuestro pueblo. Los hombres colgados en los postes de la Plaza Bolívar con que sueñan muchas víctimas del actual régimen, nada significarían como línea de moralidad. Servirían, en cambio, para justificar retrospectivamente la crueldad actual. Hombres de rectitud de postes es lo que reclama el futuro de la República. Tú ya tienes experiencia política y sabes que la conducta de los dirigentes sirve de molde para la conducta general. No pido para el futuro del país un gobierno de hombres angélicos. Los ángeles tienen misión distinta de la de administrar pueblos. Pero sí es deseable que el gobierno de los

pueblos lo ejerzan hombres que sepan gobernar sus propios vicios y no se expongan a que a través de ellos otros hombres terminen por convertirlos en caricatura de sí mismos.

La duplicidad diabólica de la moral maquiavélica ha terminado por hacer de nuestro país lo que hoy es. Me estoy viendo en la imaginación a un ilustre colega nuestro, que a pesar de sus riquezas, aún transita a pie las calles de Caracas. Hombre de arreglado vivir; de costumbres visiblemente contenidas; de apreciaciones severas sobre el común de los cristianos; discreto, dogmático, modoso. Pero ese hombre ha comprado hombres y ha torcido la justicia del pueblo venezolano. Ese hombre austero, ciudadoso, aparentemente vestido de virtudes cívicas y privadas, sabe aprovechar los vicios ajenos en beneficio propio y en beneficio, también, de intereses enemigos del país, que sobornan con prebendas su conciencia.

Esos ángeles de alma sucia son tan perniciosos como los festivos magistrados que lo pasan a la viva la Pepa. Es decir, los dos hacen la coyunda funesta que ha provocado la espantosa delincuencia moral que yugula el espíritu de la República. Contra ambos hay necesidad de luchar en forma activa, en pos de una generación de ciudadanos que puedan realizar mañana lo que no hemos podido nosotros. A esa generación nada puede serle ofrecido como de mayor fruto que la confesión de nuestro fracaso.

Por lo que a mí dice, es lo solo que puedo enseñar a la juventud que hoy levanta vuelo bajo auspicios tan sombríos. Me he creído en el deber de predicarle las virtudes que no ejercí. Como los cangrejos viejos de la fábula de Lizardi, he juzgado necesario decir a los nuevos cangrejos cual es la línea del paso recto, así a mí ya se me dificulte tomar parte con ella en la nueva marcha salvadora de la República. Pero es preciso hacerlo, mi querido Numa, cueste lo que costare. El país está pidiendo de nosotros una copia de esfuerzos que lleguen a significar hasta el sacrificio de nuestra propia personalidad. De no hacerlo así, es como si nos colocásemos en la ribera ocupada por quienes esperan la facilidad oportuna y cómoda o como si nos agregásemos al desfile de los claudicantes.

Yo mantengo fe en la labor que vosotros podáis realizar en el interior del país, por medio de vuestra digna conducta y a través de la prédica constante de conceptos que ayuden a mejorar la conciencia de la clase que viene influyendo en la dirección de la sociedad. Vosotros tenéis autoridad para combatir esa concupiscencia que ha erigido el lápiz azul de los pulperos en instrumento para señalar los esquemas donde se encuadra la dignidad social. Así lo he escrito a Villalba y a otros compañeros de destierro. En el interior de Venezuela existe un grupo disperso de hombres en quienes se mantiene viva la llama de la rebeldía moral. Tal vez la aglutinación lenta de esos hombres a través de fórmulas sencillas de unidad democrática y de constancia en la obra difusiva de conceptos de moralidad política, puede contribuir eficazmente a mejorar el panorama del país. Células pequeñas, como las que pensamos crear cuando hubo intentos de revivir el PDV.

Hay que estar preparados, mi querido Numa, para la hora en que las guarniciones resuelvan dar una nueva embestida. Urge crear una conciencia nueva, que evite al país el infantilismo en que muchos caímos cuando se produjo el 24 de noviembre de 1948. Yo mismo, honestamente creído en la buena fe del movimiento, llegué a darle una *sanatio* retrospectiva y me atreví a pensar y a publicar que hubiera habido gérmenes de honestidad democrática en la idea castrense que engendró la cuartelada del 18 de octubre de 1945. Claro que el Ejército hubiera podido convalecer de la dolencia ocurrida cuando la primitiva traición del 45, si no se hubiera desbocado, como hoy lo está, por el camino del atropello y de la irreflexión. Al negar el 2 de diciembre pasado los fines proclamados el 24 de noviembre como explicativa del derrocamiento de Gallegos, el Ejército probó como cuerpo que toda su actuación desde 1945 no había sido sino una simple aventura de ambiciones. Si, en cambio, hubiera sido reconocido el resultado electoral del 30 de noviembre, el Ejército habría ganado títulos para decir que sus jefes no eran simple aprovechadores de un Poder puesto al servicio de intereses inconfesables.

Ya va por demás larga esta carta, en la cual desahogo temas sobre los cuales deseara conversar cara a cara contigo y con los buenos amigos que como nosotros piensan. Insistiré en escribirte cuando tenga seguridad de que mis cartas llegan a tus manos.

No sé con quien vaya ésta. En breve sale de regreso N.N., pero no me atreví a pedirle que la llevase. Lo vi varias veces. Llegamos a almorzar juntos. Tuvo la delicadeza de no abordar conmigo el tema político, que me hubiera sido desagradable discutir con él, en razón de que lo sé entusiasta amigo y panegirista del actual régimen. Ya se despidió y no tuvo la galantería de ofrecérseme para llevarle saludos nuestros a los hijos y amigos. Si el miedo crece en esos cuerpos y en hombres que se dicen de honor, ¿qué se puede esperar de los amigos tímidos, a quienes espanta la sombra de los espías que en vano pululan por la Gran Vía? En cambio, Enrique Tejera me llamó de inmediato y estuvimos mi mujer y yo comiendo con él y Elsa. Tal vez Tejera lleve esta carta, necesitada de viajar primero a Asia y a Africa.

Tuyo aftmo amigo,

MBI

AUTO-CRITICA Y UNIDAD

Madrid, 25 de noviembre de 1954

Señor Don
Ricardo Montilla
México.

Mi querido amigo:

Por demás grato me ha sido el recibo de tu esperada carta. El testimonio de personal amistad y aprecio cordial que en ella me trasmites, está ampliamente correspondido por el aprecio y la amistad muy sinceros que siempre he tenido para ti.

Empezaré por agradecerte las gratísimas noticias que me trasmites sobre la salud del admirado Andrés Eloy. Me llena de entusiasmo saber que nuestro ilustre amigo prepara su mejor cosecha. Ya empiezo a saborear el deleite de la magistral poesía de nuestro más grande vate.

No serán estas líneas para establecer disputa alguna, sino para alimentar el espíritu de diálogo de que tan necesitados estamos los venezolanos de fuera y de dentro. Sin embargo, me permitirás que disienta de tu sutil defensa de la atribución de "dictadura" que Betancourt hace al gobierno de Medina. Yo he escrito más de una vez que el mérito de Medina radica en haber ayudado a la liquidación de la dictadura. La libre existencia de "Acción Democrática" es su mejor prueba. En lo que dices de imperfección de la revisión petrolera, en parte podría ponerme de acuerdo contigo. Ha podido, en realidad, ser mejor. Esto

ocurre con todos los actos del hombre y con la conducta de todos los gobiernos. Pero, mi querido Ricardo, ustedes mismos hallaron testimonio de la mala fe con que obrara uno de los más señalados consejeros de Medina, mala fe que llegó a engañar, también, a espíritus tan patriotas y avisados como Rafael Pizani y Manuel Egaña, miembros, entre otros, de la Comisión de Reforma. El caso de Biaggini es otro. En más de una ocasión he escrito que nuestro gran problema de autoridad residía en suprimir el continuismo más que en la forma de la elección. Cuando Medina, haciendo uso del residuo autoritario que gravitaba a favor del Jefe del Estado, simpatizó con la candidatura de Diógenes Escalante, ustedes la respaldaron. En orden a los principios, la misma claudicación principista del PDV la realizó AD cuando no adversó a Escalante. Posteriormente, el escogimiento de Biaggini no fue acertado por razones que no son del caso. Yo sostuve sin embargo, su candidtura, como un reforzamiento a la corriente liberal del PDV, en aquella hora desfluecado por la política lopecista. Nadie mejor que Betancourt conoció mi lucha dentro de los propios cuadros de mi Partido. Justamente de Analuisa Llovera se valió Betancourt para intentar la publicación —que yo no autoricé— de mi renuncia como jefe de la fracción parlamentaria del PDV Rafael Pizani podría hacer memoria de que fue él quien mejores razones adujo contra mi propósito de renunciar el 26 de septiembre, cuando se concluyeron las sesiones del Senado. El mismo Medina no supo interpretar en aquellos momentos la intención de mis consejos. El, honradamente, miraba hacia otras luces, donde creía ver señales más precisas. El extraordinario corazón de Medina no le dejaba escuchar el deslizamiento de las víboras que acechaban y se decían interesadas en robustecer los cuadros militares amenazados por los viejos oficiales de extracción gomecista. En el terreno de la realidad humana no es justo llamarle dictador. Si Medina lo fue, ¿podría llamarse dictador a Pérez Jiménez?...

Haces en tu carta referencia a la carta que dirigí a Andrés Iduarte a raíz de la caída de Gallegos. Esa carta se explica por sí sola. Un buen lector advierte que yo no alabo en ella a los militares golpistas. Tácitamente condeno en ella el golpe del 24 de noviembre. En dicho documento quise explicar "por qué" estaba sirviendo yo a un régimen de fuerza que había derrocado a Gallegos. Comprendo que mi posi-

ción "resultó" errada. Yo me equivoqué de medio a medio al creer en la buena fe de los alzados. Gallegos, tú, Andrés Eloy Blanco, Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Betancourt, Edmundo Fernández, Luis Beltrán Prieto parece que también se equivocaron cuando se asociaron con los militares el 18 de octubre. Ahora el caso, mi querido Ricardo, tiene múltiples raíces explicativas. Falsamente me creí solidario de "mi gente" antigua, golpeada por ustedes desde el Poder (A mí, siempre lo he dicho, AD, lejos de golpearme, me acató). Miré con ojos desapropiados, como era lógico en aquel momento, el sistema duro que ustedes aplicaron algunas veces en relación con los ciudadanos de la oposición, y me alarmé, como era natural, ante los errores de la política y de la administración que dirigían hombres de quienes era obligatorio esperar otros métodos. Esperé, con grande anhelo y buena voluntad, la hora franca de la concordia y de la rectificación.

El sentido de mi carta para Andrés Iduarte debes buscarlo más bien en mi actitud posterior. En Historia suele también explicarse el pasado por el presente. El mío es documento ingenuo de un hombre que procedió engañado y cargado de esperanzas y de posibilidades acerca del porvenir cívico de Venezuela. Escribí mi carta a cortos meses del golpe. Me empeñé cerca de los Comandantes porque se acelerara el proceso electoral y porque no se realizara una política de retaliación y de crueldad. En diciembre de 1949 inicié el proceso de mi renuncia; ratificada en abril y en mayo de 1950, la presenté con carácter definitivo en julio de este último año. Si Carlos Delgado Chalbaud hizo aprecio de dicha carta (en un principio no destinada a la publicidad y reproducida por mí en folleto cuando la ví imprudentemente publicada con errores), Pérez Jiménez, en cambio, dijo a Manuel Pulido Méndez que dicha carta la había publicado yo para exaltar a Medina Angarita. Lo mismo repetía Miguel Moreno.

Comprendo que ustedes debieron haberse dolido mucho de mi carta, dura, aunque no tanto para justificar la injuriosa desmemoria de Betancourt hacia mi persona. Mi carta es un documento político bastante recio contra el partido de ustedes, pero no contiene injurias personales contra personas determinadas (De un fanático antiacciondemocratista tengo carta en que me reprocha el respeto para la figura de Gallegos).

Han corrido los años y el dolor común nos ha abierto aún más los ojos a unos y a otros. Las crecientes desgracias de la Patria me han servido, sin embargo, para mostrar hoy a amigos y enemigos que yo no he tomado la política como mera oportunidad concupiscente. De confundir la política con la carrera de los cargos públicos, habría aceptado las posiciones que ustedes me ofrecieron y habría proseguido en los altos cargos que me prometía el régimen militar. Con ustedes no estuve, por lealtad a lo que yo llamaba "mi gente"; con los militares rompí, porque dejaron de garantizar la convalidación de las instituciones cívicas. En mi juventud serví a la dictadura. Sin ninguna formación cívica, tenía que seguir por gravedad de circunstancias el movimiento que me marcaba el propio medio familiar en que me movía. Veinticinco años tenía cuando mi tío político, el Doctor Victorino Márquez Bustillos, entonces Presidente Provisional, me llamó a Caracas y me hizo elegir Secretario de la Cámara de Diputados. Sería temerario pedírseme que yo me hubiera ido entonces a la oposición que encabeza entre mis contemporáneos Atilano Carnevali, cuyo padre estaba perseguido por el gobierno (¡Qué vueltas da el mundo!). Caí en el laberinto del gobierno y serví como sirvieron otros, con menos provecho personal, en cambio, que muchos de quienes después se dijeron enhiestos profesores de civismo. Tuve la mala suerte de que se me calumniara y se me imputasen hasta crímenes de sangre, que los mismos que me los imputan bien saben que no cometí.

Desde niño, como lo escribí en una evocación de mi pueblo natal, tropecé con la desgracia de verme víctima de falsas imputaciones, muchas de ellas hechas por condiscípulos que me cobraban responder mejor que ellos en clase. En cambio, otros, mi querido Ricardo, tienen suerte para que les sean disimuladas faltas y errores llamados a tener notorio bulto (Ante el general Gómez me presentaron en cierta ocasión como enriquecido por negocios de petróleo, para ello haciendo confusión de mi persona con otro sobrino de Márquez Bustillos; ante Gómez mismo me presentaron en 1934 como agente revolucionario, invocando para ello mi deudo con José Rafael Gabaldón. En la primera oportunidad el Benemérito me negó ayuda para venir a Europa, donde quería curarme; en la segunda ordenó una prisión, de que generosamente me salvó Velasco).

Yo, en realidad, no debo quejarme de mi suerte, así hoy me vea alejado de la Patria y de mis hijos, en condiciones peores que muchos otros, pues tengo a mis hijos en el infierno de Venezuela, mientras la mayoría de ustedes se halla en compañía de la familia inmediata. Mis pocos recursos los he visto mermados en forma lamentable. Hasta mi Seguro de Vida lo he perdido. Tengo apenas para sostenerme en Madrid, donde, aprovechando del cambio, he empezado a comprar un piso que me asegure techo sin angustias. Pero sobre mí, querido Ricardo, se han acumulado siempre calumnias e imputaciones de temeridad visible. A mí se me ha hecho responsable de circunstancias en que no he tomado parte. Cuando se trata de descalificarme, se invocan, aun por gomecistas convictos, mis viejos vínculos con el gomecismo, que otros, hoy gozosos de prestigio de integridad cívica, aprovecharon mejor que yo. Cuando Gómez murió, yo era un hombre absolutamente pobre. En Centroamérica hice las primeras economías, gozando de un buen sueldo en tierra barata. También en Centroamérica puse en resalto una vida pública que ha sido el mayor de los baldones que me han hecho algunos viejos gomecistas. Entendí que en 1935, con la muerte del general Gómez, adquiríamos sus antiguos amigos libertad para servir a la reciente democracia. Tú me viste actuar durante el gobierno de Medina. Sabes que en la oposición contra "Acción Democrática" jamás estuve en los cuadros conspirativos que llegaban a lindar con Pedro Estrada y con Deloffre. Cometí un error explicable cuando le admití a la dictadura la Embajada en Bogotá. La conducta posteriormente seguida con plena libertad por mí, me desviste todo utilitarismo vergonzoso.

Fui un equivocado. Pero, insisto, también, en decir que el más grande de los equivocados fue nuestro admirado Gallegos. Erró cuando en 1945 se alió a los militares; de nuevo erró cuando no usó la inteligencia para desarmarlos en noviembre de 1948.

Todo esto, mi querido Montilla, es historia pasada. La historia pasada pertenece a Dios. La historia nueva, que nos pertenece y que nosotros en parte gobernamos con nuestro albedrío, pide algo semejante a lo que tú y yo estamos haciendo: desde nuestras diversas parcelas políticas debemos dialogar continuamente sobre los hechos y las personas,

mirando sólo la posibilidad de una fresca, clara, ancha concordia nacional.

En el momento presente del país se impone una desvergonzada comprensión de nuestros errores y deficiencias. Aferrarnos a defender a todo evento la legitimidad y la absoluta corrección de nuestras acciones públicas, es tan criminal como colaborar con Pérez Jiménez. Es lo mismo que colaborar con él, puesto que de nuestra desunión, de nuestra carencia de tolerancia, de nuestra idea de que sólo los vecinos yerran y no nosotros, viene ese estado de desconfianza y de anarquía que nulifica la acción salvadora que debe poner fin a los dolores de la Patria. Nuestra humildad para entendernos a nosotros mismos, debe empezar por el acto simplísimo de conceder a los contrarios el derecho de errar honradamente.

Punto aparte pide esta carta para referirme a la infamia de "El Heraldo", en la oportunidad del homenaje continental al Gallegos maestro de las letras. He de decirte que me dio dolor la infamia, que algunos extranjeros pueden mirar como expresión de una tipicidad nacional. Allí bullen todos los bajos complejos que anidan en el espíritu sombrío de Laureanito Vallenilla, en quien sólo brilla con tonos infernales la virtud de ser buen hijo. A costa de Venezuela quiere probar la exactitud de las pseudodoctrinas del padre. Ejerciendo una Cartera, desahoga el resentimiento del padre que no logró ser Ministro, pese a haber dado armazón sociológica a la dictadura antigua.

Larga va esta carta, cargada de sinceridad y de afecto para el amigo y antiguo opositor político. Sé que la recibirás con la misma deferencia con que recibí la tuya. Es bueno seguir a distancia este diálogo íntimo sobre los dolores de la República. Hasta hoy ha sido sólo crítico. Espero que en lo venidero charlemos acerca de un pensamiento que dé sentido de unidad a nuestra acción patriótica.

Te ruego saludar a Gallegos y a Andrés Eloy. Si allá está Gonzalo, le saludarás también de mi parte, lo mismo que a los buenos amigos que allá viven. Para ti un buen abrazo de tu aftmo. amigo.

MBI

[PD] Al releer esta carta me desagradó el tono apologético que tiene, y que juzgo del todo innecesario cuando me dirijo a ti; sin embargo, no está mal que de vez en cuando escribamos acerca de nosotros mismos.

Lo que me mandaste de Gallegos, lo he pasado a Laura Santana, hermana de Raúl, quien ha tenido gran gusto en los homenajes al Maestro.

EL CASO DE GUATEMALA

Madrid, marzo 20 de 1954

Excmo. Sr. Don
Guillermo Toriello
Ministro de Relaciones Exteriores
Guatemala.

Muy distinguido señor:

Me he sentido en la obligación moral de dirigir a usted estas líneas después de su actitud ejemplar en la Conferencia de Caracas.

En un ensayo reciente, escribí mi desacuerdo con ese tipo de reuniones, a las cuales desde 1889 vienen concurriendo nuestros países hispanoamericanos para perfeccionar su entrega a la política de Washington. Pese a mi disconformidad con la técnica de las Conferencias y a saber de antemano que en la de Caracas se trataría una vez más de someter nuestros sistemas domésticos a los intereses del Norte, dejé constancia de que en ella estaría presente el espíritu de Bolívar, si los hombres que se reuniesen para pactar en nombre de América volvieran a su propia conciencia y se sintieran representantes de pueblos y no agentes de gobiernos interesados en la permanencia de procedimientos que aseguren a sus ejercitantes y a sus cómplices el provecho y el hartazgo.

Usted, ilustre señor, ha sabido poner en alto la voz de nuestra América sufrida. Se ha encarado valientemente usted al sofisticado razonamiento del Secretario Foster Dulles, hasta probar una vez más cómo el co-

munismo viene sirviendo de pretexto para que el voraz capitalismo explote las tierras y agote a los hombres de nuestros indefensos países.

Sólo los regímenes políticos asociados a la explotación de los poderosos del Norte y los abogados y los comerciantes que aprovechan dichos negocios, pueden avanzar hasta confundir la defensa de nuestros intereses nacionales con una supuesta cooperación con el comunismo internacional. En cambio, cuando observadores con espíritu sereno y ansias de justicia enjuician el problema de la explotación que realiza el capital imperialista en nuestra América, fácilmente llegan a la verdad de los hechos. Como argumento ajustado a la lógica aplastante de su admirable discurso, me permito copiarle uno de los diversos comentarios que en relación con la Conferencia ha estampado el diario "Ya", considerado en Madrid como expresión de los más altos intereses del pensamiento católico en España. "Ni el estaño de Bolivia, ni el cobre de Chile, ni el café de Brasil, escribe dicho diario, son pagados al precio proporcional que las grandes potencias industriales han puesto a sus productos. Hay un tipo de agresión económica que no es menos ofensivo y antijurídico que la agresión militar. Derribando las economías nacionales de las repúblicas iberoamericanas, se contribuye tanto y más a la expansión del comunismo en ellas que lo que se puede hacer por la directa propaganda de la ideología y las tácticas soviéticas. Así pues, bien miradas las cosas, el peligro contra la estabilidad política y social en Iberoamérica está tanto en las maquinaciones de Moscú como en las confabulaciones de los grandes monopolios financieros y las grandes 'cadenas' industriales".

Quienes busquen, pues, las causas de la desesperación que vive América, no habrán de conformarse con el mero expediente de atribuir a posible expansión de ideas comunistas el peligro que amenaza a nuestros países. Precisa ir, en cambio, a las cercanas fuentes de los "grandes monopolios financieros y las grandes *cadenas* industriales". El otro sería un peligro teórico; ésta es una realidad cercana, que convierte en dependencia de los imperios a los países que se rotulan soberanos. Al colonialismo de formas políticas extracontinentales, supera este otro colonialismo, que convierte en factorías al servicio del Norte nuestras naciones de calidad autónoma en la clasificación de la geografía po-

lítica. Tan deprimentes para la integridad de nuestro mundo americano son una Belice británica y unas Malvinas inglesas como lo es una Guayana venezolana entregada a la voraz explotación de la Bethlehem Steel Company y de la United States Steel Company. ¡Y qué decir de la entrega de nuestras principales industrias al capital forastero y del abastecimiento de los pueblos por medio de un comercio subordinado a los exportadores del Norte!...

A quienes invocan a Bolívar como patrono del sistema interamericano, que pone nuestra libertad y nuestro decoro al servicio de Estados Unidos, no les cabe mejor tratamiento que el de fariseos con que los designo en mi citado trabajo. Usted, en cambio, haciendo suya la tradición americanista que arranca de José Cecilio del Valle y de Irisarri, ha salvado el verdadero concepto bolivariano. Guatemala se ha exhibido en Caracas digna de los ideales de Bolívar. A usted toca la honra de haber prestado su voz de hombre para que su país asumiese la actitud nobilísima que lo destaca como nuevo David frente al poderoso gigante del Norte.

La proposición del Secretario de Estado norteamericano ha podido ser aprobada, a pesar de las reservas que enaltecen a México y Argentina. Pero en el orden moral, Guatemala ganó la batalla. Calvino y su policía inquisitorial pudieron llevar a la hoguera a Miguel Servet; mas, en el orden de la historia de las ideas, el triunfo estuvo en la garganta del vencido apóstol de la tolerancia. La lección que usted ha dado a nuestra América es lección que no se pierde. En esa Aula Máxima, donde usted habló, hablarán mañana hombres libres que sabrán repetirla. En medio del silencio que hoy rodea en mi Patria a la genuina palabra universitaria, ha sido casi un milagro que se produjese ese duelo luminoso en que el vencido por el voto de los comprometidos con la injusticia y el soborno ganó, en cambio, una victoria con cobro de futuro.

De extraordinario valor considero para el caso los transcritos argumentos de "Ya". Estados Unidos se empeña en buscar la solidaridad de las Américas frente a una posible agresión extrahemisférica. ¡Pero, si ellos, como certeramente lo anota el diario madrileño, son los verdaderos agentes de la agresión! En el orden de la economía, nuestros

países latinoamericanos son objeto de una feroz explotación de parte del capital imperialista. No se ocupan ya nuestros territorios con agresiva marinería, como ayer fueron ocupadas la República Dominicana y Nicaragua. Se ocupan hoy nuestros países con la alegre colaboración de los criollos, que aprovechan la entrega de nuestros recursos y la hipoteca de nuestra dignidad nacional.

Como hombre de América y como ciudadano comprometido singularmente en mi país en la obra de defender los valores de la nacionalidad amenazada por la voracidad del Norte, me ha interesado extraordinariamente su discurso. También me ha interesado de manera especial por referirse a Centroamérica y a la rapaz política de las compañías bananeras. Por largo tiempo ostenté la representación diplomática de mi país en el istmo centroamericano y de modo directo conocí en Costa Rica y en Guatamala el pulpo tenebroso de la United Fruit Company, empeñada hoy en que sus intereses sean confundidos con los meros intereses de la civilización cristiana. San Pablo desataría esta peligrosa confusión remitiéndonos al misterio de la "iniquidad" del Anticristo que pretende hacerse adorar como Redentor.

Viví en su bella Patria cuando ésta era gobernada con mano fuerte por el general Ubico. No se hablaba, consiguientemente, allá de que hubiera comunistas en la administración pública; sin embargo, a mí se me pintaron por patriotas guatemaltecos —primero entre ellos su ilustre antecesor Don Carlos Salazar— las felonías de la poderosa empresa. Supe entonces que la política de Centro América ha girado en torno a los intereses bastardos de esta monstruosa organización. Por ello escribí en mi libro "Alegría de la Tiera" que "toda la historia centroamericana de fines del pasado y de todo este siglo, está orientada por los intereses bananeros. Con la plata del banano se han comprado fusiles, machetes, senadores, diputados, jueces, coroneles y cabos (El actual gobierno guatemalteco ha apoyado a los obreros contra la voracidad del pulpo frutero, y ya el Departamento de Estado lo calificó de comunista)".

Cuando usted en Caracas desnudaba la política succionadora de las compañías bananeras, cierto estoy de que la mayoría de los Delegados

sentían la verdad de que estaban cargados sus labios. Mi confianza en el triunfo final de la razón me lleva a pensar que muchos de ellos hubieran deseado en el fondo de su conciencia tomar partido con usted en el debate singular que el representante de un pequeño y aislado país sostenía con el representante del mayor imperio contemporáneo. No podía escapar a muchos de ellos, juristas y políticos experimentados, que es sobrado injusto atribuir concomitancias soviéticas —así pueda haber comunistas en la administración pública— a un gobierno que defiende con altivez su suelo y su riqueza de la arbitraria explotación que sobre ellos ejerce una potencia extraña.

El Departamento de Estado no ha caído en la cuenta de que ha tomado el peor de los caminos en su celo por evitar la penetración comunista en nuestro hemisferio. Si los venezolanos somos motejados de comunismo cuando defendemos nuestro hierro y nuestro petróleo; si a los centroamericanos se les llama agentes soviéticos porque defienden su banano y su café y a los bolivianos cuando buscan mejor precio para su estaño y a los chilenos cuando quieren lo mismo para el cobre, si los brasileños son calificados a la vez de comunistas porque quieren mejor tratamiento para su café y los argentinos y uruguayos para su lana, llegará indudablemente la hora en que el comunismo se vea como garantía prodigiosa de nuestra integridad nacional.

Nada gana la política solidaria del continente con el aguaje fraseológico de declaraciones que no corresponden a ninguna realidad, como eso de reiterar la "fe en el ejercicio efectivo de la democracia representativa", justamente en la capital de un país cuyos actuales gobernantes desconocieron, con la complacencia del Departamento de Estado, el resultado de unas elecciones ejemplares, ganadas por el pueblo unido contra la dictadura. Para que la solidaridad continental logre posibilidades, debieran los Estados respetar las consignas elementales del sistema democrático. Pero reunirse para repetir palabras insulsas y para robustecer a la vez los medios de defensa del imperialismo norteamericano, no significa nada en el camino de salvar al continente del peligro de una expansión del comunismo soviético.

Su discurso, ilustre señor, hará época en la historia de las relaciones de nuestros países. Habló usted con claridad y con valor ejemplares.

Tomó usted la defensa que abandonaron quienes no podían abrir la boca por el temor de que se les saliesen las lentejas recibidas por la venta de la primogenitura. Usted se hizo personero del mundo sin voz que sufre en América la opresión de los déspotas o que camina al tono del compromiso que asegura el beneficio inconfesable. Usted desnudó ante el propio Secretario de Estado americano la torpe política que sólo mira al interés del momento. Usted puso las cosas en su justo puesto. Lástima que no las vean con claridad quienes se empeñan en su propia ruina y en la ruina de la venidera generación. Los enceguecidos defensores del capitalismo imperialista bien pudieran comprender que están comprometiendo el destino de sus propios hijos. Hacen lo contrario de lo que hicieron los grandes apóstoles de la vieja libertad republicana. Washington, Jefferson, Madison y Lincoln en el Norte, como Bolívar, San Martín y O'Higgins en el Sur, se sacrificaron en beneficio de sus descendientes. Dulles y McCarthy están enajenando el porvenir de sus propios hijos. Con intentar una defensa policiaca contra el comunismo y con buscar los medios de asegurar la actual explotación de las regiones atrasadas, imaginan que garantizan el porvenir de su país. Olvidan que la desesperación incitada por la injusticia es el mejor aliento para los aires enfurecidos de la revolución. Los cordones sanitarios capaces de defender a los pueblos, los asegura, en cambio, la plenitud que deriva de un régmen de dignidad política y de suficiencia económica. La persecución que practican los sistemas dictatoriales y la angustia material que sufren nuestros pueblos, mantienen, en cambio, el estado de reserva que ha llevado a mirar a Estados Unidos como enemigo de la América Latina, cuando su posición privilegiada podía otorgarle un mayorazgo moral en beneficio de la comunidad americana.

Quizá he abusado al extenderme en torno al tema central de su grande pieza oratoria. Pero su lectura ha constituido para mí una manera de reafirmación en la fe que tengo en el porvenir de nuestro mundo hispanoamericano. Desde que me vi forzado a abandonar a mi Patria en 1952, pocos ecos me han llegado de América con la expresión de una recia voluntad de destino como el discurso magistral de usted. También otros delegados latinoamericanos han logrado dejar constancia de que no es tanta la uniformidad del sometimiento a los intereses de

Washington, pero en el caso particular de Guatemala, su actitud cobra la singularidad de la lucha de uno contra todos. Usted se levantó solo para desautorizar cara a cara la farsa anticomunista de los dictadores y de los explotadores de América. Entonces habrá una racional campaña anticomunista en nuestro Continente cuando los gobiernos todos enderecen su fuerza y sus medios hacia el levantamiento de la conciencia libre de los ciudadanos. Para acallar el temor rojo que lleva a niveles de delirio la mente de los anticomunistas profesionales, es necesario abrir surcos profundos donde los hombres no vean cómo manos extrañas acaparan el pan que Cristo prometió que el Padre daría cada día a los hijos de la fe.

Sin llegar a desconocer la justeza teórica de ciertas guerras, el mundo cristiano pide que no se confunda con una cruzada contra el comunismo el visible empeño de asegurar el dominio de ciertas potencias sobre territorios de explotación colonialista. En nuestro caso, resulta pecaminosamente paradójico alinearnos con quienes se empeñan en mantener el orden colonial, por cuyo rendimiento no hemos acabado de luchar.

Su discurso ha tenido por hoy apenas ámbito cordial e íntimo en medio del mutismo que envuelve el pensamiento de Venezuela; mas, cuando la luz se haga de nuevo en mi afligida Patria, tenga usted la seguridad de que en esa Aula, donde en breve volverá a imperar el silencio que encadena nuestra palabra de pueblo, será colocada una lápida que recuerde a las futuras generaciones el duelo verbal de la pequeña Guatemala libre con el poderoso imperio del Norte.

Créame su admirador y paisano en el orden de la gran patria americana.

MBI

Ginebra, 14 de agosto de 1954

Señor General
José R. Gabaldón
Caracas.

Mi querido compadre:

He leído con profundo interés las valiosas defensas que usted hizo del extinto gobierno de Jacobo Arbenz, en Guatemala (El derrocamiento de Arbenz ha sido muy lamentado en este país, pues su padre era nativo de la Suiza alemana). También he meditado sobre sus sabias advertencias al Gobierno de Washington. Prácticamente yo no pude escribir nada en el momento de la lucha; mis viajes por Roma, Asís, Florencia y Pisa me hicieron imposible tomar la pluma y aún seguir con justeza el hilo de los acontecimientos.

Hoy, en cambio, con la debida serenidad y cuando se anuncia por el Departamento de Estado un "Libro Blanco" sobre el "caso" Guatemala, aprovecho unas horas libres en esta dulce Ginebra de la paz y de la tolerancia, para conversar con usted sobre esta tragedia americana y para insertar en esta carta algunas ideas que tenía en cartera para un posible ensayo acerca de la crisis de la libertad en Guatemala.

Para llegar a un juicio provechoso en el caso presente, no creo necesario contradecir los numerosos cargos que los enemigos de Arbenz hacen a su manera de gobernar. Creo que, en realidad, Arbenz ejecutó

actos de extrema violencia y de innecesaria crueldad (He de decirle, también, que un venezolano para juzgar la política de Guatemala y sus viejos métodos necesita conocer de cerca aquel país, insensibilizado por la crueldad de sus dictadores y capataces, hecho frío y estoico por el abandono en que su terrible oligarquía —en la que aún se insertan títulos de nobleza— ha mantenido a la sufrida indiada). Lo que en Venezuela pueda decirse del General Gómez no es nada al lado de los sistemas de Carrera, Estrada Cabrera y Ubico. También parece que Arbenz perdió un poco la cabeza en el momento crítico de la invasión mercenaria.

En sí, pues, el problema político interno de Guatemala corresponde a otros estudiarlo, para defenderlo o atacarlo. A nosotros nos interesa fundamentalmente el hecho simplista que terminó por poner en resalto una vez más la torpeza del Departamento de Estado en sus relaciones con los países latinoamericanos.

El gobierno de Jacobo Arbenz, como ayer el gobierno de Juan José Arévalo, se definió en el área de la política americana como sistema empeñado en llevar a un nivel de justicia las relaciones del Estado guatemalteco con las compañías imperialistas que explotan su suelo. Para nadie es un secreto que la animadversión de Washington contra el sistema guatemalteco arrancó, no de su especificidad interior, sino del hecho de que los gobiernos liberales que sustituyeron la dictadura ubiquista procuraron una modificación del régimen de explotación que realiza la United Fruit Company.

Yo viví por cinco años en Centroamérica y particularmente me interesé en el estudio del régimen de las compañías fruteras. Si en el orden de la política general nada ha sido tan funesto para Venezuela como el régimen del hierro y del petróleo, para la política centroamericana la explotación del banano representa en grado un cáncer de mayores proporciones. Mientras la explotación petrolera se convierte entre nosotros tanto en aumento de salarios y en un acondicionamiento material de la vida, favorable al obrero, cuanto en mayor aportación de divisas para la economía general, la extracción del banano descansa sobre la mano esclavizada del peón rural y sobre un régimen extrac-

tivo y de transporte que detiene el progreso general del país. La voracidad del pulpo frutero no sólo la han denunciado hombres alertas de la América Central. En Estados Unidos se han alzado siempre voces cargadas de justicia, que han hablado en tribunas y han escrito en libros y periódicos sobre el cruel sistema de explotación usado por los magnates de las compañías fruteras. Hoy parece que esas voces ha querido oírlas la administración estadounidense, después de su intervención insolente y descarada en la política guatemalteca. Con una ingenuidad rayana en lo pueril, el gobierno americano ha anunciado la aplicación de las leyes anti-trusts a las empresas fruteras. ¿Por qué no lo hizo antes? ¿Por qué convirtió en problema internacional el problema derivado de la aplicación a la United Fruit Company de la Ley Agraria sancionada por Guatemala en uso de su soberanía política? Si Pilatos creyó lavar su responsabilidad con el hamlético lavatorio de manos, ni Foster Dulles ni el Embajador Peurofoy se lavarán ante la conciencia de los pueblos libres la sangre que enrojece sus manos por la inicua intervención en Guatemala ("Visión", órgano oficioso del Departamento de Estado, dijo en su edición del 23 de julio pasado que cuatro aviones P-47, tripulados por americanos, partían de las bases de Nicaragua para ametrallar a Guatemala). ¿Cuándo, querido compadre, hemos leído mayores desvergüenzas?...

La tierra centroamericana ha estado al servicio irrestricto del capital yanqui. Los gobiernos dictatoriales y oligárquicos que ha sufrido aquella bella porción de nuestra América, han descansado sobre las seguridades que les presta el Departamento de Estado, a cambio de las garantías y franquicias que los mandatarios ofrecen al capital imperialista. Cuando en Guatemala apareció un sistema como el de Arévalo y como el de Arbenz, con empeño por enmendar el entuerto antiguo, el Departamento de Estado avanzó a calificarlo de "cabeza de puente soviético". Pudo haber participación de elementos comunistas en la administración derrocada. De unos años a esta parte a todo lo largo de América se ha visto la presencia de comunistas o criptocomunistas en la armazón gubernamental de los Estados. Aun en regímenes que se dicen anticomunistas han figurado y figuran conocidos marxistas, que se dicen muchas veces separados de la línea política del partido comunista, pero que viven y piensan con sus mismas ideas antiguas

(En Venezuela, al lado del bastardo "defensor de la fe" que azota a nuestro pueblo, ¡cuántos son los comunistas que hinchan su bolsa!). Los comunistas, pues, que pudieron influir en la política de Arbenz no han sido aún presentados como agentes soviéticos, y lo de la cabeza de puente de la URSS parece hasta hoy algo sin cabeza. En cambio, la torpe política de Foster Dulles sí está sembrando estribos para el puente de la comunización de nuestro continente. Creo que actualmente nadie está ayudando tanto a Malenkof como este atolondrado Secretario.

En cambio, Guatemala había demostrado irreductibilidad a los planes del imperialismo norteamericano. En la lucha abierta por Washington contra la independencia de los pueblos hispánicos del Nuevo Mundo, Guatemala llegó a asumir una posición que le valió el paralelo con el joven David frente al poderoso Goliat. En la reunión panamericana de Caracas, el Canciller Toriello tomó con ejemplar dignidad la voz de las débiles comunidades que resisten el empuje del Departamento de Estado. Frente a Toriello, Foster Dulles fue la expresión brutal de la fuerza que se niega a reconocer los derechos humanos. Pocas veces un pequeño país ha hablado con mayor sentido de responsabilidad. Apenas apoyado por México y Argentina, el Canciller guatemalteco levantó el tono de las palabras con que puso en resalto el dolor de una colectividad que se veía desasistida de la justicia. En Caracas fue firmada la sentencia de muerte del gobierno de Arbenz. Lejos de volver sobre sus propios pasos, el Departamento de Estado precipitó los hechos y armó la revuelta. Más cerca de Guatemala que muchos de quienes juzgan el proceso centroamericano, está el Arzobispo de México. No ha tenido enfado el señor Martínez para declarar que no se luchaba en Centroamérica contra comunismo alguno sino a favor de intereses económicos norteamericanos.

Provocada la lucha, era lógica la caída del Gobierno Arbenz. Hoy las cosas vuelven a su tenor antiguo. Mientras tanto los vencedores buscan testimonios que prueben los horrores imputados a los gobernantes derrocados. Por el momento carezco de elementos materiales para estimar la presunta criminalidad de que se acusa a Arbenz y a sus compañeros, quienes parece que fueran demasiado drásticos en medidas tomadas para dominar la revuelta (Sin embargo, los fusilamientos, por

desgracia, han estado a la orden del día en los pueblos centroamericanos, como las torturas en los gobiernos dictatoriales venezolanos). No entraría, tampoco, a justificarlos, ni interesa a nuestros fines tomar partido en causa cuyos pormenores desconocemos. Me aventuro apenas a reflexionar sobre la posibilidad de los cargos.

A fines del año 1949 o a principios del 50, la Organización de los Estados Americanos oyó reclamos de la República Dominicana y abrió una encuesta sobre la famosa "Legión del Caribe". Se dijo entonces que la comisión había hallado culpabilidad del Gobierno de Guatemala en el asesinato del coronel Arana. Esos recaudos, de existir, fueron a manos del Departamento de Estado. Si Arévalo y Arbenz habían planeado semejante crimen ¿por qué el Departamento de Estado y la OEA misma no lo denunciaron inmediatamente a América y por qué Estados Unidos no retiró el representante diplomático que tenía acreditado ante el gobierno homicida?... Se me dirá que tal denuncia y tal retiro hubieran constituido una violación del principio americano de intervención; mas, dicha intervención hubiera resultado en sí un acto pacífico de profilaxis política, mientras lo ocurrido hoy ha sido una intervención vergonzosa, como vergonzoso fue intervenir en Venezuela a fin de que no fuera reconocida la validez de las elecciones populares ganadas en 1952 por Unión Republicana Democrática, de las cuales Washington esperaba el surgimiento de un gobierno decente y patriótico, que no proseguiría en la inicua entrega del país a los intereses del imperialismo. Intervenir es ayudar a derrocar gobiernos y apoyar tretas encaminadas a que no se den los pueblos el gobierno a que legítimamente tienen derecho. Abstenerse de llevar relaciones con otro país, así sea visto en técnica internacional como acto de intervención, en un estricto sentido no llega al entrometimiento que significa armar golpes e imponer actitudes.

No basta acusar; se necesita probar los delitos que se imputan al enemigo. "Si con acusar bastase, ¿quién sería inocente?", preguntaba San Francisco de Sales. En la picota está hoy el viejo orden guatemalteco. Caído Arbenz, se le acumulan crímenes funestos que, en cambio, a otros se disimulan. No tenía, en realidad, el Presidente derrocado bula de Washington para asesinar y perseguir al igual de otros gobernantes

latinoamericanos, que siguen a pie juntillas las órdenes del Departamento de Estado y cuyos crímenes se disimulan como medidas necesarias para "mantener el orden" en el famoso "mundo libre". El caso, en su desnuda realidad histórica, es que el señor Arbenz quiso para el pueblo de Guatamala el goce de los privilegios que anteriores gobiernos complacientes habían entregado al capital estaounidense. Si Arévalo y Arbenz, en lugar de perseguir una reforma económica que perjudicaba los intereses yanquis, hubieran colgado al Santo arzobispo Atellano Rosell y se hubieran dedicado a perseguir las órdenes religiosas, nada malo habría visto en ello el Departamento de Estado. El problema religioso en sí no interesa en nada a los comerciantes del Norte. La religión la toman como mero instrumento de penetración y aseguramiento colonialista. Un Embajador americano llegó a decirme que la tranquilidad de América Latina, de suyo tomada del ánimo revolucionario, beneficiaría con partidos comunistas desligados de Moscú. Es decir, Estados Unidos verían con simpatía en nuestro continente gobiernos comunistas que pactasen en lo económico con ellos. Los políticos implican el problema religioso en el momento actual del mundo internacional, por cuanto así interesan a su favor el ánimo asustadizo de quiens no distinguen la moneda del César de las ofrendas debidas a Dios.

A la atribulada conciencia de América dicen los portavoces norteamericanos que en Guatemala se debate un problema que incide las propias raíces cristianas del Continente. Vestidos los sostenedores de la opresión imperialista con el manto del anticomunismo, buscan la adhesión de quienes no saben ni pueden desarticular el problema de la política de Washington. No es fácil a muchos llegar a entender que si el comunismo representa una fuerza ideológica enderezada a variar las propias bases de nuestro mundo espiritual, el anticomunismo es una posición que llega a falacias funestas. Basta mirar hacia quienes forman en nuestro sufrido continente americano el frente anticomunista que sigue a ciegas la política del Departamento de Estado. Sin personalizar nombres, a cualquiera que conozca el drama de nuestros pueblos traicionados, es fácil formar la lista de quienes, a cambio del sádico placer del mando o del epicúreo goce de las riquezas, han trocado por indigestas lentejas el derecho a la primogenitura del decoro cívico. Si

el comunismo representa una doctrina y un sistema en oposición con nuestro viejo mundo religioso, el anticomunismo militante de la hora constituye un engendro diabólico, que destruye la dignidad y el decoro de los pueblos, so capa de servir a un orden donde está garantizada la explotación de los pueblos a cambio de la destrucción de la libertad.

Si los Estados Unidos midieran en un plano de realidad el porvenir que espera a su sistema expoliativo, ya buscarían mejores vías para sus propósitos de mantenerse como rectores del mundo. Por los caminos de la desesperación que están marcando a los pueblos de economía sin desarrollo, sólo llegarán a la postre a la destrucción de su propia fuerza. La soberbia que caracteriza a los dominadores no les deja oír la voz de la Historia ni les deja comprender lo errado de su actitud política. Olvidan los políticos americanos que los hombres vendidos y humillados jamás constituyen prendas morales que aseguren futuras instancias. Olvidan, también, que la impotencia del momento se convierte en potencial de callada y dolorosa resistencia para el futuro. El caso de Guatemala está llamado a tener mayores dimensiones que los pasados desembarcos de marinería en Nicaragua y en Santo Domingo. Se pueden oír palabras de aplauso de escritores y periodistas comprometidos con el Departamento de Estado. En cambio, hay millones de hombres mudos que podrán hablar mañana. También hay muchos hombres en América que comprenden la necesidad de convertir las artificiales pugnas de nuestros pueblos en elemento que dé uniformidad y fuerza a nuestros deprimidos intereses nacionales.

Si Washington hoy pega, también debe escuchar a quienes le hablan desde un nivel decoroso. No entiende el engreído imperio las palabras que puedan indicarle los mejores caminos. Si parase mientes en el caso, sabría que no son las del acierto las frases que le dirigen sus agentes secretos sino las de quienes le advierten con voz entera sus gravísimos errores.

Pero el mundo, mi querido compadre, sufre una crisis de ceguera, que empaña la mirada de los más ilustres representantes de la justicia. En el orden de las letras, de las ciencias, de la política, de la bondad y del carácter, qué enorme distancia temporal separa a Gregorio XVI

del gran Pontífice reinante. Sin embargo, la misma red que la Santa Alianza tendió sobre el anciano Papa, tiende hoy la Mala Alianza sobre la política y los propósitos del ilustre y santo Pío XII. El siglo pasado fueron testas coronadas las que hablaban en nombre del tradicionalismo monárquico y de las oligarquías sociales; hoy, son los reyes del acero, de la electricidad, del petróleo, del caucho, del estaño, del carbón, quienes mantienen la cortina de falsas cruces, tras las cuales se sientan con vigor pecaminoso a defenderse del comunismo. Para hacer efectivo el "orden", sombríos dictadores tuercen en nuestra América el cuello a las águilas de la libertad, con aplauso de los dirigentes del llamado "mundo libre". A las puertas de San Pedro en Roma vi cómo se recibía con altos honores diplomáticos a Rafael Leonidas Trujillo, cuyos crímenes políticos, al igual de los crímenes de otros dictadores americanos, gozan de la absolución de Washington. Están los presuntos defensores de la civilización cristiana abriendo anchos caminos para que penetren en los pueblos hambrientos de justicia la doctrina y los sistemas comunistas. Nuestro mundo cristiano, olvidado de Cristo, cava su fosa y se convierte en aliado inconsciente de la URSS. Por esta senda lo empujan aun prelados que se exhiben complacidos como gendarmes sagrados al lado de los dictadores. Llaman a la Iglesia madre, mas la utilizan como sirvienta.

No dirá usted ahora que soy parco en escribirle. Lo que siento es que al leerme no goce usted la paz extraordinaria que yo disfruto transitoriamente en la patria de Juan Jacobo Rousseau, a donde he venido a pasarme unos días en la casa de Alirio, mientras éste viaja por Italia.

Suyo affmo. compadre,

MBI

POR EL DECORO DE LA PATRIA

Madrid, 12 de noviembre de 1954

Señor
Manuel García Hernández
Caracas.

Estimado señor García Hernández:

Cuando usted residía en Buenos Aires solía publicar nuestra prensa artículos suyos sobre temas venezolanos (En alguno de ellos favoreció usted mi nombre con generoso comentario). Imaginé, también, que tuviera usted un concepto claro, preciso, elevado de lo que es la Patria.

Veo ahora un comentario suyo en un diario de Caracas acerca de lo que en el Exterior escribimos Domingo Alberto Rangel y yo sobre la presente situación venezolana, y como quien nada dice avanza usted en forma inusitada a decir que atentamos nosotros contra la dignidad, el decoro y los intereses de Venezuela. No conozco la literatura de Rangel a que usted hace referencia. La supongo inflamada de la pasión juvenil que caracteriza al conocido político; pero, como la mía —más calmosa por los años— la supongo encaminada a comentar el doloroso drama que vive nuestro país.

No me explico cómo se atreve usted a llamar enemigos de la Patria a quienes la sufrimos hondamente en nuestros huesos y en nuestro espíritu. Tampoco le reconozco autoridad alguna para descalificar mi

Madrid, 12 de noviembre de 1954

Señor
Manuel García Hernández
Caracas.

Estimado señor García Hernández:

Cuando usted residía en Buenos Aires solía publicar nuestra prensa artículos suyos sobre temas venezolanos (En alguno de ellos favoreció usted mi nombre con generoso comentario). Imaginé, también, que tuviera usted un concepto claro, preciso, elevado de lo que es la Patria.

Veo ahora un comentario suyo en un diario de Caracas acerca de lo que en el Exterior escribimos Domingo Alberto Rangel y yo sobre la presente situación venezolana, y como quien nada dice avanza usted en forma inusitada a decir que atentamos nosotros contra la dignidad, el decoro y los intereses de Venezuela. No conozco la literatura de Rangel a que usted hace referencia. La supongo inflamada de la pasión juvenil que caracteriza al conocido político; pero, como la mía —más calmosa por los años— la supongo encaminada a comentar el doloroso drama que vive nuestro país.

No me explico cómo se atreve usted a llamar enemigos de la Patria a quienes la sufrimos hondamente en nuestros huesos y en nuestro espíritu. Tampoco le reconozco autoridad alguna para descalificar mi

posición política. En cambio, tengo a mi favor la autoridad moral que me viene del pueblo que votó para que yo lo representase en la Asamblea llamada a marcarle nuevas pautas institucionales. Justamente porque ese pueblo, traicionado por sus gobernantes, me había visto luchar denodadamente por sus sagrados intereses, me confirió su confianza y su personería cívica. ¿Se da usted cuenta de que yo soy voz legítima de ese pueblo, que pisotean y traicionan sus opresores? ¿No ha pensado usted que mi silencio en el Exterior se hubiera visto como actitud desleal frente a los hombres y a las mujeres libres que me encomendaron su palabra? Sea pequeña mi estatura política y así carezca yo de los recursos que adornan a otros compatriotas, a mí se me entregó una candela por cuya luz estoy obligado a velar.

No he salido del país porque se me persiga por crimen alguno, ni para satisfacer resentimientos de político descartado por una administración, a la cual me negué a seguir sirviendo cuando la vi en el camino que trajinaba. Yo salí a hacerle honor al mandato que me dio el pueblo y que no pude cumplir, porque las fuerzas sombrías del país, en asocio con el capitalismo de fuera, insurgieron contra el sentido de legalidad que se esperaba ver convalidado con la reunión de la legítima Asamblea Constituyente.

El hecho de que yo haya escrito contra el actual sistema político venezolano, en el tono que me impone mi comportamiento de escritor responsable, no es razón para que usted antojadizamente diga que yo ataco a Venezuela. Venezuela, señor García Hernández, no es Pérez Jiménez y su corte. Venezuela es un valor permanente, cuya categoría estoy empeñado en defender contra la bastardía del llamado "nuevo ideal nacional". Gobierno y nación son dos conceptos que sólo confunden los totalitarios. "El totalitarismo se define por una confusión de todas las actividades en el seno del Estado omnipotente". La lógica sobre la cual usted afinca sus premisas es lógica falsa y mendaz. Felizmente no piensan así las mayorías venezolanas, que en el mundo de silencio donde se acoge la libertad en mi país, ven con simpatía, con agradecimiento y con estímulo a quienes en el Exterior hemos tomado la voz genuina de la conciencia nacional.

¿Conque usted llamaría enemigo de Venezuela a Manuel Palacio Fajardo, por haber salido a tierras extranjeras a denunciar el horror como gobernaban las autoridades de la reconquista española? ¿De modo, pues, que Bolívar era enemigo de la Patria cuando en Jamaica —tierra extraña al gobierno venezolano— escribió sus grandes páginas contra el despotismo colonial? ¿Llamaría usted traidor y enemigo de Francia al Víctor Hugo desterrado que escribió su "Napoleón el pequeño"? ¿Cree usted que Garibaldi era enemigo de Italia cuando fuera de la península fustigaba el despotismo interior?...

Medite, reflexione, juzgue desinteresadamente el caso presente y convendrá conmigo en que los enemigos de la Patria son quienes allá hipotecan su dignidad internacional, quienes allá entregan sus riquezas a la voracidad extranjera, quienes allá estrangulan la libertad doméstica, quienes allá se esfuerzan en mantener el secreto de la extravagante deuda que pesa sobre el Erario, quienes allá alaban un aparente progreso de cemento y ladrillo, que sirve de pretexto para los más desvergonzados negocios que conoce nuestra historia, quienes allá cohonestan con su conducta complaciente el régimen más sombrío y funesto, así el Presidente Eisenhower —mal aconsejado por el círculo que le rodea— exalte la obra del dictador venezolano, en términos hiperbólicos, que acusan la inmensidad de la riqueza nacional entregada a los intereses del imperialismo americano. ¿Esto, no lo considera usted una real, dolorosa, criminal traición a la Patria? ¿Será usted capaz de seguir confundiendo el alto, noble, imperecedero valor de la Patria con estos antivalores personales y espurios, a cuyo servicio se la sacrifica?...

No sólo usted, sino también otras personas interesadas en la permanencia del régimen, han avanzado a atacarme y a injuriarme. Les reconozco el derecho de utilizar la oportunidad que les deparo para que exhiban así su lealtad al dictador. Me complace, créalo usted, poder hacerles indirectamente un favor. Sus denuestos ni me ofenden ni preocupan. El caso de usted es muy otro, y por ello le dirijo estas líneas con mi reproche. Su ataque hacia mi posición política arranca de un error de lógica, que me creo obligado a procurar que usted elimine de sus juicios futuros. Usted ha armado una proposición a base de un paralogismo, afincado en la idea de que el valor sin dimensiones de

la Patria se pueda confundir con el antivalor que asienta en el ánimo de Pérez Jiménez. Esta es la cuestión.*.

Soy de usted atto. servidor y compatriota,

MBI

(*) La censura política autorizó la publicación en Caracas de esta carta, para explicar los denuestos y calumnias con que fue reproducida por G.H. Pudo, en cambio, leer con regocijo el pueblo mi palabra, mientras recibía como perruno regüeldo los insultos del frustrado apologista del "bien nacional", a quien acaba de expulsar de su seno, como periodista execrable, la AVP (*Nota de 1958*).

MORAL, PECADO Y ESPIRITU

Madrid, Julio 19 de 1955

Señor Doctor
Manuel Pulido Méndez
México.

Mi querido amigo:

Dos veces te he escrito en la semana que cursa. Creo ya en tus manos mis cartas.

Ayer se inauguraron en el mundo dos reuniones singulares: un Congreso Eucarístico, en Río de Janeiro y la Conferencia de los Grandes, en Ginebra (Aún persisto en mi pesimismo respeto a sus resultados, así pueda ocurrir lo imprevisto). El Congreso Eucarístico está llamado a dejar frutos muy positivos en innumerables almas. Ojalá la posterior conferencia de tipo político que celebrarán los Prelados, sirva para mejor orientar la acción de la Iglesia en nuestra América. También dudo mucho de su éxito. Actualmente gran parte de la jeraquía hispanoamericana está comprometida en la política "de orden" de los dictadores que azotan nuestro continente. Olvidan muchos Prelados que nuestro señor no condenó la libertad ni alabó al César. Despectivamente indicó que se le devolviese su moneda. Para mejor entender la parábola, debiera mirarse representado integralmente en el César el orden material del mundo. El mundo de los sentidos y de los apetitos es el territorio de la moneda. El espíritu es el reino de Dios. Hoy se confunden ambos planos y al César se ofrecen los diezmos del Altí-

simo. San Pablo habló del respeto debido a la autoridad. Jamás habló de rendir ante los ejercitantes del Poder los valores del espíritu.

Por lo que dice a Ginebra, he leído con sorpresa la declaración de Eisenhower respecto al derecho que tienen los pueblos a darse libremente sus gobiernos. Se necesita una vesania deslimitada para que el jefe de gobierno del país que interfiere la libertad en la América española, se atreva a hacer semejante declaración. ¡Señor, lo que se ve! ¿Habráse olvidado Einsenhower que, sobre desconocer la Casa Blanca los derechos del pueblo de Venezuela que designó libremente sus representantes el 30 de noviembre de 1952, ha llegado él mismo al vergonzoso extremo de elogiar solemnemente al conculcador de las libertades venezolanas?... Sobre la autoridad de estadistas que así obran, nada puede esperarse a favor de un sistema lógico que garantice la seguridad mundial.

Yo deseo ser el único errado en esta crisis espantosa de conceptos. Me alienta la posibilidad de los regresos. Siempre he estado en trance de desandar vías torcidas. Nada más espantoso que la *línea inflexible, que se aleja siempre, por la que nadie vuelve*, a que alude Bernanos. Entre tantas cosas confusas como actualmente vemos, he extrañado sobremodo que Francia prohije ardorosamente el rearme alemán. Más lógica asiste a Eden, cuando toma el camino intermedio de una posible desmilitarización. En cambio, he visto como algo en realidad cargado de nobleza la idea expuesta por Fauré y Pinay en relación a rebajar los presupuestos militares, para formar un fondo internacional encaminado a ayudar a los pueblos atrasados. Esto sí es humano. Esto sí está enderezado a solucionar el problema de la paz.

La referencia de Eisenhower al comunismo internacional como peligro para el mundo libre, me pareció una "gaffe" diplomática del Presidente, bien sorteada por los rusos. El problema del comunismo internacional no puede ser tratado en Ginebra en la forma en que lo apuntó Einsenhower. Todos sabemos que el comunismo es el problema que subyace como móvil de la reunión. También, por los soviéticos pudo ser puesto como tema de discusión el capitalismo imperialista, subyacente, a la vez, entre las causas fundamentales de la discordia

de las naciones. Mas, en Ginebra se trata objetivamente de buscar un equilibrio de zonas, que permita la coexistencia de los pueblos y de las naciones que siguen una u otra posición. Yo llamaría coexistencia reductora de niveles, ya que en sí ambos sistemas, al mantenerse frente a frente y en continuo contacto, terminarían por mellar sus propias armas de agresión.

Juzgo un craso yerro confundir la coexistencia político-económica de los pueblos, con una supuesta coexistencia del catolicismo con el ateísmo materialista que informa al comunismo soviético. La coexistencia no presupone, como he leído con extrañeza en un autorizado escritor católico, que la "Iglesia se ponga al servicio del régimen comunista, para transformar el Estado en una dirección marxistaleninista". Yo he sostenido hace veinte años la necesidad de que el Estado cristiano se "llene de Cristo", para alejar todo avance del comunismo soviético. Y he dicho que la Iglesia no debe unir su destino al destino del viejo Estado capitalista, y que no deben los obispos hacerse solidarios con el orden falso de los opresores del pueblo. Cualquiera diría que tomar la coexistencia en el orden pacífico internacional del estado capitalista con el estado soviético por una entrega de la Iglesia a los intereses comunistas, es manera de acto fallido, que acusaría una correlación vitanda entre Iglesia y capitalismo.

El viejo sistema de la democracia occidental, en el cual se halla encuadrada la sociedad que nos vio nacer a ti y a mí, requiere una doble transformación de sus instrumentos defensivos, para poder ganar la pelea al comunismo soviético. Una, en el orden de los valores morales: afianzar la noción de la libertad; otra, en el campo de los derechos objetivos: dar a los valores del trabajo mayor radio que el reconocido hasta hoy a los valores de la propiedad. Nuestra tradición estatista sólo se salva cuando se realice el trueque de lo uno por lo otro. De Santo Tomás acá, la filosofía católica está llena de juicios de valor que colocan sobre la riqueza material el precio del trabajo. El trabajo es expresión exterior de la personalidad del hombre. Robar trabajo es crimen semejante a lesionar el cuerpo de la persona. La división de las cosas la ordenó el derecho de gentes positivo, mirando tanto a la necesidad como a la capacidad del hombre. Es el hombre por medio del trabajo,

quien crea la riqueza. La técnica debiera estar encaminada a hacer más fácil el trabajo; en cambio, ha entrado, como expresión capitalista, a competir con el hombre trabajador. El "robot" es expresión brutal de la lucha de la técnica contra el hombre, más que testimonio del poder de la inteligencia como elemento al servicio de la humanidad. El hombre moderno aprovecha contra sí mismo su capacidad creadora, en lugar de ponerla a su propio servicio. Claro que me refiero al hombre *in genere*, no a la unidad hombre, que goza hedonísticamente las facilidades que le permite la falta de justicia en la distribución de los bienes del mundo.

Para ganar la batalla al comunismo soviético, el Estado cristiano necesita fijar líneas que detengan las avenidas del odio empujado por la injusticia del sistema capitalista, inserto en aquél como algo que le fuera esencial. El gran crimen contra la justicia y contra la verdad —casi pecado contra el Espíritu Santo— es admitir la continuidad de un supuesto plano, en el cual los valores del orden cristiano —justicia y amor— se confundirían con los valores del orden capitalista —fuerza y provecho—. Una simple oposición de valores, necesita de glosa certera que evite la permanencia de la actual confusión y que establezca, a la vez, la autenticidad del "primado del orden", de que hablaba el Padre Taparelli, de quien leo una oportunísima cita en "Civiltá Cattolica", de marzo pasado.

Tengo entendido que el Cardenal Piazza va a presidir el Concilio Iberoamericano. De Brasil el Cardenal seguirá a México. Se te presenta una oportunidad excelente para ilustrar al Eminentísimo Prelado en relación con nuestra Iglesia venezolana. He de decirte que la posición de la jerarquía y del clero venezolano en general me preocupa grandemente. En fecha reciente he podido hablar acá con dos sacerdotes muy dignos, que me suministraron elementos de juicio para acrecer mi angustia.

Intensamente medito sobre las causas múltiples de nuestra crisis de pueblo. Si antes me había ocupado en ello, desde 1950, cuando di a mis ideas cuerpo de doctrina en el ensayo "Mensaje sin destino", he redoblado mi instancia, en orden a lograr respuestas que me acerquen a la posibilidad de una solución. Crisis de todo lo que se requiere para

que exista un pueblo político, escribí en aquella oportunidad. Las vertientes que alimentan dicha crisis son múltiples. La sociedad, sin que se acepte el organicismo materialista, funciona en forma compleja, como verdadero organismo. Vosotros los médicos os encontráis a veces con alteraciones del sistema endocrínico, sin determinación inmediata de la glándula agraviada. Todas reflejan más o menos a primera vista el daño de la entidad enferma. En el orden social ocurre lo mismo. Los grupos y las instituciones se influyen mutuamente. La degradación de una promueve la alteración de la otra, sin que a veces se pueda establecer si el huevo fue primero que la gallina. Para nosotros, hombres espirituales, deben pesar más las razones de naturaleza moral que las razones de mero orden material, cuando se trata de fijar las causas de las acciones y de las reacciones de los grupos humanos.

En Venezuela, mi querido Manuel, hay una crisis en la economía del pecado. La noción del pecado carece de autenticidad en el mundo moral venezolano. El pecado no incita entre nosotros la angustia salvadora que lleva a su reparación. "Una simple restricción económica para el venezolano actual sería simplemente catastrófico, pues aquí se vive y proyecta única y exclusivamente para hacer dinero. Es el tema de conversación de todos, la angustia de todos, la tragedia de todos; la ausencia de valores de otra índole es algo que verdaderamente se hace sentir; cuando falle lo que nos sostiene, nos precipitaremos indefectiblemente en la nada", me acaba de escribir un joven psiquiatra caraqueño.

Si te das a examinar nuestra religiosidad oficial, llegas a concluir que se basa en algo que no mira a la problemática de la salvación. Lo religioso nuestro cuadra muy bien en una frase que escuché a Luis Felipe Urbaneja, actual Ministro de Justicia y Culto. Alguien hizo referencia a la tentativa religiosa que tuvo en su juventud y a su indiferencia religiosa del momento (Esto ocurrió cuando ya era Ministro). Urbaneja es fino hacedor de frases y en la ocasión hizo una que define certeramente la hora venezolana. "Se puede dejar de ser religioso y seguir siendo clerical". Urbaneja es "clerical". El régimen de Pérez Jiménez es "clerical" también. (Acaba de llegar a Madrid un enviado del Ministerio de Justicia con encargo de apersonarse de Monseñor Enri-

que María Dubuc, gravemente enfermo). Ese clericalismo favorece al régimen a costa de la Iglesia. Ese clericalismo recuerda la religiosidad romana de la agonía del paganismo. "Se practicaba la religión con el entusiasmo febril con que se practican los deportes", cita Holzner en uno de sus admirables trabajos sobre San Pablo. En la política del "nuevo ideal nacional", la religión opera también como algo deportivo. Se la ha agregado con carácter de espectáculo a los desfiles y concentraciones de la presuntuosa "Semana de la Patria".

El clericalismo venezolano funciona sin tomar en cuenta el pecado. A ese clericalismo no le interesa el problema de los Sacramentos sino el problema de sacristías sin confesonarios. Cuando las comunidades se hacen ignoradizas de la carga del pecado, caen en una actitud de falsa suficiencia, que no les deja advertir el paulatino desmantelamiento del edificio de la propia dignidad humana. Se cierran a la gracia y no ven el pecado.

La conciencia del pecado es el primer ímpetu para la enmienda del hombre caído. Pecado que hace ver la culpa y su reato. Pecado que se vuelve hacia sus manaderos en busca de cegarlos. Sin reflexionar sobre el peso del pecado, no se llega a la conciencia de la falta. De lo que digo no se puede concluir, como pretende algún amigo nuestro, que primero sea el pecado y después la norma que lo sancione. Satán antes que Luzbel. Me refiero, en un terreno de reflexión ética, a lo que es la conciencia del pecado como testimonio de distancia de Dios y, consiguientemente, como motivo agónico que empuja al propio mal a luchar contra sí mismo. Cuando el hombre en pecado no advierte esa distancia, carece de posibilidad para llegar a un juicio de valor que le permita ir al encuentro de sí mismo y, por gravedad, a ganar su responsabilidad en el orden del mundo exterior.

Al hablar en esta forma del pecado, hablo de mí mismo. Evoco mi continua experiencia de pecador. Al decir que en Venezuela hay crisis en el orden del pecado, me refiero a la pasiva aceptación del pecado como situación normal, es decir, a que el pecado no engendra el correlato lógico de la noción de culpa, que promueva su absolución. Al llegar el mal a su forma absoluta, como hoy ocurre en Venezuela, al

pecado falta término para el contraste propio. No halla en el área social la sensibilidad necesaria para medir su obra destructora. No se produce, en consecuencia, la angustia capaz de empujarnos a borrar la distancia que nos separa de la Divinidad. Desaparece todo vestigio de terquedad heroica, que permita exclamar al buscador de Dios, como al personaje Paul Claudel: *Si je ne puis marcher debout, eh, bien, j'avancerai á plat ventre.*

No hay, en realidad, ímpetu hacia Dios, por cuanto la abundancia material ha hecho sordo y mudo al pecador. No en balde Gabriel Marcel definió admirablemente el parentesco entre la "satisfacción y la muerte". Un ser satisfecho de sí mismo está en camino de descomposición mortal. En Venezuela hay una pecaminosa satisfacción de cosas corruptibles. En Venezuela irradia la alegría diabólica de gente que no habiendo aprendido a sentir la carcoma del pecado, sobre el cual descansa y hacia el cual camina la abundancia material, ha terminado por hacer suyos los principios de moral sustentados por Mandeville: *los vicios son causa del progreso y deben considerarse como beneficios públicos. A más vicios, mayor progreso.* Los pecados como pilares de la civilización. El placer como finalidad de bien público. A tal punto ha llegado la locura presuntuosa que impera en Venezuela, que se me habla de un discurso pronunciado por alguien con motivo del generalato de Pérez Jiménez, en el cual se dice que con el otorgamiento de marras, el generalato recupera la dignidad en que estuvo cuando lo ostentaron los Padres de la Patria y la cual se había perdido por causa de nuestras discordias civiles. La sociedad donde puede decirse semejante adefesio, tiene que estar integrada por hombres irresponsables. "Los muertos saben a quien le salen", suele decir nuestro pueblo. Esos exabruptos se dicen cuando se tiene seguridad de no ofender las orejas que los escuchan. Pérez Jiménez y su guardia pretoriana cuentan con la adhesión de las llamadas "fuerzas vivas" del país.

No invoco, tampoco, la carcoma del pecado en su riesgo de producir situaciones desesperadas, como la de Lutero. La invoco en lo positivo de promover una vuelta socrático-ignaciana sobre la propia interioridad. El pecado sin límite espacial se ha convertido entre nosotros en un estado colectivo de conciencia. Donde lo transgresional ha llegado

a ser normal para la economía de la sociedad, donde el pecado se halla desprovisto de su correspondiente torcedor, es por demás difícil crear valores morales. Nuestro suelo ético está esterilizado para la producción de actos que estimulen la conciencia social. Esta crisis del pecado creo que alimenta la más poderosa vertiente de los males que sufre nuestro país.

Moral y pecado corresponden al territorio de la Religión. Si ésta, como institución humana, padece en Venezuela la crisis de que tanto nos quejamos, difícil es la producción de estímulos que inciten la transformación del suelo social. Es preciso hacer cuenta de que sin interioridad no es posible limitar la parcela que nos corresponde en el campo amplísimo de la responsabilidad social.

Estas consideraciones de tipo moral me han llevado progresivamente a desviar por completo los ojos de los cuarteles, para pensar, como escribí en mi ensayo "Problemas de la juventud venezolana", en la urgencia de un vuelco en nuestra problemática nacional. Se necesita formar una nueva conciencia a la clase llamada a dirigir la sociedad, hoy entregada a consultas rigurosas con practicantes de magia y brujería. En esta obra debería ir de puntera la Iglesia. Lamentablemente algunos de los prelados que la rigen no quieren advertir que el régimen existente es la absoluta negación del orden cristiano. Si lo advirtieran, podrían dirigir su empeño a fines nobles y duraderos, así carezcan de pronta realización.

Sería caer en lo casuístico y en los juicios personales, examinar la posición individual del clero venezolano. En él lucen claras y honrosas figuras, que hacen más doloroso el caso. La buena corriente tiene conspicuos representantes en el clero secular; y en el clero de regla, si bien hay algunas fallas, se pone de bulto un empeño luminoso hacia la restauración de los valores cristianos. Yo he sido muy devoto de la obra de los religiosos.

De lo que se lee y de lo que se intuye en la prensa, agregado al relato que algunos escriben y al comentario verbal que otros traen, se llega, como ya he dicho, a la conclusión tristísima de que el relajamiento

moral venezolano no respeta fronteras. Relajamiento lo hubo siempre. Nadie puede negarlo, pero cuando Castro y Gómez había islas seguras donde podían hibernar los que esperaban mejores tiempos. También entonces muchos que servían la dictadura, esquivaban y sorteaban situaciones comprometedoras. Algo más grave sucede hoy: quienes dieron contorno responsable a la dictadura antigua, no habían gozado ni sentido el saludable esfuerzo de progreso democrático realizado durante la presidencia de López Contreras, ni habían disfrutado la seguridad y la libertad garantizada por Medina Angarita, ni habían participado en recias y altivas pugnas cívicas como las cumplidas durante el gobierno de Acción Democrática. El perezjimenismo es una actitud general de complacencia desvergonzada hacia todo lo que signifique hartazgo y provecho de la cosa pública y hacia todo lo que represente la alegría transitoria que embota el sentido de la responsabilidad. Un amigo responsable me escribe de Caracas para decirme: "Antes que compadecerlo, lo envidio, por permanecer muy lejos de este escenario terriblemente brutal". ¿Qué vida tremenda soportarán los Rafael Caldera, los Martín Vegas, los Luis Villalba, los Ruggieri Parra, los Salcedo Bastardo, los Arroyo Lameda, los Numa Quevedo, los escasos pero recios varones que allá llevan con dignidad el título de venezolano? ¿Qué hacer, mi querido Manuel, para que haya sosiego en ese pueblo amado, donde han de vivir nuestros hijos?... Acaso, por fidelidad al viejo proloquio "por donde pecas, pagas", el comienzo de nuestra restauración moral aguarde la anunciada crisis económica que, poniendo término al festín de Baltasar, sustituya la pecaminosa abundancia por una sobria escasez, que promueva un nuevo tipo de vida. La ceniza ninivita hará de nuevo fecundo el ánimo aletargado por los humos orgiásticos.

Perdona esta carta, larga y pesada, en que doy sueltas a reflexiones que me es difícil expresar en otra forma. He terminado por escribir a muy pocas personas. Excusa los errores y las vanas repeticiones de cosas que bien te sabes. Al abastado habla el pobre, sólo para dar testimonio de su angustia.

Tu affmo. admirador y amigo,

MBI

Madrid, febrero 2 de 1957

Señor Dr.
Manuel Pulido Méndez
México.

Mi querido amigo:

En la semana pasada te escribí en solicitud de noticias sobre tu persona. Deseo que en unión de María Teresa e hijos te encuentres gozando de completa salud.

De Venezuela nada he vuelto a saber en estos últimos días. Se habla apenas de la aclamación de Pérez Jiménez. He de confesarte que he dado en huir el diálogo menudo sobre la problemática venezolana. Es casi un circulo vicioso, del cual difícilmente escapan muchos. El tema de la crueldad y del despilfarro es en extremo doloroso y cansón. Demás de esto, nada se avanza con un comentario que apenas sirve para acrecer la pena del proscrito.

Como te dije en carta pasada, el nuestro es problema de explicación y de solución teológica. La raíz de nuestro mal está en la debilidad de nuestras resistencias morales, a razón de nuestra ausencia de fe en lo sobrenatural. La religión funciona entre nosotros apenas en el área de la exterioridad. Ayer leía un artículo del P.Brucculeri sobre la eficacia de la plegaria. Con mucha razón descarga el ilustre jesuita la responsabilidad de nuestra crisis sobre el materialismo rousseauniano. Desde un punto de vista filosófico la apreciativa es correcta, pero creo

que la causa fundamental de la crisis reside en la desagregación de los valores puestos en práctica por el propio mundo cristiano. Ya es tema manido el de los mundos político-filosóficos puestos en pugna actualmente. Suena ya a hueco eso de Oriente contra Occidente, cuando no se colocan bajo su justo signo los valores que dan distinción a las opuestas corrientes. Si Oriente sólo fuera la realidad de un materialismo ateo y Occidente un orden encaminado a hacer triunfar la concepción espiritual de la vida, yo me llamaría occidentalista en lo político, de la misma manera que en el orden de la cultura me siento movido por las ideas grecocristianas que forman el substrato de la vida intelectual de Europa, o sea, de la cristiandad. Pero la confusión y el engaño campean en el profundo de la estructura políticosocial del llamado mundo occidental. El problema de las esencias que diferencian una y otra concepción de la vida no juega en el territorio pugnaz que contemplan los hombres. El problema que juega sobre el tapete del destino de los pueblos es problema de dominio político y de intereses económicos solamente. Desde fines del Siglo XVIII la política se echó a la calle. El pueblo sintió que tenía derechos que reclamar, y los filósofos, los juristas y los políticos comprendieron que la justicia no consiste en respetar los llamados derechos adquiridos sino en hacer valer derechos burlados por los hombres del privilegio. En último análisis, la realidad de las ideas sociales descansa sobre el ángulo de este concepto: el capitalismo oligárquico, con raíces en la defensa de los "derechos adquiridos", se opone ahincadamente al anhelo de las masas asalariadas y depauperadas, que buscan el reconocimiento de su derecho a la vida. Cuando la lucha se hizo más tensa, la jerarquía eclesiástica no esquivó alianzas con los poderosos, por donde los amigos del pueblo tuvieron pie para decir que la Iglesia es opio que aduerme las conciencias humildes en beneficio de los opresores. Bien conocemos los esfuerzos de los últimos Pontífices para crear una doctrina que sirva de apoyo teórico a los derechos de los pequeños y últimamente hemos visto el movimiento pedagógico hacia un "mundo mejor". Todo esto es valioso, pero, ¿cuál es la realidad de la conducta de muchos obispos y de muchos sacerdotes frente a los privilegiados?

Yo no culpo, por caso, a nuestro pueblo venezolano de su indiferencia religiosa. ¿Cómo ha visto él proceder a sus inmediatos directores? ¿Qué ha contemplado la América en general? En meses pasados se suscitó

una disputa en que llegó a terciar "Civiltá Cattolica". Cuando Nixon visitó a Guatemala, después del triunfo de la United Fruit Company sobre los mal dirigidos intereses del pueblo guatemalteco, declaró aquél que la Iglesia Católica en Latinoamérica es un vigoroso soporte contra el comunismo. La confesión reformada a que el Vicepresidente pertenece, le reclamó de su aseveración y arremetió contra el catolicismo, como defensor de los famosos "derechos adquiridos" de las oligarquías y como aliado de los dictadores, promotores, por contrario efecto, de los movimientos revolucionarios. Del bando católico se atacó a los protestantes como culpables del comunismo, por cuanto patrocinan tesis liberales y laicistas. La disputa la seguí en diversas fuentes, como has debido seguirla tú, y me pareció alambicada, bizantina e insincera. Me dolió la falta de objetividad en que se situaron los voceros católicos cuando arremetieron contra las sectas protestantes, imputando a éstas lo que no es del caso y olvidando, en cambio, cobrarles el carácter de brazos del imperialismo estadounidense que distingue la labor de algunos grupos.

En el plano religioso, la plutocracia norteamericana juega con dos armas, a cual más provechosa. De una parte, patrocina la penetración de las sectas protestantes en nuestros países, como argumento divisionista, que facilite la disgregación de los valores nacionales; mientras, por otra parte, adula al clero católico, como vía que le ayude a ganarse la voluntad de los pueblos donde operan las grandes empresas imperialistas.

Otro sería el caso si la Iglesia estuviese menos acomodada al aire de las conveniencias transitorias. No pido yo un clericalismo de izquierda, que haga de los obispos aliados incondicionales de las fuerzas que adversan a los déspotas. Aspiro simplemente a que la Iglesia se deshaga del absurdo clericalismo de derechas, por donde aparece su suerte vinculada a los intereses de los poderosos. Esa Iglesia, en realidad, es la negación del Evangelio de Nuestro Señor, quien desde la hora bendita de la Encarnación hasta la hora triunfal del Calvario mostró dónde estaban sus preferencias sociales.

Si la contradicción se enseñorea en el seno de quienes deben enseñar los rectos caminos, ¿qué se puede esperar del orden profano de la hora?

No creo yo que la incoherencia que hoy padece nuestro mundo arranque de la venenosa presencia del naturalismo rousseauniano. Creo, por el contrario, que el disloque conciencial del mundo tiene su más profunda raíz en la contradictoria conducta de quienes diciéndose maestros y portadores de la palabra divina y administradores de la mejor justicia, han parado en cómodos integrantes del binomio curibarberil que se empecinó en frenar la maravillosa locura de Don Quijote. El naturalismo, el positivismo, el sensualismo tienen una función clara y precisa que cumplir en el mundo presente: llenar el vacío que deja la ausencia de valores espirituales. El materialismo se impone, porque el éxito se mide en bancos y en cuarteles. Yo insisto en creer que los mejores apóstoles del comunismo son los tercos capitalistas, como creo que los más eficaces propagandistas de la irreligiosidad son los sacerdotes que destruyen con su conducta la eficacia de la palabra que predican en el templo, cuando ya no predican sandeces, que es lo más que sale de boca de algunos infelices predicadores que se creen con derecho a desbarrar cuando toman las alturas del púlpito.

La perplejidad promovida por la contradicción en que incurren los rectores de la sociedad, forzadamente ha de dar al traste con el juicio del hombre común. Hay, nadie puede negarlo, una crisis de sentido para la estimativa de la conducta de hombres y pueblos. Sobre dicha crisis asienta cómodamente la política que dirigen los hombres de Rusia y de Washington; sin dicha crisis de sinceridad, no habrían insurgido Eden y Guy Mollet, para obsequiarnos el espectáculo desastroso de Suez, ni estaríamos viendo el escándalo de Argelia y de Chipre. ¿Y qué es nuestro caso venezolano en medio de este espantoso torbellino de locura universal?

Yo he terminado por trasladar a otros planos mis problemas. La solución colectiva del caso de Venezuela aguarda algún tiempo aún, pues no creo que cambiar un chafarote por otro resuelva nada por ahora. Una solución rápida apenas vendrá de lo imprevisto, cuyos secretos sólo Dios sabe. Y si lo imprevisto ocurriere, ¿has pensado tú cuál sería la vía que tomarán nuestras cosas?...

Tuyo affmo. amigo,

MBI

EN TORNO AL ASILO DIPLOMATICO

Madrid, mayo 3 de 1956

Señor Dr.
D. Simón Planas Suárez
Caracas.

Mi muy distinguido y respetado amigo:

Doble motivo de agradecimiento constituye para mí el recibo de sus valiosas obras jurídicas. La generosidad de sus dedicatorias me enaltece, por concederme en ellas méritos de que en realidad carezco; y me llenan, a la vez, de íntima satisfacción, por cuanto son un rico testimonio de amistad. En la crisis de la hora, ya es alivio, y grande, saber que duran los amigos.

La franqueza de mi carácter me obliga a expresarle cuánto me apenó ver que usted califica de "execrable uso latinoamericano" la práctica del asilo diplomático. Como agente de la República tuve en Colombia la satisfacción de haber concedido, en 1949 y 1950, asilo a varios perseguidos políticos, y a fines de 1952 pude librarme de la cárcel y de los vejámenes del sistema venezolano, gracias al asilo que me concedió en su Embajada el Excelentísimo señor Don Fernando Lobo, representante de la ilustre nación brasileña. Si ayer mis ideas y mis sentimientos me hicieron ser defensor entusiasta del asilo en ambas formas, hoy me siento entrañablemente unido a un sistema cargado de humanidad, que si bien puede servir de escape a quienes ejercieren arbitrariamente la autoridad, está inspirado inicialmente en un propó-

sito de generosa protección para los hombres que buscan el mejoramiento de los sistemas políticos de sus respectivos países.

No conozco el último instrumento convenido en la reunión panamericana de Caracas. Creo que no contenga las ideas avanzadas que cristalizó en su proyecto frustrado de 1938 el Canciller argentino Saavedra Lamas. No conozco tampoco ninguna fórmula teórica que generalice el delito político hasta hacer caer entre sus líneas a los reos de crímenes cometidos desde el Poder, puesto que, en realidad, la figura delictual amparada por el asilo, se limita a los ciudadanos acusados y perseguidos por las autoridades, en virtud de típicos delitos políticos, algo en sí muy distante de los crímenes que puedan cometer los déspotas al abrigo de la violencia y de la impunidad que les asegua el Poder.

Es quizás el único reparo que yo encuentro hacedero a la práctica del asilo; sin embargo, en el fondo esta falla teórica la miro iluminada por las luces cristianas de la misericordia. ¿Recuerda usted la homilía de San Juan Crisóstomo en defensa del eunuco Eutropio? No habrá justicia cuando se ampara en un momento dado al criminal caído, pero hay, en cambio, conmiseración y, sobre todo, caridad.

Aun desde el punto de vista práctico de la justicia ordinaria, el asilo de los criminales exonera en último análisis al pueblo y a los gobiernos de caer en excesos vergonzosos. ¿Prefiere usted que compatriotas responsables de crímenes tremendos sean colgados de rígidos postes o sometidos a una especie de tribunales a lo Nuremberg, o que puedan evadir la caprichosa justicia política através de una Embajada? Si para los conculcadores del Derecho hubiese tribunales serios y no precipitadas checas revolucionarias, yo negaría asilo a este tipo de perseguidos. Para mí, en el orden político, es preferible la impunidad del crimen, a que el criminal lave sus faltas a través de un proceso donde los cargos sean abultados por el odio y la venganza. La justicia injusta termina por convertir en víctimas y mártires a los peores criminales. Tampoco habría medios para reducir el asilo a sólo los perseguidos por la furia de los déspotas o a los indiciados incursos en las estrictas características ontológicas del delito político. Los hombres que dirigen

la política de los países que negocian los tratados de asilo, no aceptarían la exclusiva pureza calificativa de aquel delito, por cuanto haciéndolo se negarían en última instancia futura protección a sí mismos.

Hay casos, muchos casos, en que verdaderos criminales salvan la vida por medio del asilo, pero las más de las veces son hombres idealistas, revolucionarios entusiastas, celosos defensores del pueblo quienes buscan abrigo en Embajadas y Legaciones*.

En usted repercute seguramente el eco doloroso de los atropellos de 1858. Cuando Fermín Toro explicó en la Convención de Valencia cómo se había logrado establecer que el "asilo no es un derecho", dejó hecha una tesis que más tenía de desgarramiento doloroso de la dignidad nacional, que de esencialidad jurídica. Se esforzó Toro, con finos alegatos, por deshacer la imprudente forma del famoso Protocolo Urrutia, tomado por Francia e Inglaterra como instrumento de intervención. El bloqueo provocó un desconcierto moral, al que quiso dar una problemática compensación nuestro egregio político con la frase más académica que práctica, de "el asilo no es un derecho". El ultraje que la nación había recibido lo compensaba dramáticamente don Fermín Toro con el anuncio de una conquista de tipo teorético. Habíamos sido vilmente bloqueados, pero se habían salvado los principios esgrimidos por la Cancillería para deshacer el entuerto derivado de la redacción del desafortunado protocolo. Desgraciadamente, la conciencia nacional dejó de mirar como moneda que compensa los fracasos materiales, el solitario triunfo de los principios. Hoy se entierran los principios para sembrar sobre ellos la arbitrariedad y la violencia.

Nuestra Cancillería sostuvo la tesis de Toro hasta 1941, cuando el ilustre Presidente Medina Angarita autorizó al no menos ilustre Canciller Parra Pérez para que en nuestra práctica internacional se alegase el asilo como derecho y no ya como una simple práctica humanitaria.

(*) La Embajada de Colombia en Caracas, al aceptar la tesis del gobierno de Venezuela y entregar al refugiado Miguel Sanz Añez —perseguido por asesinatos y torturas en la extinguida Seguridad Nacional— ha dado al asilo la justa dimensión que defendió con insistencia en el caso de Haya de la Torre (*Nota de 1958*).

Era correcto poner término a la reserva que nuestros diplomáticos tenían que hacer cada vez que se sumaban a una acción colectiva, como en el caso de protección de nacionalistas y de rojos durante el curso doloroso de la guerra civil española. Antes de 1941, nuestros agentes solicitaban los salvoconductos como efecto de una práctica humanitaria. El régimen de Acción Democrática no se limitó a respetar la nueva práctica de la Cancillería medinista, empero consagró el asilo como derecho en la propia Carta Fundamental. Sí. El asilo es un derecho. Es el derecho a la protección que asiste al perseguido por la arbitrariedad de los regímenes despóticos. Noble y generoso derecho, que llega a favorecer aun a los reos de delitos contra el pueblo, mas derecho que en sí constituye para unos y para otros oportunidad propicia de evadir la justicia política con que frecuentemente los vencedores y los déspotas sustituyen la justicia ordinaria.

Puede ocurrir, es cierto, que en un momento dado la vía del asilo diplomático contribuya a que queden impunes viles procedimientos de tiranos y de déspotas; en cambio, la República evade, como he dicho, el riesgo de caer en las venganzas que promueve el odio. Puede quedar sin efecto la justicia, pero, ¿dónde la justicia de los vencedores dejó un ejemplo tónico para el porvenir institucional de las repúblicas? Desde la *damnatio memoriae* de los romanos, hasta los más recientes casos de liquidación violenta de gobiernos arbitrarios, vemos cómo nunca se hace práctico el imperio de la justicia por medio de la revisión de la conducta de los hombres caídos. El problema de la justicia es más problema de futuro que problema de pasado. Con encadenar dictadores y enjuiciar ladrones no se ha logrado jamás enderezar las costumbres públicas. Acostumbrados estamos a ver cómo los más severos enemigos del régimen caído incurren en las violaciones y en los atropellos criticados desde la oposición. Nuestros países latinoamericanos necesitan otro sistema de contrarrestar los abusos del Poder. Hasta hoy se ha esperado a que el antiguo orden se desmorone para intentar la enmienda de la sociedad. Cuando las revoluciones triunfan, hasta los viles y cobardes áulicos de la víspera se convierten en voceros de las más sentidas reivindicaciones del pueblo. Al Poder que ofende hay necesidad, en cambio, de verle el rostro mientras sea Poder. Cuando los pueblos sientan las ofensas de los magistrados como daño común

y se nieguen a hacer coro a los conculcadores, entonces habrá justicia y orden. Cuando una correcta pedagogía cívica enseñe a mirar como hecha a nosotros mismos la ofensa inferida al derecho del conciudadano, ya comenzará el imperio del derecho justo. Cuando las autoridades que sustituyan a los déspotas y a los ladrones resuelvan observar una conducta ajustada a la ley y cuando cada ciudadano se convierta en celoso guardián de las instituciones, entonces se enderezará lo que en vano intentan enderezar los tribunales especiales que asumen la administración de la justicia revolucionaria.

En el instrumental corriente de la justicia es correcto admitir que la extradición funciona con grave apariencia lógica. Obedece al concepto de la ofensa universal que representa la acción transgresional del delincuente, como atentado a un orden que trasciende sobre las limitaciones nacionales. Es institución que en el orden de lo jurídico parece a simple vista como valiosa perspectiva de una comunidad de intereses basados en la universalidad del Derecho; sin embargo, el asilo —territorial o diplomático— al excepcionar aquella institución, implanta una nueva reflexión encaminada a dar luz a una figura, cuya finalidad es favorecer a quienes, enfrentándose con el orden imperante, buscan el progreso y la realidad de las instituciones, y que, en último término, protege misericordiosamente a las víctimas posibles de la justicia revolucionaria.

En el orden de lo personal, no se aviene la enemiga de usted para el asilo con la sangre del ilustre redactor del decreto de libertad de los esclavos, que por sus venas corre. Con todos sus defectos, el asilo diplomático ha sido en Latinoamérica un sistema generoso, con el cual se ha paliado el rigor de nuestras violentas reacciones políticas. Hombres como usted, abastados de ciencia y sensibles ante la injusticia humana, debieran ser sus entusiastas defensores y no sus detractores.

Supongo que el razonamiento de su tesis abunde en fuerza lógica. Apenas he puesto los ojos sobre el agresivo subtítulo que ostenta la portada, pero ya imagino la habilidad de su discurso, abonado desde cuándo por los excelentes estudios de Derecho Internacional que mantienen viva su presencia aún en los escaparates de las librerías de Madrid.

Anticípome a considerar su razonamiento enjundioso y robusto; en cambio, lo supongo desprovisto de calor humano. La armazón de lo legal con frecuencia hiere las más delicadas coyunturas de la justicia. Imagine usted cómo verían los oligarcas de 1854 a su ilustre abuelo. La esclavitud tenía raíces en Aristóteles y en el propio San Agustín. La esclavitud se miró por los poderosos como un derecho sagrado, que intentaban audaz y temerariamente conculcar los hombres de ágil mentalidad como don Simón Planas. Todo un poderoso orden legal se enfrentaba con la justicia de los esclavos. Yo no vengo a justificar la impunidad de los reos de delitos contra el pueblo, a veces salvados por el asilo diplomático; yo defiendo el derecho que tienen los hombres dignos a ponerse a cubierto de los baldones de los tiranos. El asilo es derecho que aposenta ontológicamente en el valor de la persona humana, de quien se constituye protector el Estado asilante. Diríase que se produce un choque de soberanías para defender al desasistido. La soberanía que protege es empujada por un sentimiento desinteresado de humanidad; la soberanía que resiste es comúnmente movida por un sentimiento de venganza. La soberanía llega a veces, como la famosa razón de Estado, a confundirse con la voluntad de los hombres que detentan el Poder. Como principio está bien que se la enaltezca y se la defienda. Nadie más celoso que yo de la soberanía nacional. Con amorosa pasión he defendido la integridad de nuestra riqueza material y el decoro de nuestro patrimonio moral, hasta ganar por ello arbitrarias persecuciones. Pero esa soberanía, como he dicho, ha sido hipostaseada muchas veces con el querer caprichoso y vengativo de los hombres que ejercen el gobierno. Tampoco desde este punto de vista de soberanía, el Estado asilante se mete a juro en los términos de la justicia del otro Estado. Para eso están los tratados, y cuando Venezuela no tenía ratificadas las viejas Convenciones de La Habana y de Montevideo, declaró al asilo práctica cargada de humanidad, que más tarde convirtió en principio de su Derecho público y que en la propia España, sin tratado alguno, fue respetado en forma tan benéfica que frecuentemente leo en la prensa madrileña invitaciones de los refugiados en tal o cual Misión hispanoamericana para reunirse a dar gracias al Todopoderoso. El don de sus vidas lo resguardó el Todopoderoso por medio del uso latinoamericano que usted califica de "execrable". Si a juicio de Enrique IV, París bien valía una Misa,

bien vale la vida de los hombres el pasajero desabrimiento en las fórmulas diplomáticas —que no en las relaciones de los pueblos— posiblemente suscitado por una imprudente manera de negociar los salvoconductos. De mí puedo decir que el gobierno conservador de Colombia, entonces presidido nada menos que por el integérrimo Laureano Gómez, me atorgó la Gran Cruz de Boyacá, después de haber negociado unos dieciocho salvoconductos para liberales refugiados en mi Embajada.

Como figura jurídica, el asilo es algo extraordinariamente hermoso. Cuando la ilegalidad y el terror intentan hacer presa en un ciudadano honesto, un Estado, con todo su poder soberano, se convierte en tutor del desamparado. Cuando yo me refugié en diciembre de 1952 en la Embajada del Brasil, sentí cómo el poder de un grande Estado se concretaba a defender mi desamparo. No violaba en nada la soberanía de mi país, de suyo restringida al efecto en el cuadro de los valores universales, por razón de las solemnes declaraciones conjuntas de los derechos humanos, consagradas en más de una carta internacional. Acaso fue Politis quien celebró la presencia del hombre como sujeto de derechos en el foro de la ley internacional, mirada apenas como instrumento enderezado a normalizar la relación de las grandes superestructuras políticas (*Jus belli ac pacis*). La ampliación del concepto de comunidad internacional ha restringido en parte la agresividad aparente de los viejos contenidos de soberanía, para dar paso a una concepción más fresca y humana, según la cual el valor del hombre como sujeto de derechos se impone sobre los antiguos exclusivismos que vieron en el Príncipe la culminación de todos los valores del Estado. Más allá del antiguo concepto de dominio, se ha abierto paso la idea de la internacional, como institución de cultura enderezada a exaltar los valores humanos. Pues bien, el asilo es expresión de esa nueva actitud generosa de la ley internacional. Por medio de él un Estado discute con otro Estado para defender la vida de un hombre, enmarcado en el cuadro cívico del Estado que persigue. Se absuelve lo nacional para dar paso a lo universal y humano. Se piensa en el hombre como totalidad, a cuyo servicio está enderezada la propia organización del Estado. En este orden de apreciativas, el asilo es el más noble, el más hermoso, el más cargado de valores humanos de todos los usos que enriquecen nuestro derecho de gentes latinoamericanos.

Perdonará usted, mi querido amigo, esta larga carta, más llena de mi devoción a la justicia que de mi afecto a las disciplinas jurídicas. Es en realidad demasía que un modesto escritor, olvidado ya del secreto de las Escuelas, avance a llevar la contraria a un autorizado maestro y, más aún, el que se atreva a hacer público su juicio contrario. En cambio, la sinceridad de mi temperamento no podría silenciar estas consideraciones, que me dan oportunidad para testimoniar una vez más mi gratitud a la ilustre Misión brasileña, que me hizo palpar en lo más entrañable de mis sentimientos la generosidad y la excelencia del asilo diplomático.

Ese su libro, como los demás con que me regala, los leeré con la debida atención y los guardaré con afecto en mi pobre biblioteca de desterrado.

Suyo affmo. amigo,

MBI

POSITIVISMO Y TRADICION

Madrid, agosto 26 de 1956

Señor Doctor
Mariano Picón Salas
Caracas.

Mi querido Mariano:

Mucho he agradecido tu cariñosa carta del 2 del presente y bastante me complace el interés con que has leído mi ensayo "La Hora Undécima". Tu juicio siempre ha sido para mí objeto de profundo respeto y en razón de ello nada estimo tanto como tus opiniones favorables a mis modestas escrituras.

En el presente caso dices que en mi "Hora Undécima", idealizo demasiado el pasado y que soy un poco duro con la generación positivista. Permite que enmiende tu juicio. No soy un poco duro con la generación positivista. Soy duro. Mas, quiero que tú revises mi libro y veas que esa dureza la enderezo contra el "saldo cívico" de los positivistas. Creo que tú no serías capaz de defender la tesis contraria. Tampoco defiendo un dorado humanismo tradicionalista. Circunscribo mi tesis a la idea de que lejos de abolir el Latín y la Filosofía, ha debido mejorarse el sistema de enseñarlos. Reconozco la decadencia de nuestra vieja enseñanza, mas no creo que esa decadencia justificase que se le diera la espalda.

Comprendo que es dura la revisión que pretendo, pero es justo y necesario hacerla. La ciencia positivista ha podido ayudar el progreso

de ciertas disciplinas, mas su saldo es desastroso. Para un país como el nuestro, el baño del materialismo positivista fue una verdadera inmersión en agua regia. Todo fue tomado por la disolución.

Contra cualquier otro juicio, yo hago mío el pensamiento de Burckhardt, para quien la Historia es el juego potencial del Estado, la Religión y la Cultura. El enlace de estas fuerzas hace el fin de los pueblos. En cuanto al Estado, los positivistas criollos desembocaron en la grosera teoría de la inferioridad de nuestro medio étnico-geográfico y en el descrédito del mestizaje que forma el corazón del pueblo. Como teoría estatal, sobre los hombres del positivismo descansa la responsabilidad del "gendarme necesario" y de esa tesis pesimista y corrosiva de quienes sostienen que nuestro pueblo no puede dar nada en razón de los falsos reatos que inventaron los deterministas. No niego que la generación del positivismo pudo crear obra de brillo aparente. Tampoco niego que al margen de "toda coacción estatal" la Nación produce actualmente Cultura, como tú dices. Yo, sin embargo, insisto en mirar la vida del pueblo a través de las vicisitudes del Estado. En éste, como en la Religión, miro las más encumbradas expresiones de una Cultura. No soy hegeliano. No creo en el mito del Estado. Considero, en cambio, que el Estado es el índice más cabal, si no absoluto, de la capacidad cultural de una nación. En ciertas épocas de la Historia, el Estado se miró como fin. En nuestra concepción humanística de la vida, el Estado es instrumento encaminado a la realización del hombre. La Cultura tiene que verse en relación con la manera de funcionar el Estado. No creo que a Venezuela se la pueda juzgar su grado de cultura en razón de que en nuestras Universidades se expliquen y discutan los sofismas de Zenón de Elea o la tabla de valores de Munsterberg, no juzgo que sea índice de cultura de un pueblo lo que en una cátedra se diga sobre la revolución luminística de Caravaggio o sobre el abstraccionismo del momento pictórico presente. No creo que la cultura de Venezuela haya mejorado porque hoy sepamos como era el sistema de numeración de los piaroas o de los timotocuycas con mayor precisión que Don Arístides Rojas. Nuestra cultura de pueblo ha de juzgarse por la dimensión del hombre como sujeto de la Historia. Mientras la Universidad no pueda ayudar al ciudadano en la búsqueda y logro de su posición en la vida, no hay derecho a hablar en serio

de Cultura, así en ella se explique la física cuantística de Planck y las nuevas teorías sobre la indeterminación causal. Para el caso es preciso admitir que esa cultura sufre, como todo el pueblo, una verdadera crisis. Tú encontraste muy bien la tesis general de mi "Mensaje sin destino"; pues en "La Hora Undécima" yo intento el desarrollo de uno de los tantos temas que forman la trama de aquel trabajo.

En 1880 nosotros necesitábamos levantar nuestros niveles morales. Hubo una brillante generación que se nutrió en las enseñanzas introducidas tardíamente en nuestra Universidad. Esa generación brilló, habló, llenó un extenso espacio de nuestra vida cultural. Pero, cuando en el campo cívico se busca su balance, nos encontramos con un vacío deplorable. Hablaba Luciano de Samosata de los soberbios templos egipcios que causaban admiración a los viajeros. Las columnas, los portales, las ventanas anunciaban un interior espléndido; éralo en realidad, mas el lugar del *sancta sanctorum* lo ocupaba un mono o un gato. Este símbolo puede servir para el juicio tanto de nuestro "bien" presente, como de la hora de los iconoclastas, que ayudaron a borrar el sentido espiritual de nuestra vida.

Sé que he tocado un tema tabú. He golpeado el laicismo y he hablado de la necesidad de una moral que sirva de orientamiento a la conciencia pública. He escrito como víctima directa del positivismo con que se nutrió mi pensamiento juvenil. Sobre mi larga vida miro las cicatrices dejadas por las viruelas que me picaron en colegios y universidades. Tú, con tu extraordinario talento y por haber completado fuera de Venezuela tu educación, lograste compensar la deficiencia de tus estudios venezolanos. A mí me ha costado un esfuerzo soberano haber llegado a superar algunas de las muchas faltas de mis irregulares estudios. Me ha costado aún más acercarme a una visión precisa y responsable de mi deber de hombre. Cuando he escrito con dureza sobre nuestras generaciones precedentes, he comenzado por desnudar mi flaqueza. Tal vez sea ése el único mérito de mi "Caballo de Ledesma". De este examen general de nuestras deficiencias puede llegarse a calar lo que perderíamos si permanecemos de espalda a la realidad.

Dices que idealizo mucho el pasado, pero no me señalas el sitio del pecado. Yo no he cultivado, como lo dicen mis enemigos, una nostal-

gia inválida por las cosas que desaparecieron. Yo he defendido el sentido dinámico de la tradición y de la Historia. Contra el uso corrientemente hecho de los valores históricos, he buscado valorizar lo realmente creador que menospreciaron los positivistas. He alabado a Vargas, a Toro, a Don Juan de Dios Picón, a Don Cecilio Acosta, a Don Manuel María Carrasquero sobre Carujo, Zamora y el Agachado. Creo que es un deber educativo dar mayor mérito a la tradición de los hombres sufridos que a la tradición de los gozosos. A ti he visto alabar a Don Tulio Febres Cordero sobre la realidad merideña que representaron Esteban Chalbaud Cardona y Amador Uzcátegui. Por ahí he visto mendaces ataques a mis ideas. Se dice que yo añoro la vieja pulpería y que rechazo la técnica que emplean las modernas abacerías. Entiendo que cualquier lector con juicio que haya tenido ante sus ojos mi responso a la vieja pulpería, no pudo recibir la impresión de que yo añorase los viejos usos y las viandas antiguas, sino la autarquía económica representada en aquellos negocios primitivos. Muchos, en cambio, prefieren hartarse de comida importada y pagada con el precio de nuestra esclavitud económica. Yo he mirado y continuaré mirando nuestra tradición como fuerza que latiguee la conciencia entreguista de nuestros contemporáneos. Yo he indicado la necesidad de volver sobre nuestra propia Historia, para sacar de ella lo positivo que construyeron los hombres antiguos. Por eso mismo he intentado una revisión del bolivarianismo, para fijar lo permanentemente positivo que nos dejó Bolívar. He examinado las corrientes que dieron sentido y razón a la Patria antigua, para ver de configurar el canon que nos dé sentido en el orden de la Historia. Creo que así sea pobre mi pluma y sea así escaso el brillo de mis ideas, pocos han trabajado con tanto ahinco como yo en la búsqueda de una interpretación valiosa de nuestro pasado, por donde pueda llegarse a dar continuidad a sus instantes creadores. Yo no he idealizado falsamente la Historia. Apenas me he limitado a poner en resalto el valor de quienes representaron ayer una auténtica categoría de Cultura. Claro que dicha labor parece teñida de romanticismo si se la parea con la obra de quienes sólo tienen ojos para mirar nuestras caídas. Yo no niego éstas —¡si publico las mías personales!— empero, a su lado pongo lo valioso que no estimaron los hombres a quienes les vino bien juzgar la Historia por la dimensión de los llamados vencedores. En un orden moral, la victoria no debemos concederla a Carujo, sino a Vargas.

Los positivistas acometieron contra los ideólogos, ¿qué nos dieron, en cambio? No me dirás tú que el fatalismo que enmarcó a nuestra Historia entre las líneas del hecho de fuerza, sea algo que valga la pena de ser defendido. Pues, mi querido Mariano, ese fatalismo es el punto más denso de la obra de los positivistas en el área del civismo. Yo creo que debemos volver el rostro a los desacreditados ideólogos. Tal vez el único camino para vertebrar nuestra Historia sea la revelación de ese hilo callado de conciencia cívica, que se ha mantenido vivo a pesar de nuestras dolorosas vicisitudes. Es como descubrir a las nuevas generaciones una historia secreta y atormentada. Sería decirles cómo hubo siempre pálidas lucecillas en medio de la apretada tiniebla. ¿No lo estamos viendo hoy mismo?

A ti te suena a leyenda dorada el empeño mío de desenterrar lo valioso de nuestros antepasados para oponerlo a la grosera realidad en que nos ha tocado vivir. Yo no veo en eso empeño alguno de falsear una historia sino generoso esfuerzo por hacer resaltar lo positivo que ha sido desechado por el juicio precipitado de quienes sólo miran el contorno exterior de los sucesos. Tampoco asiento que una brillante cultura fuera arrollada por el positivismo. No he negado la deficiencia de los estudios clásicos, pero censuro el procedimiento que los desahució con preferencia a superarlos. Léeme con menos aprensión de la que incita el tema y verás cómo defiendo una posición general encaminada a crear actitudes más correctas en la conducta moral. Yo no miro al valor científico y al brillo literario del ciclo positivista. Me refiero a su proyección en el campo de la República y a la resonancia de sus conclusiones en el territorio de la moral. Insisto en decir que no considero la Cultura como un "en sí" que se reduzca a su propia valoración. Llamo Cultura al proceso encaminado a la realización de la persona humana en el orden del mundo. No creo, pongamos por caso, que sea testimonio de Cultura el funcionamiento actual en Caracas de un Instituto especializado en Cirugía neurocerebral. Considero, por el contrario, documento vivo y doloroso de una negación de la Cultura el régimen vigente de torturas que aplica a sus víctimas la mal llamada Seguridad Nacional. No juzgo que sea testimonio de Cultura un Festival del Libro, cuando en Venezuela no existe libertad de expresión. Podrá ser fiesta de libreros y editores, para quienes el problema se valora en la esquina del interés económico.

Desde este punto de vista, no me negarás razón cuando asiento que la generación positivista dejó la cultura del país en un grado inferior al grado que encontró. El único "progreso" fue el laicismo. El único brillo que alcanzó fue ir contra los valores del espíritu y dar carta a lo diabólico, como ingrediente legítimo del arte y de las letras. Negó la vieja moral y erigió al determinismo en tabla absoluta de la ley.

Hoy está de moda en Venezuela ir contra el pasado y contra la tradición. Se invoca, sin embargo, a los héroes para aprovecharlos en función de bambalina y para dar en su nombre aspecto fascista a un seudonacionalismo, que desconoce los alcances de nuestra propia Historia. En función de negocio, se han destruido los recuerdos más agradables de las viejas ciudades. Recuerdo el entusiasmo que por 1942 tú mismo ponías en salvar un portal colonial de San Carlos o una ventana trujillana del Siglo XVIII. Aquel barroco modesto de nuestras iglesias de pueblo te entusiasmaba como testigo de una época. Ese era nuestro pasado en tierra. El de España es pasado en piedra. Deberíamos conservar lo nuestro como testimonio de una Historia. Pobre nuestra arquitectura colonial, era, sin embargo, nuestra. Era la obra de nuestros mayores. Hoy la hemos destruido, mientras los propios yanquis se esmeran en conservar la suya. Es buena política ir contra la tradición. En 1950 escuché a uno de los mandamás de la hora expresar su repudio a todo lo que oliese a tradición. Ese espíritu está vivo y a su impulso se hacen grandes fortunas. Yo, en cambio, defiendo la tradición en lo que tenga de positivo, y condeno, a la vez, la utilización de tradiciones fósiles como elementos de cultura. En 1948 censuré el uso de cualesquiera manifestaciones folklóricas como elemento educativo. Esa misma crítica vuelvo a hacerla en el prólogo de "La Hora Undécima". Educar al pueblo por medio de formas estratificadas de una cultura inferior, es algo absurdo. Eso, en cambio, se hace en Venezuela con aplauso y apoyo de gente de autoridad. No soy tan lerdo como para no saber desarticular una tradición, ni soy tan simple para mantenerme en la creencia de que el polvo y la telaraña son Historia. Me gusta la historia despolvada y enjabonada. Recordarás que por iniciativa mía se creó el Servicio de Higiene y Conservación en el Archivo General de la Nación.

En cierta ocasión, cuando Arturo Uslar Pietri manifestó alguna discrepancia con la tesis que tú, Miguel Acosta Saignes y yo sosteníamos, dijiste que si "civilización fuese todo lo nuevo, cualquier analfabeto enriquecido que puede adquirir un *Cadillac*, sería más civilizado que Goethe y que Bolívar". Para el examen que en dicho artículo tú mismo propones de lo que debemos o no recibir de fuera, se requiere la espina dorsal de una tradición. Por carecer de esa columna, yo hablé de nuestra crisis de pueblo. Por faltar esa columna, yo desesperadamente he buscado las vías de hallarla.

Venezuela vive hoy su hora *Cadillac*. Tú lo dijiste con acierto y gracia. El *Cadillac* ha arremetido contra todo lo valioso que hicieron nuestros antecesores. El *Cadillac* ha pretendido abolir las propias raíces de la nacionalidad. Hoy se gana prestigio de culto y avanzado negando la fuerza de nuestra Historia y haciendo burla de nuestro modesto pasado. ¿Trasladar del pasado al presente el punto de vista que ha de orientar nuestra obra de pueblo no es tanto como negarnos a nosotros mismo como posibilidad creadora? Una nación que se sienta sin soportes históricos carece de autenticidad. Nosotros no somos suficientemente pueblo, porque intentamos romper a cada paso la continuidad de nuestra vida social. Valorar un pasado no significa subordinar el presente a las formas viejas. Nuestro deber es hacer futuro. Nuestra misión consiste en que no se pierda el patrimonio que nos legaron nuestros mayores. Si es una desgracia resignarse a vivir del tesoro de los muertos, es desgracia peor menospreciar la parte positiva de nuestro pasado y aceptar la fiesta forastera.

Yo respeto tus puntos de vista y las reservas que puedas tener en relación con mis pensamientos. Tu cultura te presta autoridad magistral. En el presente caso, juzgo que tú has leído con un tanto de aprensión los temas de "La Hora Undécima". Mírale su propósito y verás como mi discurso apunta a definir en sus detalles culturales algunos de los temas de "Mensaje sin Destino" y a desnudar un poco más el problema planteado en "La Traición de los Mejores". Cuando comencé el examen de las circunstancias consideradas en dichos trabajos, me sabía que estaba poniendo el dedo sobre temas por demás enraizados en la sensibilidad venezolana. Me expuse con ellos a la contradicción

y aun al denuesto de mis enemigos. He suscitado contra mí fuerzas poderosas, que no han esquivado la calumnia para herirme. En cambio, con la rudeza de esos planteamientos creo servir a la República.

Dios me ha concedido la gracia de poder ayudar con mi palabra madura a la formación de una mejor conciencia para el venezolano futuro. A mí se me enseñaron en la juventud otros caminos. Las lecciones de mis maestros no miraban a una cultura en función de valores humanos, sino en función concupiscente de utilidad y de belleza. Creo que la semifrustrada generación del 28 ha sido la única en insurgir de una manera orgánica contra los vicios en que nos movíamos muchos. ¡Lástima grande el fin que han tenido muchas de las más brillantes cifras de aquella estupenda muchachería! A mí el destino me hizo esperar la edad madura para ejercer la rebeldía. Más vale así. A la altura de mis años, puedo confiar en no caer mañana en las faltas que hicieron abortiva la conducta de los precoces contradictores de Guzmán, de Crespo y de Cipriano Castro. Me sirve de estímulo y de comprensión saber que algunos jóvenes estiman mi conducta frente a los problemas del país. Jamás dejaré de bendecir la hora en que autoricé a Jóvito Villalba para que pusiese mi nombre en la papeleta electoral de Caracas. Sabía que sacrificaba mi paz, pero no sabía que se me presentaba un largo espacio para reflexionar a distancia sobre la Patria. Fruto de esa angustiada reflexión de desterrado han sido las pequeñas monografías en que he estudiado una vez más el pasado y la tradición de mi pueblo. Si es pecado amar en forma apasionada los valores viejos de que aún puede exprimirse una frase constructiva, persisto en el pecado hasta las llamas. Aún más, creo que menospreciar ciertas formas románticas y saudosas del pasado, es servir a la anti-Venezuela. Yo he sido muy discreto en formular algunos reparos a la fuerza educativa que se da a ciertas formas estáticas de nuestro folklore, por cuanto creo que las manifestaciones folklóricas, así carezcan de elementos que ayuden al pueblo actual, tienen su porción valiosa en el orden defensivo de la nacionalidad. La Patria se refresca con el aire de lejanía que nos viene del pasado. La Nación se hace fuerte cuando los hombres saben captar el aroma antiguo que nos trae esa brisa lejana. ¿Que esto sea literatura? Pues sí, esto es literatura, esto es poesía. La Patria es poesía. Tú podrías decir que la Patria es

un "viaje al amanecer". Se viaja porque se sueña. Si Bolívar no hubiera soñado, no habría hecho la independencia. Si Colón no hubiera soñado, no habría puesto en contacto a Europa con Amêrica. Justamente lo que se necesita son hombres que sueñen, ideólogos que piensen y señalen caminos a los hechos. Estamos fatigados de la grosera experiencia de quienes todo lo miden por los efectos del éxito. Hemos sido traicionados por una filosofía hedonista, que acomodó las ideas a los hechos cumplidos. Es triste ver cómo se piensa con miras a satisfacer a los dispensadores de la gracia que se convierte en bienestar económico. Sin ahondar mucho el examen, tú encuentras al doblar las babélicas esquinas de nuestra capital con gente de talento que discurre con la mira puesta en el futuro favor de las compañías extranjeras que administran el hierro y el petróleo.

Para superar la hora *Cadillac* que vive Venezuela, se necesita un riego fecundo de ideas que conviden a soñar. Dura labor la de predicar a hombres dormidos. En nuestro país hay un letargo espantoso que se opone a que las ideas revienten en hechos creadores. La hora *Cadillac* impone el deber tremendo de predicar a los muertos. El alero, la casa de adobe, las tapias humildes del viejo hogar venezolano, son símbolos de un mundo que gozó de una apacible libertad interior y, sobre todo, de una autarquía económica. No se las evoca para revivirlas ni para recomendarlas por mejores que las construcciones modernas. Se las asocia a una memoria de mayor plenitud espiritual. No creo yo que cualquier tiempo pasado sea mejor. La vida del obrero venezolano de hoy es superior a la vida del obrero anterior a 1930. Entre uno y otro está Versalles. Pero el obrero antiguo se movía sobre una tierra que era más nuestra. Gómez, negándose a que Venezuela entrase en la primera guerra mundial, estaba al frente de una Venezuela cuyo destino se resolvía en el interior de nuestra propia barbarie. Para luchar contra el espíritu delicuescente que ha tomado a una generación olvidada de su deber frente a la nación, yo he buscado la ayuda de la Historia y de la tradición. Tras el hecho agresivo que da tono al Estado, he indagado la corriente subterránea alimentada por los ideólogos de la libertad y he procurado exaltar con fe y con optimismo la memoria de los hombres civiles que forman nuestra sufrida tradición de resistencia moral. Para animar el decadente pulso cívico, he defendido el

precio de nuestra amable tradición, no con un pueril propósito de evocación melosa, sino con el empeño de acicatear el tegumento entumecido del cuerpo nacional. Mejor que yo conoces tú la función de los símbolos. Cuando he alabado la hallaca, no he pensado en la mesa pantagruélica de Guillermo Austria sino en la conciencia de los pitiyanquis que hablan de Venezuela con la boca llena de *Cranberry sauce*. Ese famoso liquilique con que ahora vanamente se desfila en la llamada "Semana de la Patria", lo he pedido yo como vestidura interior de una clase dirigente que no sólo desconoce la dignidad de la Nación, empero se presta a su venta fácil.

Considero necesario rearticular con cosas venezolanas el fuste de la nueva Nación, donde el progreso y la técnica sembrarán valiosas oportunidades. Sin ese fuste antiguo, lo que vendrá será otra cosa, menos Venezuela. Dejarlo todo a la acción nueva, es casi declararnos en estado de conquista. Sería tanto como renunciar a nuestros viejos apellidos. Sin tradición no hay progreso. Sin tradición no hay pueblo. Sin tradición no se hace el verdadero espíritu nacional, que da a las naciones derecho de presencia entre los cuadros del mundo. Lo nacional no se opone a lo universal. Sin unidades nacionales no hay suma para el orden de lo internacional.

Quiero que reconsideres mis modestos juicios y que no me catalogues, como pretenden mis detractores, entre los tontos exaltadores del adobe como sistema actual de edificación. Como tú, alabo el cemento y la cabilla, pero prefiero el cemento y la cabilla en el carácter y en la conducta de los hombres. Porque me sé culpable en parte de no haber tenido a tiempo buena fragua donde fuera templada mi voluntad cívica, quiero que el pueblo nuevo de mi Patria sea educado sobre módulos mejores. No me satisface una Universidad y un Liceo que enseñen ciencia y letras solamente, aspiro a que apunte una hora mejor en que la Cultura prefiera hacer hombres buenos, antes que buenos profesionales y que buenos técnicos y que buenos escritores. Creo que en un último análisis tú y yo estamos perfectamente de acuerdo, porque queremos una hora de plenitud moral para nuestra abatida Venezuela. Acaso ocurra que tus mejores luces te hagan ver claro lo que a mí me desespera y llena de miedo.

Va larga esta primera argumentación para corresponder al diálogo que me propones.

MBI

EL MUNDO MEJOR

Madrid, agosto 28 de 1956

Rvdo. Padre
Angel Sáez, A.R.
Caracas.

Mi querido Padre Angel:

Hoy, día del grande Agustín, he pensado en usted y he recordado mi discurso del año 1930. Fecha extraordinaria para meditar acerca del sentido agonístico del cristianismo y acerca del valor existencial del hombre.

En la prensa justamente veo hoy unas declaraciones del P. Lombardi, llegado a España en relación con la encomienda pontificia de predicar la urgencia de "un mundo mejor". El célebre jesuita hizo una serie de valiosas declaraciones a la prensa, de las cuales "Ya" destaca conceptos como los siguientes: "Sin piedad, sin caridad y sin paciencia no haremos nunca el mundo mejor". "Casi todos pensamos en la vida cristiana como algo personal y no consideramos a los hombres en conjunto". Maravillosas verdades que predicó Pablo a las gentes como semilla recibida del propio Señor; maravillosas verdades, que son la esencia del cristianismo eterno.

Creo yo, y lo hablé con usted en ésta, que el "mundo mejor" del Pontífice reinante contempla dos aspectos: la doctrina y la praxis. La primera está en los Evangelios, en las Epístolas, en los Santos Padres,

en las Encíclicas. Las del Papa actual son excelentes, como renovada exposición de la doctrina antigua. Leyéndola, se respira aire de suave y edificante cristianismo. Pero, la praxis ¿cómo anda? El Cuerpo Místico de Cristo necesita un eficaz sistema circulatorio, que lleve a todas partes la sangre fresca. ¿Están en buenas condiciones de salud las arterias y las venas de nuestro organismo colectivo? ¿Bombea el corazón con eficacia la sangre requerida para alimentar las extremidades? Creo yo que para ganar prosélitos, toda idea necesita el adecuado ejemplo de los apóstoles. No puede predicarse la caridad desde la mesa de una casa de empeño; no es posible defender la castidad desde la rectoría de un lenocinio; no es imaginable que un desleal siente cátedra de lealtad. El maestro debe mostrarse a sus discípulos en pleno servicio de las ideas que enseña.

El mundo cristiano de la hora pide una revisión de la conducta de muchos de sus directores. Con la rudeza propia de su genio, San Ignacio dijo que la reforma del mundo cristiano de su época reclamaba como paso previo la reforma del Papa, de su familia y de su Corte. A la hora actual la Santidad de Pío XII está sobrancera de reforma. En sí y por sí, Eugenio Pacelli pasará a la historia como ejemplo de Papas Santos. Pero el Papa es sólo la cabeza aislada de la Iglesia. Al Propio he escrito el vocablo aislada. En estilo de paradoja, podría decir que la Iglesia está medio "decapitada". La cabeza visible está muy por encima de la realidad doliente de las extremidades. El Papa habla desde un plano iluminado, que comunica con Cristo; pero, que, en cambio, no es el plano en que opera la Iglesia como Institución humana.

He visto a un sacerdote echar de las puertas del templo a un pordiosero, en razón de que las autoridades civiles prohiben la mendicidad (Esto de prohibir la mendicidad es tanto como prohibir el hambre; mejor sería obligar a los potentados a que soporten las quejas de los pobres). ¿No cree usted que ejemplos como éste hacen un callo en el espíritu de quienes han aprendido que el Señor echó del templo a los mercaderes y declaró dignos de amor a los necesitados? En la mente de los testigos de esta nueva pasión dolorosa ha de crearse fatalmente un sentimiento hostil contra un clero que menosprecia a los humildes y corre tras los poderosos. Ese sentimiento, mi querido Padre Angel,

es el que está abriendo las filas de nuestro llamado mundo católico en América. No son los protestantes quienes amenazan el porvenir del catolicismo en Venezuela, como lo ha sido voceado en estos días en Caracas. Quienes allá están enfriando a los católicos, con provecho de los protestantes, son algunos obispos. Una jerarquía que olvida su misión espiritual, para hacer burdo juego a los poderosos, tiene que recoger esos frutos. Lo demás es hablar en hueco. Es necesario no llamarnos a engaño. Los protestantes pueden hacer y deshacer actualmente con las influencias de la fuerte colonia angloamericana y con el favor de la Embajada de Estado Unidos. Este hecho lo denunció a medias nuestro querido Pellín, en "La Religión", por 1952, y cuando yo le abordé en su aspecto intervencionista, Pellín no insistió. En Venezuela tienen los protestantes legítima libertad de hacer prosélitos. Esto es algo inherente a la libertad religiosa. En aquella ocasión yo ataqué como síntoma intervencionista el hecho tremendo de que en un pueblo del interior la autoridad civil concediera mayores libertades al pastor evangélico que al cura católico. No ataqué la libertad de los protestantes, sino el privilegio que se les dio sobre la religión mayoritaria. Yo soy por naturaleza tolerante. Jamás me arrepentiré de haberme negado cuando tenía catorce años a tomar parte en un recibimiento a piedras que se ofreció en Valera a un pastor evangélico. Creo que en los Evangelios y en los primeros Padres de la Iglesia abundan elementos de apoyo para defender la libertad de conciencia. Lactancio enseña que "no hay nada que sea tan voluntario como la religión".

Difícil cosa es hoy en nuestra América la lucha contra el protestantismo. El protestantismo es secuela natural de la nueva forma que ha adquirido la sociedad venezolana. En un país sin canon formativo, el aluvión extranjero conduce a estos extremos. No se quieren dar cuenta los hombres responsables de que nuestra condición ha llegado a los límites del coloniaje moral y espiritual. Si le entregamos nuestra riqueza al extranjero, sin haber formado antes una conciencia resistente, ¿por qué extrañar que el espíritu también flaquee? Donde tienes tu tesoro tienes tu corazón, dijo el Señor. Cuando Cristo hablaba de corazón no se refería sólo al sentimiento, sino a la plenitud de la conciencia, como luz para guiar la conducta. El protestantismo tiene, pues, a su favor este factor positivo. Hay muchos protestantes influyentes en el

orden de nuestra actual sociedad. De otra parte el catolicismo, pese a los numerosos clérigos y a las nuevas parroquias, sufre tanto el impacto de una jerarquía entregada, con honrosas excepciones, al servicio de los intereses del actual régimen despótico que azota a Venezuela, como el que, a la vez, le lanza una élite llamada católica, entregada a la embriaguez de la riqueza. La indiferencia de la Iglesia frente a los crímenes del gobierno está corroyendo el fondo de muchas conciencias endebles. Hasta el presente, el pueblo sólo sabe que algunos prelados se excusan de actuar porque Pérez Jiménez se molesta cuando le abordan la materia. Pues en la época de Gómez los prelados reunidos en Congreso, le pidieron al Caudillo la libertad de los estudiantes y demás presos políticos y Monseñor Rincón González, de grata memoria, usaba su influencia personal cerca de Gómez a favor de los detenidos. Demás de esto, la situación de la Iglesia frente a la dictadura gomecista era de "conformidad obligada". Hoy, algunos obispos hacen el juego a una falsa teoría que intenta presentar al régimen como un apostolado anticomunista, y vergonzosamente se han prestado los obispos a llevar a Caracas las imágenes sagradas de la Coromoto y de la Virgen del Valle, para dar mayor realce a la comedia patriotera de la llamada "Semana de la Patria". Mientras tanto, so pretexto de adhesión a la lucha contra el comunismo, vemos a la jerarquía indiferente ante el hecho funesto que Boecio cita en su "Consolación", cuando se refiere a que "a los buenos alcanza la sanción del crimen y a los malos se les reserva el premio de la virtud". ¡Valiente anticomunismo el que se afianza en verdugos, asesinos, ladrones y fornicarios! ¡Valiente anticomunismo el del orden que justifica la impunidad del crimen!*

Perdone usted que le avance estas duras palabras. Creo que usted sea uno de los pocos sacerdotes que ayudan al pueblo a tener confianza en el porvenir terreno de las instituciones católicas. Todos no están

---

(*) En forma que le ha valido el aplauso del mundo, el Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas, Rafael Arias Blanco, desnudó valientemente la injusticia económica del régimen perezjimenista. Tanta fue la hondura con que caló en el ánimo del pueblo la palabra del egregio Prelado, que a la hora de la caída del dictador, se le miró como centro luminoso y orientador de la conducta del pueblo (*Nota de 1958*).

en el caso de quienes miramos la funesta contradicción clerical como testimonio de la divinidad del Evangelio. La labor de usted acredítalo como apóstol de una idea superior. San Agustín lo sentaría seguramente a la mesa de su fiesta.

Suyo affmo.,

MBI

POLITICA INTERAMERICANA

Madrid, septiembre 26 de 1956

Sr. Doctor
Eduardo Santos
París.

Mi querido Presidente y amigo:

Muchísimo le he agradecido su generosa carta, el envío de la copia del Pacto de Benidorm y el anticipo de su ponencia para el Congreso por la libertad y la cultura, que se reúne en México.

Este último documento, como su muy apreciada carta, lo he leído con gran detenimiento. Lamentablemente, como Ud. dice, yo me atrevo a diferir de su posición en el caso y difiero con un doble dolor. Por verme distanciado de su autorizado juicio y por ver mi actitud un poco desamparada e incomprendida. Tal vez abuse de su generosa paciencia para explicarme. Yo no soy enemigo de Estados Unidos, como dicen algunos de mis detractores. Yo admiro enormemente al pueblo americano. Yo admiro a sus grandes dirigentes antiguos. Creo que en ningún sitio del mundo se pueda hoy vivir mejor. Algunos dicen que soy un resentido porque se me negó visa en 1951. Tampoco es cierto. La Embajada norteamericana condicionó la visa a una exposición mía sobre mis ideas políticas, que ellos sabían centradas en el cuadro de la democracia liberal, pero que rozaban con la ley de MacCarran, por haber asistido yo a la formación del Comité caraqueño Pro Paz y Democracia; pero, como yo era portador de un pasaporte diplomático,

manifesté a la Embajada que no estaba dispuesto a firmar nada. Es decir, yo defendí el privilegio que me daba un pasaporte de que era garante el gobierno de Venezuela y con quien se ha debido ventilar el caso.

Mi posición nacionalista viene de mucho más atrás. Yo he buscado en mi modesta vida pública y en mi modesta labor literaria la formación de conceptos defensivos de la nacionalidad venezolana. Mi libro "Mensaje sin Destino", por muchos tomado como el pivote de mi lucha antiimperialista, lo escribí antes de aquel incidente y fue una consecuencia de mi observación del pueblo de Colombia. Cuando viví en Bogotá, los vi de cerca a ustedes y comprendí que en Colombia, pese a las ardientes luchas políticas, funciona un canon unitivo, que da fuerza al pueblo. El empeño de mis últimos años ha estado dirigido a lograr que el pueblo de Venezuela se sienta a sí mismo. En este camino he dado contra Estados Unidos, nada menos ni nada más. En ustedes cicatrizó Panamá. Nosotros estamos viviendo un Panamá perpetuo. Colombia es un país con conciencia de nación. Nosotros hemos llegado a ser una factoría yanqui. Ustedes sufrieron el desgarramiento panameño, algo así como si les hubiesen cortado un dedo o una mano. El golpe les hizo, en cambio, reflexionar, y les obligó a dar sustancia de unidad a Colombia. Nuestro Panamá, ha sido, en cambio, una constante ocupación visceral. Inglaterra nos quitó un pedazo de Guayana, pero Inglaterra no se nos quedó como pecado dentro del propio cuerpo de la Nación. Venezuela no ha entregado ninguna superficie territorial a Estados Unidos, pero Estados Unidos se convirtió para nosotros en plaga de termitas, que ha terminado por hacer vano nuestro suelo físico y nuestro suelo moral. Para llegar al dominio total de nuestros recursos, Estados Unidos ha necesitado la colaboración de los pitiyanquis. Pues, justamente con éstos es mi pleito. Que los norteamericanos nos aprovechen, es natural en el orden de los negocios, lo grave está en los colaboradores que les entregan la dignidad del país. Yo considero lógico el plano de la colaboración leal.

Examinar el caso nuestro frente a Estados Unidos es algo muy enredado, como usted dice. Pero en medio del enredo saltan cosas de una claridad cenital. A Estados Unidos interesa la minoridad cívica de nues-

tros países, pues así juega mejor a la pelota con nuestros intereses económicos. Que hayan escondido el *big stick* para hacer el *big brother*, nadie lo niega. Pero los resultados son los mismos. No desembarcan marinos en Nicaragua, porque Anastasio Somoza hace de marinero absoluto. No envían fuerzas de ocupación a Venezuela, porque a Venezuela la tienen ocupada por un ejército más sumiso. ¿No intervienen en nuestros asuntos cada día? "The New York Times", escribía el 12 de octube del año pasado: "Es un secreto a voces que si Estados Unidos hubiesen expresado su desagrado ante el robo de las elecciones venezolanas, practicado por agentes del coronel Pérez Jiménez en noviembre de 1952, él se hubiese retirado o por lo menos pactado con la oposición". El gran diario neoyorquino califica de "intervención indirecta" esta actitud de Washington. Y así lo fue y así lo es. Cuando Pérez Jiménez desconoció el triunfo del pueblo, ya contaba con la aprobación del Departamento de Estado. Para mejor cohonestar el fraude electoral, poco después el Presidente Eisenhower dio una condecoración desusada al usurpador.

Esta política del Norte obliga a que nosotros insistamos en atacar al imperialismo yanqui, con el mismo fervor que le consagraron Rodó y Ugarte. Hoy es mucho más riesgoso el ataque, por cuanto los que diferimos de la política continental de Washington estamos expuestos a que se nos llame criptocomunistas.

Precisamente hoy escribo a un joven universitario del Ecuador acerca del famoso problema del anticomunismo en América, convertido en segundo filo de la espada que amenaza a nuestra cultura. El anticomunismo en América no lo representan Eduardo Santos, Alfonso Reyes y Rómulo Gallegos. El anticomunismo en nuestro mundo lo representan Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Somoza, Castillo Armas, Batista y Trujillo. Creo que tanto usted como yo estamos expuestos a que esta pandilla de gángsteres nos llamen comunistas y que por tales nos tomen los hombres del FBI, inspirados en el histerismo maccartysta.

Nuestros países necesitan colocarse en un plan de colaboración con Estados Unidos. La Organización de Estados Americanos sería un instrumento útil, si hubiera conciencia de lo que son ambas Américas.

De lo contrario, dicha reunión seguirá siendo una merienda de ratones invitados por un gato poderoso.

Estados Unidos tiene mucho que enseñarnos, pues sin disputa alguna es el primer país del mundo. Pero Estados Unidos nos menosprecia cívicamente, porque nuestro civismo haría descender el nivel de las ventajas que le aseguran los dictadores y los gobiernos débiles. Cuando nuestro tono moral adquiera temple y no exista en nuestros pueblos la conciencia entreguista que autoriza el bárbaro imperio de los Rojas Pinilla y los Pérez Jiménez, se podrá efectuar esa cooperación que usted ve como provechosa a nuestro destino de nación. Entonces podría llegarse al compadrazgo aconsejado por Murillo Toro. Hoy ese compadrazgo se convierte como lo vemos, no en bendiciones para la ahijadita, sino en lujurioso aprovechamiento de la virginidad de la víctima del vínculo. Nada sería tan provechoso para nosotros como una decorosa cooperación con el Norte. Yo no la he rechazado en principio. Yo desearía que hubiese medios de poderla realizar sobre un pie digno para nuestra sufrida América mestiza. Mi enemiga no se endereza contra Estados Unidos como país, sino contra la política imperialista del Departamento de Estado. Hasta hoy me he atrevido a atacar el imperialismo, aun a riesgo de que se me dañe por quienes en ser antiimperialista miran una colaboración indirecta con la Unión Soviética. Creo yo lo contrario. La quinta-columna comunista la fomenta inconscientemente Washington. Nada ayuda tanto al comunismo en nuestra América como el apoyo que Estados Unidos presta a las dictaduras y como el sistema de explotación de nuestra riqueza. El primer centro de propaganda soviética que existe en la América Central es la United Fruit Company. El pueblo que sufre el bochorno de las dictaduras llega a mirar en el comunismo un señuelo de liberación. Pérez Jiménez y Rojas Pinilla en nuestros países son agente indirectos del Kremlin. Si Estados Unidos considerase nuestros problemas a otras luces, llegaría a saber que sus mejores aliados para la defensa del llamado mundo occidental son los gobiernos democráticos que en nuestra América se levanten sobre la libre voluntad del pueblo. ¿La dictadura venezolana estaría en condiciones de garantizar a Estados Unidos la alianza leal de los obreros que trabajan nuestros pozos de petróleo? ¿Podrá ser colaboración eficaz la que en un momento crítico ofrezca a la gran

potencia del Norte una explotación sostenida sobre la amenaza de guardias armados? Otro sería el caso en una relación de ayuda mutua, fundada sobre la inteligencia de los medios empleados para hacerla práctica y encaminada a levantar el nivel de nuestros pueblos atrasados. Hasta hoy Estados Unidos ha probado interés por la sanidad de nuestro medio humano y geográfico. En ello no va el beneficio nuestro únicamente. Sin sanidad, al hombre del Norte se haría imposible la explotación de nuestra riqueza, y sin venezolanos sanos, se carecería de obreros para las explotaciones. En cambio, su preocupación por la cultura no traspasa el área de aquellos valores que podríamos declarar desarticulados del orden específico de la dignidad del hombre, como agente creador de hechos situados más allá del interés momentáneo. La ayuda técnica de Estados Unidos mira a la salud y al progreso material. La ayuda intelectual comienza en los Centros americanos de Cultura, con sus becas y sus actos musicales y termina en el material cinematográfico y en las cintas cómicas que corrompen nuestra juventud. ¿Por qué no coopera Estados Unidos a la creación en nuetros países de una conciencia de juridicidad?...

Creo, con usted, que debemos buscar la manera de beneficiarnos de la buena vecindad norteamericana. En la escasez de mis recursos, yo he servido a esa misma causa. Yo no soy un enemigo de la cultura norteamericana. Yo adverso el sistema como se nos trata y la manera como nos entregamos al poderoso hermano mayor. Mi nacionalismo es mera posición defensiva. Sé que la lucha con el coloso nos pone en condiciones de perderlo todo, pero si el coloso nos sabe nacional y continentalmente fuertes, terminará por respetarnos.

Usted perdonará, mi querido e ilustre Presidente y amigo, la largura de esta carta, en que me atrevo a disentir en la forma de ver nuestro problema continental. Me apena no poder adherir de una manera plenaria a su juicio autorizado. Yo soy muy mal político, y hay quienes dicen que mi discurso electoral en el Nuevo Circo de Caracas, el 26 de noviembre de 1952, impulsó al Departamento de Estado a dar su apoyo al manotazo de Pérez Jiménez. De ser ello así, serviría tal hecho tanto para probar mi falta de habilidad política como para corroborar la tesis que sostengo en relación con el menosprecio que Estados Unidos tiene para nuestro ascenso cívico.

Le ruego disculpe mi atrevimiento de discutir con usted —ilustre y experimentado político, en quien nuestra América libre mira uno de sus mejores puntales— y le pido aceptar una vez más mi gratitud por el valioso anticipo de su ponencia.

Póngame a los pies de mi señora Doña Lorencita y téngame como su aftmo. amigo y admirador.

MBI

Madrid, 30 de noviembre de 1956

Señor Doctor
Eduardo Santos
París.

Mi admirado y querido amigo:

Su carta del 22 del presente me llenó de regocijo, primero por las noticias que Ud. me trajo, después por el envío que me hizo de sus palabras en el homenaje a Madariaga y su elocuente telegrama a Lleras. Mas, el mayor regocijo me lo han proporcionado sus consideraciones sobre mis cartas pasadas.

Creo con Ud. que mis juicios tienen un punto común con el muy autorizado de Ud. en lo que dice a nuestras relaciones con Estado Unidos. En un todo estoy de acuerdo con eso de que nuestra actitud frente a la Unión norteamericana no puede ser de regaño, sino de defensa; también estoy en un todo con su tesis de que los responsables de la hipoteca de nuestro patrimonio nacional son los criollos entreguistas. Con Llorens Torres yo los llamo pitiyanquis. Más que los Proudfit, los Donelly, los Warren, los Smith y los Brinsmade, son culpables de nuestro entreguismo los criollos sin vergüenza, que se han prestado y se prestan a enajenar el decoro y la riqueza del país.

Los holandeses no se hubieran movilizado en 1731 contra la Compañía Guipuzcoana si no hubieran tenido la colaboración de Andresote. Esta

sombría figura —en el fondo, inocente, porque era un pobre negro, victimado por la organización social vigente— se destaca entre los más señalados criollos vendidos al interés del extranjero. Al principio, cuando finaba el siglo XVI, hubo un Villalpando que guió las tropas piratas de Amyas Preston, que saquearon e incendiaron a Caracas. Yo he intentado el esbozo de estas vergonzosas figuras de los viejos representantes de la anti-Patria, a los cuales sirve de corona la imagen cimera de Casa León, elogiado aun por el propio Libertador. Mi enemiga ha sido fundamentalmente contra el criollo vendido a la facilidad, ayer del inglés y del holandes, hoy del norteamericano. Ellos son la cera para la fundición de la figura. La imagen en cambio, la ponen hoy los poderosos hombres del Norte.

En el cuadro de la política mundial, Estados Unidos aparece actualmente como adversario del colonialismo. Son Inglaterra, Francia y demás países de Europa los que exhiben el rótulo de potencias colonialistas, mientras los norteamericanos juegan a la posición contraria. En esto se mueve, también, una fina falacia. Estados Unidos se dice enemigo del colonialismo, pero practica el neocolonialismo. Creo yo que el apriorismo formal de los neokantianos no tenga derecho a desdeñarse del empirismo kantiano original. El neocolonialismo de los norteamericanos aparece menos burdo que el colonialismo de los franceses en Argelia, pero el de éstos, en cambio, tiene el mérito de asumir la responsabilidad histórica de los hechos. Lacoste es un brazo visible del rudo gobierno de París. Pérez Jiménez, Rojas Pinilla y Batista son procónsules vergonzantes al servicio de la Casa Blanca. En el caso de Venezuela, Estados Unidos necesita "orden" y complacencia para explotar nuestro hierro y nuestro petróleo y para tener abierto nuestro mercado para la venta de sus automóviles, sus radios, sus películas y todos los excedentes de la industria metropolitana. Venezuela es para ellos un país subdesarrollado, que les da materia prima, y un mercado colonial, que absorbe lo que la metrópoli produce. Esto, en verdad no podría hacerlo el capital estadounidense sin los villalpandos y los andresotes que les abren y les legitiman las posibilidades y sin la complicidad vergonzosa de regímenes que estrangulan los medios críticos por donde se hiciera camino la justicia. El Presidente Eisenhower ha condecorado a Pérez Jiménez y lo ha exhibido ante el mundo como un defensor de la cultura de Occidente.

¿Tiene o no responsabilidad el sistema americano en las ocurrencias de nuestros infelices pueblos hispanoamericanos? La tiene y muy grave, por cuanto sobre la culpa que asume al hacerlo, intenta cubrirse con un falso manto de no intervención en nuestra política doméstica. Sobre el nuevo colonialismo yo encuentro una ventaja al burdo sistema empleado por los ingleses y franceses. Estos hacen sus porquerías a rostro descubierto. Estos se exponen a sufrir la crítica del mundo y a recibir el ataque directo de sus víctimas. Estos despiertan y legitiman la reacción de los pueblos ofendidos. Lo otro es hipócrita y cómodo. Explotar sin ocupar militarmente es buida forma de conquista, que no soñaron los romanos y que cómodamente usan los yanquis. En último análisis, como Ud. dice, esa ocupación no se realiza sin la cooperación de los pueblos ocupados.

En el fondo de todo se mueve un círculo de contradicciones. Ya Ibsen preguntaba si hemos pensado sobre tema alguno hasta su último término sin tropezar con una contradicción. Los propósitos dominadores de Estados Unidos hallarían seguramente un freno si en nuestros países hubiera la natural resistencia de un grupo nacional, dispuesto a defender el decoro del respectivo país. Mas, ocurre lo contrario. Cada grupo porfía por abultar en el otro el "peligro" que correría la "inteligencia" con Washington; mientras en el orden continental, las naciones que debieran agruparse para hablar con tono más altivo al poderoso vecino del Norte, se apresuran a buscar el beneficio propio con mengua y daños de los intereses de la nación vecina (Para no fijarnos en otros grupos, basta mirar hacia el istmo centroamericano). Yo puedo decir que mi discurso del 26 de noviembre de 1952, lo comentaban el Canciller Aureliano Otáñez y el Ministro Laureanito Vallenilla como prueba de la "peligrosidad" que para Estados Unidos del Norte representaría un gobierno urredista. ¡Señor, si yo en mi discurso no abogo sino por el mayor beneficio de Venezuela! Soy duro y desgarrado en lo que me refiero a nuestra entrega al yanqui, mas en todo mi pensamiento asoma el propósito de hacer que el pueblo erija su dignidad frente al orden que nos imponen los vendepatrias.

No niego que en algún momento se me pueda presentar como violento enemigo de la política norteamericana. Así resulta de la fuerza dialéc-

tica de argumentos dirigidos a las masas y ocurre así por énfasis que precisa poner en las palabras dirigidas a despertar gente dormida por los humos pesados de la embriaguez. Más de una vez he escrito que quienes levantamos las consignas del nacionalismo en nuestra América mulata, no buscamos quebrantar la relación existente entre nuestros países y Norteamérica. Queremos, apenas, que esa relación mejore y afinque sobre los intereses del pueblo y no sobre los intereses de los déspotas.

A Estados Unidos poco importa el accidente Pérez Jiménez, siempre que su régimen asegure el "orden" para la explotación de nuestra riqueza. Para nosotros, en cambio, Pérez Jiménez no es un accidente histórico. Pérez Jiménez es una fatalidad que está destruyendo, como Rojas Pinilla en Colombia, lo mejor del pueblo. Nosotros tenemos derecho a cobrar a Einsenhower su complacencia con el déspota. En la hora presente no hay razón que justifique en un plano moral la conducta del gobierno norteamericano frente a nuestros infelices pueblos. ¿Tiene derecho a condenarse la barbarie soviética mientras se apoya y premia la barbarie criolla? Los soviéticos están en su ley. Ellos invocan, para explicar su conducta, razones a tono con su filosofía de la vida. Estados Unidos habla de un mundo libre y de los derechos de la dignidad cristiana del hombre. ¿Existe esto bajo el régimen de quien, como Pérez Jiménez, ha sido declarado por Foster Dulles modelo de magistrados democráticos?...

Nuestra relación con Washington reclama revisión desde todos los ángulos; pero, así la falta principal radique en los entreguistas, el ánimo de dividirnos y de achicarnos forma parte del neocolonialismo de la política del Norte. No obra el Departamento de Estado a requerimiento de los pitiyanquis. Estos se mueven según la invitación que les hace el poderoso.

En la hora presente y por lo que dice al mundo, pareciera que Estados Unidos ha hecho un alto para rever su conducta. Yo lamento diferir de Ud. en lo que dice al Presidente Nasser y a la aventura del Canal. Yo, como anticolonialista, estoy con todo el pueblo que lucha contra las potencias opresoras. Como hispanoamericano siento, además, que

nuestra alineación política es con el mundo afroasiático, que se defiende del explotador extranjero. Estados Unidos ha comprendido —lamentablemente con tardanza— que su política hacia el mundo árabe ha sido errada. El árabe, como mahometano, está tan lejos del comunismo materialista como estamos los verdaderos cristianos. Pero la desesperación es maestra a quien basta media lección. Si a Egipto y sus aliados los dejan solos los países occidentales, pues se entregan a la dirección soviética.

Lo que Francia e Inglaterra han hecho en Egipto es para arruinar toda la fe en los fines nobles del llamado mundo occidental. A mí se me ha pedido por Arciniegas firmar en asocio de Ud., Frank, la Mistral, Hussein y otras valiosas figuras de la Cultura, un manifiesto de reprobación de los hechos de Hungría. Ayer cablegrafié autorizando poner mi firma en tan honroso documento. Pero con mi protesta por los hechos criminales realizados en Hungría, yo he protestado más de una vez por la espantosa conducta de Francia y de Inglaterra, convertidas, para defender unos bonos fiduciarios, en agresoras del Derecho. En cambio, he aplaudido la prudente actitud de Estados Unidos y sigo con gran interés las pasos de Einsenhower en espera de verle tomar una posición de equilibrio, que a la postre refléjase en el Nuevo Mundo. ¡Cómo me complacería que nuevas luces iluminasen la mente de los hombres de Washington y que luego hubiese una posibilidad de mejorar la suerte de nuestras infelices patrias! No tengo, lamentablemente, fe en los hombres del momento. Tal y como se presentan los hechos, nuestros países sólo retornarán al civilismo después de una revuelta que desarticule el aparato castrense. Esto, mi querido Presidente, no lo permitiría Estados Unidos. Venezuela es esencial por su petróleo y Colombia ha de estar en paz para la seguridad del canal que le sacaron de las entrañas. Una aventura radical en nuestro país, sabrá Dios qué barbaridad "más peor" traería sobre nuestros pobres pueblos. Yo he resuelto limitar el radio de mi acción al esfuerzo humilde y fácil de evitar que todos nuestros hombres se vendan a los intereses contrarios al país. Por eso me ve Ud. como un majadero dando sobre el viejo tema de la nacionalidad, de la tradición, de la hispanoamericanidad. Urge que no toda la gente se pase al enemigo. El enemigo lo que primero destruye es la claridad de las ideas que definen nuestros deberes esenciales de hombres y ciudadanos.

Ud. me regaló una serie de reflexiones valiosas y optimistas. Yo le devuelvo unos conceptos pobres y un poco tristes. Cada quien da lo que tiene. No olvide regalarme con sus generosas palabras. Me alientan y dan fe en medio de la espantosa soledad en que discurre mi existencia.

Le ruego ponerme a los pies de mi señora Doña Lorencita y creerme su aftmo. admirador y amigo.

MBI

FUENTES MORALES DE LA AUTORIDAD

Madrid, diciembre, 31 de 1956

Sr. Dr. Jóvito Villalba
Nueva York.

Mi querido Jóvito:

Anoche, por teléfono, me dijo mi hijo Jesús Omar que había tenido el gusto de platicar contigo. Antes de que él llegue, comienzo a responder tu última carta, tan cuajada de temas por demás interesantes.

Al enfrentar la actitud de Oriente con la de Occidente, te vas a la parte que la Reforma tuvo en la formación del pensamiento moderno. Difícil sería negar la contribución positiva de las luchas religiosas en el progreso de las ideas políticas de Europa, sin dejar de reconocer, también, que el despotismo tuvo mucho que hacer con la teoría del derecho divino de los reyes, a que fueron tan aficionados los teólogos protestantes. La ilustración en el siglo XVIII, lo mismo que el Kulturkampf en el siglo XIX, fueron excrecencias racionalistas y positivas, de clara jerarquía reformista. La crisis actual del hombre tiene vertientes que se confunden con el dominio de lo material sobre lo espiritual. El debilitamiento de la noción del Derecho tiene mucho que hacer con el relativismo de su concepción moderna. El deber empírico del kantismo dejó sin fundamentos la realidad jurídica, mientras el materialismo de la concepción comtiana de la sociedad ha conducido al gendarmismo vigente. A esta disolución valorativa del mundo llamado de Occidente nada tienen que oponer las tesis político-económicas de Oriente, que

en sí no son sino un transplante operativo de ideas occidentales. La dialéctica de Karl Marx es producto del hegelianismo. La URSS tomó una idea formada en el mundo europeo clásico y le dio, con violencia asiática, posibilidad de ser ensayada en el campo de la realidad.

Creo que en "Los Hermanos Karamazov", Dostoievski se queja de que el socialismo no hubiera hecho su aparición con bautismo cristiano. Tardíamente vino a dárselo León XIII, como tambien Pío XII ha santificado el 1º de mayo. A través de toda la historia de Europa se mueve una idea de justicia, cuya máxima expresión filosófica en el antiguo mundo griego la representa Aristóteles y cuya suprema definición corresponde a la doctrina cristiana; mas, por lo que dice a la moderna concepción de la sociedad, del gobierno y del Estado, la antropología materialista ha derivado hacia una posición que niega las posibilidades "humanas" del hombre y de los pueblos.

Más de una hora he dedicado en mis largos días de ocio a pensar sobre estas cosas. Sin las luces tuyas, me he metido en delicadas reflexiones acerca del orden del mundo social y del origen de la autoridad, y sin caer en romanticismo ginebrino alguno, me he dado una explicación esperanzada y optimista de las fuentes del Poder. No pretendo convencer a nadie, pero con mis juicios me doy una respuesta más cercana a la realidad de mis propias convicciones religiosas.

El respeto y la autoridad que para sí recabó el hombre en la familia primitiva, arrancan, a mi entender, de una actitud permanente de protectora vigilancia. Sin mirar a juicio alguno de valor moral, el hijo respetó al padre y el individuo al cabeza del clan, por cuanto ambos representaban a sus ojos la seguridad personal. El patriarcado, antes que testimonio de áspero dominio, expresó una actitud tutelar frente al hijo. La autoridad posterior del jefe miró a una dimensión de seguridad colectiva, antes que a un respeto impuesto por el temor ajeno a la violencia que sirve de instrumento a los más fuertes.

El valor genuino de la autoridad se hallaría implantado, pues, en este concepto noble y generoso de tutela y de apoyo hacia el más débil, y no, como pretenden ciertos sociólogos, en una ruda apreciativa de

la fuerza. En cambio, el proceso de la autoridad y del mando ha seguido un rumbo histórico que pareciera negar la primacía de los derechos del débil y del necesitado para concederla a los derechos de los poderosos. Para hacer efectiva la tutela debida a los miembros de la colectividad, el jefe adiestró las fuerzas de los más aptos y llegó a crear las unidades defensivas a quienes disciplinadamente correspondía la protección del grupo. El caudillo, el juez, el rey, el emperador tuvieron el dominio absoluto de aquellos cuerpos y en gracia a los éxitos alcanzados sobre los díscolos, que contradecían en lo interno su autoridad, o sobre los extraños, que discutían el imperio sobre el pedazo de tierra útil que servíales de afincadero vital, llegaron a ser vistos como expresión, no ya de una voluntad y de una diligencia que se confundían con el grupo mismo, sino de la propia divinidad.

El primer instinto —ya que no sería posible hablar de reflexión moral— por el cual se movió hacia los otros el hombre primitivo, no sería, pues, el del poder sino el de la piedad. Aun entre los brutos vemos cómo la diligencia de los padres se expresa por medio de la lengua que lame amorosa a los hijos indefensos. La fuerza, en cambio, hizo su aparición en actitud concomitante para dar eficacia al prístino impulso protector, El ánimo que se expresa en violencia frenta al "otro", ocupó el rango primicerio que corresponde a la diligencia protectora. Este dato burdo, opresor, descarnado, fue visto por la sociología materialista como testimonio de la supremacía de la violencia sobre toda otra actitud humana. Tomando tanto cauce en la violencia, que dio contornos al hombre cuando asumió la defensa de los hijos o la defensa del grupo, se ha creado una filosofía erradiza, por donde se mira a la fuerza como testimonio de frescura natural del hombre.

Al desarticular el primer movimiento de los seres humanos, para ver más allá de la violencia un ímpetu piadoso, no se cae en ninguna ilusiva teoría sobre la bondad de las sociedades primitivas. Apunto apenas a un territorio más remoto. Nuestro análisis buscaría descubrir una perspectiva que va hasta más allá del plano ocupado por el miedo o el temor del menor para el mayor o del débil para el fuerte. Esta sumisión o este respeto yo quiero verlo iluminado por un sentimiento de gratitud y de admiración del protegido hacia el protector, no oscurecido, en cambio, por el miedo que infunde la fuerza de los violentos.

Cuando miro esta vertiente noble, sencilla, piadosa de la autoridad, mejor descubro los valores formativos de la sociedad primitiva. Frente a la familia incipiente —padres y hermanos— se vio la otra familia —padres y hermanos— que, como aquéllos, buscaban la satisfacción en sus necesidades primarias. Esas dos familias, que pronto fueron cuatro o seis, tenían un tronco cercano común. Esas familias usaban iguales palabras y se dirigían a espíritus tutelares semejantes. Esas familias trabajaban la una frente a la otra. Sembraban algunas el grano para el inmediato alimento; buscaban otras la caza o la pesca, ora cercana, ora distante; mientras otras cocían el barro para el burdo cacharro, labraban la flecha para el ejercicio venatorio o tejían la red para la aventura pesquera. Comenzaron las familias por prestarse las herramientas toscas y por comunicarse el fuego generoso. Tal vez a alguna se confió mientras vivían en la cueva o en la tolda primitiva, el cuidado permanente de la lumbre. En el fuego se vio el germen y el espíritu de la vida. Algunos pueblos lo miraron como la materialización de la propia divinidad. Cuando la llama fue obra del ingenio del hombre y no mero residuo de los incendios provocados por el fuego de las centellas, se miró con singular respeto a quienes tenían habilidad para el manejo del pedernal. En torno a ese fuego se reunió y se constituyó la familia. En torno al fuego, el hombre primitivo se escudó contra las bestias, y en torno al fuego, la familia se juntó en las largas veladas de invierno para defenderse de la cruda intemperie. Pintar cómo la autoridad creció hasta sobrepasar los linderos de la familia y del clan, es rehacer la protohistoria del hombre. Yo apenas en mis reflexiones he buscado colocar en su génesis el valor piedad donde la experiencia materialista ha dicho miedo y fuerza. La autoridad la he querido mirar en su fuente primitiva como una dimensión de deber y no como un privilegio de fortaleza.

La historia de las instituciones políticas ha sido inspirada no por el impulso de atenuar la fuerza en su valor original, sino, en cambio, por reducirla a la mera concomitancia de ayuda eficaz para el deber del mayor hacia el menor, del fuerte hacia el débil. Yo, en mi empeño de buscar sentido espiritual a las cosas, he querido ver más allá del área de la violencia el campo de la piedad. Yo no busco sólo lo ético del caso. Considérolo, en cambio, estrechamente unido a lo fáctico.

Dualista en mi juicio, procuro encontrar para la explicación del hecho el impulso superior que le da vida en el reino de los valores.

Sobre esta base de justicia natural, cargada a su vez de honda piedad humana, es extremadamente fácil explicar el mundo del Derecho, no como esfuerzo hacia una construcción idealista o formalista, sino como empeño de descubrir lo valioso que ha permanecido oculto tras la realidad aspérrima, que llegó a dervirtuar la propia fuente emanadora de categorías jurídicas. El historicismo sedimentario de Savigny sería sustituido por un historicismo de purga, por medio del cual iríamos al descubrimiento de la ley natural, que sirve de estribadero a los derechos humanos. Sabríamos así cómo el derecho es consustancial al hombre, tanto como la luz y como el agua.

Desearía poseer un dócil instrumento de expresión que me facilitase explicar el proceso de la lucha social como empeño, no de crear derechos, sino de hacer resaltar realidades jurídicas, que fueron preteridas ante el éxito de la fuerza. El hombre en su lucha por la justicia es una especie de minero que busca diamantes. El precioso mineral existe. Lo nuevo es la galería que socava la tierra o la batea donde se lava la arena diamantífera. El esfuerzo del minero sólo agrega a la piedra luminosa el milagro de hacerla visible. El mérito del hombre que lucha por el Derecho no radica en crearlo, sino en estructurar los instrumentos que aseguren su visibilidad y su operosidad en el campo social. Comúnmente se confunden ambas realidades, del mismo modo como se ha tomado como génesis de autoridad no el respeto hacia quien cuidó al inválido, sino el miedo que imponía la fuerza concomitante con el hecho protector.

La lucha del hombre por el Derecho constituye un ahincado empeño de aclarar la concomitancia original en la conducta del hombre y señalar a la protección y a la fuerza sus auténticas dimensiones. Creo yo, por ejemplo, que al ser reemplazado en el nuevo derecho de familia el concepto de la autoridad paterna por el *prius* que corresponde al derecho del hijo, se va simplemente al desvelamiento de una noción natural originaria, que quedó borrada en razón de las deformaciones promovidas por los procesos de la violencia. Disuelta en la multitud

la noción primitiva de lo protector, que constituye la esencia de la autoridad, se apoderó del gobierno del grupo el hombre más fuerte, en lugar del hombre más bondadoso y más idóneo. Para retornar a lo primitivo, es decir a lo natural y auténtico en el orden del Poder, se han librado y se seguirán librando luchas innúmeras. La Historia no es sino un largo proceso para poner en resalto y vigencia el derecho que permaneció oculto tras lo fáctico y para hacer valer lo normativo que se enraiza en la genuina naturaleza humana. El "*natura juris ad hominibus repetenda est natura*", de Cicerón.

Tú invocas la parte de la Reforma en el progreso de las ideas occidentales. Tal vez se ha dado inmerecida importancia a la revolución anticatólica del siglo XVI. En nuestro campo jurídico, pongamos por caso, se suele olvidar lo que valen el pensamiento vitoriano y el suarista, para ir con un entusiasmo febril al elogio desmedido de los filósofos del siglo XVII. ¿Y Mariana y Belarmino dónde quedan? ¿Y la fina, sutil, maravillosa teoría del "bien común" a que llegaron los teólogos-juristas de la escuela española, no tiene derecho a ser tomada en cuenta en el orden de las ideas encaminadas a esclarecer los valores humanos? Del mismo modo se afinca la mano contra las expresiones de dureza de representantes católicos del pensamiento político, mientras se hace la vista gorda para juzgar a tremebundos inquisidores del bando protestante.

Hay un pensamiento cristiano que quedó bifurcado en el siglo XVI, tanto en el área de su expresión política como de su expresión moral, pero cuya esencia, pese a la disímil presentación que de él hacen las diversas confesiones, ha definido el sentido de la civilización occidental. En el seno mismo de la Iglesia Católica hubo momentos críticos que parecieron contradecir su autenticidad. Esas esencias, pese a ser mal presentadas y a ser confusamente expuestas muchas veces, constituyen el gran legado de Europa a la cultura universal. Nuestro pensamiento histórico es pensamiento cristiano. Lo que nos separa de Oriente, es decir, del mundo comunista, lo constituye, en realidad, la sombra de la Cruz. La gran disyuntiva reside en el sentido de espiritualidad que distingue a nuestra cultura de la cultura materialista que inspira al movimiento comunista.

No considero yo, como creen algunos escritores de extrema derecha, que la coexistencia de ambos mundos constituya una postura antihumanista. En el orden práctico de la política puede haber una inteligencia tangencial de dichos mundos, sin que por ello llegue a quedar desvirtuada la idea esencial que define a Occidente. En cambio, es algo imposible arribar a una conocepción integralista de ambas culturas, por cuanto en su substancia se excluyen; mas, esto no empece para que ciertas formas positivas y valiosas del mundo soviético puedan ser aceptadas por nuestra organización occidental cristiana. Si no en forma directa, al menos la repercusión de algunas actitudes del socialismo materialista han influido favorablemente en el orden general de la organización jurídica occidental. Las normas sobre el trabajo contenidas en el Tratado de Versalles son un contraeco de la revolución maximalista. Nadie puede negar que la democratización del capitalismo en Estados Unidos ha sido motivada por la perspectiva catastrófica de la revolución comunista. Desde este punto de vista, yo creo que en el mundo se llegue a establecer un orden de equilibrio económico, que tanto mire al sentido social de la propiedad y la riqueza, cuanto al valor indiscutible de la persona contemplada en su marco individual. La experiencia interna del capitalismo norteamericano —que tan de cerca tienes tú— expresa una esperanzada vía para el futuro del mundo. En cambio, ¡qué atroz perspectiva la del capitalismo norteamericano en su proyección sobre nuestros países hispanoamericanos!...

Empero, con el progreso de la técnica el hombre ha dado un paso atrás en el proceso de canalizar la fuerza. El ascenso de la burguesía y la primera revolución industrial influyeron en la economía del Poder. El constitucionalismo del siglo XVIII, al reconocer el valor del pueblo, cambió la técnica del ejercicio de las armas. El ejército, de acuerdo con los principios democráticos, pasó a ser una organización sin voz deliberante. Se bifurcó la función pública y se dio a los cuerpos armados un nuevo carácter obediente. Hoy ocurre lo contrario. La técnica ha culminado en la organización castrense y los ejércitos se han convertido en cuerpos motorizados, que determinan la acción de los pueblos. El ejército moderno corresponde a la realidad mecánica de la cultura. Los ejércitos más que hombres, hoy son máquinas. Los oficiales, más que guerreros, son técnicos que acondicionan el po-

der destructor de los aparatos. La inteligencia que el hombre ha debido poner para deslindar los campos concomitantes del deber y la violencia, ha sido dirigida a perfeccionar los instrumentos de la fuerza. Ayer la violencia fue audaz y hasta hermosa cuando descansó sobre los hombres resueltos y valientes. Hoy, la fuerza estriba sobre la inteligencia puesta al servicio de las máquinas destructoras. Si el mundo vuelve sobre sí mismo, será movido por una reflexión con premisas hundidas en el miedo a las armas nucleares. Esa reflexión atemorizada le hará comprender, en cambio, que hubiera sido más práctico seguir el corto camino del *jus suum cuique*.

No sé si al fijar límites a tu venezolanismo te refieras indirectamente al mío y a mi empeño por hacerle una teoría. Tal vez hayas leído a la ligera mi última literatura. Cuando yo hablo de venezolanidad no me refiero a ningún concepto excluyente. Yo siempre he pensado en Venezuela como una realidad social inserta en el continente hispanoamericano. Cuando he intentado crear una teoría de la venezolanidad, no he pensado en segmentaciones políticas sino en el hombre venezolano como factor de cultura universal. Mi empeño apunta a levantar la idea festiva y disipada de venezolano que vende petróleo y hierro. He invocado la Historia como estímulo creador, no como argumento para compensar nuestro déficit cívico. El venezolano cumplió un papel extraordinario en la América de 1810 a 1830. Muchos hacen alarde de merecimientos históricos como para fundar sobre ellos una falsa jerarquía nobiliaria. Yo, por el contrario, cito la Historia como voz de compromiso, como obligación impostergable, como llamada que nos impulsa a volver a ser lo que fuimos en el orden del deber cívico. Mi venezolanismo no es chovinismo. Yo busco crear una noción de venezolanidad con raíces hundidas en la angustia y el sacrificio. Si tú releyeses mis trabajos desde "El Caballo de Ledesma" hasta "La Hora Undécima" (en breve te enviaré mi ensayo "Por la ciudad, hacia el mundo"), encontrarás una idea de Venezuela inseparable de la hispanoamericanidad. Me atrevería a decir que de los escritores venezolanos actuales ninguno me gana en ese camino. Mi venezolanismo se distancia en forma extraordinaria del venezolanismo empalagoso de quienes creen que podemos girar libremente contra la cuenta gloriosa de Bolívar y demás próceres. A ese terreno se encaminan todos mis

esfuerzos. Jamás he creído, que ser venezolano constituya una categoría elevada sobre colombianos y ecuatorianos ¡Dios me libre del lugar! Lo que yo he pretendido enseñar es todo lo contrario. Yo quiero hacerles ver a los venezolanos que debemos bajarnos del absurdo ensimismamiento que nos lleva a olvidar nuestro primordial deber formativo. Yo he querido poner en resalto la obligación en que estamos de dar a nuestra obra de hoy una finalidad diversa de la finalidad que le dan quienes sólo han mirado a lo concupiscente de la vida. Mi empeño ha estado dirigido a formar una visión humana de nuestro deber de pueblo.

En próximo carta me referiré a las impresiones vivas que recibí de tí. Me parecen muy interesantes tus consideraciones y creo que debo esperar aquí.

Tuyo affmo.,

MBI

LIBERTAD Y CONVIVENCIA

Madrid, 10 de enero de 1957

Sr. Don
Germán Arciniegas
Nueva York.

Mi admirado Germán Arciniegas: He quedado a la espera de un tanto del mensaje sobre Hungría, para el cual mi firma llegó fuera de oportunidad. De todas maneras te agradezco el recuerdo que hiciste de mi modesto nombre de amante de la libertad y de la justicia.

Yo recibo algunas veces el vocero de la organización interamericana por la democracia, de la cual tú formas parte. Con interés leo en él temas relacionados con la tragedia que sufren nuestros pueblos. Con interés y con dolor, por cuanto diariamente constato que todos estos esfuerzos carecen de resonancia en nuestro propio sufrido mundo americano.

¿No podría pensarse en que las Naciones Unidas hicieran algo positivo a favor del mundo peregrino que pulula en tierra extraña? Sé que en México se está haciendo actualmente difícil la vida de los desterrados; para los venezolanos está prohibida Colombia y viceversa; el problema cubano es difícil; idem el dominicano; los guatemaltecos y los nicaragüenses andan por las mismas vías; los argentinos, los bolivianos y los paraguayos tienen iguales enredos. El estatuto del asilado es difícil y duro, por la imposibilidad de trabajo y, sobre todo, por la amenaza de la policía de agresión que los dictadores tienen regada en los lugares donde viven los desterrados.

Hasta hoy, las Naciones Unidas han probado su ineficacia para resolver ciertos problemas inscritos en el radio soberano de los diversos países del mundo. Algunas normas del Derecho Internacional cohiben la defensa de principios de entrañable valor humano. ¿Cómo conciliar con el tradicional y supersticioso respeto debido a los Estados la práctica protectora de los derechos humanos? En nuestro mundo americano se definió en 1948 la doctrina del reconocimiento mecánico de los gobiernos *de facto*, sin que tal reconocimiento prejuzgase sobre la calidad de aquéllos. Mas, en virtud de ese reconocimiento, basado en la mera gravedad de las circunstancias que aseguran el cumplimiento del orden internacional, se promueve *in continenti* una suerte de solidaridad moral con el régimen nuevo y se le aseguran las garantías que en verdad sólo corresponderían a los gobiernos de cuentas limpias con la justicia. Muchos ciudadanos ofendidos por la opresión de sus respectivos regímenes nacionales, no se sienten en capacidad de pedir una investigación de parte de los organismos de las Naciones Unidas, por temor de que se les considere en actitud de impetrar una acción que menoscabaría la soberanía nacional.

Existe el hecho cierto de que millares de ciudadanos del mundo se hallan en la imposibilidad de vivir en su Patria de origen, por lo cual tienen que mendigar protección de otros gobiernos, para quienes llegan a constituirse en una manera de carga moral y hasta en un reato diplomático, por cuanto los gobiernos del país de origen de los desterrados persiguen a sus desafectos hasta querellarse con las mismas autoridades extranjeras que les permiten gozar el sol y el agua a que tienen derecho como hombres. Esta realidad dolorosa no puede ser negada por ningún respecto. Asia, Europa, Africa, América son testigos de forzado peregrinaje de hombres que no pueden vivir en su Patria de origen, porque un sistema arbitrario les niega la elemental ciudadanía. No son cien, ni son mil los hombres libres a quienes se han cerrado las puertas de la Patria respectiva, sin que preceda el aparato de un proceso justificado por normas más o menos legales. Hay un mundo de parias, a quienes se imposibilita el trabajo en las tierras extrañas donde han tenido que buscar refugio, pero entre los cuales, por circunstancias de sobra notorias, abundan hombres útiles en disciplinas múltiples, llamados a quedar estériles por la inacción prolongada.

Como supremo organismo de los Estados y como institución encargada de velar por los derechos humanos, a las NU corresponde todo género en iniciativas para hacer efectivo el sosiego a que el hombre tiene derecho. Si a los servicios de la organización se hace difícil —como en el reciente caso de Hungría— comprobar en lo interior de cada país de régimen despótico la realidad de las infracciones cometidas contra los elementales derechos de la persona humana, bien podría pensarse en la organización de una gran colonia de refugiados, donde, bajo el control de un cuerpo político-administrativo, compuesto por ciudadanos de los países que brillan por su respetuosa conducta cívica, pudieran ser acogidos libremente los ciudadanos forzados a vivir fuera de sus respectivas Patrias. Dicha colonia podría establecerse en alguna o en varias islas, cuyos gobiernos metropolitanos las cediesen a las NU con tal fin.

El régimen especial que imperaría en dicha colonia, serviría, a la vez, como experimentación de tipo social para estudiar las reacciones promovidas por la convivencia de elementos arrancados de su Patria original, en razón de causas aún contradictorias. Sería humanamente hermoso el ensayo de este refugio acogedor, donde vivirían con estatutos de ciudadanía grupos de hombres lanzados de sus hogares por el odio que inspira a los hombres crueles, en cuyas manos ha caído el gobierno de las respectivas Patrias.

También serviría esta colonia para aligerar los compromisos que contraen los diversos países que acogen generosamente exiliados políticos. Aunque parezca utópico el plan, pensar en él es deber de una organización en cuyas manos está la suerte de los pueblos y la defensa de los derechos de los hombres. Cuando se produjeron los asesinatos feroces del pueblo húngaro, esa organización y las más altas instituciones del mundo, encabezadas por la Iglesia Católica y su glorioso Pontífice, expresaron su angustia y su dolor. Sin embargo, diariamente se cometen en diversos países crímenes de menor ámbito contra la dignidad humana. Se encarcela sin causa, se tortura cruelmente, se asesina a presos, se mantienen campos de concentración, se expulsan ciudadanos, se clausuran periódicos, se ametrallan poblaciones. Estos hechos, que podrían llamarse pequeñas y silenciosas hungrías, no irri-

tan la sensibilidad de los cuerpos y de las instituciones que debieran condenarlos. Por el contrario, a los responsables de estos crímenes se les ofrecen aplausos y condecoraciones y se les halaga como si en realidad representasen una garantía para la paz y la seguridad.

¿No sería posible que las NU comenzaran por buscar sosiego y protección a los ciudadanos que se ven forzados a huir del crimen imperante en sus adoloridas Patrias? ¿No crees tú que la comisión encargada de la defensa de los derechos humanos podría estudiar la posibilidad de esta utopía que me ha venido al magín?

Difícil el plan, mas su enunciación sería tomada al menos como nueva campanada a favor de los perseguidos por el odio y la incomprensión de los bárbaros. Nuestro llamado mundo libre se resiente de esta espantosa contradicción. ¿Hay derecho para que Marcos Pérez Jiménez se atreva a decir el 1° de este enero que "en Venezuela impera un clima de concordia y que la actividad social está caracterizada por la alegría llena y entera de la libertad"? ¿En tu sufrida Colombia, Rojas Pinilla no pidió oraciones para agradecer al Altísimo los favores que deparó al pueblo en 1956? Sin embargo, mi admirado Arciniegas, el Presidente Eisenhower condecoró al tiranuelo de mi Patria. ¿Con qué derecho hablan la Casa Blanca y el Departamento de Estado de un mundo libre situado frente a la dictadura soviética, cuando la libertad y la plenitud de que en verdad gozan los norteamericanos descansa sobre la prosperidad que les garantizan los verdugos de los pueblos semicoloniales de nuestra sufrida América? Los rusos tienen al menos el peregrino "mérito" de asumir la responsabilidad de su opresión sobre los satélites; los gobernantes norteamericanos visten, en cambio, con libreas democráticas a los déspotas de que se valen para oprimir a nuestros infelices pueblos.

Como te digo, el plan que sugiero podría servir de ocasión para que se considere bajo otro nuevo aspecto el caso desesperado de nuestras tiranías de Hispanoamérica. Ojalá no te suene a mero desplante.

Como siempre, y en espera de tus noticias, soy tu affmo. amigo y admirador.

MBI

EN POS DE UN NUEVO ESPIRITU

Madrid, 11 de enero de 1957

Señor Doctor
Jóvito Villalba
Nueva York.

Mi querido Jóvito:

Los términos de tu gratísima carta, hoy recibida, en nada hube de extrañarlos, pues estoy hecho a recibir de ti muestras de acendrado afecto y de generosidad desmedida. Me sirven de estímulo en parte para mi futuro trabajo, que todos los días lo miro más distanciado de la política activa, a no ser que se considere como cooperación política lo que pueda escribir en el área de las teorías. En este campo estoy cierto de que no dejaré de trabajar. Es mi propia agua. Seguiré, como te digo, trabajando mi literatura y, también, me dedicaré a estudiar algunos proyectos de leyes, que podrían servir de temas para la nueva organización de la República. Estoy empeñado en hacer un estatuto de prensa. Cuando en Venezuela se reinstale la libertad y la discusión torne al estrado periodístico, es necesario que funcionen diques que den altura a la lucha ideológica. Insistiré, también, una vez más, en mis temas de moral cívica. Creo que la crisis que ha hecho presa en nuestra armazón social, reclama una carena audaz y de fondo. No creo que Pérez Jiménez sea un fenómeno sorpresivo en el proceso histórico venezolano. Pérez Jiménez es la culminación de hechos que venían fermentando desde mucho tiempo atrás. En cambio, todos los viejos vicios venezolanos han llegado a su grado absoluto, no porque vengan contra nosotros,

sino en razón del peligroso factor que sirve de supedáneo al sistema actual. La abundancia de dinero permite a Pérez Jiménez la impunidad de todos sus crímenes y empuja a la vez a que los otros lo imiten y superen. Entre dichos crímenes yo no me detengo a contar muertos y presos ni a enunciar robos, vejaciones y licencias. Creo, en cambio, que su origen absoluto es la legitimación de la mentira. Bien sabemos tú y yo que la mentira ha sido ayuda eficaz de la reputación de muchos hombres públicos. Yo desearía no tener sobre mi palabra el control de la prudencia, para poder desnudar tantas vestales que pretenden erigirse en ejemplos constantes de dignidad social. Tú, lo mismo que yo, conoces la verdadera posición de muchas vidas con que la demagogia barata pretende engañar al pueblo. Pero la culminación de la mentira ha sido Pérez Jiménez. ¿Leíste su alocución del 1° de enero? ¿Es posible que se hable al pueblo de que un clima de entera y fresca libertad acondiciona la concordia nacional? Pues bien, esa mentira no es de sólo Pérez Jiménez. La mentira en el campo social suele tener sujetos pacientes, que se convierten en cómplices. Los distinguidos oyentes que llegaron a aplaudir ese erupto del "bien nacional", son reos por igual en el orden de la mentira que impera en nuestro infeliz pueblo.

Estos problemas de pequeño aspecto me preocupan más que los robos de los Ministros y los Gobernadores. Sobre una sociedad corrompida por la mentira, no se puede construir nada válido. Ayer hubo falsedad en discursos y palabras de los gobernantes. Hoy la falsedad trasciende a todo. ¿Viste el sello de correos que fue puesto en circulación con motivo del Festival del Libro? Pues la fecha escogida para la clausura de aquella feria literaria fue nada menos que el 30 de noviembre. El 30 de noviembre ha quedado unido, pues, a uno de los hechos culturales del régimen. No satisfecho el sistema con el alborozo de los escritores, prohijó un Congreso Eucarístico, que, a Dios gracias y según palabra de Prelados de autoridad, fue un fracaso. Todo conspira en Venezuela al endiosamiento de la mentira. Todo se rinde al poder disolvente del dinero.

Para conjurar estos males muchos piensan, no en implantar un orden de justicia, sino en dar rienda suelta a la venganza. Yo creo, como te he dicho siempre, que nada es tan peligroso como un viraje de rea-

comodo. Algo en el fondo como hacer que el niño que despertó por haber hecho su porquería enfadosa, siga durmiendo en sus pañales pútridos. Yo considero necesaria una revolución en nuestro país, pero los dirigentes potenciales de dicha revolución necesitan fuego en el corazón y no teas incendiarias en las manos. Por eso te hablé de la necesidad de un análisis introspectivo, que descubra a cada quien sus errores y le capacite para la obra salvadora futura. Me dicen que la próxima novela de Gallegos, "La brasa en el pico del águila", es una violenta requisitoria contra el pueblo de Venezuela. Creo que Gallegos no tiene derecho de ir contra un pueblo que creyó en él y que lo admira y quiere. Debiera rever por dónde pecó.

Una vez más te repito: los venezolanos somos muy fáciles para echar sobre el vecino la responsabilidad de los desaciertos colectivos. Somos seres tomados de la presunción y de la soberbia.

Me anima, en cambio, la idea de que pueda aparecer en algún rincón silencioso de nuestro país una voz profética que señale nuevos caminos al pueblo. Esa voz no surgirá sino del fondo de un dolor colectivo. Los grandes profetas de Israel los engendró la conciencia de falta del pueblo elegido. Su voz iba a desvestirles de la vana creencia de que podrían salvarse por el sacrificio de terneras y de corderos. A los gordos corderos y a las finas terneras del "bien nacional", precisa anteponer, como señalaba Miqueas, el ejercicio de la justicia y de la bondad. ¿De dónde saldrá el Ezequiel frenético que indique los caminos nuevos a la gente enceguecida por la farsa reinante? Me espanta constatar —como lo he hecho recientemente por el dato arriba indicado— que a la hora de ser liquidado el sistema actual, se implanten en Venezuela odios de otro tipo y de mayor violencia, en razón del adobo de venganza que le agreguen los actores. Actualmente impera un odio frío, dirigido por hombres cobardes y pequeños; el de mañana podrá ser odio de hachas y de antorchas incendiarias.

Mi posición ha logrado una perspectiva más de testigo que de víctima. Me duele todo lo que ocurre en nuestra Patria, pero las circunstancias que se abultan, busco mirarlas desde una atalaya que permita comprenderlas más que sentirlas.

Lamentablemente nada se puede hacer en orden a que nuestros juicios de hoy sean discutidos por otros compatriotas. Creo que son pocos los que se interesan por buscar algo que no lleve el recubrimiento del provecho o del placer efímero. Desde lejos, cómo duele ese espectáculo bastardo de un progreso delirante, que por nada ayuda a la cultura del país. Se hacen puentes, túneles, teleféricos, pistas, etc., mientras se cierran escuelas, por carecer de edificios. Los pueblos pequeños no tienen acueductos, ni cloacas, ni aceras, ni plazas. Todo parece fruto de una mente enfermiza y enloquecida. Un amigo sagaz me anotó que Pérez Jiménez es un atrasado con mentalidad de niño, a quien tanto complace romper las alas de las mariposas, destruir los nidos de los pajarillos y segmentar lombrices, como jugar con luces de bengala y elevar cometas. Transportadas al plano del Estado las inclinaciones pueriles del gobernante, ya tienes a Pérez Pisanti envenenado y a la gente de Caracas encamarada en el pico del Avila.

Mas estas perversiones de la lógica son veladas por la posibilidad de enriquecerse que encuentran los hombres avenidos a las circunstancias del momento. En el orden nuestro pasa algo semejante a lo que ocurre en el mundo con Estados Unidos. El Departamento de Estado (no en balde es protector de Pérez Jiménez) no hace sino desbarrar; pero, como tiene la llave del crédito y del aceite, y como es garantía de impunidad para muchos gobiernos, nada le ocurre en serio.

Suelto la pluma cuando me pongo a escribirte y sin plan alguno te avanzo opiniones y juicios que te harán reír algunas veces. En estos diálogos silentes descargo un poco la angustia de sentirme inútil para ayudar al país con mi experiencia dolorosa, hoy enriquecida por lo que me ha enseñado el destierro. Lamentablemente en la tarde de mi vida he aprendido cosas que pudieron ayudarme mucho cuando actué en el país. Si no me sirven a mí, podrán servir a mis hijos y a quienes mañana me lean libremente. Tal vez el mensaje mejor que pueda dirigir a mi pueblo, habrá de se mi diatriba contra la mentira que ha servido de basamento a todo nuestro orden social, mentira voraz y poderosa, a la cual yo mismo he rendido parias y de la cual he sido actor y víctima. Nuestras generaciones futuras necesitan esta lección de anatomía de la conciencia venezolana. Urge por encima de todo promover una vo-

cación de sinceridad y de humildad, que nos lleve a desnudarnos la presunción pecaminosa y disolvente. Algo tremendo y feroz habrá de ser esta tormenta iconoclasta, a cuyo ímpetu caerán tantos ídolos como han servido de engaño al pueblo.

Cuando pienso en la inmediata realización de un posible golpe que diese al suelo con el régimen del "nuevo ideal nacional", pienso con horror en el trabajo que constituirá la recreación de valores para una comunidad que ha visto la quiebra de la propia verdad. Chesterton habló de la crisis de un mundo al cual se le pusieron locas las verdades. En Venezuela ha sucedido que la verdad y la mentira perdieron sus fronteras. En Venezuela todo es lo mismo, mi querido Jóvito. En Venezuela se mide a Martín Vegas y a Luis Villalba Villalba con la misma medida que se aplica a Simón Becerra y a Ulises Ortega. En el orden de las letras, pongamos por caso, a Manuel García Hernández y a José Vicente Pepper se les coloca junto con Arturo Uslar Pietri y con Rómulo Gallegos.

Ayer Laureano Vallenilla Lanz aplicaba con agilidad y brillo a nuestra sociedad nacional las teorías del positivismo materialista y explicaba a Gómez como un fenómeno sociológico. Hoy su hijo, con conciencia de calamar, procura ennegrecer las aguas en que navega, para que todo se vea tan sucio como sus intenciones. Sin embargo, a Laureanito lo rodea y ensalza la llamada "gente bien" y lo toman como expresión de refinado talento, hombres cuyo nombre no estampo aquí porque les guardo cariño.

Terminaré esta nueva lata y como tengo buena secretaria, te amenazo con la pronta repetición.

Deseo que resulte muy placentera la gira extraneoyorquina y que te encuentres de nuevo con toda felicidad en unión de Ismenia, Carmen y los niños.

Te abraza tu affmo.,

MBI

LIBERTAD Y HUMANIDAD

Génova, 26 de septiembre de 1957

Excelentísimo Señor Presidente
Dwight Eisenhower
La Casa Blanca.

Ilustre Presidente:

Al lecho donde sufro las consecuencias de una dolencia semejante a la que en meses pasados atacó a su vigoroso corazón, usted me ha hecho llegar uno de los mayores motivos de alegría y de complacencia. Viví en el Sur de Estados Unidos durante dos años y escuché de labios de los negros los maravillosos y amargos *spirituals*, en que expresan la amargura por el dolor de su vida desigual. Siempre me he ocupado en el problema de la igualdad racial y en 1954, cuando fue asesinado Emmet Till, dediqué dos pequeños poemas a esta víctima infeliz del odio de los blancos contra los negros.

Cuando admiro la grandeza del pueblo americano, siempre detengo con horror mis ojos en el "deep South", donde parece recogerse el residuo diabólico del viejo odio de los esclavistas vencidos por la fuerza del Norte.

Creo que en América, para individualizar su grande aportación a la causa del hombre libre, basta citar los nombres de Simón Bolívar, de Abraham Lincoln y de José Martí, como los mayores, por el esíritu, entre tantos que dedicaron su vida a construir un continente sin prejuicios.

Señor, su actitud frente al terco irrespeto del Gobernador de Arkansas, lo pone en el camino del viejo Lincoln. Usted desafía grandes intereses en beneficio de la justa integración racial. Usted llega a no temer a la guerra civil, porque sean respetados en Estados Unidos los Derechos de los hombres. Al firmar el Secretario Wilson, de orden de usted, las instrucciones de privar de todo recurso armado al enajenado gobernador Faubus, usted asumió una actitud que lo coloca a la cabeza de los magistrados más responsables del Mundo.

Quizás cuando mis nietos visiten a Washington admirarán entre el Lincoln Memorial y el Jefferson Memorial un templo dedicado a honrar la preclara memoria del hombre que ha puesto toda la fuerza de la mayor potencia del Mundo al servicio de los negros, menospreciados por un grupo de hombres blancos, que debieran estar a estas horas puliendo piedras en el alto medievo de las islas británicas.

Sin embargo, Señor, me duele advertir una extraordinaria falta de coherencia entre su justo empeño de que para los negros se hagan efectivos los derechos humanos en la gran nación del Norte, y su avenencia con un tipo de política comercial, dirigida a tratar a los hombres de Sudamérica como si tuvieran menores derechos que la gente de color. Su gran espíritu republicano no se compadece con la tolerancia y el aplauso ofrecido a oscuros dictadores que en la otra América persiguen a los hombres que aman la libertad y que se empeñan porque la justicia distributiva impere en el orden de la ley. Yo protesto contra toda idea intervencionista. Yo no pido jamás que usted mueva un dedo a favor de ninguna justa revolución latinoamericana. Yo sólo pido que frente a los déspotas que ultrajan la dignidad humana en los países que demoran al sur del Río Grande, usted arrugue el ceño y no sonría complacido para rendirles honores y para llamarlos eficaces cooperadores en la defensa de un mundo libre, donde parece que sólo ha quedado libertad para la ofensa a los hombres preocupados porque en sus patrias reine ese mismo decoro, esa misma seguridad, esa misma ausencia de miedo que hace de Estados Unidos una nación ejemplar.

Mi palabra cerca de usted no tiene sino la autoridad que le da el dolor de cinco años de proscripción arbitraria del suelo de mi Patria. Nada

vale en el orden de los representantes de América; pero es, en cambio, la voz de un hombre que sufre la angustia de su Patria ofendida hasta verla convertida en roca que oprime físicamente su propio corazón.

Los tiempos cambian. En el mundo parece respirarse un aire de confianza, que no sé si sea una mera ilusión o una lógica consecuencia de estar viviendo en este gran pueblo italiano, que tanto honor ha hecho a la libertad.

Tengo viva esperanza de que la conducta de los gobernantes de la América del Norte sea iluminada por una visión fresca, en la cual brille más una gota de sangre humana que un barril de petróleo, que un monte de hierro convertible en acero o que un dulce racimo de bananos.

Excuse usted, Señor Presidente, estas mis emocionadas palabras, y crea que siento un pálpito de gratitud al pensar que mañana algún nieto mío pueda depositar un ramo de rosas blancas al pie de la gran estatua que le consagrarán los negros libertados por su altiva actitud de magistrado.

Soy de usted, muy atentamente.

MBI

DIGNIDAD Y CONVIVENCIA

Génova, 28 de enero de 1958

Señor Doctor
Jóvito Villalba
Caracas.

Mi querido Jóvito:

Te imagino en vuelo hacia la Patria. A Rómulo Betancourt llamé por teléfono, a objeto de comentar la alarma acá suscitada por las instrucciones giradas hoy a los Consulados en orden a que no se nos vise el pasaporte a los desterrados. El me informó que salías hacia el aeropuerto.

Bueno, ¿y para qué ha sido entonces lanzado Pérez Jiménez del Poder? Ni los desterrados ni los presos somos la Patria; mas, presos y desterrados constituimos hoy el principal problema humano que ha de solucionar el régimen erigido sobre las ruinas del funesto perezjimenismo, ya que unos y otros somos guarismos vivientes que expresan la dimensión desgraciada de la barbarie derrocada.

Cuando Don Julio Acosta llegó victorioso a San Juan de Costa Rica, al frente de la revolución que puso fuera de la dictadura a los Tinoco, el Congreso sancionó una ley que concedía pensiones a los vencedores. Don Julio vetó la ley, por cuanto a su juicio los sacrificios que se hacen por la Patria, carecen de precio. Lo mismo pienso yo. Ni tú, ni Betancourt, ni Gallegos, ni Caldera, ni los miles de venezolanos

que hemos padecido destierros y cárceles, estamos en trance de mercar con nuestros sufrimientos. Lo que hemos hecho no estaba enderezado al negocio vil, sino a buscar soluciones favorables a la suerte del país. Nuestro problema no es de recuperarnos en el orden de la materialidad. Con sabernos libres para el ejercicio de nuestros derechos, tenemos colmados nuestros anhelos de patriotas. Pero, si llegada la hora de la caída del déspota, se nos impide el inmediato retorno a la Patria, ¿cómo queda el problema de la recuperación nacional? No es problema de granjerías materiales, cuya solución busque de baremo, para la adjudicación de los cargos públicos, el número de años de destierro o de prisión. No constituimos nosotros por nosotros mismos una clase privilegiada, ni creo que ninguno pretenda excluir al más apto y honesto, en razón de no haber asumido la misma actitud nuestra. El problema mira sólo a la dimensión contradictoria de no sernos otorgada visa para nuestro regreso a Venezuela.

¿Cómo se podría llamar democrático y liberal el orden que retiene fuera del país a los adversarios de la dictadura? Para que el nuevo sistema se llame liberal y democrático necesita decir que en las cárceles del país sólo hay presos por delitos comunes y que en el Exterior viven venezolanos prófugos de la justicia ordinaria, para quienes las puertas de la Patria no han sido cerradas por las autoridades políticas sino por el temor que los llevó a huir la jurisdicción de los tribunales o el dedo acusador de la opinión pública. Tú y yo fuimos, y a mucha honra, proscritos políticos de un régimen oprobioso. Pérez Jiménez, Vallenilla Lanz y Pedro Estrada son prófugos de la justicia ordinaria. Ni desterrados ni exilados, ellos son meros sujetos pasivos de los procedimientos de extradición de criminales.

Juzgo que la orden que comento y que tanto ha alarmado a Betancourt como a los exilados de Madrid, no sea sino un error provocado por la confusión del momento y por la poca veteranía de los dirigentes de la nueva política. Ya tú vuelas hacia la Patria y de hallar vigentes dichas instrucciones, procurarás hacer luz sobre el error cometido. Esto me compensa de la desagradable noticia del entuerto de marras. Saberte con las alas abiertas hacia el suelo de la Patria, es prenda, en cambio, de que en breve Venezuela retornará a la vieja convivencia que tanto voceamos en nuestra campaña electoral de 1952.

Estos largos años de dolor han llamado a la reflexión centrada, que permite hoy la unión de los Partidos en un frente enderezado a defender los postulados de la democracia. Retornarán unidos a la lucha los jefes de los Partidos en exilio. Acordada una tregua en la contienda interpartidista, todos los esfuerzos cívicos estarán dirigidos a robustecer la conciencia del pueblo. Esta unión de hoy abulta más aún el crimen de quienes empujaron a Marcos Pérez Jiménez a desconocer nuestro triunfo del 30 de noviembre. El pueblo eufórico de 1952, habría ayudado a echar a tierra el inmediato pasado ominoso, y fácil hubiera sido, sin odios ni resentimientos, reemprender el camino de la libertad. ¿Hoy, qué ocurre? El dictador y su camarilla han huido con una carga de crímenes, que hacen muy difícil la reconciliación sin purga de la familia venezolana. Se asesinaron ciudadanos, se ultrajaron hombres y mujeres, las cárceles fueron un clamor de torturas, el robo descarado alcanzó límites de espanto, las leyes se burlaron hasta culminar en el plebiscito del frustrado continuismo, la mentira enseñoreó en todos los terrenos de la vida pública, hasta llamarse de justicia un gobierno asentado en el miedo, el terror y las torturas. La mentira, querido Jóvito, llegó en nuestra desgraciada Patria a simas nefandas. Venezuela fue para el mundo una gran mentira, que fingió orden allí donde imperaba el crimen, que simuló luces allí donde la obscuridad fue más apretada, que intentó llamar homenaje a los Padres de la República a los grotescos desfiles con que se humillaba a hombres respetables.

Tal vez la mayor tarea que corresponde a los Partidos unidos sea buscar los medios para erradicar de nuestra vida diaria el falso telón que ha servido de fondo a la farsa antigua. Sin destruir la mentira ambiente no llegaremos a ningún puerto seguro. Más que exaltar derechos, a los Partidos corresponde la carga austera de disciplinar para el deber cívico a los cuadros de su militancia. Un país cuyo espíritu ha estado confiado a la pedagogía oportunista de maestros que llegaron a explicar las excelencias del "nuevo ideal nacional", clama hoy por palabras redondas y aceradas, que le hagan comprender la dimensión de su destino. La primera de esas urgentes lecciones se la daréis los líderes, al presentaros en un sólido frente encaminado a la defensa de las libertades públicas. Al mostraros unidos, les diréis con vuestra sola presencia cómo os levantasteis sobre lo particular para ver sólo el bien

común; y, por cuanto para llegar a la unión, los viejos contendores necesitan sacrificar puntos de vista privativos y antiguas divergencias de opinión, ya le estaréis diciendo al pueblo cómo, en servicio suyo, habéis rectificado anteriores posturas y habéis olvidado presuntos agravios.

De ti sé que holgarás intensamente al ver convertida en realidad nuestra tesis de concordia e integración nacional. Cuando miro en camino práctico nuestra conocida consigna, también yo huelgo ante la proximidad de su triunfo cabal. Somos apenas cuatro gatos, como lo repito en mi reciente libro " Los Riberas". Cuatro gatos necesitados de diálogo, de comprensión, de inteligencia. Hoy te encaminas hacia Venezuela. Mañana lo harán Rafael Caldera, Betancourt, Gallegos y Machado. Lo haremos, también, todos los que aún sufrimos la pena de sentirnos obligadamente ausentes de la Patria. Nuestro deber comienza por exhibir una conducta contraria a la conducta soberbia e intransigente del triste dictador derrocado. Comenzaremos por mostrar que sobre las diferencias ideológicas, la Patria es un valor que impone la concordia, la tolerancia, el discurso. Probaremos, además, que para sentarnos a la misma mesa con quienes ayer fueron nuestros verdugos, el obstáculo no gravita sobre nuestra voluntad sino sobre los delitos que a aquéllos imputan las leyes penales y que les impiden gozar de libertad en la Patria. Se alejarán, también, de nosotros muchos destacados perezjimenistas, a quienes les avergonzará su conducta de cómplices y aprovechadores de la irresponsabilidad que sirvió de estribadera al régimen derrocado. Algunos, en cambio, querrán lucrar con las consignas de concordia y tregua de los Partidos, como si tregua y concordia fueran argumentos capaces de hacer olvidadizos los crímenes recientes en que tomaron parte y el ultraje a las leyes en que ayer participaron para burlar al pueblo y negar o torcer el valor de sus votos.

Sigo en la mente el vuelo del avión que te conduce a Venezuela. Ayer saliste de ella en viaje forzado, por haber ganado tu Partido las elecciones para la Asamblea Constituyente. Ahora regresas cargado de experiencia, después de haber celebrado cómo el pueblo echó fuera al déspota insolente. Vas al servicio de Venezuela. Con tu poderosa inteligencia y tu corazón sin tamaño, vas a iluminar los caminos de la

Patria y a curar sus profundas heridas. Justamente es de samaritanos la labor que hoy nos toca realizar. Para la eficacia de ese samaritanismo cívico estamos obligados a regar vino y miel aun sobre las heridas de nuestros enemigos de ayer. Bien podemos, sin pactar con el reato que sobre ellos pesa, ayudarles a rehacer su vida. En esto de olvidar, a ti no se te pueden dar consejos. Buena cátedra de convivencia y tolerancia es tu vida meritísima. Olvido y perdón pide la sociedad de los hombres. Olvido y perdón que surgen del propio examen que hacemos de nosotros mismos. Lo que Jesús escribió sobre la arena, sólo lo leyeron la adúltera y sus acusadores. La sentencia escrita de Cristo debió haber sido más dura que las palabras con que desnudó a los presuntuosos monopolizadores de la virtud, empeñados en lapidar a los pecadores. Buscar cada quien su culpa antes de pedir el castigo de la culpa del otro, es norma que obliga en el orden de la ciudad tanto como en el orden de la teología de la salvación. Sobre esta realidad moral, se hace fácil camino la concordia y logra su cumplimiento la convivencia. Ojalá la palabra de quienes pregonaréis las nuevas consignas de unidad tengan eco feliz en el espíritu del pueblo.

Mañana estarás en Venezuela. ¡Cómo sentirás, al verte frente a las masas que te reciben entusiastas, que es poco el sufrimiento pasado cuando por medio de él nos unimos a una causa noble! ¡Y cuál más noble que la dignidad de la Patria y la libertad del pueblo...!

Al permitírmelo el tiempo, me embarcaré también hacia Venezuela, para emprender de nuevo mi modesto trabajo en servicio de la Nación. Si en algo puedo servir a URD, mi pluma y mi tiempo le pertenecen.

Aftmo. amigo.

MBI

EPISTOLARIO INEDITO

MIGUEL ACOSTA SAIGNES[1]

(1) MIGUEL ACOSTA SAIGNES. 1908-1989. Antropólogo, historiador, sociólogo, folklorista, profesor universitario, periodista, ensayista.

Bogotá, 30 de diciembre de 1949

Señor Doctor
Miguel Acosta Saignes
Caracas

Mi querido Miguel:

Te debo una felicitación muy sincera por tu réplica en "El Nacional" a un trabajo, que no conozco, de mi querido colega Antonio Reyes. Mi felicitación no se refiere a la materia del ensayo, por la cual he tenido debilidad alguna vez, sino a la forma del debate. Los reparos hechos a Reyes están formulados en tono de altura, de excusa y de respeto que se distancian sobremodo de la acrimonia que se suele poner entre nosotros, cuando tratamos de hacer pública nuestra disconformidad con las conclusiones de otros estudiosos. Norma general de los debates venezolanos es buscar la ruina de la persona con quien diferimos en la manera de pensar, como si para sobresalir en el mundo de las letras, de la ciencia o de la política, necesitásemos destruir el valor de nuestros vecinos y accidentales contendores. Por ello siempre he dicho que Venezuela es víctima de la agresividad disolvente de sus hijos. Jamás buscamos con sentido constructivo las cualidades de los otros. Apenas inquirimos en nuestros prójimos, con fatua conciencia de Calvinos, aquellos defectos que podemos utilizar para destruirlos o aquellas debilidades suyas de que podamos servirnos para nuestro propio medro.

En un país de escasa población útil para las actividades sociales, nos empeñamos los unos y los otros en aniquilar reputaciones, negar valores y arrasar todo aquello que intente sobresalir. Sobre tierra, erodada por nuestra propia imprevisión, aspiramos a que se mueva una multitud descabezada que hará más imponente los vanidosos movimientos de nuestra cabeza solitaria. De ese venenoso sueño de enseñorear sobre los méritos que intentamos anular, ha vivido más de una generación de hombres al servicio del egoísmo, olvidados de que ciertos éxitos, como los malos vinos, deleitan por la mañana, mientras reservan para la tarde el amargor de funestos óxidos. Por eso, ni sabemos examinarnos para la enmienda, ni sabemos perdonar para la convivencia de que está urgida la sociedad. Menos sumar nuestras fuerzas para la obra desinteresada de ayudar a la República.

Buen tema para días navideños, en que se habla de paz y de alegría. Por estar lejos, extiendo las palabras para el amigo con quien desearía dialogar con frecuencia. Y con mis felicitaciones por tu gallarda actitud para discutir con amigo a quien también mucho aprecio, te envío los votos más sinceros por tu bienestar en el año que se acerca.

aftmo. amigo,

MBI

Caracas, 16 de marzo de 1950

Doctor
Mario Briceño Iragorry
Embajada de Venezuela en Colombia
Bogotá

Querido Mario:

Hace ya bastante tiempo recibí una carta tuya acerca del artículo que publiqué para refutar a Antonio Reyes. He agradecido mucho tus apreciaciones. Ya sabes que siempre he tratado de que los periódicos sean vehículos de una clase de discusión a la cual hasta ahora han sido bien poco inclinados nuestros compatriotas. Jamás he respondido sandeces, insultos ni alusiones personales. Ni pienso hacerlo. Tenemos tan gigantesca labor intelectual por realizar en este país que es crimen el gastar energías en la diatriba cuando la necesitamos para el estudio y dilapidar fuerzas en la agresión personal estéril cuando la necesitamos para el esfuerzo colectivo creador.

Se fueron pasando los días y no te respondí. Pero siento el mismo deseo de una comunicación frecuente, tanto más cuanto que sólo con alguna que otra persona es posible mantener relaciones personales en tono de altura intelectual en esta ciudad.

Te remití un ejemplar de mi trabajo folklórico "Las Turas", que no sé si recibirías. Te ruego avisármelo y caso de que ya lo conozcas remitirme tu juicio sincero sobre él.

¿Cómo están las actividades antropológicas en Colombia? ¿Tienes contacto con Luis Duque Gómez? En el Instituto Etnológico realizaban algunas publicaciones, pero hace tiempo no he recibido ninguna. Te ruego me hagas alguna gestión con Duque.

En estos días he publicado un artículo sobre algunos problemas de enseñanza que te remito adjunto por si no te llega "El Nacional" con puntualidad. Te lo envío porque la preocupación en él expresada va mucho más allá de la pedagogía. Se trata de las raíces de la formación venezolana, tan maltratadas, tan dificultadas, tan exprimidas por tantos factores adversos. Espero me escribas también sobre eso tu opinión.

Te reitero mi agradecimiento por tu carta que llegó muy a tiempo con el estímulo de la buena amistad para la difícil labor. Recibe el más cordial abrazo de

Miguel Acosta Saignes

MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA[1]

(1) MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA. 1904-1969. Jesuita. Fundador del Centro Gumilla y de la revista SIC.

Caracas, febrero 4 de 1943

Rvdo. P.
M. Aguirre Elorriaga, S.J.
Ciudad

Mi querido Padre Aguirre:

Leí con gran interés su nota en "Sic" sobre mi mañoso "Caballo".

Mucho le agradezco su invitación a "construir". Por lo que veo, sólo sirvo para "destruir". Menos mal, pues así ayudo a preparar el terreno que otros, mejores que yo, fundarán firmemente. A usted, lleno de caridad, vengo a pedirle me indique mis "excesos", a fin de corregirlos para nueva salida de mi "Caballo". Usted me expone a que se me tenga como disidente de mis creencias, con lo que da armas a quienes me atacan por mis mismas ideas cristianas.

Le anticipo mis gracias por su bondadosa lección, y créame su afectísimo amigo y servidor.

MBI

ANTONIO ALAMO[1]

(1) ANTONIO ALAMO. 1877-1953. Ensayista, orador, historiador, político, académico. Desempeñó cargos políticos durante el gobierno de Juan Vicente Gómez.

Guatemala, abril 29 de 1939

Doctor
Antonio Alamo
San José

Mi querido amigo:

No quiero que empiece mayo y U. me tenga como deudor a una de sus muy gratas cartas, sobre todo por ser mayo el mes de los caballos y de los hambrientos. Yo seré lo uno y lo otro, con la diferencia de que cualquier caballo me gana en lo de saber correr. A mí ni el miedo me obliga a hacerlo.

Lamento la vida opaca que vienen haciendo ustedes, y aunque me halague, lamento que parte de la convivencia cordial haya desaparecido con el traslado de la Legación, que sí era casa de todos, como debe serlo siempre y en todas partes. Mi mayor orgullo fue sentir cómo la Legación pudo ser para los venezolanos una Patria abreviada, donde existió cordialidad y aprecio y cariño para todos los que tenemos la dicha de gozar el gentilicio de venezolanos.

La nueva que me da de los comentarios venezolanos por el apéndice presidencial, es primera noticia seria que al efecto tengo. Aunque dudo aún de su seriedad, que sólo la tiene por escribirlo U. Un joven abogado, Carlos Ramírez Torres, escribió ya hace más de un año sobre ese particular, y creo que también alguien más tocó el asunto. Me dio en ambos casos la impresión de que se trataba de una tentativa mu-

sácea. Un halago de lotería. Creo prudente esperar un hecho concreto para enjuiciar la cuestión formalmente.

U. leyó el libro "Así fue" y yo el libro "Así no fue" por éste colijo el otro. Lo de la traición del General López me parece muy antojadiza. No había causa política que traicionar. Quedaron burladas simples esperanzas de quienes supusieron posible establecer un régimen hereditario. Eso es todo. En lo personal, en lo que dice a las relaciones del General López con sus viejos amigos, no creo que hubo traición. López hizo lo que pudo: lo empujó una revolución dormida que despertó apenas murió el General Gómez. Si el General López hace lo contrario de lo que se hizo, entonces sí que U. hubiera quedado sin cabeza y hasta yo también hubiera perdido la mía, propia para un buen huacal. El libro lo supongo malo, porque enciende odios y banderías, que todos debemos procurar acallar para bien de la Patria. La obra del patriota no está en ver para atrás (ya la mujer de Lot nos indicó el peligro de hacerlo). La obra de construcción está en ver lo presente y censurarlo y atacarlo. Sobre todo: los que venimos de atrás no debemos juzgar pasados, sino procurar borrar la parte mala de los nuestros, con acciones mejores que la contrapesen. Yo creo que gomecistas e izquierdistas deben con reflexión y oportunidad atacar al actual Gobierno, cuando realice actos dignos de censura, cuando indique que no camina hacia la mejora de las instituciones. Y yo digo que el General López procuró siempre cumplir con los nexos personales que le unen a sus viejos amigos, porque mi actuación en Costa Rica me permitió comprobarlo. Creo que todos Us. están satisfechos de mi conducta, moldeada en la voluntad del General López. A él siempre fue grata mi conducta con todos los amigos de San José. Y U. sabe que al escribirle esto, soy sincero, pues disto mucho de la profesión de lisonjista, ni soy tampoco un hombre en trance perpetuo de alabar. Bien lo sabe U. Nuestra amistad, por demás franca, le sirve de comprobante

También entiendo que en U. y en los amigos de San José, deseosos de que la comprensión viva entre todos los venezolanos, habrá tenido mal eco ese libelo infamatorio. A mí lo que me duele es que U. todavía viva fuera de Venezuela. U. debe regresar al país y todos debieran hacerlo. Una de las cosas que yo haré al llegar a Venezuela será trabajar en este sentido, en la medida de mis pocas fuerzas.

Por ahora supongo que la calma de que me habla se les acabará, con los toros que tienen a la vista. Calderón Guardia y el Brujo harán las delicias de los que añoran por la política. U., antiguo Jefe de Estado Mayor (antigomecista) sentirá ímpetus, que habrá de aguantar, y sólo reirá de la farsa y su tinglado. Felices Us. que tienen un espectáculo diario y gratis.

Mi mujer se me une para saludarle con Iginia y muchachedumbre.

Lo abraza su aftmo. amigo,

MBI

Febrero 2 del 41

[Dr. Mario Briceño Iragorry]

Querido Discípulo:

Registrando papeles (no vaya a sospechar que para aligerar las maletas) hallé casualmente hoy las pruebas de dos capítulos del libraco que pretendí publicar el año antepasado. Se rozan con el tema que conversamos anoche. ¿Por qué cayó Rojas Paúl siendo prestigioso y encabezó Crespo la revolución más popular siendo desprestigiado? Porque el único prestigio positivo que hay en el país es el "Anticomunismo".

Va también la hojita 1ª que iba a ser el prólogo, para que Ud. pueda entender lo personalísimo de algunas referencias las cuales a falta de importancia, tenían siquiera la de servir de pretexto para lanzar algunas puyitas de uso del legítimo derecho de pataleo.

Lo abraza, su maestro,

Antonio Alamo

Ciudad, febrero 4 de 1941

Señor Doctor
Antonio Alamo
Presente

Mi querido Maestro:

El cognomento de Discípulo con que U. me favorece ya es de suyo una responsabilidad para mi inexperiencia política. Llevo, en verdad, más de un cuarto de siglo de vivir muy cerca de los políticos de mi tierra, y crecí, nada menos, que en un hogar donde escuché desde niño la voz de uno de los que fueron tenidos por más hábiles en nuestro país, y a quien U. en la ocasión de su muerte, acaba de elogiar en elegante forma[2].

A pesar de mis años permanezco tan novato como cualquier jovenzuelo con humos de director de masas. Mi palabra no tiene eco en éstas, como lo tuvo la del Mocho; mis manos no son hábiles para manejar las mesas, como lo probaron las de Andrade; podría, en cambio, hacerme campeón de misas, pero sin el fruto de Rojas Paúl, pues mi estado no me permite andareguear con las mozas, a la par de Tosta García, ni mi torpe oído entenderme con las bellas musas, como el caballeresco Arismendi Brito. Si ahora hubiese una campaña como la de Andrade, que ocasionó el juego de palabras de que vengo valiéndome, yo estaría

(2) Alude a Victorino Márquez Bustillos.

fracasado de redondo. Alla U. que manejó muy bien todas las vocales y hasta la boca, y que no contento con las habilidades propias, buscó que le ayudase Iginia en el gobierno de las hijas de Apolo.

Soy discípulo, pero que desmerece las artes del Maestro. Cuando me toque escribir mis Memorias, resultarán éstas la mera historia de un héroe que quedó inédito. En cambio, en lo poco que he leído de las suyas, se ventea el humo delator de un horno con todas las de ley. Cómo deseo saborear los ricos panes que U. reserva para manteles de amigos y discípulos privilegiados.

Muy tinosas sus observaciones sobre el fracaso de Rojas Paúl y el éxito de Crespo. Lecciones ciertas que no han tomado aquellos en cuyas manos ha estado el prestigio de la Patria y el destino de nuestra moralidad pública.

En Venezuela no cuenta la experiencia que pueda tomarse en cabeza ajena, apenas los bolivarenses quisieron, en un arrebato de mal gusto, experimentar en la muy bien puesta de U. Les puede remitir U. ahora sus "Memorias" para que obtengan de ellas el provecho que no hubieran alcanzado del juego con su respetable crisma.

Pero U., con algunos años sobre mí, bien sabe que nuestro individualismo político es decapitar (La cabeza tiene el pecado de ser la caja de la lengua). Los hombres no procuran buenos zancos para igualar a sus semejantes. Creen nuestros compatriotas que sea más hacedero rebajar a los otros por arriba, al modo como Santos Matute pretendió adaptar a su pequeña estatura un bastón que le iba muy alto. Una buena práctica democrática es procurar que el paletó se convierta en chaquet por el aditamento de la cola o aletas. La demagogia y el egoísmo mostrenco procuran que los adminículos de los otros chaquet (no los del "mío") se reduzcan a la expresión de paletó. "Sobre yo, mi sombrero", dice nuestro hombre del llano y, aunque no lo canten con la misma tonada, así piensan lacustres y montañeses. Los otros bien pueden habérselas sin sombrero y hasta sin alpargatas. ¡Con mi "peloeguama" hay para cubrir al mundo!

Ese egoísmo nos lleva a pensar que el sol sale apenas para dorar las bardas del propio huerto y que nuestra boca tiene la eficacia de hacer

proféticas a las más tontas palabras del mundo. Por eso Rojas Paúl y Andueza Palacio pensaron que el país no debía ser privado de la suerte que le deparaba el hallarse ellos en la Presidencia. No es el pueblo sufrido, entre nosotros esencialmente enemigo de la autoridad, quien pregona los "hombres necesarios". En Venezuela, por lo contrario, a los tres días las autoridades "hieden a pescado". La tarántula a quien pica es al círculo que quiere "necesariarse" y que toma empeño por convencer al jefe de que es cierto lo que él se viene por humildad callando.

En esto de la "política histórica" puedo llegar a ser buen discípulo suyo. En la otra, en la "política viva" de nuestra Patria, no pasaré de minorista. Me quedará, en cambio, cierto idealismo tonto, semejante a la alegre vanidad del aspirante a órdenes a quien se confía la guarda del hostiario. Le hablo de política viva no en contraposición a la política boba. En ésta es bien seguro el triunfo. Si no que lo diga el Dr. Pérez. Viva, en este caso, vale por actual. Si se pudiera hacer honesta política de pensamiento, yo aprovecharía mejor sus sabias lecciones. Federico Alvarez Feo dice que yo soy un iluso en política. Yo lo creo. Me consuela, sin embargo, pensar que así llamaron el cura y el barbero a nuestro señor Don Quijote.

Pero aunque con flacos frutos, déjeme llamarme su aftmo. discípulo,

MBI

LEONARDO ALTUVE CARRILLO[1]

(1) LEONARDO ALTUVE CARRILLO. 1911. Abogado, diplomático, historiador.

Madrid, febrero 10 de 1954

Sr. Dr.
Leonardo Altuve Carrillo
Bogotá

Mi querido Leonardo:

Después del recibo de los libros referentes a homenajes venezolanos a Martí, llegó a mis manos la amable carta en que me anunciabas su envío. Apenas fojeé la anacleta martiana, te acusé recibo, y dirigí mi carta a La Habana.

Al tener el gusto de leer la tuya de mérito confirmé la noticia ya tenida de tu traslado a Bogotá. Esto me ha complacido profundamente, pues si bien es cierto que sirves a un gobierno del cual estoy abiertamente separado y cuyos métodos ataco en la forma en que me es posible, representas tú en Bogotá, más allá de la bandería política, los intereses uniformes de Venezuela. Sé, por las conversaciones contigo tenidas cuando yo ocupé ese cargo, que tu criterio y el mío coinciden en la apreciativa de la realidad política colombo-venezolana y en la manera de mantener la relación diplomática que debe existir entre ambos pueblos. Te toca un momento más difícil que el mío, pues a mí me correspondió limar asperezas superficiales, mientras que hoy parece que se han producido irritaciones de otro tipo. Ya en ese cargo, más que trabajar para Venezuela en el ánimo de los colombianos, ganas autoridad para trabajar en el ánimo de los políticos venezolanos a favor

de la permanente cordialidad colombo-venezolana. La tesis contraria de los "uribantistas" es suicida. Y tú eres venezolano del lado de acá.

Tus dotes personales y tus excelentes amistades con gente de Colombia te aseguran un buen éxito. Yo así lo deseo para beneficio tuyo y del país.

Nada de raro tendría que me apareciera por Barranquilla o Cartagena a mediados de año. El próximo invierno aspiro a pasarlo en el trópico, pues el frío europeo no me convence.

Con saludos para Mercedes, míos, de Pepita y de mis hijas, te envío un afectuoso abrazo.

MBI

P.D. Si te es posible salúdame al Maestro Echandía, a quien he escrito en vano.

ALEJANDRO ALVARADO QUIROS[1]

(1) ALEJANDRO ALVARADO QUIROS. 1897-1945. Escritor costarricense.

San José, diciembre 3 de 1938

Señor Licenciado
Don Alejandro Alvarado
Presente

Mi muy distinguido amigo:

Me prometió Ud. un modesto medallón de Sucre, y me ha regalado con una rica y variada colección de joyas literarias en cuya lectura he tenido horas de subido deleite. A la observación y juicio felices, añade Ud. un estilo que, sobre ser de severa elegancia, luce arreos de fina labra y exquisito gusto que obligan a seguirle con facilidad raras veces lograda. He aprendido tantas cosas bellas en su hermosa colección, que ya podría hablar yo con propiedad de figuras tan gratas al patriotismo costarricense como son las del Presidente Mora y el General Cañas, ajusticiados al impulso de pasiones desbocadas "bajo el infinito azul del cielo, frente al inmenso azul del mar" de Puntarenas. Gracias a la fácil pluma animadora de Ud. he logrado visitar sombrero en mano viejos hogares, que fueron y siguen en sus hijos siendo, blasón de esta noble República, y en ellos mi espíritu se ha inclinado, con devota genuflexión ante matronas sin par como Doña Inés de Mora y Doña Esmeralda Oreamuno de Jiménez, signada la última desde la cuna, con el alto designio de formar y educar a quien llegara a ser uno de los más ilustres estadistas de Costa Rica. Sus finas prosas me han hecho conocer una figura del más bello atractivo en la historia del arte nacional, "en quien no es tarde todavía para pensar": su elo-

gio de Zelmira Segreda de Capella, es de un colorido tan sugerente, que al través de su lectura se admiran los ecos de aquella voz, suave como "las sílabas de su lindo nombre".

No podría yo hacer en estas breves líneas el resumen de las impresiones gratísimas que me ha proporcionado la lectura de su bello libro, en el cual palpita a la par de su amor por esta bella patria costarricense, su amor por la ancha patria que fue ideal perpetuo del insigne Morazán y por la patria sin más fronteras que las riberas del mar, que soñó el Libertador. Allí están para decirlo, sus oportunos panegíricos del padre Matías Delgado, de Don Manuel José Arce, de Valle, de Gálvez, de Molina, de Sarmiento, de Bello, de San Martín, de Sucre y de Bolívar...

Conservaré con cariño y gratitud entre los libros que mejor me hablarán mañana de mi estada en este grato solar de paz, la exquisita colección de Ud., con que, adornada de generosa dédica, ha sido servido de favorecerme, a la que aun da mayor encanto el espejismo ideal del nombre: "Nuestra Tierra Prometida".

Soy su afectísimo amigo y admirador,

MBI

San José, marzo 14 de 1941

Señor Licenciado
Don Alejandro Alvarado Quiros
Rector de la Universidad de Costa Rica
Presente

Mi querido y respetado Rector y amigo:

Acabo de leer con profunda emoción patriótica su iniciativa nobilísima encaminada a que se honren por medio de bustos públicos en esta ciudad los nombres del ilustre prócer centroamericano General José María Cañas y del Mariscal Antonio José de Sucre. El homenaje al egregio defensor de la integridad de Centroamérica ya ha sido decretado en hora justiciera y apenas falta, como U. dice, que se lleve a práctica feliz.

El que Ud. inicia para el glorioso Mariscal de Ayacucho corresponde a una concepción de Patria grande, mira a lo que representa para nuestra América el esfuerzo de quien condujo a la victoria final, los ejércitos que sellaron la obra de la Independencia de las provincias y reinos que integraron el antiguo imperio colonial de España. Sobre el Sucre apolíneo, sobre el ciudadano y el político de austeridad ejemplar, sobre los merecimientos de quien se exhibe como hombre de inquebrantable armonía moral capaz de consagrar la frase, digna de Platón y Marco Aurelio, de que "la justicia de Colombia es la misma antes que después de la victoria", sobre el Sucre modelo de magistrados, de amigos, de subalternos y de jefes, se yerguen el máximo significado

de la brillante acción de Ayacucho. Porque la victoria del Mariscal en los campos del Alto Perú, debe ser tenida por el símbolo más grato para la América libre. Allí se quebrantó definitivamente y con proyecciones continentales el yugo de la servidumbre española, allí se unieron soldados de distintas porciones de América para revalidar el voto de que ésta sería libre e independiente. En Ayacucho nuestros mayores, los Padres de la gran Patria Americana, reafirmaron con el brillo de la final victoria el juramento de que este hermoso continente sería perpetuamente libre de todo dominio extranjero. Juraron hacia el futuro, citaron por testigos de su fe a las venideras generaciones y comprometieron por siempre la dignidad de nuestros actos de hoy.

Azarosos días vive nuestra América como reflejo de esta hora infeliz de Europa en que los hombres parecen realizar la paradoja de que sea la bestia quien enjaezca al ser humano para conducirle dócil al servicio de los instintos animales. Aires pestilentes vienen a sumar a nuestras naturales imperfecciones de pueblos jóvenes, el peligro de ideologías aniquiladoras de la propia dignidad humana. Nuestros mismos ideales democráticos, grato legado de los egregios varones que formaron nuestras Patrias, que, si no cumplidos, nos sirven de norte para nuestra inconformidad perseguidora de mejoras, se atacan y vilipendian sin rubor en esta América, por los defensores de la pseudofilosofía de la fuerza y del orden, impuesto por el terror y por el silencio de los espíritus.

Nos corresponde, como imperativo de nuestra vocación de hombres libres, buscar todo aliento saludable para el espíritu y para nuestras convicciones democráticas. Junto a la unión que mantenga firme las defensas del continente, debemos buscar aquellos hechos que arraigan en la Historia nuestro propio testimonio de amantes de la libertad. Ayacucho es, al efecto, el símbolo de la América Unica y Libre, y Sucre, la concreción humana del esfuerzo multánime que coronó la obra de nuestra Independencia, bajo la directriz gloriosa de Bolívar. Por ello Sucre es hoy, más que nunca, una consigna de americanidad y de fe en nuestros destinos libres. Su recuerdo nos obliga a mantener la conciencia en actitud de concurrir a nuevos Ayacuchos, si no de sangre y fuego, en cambio sí de lucha tenaz en el terreno del espíritu para

lograr que la bestia sea domeñada y en su lugar dirija nuestros destinos un constante anhelo de superación en el orden de la Verdad y la Justicia.

Como venezolano agradezco a U. muy vivamente el homenaje que insinúa para una de las figuras que mayor lustre dan a la historia de mi Patria, y el cual posiblemente sea bien acogido por las autoridades de un país donde se rinde culto a la libertad.

Lo saludo muy cordialmente y me repito su afmo. amigo y apreciador,

MBI

FEDERICO ALVAREZ FEO[1]

(1) FEDERICO ALVAREZ FEO. Profesor universitario. Ministro de Obras Públicas durante el gobierno del Gral. Juan Vicente Gómez. Vivió desterrado en Costa Rica.

Guatemala, [24] abril de 1939

Señor Doctor
Federico Alvarez Feo
San José de Costa Rica

Mi querido amigo Federico:

Tiempos hace que nada recibo de Ud., ni siquiera he vuelto a saber de su buen propósito de venir a conocer estas maravillosas tierras chapinas. No lo eche en saco roto, que bien merece Guatemala que se le dé un vistazo.

En días pasados supe de un libro "Así Fue", recién publicado en Caracas o en cualquier parte. Hoy recibí de Venezuela otro "Así no Fue". De la lectura de éste colijo el contexto del otro. Conoce U. mis sentimientos y mis deseos de ver unida la familia venezolana. Esta nueva publicación supongo que venga a enturbiar un poco la quietud que se venía haciendo hacia el viejo tema del gomecismo, de que tanto hablamos U. y yo allá. La historia de la traición del General López Contreras me parece una historia mitológica y malandrinesca, acomodaticia a los intereses de quienes quieren lucrar con la incomprensión de que es víctima nuestra sufrida Patria. Ya hemos hablado U. y yo de sobra acerca de lo que era la llamada Causa Rehabilitadora de que fue Jefe Supremo el General Gómez, y hemos convenido en que ella carecía de contenido ideológico que le diese aspecto de partido político. Era una causa personalista, formada alrededor de un hombre, que reunía

por su fuerza y por su autoridad intereses y voluntades opuestos, era un centro *formal*, cuya desaparición traería, como trajo, el desmigajamiento de todo el aparato personal de que se hallaba rodeado. Ud. que fue Ministro, palpó en carne viva la lucha subterránea, pequeña, de intereses personalistas que existía en aquel medio político. De otra parte, aquel aparato de fuerza contradecía abiertamente la opinión pública, así medrasen a su amparo muchos de los mismos que alimentaron la reacción (Este es capítulo de observación aparte). El pueblo aceptaba el régimen porque este representaba la fuerza. Todos sabíamos que en Venezuela había una revolución dormida, que se quería libertad de expresión, de comercio, de industrias, de asociación, etc. Se quería ver el ejercicio de los derechos que sólo estaban escritos. En el momento en que las fuerzas del gomecismo sintieron la cercanía de su derrumbe por la muerte del Jefe, buscaron un centro a quien rodear y que pusiera a salvo sus intereses. Ninguna fue más apropiada que la que representaba el General López Contreras, no porque este poseyera las armas, sino además, por ser el único personaje que tenía arraigo popular y pudiera garantizar un tránsito incruento. En sus manos estaba llamado a morir el gomecismo sin necesidad de intervenciones quirúrgicas. Muerte natural del sistema, que U. comprende que era necesaria para la vida de la República. El gomecismo no fue la obra solitaria del General Gómez. El gomecismo fue la culminación de un proceso de años que había entronizado un sistema de irresponsabilidad pública. El General López Contreras fue el partero de la muerte. El conjuró una revolución que no hubiera sido capaz de detener ninguno de los otros; revolución, que al triunfar, habría barrido en forma de vendaval con todos los hombres del pasado, así grandes como pequeños. Así se llamaran León Jurado y Félix Galavís como Parras, Briceños y Correas. El General López se enfrentó con un cuidado enorme a ese peligro, y si algo titubeante hubo al principio, fue el hecho, que bastante comentamos como desfavorable, de haber gobernado durante los primeros doce días con el antiguo Gabinete. U. me decía que hubiera sido mejor encargar a los Directores de las Carteras, para que el pueblo empezara a ver que sí habría un remozamiento de los Poderes Públicos. Para enfrentarse a la defensa del sistema (que no lo había), es decir, enfrentarse a la defensa de los intereses personales de quienes querían mantenerse en el goce de la paz octaviana de la dictadura (paz que consistía en no ser nadie responsable), había

un solo camino: mantener ese que han dado en llamar "principio de autoridad" por medio del sacrificio de la sangre del pueblo. López Contreras no lo hizo felizmente. López Contreras miró los derechos dormidos del pueblo y miró los deberes que le unían a sus antiguos compañeros. Cumplió con los unos y con los otros. Los que hubieron de salir salieron garantizados hasta donde fue posible, en medio de una reacción que ya se hacía sentir por todos lados. Y sabe U. que las pérdidas de capitales personales han sido bien pocas. La reacción pudiera, en cambio, enrostrar al General López sus brazos cruzados a favor de sus antiguos amigos. Por eso digo que al General López Contreras se le puede sólo motejar de una traición mitológica. López salvó la República y a sus amigos. No podía, como deseara el panfletista anónimo, mantener una fidelidad feudal a los intereses de mando de una familia y de un grupo.

Ud. y yo hemos hablado largo, con sentido de comprensión del caso de Venezuela. Ud. sabe que nunca he maltratado la memoria del General Gómez, a quien serví con lealtad hasta su muerte y a quien debía favores. Por sus hijos tuve y tengo personal aprecio y cariño. Pero sobre el General Gómez y sobre mi pasado gomecista está la Patria. A U. he repetido, lo mismo que a Pérez Soto, Alamo, Velasco, Baldó y Fonseca, que juzgo un deber de venezolano servir a una cosa nueva que mejore las condiciones sociales del país y levante la dignidad de nuestros compatriotas. En lo que me toque mi parte de responsabilidad gomecista, estoy dispuesto a conllevar su peso como hombre. U. me ha hablado largo de esa necesidad de hacer realístico el imperio de la justicia en nuestra Patria y del deber de que no vuelvan a burlarse las instituciones.

Bastante hemos hablado de los esfuerzos de equilibrio que el General López ha realizado para contener las fuerzas desbordadas de la reacción, por lo que muchos le han llamado débil y por lo que otros han dicho que su Gobierno es una forma del gomezalato. Aquí la justicia para su caso. ¡Qué fácil habría sido al General López asumir un poder dictatorial, que se lo están pidiendo a voces muchos malos hijos de la Patria, y deshacerse en un abrir y cerrar de ojos de toda suerte de enemigos! Gomecistas e izquierdistas, revolucionarios y retardatarios habrían sentido el peso de una autoridad fuerte sobre sus espaldas.

Ud. sabe que yo huyo en política lo personalista, y que procuro enjundiar mis juicios con desapasionada actitud. Yo no he estado en trance de perpetuo alabar, pero creo que es un deber patriótico cooperar todo venezolano a la obra de la paz social en nuestro país. Ese libro en que me ocupo y que apenas conozco por su crítica, lo juzgo malintencionado desde el punto de vista nacional. Va a resembrar odios y sobre el odio no se construye nada. ¿Qué busca desacreditar al Gobierno y a la persona del General López? Menguada labor en horas en que todos debemos rever nuestro pasado y nuestros deberes con la República, para ver de servirla un poco mejor, los unos absteniéndose, los otros evitando caer en viejos pecados. Ese libro es malo y falaz. El no servirá sino a mantener la fragua del odio, por medio de la calumnia y del insulto. ¿Y qué se propone? Reivindicar los "derechos" de Gobierno de los Gómez? Esto no sería sino pesadilla de una cabeza obcecada. ¿Revivir "un compromiso" funerario? ¿Y dónde lo hubo? ¿Y qué consistencia tuvo una vana ilusión que se crearon los miembros de una oligarquía que bastante gozó a su tiempo de los frutos de la Patria?... Acaso ese famoso autor, que cobardemente oculta su nombre, viva y respire a estas horas porque la caballerosidad del General López Contreras le abrió fácil rumbo al exterior y le libró de las iras de un pueblo sediento de venganza. Es necesario mirar las cosas desde todos los ángulos. Es preciso aceptar: 1. Que el gomecismo como partido integral nunca existió; 2. Que fue un régimen o un sistema de fuerza que sólo tuvo como sostén la personalidad robusta de un jefe, a quien se amó, temió, respetó y aceptó por causas múltiples; 3. Que la muerte del General Gómez sólo halló a su rededor un conjunto de hombres desunidos, llenos de rivalidades, que desconfiaban los unos de los otros; 4. Que estos hombres buscaron y aceptaron la autoridad central del General López Contreras como un principio de defensa personal de su vida e intereses; 5. Que sólo López Contreras pudo realizar el tránsito del viejo régimen a un nuevo orden, sin sacrificios de sangre; 6. Que una más rápida sustitución en las autoridades de Caracas y Zulia hubiera evitado los derramamientos de sangre de los días 19 y 20; 7. Que mantener la estructura del régimen en beneficio de un grupo de privilegiados en razón del "principio de autoridad", con sacrificio del pueblo, es algo que nadie puede en lógica pedir a ningún Gobierno que quiera marchar hacia la responsabilidad republicana; 8. Que el gomecismo, como expresión de un sistema ancestral de gobierno *pro*

domo sua repugnaba a muchos gomecistas; 9. Que la normalidad republicana y la paz social deben surgir de un esfuerzo consciente de todos los grupos que tengan conciencia de los deberes nacionales; y 10. Que "los pasados se cierran como los ataúdes", según dice un poeta o, como decía Hamlet, debemos ir "adelante sobre las tumbas, adelante". Debemos vivir, conllevar, mezclarnos, porque la vida es eso, mezcla, soportar cada quien su responsabilidad, tolerar las faltas del vecino, dejar vivir, sobre todo, dejar vivir a los otros y permitir que el sol reine sobre todos los hombres, buenos y malos, erradizos y sabios...

Otra cuestión. No existió el gomecismo como partido antes de la muerte del General Gómez: existía una masa de hombres que giraba en torno a la autoridad de un Jefe soberano, capaz de hacer en un día la desgracia o la fortuna de una familia, pero no existió la amalgama, la integración partidista necesaria a crear un cuerpo político. Repito: entre los propios elementos que constituían la plana mayor civil y militar del régimen había una lucha sorda, mezquina, continua que negaba todo contenido de unidad a las filas de los múltiples rehabilitadores. Hubo, sí, una necesidad de acercarse y de rodear a alguien que fuese capaz de evitar el vendaval que se veía venir a la muerte del Caudillo, y mientras unos veían seguridad allá y otros la veían acá, la mayoría comprendió que el único que podía ser comadrón en tan angustioso momento era el General López. Y aquel acercamiento estaba erizado de temores, de sospechas, de inseguridad en los hombres. Yo estaba en Maracay el 15 de diciembre, dos días antes de la muerte del General Gómez. A la mañana fui con un político del Interior a inquirir del estado del enfermo y se nos dijo que estaba muy bien, dispuesto a levantarse en el curso de la semana que empezaba ese día. Hicimos solos el viaje de Maracay a Las Delicias y ni él osó ni yo tampoco comentar la enfermedad de Gómez. A las 11, en el Hotel Jardín, estaba reunido yo con amigos míos más personales que cualesquiera otros, y nuestra charla de una hora, alrededor de una mesa con refrescos, versó sobre gallos. Yo mostré mi erudición acerca de los gallos giros. En la tarde, en el Ministerio de la Guerra, donde nos reunimos varios amigos del General López Contreras, después del rumor de que había muerto el General Gómez, se empezó a hablar de la dificultad del momento y recuerdo que yo les dije a Luis Gerónimo Pietri y a Gustavo

Manrique cuando se nos anunció, pasadas dos horas de espera, que no había muerto sino sufrido un colapso: "Vaya, pero al menos ya podemos hablar de que se va a morir". Ese era el ambiente: inseguridad absoluta, desconfianza, temor de todo y de todos. Se decía que el uno era enemigo del otro, que Fulano intentaba quitar la vida a Mengano, que Eustoquio y los Muchachos pensaban dar un golpe, que Tarazona iba a matar a los amigos del General López. Aquello tenía un neto clima de conjura. ¿Era ese el gomecismo, el robusto sistema que debió salvarse para que prosiguiese en su obra de progreso patrio?... Eso no era nada. El General Gómez no creó partido. Tuvo partidarios. Tuvo servidores. Tuvo amigos. Tuvo muy cerca de sí traidores que le hicieron creer que era el mejor mandatario de la América. Tuvo enemigos, a quienes favoreció enormemente, y que en cambio le negaron aquello a que más derecho tiene un hombre de gobierno: a saber la verdad. Frente a éste había, como ya dije, un odio latente que esperaba la primera oportunidad para hacerse notorio con toda su furia. La reacción no se hizo esperar y cada quien buscó la manera de salvar, primero la vida, después, los intereses. Hubo un período inicial de atonía entre los que representaban las fuerzas conservadoras del antiguo régimen. Se hallaron sin rumbo y sin manera de cooperación. Muchos hubieran sido capaces de la más ostensible taurobolia. Yo hablé con favorecidos de Velasco que le negaban, con protegidos de Pérez Soto que lo ignoraban. Los propios hombres que representaban la primera fila, tuvieron de empezar a conocerse. Yo vi la llegada de grandes políticos a San José y pude constatar el recelo con que se miraban los unos a los otros. Muchos se miraban como enemigos. Ud. no lo olvidará. Aquello no expresaba, ni mucho menos, la actitud de miembros de un partido perdidizo. Aquello representaba una situación desorientada, sin norte ni fin, producto de un estado de hecho en que no hubo más vínculo que la autoridad desaparecida del enérgico Caudillo. Cuando fueron llegando a esa capital los compatriotas que venían a gozar del espíritu acogedor de Costa Rica y del excelente clima, fui yo el que en cada caso se adelantó a recibirles con el afecto del amigo y con la noción responsable de que yo era el representante de una Patria que debía mirar por igual a todos sus hijos. Y a muchos oí decir: "¿Y ese para qué vendrá a molestar nuestra quietud?". "Ya viene Mengano a hacernos blanco de los odios que sobre sí acumula". Después ya les vi cómo empezaron a tratarse cordialmente, como amigos

nuevos, como elementos que entrasen por vez primera a conocerse. Los nexos de los que pudieran llamarse "militantes del gomecismo" se han formado después de la muerte de Gómez. Quizá han medido lo que valen las fuerzas unidas y por un proceso inverso han llegado muchos a pensar que esa fuerza y esa comprensión nuevas pudieran servir para abroquelar un régimen que se deshizo por carencia de cohesión oportuna. Pero entonces ni existía ni contaba para nada esa unión póstuma.

Hago este recuento para afirmarme en la idea de que a ningún partido gomecista hizo traición el General López Contreras, quien dio por demás pruebas de que personalmente no quiso el daño de ninguno de sus antiguos compañeros. Es típico el caso de Sayago, enemigo personal suyo, a quien pedía el pueblo. Sayago salió custodiado por la fuerza pública con que el General López quiso protegerle hasta dejar las playas de la Patria. Con cruzarse de brazos tenía para que su enemigo sufriese el peso de la justicia.

Ud. y yo hemos hablado largo y tendido sobre todos aquellos sucesos, y hoy me hago el cargo de que reanudo con Ud. nuestras charlas josefinas. Con Ud. he juzgado muchos actos del nuevo régimen, en entera libertad y conformando muchas veces nuestros pareceres. Ud. tiene claro criterio y busca subordinar sus juicios a los dictados de la razón. Cuánto deseo que la quietud se acentúe en nuestro país y pueda Ud. regresar a él con su caudal de experiencia y de cultura. Yo sé que Ud. sólo anhela que se aclare el camino que enturbian los odios presentes y que ve con horror todo recurso a la violencia. Errores hay hoy como los hubo ayer sin cuento, con la diferencia de que hoy es más fácil evadirlos, porque el General López respeta la opinión pública y oye el consejo de sus amigos. Y algo decidor es el hecho de que al Gobierno actual se le moteja de no haber acabado con elementos notorios del régimen pasado que allá viven en paz. Mi juicio es, como varias veces lo comentamos allá, que no se puede aplicar un criterio generalizador a los hechos de Venezuela. Se trata de considerar individuales. Para ello es necesario estudiar responsabilidades de persona a persona y dejar también su lado al sino, elemento que juega papel poderoso en la interpretación de los sucesos sociales.

Ya va ésta larga, y acaso cargada de tautologías, porque le escribo de un tirón, sentado a la indócil máquina. Entiendo que Ud. haya leído el libro "Así fue", ocasión mediata de estas consideraciones, y que no comparta su tesis general, ni se conforme al propósito de enturbiar aguas llamadas a buscar un próximo equilibrio. Yo de mi parte, Ud. bien lo sabe, he querido siempre una política de comprensión y de responsabilidad y que sufro cuando veo que hechos antojadizos pretenden ser vestidos de ropaje legal. Hay mucho por hacer en nuestra Patria, y ello se logrará a medida que se instaure la calma y la serenidad en los exaltados ánimos, negados al propio examen y prestos a juzgar y condenar a los demás como desde pináculo impecable. Y le escribo con la franqueza que es umbral de nuestra grata amistad, con la franqueza que me ha permitido decir siempre, en mis conversaciones pasadas, que si bien fui amigo del General Gómez, si bien estoy en pie para responder de mis hechos como servidor de la Causa Rehabilitadora, no soy gomecista, lo que creo no me impide cumplir mañana deberes de amistad con sus hijos y familiares en lo que dice a sus personas.

Y para terminar vuelvo a insistir: ¿Por qué no resuelve pronto su viaje a esta opulenta tierra de mitologías y leyendas? Sobre el placer que me daría verle y atenderle, está el deseo de que pase gratos días turísticos en este país para turistas.

Le pido saludar a Baldó y a la familia, y tenerme como su aftmo. amigo,

MBI

San José de Costa Rica, 26 de mayo-1939

Señor Doctor
Mario Briceño Iragorry
Guatemala.

Muy estimado amigo:

Le aviso el recibo de su carta de fecha 24 de abril próximo pasado, y también de otra del presente mes, que recibí anoche. Estas dos cartas se las he agradecido mucho sobre todo la de abril, porque está escrita sin reservas de "un tirón", como Ud. mismo dice, y en ella se entrega Ud. completamente a la amistad y al aprecio que Ud. sabe que yo le profeso. Esta carta también la considero como prueba elocuente del aprecio que Ud. a su vez me profesa a mí. Con la misma franqueza le digo que coincido con Ud. en muchas de sus opiniones, y que disiento de otras, de muchas otras. Voy a tratar de ordenar mis pensamientos, porque tengo la pretensión de que Ud. leerá con detenimiento esta carta mía, y que ella le servirá para comprobar si son justos o injustos los juicios y críticas que Ud. oirá con respecto a mí, próximamente, cuando Ud. regrese a la Patria. Todavía tengo otra pretensión mayor, que mis opiniones, más técnicas que políticas, puedan influir en algo en las opiniones suyas. Así pues dedicaré párrafo aparte a cada idea.

1º- *Criterio con el cual deben juzgarse los actos de los hombres políticos.* Para juzgar los actos de los hombres públicos debe prescindirse

en absoluto de las personas. También debe prescindirse de los resultados favorables o adversos que tengan esos actos para sus actores, y para los intereses de los grupos, amigos, o adversarios, que puedan afectar aquellos actos. Hay que prescindir de la *"recia personalidad del General Gómez"* y de *"la caballerosidad del General López Contreras"*. Sólo debe tenerse una sola mira, un solo criterio de juzgamiento, el resultado favorable o adverso que esos actos hayan producido a la Patria. Ella sola debe ser el objeto de nuestros pensamientos, de nuestros desvelos y de nuestras preocupaciones. Hay que juzgar por encima de los hombres, con la inteligencia y con el corazón enfocados únicamente hacia Venezuela. Yo he procurado aplicarme a mí mismo esta disciplina. Desde que llegué a San José, Ud. me oyó decir y pregonar, que nada importan mis sufrimientos morales, los perjuicios materiales y las mismas persecuciones que he sufrido del Gobierno de Venezuela, si todo eso ha de redundar en beneficio de la Patria. Por eso he logrado esa paz en la conciencia que me permite vivir sin odios y sin rencores. Que me permite juzgar sin pasión, y sobre todo *aprender*, extraer de los sucesos lo único que de ellos importa: la experiencia, la ruta del porvenir, para evitarle a la Patria dolorosos experimentos y tanteos, y continuos avances y retrocesos.

2º- *Democracia y Dictadura:* Desde hace ya cerca de cuatro años se ha venido hablando y escribiendo en Venezuela sobre Dictadura y Democracia. Se han dicho y publicado los errores más grandes. Se han dado a estas palabras los significados más diversos y estrafalarios; se han olvidado los principios más elementales del derecho público, de la filosofía constitucional y sobre todo de la sociología. Unos lo hacen por ignorancia, y son los menos culpables. Otros a sabiendas, porque así conviene a sus ambiciones, y a su conveniencia personal de desacreditar este o aquel sistema del gobierno. Para unos, para los más, democracia es sinónimo de ideas avanzadas, de ideas de izquierda, de acción en beneficio de las clases pobres, y especialmente de los asalariados; y dictadura es sinónimo de conservatismo, de atraso, de protección y sostenimiento de los intereses de la clase capitalista, con detrimento de los que ganan su sustento sin máquinas y sin capital, con la sola fuerza de sus brazos y la luz de sus cerebros. Nada más falso: existen dictaduras de izquierda, y el bolchevismo se titula a sí mismo "Dictadura del proletariado". Las leyes sociales más avanza-

das en beneficio del proletariado, para su época, las impuso en Alemania el Emperador Guillermo II. Las dictaduras nazi y fachista sacrifican despiadadamente los intereses de los capitalistas para lograr salarios mínimos, horas máximas de trabajo, y sobre todo para combatir el desempleo. El problema obrero es tan agudo, las injusticias son tan crueles y tan insostenibles que cualquier gobierno que quiera permanecer tiene que darle soluciones o, al menos, siquiera paliativos. Las democracias americana, inglesa y francesa lo aplazan y lo palian, lo mitigan con el subsidio. La gran democracia americana permite el implantamiento de la máquina recolectora de algodón que dejará sin trabajo a ocho millones de negros. En las colonias inglesas el nivel de vida de los trabajadores nativos es inferior al de las bestias de labranza en la isla dominadora. El criterio diferenciador no está pues en los programas ni en las leyes de derecha o de izquierda. Está en otra cosa.

Para todos democracia es el gobierno que corresponde a los pueblos cultos y adelantados, y dictadura es el gobierno propio de los poblachos salvajes y atrasados. Tampoco aquí está la esencia determinante. Los pueblos más adelantados de Europa, Alemania e Italia alaban, glorifican y adoptan y sostienen regímenes dictatoriales. No se diga que se trata de pueblos adelantados desde el punto de vista material únicamente. Es formidable la cultura intelectual y artística de aquellos dos países. La filosofía alemana ha creado todo un concepto y todo un sistema, radicalmente nuevos, de vida económica y cultural, el comunismo, cuya implantación y fracaso es el hecho más importante de toda la historia universal, aunque nosotros, por contemporáneos y por próximos, no podemos alzar la vista lo suficientemente alto para abarcar sus gigantescas proporciones. La democracia francesa recurre frecuentemente a la dictadura para salir de sus grandes crisis. Es sí rigurosamente cierto que un Gobierno Democrático sólo puede existir en pueblos que posean cierto grado de cultura, y especialmente cierta educación cívica, y más que todo la noción de respeto a la ley y a los magistrados, por el convencimiento de que este respeto es indispensable para el bienestar de todos.

En cambio, conforme ya vimos, no es cierto que todos los pueblos cultos y adelantados estén necesariamente regidos por Gobiernos De-

mocráticos. Es por esto que dijimos que no es en el adelanto cultural donde debe buscarse lo esencial, lo deferenciador entre Dictadura y Democracia.

Para otros democracia es el cumplimiento de la ley, y dictadura es poder personal discrecional, sin freno y arbitrario. Este criterio es también falso. Hay dictaduras codificadas, basadas en leyes dictatoriales, y los que las ejercen son tan dictadores como los demás. En cambio la democracia inglesa no tiene Constitución, ni Código Civil, ni derecho escrito, y la seguridad y la felicidad de todos está confiada a la rectitud, la prudencia y sobre todo al fanático patriotismo de los dirigentes ingleses.

En Venezuela, para algunos, democracia es sinónimo de negrocracia, pardocracia, mulataje y zambería. Esta interpretación de los mantuanos principalmente ni siquiera merece refutarse. Sigue siendo perfecta la metáfora que compara a cada venezolano con una taza de café con leche. Unas con mucho café, y otras muy cargadas de leche, en las cuales las gotas de café sin embargo se traslucen en cabellos rizados, belfos gordos y uñas amoratadas.

Otros toman la palabra democracia en su sentido etimológico y pretenden que es un gobierno emanado de la voluntad popular, es decir que tiene el consentimiento por lo menos de una gran mayoría. Creen por el contrario que la dictadura es un gobierno usurpado, que se sostiene por la fuerza, y que está en pugna con el sentimiento de la población. También este criterio es erróneo. Los parlamentos de las democracias frecuentemente otorgan poderes dictatoriales. A su vez las dictaduras recurren a frecuentes ratificaciones de las masas pobladoras por medio de plebiscitos. Las sumas enormes que las dictaduras gastan en propagandas, los organismos oficiales especialmente destinados a la propaganda, y que descaradamente llevan el nombre de Ministerios de Propaganda revelan elocuentemente la preocupación de las dictaduras por tener a su favor la opinión pública. Es un axioma político que ningún gobierno puede subsistir en pugna con la opinión pública, por lo menos de la mayoría, y apoyado únicamente en la fuerza, porque este mismo apoyo de la fuerza armada se lo desquiciaría la fuerza moral, incontenible de la opinión. Sostienen lo contrario los que quie-

ren justificar su indiferencia, su atonía, o su participación en regímenes desaparecidos.

La Democracia es un sistema de gobierno especialmente construido para garantizar a los gobernados el máximun de libertades políticas, las cuales se las enumera, se las especifica, se las detalla y hasta se las ensalza en las constituciones del tipo de la francesa, que son todas las de Latinoamérica, que reproducen el conocido patrón de derechos del hombre. Para lograr este fin se hace la acción del gobierno lo más débil posible, mediante la separación, autonomía e independencia recíproca de los diversos poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judicial. También mediante la separación y celosa autonomía de los poderes central, regional y municipal. Para la misma finalidad de debilitar la acción del poder público se multiplican las formalidades y las trabas para todas las manifestaciones del poder público que puedan afectar las preciadas libertades. A la propiedad se la rodea de mayores garantías que a la vida misma; los impuestos sólo pueden autorizarlos el Poder Legislativo; los derechos del propietario sólo están sometido a las decisiones de la autoridad judicial; la expropiación sólo puede acordarse por causa de utilidad pública legítimamente comprobada. Otra de las características de los gobiernos democráticos es que afirman, que aseguran, que ellos emanan de la voluntad popular expresada por medio del sufragio; y que ellos cumplen esa misma voluntad por medio de las asambleas deliberantes formadas de representantes de las masas pobladoras elegidas por este mismo sufragio. Esta otra característica ya nadie la toma muy en serio, pues es sabido que la llamada opinión pública se la forma artificialmente mediante una propaganda adecuada, y hoy en día con la prensa rotativa, el radio y el avión se hace opinar a la gente en el sentido que se desee. Yo pude observar y comprobar esto en Francia y en Inglaterra: los gobiernos anticipan una propaganda en el sentido que desean, y luego aparentan someterse o respetar la opinión que ellos mismos formaron. Además ya vimos que las dictaduras proceden de la misma manera, y se preocupan aun en mayor grado por tener de su parte la opinión del país.

En resumen la esencia del gobierno democrático es un máximun de libertades públicas, y un minímun de acción del poder deliberadamente debilitado y entrabado para garantizar aquellas libertades. Este sistema

de gobierno es ideal en todos los casos en que no sea necesario una acción rápida y enérgica del Poder Público; es decir en un pueblo culto, donde la autoridad es respetada por educación y por autoconvencimiento, y cuando las circunstancias son completamente normales.

La dictadura es por el contrario un gobierno construido especialmente para que la acción del poder público sea rápida y enérgica, aun con sacrificio de todo o por parte de las libertades públicas. Es el tipo de gobierno indispensable en las situaciones de emergencia: guerra internacional; guerra civil; crisis económica capaz de crear un caos interno; postración moral y económica como consecuencias de guerras perdidas, cataclismos, etc., y por último, la peor, peor de todas las emergencias: la barbarie y el salvajismo, constituida no solamente por la ignorancia, sino por el desconocimiento de las virtudes básicas para que el conglomerado humano pueda subsistir sin devorarse y aniquilarse a sí mismo. Los pueblos más cultos recurren a la dictadura para salir de sus crisis. Yo presencié en Francia la dictadura de Poincaré en 1926, que salvó a Francia de la bancarrota fiscal y económica a la cual la llevaron los gobiernos de izquierda; también presencié en Francia la dictadura de Doumergue que evitó la guerra civil por la tremenda crisis moral que conmovió a Francia a raíz del asesinato de Stavisky, que reveló la profunda corrupción de los mismos líderes de izquierda y que culminó en los asesinatos colectivos de derechistas el 6 de febrero de 1934, en la Plaza de la Concordia. Hoy presenciamos la dictadura de Daladier conferida con autorización de gobernar por medio de decretos-leyes, salvar a Francia del estado de indefensión, y de crisis social a la cual la llevó el Frente Popular.

Sin la dictadura, Alemania nunca hubiera podido recobrarse de la tremenda postración moral y económica en que la sumió el Tratado de Versalles.

Dictadura y Democracia son dos sistemas de gobierno que responden a necesidades y situaciones diferentes. No puede decirse que uno sea bueno y el otro malo, son simplemente diferentes. Yerran pues lo que critican como malas todas las dictaduras y alaban indistintamente todas las democracias.

De acuerdo con lo dicho anteriormente para saber si un gobierno democrático producirá todos los benéficos efectos que de él se esperan, deben averiguarse: a) si el grado de adelanto cultural, y sobre todo de educación cívica del país corresponde a esta forma superior de gobierno; b) si no existe alguna situación de emergencia que haga indispensable que sea rápida y enérgica la acción del Poder Ejecutivo. Un Gobierno Democrático extemporáneo, inadecuado al momento histórico producirá, por su calculada lentitud y debilidad, una situación de caos, de disolución social, en fin, de anarquía, que forzosamente terminará en una dictadura, por un simple fenómeno de instinto de conservación colectiva.

A su vez, un Gobierno Dictatorial extemporáneo, es decir, una dictadura aplicada a un pueblo culto y cívicamente preparado, sin ninguna circunstancia de anormalidad que requiera acciones de autoridad rápidas y enérgicas, producirá un incontenible sentimiento de irritación, de repulsa y rebelión hacia el gobierno, que muy pronto lo echará por tierra. Toda limitación de libertad produce un sufrimiento y una consiguiente repulsa en el espíritu de todo ser humano digno de esta condición, y aquel sufrimiento no puede ser tolerado, y aquella repulsa no puede ser contenida sino por la conciencia; por el convencimiento de la necesidad que impone tal limitación en beneficio de todos. De lo dicho se desprende además que una dictadura nunca puede justificarse por sí misma, y mucho menos como forma definitiva de gobierno. La Dictadura es un remedio para una situación transitoria y que sólo tiene justificación en cuanto está encaminada, dirigida a remediar dicha situación, y mientras esta situación exista. La Dictadura debe trabajar precisamente por la cesación de la Dictadura. Los inconvenientes clásicos de todo gobierno dictatorial son: 1° que tiende a prolongarse después que se han cesado las circunstancias de emergencia que la motivaron, y 2° que tienden a ejercerse no en beneficio del país que lo soporta sino en beneficio de un grupo y principalmente del propio dictador. En casi toda las repúblicas de la América Latina se presenta una situación especial. En ellas existe un selecto grupo intelectual, cultísimo y tan adelantado como las clases superiores de Europa, pero que constituye una minoría, casi insignificante, ante las masas pobladoras incultas, semibárbaras, sin cohesión racial. Para las selecciones cultas las dictaduras resultan inadaptables y por consiguiente intolerables.

En cambio por un fenómeno de automatismo político las masas incultas engendran ellas mismas a los dictadores y justifican las dictaduras.

Mario, esta carta tenía muchos otros capítulos tales como: 1º- Contenido ideológico del gomecismo, que sí lo tuvo pero que estaba cumplido desde 1928, época de la mayor y más generalizada oposición; y 2º- Fueron gomecistas López y el 97% de los mejores elementos que están en su gobierno. Pero va siendo tan larga, y además su viaje a Venezuela me acorta tanto el tiempo, que prefiero dejar esos capítulos para cualquier día que nos veamos personalmente. Yo voy a Limón el 3 de junio para tener el inmenso placer de verlo, pero allí hablaremos de otras cosas. Desde ahora le pido que me recuerde algo que quiero mandarle a decir con Ud. al General López. Complaciendo sus deseos he invitado para ir a Limón a su amigo Sr. Revollo Samper.

Me escribe Josefina que Parra le dijo que Ud. sería nombrado Ministro en Centroamérica, y después he sabido que vuelven a refundir las Legaciones de Centroamérica y Panamá, fijando la sede en la ciudad de Panamá.

Para juzgar el libro "Así fue" y el folleto "Así no fue" creo que debe aplicarse el criterio que le expongo en el número primero de esta carta. Es decir prescindir por completo de las personas, de los intereses de grupos. Por eso no le dí importancia al libro "Así fue". Yo creo que ningún interés tiene averiguar *"como fue"*, lo interesante es conocer los resultados favorables o adversos que *"lo que fue"* haya tenido para Venezuela. Ningún interés tiene averiguar si el General López tuvo o no pactos con los niños Gómez y si los cumplió o no, eso sólo interesa a los propios participantes, si es que los hubo. Yo siempre he dicho que el gomecismo tenía mucho lastre en personas y en procedimientos y que era indispensable echarlo por la borda para poder navegar hacia el progreso. Nunca he estado de acuerdo con el procedimiento empleado para aligerar el barco. Este procedimiento lo atribuye el gobierno a la opinión pública, a la reacción popular contra la dictadura. Los comunistas en su manifiesto de Cúcuta se lo endosan al Gobierno sin probarlo. Mi desacuerdo no obedece a lo doloroso que fue dicho procedimiento, sino por el pésimo precedente que sentó, y por las fatales consecuencias que yo temo que tenga en el futuro,

repitiéndose a cada cambio de Gobierno, y sobre todo porque fue una lección objetiva clásica de lo que los comunistas llaman acción directa.

Mi criterio sobre la dictadura gomecista es que sí tuvo un maravilloso contenido ideológico, pero que este quedó cumplido desde mucho antes de la muerte del General, por lo cual no puede hablarse de gomecismo como de algo actual, sino de algo pasado, terminado, cumplido, y que sirvió de sólida base al actual gobierno de Venezuela. El programa gomecista fue la *autonomía económica de la República,* perdida por ochenta años de guerras civiles y de desórdenes que produjeron tremenda insolvencia económica y moral. El bloqueo fue la vergonzosa consecuencia. Los Protocolos de Washington sancionaron el vasallaje económico y moral y fueron la contrapartida del Acta de Independencia. Esa solvencia económica y moral que se había perdido la tenía ya rescatada el gomecismo en 1928. Para lograr este rescate fue necesario pacificar la República, al principio con los elementos semibárbaros únicos de que se disponía, y después con esa magnífica institución que es el Ejército Nacional, que el actual gobierno ha mejorado, pero cuya base sólida, la brillante oficialidad ya estaba creada. La Hacienda Nacional fue reorganizada por Román Cárdenas, el más eminente de los próceres civiles venezolanos. Las carreteras crearon la unidad nacional: las comunidades aisladas antagónicas de centro, occidente y oriente, pudieron frecuentarse, conocerse, estimarse y mancomunarse económicamente por el comercio. Gracias a las carreteras Caracas es hoy la verdadera capital de la República, ya los Andes no tienen por centro de atracción a Colombia, ni el Oriente a Trinidad.

Mario, esta es la verdad. Si el General López no hubiera encontrado cumplido el programa gomecista de solvencia económica, su Programa de Febrero no hubiera sido el que es, sino precisamente, ese de solvencia económica mediante pacificación, reorganización de la Hacienda, Ejército, carreteras. Lo que sucede es que a la muerte del General Gómez invadieron al país ochenta o cien jóvenes especialmente preparados en el exterior en las propagandas disolventes, y llenos de odio contra el régimen fenecido y emprendieron tan tremenda campaña de descrédito que han convencido hasta a los mismos gomecistas, a Ud., Mario, por ejemplo. El folleto "Así no fue", también está influenciado por la propaganda de descrédito, y va más allá, quiere establecer una com-

paración y un antagonismo entre el viejo y el nuevo régimen. La comparación es imposible. El antagonismo sólo sirve para dividir, para ahondar odios. El viejo régimen tuvo una finalidad, que necesitó la férrea dictadura, que quedó cumplida, y que sirvió de base al nuevo régimen, porque dejó al país sin emergencias, en condiciones de implantar lenta y progresivamente un régimen democrático. No puede compararse la base con el remate superior, pero éste no puede existir sin aquélla.

Me han asegurado que José Antonio Quintero es sólo padre putativo del folleto "Así no fue". Los que lo conocen me aseguran que no tiene la preparación suficiente para escribirlo. Algunos le asignan un autor muy alto. Cuando supe esto volví a leer deteninadamente el susodicho folleto, y me fijé en este párrafo de la página 32: *"Otros Nacionales, familiares y amigos del extinto General Gómez, permanecen voluntariamente en el exterior. El gobierno no los ha echado al ostracismo, y de algunos de ellos podría decirse así mismo que tampoco son adversarios de López Contreras. De otros aunque su exilio es voluntario, sería oportuno recordar que los antiguos preguntaban si los desterrados de su patria pertenecen todavía a su patria: ciertamente que sí, aunque la regla debiera excluir a los malos hijos que antes que contribuir prudentemente a la concordia nacional, a cuenta de niños mimados de la dictadura, piensan en su esplendor pasado, etc., etc."*. El autor de este párrafo olvida las demandas del Procurador Abreu que fueron las causantes de la desunión, de muchos distanciamientos en el exterior, y olvida también que la concordia es algo bilateral, y que cualquier deseo en este sentido se encuentra atajado por esas persecuciones, en cuya justicia nadie puede creer porque les falta el atributo esencial de la justicia: la universalidad, su aplicación igual a todos los casos iguales.

Yo creo que el libro defensor del General Gómez y de su obra debe basarse en la tesis que le expongo en esta carta, y que para la concordia nacional, para respetar la verdad histórica y para el prestigio de Venezuela, debe presentarse al Gomecismo como etapa preliminar y preparatoria que echó las bases por algo superior.

Le suplico que, si la oportunidad se le presenta, le deje ver esta carta a Parra, mi colega en el Profesorado, y al Doctor y Coronel Alfonso Mejía que tantos bienes le está haciendo a la República con su conducta leal y valiente.

Lo abraza su amigo.

Federico Alvarez Feo

San José, 21 de marzo de 1942

Señor
Dr. Mario Briceño Iragorry
Caracas, Venezuela

Muy estimado Mario:

Un verdadero frescor para mi espíritu ha sido la precipitada lectura de sus "Temas Inconclusos", que conseguí prestados por poco tiempo. Su libro es profundamente idealista aunque en algunas de sus páginas la realidad brutal lo asalta y lo obliga a bajar a esta tierra tan retorcida, sacudida y supliciada. Me prometo más adelante leer y releer sus temas con deleitoso detenimiento. A este fin ya supliqué a mi hermano José que lo compre para mí en alguna de las librerías de Caracas, de manera que yo lo encuentre allá cuando regrese dentro de algunas semanas, para pasar con mi familia la corta temporada que mi salud me permita.

"DEL MANDATO PRESIDENCIAL", ha sido para mí una verdadera revelación, pues no conocí a Ud. como abogado de tan sólidos alegatos. Le aseguro, sin parcialidad afectiva, que este capítulo es una jugosa lección de derecho público. Logra Ud. pulverizar el más aparente argumento de los partidarios de la irrevocabilidad del mandato, cuando, con impecable lógica, afirma: "No puede enfrentársele, como analogía repugnante desde el punto de vista de la fuerza de la soberanía, el opuesto caso de la prolongación o continuismo del mismo

mandato, *porque esta posición disminuye la posibilidad de alternar* que consagra nuestra Constitución como *fundamento institucional*. Habrá analogía en el origen, mas no en el fin". Yo siempre fui contrario a la disminución del período constitucional. Venezuela no está acostumbrada a frecuentes cambios de Presidenes, por el contrario, está acostumbrada a larguísimos continuismos. Puede decirse que la historia de nuestra vida republicana se divide en cuatro largos períodos presidenciales: el de Páez; el de los Monagas; el de Guzmán, y el de Gómez. Ya sabemos que estos continuismos pretendieron disfrazarse con Presidentes marionetas, pero esto mismo destaca con mayor evidencia el continuismo. De esta inveterada costumbre no debió pasarse súbitamente a un período corto, sino a uno de duración intermediaria, de siete o quizá mejor de diez años. Cinco años no dan tiempo para el desarrollo de un programa presidencial que por fuerza tiene que comprender los problemas fundamentales del territorio y de la población.

"Nuestro Balance con el Tiempo". Yo estoy conforme con la tesis de Ud. de que una Carta Fundamental acorde con nuestra realidad venezolana, habría de ser antidemocrática, por la razón misma que da Ud. de que nuestra mayoría carece de hábitos y tradiciones libres. Todavía convengo en que la Carta Fundamental debe contener los principios y los rumbos que nos endilguen "por la ruta que estamos obligados a conquistar como hombres". Sin embargo, una Constitución así sería programa político y no mandato positivo de estricta observancia, porque estaría en desacuerdo, y tal vez en pugna con la "definición de realidades", y a lo imposible nadie está obligado. Tal vez la verdad se encuentra, como siempre, a medio camino. Una constitución que contenga los principios esenciales que permitan al ser humano vivir en ambiente económico desahogado y que además le garanticen su dignidad de hombre, la cual no puede ser reemplazada por ninguna comodidad material, y que a la vez, tenga en cuenta la inmensidad del territorio, la transparente densidad de nuestra población, la debilidad física de los habitantes consecuencia de las endemias, y la debilidad intelectual producto del analfabetismo. Seguramente, esta o análogas consideraciones llevaron al constituyente del año 36 a prescindir del voto de los analfabetos, menoscabando el principio, aparentemente básico, de la igualdad, pero salvando el concepto de que el voto no es un derecho, sino una función social obligatoria. En contrario podría

argüirse que las propagandas políticas por radio, que pueden percibir hasta los ciegos, son un medio de información y de instrucción política superior al mejor de los manuales.

Resalta a través de las páginas de sus "Temas", tan precipitadamente leídos por mí, una marcada fobia al *"individualismo"*, que Ud. rebaja hasta confundirlo con egoísmo, y que casi coloca en la categoría de elemento antisocial. Mario, no hay tal, medítelo una y otra vez. El individualismo es la base de la libertad, la condición esencial de la autodeterminación, de la libre elección de la actividad económica más cónsona con nuestros gustos, del libre desarrollo de la capacidad intelectual de cada quien, y de la libre elección del género de vida que mejor nos conviene. El individualismo es la base de la justicia distributiva: a cada quién según sus obras. Sólo el individualismo permite el pleno desarrollo de las facultades humanas y la posibilidad de tipos superiores. Por el contrario, el colectivismo es el retorno al panal o al hormiguero, la castración de todas las ambiciones, la mutilación de todas las capacidades, a cambio de una situación económica segura y suficiente, pero nivelada y degradante es la supresión de todos los móviles o motivos que hasta ahora han impulsado el progreso humano. Hasta ahora el individualismo desenfrenado ha conducido a tremendas y horribles injusticias, pero basta una somera revista de las conquistas que ya ha logrado el derecho social para convencernos que la ayuda que los fuertes deben prestar a los débiles es ya, actualmente, no sólo un precepto de moral sino un mandato legal expresado en numerosas constituciones y leyes. Basta citar sólo dos conquistas: el precepto constitucional que establece que el trabajo humano no es una mercanía sujeta a la ley de oferta y demanda, sino una función social obligatoria, a la vez que un derecho de cada persona. Y también el Seguro Social Obligatorio y sufragado por terceras partes por el asegurado, el patrono y la colectividad. Desde luego que me refiero a un seguro social capaz de nivelar o siquiera atenuar todas las injustas desigualdades que el individualismo trae consigo, y que se manifiestan principalmente en el embarazo, el parto, la infancia, las enfermedades, los accidentes, la vejez y la muerte.

Esta carta me ha resultado una de tantas charlas que tuve con Ud. aquí en San José (aunque Ud. no recuerda sino las que tuvo con Romeo).

Una de esas charlas en que después de cordialísimas discusiones llegábamos siempre a una solución de recíproca aprobación. El día que vuelva a verlo me prometo exponerle otros puntos de vista míos con respecto a su magnífico libro. Lo saluda su amigo.

F. Alvarez Feo

Caracas, abril 1º de 1942

Sr. Dr.
Federico Alvarez Feo
San José de Costa Rica

Mi querido Federico:

Su última carta llena de halagos para mi vanidad de escritor, hubiera podido agradecérsela mucho más si no fuera por el reto que tiende a mi amistad hacia usted. ¿Conque le ha pedido a José que compre un ejemplar de mis libros y se los guarde para su próxima venida a ésta? Pues ha de saber que si yo no he cumplido el grato deber de remitirle mis obras últimamente aparecidas, la culpa la tiene toda Usted y la espera en que nos ha puesto de su ansiada y diferida llegada. Cargue Usted con sus faltas y no quiera echar sobre quien bastante le estima la menor nube de reproche. Sea Usted formal y véngase. Déjese de perros y aun de perras; acá los hay de dos pies y mejor calzados, y en cuanto a las segundas, más que yo conoce Usted una mercancía que no consumo.

Si no tuviera muy bien comprada mi bula contra la soberbia, casi que me caigo al leer su carta, según son los halagos que contiene. Sé que Usted los prodiga empujado del cariño para mí que no de amor a la justicia. Se los agradezco, porque bien está el árnica de las buenas palabras cuando lo abundan a uno en maledicencia y peores intenciones.

Sus observaciones acerca de mi enemiga con el individualismo tienen fundamento en la ligereza con que, según me dice, leyó mi libro. Yo adverso el individualismo en lo que tiene de disolvente, es decir, en lo que hace del concepto de la individuación un proceso disgregativo. Me repugna la teoría del individuo que arranca del humanismo antropocéntrico de Rosseau. Yo veo en la persona algo más, y como tal defiendo sus derechos. Cuando pueda hacerme el favor de releer mi ensayo sobre la paradoja de la democracia, se convencerá Usted de que en mí tienen su más vigoroso defensor los derechos del hombre. Por eso soy antitotalitario, por eso aspiro a que en esta Patria nuestra no vuelva a erigirse un sistema que permita "cazar" hombres para alquilarlos a las compañías petroleras. Por eso soy enemigo de la política de ciertos amigos nuestros que colocan sobre la hoja volandera de sus títulos académicos el "guayabo encabuyado" de la guapetonería.

Hoy es Miércoles Santo. En breve vendrá la Pascua, que para Usted deseo llena de regocijo.

Lo abraza su afectísimo amigo,

MBI

P.S. Mil gracias por su gestión cerca del crédulo de Alfredo. Esas parásitas no habrán de ser nunca elogiadas por nuestro querido Enrique Tejera.

Caracas, julio 21 de 1943

Sr. Dr.
Federico Alvarez Feo
Ciudad

Mi querido Federico:

Usted me puso a estudiar tabaco, para sostener mi tesis del domingo retropróximo pasado. No se haga ilusiones de sedarse algún día con humo. Yo tengo treinta años de experiencia de fumador. Mi suerte me permite no usar hoy tabaco, en ningura forma, salvo el poco que para uso personal me queda en la vejiga. Le incluyo unos extractos hechos de varias obras de terapéutica, higiene y divulgación científica.

Fui a verlo con Luis Ortega y no estaba Ud. en su envidiable montículo.

Afectísimo amigo,

MBI

HUMBERTO ANGRISANO[1]

(1) HUMBERTO ANGRISANO. Participó en el mitin urredista del 26 de noviembre de 1952 en el Nuevo Circo, junto a Jóvito Villalba y MBI.

Madrid, diciembre 7 de 1955

Señor Humberto Angrisano,

Mi querido amigo:

La carta de usted me proporcionó una enorme complacencia, pues sabía de sus desventuras en Venezuela, y ella me trajo la nueva de su sosiego. Me trajo, además, el grato recuerdo de la espléndida noche en que dimos en Caracas a la más riesgosa y noble campaña cívica que recuerda nuestra Historia Patria. En mi ensayo "Sentido y vigencia del 30 de noviembre" he dejado constancia de mi fe en el alcance futuro de esa gran fecha, así hoy haya quien pondere impunemente la acción bestial de Pérez Jiménez "al raer del mapa político oligarquías demagógicas más sensibles a la interpretación de la casuística constitucional, que a los anhelos y destinos vitales de la nación". Por ahora la infección planetaria es tan densa, que nada espero de bien en el orden de lo venezolano. Tampoco creo que los problemas trascendentales del país han de resolverse de acuerdo con el círculo de mi tiempo personal. Creo en la perennidad de lo venezolano y nuestra lucha actual debe encaminarse a servir al país sin la expectativa del interés vecino.

Le envío algunos de mis ensayos disponibles. Las "Obras Selectas" las remitió a Caracas la casa editora, de quien apenas recibí un número limitadísimo, del cual ya dispuse. Entre mis temas políticos de reciente data hay uno consagrado a los jóvenes. Sólo de éstos espero una res-

tauración de valores. Ultimamente me han llegado de Venezuela noticias favorables por lo que dice a la actitud universitaria y mi yerno, el Doctor Burelli Rivas, me informa que su salida de Mérida coincidió con una serie de prisiones de estudiantes. Esto muestra, pues, que no está apagado el fuego sagrado en el ánimo de los jóvenes. Por lo demás, la situación general indica un relajamiento moral extraordinario. Un venezolano llegado ayer, aquí mirado por hombre sospechoso, refería al Doctor Edmundo Fernández que en Caracas el solo afán que se hace visible es el de lograr participación en cualquier negocio patrocinado por los militares, únicos personajes que tienen las llaves del destino público, y aun privado, del país. Esto es lo que me obliga a mirar con desconfianza cualquier cambio en que no participe el pueblo o no se evidencie la mano de Dios. ¿Qué ganamos con pasar de Pérez Jiménez a Tamayo Suárez? Mientras haya cordón umbilical con la desvergüenza presente, se corre simplemente el riesgo de cambiar de déspota y de que los beneficiarios de los negocios sean otros, pero los negocios los mismos. El de ahora no es el caso de la sucesión del General Gómez. Un golpe de abajo, con injerencia del pueblo, sí cambiaría el panorama del país. Pero ¿dónde están las personas que van a llenar los cuadros de la política y de la administración? La política de gallinero no trae sino lo que hasta ahora hemos visto.

Por ello he creído en la necesidad de hacer escuela en la derrota actual. El oficio de todo opositor no es buscar la manera de apearse al gobierno, sino cuidar de planear la obra futura y de preparar los instrumentos idóneos para su realización. Entre estos instrumentos tanto cuentan los programas de trabajo, como el material humano llamado a realizarlo. A algunos compatriotas residentes en Madrid les he manifestado la urgencia de planificar algo. Es preciso tomar el consejo que nos enseña vivir como hijos de la muerte, pero, en cambio, trabajar como inmortales. Posiblemente en este caso, nuestra obra reclama un sentido de inmediatez, así el suceso no vaya a ocurrir aún.

Urge, en realidad, un trabajo organizativo, que nos ponga mañana en condiciones de poner a marchar un país cuyo institucionalismo está estancado. Hay que hacer cuenta del surco profundo que durante estos tres años el perezjimenismo ha abierto en el cuerpo del país. Nada importa el dislocamiento político y administrativo, ni el desbarajuste del

orden fiscal. Hay una pega más honda, para la cual los remedios son más difíciles. Los resortes de la moralidad pública han sido totalmente quebrantados. En Venezuela los hombres han llegado a irresponsabilizarse totalmente. Hoy ya nadie se cuida de simular las fuentes de las fortunas mal logradas. Cuando los juicios de peculado abiertos por Acción Democrática, nadie dejó de producir pruebas, en su mayor parte falsas, con que descargarse de la imputación de ladrón de las arcas públicas (Uno llegó a probar que su capital lo había formado jugando a los dados). Hoy se hacen cuentas públicamente de lo robado, y hasta algunas damas exhiben joyas costosísimas regaladas por personas extrañas a la sociedad conyugal. Hay un relajamiento tan grande de las costumbres, que se hace difícil confiar en una rehabilitación de los valores éticos, sin que preceda una reeducación de la apreciativa del propio sentido de la vida social. Nuestro pueblo está urgido de arquetipos funcionales, a los cuales tiendan sus acciones. Precisa, pues, crear los medios de ir a la realización de valores éticos, que constituyan su finalidad en el orden de la esperanza.

No sé si Ud. siga a Nueva York con Jóvito. Deme su dirección de todos modos. Al Maestro y a Tenorio un fuerte abrazo.

Suyo affmo. amigo que lo abraza,

MBI

Miami, 23 de noviembre de 1955

Estimado Don Mario,

Tal vez mi nombre, sin brillo aún pero con juventud, entusiasmo y aspiraciones, no sea suficiente para merecer su recuerdo, pero de lo que sí estoy seguro es que trayendo a su memoria algunos hechos, usted de inmediato sabrá de quién se trata, de quién es este ignorado amigo que guarda para usted sus más profundos sentimientos de consideración, respeto, afecto y admiración, por sus grandes méritos logrados tan maravillosa y valientemente en su figuración política y a base de su excepcional capacidad y formidables condiciones en lo histórico y literario.

Yo soy aquel joven a quien Jóvito brindó la oportunidad de tomar parte en el imponente mitin urredista del Nuevo Circo, anunciado originalmente para dos oradores, usted y él. Me encuentro actualmente al lado del querido Maestro, a donde vine por su expresa voluntad después de permanecer dos meses en Trinidad, adonde arribara bajo la condición de deportado político a que me ha condenado, al igual que a usted y a tantos compañeros, el régimen de constante y creciente terror que impera en nuestra muy amada Venezuela, bajo las presunciones catilinarias del hoy General, por designio de su propio capricho, Marcos Pérez Jiménez.

Por los momentos, estoy tratando de aprovechar al máximo mi exilio, asimilando lo más que puedo las enseñanzas y notables experiencias

del Maestro, a cuyas órdenes he puesto, una vez más, mi juvenil entusiasmo, íntegro y leal, como en aquellos momentos culminantes en la gloriosa jornada del 30 de noviembre, con el significativo e histórico triunfo de nuestras fuerzas democráticas, cuando todo un pueblo, bajo las mismas consignas y al impulso de su conciencia ciudadana, repudió rotunda y categóricamente a la dictadura militar, con el propósito de que en la Patria Madre de las libertades y derechos del hombre de medio Continente, de una vez por todas, como dijera Jóvito en cierta ocasión, "el ruido de las armas no opacará la voz del derecho...".

Afortunadamente, Don Mario, la Historia sigue impertérrita su inexorable curso estrechamente ligada al destino de la humanidad. Y los acontecimientos de la Argentina; la sonora bofetada propiciada por las Fuerzas Armadas del Brasil contra las irruborizables mejillas de los militares venezolanos, auspiciando un golpe armado para garantizar amplia y decididamente la voluntad soberana del pueblo carioca; las reiteradas promesas de entrega del poder a la inmediata realización de comicios populares, amnistiando al mismo tiempo a Zenón Noriega y a otros exiliados, formuladas por el tiranuelo del Ande Inca; las posibilidades, surgidas de la inconcebible e injustificada drástica clausura de El Tiempo, de que el Partido Liberal se enfrente en franca oposición a Rojas Pinillas, con el consecuente recrudecimiento de las guerrillas de los llanos; así como también las libertades, ya que no solventes garantías, logradas por la oposición al sargento del 18 brumario cubano; son cosas, todas ellas, que no pueden pasar, por ningún respecto, desapercibidas y acarreando sus lógicas consecuencias, ante la tambaleante, corrupta e incapaz dictadura venezolana.

A todo esto hay que agregar la afortunada trombosis coronaria de Ike, único corredor de peso en las filas republicanas, para el proceso electoral que se avecina en este país y que nos hace concebir la certera esperanza de que toca a su fin el imperio oligárquico dominante hoy en los Estados Unidos, con su secuela de funestas consecuencias para el mundo y en especial para los países hispanoamericanos. El triunfo demócrata pues, es inminente, bien con Stevenson, Harriman o Kefauver, que indiscutiblemente constituyen la terna a dirimir la supremacía demócrata que ha de sentar sus reales, muy pronto, en el codiciado

Solio de la Casa Blanca. Por otra parte, querido Don Mario, los insistentes y continuos ataques de la prensa americana en el sentido de la conveniencia, para este país desde luego, de la trajinada restricción petrolera, son un problema de muy difícil solución para la extremadamente limitada capacidad del equipo político-intelectual del régimen venezolano, a lo cual se suman hechos tan vitales como el que a nuestro país se le comience a regatear su connotado prestigio de solvencia económica internacional, al exigirle al Gobierno la compañía que realiza las obras del Guárico, una fianza expedida por compañía de seguros extranjera, de reconocida responsabilidad, para garantizar los compromisos de la Nación. Asimismo, el hecho publicado por un Boletín del Banco Central, en el sentido de que se han sustraído 176 millones de bolívares de las reservas del Tesoro, para cubrir los fulanos créditos adicionales de esas sanguijuelas de nuestra administración llamadas institutos autónomos; siendo igualmente de mucho considerar, las quejas del alto comercio americano respecto al atraso del nuestro en sus compromisos y las lamentaciones del comercio venezolano, en especial el pequeño no ligado generalmente a los beneficios de la política de apadrinamiento, relativas a la cada día más tensa y amenazante mala situación comercial interna, por la escasez de circulante entre otras cosas. Todo ello nos demuestra la gran inestabilidad de los manejos económicos en nuestro país y que son un chorro permanente de agua, que desintegrarán, sin duda alguna, el barro que forman los pies, al igual que en la leyenda histórica, de la descomunal estatua erigida por la usurpación perezjimenista, que le ha dado por concebir las cosas con un criterio tan obtuso, que no les permite ver más allá de sus narices.

Tampoco son descartables las crisis internas, en primer lugar las de índole militar, pues le supongo enterado de la intempestiva sacada de Félix Román y del ascenso de Llovera a la Cartera de Comunicaciones, con el solo objeto, a mi escaso entender, de prepararle el camino hacia la Defensa Nacional y desde luego a la anulación de Mazzei. Igualmente imagino de su conocimiento, la reciente detención de más de 80 oficiales entre los cuales figura Márquez Añez. Muy sinceramente, Don Mario, y de muy buena fe, creo que la camarilla de Pérez, con sus vallenillas, estradas, pulidos, pinzones, etc., han comenzado, como decimos allá en nuestro oriente, a "bailar en un tusero...". Y

eso que sólo he concretado mis apreciaciones, muy personales por cierto, a las circunstancias que le he expuesto, sin detenerme en los desbarajustes políticos, sociales y de otras índoles que caracterizan el connotado desgobierno que aflige a Venezuela y que, seguramente, usted conoce mejor y más a fondo que yo.

De este país, sólo me permitiré decirle, que estoy sencillamente admirado. Sin complejo alguno me he dado cuenta y así lo considero, de que se trata de una gran nación, con profundos sentimientos nacionalistas, que si bien lesionan los intereses de los demás, se debe en gran parte a la debilidad moral e intelectual de los gobiernos que se le someten y adulan. Estados Unidos propicia y practica los principios de Monroe, ejemplo sin precedentes y aleccionador para los que como yo abrigamos idénticos sentimientos para con mi patria. Y aquí, puedo manifestarle Don Mario, que en la próxima edición de su Mensaje sin Destino, usted debería rectificar tal título, ya que sus palabras no han sido semillas pasadas lanzadas en tierra estéril, su "mensaje" tiene un destino al cual ha llegado. Sus principios y enseñanzas, tienen acogida, como en mí, en un nutrido núcleo de elementos de gran valía dentro de la juventud liberal de Venezuela. Así, por lo menos, he hecho cuanto he podido por demostrarle y más aún por hacérselo conocer en esta primera carta, con la cual espero iniciar con usted nutrida y consecuente correspondencia, a fin de cimentar aún más sólidamente y enriquecer mi definitiva formación, ya iniciada en función sacropatriótica de pueblo y de patria grande.

No me juzgue y sobre todo a mi manera de ver las cosas y de expresarlas, con el fatal "exceso de optimismo". Sólo se trata de la firme convicción que alberga mi alma en la fe inquebrantable que tengo en el destino de Venezuela y en los precedentes sentados en otros países, Donde las doctrinas democráticas han logrado positivos triunfos. Nuestro pueblo, como usted mismo lo ha dicho, ya es mayor de edad y más aún, ha comenzado a comportarse como tal. La consigna de nuestra juventud es una y sólo una, Don Mario, adelante, siempre adelante, que los pasos atrás sólo los dan los cobardes y los que olvidan las enseñanzas bíblicas: los hombres de poca fe son los que dudan. Y nosotros tenemos mucha.

Cuando me escriba, cosa que espero para muy pronto y tan largo como yo, sería para mí un gran honor, recibir de usted un ejemplar de vuestras OBRAS SELECTAS editadas por Edime, con su correspondiente dedicatoria, como también ejemplares de las últimas publicaciones que usted haya realizado, especialmente las editadas por Bitácora. También quisiera merecer la satisfacción de hacer llegar por vuestro intermedio, mi cordial saludo y sentimientos de afecto para su yerno Don Miguel Angel Burelli, de quien tan maravillosamente me ha hablado el Maestro, quien junto con toda su familia y el Doctor Tenorio, se me unen para enviar a usted y a su muy honorable familia, cordiales saludos y efusivos abrazos.

Mi querido Don Mario, para primera lata creo que es suficiente. Por ahora sólo me resta manifestarle mis deseos por recibir sus prontas noticias y hacerle llegar mis sentimientos de consideración de siempre, junto con un fraternal abrazo y la esperanza de poder en día no muy lejano, estrechar su mano y demostrarle personalmente la admiración, respeto, reconocimiento y cariño que le profesa su affmo. y sincero amigo.

Humberto Angrisano

ILDEBRANDO ANTONIUTTI[1]

(1) ILDEBRANDO ANTONIUTTI. Embajador de la Santa Sede en Madrid.

Madrid, 2 de marzo de 1956

Excmo. y Rvdmo.
Señor Don Ildebrando Antoniutti
Nuncio de Su Santidad
Madrid.

Excelentísimo Señor:

Muy respetuosamente saludo a Vuestra Excelencia en la gratísima ocasión del octogésimo natalicio del Augusto Pastor de la Cristiandad, Su Santidad Pío XII. Día por naturaleza propicio para renovar nuestra adhesión a la Silla de San Pedro y para cantar hosannas al Altísimo por las gracias que ha concedido al anciano venerable, que alcanza longevidad férrea y luminosa, como la que hizo pensar a los primeros cristianos que la naturaleza física de San Juan duraría hasta la próxima venida del Señor.

La larga, fecunda y gloriosa existencia del Pontífice es realmente un testimonio elocuentísimo del precio que el Todopoderoso da a su palabra orientadora. La doctrina declarada por sus augustos labios ha sido potente para inflamar el corazón e iluminar la inteligencia de los católicos, y aun para que aquellos que no comulgan con Roma se inclinen respetuosos y admiren y aplaudan el brillo y el acierto de Su Santidad.

Como testimonio de adhesión a la ciclópea labor pontificia en pro de la paz y de la concordia del mundo, los gobiernos acreditados cerca

de la Sede Apóstolica presentarán hoy al glorioso Pastor libros que den testimonio de sus esfuerzos por servir tan nobilísima causa. Dicho homenaje, concebido como feliz oportunidad de testimoniar a Su Santidad la resonancia universal de su sapientísima enseñanza en favor de la paz, me ha llevado a pensar en el carácter sacrílego que en el fondo constituye el mensaje oficial que al Sumo Pontífice presente el representante de mi sufrida Patria, donde el absoluto mal que caracteriza al actual gobierno, ha llegado a anunciar una falsa amnistía —publicada aun por "L'e Osservatore Romano"— a cuyo anuncio algunos desterrados han regresado provistos de visa de los Cónsules, al efecto autorizados, para ser apresados al pisar territorio de Venezuela. ¡Valiente modo de servir a la concordia y a la paz cristiana que predica el Pontífice!

Estos crímenes y otros peores se cometen hoy en mi país. Una capa viscosa de riqueza sirve para recubrir los diarios atentados a la dignidad del hombre, esa dignidad que es preocupación constante del Padre de los fieles. Sin embargo, existe en Venezuela una resistente solera de lealtad al Señor y de genuino respeto a su Pastor. Las voces de esos católicos llegará hasta el Solio del Pontífice por el autorizado conducto de sus Pastores. No van ellas contenidas en la mendaz palabra de los verdugos del pueblo. En mi caso, sea Vuestra Excelencia quien reciba nuevamente el testimonio de mi devoción al Padre Santísimo, por cuya salud hoy he dirigido en forma aún más instante mis plegarias al Señor.

Con todo respeto, me repito de Vuestra Excelencia devoto servidor.

MBI

ANTONIO ANZOLA CARRILLO[1]

(1) ANTONIO ANZOLA CARRILLO. 1906-1984. Médico, diplomático, Ministro de Educación durante el gobierno del Gral. Isaías Medina Angarita.

San José, abril 5 de 1937

Señor Doctor
Antonio Anzola Carrillo
Caracas

Mi querido Antonio:

Tuve al fin el gusto de recibir tu muy grata y bien esperada carta. Huelgan las excusas, pues soy el primero en apreciar la urgencia de tiempo que Us. allá tienen, siquiera para poder pensar. Tus apreciaciones tienen un tono tal de desconsuelo, y de aflicción, que dan la idea de un estado de decaimiento moral. Aunque sea cierto el motivo, creo que no debemos adoptar esa actitud de "retiro" a que tú haces referencia. También yo he sentido esa necesidad y la deseo vivamente colmar. Ponerse uno al margen de la política es faltar, en realidad, a un deber social. Puede uno ponerse al margen de la Administración, pero no de la política: el hombre es un *animal político.* Y en Venezuela más: no sé si político o animal. Cuando denigramos a la política, en nuestra exaltación venezolana hacemos mal. Debemos atacar a la politiquería, a la "forma" sucia de nuestros manejos, en pos de lo útil. En cambio la política es otra cosa. La política es la realización de nuestras funciones morales en orden al bien social. La política que tú atacas es esa de allá: la manera de poner el orden social al servicio de nuestros intereses inmorales. Una verdadera trasposición de finalidades. La pata de Calibán sobre el ala luminosa de Ariel.

A Numa Quevedo escribí la pasada semana una larga carta, que desearía leyeras. En ella le hablo largo y tendido de la necesidad en que está el próximo Congreso de entrar de lleno a la reforma de nuestra legislación en el sentido de socializarla. Lástima si no sigue pensando en un buen plan de impuestos directos sobre la renta, según la idea de Alberto Adriani, sostenida también por Atilano. Nuestra tributación indirecta iguala, en el peso de la formación de la renta, a pobres y capitalistas. Estos apenas pagan, en razón de tales derechos de frente, cuando la renta viene de fundos urbanos. Yo creo que una insistente labor de la juventud bien orientada, esquivando toda mala corriente marxista, puede conducir a la República a un mejor sendero. Eso sí, con un juicio y una serenidad sin desvíos. Es necesario realizar una lucha en que los primeros vencidos debemos ser nosotros mismos: es decir, nuesto egoísmo, y consecuentemente nuestro utilitarismo. En Venezuela los hombres tienen dos criterios políticos distintos, uno cuando luchan contra el Gobierno, el otro cuando forman parte de él. Los juristas tienen también dos criterios: uno cuando en estrados piden justicia para la causa que defienden, otro cuando como jueces a sueldo imparten justicia. En Venezuela todos, o casi todos, son "conservadores" de la quincena. Y esto no es de ahora, esto viene de atrás. Por eso se sostuvo Gómez. Todos buscamos mantenernos en el goce de nuestra soldada, y todo lo que hiciéramos conducente a defenderla, nos pareció bien hecho, aunque nuestro propio juicio nos indicara la propia deslealtad de nuestra posición. Ves tú en los hombres nuestros un propósito de "dividirse", es decir, de desechar esa duplicidad del obrar, y asumir en consecuencia una línea de integridad...

Nuestro caso es moral, en cuanto dice a las líneas generales de la estructura de los instrumentos del Gobierno.

Yo también he pensado profundamente y de continuo en la situación de nuestra Patria, de la cual tú llegas a pensar en que no sea nuestra. Sólo la juventud podrá salvarla, siempre que esa juventud no tome caminos peores que los tomados por anteriores "juventudes". Yo también fui juventud, y tú sabes que responsable es mi generación, aunque consiguió establecida y plena la Dictadura, del progreso de ella. Pero las nuevas juventudes tendrán mejores ejemplos que nosotros: a nosotros se nos enseñó a cantar el *Gloria al Bravo Pueblo* frente a la

imagen del Cabito, ante la cual ofrendábamos flores los sábados; y se nos enseñó a temer las cárceles y a rodear a los magistrados, sin examinar sus actos.

Pero no es esto fruto del desvío de una o dos generaciones, a consecuencia de las últimas Dictaduras postguzmancistas. Nos viene desde muy atrás. De la propia Independencia. De los propios fundadores de la República. Nuestra militarización nos hizo ver la autoridad bajo un símbolo guerrero. Nos inclinamos tanto ante los Próceres, que éstos pasaron a constituir una jerarquía privilegiada. Tú recuerdas la lucha por el Fuero Militar de los primeros años. El pueblo aprendió a no saber estar vertical frente a los representantes de la autoridad. La lucha de la Federación, lejos de exaltar el civismo, lo aniquiló, por cuanto dio margen a una dictadura de tipo más autocrático. El hombre de las estatuas preparó los caminos del gomecismo y el León de Payara marcó el suyo a-Guzmán. Estamos bajo un signo social, que es necesario destruir. Es indispensable detener el círculo vicioso.

Desgraciadamente nuestra empresa reformadora requiere ecuanimidad y cada venezolano es una biblia. En cada redacción de periódico hallarás tú dos o tres escritores, por cuyas narices pasa el eje del mundo y si hablas con mujeres grávidas, hallarás que entre diez, nueve se sienten preñadas del Anticristo. En extremo duro es llegar a una concordia de voluntades.

Nuestra exaltación tropicalista y la falta de educación cívica nos conducen irremediablemente a ver libre a Barrabás. ¿Recuerdas la leyenda de Uslar Pietri? Es desesperante, pesimista, atroz; pero es cierta. *"A mí me iban a matar por no decir la verdad: a este lo matan porque dice qué es la verdad"*... Sin pensar Barrabás, que si se salvó, fue por no haber dicho nunca la verdad: si la turba hubiera sabido que había dejado de cometer un crimen, lo pide de compañero de Jesús. ¿Tú no crees que "El Debate", de Maracaibo, sería capaz, de acuerdo con un editorial suyo que leí en semanas pasadas en defensa de las petroleras, de pedir el enjuiciamiento de Juan José Abreu, por haber demandado a aquellas? Y mientras tanto Barrabás camina por todas partes y financia el propio "Debate"...

Daré tu saludo a García Monge. Y te envío un recorte de mi carta para él, relativa a un ataque que Juan del Camino hace al Gobierno de Venezuela. También te envío la respuesta de Juan del Camino y el editorial que consagró a mi carta "Diario de Costa Rica". También una nota de "Semana Cómica". Y pudiera enviarte algo más. Mi actitud ha sido comentada en forma en extremo honrosa, pues, como verás por el artículo de J. del C., aquí se trata de castigar a García Monge por haber reproducido un artículo contra Il Duce en el R[epertorio] A[mericano]. Yo, antes de pedir acción contra lo que pudiera haber calificado de injuria a mi Gobierno, me fui respetuosa y galantemente a la prensa. Y gané la batalla.

En fin, desearía que me escribieras con alguna frecuencia, y creo que no peque de abusador, si te pido me envíes prensa que leer. Poco sé de allá por falta de prensa oportuna. Y sobre todo por falta de correspondencia. Después que tú hablaste con José, le he escrito varias veces, no sé si le llegarán mis cartas. Haz por informarte con él si recibió mis últimas cartas de enero. La idea que tiene de la fundación de un partido Democrático Independiente, me parece acertada, en cuanto dice a la defensa de la corriente democrática en el país, pero encuentro razonable el manifiesto de U.N.R. Más valdría acuerpar esta última agrupación y propender a que se oriente con mayor definición y serenidad, pues creo que algunas personas le combaten en razón de cierta vaguedad de su plataforma, pero así y todo es el grupo mejor orientado.

En fin, va más larga que la tuya. Con Pepita les envío cordiales saludos.

Aftmo.

Mario

Caracas, 28 de marzo de 1937

Señor
Dr. Mario Briceño-Iragorry
San José

Querido Mario: me da pena contestar hoy a tu amable carta fechada el 10 de enero, pero, tantas cosas, tan disímiles todas, tan alocadas, unidas a un trabajo exuberante en mi ramo, me habían impedido escribirte como lo mereces. Si revisas el almanaque te informarás de que te escribo un domingo, único día en que puedo empatar cabos de tiempo para dedicarme a los amigos como tú, con quienes me place tanto conversar. ¿Por dónde empezaré a decirte? ¡El último gabinete nombrado hace poco tiempo nos ha dejado una sensación de estupor que pasma! La caída de Olivares porque disintió de la atroz sentencia de la Corte Federal y de Casación. Esa sentencia pesará siempre como un baldón sobre los signatarios a quienes debe creérseles más responsables y más desvergonzados que a los hombres del célebre congreso del "sisí". Estos fueron jurados y han inspirado asco a la Justicia. Aquéllos pobretes que tú conociste eran simplemente rebaño y habían adquirido el reflejo de levantar la mano. La destitución de Atilano Carnevali, cuya actuación aunque derechista era comprensiva de los nuevos módulos económicos, se debe al sector rico y banquero profundamente amenazado por la inminencia de un Banco Central de Emisión y por un atisbo de impuesto sobre la renta. Cosas que hicieron efectiva la presión para desplazarlo y reemplazarlo con el pequeñín Cristóbal Mendoza. El mutis del Dr. Smith porque ¡diz que es co-

munista!... Y su sucesor Rafael Ernesto López, quien debe ser buen ministro de Educación porque ha ejercido con éxito la Medicina en Estados Unidos, Hugo Parra Pérez en Agricultura a cuenta de que es perito en el ordeño de sus vacas. En suma, que nos han obsequiado un gabinete de nulidades muy inferior al que teníamos, pero, homogéneo según La Esfera. Se dice que durará solamente hasta abril. Así, en esta nueva prueba, los gabinetes en Venezuela están como las cucharadas terapéuticas: cada cuatro horas. No hace mucho destituyeron al Dr. Mármol de la secretaría de la Gobernación y pusieron en su lugar a Rafael Enrique Chirinos Lares. Los pasos del Ejecutivo, del Legislativo —acuérdate del Congreso— y del Judicial, van teniendo, pues, la petulancia y la firmeza de pasos de prelados venerables. ¿A dónde llevarán nuestro "santo sepulcro"? La vuelta de ineptos a los ministerios. La quitada de buenos técnicos —García Maldonado—. El ataque a las garantías constitucionales —prisiones sin juicio, allanamientos de casas— y la arremansada aunque no obligatoria todavía retracción de la prensa, son presagio de que algo muy semejante a lo pasado se adueñará de nuestra pobre Venezuela, de esta Venezuela que al fin y al cabo como que será de todos menos de nosotros. No voy a entrar en consideraciones sociológicas contigo, que más bien puedes enviármelas desde allá para que me enseñes con tu claro juicio el por qué de todo lo ocurrido. Tendré el gusto de saber si ello se debe a algo distinto de que somos un pobre pueblo enfermo e ignorante desde que nacimos. Cada vez que medito sobre nosotros —aun en los tiempos de Gómez, en que "bello ocio" era cultivado por las mentes preocupadas— caigo en que debiéramos dejar la política a un lado y que, mande quien mande, no nos interese otra cosa que no sea sanear y enseñar al prójimo. Sin embargo, esto de dejar a un lado la Política es muy fácil decirlo cuando como ahora se encuentra una persona frente a una máquina de escribir. Frente al mundo, parece que la verdad es lo contrario: dejar todo y seguir a la Política. Explícame eso.

Te mando por correo marítimo los últimos números de Orve, es decir, nuestras cenizas.

José R. Gabaldón, como habrás visto en la prensa, piensa fundar un partido, pero tardará en los "pour parlers" indispensables para pro-

gramarlo y seleccionar dirigentes. No creo oportuno el momento dada la confusión que reina acerca de lo que es y de lo que no es comunismo. Es preferible esperar a que se clarifique ese asunto porque no sería agradable aunque sí cómico, oír decir que el General Gabaldón es comunista. El mismo Gil Borges tuvo que entonar un credo anticomunista en la prensa de estos últimos días. Aquí el fulano comunismo va tomando alarmantes caracteres de Inquisición. Yo me he salvado debido a mis ideas aristocratizantes en todo y a mi manera de vivir como gente decente. José piensa que está brotando el mal que nos inocularan 30 y pico de años de tiranía, que somos siervos aún y que como dijo Bolívar *"nos enfurecemos en los tumultos y nos humillamos en las cadenas"*. Y es tanto su optimismo que cree en la posibilidad de una democracia para nosotros. El está actualmente en Trujillo y, piensa residenciarse luego en El Tocuyo. Me dijo que te había escrito muchas veces (Desde hace mucho, desde que recibí tu carta, le dije que tú querías que te escribiera).

El pobre Córdoba apesadumbrado con lo de la Universidad. Llamó a la policía por miedo y atraviesa hoy una gran depresión moral e intelectual.

Leo entrelíneas lo que me quieres decir con la recepción, "in interrum" de la colonia venezolana en nuestra legación en S. José y después de todo lo que te he apuntado, no puedo menos de creer que lo que ha habido es desgraciadamente un "cambio de tarta".

Peña Chavarría fue recibido por Diez del Ciervo, Alberto Hernández y yo en Maiquetía. Pensamos que se quedaría siquiera una semana y que daría las conferencias sobre paludismo de que tú me hablaste. A mi regreso de Macuto el lunes de pascua me encontré con que había volado. Dime ¿qué le pasó? Fernández me dijo que lo había llevado a todas partes y que se le había ofrecido un banquete. Pensé hacer muchas cosas con él sin acordarme de que los políticos son los meteoros humanos.

Joaquín, Dulce María y mamá en Burdeos.

Todos aquí bien, me encargan saludarte en unión de Pepita, y los muchachos. Graciela y Leopoldo bien. El último libando las mieles de Himeneo.

Arnoldo se casa el 22 de abril, con María Teresa Berti.

Ya es muy tarde para darte innúmeras gracias por los agasajos que nos dispensaste cuando estuvimos allá en tu casa, pero no puedo rehuirlo en esta ocasión. Esta pastoral cansona ya es una demostración larga de que reconozco mi indisciplina y de que quiero atenuarla.

Salúdame a Peña Chavarría, a Chacón y a García Monge.

Recibe con los tuyos un abrazo de tu amigo,

Antonio

N.B. En espera de lo relativo a Asistencia Social que me ofreciste.

ANTONIO MARTIN ARAUJO[1]

(1) ANTONIO MARTIN ARAUJO. 1905-?. Médico, político, diplomático, ministro.

Madrid, 30 de enero de 1954

Sr. Dr.
Antonio Martín Araujo
Cannes

Mi querido caudillo:

Al fin tuve noticia de tu anclaje en esa grata población. Todos tus amigos deseosos de saber el curso de tu interesante vida. Comprenderás que por natural egoísmo ninguno como yo ha sentido tanto tu ausencia, pues además del placer de la amistad, en el presente caso habla en mí el interés del paciente, deseoso de la compañía del médico. Mi salud ha seguido un camino paralelo a la suerte de las instituciones republicanas de Venezuela. Tan choreto anda mi brazo como choretas andan las garantías constitucionales en nuestra infeliz Venezuela. Me han hecho un nuevo bloqueo antibiótico y mi dolor es tan persistente como la crueldad de Pérez Jiménez y Pedro Estrada. Me han hecho nuevas radiografías, y los doctores consideran, lo mismo que los buenos hijos de la Patria, la dolorosa urgencia de una intervención quirúrgica. A Barcelona envié el archivo radiográfico para que Edmundo Henríquez consulte con un gran radiólogo de la Ciudad Condal. Mientras tanto, aquí me tienes en espera de horas más molestas, que acaso curen las molestísimas horas que me hace pensar mi arbitraria y estrádica osteomielitis.

Ya con el brazo inútil para el trabajo tengo que convertirme en dictador de mi simpática secretaria. Así acabo de dictarle un nuevo tra-

bajo, de poca extensión pero de condensada agresividad, contra los verdugos de nuestra Patria. Como buen soldado me mantengo al pie del cañón.

Ayer tuve una llamada desde Londres de Lucía Delgado, interesada en saber de mi salud. Mucho le he agradecido esta fina manifestación de simpatía, y mucha gracia me hizo oírla decir que tiene salud para molestar durante ciento cincuenta años al gobierno de Venezuela.

Espero que me escribas, y ojalá en tu carta me anuncies tu próximo regreso. Tendrás que estar acá para el matrimonio de la niña María, quien en diciembre pasado se comprometió con Miguel Angel Burelli.

Pepita, Marcos y demás damas de la casa te envían un afectuoso abrazo.

Tuyo afectísimo,

MBI

Madrid, marzo 5 de 1954

Sr. Dr.
Antonio Martín Araujo
Cannes

Mi querido amigo y caudillo:

Te supongo arreglando bártulos para tu regreso a la Corte y Villa sin osos ni madroños. Tus amigos te esperamos con anhelo, a fin de reanudar nuestras gratas pláticas en torno a las brasas crepitantes de la política venezolana. Mucho material tenemos para darle oficio a la sinhuesos, ya que desgraciadamente no podemos pasar al terreno de darle también oficio a los ágiles remos.

Supongo que llegarás a algún hotel, dada la convalecencia de Cuenca. Nuestro piso de Castelló 64 se vería muy honrado si lo escogieras de alojamiento.

Mis brazos todavía penden de mis robustos hombros, a pesar de que en Caracas ya me dan por mútilo. De casa, mi mujer, Marco, su señora y mis hijas, envíante cordiales abrazos.

Tuyo afectísimo.

MBI

IGNACIO LUIS ARCAYA[1]

(1) IGNACIO LUIS ARCAYA. Abogado. Fundador del Partido Unión Repúblicana Democrática. Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Rómulo Betancourt. Miembro de la Corte Suprema de Justicia.

Madrid, 17 de diciembre de 1954

Sr. Dr.
Ignacio Luis Arcaya
Nueva York

Mi querido Ignacio:

Ahora sé el precio de una carta tuya. Para que te resolvieras a escribirme después de dos años casi cumplidos que nos separamos en Panamá, fue necesario que la barbarie venezolana, en lugar de abrirte la tuya, hubiera intentado abrirme mi crisma. Muchísimo te agradecí tu llamada telefónica y la carta que ayer me entregó Carlos. Del detalle del hecho poco sé en lo referente a sus ejecutores. Un viejo detective que me ha visitado de parte de la Seguridad Española ha avanzado a decirme que el embajador Becerra dice que hay que buscar en Bilbao al agresor.

Lo que me refieres en relación a las palabras de Pérez Jiménez acerca de mí ensayo sobre Medina, pudiera a estas alturas tomarse como madre de las aguas cuyas fuentes perseguimos. Me complace lo que Julio Diez te ha dicho respecto a la buena acogida que tuvo en Caracas dicho artículo, respecto del cual ni de la misma viuda de Medina he recibido la más pequeña palabra.

Me complace la actitud en que me dices se mantiene Julio Diez. Al viejo grupo de compañeros del cual él forma parte no he vuelto yo

a escribir. Tampoco ellos me escriben. En Ginebra tuve la pena de saber por Carlos Ramírez Macgregor que Julio Diez se quejaba de que yo pretendía fijarle conducta política. Mis cartas a Quevedo, a Diez, a Palacios, se limitaban a expresarles mi fe en su rectitud cívica, no avanzaban a fijarles líneas de conducta. Creo que en el orden del compañerismo político mi actitud fue correcta.

Para que midas el estado de ánimo en que me ha dejado la bárbara agresión de que fui objeto te envío copia de la nota que he enviado a "El Tiempo" de Bogotá.

Te ruego darle un cariñoso saludo de mi parte a Julio y expresarle mi agradecimiento por su cariñoso mensaje.

Para Elena cariñosos saludos míos y de Pepita, junto con los más cordiales votos porque se restablezca definitivamente. Para ti, Antonieta y los muchachos afectuosos saludos míos y de Pepita.

Te abraza tu afectísimo amigo y compañero,

MBI

New York, 10 de diciembre de 1954

Mi querido Don Mario:

Cuando me aprestaba a responder su gentil del 25 de noviembre, traída por Mariano junto con su maravilloso cuaderno sobre Medina, me llegó ayer la brutal noticia del salvaje atentado contra Ud. Inmediatamente trate de comunicarme telefónicamente con Pepita pero fue sólo esta mañana cuando lo logré. Por ella he sabido que afortunadamente el criminal acto no realizó su objetivo y su cuerpo está fuera de peligro, depositario sagrado de esa alta expresión del espíritu y la inteligencia venezolana que es Mario Briceño. Vano ha sido el torvo propósito del deforme tiranuelo. Allí sigue Ud. engrandecido por el martirio y con mayor autoridad moral, si fuere posible acrecentar la de quien la tenía bien cimentada por su honestidad y lealtad a principios eternos.

Su publicación sobre Medina ya la conocía. Mr. Ten[1], quien está pasando unos días aquí en casa junto con Helena, quebrantada cuando llegó pero mejor ahora, me había hablado de él. En Caracas a pesar de que la correspondiente edición de "El Tiempo" fue recogida, tuvo profusa circulación. Muchas copias multigrafiadas se encargaron de ello. Por cierto que antes de leer el cuaderno suyo ya sabía la reacción del apoplético enano. "Me provoca mandarlo a matar", fueron sus textuales palabras. Lo sé por testigo presencial. Monstruoso exabrupto que tuvo eco en la voz aquella que Ud. muy acertadamente menciona

(1) Julio Diez

"de la cual apenas se escucha un vago rumor en el mundo civil". Desde entonces algo había echado a andar con paso firme... Perdóneme si no me extiendo sobre eso. Mis cábalas me lo impiden. Sólo es de esperar que el crimen del 8 de diciembre sea la gota de agua que rebose el vaso.

De Jóvito habrá sabido ya directamente. El fue el primero en darme la noticia, que ese mismo día, ayer, apareció aquí publicada en el diario "La Prensa". Ruégole a Ud. mantenerme informado de su salud y hacerme enviar recortes de lo que allí se publique.

Junto con Antonieta mis cariños para Pepita.

Lo abraza su amigo y compañero,

Ignacio Luis Arcaya

P.D. Ten le cablegrafió y me encarga reiterarle sus sentimientos de solidaridad. Se mantiene siempre leal y firme en sus viejos sentimientos pedevistas.

JOSE MARIA AREILZA[1]

(1) JOSE MARIA AREILZA. Conde de Motrico, Embajador de España en los Estados Unidos.

Madrid, 2 de julio de 1956

Excelentísimo Sr. D.
José María Areilza
Conde de Motrico, Embajador de España
Washington

Excelentísimo Señor Embajador:

Permita Ud. —quiero tratarlo sin el forzado estiramiento diplomático— que comience por felicitarle calurosamente por la cena de fraternidad hispanoamericana, que ofreció a los representantes de la América Hispánica, el día recordatorio del Congreso de Bolívar.

Su discurso lo he leído fragmentariamente en la prensa de Madrid. En él apunta un concepto de hispanoamericanidad por el cual yo he venido luchando tesoneramente. El proceso que dio forma republicana e independiente al viejo imperio colonial de España, fue un hecho de autenticidad hispánica. Cuando Bolívar convocó el Congreso de 1826, buscó de dar figura unitiva al mundo surgido con nueva etiqueta política, del fecundo y perdurable mundo fraguado durante los tres siglos de formación en las matrices españolas.

Carecerá de brillo mi obra de escritor, pero fundamentalmente ha estado enderezada a defender nuestra estructura hispanoamericana de la amenaza que representa un panamericanismo que desoye las voces de nuestra realidad hispano-india. Usted, con grande acierto, ha recor-

dado a los representantes de los países hispanoamericanos el deber de pensar en nosotros mismos antes que entregar nuestra conciencia a una rectoría que desconoce el sentido y el valor de nuestra historia.

Usted, señor Embajador, ha hecho suyo el pensamiento del gran Rey Don Alfonso XIII, quien no se desdeñó de declarar a Bolívar la más gloriosa expresión de las Españas. Ha entendido usted, como Unamuno, el sentido de la América Española y el valor humano de nuestra Libertad. Sobre su criterio de comprensión de lo americano sí se puede lograr la integración espiritual del dislocado mundo hispanoamericano. Está usted construyendo sobre bases firmes. Más que construyendo, está ayudando a reconstruir un mundo que se nos ha arruinado por falta de inteligencia de los hombres llamados a dirigirlo.

En momento en que se aprovecha el Congreso frustrado de Bolívar como argumento favorable a un panamericanismo sin sentido de hispanoamericanidad, usted finamente recuerda lo que significó en su tiempo la idea aglutinante de Bolívar. Sobre Bolívar, como culminación de un ímpetu de autonomía que arranca de la vieja historia de España, puede lograrse afincar un sentido de reconstrucción de los grandes valores espirituales de nuestro mundo hispánico.

Ruego a usted, señor Embajador, aceptar el testimonio de mi elevada consideración y tenerme como su amigo y servidor,

MBI

NOTA: Envío a usted algunos de los libros en que me refiero a nuestros problemas hispanoamericanos. Bien poco valen, pero están escritos con pluma cebada en la autenticidad de lo hispánico.

RAFAEL ARIAS BLANCO[1]

(1) RAFAEL IGNACIO ARIAS BLANCO. 1906-1959. Arzobispo de Caracas (1955-59) durante la dictadura de M. Pérez Jiménez, y a la cual enfrentó durante los últimos meses.

Madrid, junio 13 de 1957

Excmo. y Rvdmo.
Señor Doctor D. Rafael Arias Blanco
Arzobispo de Caracas,
Caracas

Excelentísimo Señor:

El juicio favorable hacia su ilustre persona a que yo había llegado después de observar y estudiar su excelente conducta de Pastor, sufrió un desvío en razón de la inexplicable llamada a funciones de gobierno que Su Excelencia hizo al Capellán militar Lizardi.

Como yo sólo confío en que sea el Espíritu Santo quien salve a Venezuela, me dolió ver a Su Excelencia en estrecha concomitancia con los clérigos de presillas. Las noticias, en cambio, que me llegan de Venezuela han colmado de satisfacción mi espíritu de católico y de patriota y me obligan a rectificar el concepto desfavorable a que me obligó el nombramiento de su Vicario de espuelas.

Creo que nada sea tan esperanzador para el porvenir de Venezuela como el hecho de que pueda recobrar su dignidad cívica al amparo de una acción en la cual esté presente la Iglesia. Así lo pensé en 1929, cuando ocurrió la expulsión del Obispo Montesdeoca. Con Caracciolo Parra abogué por una actitud de decorosa resistencia, que pudo dejar asentadas entonces piedras firmes para la reedificación de la República.

Tan enemigo soy del entreguismo del clero, como de que éste se constituya en fácil instrumento de los enemigos de los gobiernos. Al caso, su Excelencia ya habrá visto cómo desconsiderados enemigos de la Religión empujan hoy a los Obispos a una acción precipitada que lleve agua a sus oportunistas molinos. La hora nuestra es distinta, en esencia a todo impulso interesado de terceros indiferentes a los problemas de Iglesia. El propio Santo Padre desde su encumbrada silla ha admonitado a los ensoberbecidos gobernantes. Venezuela reclama con voz transida de angustia palabras y hechos que le marquen un camino. Su Excelencia ha mostrado el propósito de enseñar derroteros. Quiera Dios asistirlo con sus luces.

Lo felicito cordialmente y le ofrezco el homenaje de mi admiración y filial afecto,

MBI

Génova, 17 de enero de 1958

Excelentísimo y Reverendísimo
Señor Doctor Rafael Arias Blanco
Arzobispo de Caracas
Caracas

Excelentísimo Señor Arzobispo:

Primero acompañé de corazón a Su Excelencia en la inquietud y el desagrado que hubo de sufrir por la arbitraria prisión a que fueron sometidos distinguidos sacerdotes de su Arquidiócesis; después, celebré el pronto recobramiento de la libertad de aquéllos, a la cual accedió el régimen en virtud de enérgica solicitud de Su Excelencia. Asumió en aquel caso su Ilustrísima una actitud digna y altiva, merecedora de todo encomio.

Esperanzadamente he pensado que la premura con que Su Excelencia ganó la libertad de los meritísimos miembros de su Clero, víctimas del zarpazo dictatorial, sirve de testimonio del respeto con que oyen su voz los gobernantes. ¿Si a la de Su Excelencia sumaran su palabra los demás Obispos de Venezuela —¡Hoy son tantos! —no sería vía segura para que fueran libres los innumerables ciudadanos que actualmente sufren prisión, torturas y vejaciones en las cárceles de la dictadura?

Podría argüirse que a Su Excelencia obligaba el carácter eclesiástico de los ciudadanos detenidos; mas pienso yo, que los Obispos, por su

misión de personeros de la Iglesia de Cristo, han de sentirse movidos a intervenir allí donde haya injusticia, allí donde se escuche el dolor, allí donde sean quebrantados los elementales derechos humanos. De otra parte, la mayoría de los detenidos son hombres que piensan y sienten en cristiano, y si resultasen indirectamente favorecidos con la gestión episcopal aun descubiertos enemigos de Nuestro Señor, ya tendrían ellos ante sus ojos una prueba elocuente de lo que es la caritativa diligencia de la Iglesia.

La hora presente, cuando se agudiza en forma espantosa la tragedia venezolana, pide con imperio rápida y eficaz intervención de quienes ostentan el altísimo título de maestros y fanales de la doctrina cristiana. A ellos corresponde conminar a los gobernantes, para que no queden en el aire las palabras protocolares con que los funcionarios, sin medir la paradoja del aserto, declaran que el régimen mira en el Santo Padre y en las enseñanzas de la Iglesia un faro de poderosa luz. En pecado contra el Espíritu Santo caen quienes así hablan, pues si las autoridades reconocen en el Romano Pontífice al sumo Maestro de la Cristiandad, de que aquéllos dicen formar parte, mal hacen entonces en no seguir las clarísimas y precisas enseñanzas del Pontífice, angustiosamente empeñado en buscar caminos a la paz, la justicia y la equidad, como módulos de la vida social.

Que el sistema se diga y se presente como devoto de la Iglesia y como protector material de templos y de clérigos, no es parte para que los Prelados se mantengan sordos ante el profundo y largo clamor de un pueblo que padece en carne viva los efectos de un orden totalmente negado a practicar los más sencillos y simples principios cristianos. El Cuerpo Místico de Cristo es admirable unidad que pide uniforme modo de ser visto y de ser tratado. Halagar y agasajar Obispos, mientras se tortura y se veja a la población cristiana, nada significa como signo de respeto a la Iglesia; sería tanto como si el Viernes Santo se hubiera colocado sobre la cabeza de Nuestro Señor, en lugar de las punzantes espinas, una hermosa corona de laurel y de rosas, mientras su cuerpo sacrosanto recibía los crueles azotes de los enceguecidos judíos.

Yo he escuchado excelentes referencias acerca de su manera personal de contemplar la angustiosa hora venezolana —ya su Pastoral del 1°

de Mayo pasado lo exhibe como Prelado en quien tiene eco el dolor del pueblo—, y he recibido promesa de hacérseme conocer un artículo de "Ad sum" en el cual, bajo inspiración de Su Excelencia, se condensan las torturas vigentes en las cárceles venezolanas. Los hombres que se preocupan por la liberación del país, tienen los ojos puestos sobre su excelentísima persona y esperan que pueda tomar la iniciativa por que claman los tiempos. En razón de saberlo amplio y bien inspirado, me tomo la libertad de hacerle llegar estas líneas, cargadas de la angustia de cinco años de duro destierro, vividos entre agresiones y dolores físicos y ofendido por los ultrajes y las calumnias de mis espontáneos enemigos, algunos de éstos tenidos por celosos católicos, en razón de aparente piedad y de un celo fariseico por las enseñanzas cristianas.

Lo saludo con todo respeto y me repito su obediente amigo, Q.B.S.A.P.

MBI

EDMUNDO ARIAS PAZ
Y
JOSE ACOSTA[1]

(1) EDMUNDO ARIAS PAZ y JOSE ACOSTA. Presidente y Secretario del Instituto de Relaciones Latinoamericanas. Buenos Aires.

Caracas, agosto 23 de 1952

Señores
Edmundo Arias Paz y José Acosta
Presidente y Secretario del Instituto
de Relaciones Latinoamericanas
Buenos Aires.

Muy distinguidos amigos:

Mucho me ha complacido la apreciable de ustedes fecha 31 de mayo pasado. En realidad, hablé en días pasados de la necesidad de rehacer el eje México-Caracas-Buenos Aires que dio impulso a nuestra independencia y a la formación de nuestras repúblicas. La unidad de la América Latina la conceptúo un imperativo de cultura y de defensa. Modestamente he venido empeñado en la divulgación de ideas encaminadas a la mejor definición de un concepto de nacionalidad. Ojalá pudiera llegarse pronto a una mejor comprensión de los intereses comunes que forman el sustrato de nuestros pueblos de origen hispánico.

En breve enviaré a ustedes unos trabajos que tengo en prensa. Por hoy les remito mi nota de hoy en respuesta al "New York Times", cuando editorializa contra nuestros nacionalismos latinoamericanos.

Soy de usted servidor y compatriota en la unidad de la gran patria latinoamericana,

MBI

TOMAS ARIAS[1]

(1) TOMAS ARIAS. Escritor panameño.

San José, marzo 4 de 1941

Señor Don Tomás Arias
Panamá

Mi estimado amigo:

Yo sabía que U. es un hombre por demás decente, pero no al extremo de traducir elegantemente el latín. Mi abuelo materno, modesto funcionario que alegraba sus veladas con la lectura de Virgilio y de Horacio, clasificaba, según el latín, la calidad de las personas. Felicito, pues, a Ud. por estas sus brillantes dotes literarias.

Muy elegante la traducción, muy pintoresca la vida de Augusto, pero a pesar de ello crea U. que no me anima a desearle de cerca. Creo, por lo contrario, que la evocación de ese Augusto de "fuera", es decir del Augusto que relata sus proezas y sus fementidas virtudes republicanas y silencia las pestilencias de su corte y de sus aúlicos, ha sido parte a fomentar la demencia imperialista de los tiranos que azotan a Europa. Mis deseos son que U. mañana no se sienta responsable de haber fomentado o promovido ninguna pasión "cesárea", adjetivo que sólo es digno de alabanza cuando se refiere a la delicada cirugía que salva a una madre y echa al mundo una vida más.

Siempre lo recuerdo con cariño en pláticas con nuestro querido amigo Carrillo.

Soy su aftmo. amigo y apreciador,

MBI

ANTONIO ARRAIZ[1]

(1) ANTONIO ARRAIZ. 1903-1962. Poeta, novelista, periodista. Director-Fundador del diario *El Nacional*.

Caracas, 6 de agosto de 1945

Sr. Don Antonio Arráiz
Director de "El Nacional"
Presente

Mi muy apreciado amigo:

En la edición de hoy de "El Nacional" encuentro una "advertencia amistosa" a mí dirigida por el columnista P. G., de cuyo responsable no creo del caso inquirir el nombre.

En frases por demás honrosas para mi actitud de Presidente del Senado frente a incidentes provocados en los debates de la Cámara, y las cuales agradezco, pese a que bien pudiera calificarlas, con el latino, de *scabrosior leberide*, se intenta alertarme acerca de mi conducta política en los difíciles momentos que vive la República.

Bien conoce Ud. mis ideas y mi estructura moral, y juzgo sobranceras las explicaciones que sobre ellas pudiera dar al presente. Considero que nadie debe llamarse a engaño respecto a mi posición como miembro del Partido Democrático Venezolano, en cuyas bases y manifiesto inicial tomé parte muy principal y a las cuales he prestado mi adhesión leal, no sólo como su teórico expositor, sino también como ejecutor de ellas en actitud de gobierno. Mi actuación presidencial en el Estado Bolívar, que se compendia en publicación que he puesto a circular en estos días y de la cual envío a Ud. un ejemplar, prueba cómo de las

consignas de mi Partido he hecho mística fundamental que guíe mis actos públicos. Mi conducta es por demás clara y bien saben todos mis coopartidarios cómo he estado dispuesto a acatar los acuerdos de la Asamblea Nacional convocada para señalar candidato a la Presidencia de la República durante el venidero período constitucional y cómo también en el seno del Partido he hecho saber lealmente, en uso del derecho de libre opinión que me asiste, mi posición personal frente a los presuntos candidatos pedevistas. No he engañado a ningún compañero acerca de mis preferencias al respecto. En la forma más clara he significado mi parecer y sin rehuir responsabilidades, he discutido al respecto con los miembros del Directorio Nacional del Partido y con mis coopartidarios todos. Cuando di mi nombre al Partido lo hice consciente de las obligaciones que con él contraía y consciente de las obligaciones que el Partido contraía con la República. En el seno de él he actuado con la libertad y honradez que toda agrupación política está en el deber de reclamar de sus miembros. Y como soy de anchas espaldas, tengo donde soportar las responsabilidades que me tocan por mi conducta. Nada me sabe tanto como la seguridad en que reposo de que a mis hijos podrán mañana imputárseles faltas y errores, pero nunca confundírseles con el dicterio de hijos de hombre desleal a sus deberes y a sus compromisos públicos. Para ello, he procurado siempre ser leal a mí mismo, a mis ideas, a mis convicciones, a mis simpatías y a mi verdad, sin que haya menester de "advertencias amistosas", así vengan de quienes más y mejor se interesen por mi fortuna política. Antes que ésta, cuido mi nombre de ciudadano responsable de los deberes contraídos con la República.

Le ruego insertar estas líneas en su prestigioso diario y tenerme como

Su afftmo. amigo y apreciador,

MBI

EDUARDO ARROYO LAMEDA[1]

(1) EDUARDO ARROYO LAMEDA. 1891-1977. Poeta, ensayista, profesor universitario, académico, diplomático.

Caracas, septiembre 13 de 1951

Señor Doctor
Eduardo Arroyo Lameda
La Ciudad.

Mi querido amigo:

Junto con estas líneas te envío el prometido ejemplar de mi carta para Andrés Iduarte sobre los sucesos de noviembre de 1948. En la "Explicación" y en el propio curso de aquélla se pone de resalto el grupo de ideas y de sentimientos que me llevaron a escribirla en marzo de 1949, a cuatro meses apenas del golpe de estado. Cuando éste se produjo tú estabas fuera de Venezuela y posiblemente no conociste cara a cara la realidad que dio momentosa acogida, como remedio heroico a los sucesos de noviembre. Yo no fui golpista, ni estuve entre los civiles que acudieron a Miraflores a ofrecer su adhesión a los militares victoriosos. Fui siempre partidario del avenimiento político. A mí se me llamó después de noviembre para pedírseme que aceptase nuestra representación en Colombia. El primero en hablarme a este respecto fue Jóvito Villalba, cuya amistad conmigo era bastante notoria a los hombres del nuevo gobierno. Yo consideré que era preciso ayudar a la abatida república, y en aquellas angustiosas circunstancias juzgué, con la mejor buena fe, que era obligatorio colaborar en el orden que se iniciaba con promesas de restaurar la concordia nacional quebrantada en octubre de 1945.

Creí yo de manera ingenua que los militares llamarían a corto tiempo para una consulta electoral sincera, de donde pudiera surgir un gobierno de unión nacional que permitiese a todos mirar hacia una Venezuela colocada sobre los intereses de grupos y de personas. No creí cándidamente que los militares le fueran a entregar el poder a Medina o a los medinistas, pero sí creí que pudiera surgir una fórmula de equilibrio patriótico que remediase la quiebra ocurrida a raíz del golpe de octubre. Imaginé que los militares, en cuenta del error de la protección que habían otorgado al exclusivismo de AD, prohijarían una solución que permitiese restablecer la convivencia de 1945. Mas del hombre es el errar, y yo humildemente reconozco el error de mi apreciación, para el cual pido el mismo respeto que yo tengo para el error en que pudieran haber caído los que me invitaron a colaborar en el proceso político que se iniciaba.

Pero, mi querido Eduardo, si a ver bien vamos yo sería capaz de creer aun en que los militares no buscaban en noviembre de 1948 sustituir por un régimen castrense y sin responsabilidades el orden civil que representaba Gallegos. La manera de efectuarse el golpe, los titubeos, las pausas, las tratativas hacen pensar que inicialmente los altos comandos del ejército, tomando honradamente la voz de la opinión general, trataron de persuadir a una modificación pacífica de la estructura y métodos del gobierno (No hay que olvidar que los militares eran padrinos del civilismo de Gallegos). Sin embargo, éste se negó a ello, por considerar insolente la actitud de los militares y vino el golpe. Según refieren los que estaban en el meollo de las cosas, los mismos jefes en la tarde del 24 de noviembre no tenía plan cierto y empezaron a escuchar consejos surgidos de diferentes sectores. Cuatro o seis días después del golpe me visitó un amigo civil, quien después tuvo prestancia e influencias con los militares de la Junta, para manifestarme que un grupo de oficiales aspiraba a que yo formase parte de una manera de Consejo de Estado que pensaban imponer, como correctivo civil, a la Junta Militar. Le dije que como primer consejo me permitía insinuarles que no fueran a otro golpe que pudiera poner en mayor vergüenza el nombre de la patria, y que parecía mejor apoyar un movimiento que se presentaba con promesas de realizar un reajuste entre la opinión y el gobierno (Todavía no había tenido yo contacto alguno con los miembros de la Junta Militar, pocos días después lo tuve y

fue para pedir garantías para un amigo acciondemocratista que estaba en mi casa).

En mi concepto sí hubo posibilidades de influir favorablemente en el encauzamiento de la situación política, pero a los Jefes sólo se llevaron aplausos y alegres consejos. Es preciso no olvidar que el extremado individualismo nuestro hace que los hombres no piensen sino en soluciones personales. La mayoría de los doctos civiles que han aconsejado a los Comandantes lo han hecho con miras de ganar su personal confianza. Pocos se atreven a desafiar el ceño apretado de los que mandan, y menos aún quienes se acercan a los gobiernos con ideas y propuestas que no lleven un regalía o, a nada decir, la seguridad de atar la gratitud de otro. Esto existe entre nosotros desde los viejos tiempos en que los generales "jalaban el mecate" al chinchorro de Bolívar y posiblemente estos "jaladores" eran descendientes de algún compañero de Diego de Losada. El mal está en la sangre, querido Eduardo, y poco se han hecho por lograr una transfusión moral de sentimientos.

Lo lamentable, mi noble amigo, es que no hagamos todos nuestro examen de responsabilidades y que muchos permanezcan con la conciencia obnubilada. Uno de ellos nuestro querido Gallegos. En carta de éste para un amigo de Caracas dice: "*Si mi buena suerte vinculó mi nombre a uno de los mejores momentos de nuestra historia, y luego, también, a uno de los más dolorosos de ella, etc.*". Esto no es cierto. La mala suerte de Gallegos estuvo en la alianza con los militares para el derrocamiento de Medina. El metió a su partido civilista en la aventura golpista de 1945, que puso término al gobierno más respetuoso de la dignidad humana que ha ensayado Venezuela. Sin el apoyo del Ejército, Gallegos no hubiera sido entonces Presidente. Después olvidó que para frenar a los militares necesitaba tener a su favor la opinión pública y ésta la había enajenado vanamente para oír presuntuosos consejos de su Partido. Gallegos en un terreno de realidad histórica es responsable doblemente de lo que hoy sucede en Venezuela, por no haber tenido el sentido de la oportunidad ni cuando se alió con los militares ni cuando rompió su alianza. El, consumada la trastada de octubre de 1945, ha debido consagrar todo empeño a la convalecencia del civilismo, pero, creyéndose por una fantasía de novelista, en me-

dio de una institucionalidad perfecta, procedió frente a sus socios del Ejército como si en verdad fuera jefe *de jure* de la presunta Institución Armada. Si, en cambio, ensaya en noviembre una política de opinión, empieza por quitarle al Ejército la voz que lo empujaba al golpe.

Pero bien, mi querido Eduardo, esta es historia pasada, que pertenece a Dios. La historia nueva, que nos pertenece y gobernamos nosotros, pide algo semejante a lo que tú y yo hacemos con frecuencia: desde nuestras diferentes parcelas políticas, dialogar sobre los hechos y las personas, mirando sólo a la posibilidad de una fresca, clara y ancha concordia nacional.

Tuyo aftmo. amigo,

MBI

CRISPIN AYALA DUARTE[1]

(1) CRISPIN AYALA DUARTE. 1983-1958. Ensayista, historiador, académico de la lengua.

Madrid, Junio 28 de 1953

Señor Doctor
Crispín Ayala Duarte
Málaga

Mi querido amigo Crispín:

Lamenté mucho que usted no hubiese ido a la Catedral donde pude haberle saludado a mi paso por Málaga. Me hubiera complacido enormemente verle y abrazarle después de tantos años.

Lamento muchísimo, también darme cuenta por la breve conversación telefónica que sostuvimos, del estado de desconocimiento de la realidad venezolana en que usted se encuentra. Me dio la impresión de que usted escuchaba mis juicios como palabras descomedidas de un hombre sin conciencia, que se complacía en agraviar al prójimo. Ni hoy, ni ayer, ni nunca he tenido de profesión calumniar ni difamar a nadie. Ayer y hoy he buscado y busco vías a la verdad. Decir lo que es un hombre público, no es faltar a la caridad. La caridad no es virtud farisaica que sirva al disimulo y la tolerancia de los crímenes públicos. A los fariseos llamó el Señor "sepulcros blanqueados". Justamente en la Epístola de hoy, San Pablo dice que el que quiera vivir días dichosos no despliegue sus "labios a favor de la falsedad", por donde reconoce la licitud de abrirlos al servicio de la verdad. Cristo lo hizo, lo hicieron también los Apóstoles y los habían hecho en diapasón de tormenta los severos Profetas.

Cuanto yo dije a usted por teléfono acerca de la conducta pública de los hombres que ejercen actualmente el gobierno en Venezuela, se ajusta a la más exigente verdad, y es poco aún ante el bulto de los crímenes cometidos por el régimen. Ni ayer ni nunca pudo decir nadie que fueran torcidas o temerarias mis apreciaciones sobre la conducta personal de los demás. A mí, por lo contrario se me ha acusado de *lene* en los juicios y de abultado en los elogios. A nadie he imputado una falta de mi invención. Lo que puede acontecer es que al ser necesario, mientras otros disimulan por conveniencia, yo me expongo en aras de la verdad. Cuando los hombres ocupan posiciones expectables, quedan sometidos al debate de los demás. Y en toda sociedad se necesita la voz del público como correctivo y sanción de la conducta de los Magistrados. Esa voz ha de ser más difundida en momentos que el gobierno silencia los órganos naturales de expresión colectiva.

Justo y cristiano es buscar razones generosas que exculpen la acción de los demás, y necesario, también, cerrar oídos a la murmuración envenenada. Pero condenar las acciones de los hombres llamados a dirigir la sociedad, cuando aquellas visiblemente se apartan de las leyes y de la conveniencia pública, es deber inherente a la misma ciudadanía. Más que malas son buenas las lenguas que se adelantan a denunciar la conducta torcida de quienes traicionan la confianza del pueblo y la propia cultura que los convirtió en figuras de calidad. De mí sé decirle que el delatar estos hechos no me hace gracia alguna, pues desearía, por lo contrario, que todos mis compatriotas fueran como Don Crispín Ayala Duarte, para regalarme con su constante alabanza. Si aquellos me hacen mal, no me muevo a odiarlos. A Dios pido su enmienda y para mí la merced de alejarme de toda actitud vengativa.

Junto con esta carta le envío algunas publicaciones mías y copia de cartas privadas dirigidas a otros amigos, las cuales le pido devolverme por ser piezas únicas de mi archivo. Si su paciencia es tanto como para llegar a leer cuanto le envío, ya sabrá por qué ando yo por España y por qué me expreso en forma tan cruda de personas que ayer estuvieron unidas a nuestra mutua amistad.

Lo que usted sepa de Venezuela imagino yo qué sea. Usted afortunadamente no ha tenido nunca inquietud política. Su vida discurre tran-

quilamente en cualquier parte, entre un teorema de geometría analítica y una Oda de Horacio. A usted Dios le preparó para los ejercicios sublimes del pensamiento y de la contemplación. En mi fábrica usó barro de inferior calidad y me dejó más cerca del limo corriente. Por eso disto mucho menos que usted del mundo de las pasiones y de las realidades. Entre aquellas he cultivado la pasión política, que es una manera de estar en acto social. No he sabido practicar la política menuda, tan usada entre nosotros y que hoy ha llegado a su máximo encumbramiento en Venezuela. De haberme dejado llevar por el halago sensual de esa manera de ser nuestros políticos, a estas horas avanzadas de mi vida tendría una buena fortuna, que me daría derecho a ser bien visto por la "gente de orden" de nuestro país.

A usted, a la distancia en que se encuentra de la Patria, le complacen naturalmente las vagas noticias que le llegan acerca de cómo el Coronel Pérez Jiménez ha puesto a raya a los comunistas y ha salvado el destino cristiano de la sociedad. Usted ignora, en cambio, que los mejores asesores que ha tenido Pérez Jiménez son tránsfugas comunistas, a quienes ha sido fácil hacer excelentes negocios al amparo del Gobierno. Si no me diera vergüenza con la gentil muchacha que va a copiar estas líneas, yo pintaría a usted el estado de depravación a que ha llegado la sociedad salvada por Pérez Jiménez del comunismo. La Roma del Bajo Imperio tendría que aprender de la gente que dirige hoy a nuestra infeliz República. Los ladrones de Sierra Morena podrían ir a la escuela que abriesen los honorables redentores de nuestra infeliz sociedad.

En Venezuela se ha hollado todo, mi querido Crispín. La Universidad ha sido negada y traicionada por sus propios profesores. Germán Suárez Flamerich declaró que nuestra Alma Mater no es capaz de producir una figura civil del relieve de la figura militar de Pérez Jiménez. Luis Felipe Urbaneja, como Ministro de Justicia, asumió públicamente la responsabilidad de los crímenes y de las torturas que se practican en las cárceles civiles del Estado. Muertos, entre mucho más, han sido en calles y prisiones, Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Hernán González, Castor Nieves, Wilfrido Omaña, Pinto Salinas, Ramón Alirio García. Este último, espántese usted, fue rematado a culatazos en el techo de una casa donde le alcanzaron las balas de la policía.

Aún más: las cárceles están llenas de mujeres a quienes se tortura e irrespeta. No se han guardado miramientos ni a matronas ancianas ni a damas honorables. Aquí mismo en Madrid vive la viuda de Leonardo Ruiz Pineda, reducida a prisión por haber ido a reclamar el cadáver del esposo asesinado en la vía pública. Como en los tiempos de Creón de Tebas, en nuestra Patria ha llegado a ser delito dar sepultura al cadáver de los enemigos del régimen.

Reina en nuestro país un orden de terror que beneficia a los explotadores del pueblo y a los enemigos de la República. No se trata de un orden cristiano, mi querido Crispín. Todo lo contrario. Pareciera que el Señor nos hubiese entregado al Diablo para castigar nuestros pecados. Jamás había llegado nuestra querida Venezuela a un estado de postración y desagregación moral semejante al que ha llegado hoy. La fe nos lleva, sin embargo, a pensar que Dios nos prepara, por medio de esta humillación colectiva, venideros momentos de gloriosa recompensa.

En lo político, en lo social, en lo económico han ocurrido situaciones que el pudor impide escribir. La historia picaresca de los años que corren dejarán en blancos pañales las procacidades de "El Cabito".

Usted y yo crecimos en una dictadura que tenía explicación ordinaria. Lo que hoy ocurre no se explica sino por medio de argumentos enraizados en ciénagas morales. Ríase usted de esa cantinela del comunismo vencido por Pérez Jiménez. Lo rendido ha sido la dignidad y la vergüenza de la Patria. Hoy en Venezuela tienen mejores títulos los traidores que los ciudadanos patriotas. Pero, desgraciadamente los traidores han tenido de su parte el éxito, que da autoridad y sanción a las más abarrancadas situaciones. Para explicar el golpe contra el pueblo realizado por Pérez Jiménez el 2 de diciembre, se ha hecho correr la especie de que ese día fue destruida una conspiración comunista patrocinada por URD. La Historia, en cambio, dirá que Pérez Jiménez hizo uso aquel día del fraude y la violencia para adulterar el resultado ya conocido por el público, de unas elecciones en que votaron en contra suya hasta los policías de Caracas. Más de un millón doscientos mil votos recibieron los partidos de oposición. Pero los hombres que mer-

can con la República como si ésta fuera una mera vaca de leche, temieron la responsabilidad de un gobierno popular, y aconsejaron golpear nuevamente las instituciones públicas. Para dar cartel en el exterior a su criminal atropello, inventaron la farsa del pacto con los comunistas.

A mí el delito fundamental que me acumulan es mi defensa insistente de la tradición nacional. Para ello me he valido de los viejos valores hispánicos de carácter, lengua y religión. Pero esta insistencia en lo nacional desplace a los norteamericanos y a sus socios los pitiyanquis venezolanos. Tema para una dolorosa novela sería transmitar nombres y pintar cómo hoy somos echados de nuestro viejo solar patrio los que luchamos por su defensa, mientras huelgan en él los explotadores extraños. Quienes sentimos en nuestra sangre el torrente de cuatro siglos de historia venezolana, hemos de abandonar el suelo de la Patria, a fin de que la gocen mejor y la exploten a sus anchas, hombres de otra lengua, de otra religión y de otros nombres. Esquilo no imaginó la trágica glorificación de Efialtes y la execración de la memoria de Leónidas. Eso, querido Crispín, ocurre hoy en Venezuela. El nombre de los defensores de la nacionalidad es actualmente execrado en beneficio de los nuevos persas. El efialtismo ha resultado por ello un sistema de vida lleno de ventajas.

Fuera del país no peregrinan ciudadanos terribles, armados de hoces y de antorchas para la devastación del mundo cristiano de que se dicen defensores Pérez Jiménez y sus cómplices. Hombres respetables, que tienen amor a la justicia y que desean el imperio del orden consentido, han sido vejados y maltratados por el régimen. ¿Cree usted que Eugenio Mendoza sea comunista? ¿Imagina usted que Carlos Morales también lo sea?... Ocurre, para desgracia nuestra, que las clases dirigentes están sobrado corrompidas. Lo único que se ha salvado es el pueblo sencillo y sufrido. Jamás olvidaré las palabras de Hernán su hermano sobre la bondad y sencillez de nuestro obrero caraqueño. Entonces no conocía yo al pueblo como lo conozco hoy, y creí que el entusiasmo de Hernán hacia los trabajadores era un testimonio más de su extraordinaria bondad. Sucede, también, mi querido Crispín, que los responsables del desastre del país se escudan farisaicamente tras consignas sagradas. Una de ellas la defensa de la Religión. El nom-

bre de Cristo aparece por tal motivo enredado en los sucios negocios de los traidores. Usted y los que creemos en el Cristo eterno que vendrá a juzgar por segunda vez el mundo, nada tenemos que hacer con los simuladores de una fe que traicionan para beneficiar los intereses de Caifás y de Pilatos. A éstos no les es permitido usar otro símbolo sino la cruz nauseabunda donde dejó Gestas sus horruras de agonizante.

Me propongo para lo venidero hacer llegar a usted literatura de fuentes que no sean las del Gobierno, en orden a que usted se mantenga al tanto de la tragedia que soporta nuestra Patria. Con la que le remito, tengo para esperar que usted rectifique sus juicios presentes. Aspiro también a que usted no dude de mi palabra.

Con mis saludos para los suyos, me repito su aftmo. amigo,

MBI

LEOPOLDO BAPTISTA

San José, enero 24 de 1938

Señor Doctor
Leopoldo Baptista
Caracas.

Mi querido amigo:

Estas líneas llevan para ti, tu mamá y hermanos mis sentimientos de simpatía con motivo del traslado de los restos de tu padre, desde Nueva York a la tierra de la Patria. La noticia, que para mí trajo con lentitud la prensa, ha sido oportunidad de revivir en mi espíritu viejos sentimientos de cariño que lindan con mi infancia, ya muy lejana. A pesar de las diferencias habidas en la política trujillana el año de 1911, mi madre, fiel a los dictados de mi padre, hizo crecer en nosotros el afecto y la admiración para el viejo amigo, para el fraterno compañero en quien mi padre cifró una amistad, tan viva, que hoy crece con sinceridad y verdadero afecto, entre nosotros. Aún recuerdo sus palabras, una tarde en "San José" donde fui a llevarle los saludos de mi madre, cuando su último viaje a tierra trujillana. Era yo un chiquillo y sin embargo sentía la emoción de verme frente al hombre más representativo de mi tierra. Al despedirme, poniendo su recia mano sobre uno de mis hombros, me dijo: "Muchacho sé consecuente y sincero como fue tu padre". No le vi más, pero siempre tuve en mi escritorio su retrato, el mismo que mi padre tenía en el suyo.

Nos corresponde a nosotros con las rectificaciones que pide el tiempo, realizar el ideal de patria que bullía en su espíritu. Correspondió él

a la época en que los hombres públicos eran de por sí programas políticos. A nosotros nos toca hoy elevarnos sobre lo personal y casero, para mirar a los grandes intereses de la colectividad, responsables del deber social que nos obliga mirar, no sólo a nuestra justicia, sino a la justicia colectiva. En una obra de comprensión, sin el odio que surge del exclusivismo de ir adelante con nuestro punto de vista individual, celosos sólo de lo que bien viene a nuestro medro, debemos compactarnos espiritualmente para servir a los intereses de la República. Antes que exponernos a ser sacrificados por los odios de quienes miramos por enemigos, debemos sacrificar, en bien de la Patria, parte de nuestro racional "egoísmo" y dar el ejemplo de la tolerancia y comprensión que son los solos baluarte de la república.

Ya tenemos porqué mirar, como miradas iguales, la tierra niveladora del Cementerio de Caracas. También duerme allá su último sueño mi padre, tan bueno y amante como el tuyo. Acaso cerca resposen los dos amigos, y mientras bajo la tierra se confundan con ella sus restos queridos, sobre la tierra unamos nosotros cada vez más una amistad que sea tributo a la inquebrantable que los unió a ellos.

Con mis respetos para tu mamá, y saludos para tus hermanos, te envío un cordial abrazo.

Aftmo. amigo,

MBI

Caracas, 24 de febrero de 1938

Señor Doctor
Mario Briceño Iragorry
San José de Costa Rica.

Mi muy querido amigo:

A mi regreso de Estados Unidos me impuse de tu amable carta fechada el 24 de enero, contentiva de sentimientos de cariños y hondos recuerdos de familia puestos de relieve en la ocasión del traslado a Caracas de los restos de mi padre.

Con profunda emoción leo y releo los párrafos de tu carta en los que me invitas a compactarnos espiritualmente para servir a los intereses de la República y dar ejemplos de tolerancia y comprensión que son los sólos baluartes de ella; y así mismo marchemos unidos con idénticos lazos de amistad a los que estrecharon a nuestros progenitores. De todo corazón estoy contigo en estas consideraciones y ten la fe de que de hoy en más, mi amistad para ti será distinta, inquebrantable, cordial, siempre sincera.

Al reiterarte en unión de los míos tus saludos, hago fervientes votos por tu ventura personal y la de los tuyos y con un afectuoso abrazo me despido.

Tu amigo,

Leopoldo Baptista

PEDRO PABLO BARNOLA[1]

(1) PEDRO PABLO BARNOLA DUXANS. 1908-1986. Jesuita. Ensayista, profesor universitario, académico.

Madrid, 26 de octubre de 1953

Rvdo. Padre
Pedro Pablo Barnola
Caracas.

Mi querido Padre Barnola:

Mucho le agradecí el envio del número de "Sic" con su interesante artículo acerca de las Memorias de Boussingault, que tanto revuelo han movido en Caracas, y el cual leí con grande provecho y gusto. Yo aproveché también ese pequeño escándalo para escribir algo acerca del fariseísmo bolivariano y acerca de la negación de nuestros valores hispanoamericanos, hecha en nombre de los ideales de Bolívar. Ya le he enviado un ejemplar de dicho trabajo.

Esto de ahora es el cuarto de una serie de ensayos que llevo publicados en torno a nuestra problemática nacional. En algunos momentos la pluma tiene que herir como escalpelo que abre postemas. Lo hago, créalo usted, con verdadero dolor.

Me parece que fue usted quien, en un juicio sobre mis "Lecturas Venezolanas", me calificó de crítico *lene*. Yo también comprendo que en el momento de enjuiciar a los autores soy más generoso que justiciero, tal vez para devolver a otros la generosidad extremada de que he sido objeto de mis críticos, usted entre ellos. Pues esa lenidad y ese extremarme en la alabanza a los escritores, desearía poder usarlos

en mis juicios sobre los hechos de nuestro proceso social. Nada me complacería tanto como sentirme obligado a elogiar la conducta de los ciudadanos que dirigen la cosa pública. Yo bien sé que mi conducta pública cae bajo las mismas circunstancias que dan signo a nuestra política. Si bien he rechazado calumnias y falsedades con que quieren afearme mis enemigos, siempre he estado presto a poner en resalto mis propias faltas. Nunca me he presentado como paradigma de virtudes públicas o privadas. Me sé ciudadano en deuda con la República y hombre en deuda conmigo mismo. Cuando he indicado el buen camino a mis compatriotas, he cuidado de no confundir el buen camino con la huella de mis propios actos. Tal vez porque conozco experimentalmente el sitio y las causas dónde y por qué se peca, me he creído en la obligación de aleccionar a los más jóvenes.

Sé que allá se me ataca, se me calumnia, se me vilipendia. Ese vilipendio, esa calumnia y ese ataque los tomo como precio de mi deuda con la sociedad. A la edad madura a que he llegado no se corren aventuras. Soy un hombre enfermo y sin recursos para atender holgadamente las necesidades de mi larga familia. Si yo lo hubiera querido, estaría lucrando al amparo del Gobierno. Yo no fui botado de los cuadros de la administración. Me retiré de las funciones públicas voluntariamente. Si volví a terciar en la política frente al Gobierno, lo hice porque juzgué que era necesario servir a la oposición contra un régimen desviado de sus promesas. Más de una vez he escrito que acepté ser candidato de URD por cumplir un mero deber cívico. Ni URD ni Copei buscaban el Poder. Ambos partidos sabían que su labor no era sino la de mantener el fervor del pueblo por las disciplinas cívicas.

Dios me señaló un camino y lo seguí. Hoy sufro las amarguras del destierro. Lo llevo con resignación y sin odios. Cuando de mi pluma salen juicios severos, soy yo el primero en sufrirlos. No me gusta denostar a nadie. Huyo los nombres personales, pues no me gusta la diatriba ni la injuria. Contra ningún compatriota alimento ni fomento odio. Me esfuerzo en ver en su conducta la persistencia de un error más que la saña del mal por el mal. Ojalá llegara a convencerme que soy yo el único venezolano equivocado. Desgraciadamente conmigo piensa la mayoría del país que sufre, llora y padece. Una minoría, en cambio,

que disfruta de la influencia y de la cercanía al Poder, juzgan los hechos *pro domo sua*. Yo, en obsequio a la justicia, los juzgo *versus domo mea*.

Si escribo, pues, es porque Dios puso en mi mano una pluma y algo útil he de hacer con ella. Considero que con mi actual trabajo literario estoy ayudando a otros. Cuando escribo siento que mi pluma es movida por un interés superior al mío. Comprendo que ningún lucro vil puedo derivar de mi actual trabajo de escritor; mas, algo me dice que mis palabras encontrarán alguna conciencia donde puedan germinar en provecho de la justicia y del decoro humano.

Ojalá usted no olvide a este amigo que tanto le aprecia y le desea felicidad.

Afectísimo,

MBI

P.S. Supe que por acá anduvo José. No lo busqué, porque suelo no acercarme sino a los compatriotas que preguntan por mí. Puede que una visita de los desterrados comprometa por cualquier circunstancia a los viajeros.

Caracas, 12 de noviembre de 1953

Dr. Mario Briceño Iragorry
Castelló, 64-2
Madrid

Mi querido y siempre recordado amigo Don Mario:

Los días se me van pasando, en medio de mis habituales tareas, ahora un poco recargadas, y aún no he cumplido mi grata promesa de escribirle. Ahora me siento con mayor obligación, dada la deuda que tengo por las dos suyas que he recibido y leído con el aprecio que siempre le he profesado.

Ante todo debo decirle que mi hermano y su esposa regresaron, inesperadamente, hace pocos días, cuando aún los suponíamos por esas tierras. Pero inseguridad de obtener avión para la fecha deseada por ellos los obligó a tomar otro avión con casi diez días de adelanto, con lo cual parte de sus planes quedaron sin realizar. Y una de las primeras cosas que me dijo mi hermano apenas nos vimos fue: "Pedro Pablo: lo que más siento es que en los pocos días que estuve en Madrid no pude visitar, como lo tenía pensado, a Don Mario". Esto me lo dijo espontáneamente, y sin que siquiera le hubiera yo hecho alusión a su postdata de la última carta. Y me explicó la razón. El no sabía su dirección; pero ahí se encontró con una Srta. Mantilla, que le prometió traerle esa dirección, e incluso indicó que ella los acompañaría a su casa. Pero esperaron los pocos días que en Madrid vivieron, que fue-

ron relativamente pocos —pues pronto salieron en una gira por las provincias del sur— y dicha señorita no apareció más. Vea, pues, Don Mario, que la intención era muy otra, aun cuando los hechos resultaron contrarios. Y puedo asegurarle que los Barnola en estas cosas procuramos actuar con santa libertad, cumpliendo los deberes de amistad, sin evasivas oportunistas.

Estos días he tenido la gran satisfacción de ver que mis alumnos de 4º de Bach., dos secciones que suman unos setenta, al exigirles un trabajo sobre el tema de la *cultura colonial*, más del 90% la obra que habían leído y anotado, entre las varias citadas, fue la de sus magníficos "*Tapices de H.P.*" lo cual me indica que al hablarles yo de dicho libro no debí hacerlo con poco entusiasmo y cariño. Además, me imagino que las librerías vendieron en esos días algunos ejemplares; lo cual no viene mal cuando nos es forzoso vivir *non tantum de rore caeli, sed etiam de pinguedine terrae*. Dicho sea esto para usted, por la confianza que me permito profesarle, y que se sabrá bien interpretarme.

Ya está en marcha, y por cierto con muy buen pie, nuestra Universidad Católica. *Deo gratias*! Cuánto sé que hubiera disfrutado usted en el solemne acto inaugural, que resultó digno y agradable. Allí le hubiéramos tenido a usted —si alguien— acompañándonos de toga y birrete, con tantos otros amigos que quisieron honrarnos uniéndose al claustro de profesores.

Está para llegar aquí el Sr. Sánchez Bella, Director del Instituto de Cultura Hispánica. Se le va a hacer un buen recibimiento, aun cuando su visita será breve. La Academia de la Historia le prepara una sesión de honor. Estos días está muy traído y llevado el tema de los disturbios políticos en la vecina Guayana Inglesa, donde ya sabrá ha habido conatos de independencia, según parece. El agua no está aún muy clara, y la verdad cabal de los hechos no se conoce, ni tal vez se conocerá. Pero el caso ha servido para que se agite el asunto de reclamación del desdichado "laudo" de fronteras, que tan perjudicial e injusto nos fue. Sírvase ver mi editorial de "SIC" (noviembre) que por este mismo correo le remito, y si puede me gustaría saber su opinión. Como usted ahora leerá mucho, y aunque libros buenos le sobrarán, me permito

indicarle uno que sin duda le interesará: "*El profesor García Morente*", por Joaquín Iriarte, S.J. (primo del P. Víctor). Si ya no lo conoce, creo que vale la pena leerlo. Lo editó Espasa.

Desearía seguir charlando con usted, Don Mario, pero me aguardan numerosas composiciones por corregir, y me es forzoso ponerle punto final a estos desvaídos renglones. Ruégole los acepte bondadosamente, pues llevan, eso sí, gran dosis de simpatía de quien sigue apreciándolo mucho. Mi respetuoso saludo a su apreciada esposa.

Reciba un fuerte abrazo, y lo mejor que tengo: mi bendición.

Afmo. s. s. y a.,

Pedro Pablo Barnola

Madrid, abril 9 de 1954

Rdo. Padre
Pedro Barnola, S.I.
Bogotá.

Mi querido Padre Barnola:

Gran regocijo me dio la lectura de la carta en que me anuncia su estada en Bogotá. Me ha servido ella también de testimonio de su leal amistad, en una hora en que la mayoría de mis amigos niegan mi nombre y procuran arrojar sobre mí toda manera de ataques.

La suya en que hace referencia al viaje de José, la recibí oportunamente y oportunamente le di respuesta. Entiendo que sea ésta la que se perdió.

Muchas cosas tendría que decirle acerca de mi vida en España, pero posiblemente eso lo haga más tarde, con mayor calma, pues son muchos los temas y los motivos que tendría que tratar con usted, muy más cuando sus insistentes pruebas de amistad y de cariño me dan a entender que tiene usted suficiente luz en el corazón para comprender mi actitud de hombre. Justamente en Bogotá se verá usted con el Padre Mesanza. Usted sabe lo que yo he querido a este viejo y áspero fraile. Al salir de Venezuela en diciembre de 1952, fueron para él mismo primeras palabras de desterrado. A los pocos días recibí en San José de Costa Rica una carta suya desprovista de todo sentimiento de pie-

dad. En su hábito reaparecía la figura tenebrosa de Torquemada. Estas fueron pues las dianas con que se marcaba mi nueva vida de perseguido. Crea usted que la actitud de Mesanza me dolió profundamente, pues él está en el deber de saber quien soy yo y cuales son mis ideas, del mismo modo que usted lo sabe y lo saben otros sacerdotes que me han visto trabajar y vivir en medio de la complicada sociedad venezolana.

Mi comunismo me hace pensar en las críticas que los fariseos hacían a nuestro Señor porque andaba con publicanos. En cambio, hallo que le asiste razón de motejarme de tal a aquella parte de la sociedad que mira como expresión de conducta cabal los procedimientos de Pedro Estrada. Quizá con esta carta envíe a usted para que la lea y rompa copia de cartas mías para Monseñor Quintero.

Por correo ordinario le remito a usted una colección completa de los trabajos que aquí he escrito sobre la problemática del país. Tal vez alguno de ellos haya llegado a sus manos en Venezuela.

Me gustaría que usted me volviese a escribir. Su palabra más que nunca tiene para mí la realidad de una presencia amiga. De salud no ando muy bien, pues a mis males circulatorios se ha agregado una molestia ósea, que tal vez me obligue a ir a Bolonia.

Le deseo el mayor éxito en el acabamiento de su tesis de doctor y espero que su Universidad crezca y gane méritos en medio de la desorientación cultural venezolana.

Lo saluda su afectísimo amigo,

MBI

Madrid, 28 de julio de 1956

Rvdo. P. Pedro Barnola, S.J.
Caracas.

Mi muy querido amigo:

Mi devoción hacia la Compañía y el afecto personal que a Ud. me une, me autorizan para dirigirle esta carta, en la cual me tomaré la libertad de presentar a la consideración de Ud. una serie de puntos atingentes a la Iglesia, al clero secular, a la Jerarquía y a los Padres Jesuitas, en sus relaciones con el orden social y político venezolano.

Mi devoción por la historia nacional y el conocimiento que tengo de las relaciones del Estado y de la Iglesia durante el azaroso período de la República, me prestan elementos para hacer enfoques realistas. Algún gobernante preguntó cuál es la mejor manera de dominar a la Iglesia, y el político que le aconsejaba díjole que haciendo elegir Obispos tontos. En Venezuela, en realidad, ha habido una serie de Obispos que por carencia de personalidad se plegaron al querer del gobernante. Además de esto, las asignaciones presupuestales y la ayuda del Estado para la fábrica y el culto, han sido vías fáciles para que Obispos y clérigos se hayan mantenido en una relación subordinada frente a la autoridad civil. En cierta oportunidad comentábamos Caracciolo Parra y yo hasta dónde pudo influir la vista gorda hecha por el gobierno en el incumplimiento de la Ley de Mayordomía de Fábrica, para acondicionar la complacencia de algunos obispos. En 1858 el viejo Juan de Dios Picón

—católico rancio— escribía a D. Valentín Espinal sobre la necesidad de acabar con el sistema que hacía depender económicamente a la Iglesia del presupuesto nacional. Pensaba él que los obispos y los curas pagados por el Estado, obraban como subalternos de las autoridades seculares. Proponía una situación semejante al de las relaciones de la Iglesia con el Estado Portugués actual. A muchos de nuestros Pastores faltó entereza frente a la arbitrariedad civil. Monseñor Navarro ha desglosado el caso del Optimo Prelado y si se examina su conducta frente al famoso *Te Deum* a la luz de su anterior actitud con el Padre Macario Yepes, se comprende fácilmente cómo el arzobispo obró más como monaguero que como Pastor celoso de los intereses de la grey. Lo salvó y lo magnificó, en cambio, la dureza de Guzmán Blanco. Ha ocurrido a veces que una actitud altiva de los Prelados frente al autoritarismo secular, sea desautorizada por la Nunciatura. Conoce usted hechos recientes, como lo sucedido cuando la expulsión de Obispo Montesdeoca. También conocerá la intervención de Pietropaoli en el caso de Monseñor Antonio Ramón Silva, cuando este egregio Pastor suspendió al Padre Pernía y desatendió las gestiones del gobierno para rehabilitarlo.

Ha habido, nadie lo puede negar, grandes fallas en la dirección de la Iglesia; sin embargo, las únicas que se quisieron hacer públicas, por medio de un proceso inoportuno y escandaloso, fueron las imputadas al Arzobispo Rincón González, acusado, entre otras cosas, de arrendar a bajos cánones los bienes de la Mitra. Sin embargo no hubo visión universal y justa para enjuiciar la conducta del Arzobispo. Tardíamente se le quiso juzgar, pero no se pensó en lo que él había hecho por la Iglesia venezolana, anémica y empobrecida de sacerdotes desde el manotazo que Guzmán Blanco dio a los Seminarios. A la influencia personal de Monseñor Rincón González, cerca del General Gómez, se debió no la fábrica del Seminario Mayor y la reconstrucción de la Metropolitana de Caracas, sino, sobre estas materialidades, la autorización para la entrada de nuevas órdenes religiosas extranjeras, entre ellas la Compañía de Jesús. Pocos Pontificados como el del señor Rincón González tienen un haber más valioso en el área de la expansión religiosa. Así no fuera él brillante, la Iglesia ganó medios para hacerse fuerte, si hubiera habido ánimo de fortalecerla y no empeño de dividirla por medio de la intriga voraz y a causa de la voracidad mitral de algunos clérigos.

A usted le consta como yo he sido amigo del clero extranjero, así las circunstancias me hubieran proporcionado la paradójica oportunidad de haber sido censurado acremente por el Nuncio Chiarlo (por desgracia hoy abiertamente enajenado) en razón de haber mediatizado yo, como Ministro en Costa Rica, la visa del pasaporte de un clérigo romano a la autorización del gobierno de Venezuela. En el clero extranjero he visto una inyección valiosísima para la fe y el culto de mi país. Posiblemente no ha habido siempre una buena selección en el escogimiento de cierto clero secular extranjero. Las órdenes religiosas se defienden, en cambio, por sí solas y se vigilan de manera muy eficaz. Al clero suelto, de procedencia extranjera, yo prefiero las órdenes religiosas, sin que esto empezca para que reconozca el mérito sobresaliente de algunos sacerdotes seculares idos allá del exterior.

Lamentablemente el clero nacional es poco. Entre los pocos, se destacan muchos sacerdotes cargados de virtudes y de celo apostólico. Otros, en cambio, no sólo descuidan su propio mundo interior y las obligaciones públicas de su estado, sino que avanzan a mantener una pugna infeliz, ora con sus Prelados, ora con las órdenes religiosas. De estas luchas está llena la historia interna de la Iglesia; estas menudencias penosas son, bien miradas, testimonio, por efecto contrario, de la fuerza divina que sostiene al edificio eclesiástico.

Llevo cuatro años de vivir fuera de Venezuela. Acá y en Italia he hablado con numerosos clérigos de allá venidos, con celosos católicos, que siguen el curso de nuestra vida religiosa, y con indiferentes, que cuentan las historias de la manera que mejor les viene. De sus relatos he sacado conclusiones desoladoras.

La crisis de pueblo, que yo teoricé en mi "Mensaje sin Destino", en 1951, ha seguido hasta arruinar las fuerzas que pudieran salvar a la sociedad, en mi reciente ensayo "La Hora Undécima", yo relaciono nuestro drama nacional con la falta de resonancia pública de la moral privada. Alargando razones, imputo el carácter amoral de nuestra cultura a la carencia de directrices filosóficas y religiosas. Ha habido filosofía, pero filosofía atea o agnóstica. En último análisis: no ha habido conciencia religiosa que defienda la autenticidad de la moral.

Esto fue así en el siglo XIX y esto ha sido así a lo largo de todo este siglo. Pero, Castro y Gómez no promovieron movimiento alguno que se parezca a lo que hoy ocurre en nuestro país. Fueron ellos los últimos caudillos producidos por nuestro pueblo. El caudillismo fue un fenómeno explicable en nuestros países hispanoamericanos del siglo XIX y comienzos del presente. Originalmente fue secuela de la sobresaturación de jefes militares que produjo la guerra por la emancipación y del consiguiente estado de anarquía cantonal promovida por los viejos próceres. Fue, sin embargo, en el orden orgánico de la sociedad una manera primitiva de funcionar la democracia. Los caudillos locales y en especial el caudillo en torno al cual se unificaba la mayoría de ellos para estabilizar gobierno, contaban con un respaldo de pueblo. Cada caudillo tenía "su gente", como hoy los dirigentes civiles tienen sus adeptos. En aquellos viejos procesos el pueblo no votaba con papeletas cívicas sino con balas de fusil. En Venezuela la totalidad de estos caudillos ganaron su prestigio a punta de actos de valor probado en el campo de batalla. Gómez se ufanaba por haber derrotado a Luciano Mendoza, a su vez vencedor de Páez. Constituían en sí un proceso de prestigios personales que se desplazaban los unos a los otros. Para mí, desde un punto de vista de realidad histórica, la hora del caudillismo está completamente superada. Otro es el hecho de sistemas de gobierno sostenidos o mantenidos por los cuarteles. En este caso el ejército obra como factor mecánico de fuerza. A su frente no aparecen jefes prestigiados por una conducta heroica. La hoja de servicios de los nuevos capataces está marcada por meros actos de traición. Con un poco de conocimientos de armas o de manejo urbano de tropa, se encauza el temor que inhabilita la acción de los civiles. Los verdaderos caudillos de hoy se forman en el área de la lucha cívica. Los caudillos venezolanos actuales son Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Rómulo Betancourt, Luis Herrera Campíns. Los regímenes militares o cuarteleros no coinciden sino en lo de administrar la fuerza, con la vieja idea del caudillismo, que llenó las épocas agitadas de nuestra historia guerrera. Lo de hoy es una simple organización castrense al servicio de la plutocracia de fuera y de dentro. Les falta aún el significado romántico que dio carácter de héroes a los jefes antiguos. Michelena pintó a Crespo sobre altiva caballería. Tito Salas pintó a Juan Vicente Gómez. A Marcos Pérez Jiménez no hay animal noble sobre el cual mon-

tarlo para un óleo vistoso. Los hoy llamados arbitrariamente "jefes" no son sino meros burócratas de uniforme o comerciantes vulgares adornados de presillas. El ejército actual es una simple expresión de la técnica para matar, que han perfeccionado los científicos sin escrúpulos, al servicio del imperialismo. Pero al régimen insolente que oprime hoy a Venezuela, se le ha querido hacer una "teoría" y se le ha presentado como el sostenedor de la Iglesia y del orden social. Gómez no intentó "rehabilitar" a la Iglesia. Gómez era dictador, pero su dictadura no era totalitaria. Hoy en Venezuela la Iglesia tiene que servir al "nuevo ideal nacional" y más de un Obispo ha calzado escritos loatorios de este vergonzoso contubernio. En los ejércitos antiguos hubo sacerdotes que servieron de capellanes, y que muchas veces ayudaron a hacer la guerra con una peinilla en la mano. También estaban ellos tomados por el aire bárbaro del momento o participaban como hombres en los ideales llevados al campo de batalla. A la hora presente se ha creado una nueva institución bajo el nombre de "Servicio de Capellanías". En cierta oportunidad yo aconsejé que el Capellán General fuera un obispo. Se trataba entonces de un servicio normal en una República que, como la de López y la de Medina, caminaba a superar el militarismo. Cuando el Gobierno de Acción Democrática ofreció la Capellanía General a Monseñor J. Humberto Quintero, miró la presencia de Quintero en dicho cargo como una fuerza moral que podía influir favorablemente en el ánimo de los hombres del gobierno.

Hoy, el "Servicio de Capellanías" ha llegado a convertirse en el peligro mayor que confronta el clero, y por consiguiente, la Iglesia. Los Capellanes han pasado a constituir rodajas de un servicio del ejército, y han dejado de ser, lamentablemente, una voz de la Iglesia cerca de los fieles que hacen servicio militar. En un clero raquítico hay que pensar lo que significan cincuenta sacerdotes militarizados. Mirando a contraluz el caso, se diría que en la Iglesia ha sido implantada una jerarquía militar. Algo semejante a unos apóstoles revestidos de los arreos de los centuriones romanos. Se ha dado el hecho tristísimo de que el arzobispo de Caracas, para mejorar su situación política, haya buscado de auxiliar suyo al antiguo Jefe de los Capellanes castrenses. Sé ya de sacerdotes que han solicitado su excardinación como protesta contra la llamada, en léxico de moderna milicia, "operación Lizardi".

Tal vez los demás obispos vayan lentamente solicitando para Coadjutores a los sacerdotes militarizados. No se trata ya de sacerdotes dentro del ejército. Hoy se da el caso tremendo de un grupo de oficiales asimilados, con cursos técnicos, implantados en los cuadros de la Iglesia. Algunos son Capellanes y curas de almas a la vez. Loable sería el caso si sólo se persiguiese la salvación de los fieles que forman los cuadros del ejército. Haga usted la diferencia: no es la Iglesia quien lleva la voz al Cuartel, es el Cuartel quien se mete en los cuadros de la Iglesia, pues todos sabemos que las Capellanías son buscadas como las antiguas Prebendas y Digninidades, para holgar el capellán con buenos sueldos sin trabajo alguno.

Si el Ejército representase una corriente defensiva del orden católico, yo no censuraría la acumulación de Capellanes. Sería de suponer que la piedad de los oficiales reclamase la inmediata y frecuente asistencia religiosa. Los capellanes darían tono religioso a los cuarteles. Los clérigos disfrazados de militares dan, en cambio, carácter castrense al sacerdocio. No es la unión del incensario con la espada. Son las sacristías al servicio de los intereses bastardos de un sistema que niega los derechos del hombre. Son los apóstoles de Cristo absolviendo la impiedad de los déspotas.

Para nadie es un secreto lo que representa al actual sistema venezolano. El régimen imperante se llama anticomunista porque a quienes sirve les avergüenza llamarse capitalistas u oligarcas. Ni en Venezuela, ni en América se lucha contra el comunismo. En Venezuela, como en toda América se fomenta el comunismo de una manera descarada. La pseudolucha anticomunista venezolana descansa sobre el más absurdo de los métodos posibles. El anticomunismo criollo consiste en adversar la libertad y en negar los derechos esenciales del hombre, en cambio, ese anticomunismo festeja a los ladrones, a los asesinos, a los fornicarios, a los verdugos del pueblo. Por desgracia, esa cantinela ha llegado a ser coreada por clérigos de calidad y aun por algunos señores obispos. Poner a desfilar a la Virgen de Coromoto y a Nuestra Señora del Valle en la farsa perezjimenista de la Semana de la Patria, es un sacrilegio imperdonable.

Si el clero quisiera luchar de verdad contra la ponzoña marxista, tendría que hacer suyo el consejo del admirable Padre Holzner: "Ni siquiera las Encíclicas más hermosas del Papa y las teorías sociales más sublimes podían conseguir la recuperación total de las masas populares empobrecidas, a no ser que nosotros, los sacerdotes, adoptemos una actitud más ascética y nos mostremos dispuestos a compartir con el pueblo sus miserias y tribulaciones". ¿Dónde mi querido Barnola, están los sacerdotes que han expuesto su tranquilidad porque cesen las atribulaciones del pueblo venezolano? Todos se excusan tras la frase vergonzosa de que "a Pérez Jiménez no se puede hablar de presos". Aceptar el derecho que Pérez Jiménez tiene para decidir las peticiones de justicia, es participar en el crimen de la dictadura. Es reconocer el derecho del déspota.

El método para levantar al pueblo sería llevarlo a la práctica de la moral religiosa. A un amigo de destierro, escribí ayer sobre ese tema. Venezuela es un caso moral. Las luces para alumbrar los caminos nuevos no puede ofrecerlas sino la Iglesia. Pero la Iglesia venezolana carece de autoridad para hacerlo. Salvo honorables y contadísimas excepciones, el episcopado tiene miedo y, en algunos casos, se ve tentado por la "munificencia" de los gobernantes. Hasta Roma han hecho llegar la historia de que el régimen presente es una garantía de orden. Monseñor Pedro Pablo Tenreiro interrumpió en estos días la paz seráfica del convento de Asís, con el elogio hiperbólico del régimen de Pérez Jiménez. Yo no negaría que es de orden dicho régimen, siempre que se agregase que el tal orden descansa sobre la injusticia. No me negará usted que lo que hoy reina en nuestro país es una farsa de orden, con cuyo apoyo se relaja la conciencia nacional. Ese relajamiento, aunque sea duro decirlo, está indirectamente apoyado por una Jerarquía y por un clero que, lejos de contradecir la inmoralidad y el crimen circundante, hacen el juego al dictador. Nuestro clero tiene miedo a sufrir y prefiere la mesa abastada y los honores seguros. No son los pastores de la grey venezolana de los que dan la vida por sus ovejas. No son ellos de los que en un momento dado pudieran merecer los elogios que el Romano Pontífice dirige en su recientísima carta *Dum Maerenti animo* a los prelados y fieles de la Iglesia del silencio. Estos luchan contra el materialismo que persigue. Los nuestros se en-

tregan al materialismo que halaga con obsequios y ambiguas seguridades. Los obispos y fieles detras la "cortina de hierro" creen en la asistencia permanente de Cristo para su Iglesia; muchos obispos y muchos sacerdotes de nuestra tierra dudan de las palabras de Cristo y buscan, por ello, estar bien con el Demonio.

¿Que se levantan templos y se abren planteles de educación católica? Ya es conocido el caso del alejamiento del Padre Plaza del territorio nacional. Al régimen va bien que se le diga protector de una fe que destruye con sus actos. Al sistema interesa, como a Trujillo y a Rojas Pinilla, que se les considere defensor de la "cultura cristiana". Muchos aceptan y juegan a la farsa, mas no parece que rimen con una idea de "cultura cristiana" el asesinato, las torturas, las cárceles, los destierros, el peculado, el libertinaje, la injusticia, el dolo, el fraude que forman la substancia de la política actual.

Pero nuestro presente sistema tiene a la orden el "estiércol del demonio", según llamaban al petróleo los guaiqueríes. Hay dinero para ganar toda manera de sufragios y para comprometer a las distintas clases de la sociedad. En Venezuela todo es buen negocio. Recientemente en Italia los padres de un diplomático del Vaticano alababan ingenuamente a Pérez Jiménez y se mostraban a él agradecidos, por cuanto su generosidad para el hijo les permitía disfrutar de una vida generosa. Quien bien paga tiene buenos pregoneros.

La crisis es horrible, la crisis es espantosa. El clero está dividido, los sacerdotes irrespetan a sus Ordinarios, los clérigos nativos atacan a las órdenes religiosas y a los sacerdotes extranjeros. Entre estos ataques menudean los que van dirigidos contra la Compañía de Jesús. La Compañía está hecha a eso. Antes de ser fundador, San ignacio fue perseguido. Yo he venido escuchando ataques de clérigos contra los jesuitas. Más de una vez en Venezuela hube de tomar parte en estos torneos agresivos. Sabe usted mi afecto para la Compañía. Pero los cargos presentes los encuentro más graves. A los jesuitas se les quiere hacer aparecer como secretos propagandistas del perezjimenismo y hasta se ha dicho que el Padre Vela ayudaba en Mérida a formar cuadros de copeyanos desertores, hoy comprometidos con el régimen. En todo

esto miro la obra maledicente de los enemigos de la Compañía. Pero las voces que me llegan, aún en boca de clérigos, me han llamado a alarma y me han obligado a dirigirle estas líneas. Usted, como yo, sabe la animadversión que en Venezuela hay contra la Compañía, especialmente entre el clero secular (En 1945 un sacerdote me habló de la angustia que en ciertos sectores clericales producía la idea de que usted fuese presentado para obispo en Cumaná). Si a esa animadversión se agregase ahora la tacha de perezjimenismo, con que sus enemigos pretenden dañar a la Compañía, ya pensará usted lo que el porvenir reserva a la orden jesuística, puesto que el desgobierno actual no será eterno y hora vendrá en que las aguas tomen su justo nivel.

Esta carta va larga y es desgarrado y crudo su estilo. Desnudamente escribo a usted como testimonio nuevo de mi afecto a la Iglesia y al instituto ignaciano. Lo que escribo apenas es un diálogo entre correligionarios afligidos. Mis palabras tienen por hoy el ámbito de la amistad y el resguardo del silencio.

En breve estará impreso, con algunas reformas, el ensayito que me atreví a escribir sobre el extraordinario fundador de la orden jesuítica. Mi afecto a la Compañía lo reitera esta carta sincera, desnuda, que le dirijo como prueba de devoción y como voz de fuera, que quiere alertar a los jefes que planean la defensa de la plaza. Cerca tienen ustedes a Rafael Caldera, para oír voz de vigilante autoridad. La mía está mediatizada por el oceáno, que da mayor perspectiva a la tragedia venezolana.

Suyo aftmo. amigo,

MBI

DELFIN BECERRA[1]

(1) DELFIN BECERRA. Coronel. Ministro de Guerra y Marina durante el gobierno del Gral. Isaías Medina Angarita.

Madrid, 26 de diciembre de 1953

Señor Coronel
Delfín Becerra
Caracas.

Mi querido Delfín:

Te soy deudor de un valiosísimo obsequio. Poco dinero pudo importarte el regalo navideño con que ayer fui sorprendido, pero, en cambio, me trajo la satisfacción de saber que tengo un amigo preocupado por hacerme sentir un soplo afectuoso de la Patria. Ese amigo has sido tú. De ningún amigo he recibido en estos días una prueba de amistad. Me he sentido profundamente solo y para aumentar mi angustia, azotado de pequeños males de salud, que han venido a removerme mi vieja afección de las coronarias. Desde hace algunos días no puedo salir a la calle, pues el frío me hace mal.

Cuarenta años de inconmovible amistad nos unen reciamente. Otros amigos ganados en la misma plaza han desertado y han llegado a constituirse en enemigos de mi conducta. Tú has sido el amigo inmóvil, acorazado tras la aspereza que distingue tu honestidad. En todos los tiempos el mismo; a todas horas el constante guardián de la lealtad.

Profundamente me emocionó tu recuerdo, llegado a mis manos en el preciso momento en que examinaba con un amigo común tu íntegra conducta de amigo y de militar. Recordaba yo la altivez con que en

1948 te negaste a enviar "recaditos" de apoyo a los militares sublevados y recordaba la discreta conducta en todo momento observada por ti frente a los traidores del 18 de octubre. Sobre esos elementos, ponía yo en paralelo tu actitud con la actitud bochornosa de Manuel Morán.

Yo pensaba aprovechar una buena oportunidad para insinuarles la necesidad de empezar a honrar al General Medina. En el cementerio debemos los amigos por comenzar a ofrecerle un digno y expresivo mausoleo. A mí me gustaría buscar acá un proyecto cónsono con la significación del muerto. Algo que represente la marcha impresionante de su entierro. Medina tiene muchos amigos ricos que pueden contribuir a esta obra. Rodolfo Rojas, Manuel Silveira, John Boulton, Eugenio Mendoza, Arturo Uslar Pietri, Héctor Cuenca, Juan José Palacios etc. Justo con los ricos, contribuirían en proporción a sus finanzas, los demás medinistas que sienten el imperioso compromiso de resaltar la memoria del mejor Presidente de Venezuela.

Con mi mujer envío para ti y para Olga los mejores deseos porque tengáis un año muy feliz en unión de los hijos.

Te abraza tu aftmo. amigo,

MBI

CRISPULO BENITEZ FONTOURVEL[1]

(1) CRISPULO BENITEZ FONTOURVEL. Obispo de Barquisimeto (1949-1984).

Madrid, 15 de noviembre de 1956

Excmo. Sr.
Dr. Críspulo Benítez Fontourvel
Obispo de Barquisimeto
Barquisimeto.

Mi muy estimado amigo:

Cuando Su Excelencia pasó por Madrid y me hizo el honor de enviarme un saludo con el P. Guillermo Figueras, hubiera deseado verle personalmente, para discutir en el seno de nuestra vieja amistad algunos temas profundamente relacionados con la vida de la Iglesia en nuestra desafortunada Patria.

Aunque siempre están vigentes en mi mente aquellos temas, hoy han vuelto vigorosamente a mi atención al leer una de las declaraciones hechas por la Jerarquía latinoamericana durante su reciente junta de Bogotá.

Movidos los Prelados del vivo e intenso dolor por la espantosa tragedia que sufre el noble pueblo de Hungría, han lanzado su voz de protesta contra la inhumanidad de las tropas soviéticas. Ese grito de repulsa ha estado en la voz del mundo civilizado. No hubiera podido callar sin grave falta los Prelados reunidos en la ilustre capital de Colombia. Fue el suyo simple, común deber de asociación con un lamento universal.

Los Prelados alzaron su protesta contra un mundo extraño y hostil al mundo cristiano. Entiendo que nada hicieron, en cambio, en relación con el dolor que cunde en la América Latina, cuyos gobiernos son mucho más responsables, por cuanto se dicen enemigos del ateísmo materialista de los Soviets y defensores de la cultura cristiana. Particularmente en Venezuela, nada he sabido hasta hoy que haya hecho en servicio de la justicia debida al pueblo, una Jerarquía cada vez más numerosa. Las cárceles están llenas de presos sin causa y regadas en el mundo entero viven numerosas familias sin otro delito que amar la libertad; pese a ello, jamás a los influyentes Pastores ha ocurrido la idea de realizar una acción dirigida a poner fin a la injusticia. En cambio, se hacen alardes marianos y ahora se prepara una grandiosa celebración eucarística, como para dar a entender al mundo que en nuestro país imperan Cristo y su Santísima Madre.

Creo yo que la actitud consecuente del Episcopado venezolano por lo que dice a la declaración de Bogotá contra el crimen comunista y el dominio de la fuerza, sería empeñarse a la vez porque nuestro país goce de una verdadera paz social. Aquí a mi lado tengo un texto católico donde leo lo que sigue: "Para un cristiano el Estado será grande si los ciudadanos viven verdaderamente bien, amándose entre sí con igual amor que cada uno a sí mismo, ayudándose; y lo será ruin y despreciable si los ciudadanos viven desamparados en sus derechos, sin que haga al caso el poder material que ostente ante el mundo". ¿Puede hablarse de plenitud cristiana en un país donde el odio gubernamental ha destrozado hogares numerosos y donde la mayoría de los hombres de digna conciencia viven temerosos y cohibidos?...

Su Excelencia excusará la libertad que me tomo al dirigirle estas líneas, que me dicta mi deber de cristiano y de patriota, más que mi condición de desterrado, ya hecho al dolor de saberme sin Patria y, lo que es peor, de saberme sin amigos a quienes interese mi suerte personal, si no es para lamentar, en tono de reproche piadoso, mi falta de sentido de "la realidad venezolana", como si fuera un deber nacional negar camino a los esfuerzos dirigidos a hacer posible la justicia y el derecho que reclaman los hombres.

Soy de Su Excelencia atto. amigo y s.s.,

MBI

EDUARDO BERDEJO CASAÑAL[1]

(1) EDUARDO BERDEJO CASAÑAL. Editor de obras de Mario Briceño Iragorry. Consejero Técnico de la Editorial *El Noticiero*.

Madrid, octubre 3 de 1956

Señor Don
Eduardo Berdejo
Zaragoza.

Muy estimado amigo:

He recibido hoy la factura con el valor del folleto "Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño". Le incluye un cheque del Banco Atlántico por Ptas. 1.500.

He extrañado la lección de léxico que usted avanza a darme en su carta. Cuando le hablé de particulares formas de expresión que usamos los americanos, le dije así por no hacer uso de esa erudición de que usted se muestra desdeñoso. La frase que usted quiso corregirme "pluma cebada en tinta", no es forma americana, sino modo clásico de expresar la idea de mojar, por mí aprendida en los escritores del Siglo de Oro. Usted me cambió un ubicar por colocar. ¿Qué va de lo uno a lo otro?

Se sale usted del terreno al mentar a Cela, quien escribió una novela con pretensiones de aire regional y usó palabras regionales, aún no admitidas por el Diccionario de la Lengua. Esto entra en el proceso lógico de los idiomas. También los escritores costumbristas de la Península usan en su literatura formas regionales no recogidas por el Diccionario, que muchas veces le obligan a recurrir al glosario explicativo.

¿Entiende usted siempre lo que escribe un asturiano o un andaluz? Si los escritores americanos se vieran cohibidos para expresarse de acuerdo con las formas que el español ha adquirido en el Nuevo Mundo, lo que se acabaría sería el español. En la Península el vulgo llega a sorprenderse de palabras clásicas que acá cayeren en desuso y que el pueblo de América mantiene en vigor corriente. El español mantiene hoy su señorío, no sólo sobre los excelentes modelos clásicos, sino sobre los ciento diez millones de americanos que lo hablan, mientras los peninsulares sólo llegan a cosa de treinta millones. La Ley del Diccionario no es, mi querido amigo, manera de decreto absolutista, como aquellos con que Fernando VII pretendió dominar nuestro mundo. Cuando se reunió el pasado Congreso de Academias de la Lengua, yo escribí al respecto: "América tiene derecho sobrancero a que los vocablos que legítimamente usa su pueblo sean admitidos en el diccionario oficial de la Academia matriz, quien, en haciéndolo, lejos de recoger simples exotismos, de solo colorido americano, se abriría a recibir voces de castiza cuna, llevadas a nuestro continente por los conquistadores del siglo XVI o allá variadas legítimamente por el pueblo".

Como escritor yo estoy en el deber de dar a mi expresión personal dignidad literaria que la distinga, dentro del sentido lógico de las formas vulgares. Cuando yo digo pluma cebada, digo pluma alimentada, pluma nutrida, pluma colmada. Esto es una simple, modesta, sencilla forma literaria, de pronta comprensión.

El caso de que usted enmiende el escrito de un cliente que parece correcto siempre y cuando usted descubra un error notorio; creo que ese derecho y ese deber no avanzan hasta cambiar palabras que usted considere, según su respetable gusto, mal usadas; a lo sumo, en este caso, la benévola intervención debe limitarse a la oportuna advertencia al cliente amigo.

Comprenderá usted, querido amigo, que su carta de mérito me haya sorprendido grandemente, pues sus términos sobrepasan el límite de un reparo cordial para asumir desapropiada forma de lección no solicitada.

Sin más por hoy, le renuevo mis sentimientos de aprecio y me repito su amigo q.a.s.m.

MBI

Zaragoza, 2 de octubre de 1956

Sr. Don Mario Briceño Iragorry
Madrid

Muy estimado amigo:

Por el recadero Salueña le remito los 2 paquetes del trabajo "Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño" y le acompaño la correspondiente factura.

A veces, me permito la libertad de corregirle alguna palabra que no expresa lo que Vd. quiere desde el punto de vista del Diccionario de la Lengua Española. Por ejemplo "pluma cebada en tinta", debe decirse "pluma mojada en tinta". ¿Que es costumbre en Venezuela? Conforme, pero en Venezuela se habla español, y entiendo que hay que respetar el Diccionario oficial porque de lo contrario entre todos falsificaríamos el idioma.

Camilo José Cela ha publicado una novela, "La Catira" (por cierto francamente inmoral y sucia) llena de americanismos, y se ha visto obligado a publicar al final un índice de palabras que él comprende que el lector no sabría traducir. ¿No es mucho más sencillo y más elegante llamar a las cosas por su nombre, como se llaman en España, que por el afán de erudición extraña, ponerles nombres que luego hay que aclarar? Y conste que en este punto me refiero sólo a Cela, porque es español.

Estamos ya preparando su nuevo folleto.

Le saluda cordialmente y e . s. m.,

E. Berdejo Casañal

ROMULO BETANCOURT[1]

(1) ROMÚLO BETANCOUT. 1908-1981. Político, periodista, fundador del partido Acción Democrática. Presidente de la República (de facto 1945 al 47 y electo 1958 al 63).

Panamá, enero 9 de 1940

Señor
Rómulo Betancourt
Santiago de Chile

Estimado amigo:

Con gusto me refiero a su estimable correspondencia del 30 del pasado mes y por demás valiosas me han parecido las impresiones que me transcribe de la ciudad de Santiago y de la vigorosa laboriosidad del pueblo chileno. Maquiavelo escribe en "El Príncipe" que se tornan grandes aquellos conglomerados humanos que se ven forzados a luchar contra la inclemencia telúrica. Acaso entre nosotros haya sido contraproducente la posibilidad de conseguir sin mayor esfuerzo algo con que "pasar el día". Ello regresa negativamente hacia la destrucción de las iniciativas y llega a crear un tipo abúlico, decaído, como el nuestro.

Con gran interés quedo en espera de su conferencia ofrecida. De un hombre de la reciedumbre de carácter de usted, sólo pueden esperarse posiciones definidas. La explanación de sus conceptos sobre nuestro actual régimen político, tiene que ser la proyección hacia el exterior de los puntos de vista que privadamente comunica a sus amigos. Entiendo que usted respeta sobre y ante todo la integridad de sus ideas y de su conciencia responsable. Claro que no podemos enfatizar acerca de una perfecta democracia entre nosotros. Escasos países pueden ha-

cerlo. Ni Costa Rica, llamada la "Suiza de América", está ausente de actos político-administrativos que se alejan mucho de la rectitud democrática. Pero nuestro Gobierno no puede apriorísticamente ser calificado de despótico, ni mucho menos puede ser censurado de que no haya liquidado aún hábitos mostrencos de injusticia.

Lo que me dice de su declaración acerca del pensamiento católico lo juzgo por demás interesante. Ello servirá para que muchos piensen en el deber de rectificar posiciones. Para convivir en el seno de una democracia armónica, es urgente que todos nos demos a respetar el *mínimum* de libertad que tenemos derecho de gozar individualmente. Y nada representa tanto para la defensa de la dignidad humana, como el mantener libre la conciencia. Los liberales del 30 y del 70 (entre nosotros) creyeron que les asistía derecho para obligar a todos los ciudadanos a que fuesen liberales. Aquello resultó un liberalismo de sotanas rojas. Los enemigos de Torquemada y de Calvino contrahaciendo los sistemas absolutistas que imaginaban destruir. Para una racional política de convivencia venezolana, urge fijar puntos cardinales que sirvan a determinar el horizonte social. Habrá siempre la lucha, pero los hombres se mirarán y respetarán mutuamente, y tomarán, distanciados en lo interior, caminos de cooperación en lo que diga al bien común. Nuestro cuadro ha sido duro, estrecho, con proyecciones mezquinas. Ha habido en él mucha cosa barata y menudencias de vendutero. Sin respeto, sin tolerancia, sin valorar el derecho que a los hombres asiste en razón de su propio contenido humano, se llega fácilmente al clímax catastrófico que amenaza de ruina a la civilización europea. Acaso esta nueva y fresca sensibilidad humanística que hoy se anuncia desde todos los vientos, sea fruto de las injusticias que hemos venido presenciando en el viejo continente, y tal vez mañana le anotemos ese mérito negativo a los sombríos y volubles dictadores de Europa. La Némesis de Agorácrito, obra prodigiosa del pensamiento artístico de Grecia, la hizo posible el formidable bloque marmóreo que Darío trasladó a la Hélade para esculpir en él un trofeo de su no lograda victoria. El esfuerzo despótico por dominar las conciencias, ha traído, como feliz reverso, la necesidad de rectificar situaciones y de propender en consecuencia, a que se mida con la misma medida que deseamos para los nuestros, el derecho de los contrarios.

Deseo que usted y su señora hayan logrado ya acomodarse lo mejor posible y que les sea grata la estada en ese hermoso país.

Mi mujer se une a mí para saludarles y enviar cariños a la Baby.

Mil gracias por los libros ofrecidos.

Soy su afectísimo amigo,

MBI

Excuse usted la cita de Agorácrito. Hay levaduras imperdibles. Entre éstas la de ser romántico. Cuando menos piensa uno, se le sale a flor de pluma.

Santiago de Chile, 20 de diciembre de 1939

Sr. Dr. Mario Briceño Iragorry
Panamá, República de Panamá.

Estimado amigo:

Es hoy cuando vengo a cumplir el para mí grato compromiso de escribirle. Desde que llegué aquí me he visto envuelto en una serie de actividades. Esta gente chilena tiene una ancha cordialidad para nosotros. Además, la colonia venezolana es muy extensa y acogedora. A todo eso, agregue usted las incomodidades inherentes a la instalación con mi familia.

Chile es un país interesantísimo. Admira ver cómo esta gente terca y creadora se ha construido una Nación sobre un medio telúrico tan adverso. La primera impresión de asombro la produce Antofagasta, literalmente rescatada al desierto salitrero, ciudad donde ha habido que importar hasta el humus vegetal. Y sin embargo, tiene vida comercial, grandes edificios, confort. Santiago tiene ribetes de ciudad europea, con su millón de habitantes y sus "colectivos" de catorce pisos. El reverso de esta medalla es una impresionante miseria popular. El "conventillo" supera, en suciedad y negación de la higiene, a nuestra casa de vecindad. El actual Gobierno se empeña realmente en enfrentarse al problema del bajo nivel general de vida. Lo he podido constatar hablando con la gente que aquí gobierna. Pero es empresa de gran magnitud y creo imposible su solución dentro del lapso necesariamente

limitado de un período constitucional de administración. También tiene Santiago una intensa actividad cultural. Granean las conferencias, las exposiciones, los conciertos. En los actuales momentos se celebra la Feria del Libro, y emociona ver a la gente desfilando en masa —desde el "roto" en harapos hasta la gente encorbatada— por los *stands* donde se exhiben las obras de científicos, historiadores, novelistas y poetas.

He tenido varias actuaciones públicas. Una de ellas en la inauguración del Congreso del Partido Socialista. Allí hice una declaración categórica sobre nuestra real posición ante el pensamiento católico. Pensé, cuando usted me hablaba de la necesidad de que fijáramos criterio expreso sobre la materia, aprovechar la primera coyuntura para hacerlo. Ese discurso se lo enviaré en copia taquigráfica, por próximo correo; lo están imprimiendo en folleto. Con respecto al régimen político venezolano dije responsablemente, ante una asamblea de 15.000 personas, lo que a usted había dicho en privado. Creo que un hombre público leal a sus ideas no debe tener dos convicciones: la expresada en la penumbra discreta de la confidencia amistosa y la dicha públicamente. Por eso, estimado amigo, no tuve inconveniente alguno en reconocer como no había un despotismo en mi país y en hacerle justicia, en cuanto tiene de positivo y favorable a los intereses nacionales, a la gestión del Presidente López. Pero no quiero hablar más sobre este tema, ya que usted tendrá oportunidad de leer el discurso en la semana próxima.

Por ordinario le envío catálogos de Ercilla y Zig-Zag. Y un ejemplar del "Libro de San Michele", de Axel Munthe. Le hablé de él. Es un sedante delicioso, que lo hará olvidarse por algunas horas de la vida panameña, tan poco propicia al puro goce intelectual.

He hablado largo con el Doctor Rangel. Le trasmití su recomendación de que le escribiera. Me parece un hombre discreto e interesado porque el próximo gobierno del país afirme una línea de convivencia democrática. También he escrito a nuestro mutuo amigo, General Gabaldón.

Mi señora se me une para saludar a la suya muy cordialmente. Mande a su amigo afmo.

R. B.

San José, 25 de marzo de 1940

Señor Don
Rómulo Betancourt
Santiago de Chile

Muy estimado amigo:

Con gusto me refiero a su última por demás interesante carta. Con ella recibí su discurso en el Sexto Congreso Socialista, que he leído con la merecida atención. Su ubicación del Libertador la encuentro ajustada a la realidad. "Bolívar aún tiene que hacer en América", enseñó Martí y Ud. presenta al héroe con proyecciones realistas en nuestro continente. "Bolívar tiene todavía una palabra que decir en el planteamiento y solución de algunos de nuestros magnos problemas contemporáneos", asienta Ud. con justicia. Difícil investigación la que cumple el historiador cuando indaga las razones de la política bolivariana en los últimos años de la Gran Colombia. Para mí es el momento culminante de la tragedia del grande hombre. Los que le atacaron no tuvieron propósitos de proseguir el desarrollo de la curva democrática de la revolución, como intentan muchos explicar hoy día. Bolívar comprendió el peligro tremendo de los individualismos pugnantes, que apenas buscaban medrar con el mando, e intentó sofocarlos para la integración y consolidación de la unión de Colombia.

Me he detenido a considerar su posición frente al pensamiento católico, ya anunciada en su anterior carta. Habla Ud. del "irrenunciable

derecho de cada ciudadano a profesar en lo íntimo de su conciencia cualquier credo confesional". Ese derecho, pura y simplemente, no puede ser generado por una declaración política. Ese derecho tampoco ninguna tiranía puede destruirlo. Lo que las tiranías suelen amenazar es la expansión legítima de ese derecho como exteriorización de la conciencia de los ciudadanos. La convivencia deriva del respeto mutuo a ese *mínimun* de libertad interior puesta en marcha. De lo contrario sería aceptar la posibilidad social de conciencias cerradas e inertes. Una sociedad estática. Un panorama de daguerrotipo. En la dinámica social se requiere la tolerancia activa; es decir, aquella que no interfiera la expresión de los derechos personales. El equilibrio no cuenta, porque no podría apreciarse, en lo que dice a posiciones mudas. El equilibrio está en la armónica proyección en el campo social de los derechos del ciudadano. Creo que esto sea en realidad lo que Ud. quiso expresar en su oportuna fijación de posiciones frente a lo que se ha dicho de que Uds. "propician la persecución de las ideas religiosas de amplios sectores del pueblo". Holgaría mucho si Ud. quisiera referirse a ese tema en la nueva carta con que me favorezca.

Bien sabe Ud. que siempre he estado de facción para luchar porque en nuestro país llegue a crearse un clima de convivencia social. Por donde quiera he buscado las cerradas fuentes que dejen escapar el hálito de la reconciliación de nuestros hombres en pugna. Creo que es necesario fijar honradamente los cuadros de nuestro pensamiento, pero darnos a la serena y fecunda discusión de los principios y a conjugar aun fuerzas opuestas, en lo que diga a la realización de nuestro porvenir como pueblo. Y creo con Ud. que mientras colectivamente no se llegue a esa deseada posición, pueden los individuos aisladamente propender a la mutua comprensión de la honradez que guía la marcha de los grupos en que respectivamente estén ubicados. A mis amigos he escrito acerca de ese deber humano de limar asperezas y continuaré con deleite en tal obra de pacificación espiritual, es decir, de desarme moral: Creo que no se llegará a realizaciones colectivas sino a través de esa labor individual. Me complace ver a Ud. en semejante tono. Posee Ud. palabra autorizada y convincente para servir a la obra de sosegar la exaltación baldía de los ánimos y para hacer ver lo absurdo que es vivir y pensar en el aislamiento de un ángulo pugnaz. Sabemos

tan poco unos de otros, que horroriza la ligereza con que nos enjuiciamos mutuamente desde nuestra cerrada posición de litigantes. Existirá siempre la disidencia doctrinaria, pero la lucha debe hacerse con instrumentos cuya eficacia no radique en el poder aniquilante sino en la facultad de crear. Yo soy enemigo de las situaciones que quieren destruir con consignas de negación. En todo análisis debe haber un escolio sintético. El examen no se ha hecho para borrar sino para aclarar.

A Caracas escribo acerca de su regreso al país.

Con mi mujer envío a Ud. y señora saludos muy cordiales y nuestros deseos porque en unión de la Baby se encuentren bien.

Suyo afectísimo amigo,

MBI

Santiago, 12 de marzo, 1940

Sr. Dr. Mario Briceño Iragorry
San José, Costa Rica.

Mi estimado amigo:

Vengo a contestar, con un retardo de dos meses, su carta del 9 de enero. Me metí a la aventura de editar un libro con mis propios precarios recursos, y debí escoger la más incompleta de las imprentas chilenas, por barata. La experiencia me ha costado una jornada de trabajo diaria de 9 horas, metido en el taller, porque era la única forma de lograr una impresión medio decente. Ya el libro está en la calle y por ordinario le va su ejemplar. No se trata de nada novedoso, ni de alientos. Recogí 100 artículos de los publicados en "Ahora"; agrupándolos por capítulos más o menos orgánicos. Pero no son esfuerzos como éste de los que me tientan. Siento ya la necesidad de escribir trabajos de mayor vuelo. Y si he cedido a la tentación de hacer este volumen es porque su mismo "tono menor" servirá para popularizar tópicos económicos y fiscales, de difícil lectura para el hombre medio cuando se abordan con pedantería de técnico.

La publicación de este libro ha sido motivo para que compruebe cómo continúan las suspicacias entorpeciendo una *entente* leal entre los hombres públicos de Venezuela. Hice preguntar, por la Legación, si no habría inconveniente en que circulase legalmente en el interior del país. Se me hizo saber que no habría inconveniente "siempre y cuando no

se tratase de la difusión de doctrinas prohibidas por la Constitución". Esta respuesta es para desalentar a cualquiera. Creía que para nadie era posible la duda en Venezuela con respecto a la diáfana y definida orientación política normadora de mi conducta. ¡En cuántos tonos he dicho que nada tengo que ver, ni nada tiene que ver el más denso sector de las izquierdas venezolanas, con el Partido Comunista y con la Internacional Comunista! Tal vez, amigo Mario, la peor herencia recibida por las gentes venezolanas de estos tiempos de cien años de vida política inestructurada y caótica, es esta falta de fe mutua en la honestidad mental y política de los hombres.

En su carta, usted estampa una frase que me hizo meditar. Es ésta: "Para una racional política de convivencia venezolana urge fijar puntos cardinales que sirvan a determinar el horizonte social". El caos político nuestro tenderá a aclararse cuando esos "puntos cardinales" sean fijados, lealmente, por cada sector de la opinión nacional. La polémica fecunda, esa pugna creadora que ha sido impulso, motor, de toda transformación progresista de un pueblo, será posible allá sólo cuando se agrupen libremente los hombres en sus partidos y en sus asociaciones, en torno a criterios y programas definidos.

Empero, mientras no exista el clima histórico posibilitador de ese trabajo estructurado, deber de los hombres que tenemos una concepción civilizada y superior de la vida, es el de tendernos la mano, buscando los puntos de coincidencia existentes entre nosotros, mutuamente respetándonos los criterios diversos para enfocar problemas de política o de filosofía. La convivencia colectiva de mañana puede y debe hallar su anticipo en este acercamiento individual de hoy entre hombres identificados por su fe en Venezuela y por su empeño de verla ocupando posición cimera. Lo sé, por nuestras conversaciones, identificado con este punto de vista, y desearía que pudiéramos llegar a ser Ud. y yo, elementos de enlace, comprensión y acercamiento entre los sectores en los cuales está cada uno ubicado.

Hablemos de cosas más concretas. De Venezuela, la noticia que supongo bien conocida por Ud., de estar ya debatiéndose francamente la cuestión presidencial. El dramático problema del 41 está sobre el

tapete. Candidaturas como las del General Olivares y el Coronel Medina ya están discutiéndose desde las columnas de los diarios. Es de pensarse y de desearse que pronto se clarifique la situación, y los candidatos comiencen a perfilarse como realidades, y no como anticipos periodísticos. Mientras eso no suceda, habrá inquietud, espectativa angustiada en el país.

Dije en el anterior párrafo que es "dramático" el problema del 41. En realidad, no existe razón para que lo sea. Todos los venezolanos lúcidos tenemos ideas muy clara sobre la situación del país y sabemos a que peligros lo conduciría en esta azaroza hora internacional, cualquiera aventura descabellada. De aquí que tengamos empeño sincero, patriótico, venezolano, en una pacífica y ecuánime solución del problema del 41. Y es de pensarse que el Presidente López tenga igual interés, empeño semejante. Si es así, no creo difícil encontrar un candidato a la Presidencia capaz de continuar la obra emprendida por la actual administración, rectificando aquellos errores nacidos de circunstancias del momento y afirmando y profundizando todos sus pasos renovadores. Candidato que no se caracterice por su posición pugnaz, encarnizada frente a ninguno de los dos amplios sectores en que, quiérase o no, está dividida la Nación: izquierdas y derechas. Candidato de centro, conciliador y ecuánime, capaz de aglutinar detrás de sí a todas las fuerzas de progreso y de cultura del país. Si eso ha sido posible en Chile, donde gobierna un Presidente insospechable de radicalización política por su posición económica y por su formación mental ¿por qué no vamos a ser capaces nosotros en Venezuela de encontrar ese gobernante ponderado y equidistante de las pugnaces banderías?

Aquí estuvo el General Gabaldón. Hablamos muy largo. Vino aprovechando su viaje a Mendoza, es una provincia argentina limítrofe de Chile, donde estudió de cerca los ensayos de irrigación allí realizados. Este amigo nuestro continúa en su misma leal posición democrática y ratifica su absoluto desinterés personal ante la próxima contienda eleccionaria del país. Allá se especula mucho sobre la candidatura del General Gabaldón, sostenida por la izquierda, no obstante nuestra declaración de siempre, basada en el propio criterio de nuestro amigo y en el que lealmente profesamos con respecto a ella.

Le incluyo el folleto. Otros ejemplares, junto con el libro, van por correo ordinario.

En esta oportunidad estoy escribiendo a Don Joaco, con quien me he portado todo lo mal que era posible.

Espero hacer en estos mismos días la petición de regreso al país. No puede ser explicable mi salida sino como una necesidad política inmediata, ya superada por el tiempo. Aplicarle el Inciso VI a quien no ha hecho ni hace propaganda comunista en Venezuela, es absurdo en un Gobierno como el de nuestro país, el cual no admite comparación con las anteriores tiranías. Le estimaré que Ud. indague desde allí con personas amigas suyas sobre el particular, y me trasmita cualquier noticia.

Mi señora, bien. Retorna los saludos a Ud. y a su esposa. Dígale a ésta que la felicito por estar de nuevo en Costa Rica, objeto de sus añoranzas en la calurosa Panamá. La chica ha estado un poco enferma, pero ya se encuentra en vías de restablecimiento.

Le abraza y estima cordialmente,

Rómulo Betancourt

PS: ¿Recibió el libro de San Michele? Le fue certificado a Panamá. Ocúpeme para cuanto se relacione con libros.

San José de Costa Rica, Enero 8 de 1941

Señor Don
Rómulo Betancourt
Santiago de Chile.

Mi querido amigo:

Yo estoy en deuda con U. y por eso vengo a cancelarla con intereses en este comienzo de año. Hace ya unos tantos meses que recibí el estupendo tomo donde U. recogió sus estudios de "Ahora" sobre economía venezolana. Los releí con gran deleite, pues desde que el año de 1937 descubrí en Alajuela, en la lectura que hacía de un trabajo sobre el problema eléctrico, que Ud. era el responsable de dicha columna, nunca dejé de perseguir sus estudios, tan centrados, tan llenos de realidad y de hambre venezolanas. Mucho le agradecí el recuerdo de mi nombre que hizo al enviarme dicho tomo, que conservaré con cariño en mi librería.

Esta carta la dirijo a la Legación y espero que U. me ratifique o rectifique su dirección para enviarle unos libros.

A menudo charlo de Ud. con mi excelente amigo Valverde, quien le estima altamente. Valverde es para mí una de las mentalidades mejor orientadas de Costa Rica, miento, mejor abastadas. A Emilio le falta un poco de voluntad para estar mejor orientado, o, mejor dicho, para hacer valedera su inmensa cultura y su singular honestidad. El conoce el rumbo, es verdad, pero deja que la aguja gane para otra parte.

Supongo que ya sepa que su amigo Mora tomó el título de Abogado. Dio examen creo que el 31 de diciembre pasado. *Trabajo* hace dos o tres semanas que no sale, creo que sea debido a la preparación del grado de Manuel. Desearía conocer su juicio sobre la situación del nazismo frente al comunismo, y a la alianza que han hecho sus órganos en América. Con mi mujer deseo un año muy feliz a Ud. y a su señora y la simpática Virginia.

Suyo aftmo. amigo,

MBI

¿Qué me dice de su regreso a Venezuela?

Madrid, 24 de diciembre de 1954

Sr. Don
Rómulo Betancourt,
San Juan P.R.

Mi apreciado amigo:

Nuestra querida y admirable amiga, Cecilia Núñez Sucre, me hizo llegar tu expresivo mensaje de solidaridad con ocasión del criminal atentado de que fui objeto el 8 del presente. Mucho he agradecido y estimado tu manifestación de protesta por la salvaje actitud contra mí tomada por los agentes de la policía de agresión que sirve de sustentáculo a la funesta dictadura que azota a nuestra Patria. En mí ha servido este hecho para aumentar mi fe en la lucha contra los factores subalternos que han hecho presa de la voluntad de la nación.

Hago propicia la fecha para testimoniarte mis votos por tu ventura personal y de los tuyos y para suscribirme amigo afectísimo.

MBI

Génova, 26 de febrero de 1958

Señor Don
Rómulo Betancourt
Caracas

Mi apreciado amigo:

Desde que leí tu magnífico discurso de llegada, he estado por enviarte estas líneas con mis saludos y augurios.

Lleno de complacencia veo cómo se está haciendo realidad la unión y la concordia porque tanto nos preocupamos desde el destierro. A la hora de regresar a la Patria, hemos de pensar que fueron sus dolores multánimes lo que nos unía y no un mero propósito de revancha contra sus opresores. Libres hoy en ella, estamos obligados a considerar que si nuestros males curan a sólo el contacto con la tierra maternal, o a sólo la idea de poder libremente regresar a ella, como a mí me ocurre, los grandes daños sufridos por la Nación reclaman, en cambio, el mancomunamiento de todas nuestras fuerzas.

Animado de esta idea constante de servicio, he escrito algunas columnas dirigidas a fomentar el tema de la concordia que pregonáis con tanto énfasis los jefes de las varias colectividades políticas, y he escrito, además, en orden a ver la manera de que al ejercer la prensa el derecho de libertad, no caiga en desvíos confundibles con la injuria y la difamación, que los ignorantes de cosas cívicas confunden con la propia libertad.

Los peligros que rodean a las nuevas libertades son tantos y tan sutiles, que sólo una centrada vigilancia de los partidos y demás órganos responsables puede evitarlos. Esto hace de un valor extraordinario el espíritu de concordia y de unidad que anima a los grupos políticos y que tanto honra a los dirigentes que lo insuflan, pues sólo apoyado en la unidad de sus grandes fuerzas civiles, puede el pueblo asegurar la derrota definitiva del enemigo rendido el 23 de enero, pero que, desgraciadamente, quedó vivo como cáncer en el propio organismo nacional. Sin la unión cívica que los partidos pregonan, el perezjimenismo puede darnos la sorpresa de reaparecer con nuevo disfraz.

Al terminar una cura prescrita por los médicos, regresaré a la Patria, dispuesto a sumar mi débil esfuerzo a la lucha que por su recobramiento realizan allá quienes sienten el obligante privilegio de saberse defensores de las libertades del pueblo.

Con mis cordiales saludos y mejores augurios, soy tu aftmo. amigo.

MBI

ANDRES ELOY BLANCO[1]

(1) ANDRES ELOY BLANCO. 1896-1955. Poeta, ensayista, cuentista, dramaturgo, periodista, orador, político.

San José, octubre 16 de 1937

Señor Doctor
Andrés Eloy Blanco
Caracas

Mi querido Andrés Eloy:

Empiezo a escribirte con la emoción aún que me ha proporcionado la lectura de tu discurso en homenaje a la memoria de Chaumer. Es un canto cívico que eleva sus notas elocuentes sobre la justísima elegía del muerto. Podría decirse que no hablabas al borde de una tumba, sino bajo la comba de un arco triunfal. Tu oración, bien lo dices tú, es como una lección mañanera de dignidad republicana.

Mi inclinación a los estudios históricos me ha llevado preferentemente a investigar nuestros orígenes coloniales, y en ese denso período de gestación política (nuestra "edad media criolla", según me escribiera en cierta oportunidad la malograda Teresa de la Parra) toda nuestra existencia social se halla consustanciada con la vida del Municipio. El fenómeno más hermoso que presenta la conquista de América, es el trasplante a estas tierras vírgenes del viejo Cabildo español. "Cuando los Fueros locales —escribí en alguna parte— perecen frente al empuje de los reitres del joven emperador germanizado, una sociedad surge aquende el oceáno que permanecerá fiel a la tradición del viejo derecho". El Cabildo fue la primera expresión autonómica del conquistador; y aunque tomara de manos del representante regio su impulso inicial,

una vez constituido, se arrogó prerrogativas ya abolidas en la Península, ante las cuales cedía el mismo Gobernador y tomaban especial fisonomía las leyes de Indias.

Nuestra primera conmoción política la señala la lucha que en 1533 entablaron los Regidores y Alcalces de Coro contra la autoridad del Teniente Gobernador de Alfínger, empeñado en gobernar después de la muerte de éste. Fue aquello como la vislumbre de la fuerza que empezaba a hacerse subterránea en la propia masa popular y no conformes los criollos con ganar en el hecho la disputa, enviaron a la Corte un Procurador que negociase la perpetuidad del derecho a Gobernar los Cabildos mientras el Rey nombrase su nuevo representante. "Aquella Cédula dio fisonomía propia a la naciente vida política de Venezuela, y, restaurando en la Colonia el decaído prestigio de los antiguos Cabildos españoles, preparó las ciudades para futuros ejercicios de República". Con el pendón de Castilla, que como flor doliente marcaba la ruta de los conquistadores, vino el espíritu arisco de los comuneros castellanos para vengar en este suelo de América el impulso democrático que había sofocado en mala hora Carlos V.

Nuestra vida colonial fue vida de Municipio. Nuestra Independencia política tuvo su germen en el discurso de los Cabildos. "Para afianzar la legitimidad del movimiento autonómico que desconoció el gobierno de la Regencia y depuso a las autoridades que representaban un orden tachado de afrancesamiento, si bien los conspiradores contaban con la adhesión de la tropa veterana, necesitaron valerse de la fuerza legal que les ofrecía el Cabildo, como portavoz de los derechos populares y guardián de los intereses públicos; por cuanto era en su seno donde se había alentado durante tres siglos la noción diferencial de la nacionalidad, acostumbrada ya a luchar contra los mismos representantes del Rey.

Exaltar el Municipio, como tú lo haces, es cantar nuestra tradición cívica. Bien cuadra al poeta que ayer cantó a España en estro de apoteosis, hacer —aunque en prosa— el poema del Municipio, la más pura herencia que nos dejó la Madre Patria para ejercicios de República. En campo abierto, frente al Avila solemne, una mañana de Junio de

1923, te oímos tus amigos recitar por vez primera el poema que dio a tu nombre contornos raciales. Aquella misma emoción ha revivido en mí con la lectura de tu discurso, pronunciado también en campo abierto, frente al Avila solemne, una mañana en que el pueblo de Caracas rindió homenaje de respeto a un gran ciudadano muerto. Te has mostrado no sólo poeta y patriota, sino defensor valiente de nuestra tradición cívica, que si rota en los afanes de nuestra accidentada vida política, debemos intentar soldar para dar el ejemplo a la América de que somos fieles al impulso que hizo brotar el primer grito de libertad de una garganta caraqueña. Aprovechando el momento para erigirte en catedrático de civismo, has dicho a nuestro pueblo que su mayor fuerza reside en una institución que le es tradicional. Has citado a la Historia para que apuntale tus argumentos presentes, y has convenido tácitamente con quienes sostenemos que la Patria grande del futuro reclama los recios estribos de una Historia integral, que "no satisfaga únicamente la curiosidad del lector acerca del pasado, sino que modifique también su concepción del presente".

Eslabonar nuestra quebrantada tradición municipal es punto que contempla como previo, para la realización de la República democrática, el programa político del actual Gobierno de Venezuela. También nuestro Presidente toma las severas lecciones de la Historia, y en el reducido ámbito de sus declaraciones programáticas, ha sabido compendiar toda la fuerza que encarna la institución del Municipio, como célula de la soberanía pública. Tu discurso es como lírico escolio a la declaración presidencial. El pueblo, que sabe oír a los poetas por la intuición secreta del numen, habrá recibido tus palabras como el anuncio de una buena nueva. La de la libertad y la justicia.

Con mis felicitaciones, recibe el testimonio de mi gratitud por la emoción cívica que ha sabido traerme, salvando las ásperas distancias, tu admirable oración.

Tu amigo afectísimo,

MBI

Caracas, 12 de marzo de 1948

Señor Doctor
Andrés Eloy Blanco,
Ministro de Relaciones Exteriores
Presente.

Mi querido Andrés:

Cuando en reciente conversación me hiciste el honor de invitarme a aceptar una posición en el Servicio Exterior de la República, hablamos de la posibilidad de que yo fuera como Delegado a la Conferencia de Bogotá y de mis ideas respecto a la política de conciliación que debe abrirse en Venezuela y de la obligación moral que los hombres de letras tenemos con el Presidente Gallegos. Mi presencia probable en la Conferencia de Bogotá la vi como expresión de un anhelo de que Venezuela estuviera representada en la mesa redonda de las naciones americanas por hombres de distintas ideologías políticas, como es costumbre en estos casos. Tuve también la grata impresión de que tanto tú como el Señor Presidente no pretendíais que la colaboración de los independientes tuviese ningún carácter de entreguismo ni que se viera como señal de compromiso político alguno.

Como tú bien lo sabes, yo, sin abjurar de mi pasada actuación política, he permanecido alejado de toda militancia y aspiro apenas a entregarme de lleno a mi obra literaria. Un columnista de "El País" me llamó en cierta ocasión "espectador de la política". Y eso en verdad soy

yo actualmente. Tengo la firme intención de vivir en plano aparte a toda lucha partidista. Mi actitud discreta y moderada me ha granjeado el precio personal de quienes hoy luchan en los distintos cuadros de los encontrados partidarismos. A nada más puedo aspirar.

Ayer mismo supe que a Bogotá llevarán los opositores del actual Gobierno, temas que constituirían para mí grave disyuntiva moral. La prensa hostil al régimen de Gallegos ha empezado su batalla contra los hombres que aceptan su cordial invitación de prestar servicios al país en los cuadros del Servicio Exterior. Y la prensa gubernamental ha respondido a dichos ataques con denuestos que llegan hasta infamar globalmente a quienes formamos en las filas de los gobiernos anteriores a octubre.

Por ello, vengo a rogarte que me dejes por ahora en el apartado sitio en que aspiro seguir viviendo y que me reserves para mejor oportunidad el placer y el honor de colaborar en el Gobierno de quien yo espero sabrá restañar las hondas heridas de la Patria, y al cual estoy desde ahora dispuesto a prestar mi modesta y desinteresada ayuda de orden cultural.

Te abraza tu afectísimo amigo,

MBI

Caracas, 21 de mayo de 1948

Señor Doctor
Andrés Eloy Blanco
Presente.

Mi querido amigo:

En fecha reciente tú y yo firmamos, en unión de un grupo de escritores nacionales, una protesta, dirigida a la conciencia de América, por la conducta del gobierno de González Videla contra el poeta Pablo Neruda. Nos movió en aquella oportunidad la idea de poner en alto los fueros del pensamiento libre de un político a quien sus enemigos perseguían por haber expresado lealmente sus puntos de vista frente a la conducta del gobierno chileno.

La prensa anuncia hoy la detención del periodista Germán Borregales, por quien, tanto tú como yo, hemos sido atacados en su conocida columna de "El Gráfico". La prisión de este periodista pudiera estar relacionada con actos extraños a su profesión de diarista, como es justo suponer en un régimen presidido por un gran intelectual; mas, mientras la opinión pública no sea informada debidamente de los hechos ocultos que motivan su detención, ésta aparecerá como acto de hostilidad del gobierno contra un representante de la prensa oposicionista. Tal consideración me lleva a pedirte que, en la alta posición que hoy ocupas en el Ejecutivo, propicies una rápida explicación de parte de las autoridades acerca de las causas de la privación de libertad a que

ha sido sometido el nombrado periodista, a fin de que sea puesto en claro que no se le ha arrestado por sus críticas al Gobierno.

Nuestra actitud de ayer frente al caso de un gran escritor americano, de cuya ideología no participamos, nos obliga moralmente a velar porque en nuestro país no se realicen actos semejantes a los que censuramos a las autoridades extranjeras, así vayan ellos contra aquellos escritores que adversen nuestra propia posición política o intelectual.

Alejado como estoy de toda pugna política, creo mantenerme consecuente con las ideas que anteriormente he expuesto en la prensa, por medio de esta insinuación amistosa y privada que hago a mi viejo compañero de letras, hoy responsable, en grado eminente, del destino de la democracia y de la cultura del país.

Soy tu afectísimo amigo,

MBI

Madrid, abril 3 de 1954

Sr. Doctor
Andrés Eloy Blanco
Cuernavaca.

Mi querido Andrés:

Tu carta me ha llegado como regalo de lujo en días de angustia. A su mérito propio, quisiste agregarle el precio de la introducción contenida en la carta para Ana Luisa.

En verdad esperaba hacía meses tus letras, pues fue para ti mi primera carta al salir en diciembre de 1952 del infierno de Venezuela. De tu salud siempre sabía, por tus numerosos amigos residentes en Madrid. Me place que te sientas bien. Yo, a mi viejo mal de las coronarias, he visto sumada una insistente dolencia ósea, que los médicos califican de descalcificación. La red de distribución y los pilares de la casa andan, pues, mal. En cambio, al espíritu lo siento engordar, como decía Santa Teresa. En el exilio compenso por medio de trabajo continuo cualquier nostalgia de Patria. Y salvo un revés de voluntad, a que todos estamos expuestos, no pienso regresar a Venezuela mientras gobierne Pérez Jiménez. Jamás podría este Monteverde sin espada llegar a un clima de gobierno con garantías. Cuando el General Gómez, sus enemigos pudieron contar con la ley de su palabra. En el perezestradato que sufre el país, la palabra de los gobernantes carece de autoridad.

Me han llenado de justo orgullo tus palabras de encomio para mi obra al servicio de la causa de la República. Si he llegado tarde a juntarme con quienes, como tú, sois veteranos en las luchas por el decoro de Venezuela, me complace haber entrado a llenar en parte sitios vacíos por la desgana que tomaron algunos veteranos cuando tuvieron posibilidades de contrahacer lo que habían censurado desde la oposición. Mi tardanza la compensa la voluntaria renuncia a posiciones cómodas que no se compadecían con una línea de decoro. El duro sacrificio que a mis años representa este camino es lo que da apariencia de mérito a mi modesta labor literaria al servicio riesgoso de la causa pública.

Esa impresión sobre mi discurso en el Nuevo Circo que Rosario y Totoña te trasmitieron, vale por una condecoración. Sentir que se me vea en el camino del deber me place más que cualquier triunfo material. A veces llego a mirar mi destierro como el mayor beneficio que hubiera podido recibir. En él me estoy aquilatando y en él estoy sintiendo cómo es grato servir sin paga a la causa del pueblo. Si nuestro triunfo de Noviembre de 1952 se hubiera concretado en una realidad de poder, no hubiera tenido yo esta maravillosa experiencia de gustar el sufrimiento con que se respaldan las grandes ideas. Hasta habría podido caer en el olvido que promueve el saboreo de la victoria.

Te envío tres paquetes certificados con mi última publicación literaria, toda ella dedicada a la lucha por la dignidad del hombre de Venezuela y de América. Van los ejemplares para el Maestro Reyes.

Para tu mujer muchos saludos. Para ti el invariable afecto de tu viejo amigo,

MBI

OMAR BRICEÑO IRAGORRY[1]

(1) OMAR BRICEÑO IRAGORRY. 1900-1958. Hermano de Don Mario Briceño Iragorry.

San José, Noviembre 3 de 1937

Mi querido hermano Omar:

Tu carta-advertencia me ha traído un profundo dolor, no por los torcidos comentarios que se hayan podido hacer a mi carta para Andrés Eloy, por su estupendo discurso en homaneje a Chaumer, sino a causa de la reserva que haces acerca del derecho que tienes a indicarme cualquier error en que yo puedo incurrir. Has cumplido con tu deber de hermano y mucho te agradezco tu insinuación. Pero debo protestar por la duda que manifiestas respecto al derecho que tienes para dirigirme la advertencia. Cuando hemos vivido juntos nunca he tenido para ti reservas mentales. Nunca, tampoco he esquivado el que entres en mis asuntos privativos como en terreno propio. Siempre he procurado ser fiel a los consejos de fraternidad de nuestra santa madre, y ayer no más, en carta que no me respondiste, creí cumplir mi deber y ejercer un legítimo derecho de hermano, cuando te aconsejé que buscases un trabajo alejado de la política. De modo, pues, que debes dar por razonable la extrañeza que me causó, no sin dolor, el ver que dudas del derecho que tienes a hacerme una insinuación y a darme un consejo, cuando ves en peligro mi situación.

Pues has de saber que no me sorprendió la noticia del efecto causado por mi carta. Tal vez haya temeridad de mi parte al exponerme a la maldad de los hombres, en una época en que no se puede pensar ni en el bien de los hombres. Mis ideas son bien conocidas, y los hombres justos que aún queden por allá libres de las mezquinas pasiones,

habrán sabido ver en mi carta sólo un noble propósito de contribuir a orientar un momento difícil de nuestra vida institucional. El año pasado escribí a un amigo que José Rafael Gabaldón no es comunista, y ello me valió adversos decires.

He llegado a la conclusión, mi querido Omar, que entre nosotros más medra el pícaro que simula honradez, que los hombres honrados que se creen acorazados por una limpia conducta y se exponen al fuego callejero.

De nuevo te repito mi agradecimiento por la diligencia que pusiste en advertirme del peligro de las malas intenciones en que me he puesto y ten la seguridad de que atenderé tu consejo.

Por acá todos bien. Mis saludos a Consuelo.

Tu afectísimo hermano,

MBI

Graciela no ha vuelto a escribir. ¿Está en Trujillo?

HERMANOS BRICEÑO PICON[1]

(1) HERMANOS BRICEÑO PICON. Correspondencia dirigida por MBI desde el exilio a sus hijos radicados en Venezuela.

Madrid, 22 de agosto de 1953

Mis queridos hijos:

Hoy hemos pensado vivamente en vosotros. Para recordar los trienta años de nuestro matrimonio, Pepita y yo fuimos, con María, a oír la Misa en la Iglesia de San José, donde tuvo efecto el matrimonio de Bolívar. Quise unir de ese modo nuestra fiesta de desterrados con la memoria venerable del Libertador. ¡Qué de ideas me vinieron a la mente! Sobre todo, la tuve poblada del recuerdo vuestro.

Como perfume de flores ausentes, nos han embelasado los retratos de los nietos. Ya había mirado yo en Venezuela un cuadro semejante, pero con ubicación contraria. A la madre de los Carnevali vi llorosa ante el retrato de los netezuelos nacidos durante el destierro de los hijos. Hoy también me toca a mí pagar mi tributo a la crueldad venezolana y contemplar desde tierra extraña las fotografías que retienen la imagen risueña de mis nietos.

Eso es Venezuela, queridos hijos. Madre generosa de forasteros que lucran con su riqueza, madrastra dura para los hijos que mejor quieren servirla. Mientras los venezolanos que intentamos defenderla de la garra extranjera nos vemos echados de su suelo, los Proudfit, los Donnelly, los Smith exprimen su riqueza a consentimiento de los criollos comprometidos con la venta del país y con la humillación de sus hijos. Esa es la República que el General López Contreras acaba de pintar al Papa como gozosa de completa paz social. El mismo, cuando lo

visité a su paso por Madrid, me dio a leer el telegrama que dirigido desde Roma a "El Heraldo" de Caracas, con la noticia de que Su Santidad oraba permanentemente porque la Providencia Divina conserve a Venezuela en el disfrute de la paz social. Yo le dije que era lamentable que el Santo Padre estuviese tan mal informado de la realidad venezolana, pues de conocer nuestras desgracias, impetraría con insistencia al Señor remedios oportunos y eficaces para curar los odios que han hecho presa de nuestra afligida sociedad.

El cuadro presente debe estimularos a vosotros para pensar en la necesidad de invertir el concepto actual de la política. Nuestra propia familia es abreviada y pálida expresión de la angustia que pesa sobre nuestro pueblo; que pesa hoy y que pesó ayer, salvo el breve paréntesis de seguridad absoluta que fue el régimen de Medina Angarita.

También hubo ayer esa misma indiferencia culpable. Y ha habido en el pasado algo más grave aún: los hombres que habían sufrido cárceles y destierro, al llegar al Poder se cebaron en someter a idénticas penas a sus compatriotas. Del exilio regresaron cargados de odio y de las prisiones salieron movidos de incontenibles sentimientos de venganza.

Nada como estos antecedentes me angustia tanto en el presente momento. Jamás gobierno alguno, salvo los gobiernos de la Guerra a Muerte, había realizado en Venezuela una política más cruel y más feroz que la política de hoy. La revancha puede por ello ser mañana espantosa e incontenible. Eso me apena, por cuanto sería legar a las generaciones nuevas el riesgo de cosas peores. Justicia y castigo se imponen frente a los desmanes presentes, pero justicia mantenida dentro del cauce de las leyes. Los demás no sería sino dar riendas a una verdadera carrera de barbarie, que no llegaría tampoco al castigo de los verdaderos culpables de la actual situación venezolana. Estos posiblemente quedarían a buen seguro, en espera de propicia oportunidad de corromper a los nuevos ejercitantes del Poder.

De mí sé deciros que pongo en manos de Dios el castigo de quienes hoy me privan de la dicha de pasar estos años cansados de mi vida al lado vuestro y al lado de las lindas criaturitas llamadas a ser corona

de alegría para mi abatida cabeza. Por hoy hemos de resignarnos vuestra madre y yo a pensaros de modo muy intenso y a pedir al Señor quiera ofreceros en la tarde de vuestros días una Patria sosegada, de la cual haya huido toda amenaza de crimen y de humillación. Con vuestras esposas y vuestros tiernos hijos recibid nuestro afecto y nuestras bendiciones.

Os abraza vuestro amantísimo,

Papá

JESUS OMAR BRICEÑO[1]

(1) JESUS OMAR BRICEÑO PICON 1929. Cuarto de los hijos de MBI. Abogado, escritor.

Madrid, 12 de diciembre de 1953

Señor
Jesús O. Briceño Picón
Caracas

Mi querido hijo:

Al disponerme a hacerte estas líneas alguien me susurra palabras pronunciadas por Pérez Jiménez contra mí. Según entiendo el pobre Coronel quiere negar autoridad a mis palabras porque yo serví a los gobiernos de Gómez, López Contreras y Medina. Si desarticulo su juicio, encuentro en el fondo de él una simplicidad freudiana. Me cobra haber desertado del gomecismo que él intenta perfeccionar en su fase funesta, con la ayuda de viejos gomecistas, y por una obnubilación de resentido me imputa como falla su propio pecado político. Yo pude haber servido a Gómez. Jamás lo he negado. De lo contrario, lo he pregonado con la debida responsabilidad. Tú y mis otros hijos sabéis que lo que se me ha imputado como hecho grave no pasa de ser una vil calumnia de mis enemigos políticos. Sabéis también vosotros que lo poco que llegué a adquirir me vino como remuneración de mi trabajo y como resultado de grandes sacrificios. Vistéis a la caída del gobierno de Medina Angarita cómo vuestra madre hubo de ayudarme al sostenimiento de nuestro hogar. Sabéis, tú mejor que ninguno, cómo mi desventurada misión a Bogotá al servicio del engaño de los militares, me reportó pérdidas económicas. Aún más. Ya grandes, vosotros habéis observado mi conducta y conocéis mis opiniones y pro-

pósitos de hombre público. Sabéis que no soy un vulgar ambicioso y que junto con mi beneficio personal busco el beneficio de la comunidad. Sabéis, también, que di mi nombre para la lucha política pasada porque creí cumplir un deber y no porque esperase otro triunfo que no fuera la satisfacción de haber cumplido aquel deber. Si yo fuera un calculador empeñado en buscar influencias, estaría al lado del gobierno. Quizá éste sea el hecho que más violente a Pérez Jiménez contra mí. Fui yo justamente el primer funcionario que se separó de la política de los militares, cuando barruntó que en el fondo había una cosa podrida que sólo podía desembocar en la funesta noche del 2 de diciembre. ¿Si yo carecía de antecedentes honorables, por qué entonces me pidieron los militares que fuera a Colombia a crear ambiente de favor para el gobierno surgido el 24 de noviembre? ¿Por qué no enviaron a Aureliano Otáñez, a Laureanito Vallenilla, a Silvio Gutiérrez, a Carlos Felice Cardot, a Ricardo González, a Rodríguez Gragirena?...

En el momento actual sólo me interesa el juicio de mis hijos. En vosotros está la historia que más me preocupa. Yo voy de paso aceleradamente hacia el fin de mis días. De mis compañeros de generación, pocos son los que puedan dirigirme un reproche razonable sin que yo les responda con alguno mayor. He revisado serenamente el panorama de Venezuela y he llegado a creer que no sea tan pesimista tu juicio sobre la juventud del país. Quiera Dios que en vuestra vejez veáis a vuestros hijos haciendo el viraje de la nave.

Por lo que se me dice de allá creo que mi permanencia en España sea para el resto de mis años. Lo que se me refiere y lo que dejan intuir los periódicos, indica que después del 2 de diciembre de 1952 se produjo en Venezuela un colapso moral de difícil convalencencia. Tu mamá y yo estamos discutiendo las posibilidades de establecernos en forma permanente. Ya tenemos residencia oficial para dos años. Ahora buscamos de adquirir un pisito; ya tomándolo vacío y amueblándolo por nuestra cuenta. De todas maneras nos resultaría más económico. Yo me he hecho a la idea de no volver a Venezuela por el resto de mis días. Comprenderás tú lo que esto significa para mí como acto de voluntad. Ahora me queda el problema de poder sostenerme con tu mamá

y niñas. La renta de la casa es algo expuesto a contingencias. La pluma me da poco, por no decir nada. Si mis amigos de allá no me hubieran traicionado, yo tendría una entrada decente. Para el próximo año planeo algo como exportar novedades o trabajar acá en una casa editora.

Este definitivo fracaso de la paz de mi vida no debe ser ocasión para que vosotros os desaniméis en el camino de ser hombres honrados y cabales, menos para que anidéis en el espíritu sentimientos de personal venganza. En el orden de los pueblos ocurren a veces vuelcos extraordinarios, al igual de los que acontecen en el orden de los individuos. Nada extraño tiene que el satanismo que hoy impera en Venezuela sea derrotado por un inesperado rayo de razón iluminada. El estrujón habrá de ser muy fuerte, qualquiera que sea el camino que se abra. Tarde o temprano se hará sentir la reacción del pueblo. Menos mal que nuestro pueblo es generoso y fácil de orientar. Dios os libre de los peligros de esa hora terrible. Pero terrible y peligrosa es preciso desearla. No es posible que prosiga ese orden funesto que hace desviar el juicio de las mejores cabezas y torcer el sentimiento de los corazones mejor puestos. Cuando pienso en los 90.000 muertos de la pasada guerra civil de Colombia y sopese su significado frente a lo que ocurre en Venezuela, veo en verdad, como lo vi de cerca y comenté a nuestra Cancillería, que allá hubo una espantosa barbarie metida sofísticamente dentro del articulado de la Constitución. Allá hubo habilidad para que el golpe de Estado pareciera con pespuntes legales. Pero en Venezuela se está produciendo una forma de cinismo sin precedentes, que yo no vi en Colombia. En Bogotá se produjeron divisiones en el orden de la sociedad que indicaban respeto a la propia persona. Quedaron hombres en actitud recoleta frente al gobierno opresor. No se produjo en Colombia la quiebra espantosa de los desfiles ni la humillación de los bailes oficiales. Hoy hay un cinismo tan exagerado que los hombres que sirven a la dictadura, aun en altos cargos, se confiesan en privado enemigos de Estrada y Pérez Jiménez. El poder de Gómez tenía aun la vieja vislumbre de la gracia real que tornaba en complacidos servidores a los enemigos de ayer. De La Rotunda y del destierro pasaban los políticos a la fila de adictos al jefe. Reinaba una psicología primitiva en la valorización del poder. Hoy impera un satanismo que sólo persigue el goce concupiscente. Cuando se iba a los Congresos de Gó-

mez se iba en función de amigo de Gómez. Hoy el Congreso está lleno de enemigos de Pérez Jiménez, que a pesar de hacer todos los días lo que Pérez Jiménez quiere, no desperdician oportunidad de mofarse de su inconsistencia humana. Yo no he hablado con ninguno, pues vivo apartado de malas juntas, pero sé lo que murmuran los congresantes viajeros que vienen a Europa a gastar las monedas del soborno.

Yo creo, sin embargo, que estos traficantes tienen razón. Viven la realidad del momento venezolano. Si en Venezuela lo espantoso es que haya aún algunas personas honestas. ¿Qué, fuera de una recta conciencia, puede servir de estímulo a una mujer en Caracas para no prostituirse? ¿No se ve a la llamada sociedad alta entregada a una permanente orgía en los clubs y en las mansiones particulares? ¿No se ve al propio marido cornudo sonreír y agasajar al cómplice del adulterio por donde le vienen los cuernos? ¿Puede esperarse decoro público de gente que no sabe defender el decoro de su propio hogar? ¿Puede pedirse un sacrificio noble a una sociedad alegre que sólo piensa en la francachela, en la cena, en el baile, en la madrugada festiva? Un sociedad que pasa el día en la cama y que de noche ríe y juega, tiene que entregar su voluntad y rendir su aplauso a los bárbaros que le prometen seguridad para la abundancia donde el vicio medra.

Esa es la buena sociedad que a mí me moteja de comunismo. Esa es la buena sociedad que apoya a los entreguistas del decoro nacional. Esa es la buena sociedad que ve con indiferencia que Venezuela pase a ser colonia de Estados Unidos. A esa sociedad hacen coro aun voces llamadas a protestar por la insistencia del crimen como método de gobierno. Hisopo en mano la presiden obispos que han llegado a bendecir antros de tortura. No te extrañe ver mañana a la jerarquía rodeando a Pérez Jiménez cuando lo hacen doctor *honoris causa* de la Universidad Católica, porque hasta allá llegará el estado de locura de Venezuela.

Para templar el efecto de estos continuos impactos, yo leo diariamente a San Pablo. La vida de este gigante de la gracia es algo extraordinario para ayudarlo a uno a mantenerse firme. Con San Pablo en la mano nadie puede decaer en el camino de la fe en Cristo. Toda esta espantosa mentira del anticomunismo norteamericano, todas estas formas

delirantes del maccarthysmo que hoy tiene en zozobra aun al propio viejo Truman, todo esto se esfuma como engañosa niebla, cuando uno se adentra en el pensamiento real del grande apóstol que destruyó las trácalas de la ley antigua. En la atormentada sintaxis de San Pablo se esconde el secreto de un Cristo situado más allá de los intereses de sus oportunistas defensores presentes.

Jamás pensé yo en el absurdo social y filosófico de verme motejado de enemigo de Cristo por Vicente Lecuna, Ramón David León, Laureanito Vallenilla, Luis Gerónimo Pietri, Nicomedes Zuloaga y Pedro Estrada. También los fariseos motejaron de herejía a San Pablo. Y si a predicar el Evangelio se dieran hoy en el mundo los viejos apóstoles, de muchas catedrales serían echados por gente tomada de la inhumanidad e insensibilidad que caracteriza a la sociedad pagana del momento.

De mí pueden decir lo que les plazca. Para mirarme, sólo tengo el espejo de mi conciencia. Para juicios del mundo, me satisface el que os forméis vosotros mis hijos, en cuyos espíritus y en cuyos actos espero ganar mejor vida terrenal.

Tampoco pretendo exhibirme ante nadie vistiendo vestidos de pureza. En el orden privado y en el orden público he cometido faltas. No pido que me sean disimuladas. Reclamo, en cambio, que se me tome en cuenta la reparación que he procurado con mi conducta.

Tu madre y yo os recordamos vivamente al acercarse el fin de este año, que también pasaré separado de vosotros. Padres e hijos sin crimen alguno de por medio hacen forzada vida distante, porque así lo quiere la soberbia de un hombre y así lo tolera y aconseja una sociedad que tiene la insolencia de llamarse cristiana. Cuando el General Gómez mandaba no hubo ninguna teoría, fuera de la inválida del gendarme necesario, que se hubiera levantado para explicar el hecho de fuerza. Gómez mandaba en nombre de la violencia y durante su mandato el pensamiento doctrinario buscaba rendijas en medio de la dictadura para hacerse sentir. La Iglesia misma se sabía víctima de la *capitis deminutio* que padecía la República. Al favor personal de la dictadura se buscó dinero para la fábrica de los templos, permiso para la entrada

de misioneros extranjeros, ayuda para los seminarios. Durante Gómez y durante Castro hubo sacerdotes sacrílegos. En Barquisimeto Pepe Coloma comparó a Castro con Julio César. Para superarlo, el padre Borges comparó a Gómez con la tercera persona de la Santísima Trinidad. Pero aquello fue expresión de actitudes particulares que merecieron el repudio general. Hoy la dictadura se siente protectora de la Iglesia y salvadora del orden cristiano de la sociedad venezolana, y hay obispos que reconocen en el dictador una manera de Constantino. Poco falta para que a Pedro Estrada se reconozca el celo por la fe que desvió hasta el delirio de las torturas el recio espíritu de Torquemada.

A mí se me impide vivir en el país por ser hombre peligroso a la paz social; mientras tanto la alta sociedad festeja a los verdugos de Venezuela y caballeros de alto rango comparten con los torturadores el tálamo matrimonial; todas las noches honorables mantuanos alargan sus finos manteles para invitar a los saqueadores de las arcas públicas, y en las severas mansiones de los altos representantes de los apellidos tradicionales, se festeja a los Donelly, a los Proudfit y demás representantes modernos del invariable espíritu de los viejos corsarios.

Ese es nuestro mundo, mi hijo querido. Pero ante ese mundo no hay porqué rendirse. Vueltos sobre vosotros mismos, como el silencioso caracol, debéis hacer vuestra vida. En la sociedad de los hermanos y cultivando la afectuosa relación con el resto de la familia que se haya salvado de este diluvio de miedo y de inmundicia caído sobre la triste sociedad venezolana, amén de los dos o tres amigos fieles que aún mantengan relaciones con vosotros, debéis moveros con vuestras esposas. Si Dios permite, como ha de ser, que nos volvamos a reunir, podremos saborear entonces nuestra victoria sobre las fuerzas demoníacas que devoran al país.

Esta carta es para todos vosotros mis hijos distantes. Leedla y meditadla. Tiene un poco, o un mucho, de amargura, como es natural por las circunstancias y por la hora en que la escribo. Los escaparates llenos de regalos de Navidad me acongojan al ponerme a pensar en vosotros y en los queridos nietezuelos (mi enfermedad justamente la llaman los médicos alemanes *mal de los escaparates*, por cuanto ante ellos

se descansa en la marcha y se hace más fácil el andar largo). Pepita llora en silencio mucho. Esto me aflige más. Escribidla con frecuencia. Enviadla retratos. Eso la consuela. Mi destierro es triplemente doloroso. Me duele la ausencia de mis montes y mi cielo; me aflige la separación de vosotros; me estruja el corazón ver el dolor que por causa mía sufre Pepita al mirarse distante de vosotros. Pero en medio de mi inmenso dolor crece mi fe. Mientras más aprieta la obscuridad más cerca está la hora del alba. Confío en que vosotros podáis gozar de paz y de tranquilidad en una sociedad nueva, donde se exalte la virtud y se execre el crimen, donde se prefiera la desgracia a la cobardía, donde los hombres virtuosos desalojen de los primeros sitios a los hipócritas y audaces.

Los bendigo y soy vuestra amantísimo Padre.

Madrid, 6 de mayo de 1955

Mi querido hijo [Jesús Omar]:

Te ofrecí una carta larga en la que llevó el aéreo de hoy. Espero que ésta te llegue con seguridad y te lleve palabras que destierren la angustia que pudo ocasionarte la mía anterior. No creo en realidad que la carta mía de mérito tenga en sí tanta desolación. Te pido que la releas y sólo mires en ella la parte filosófica. De mí sé decirte que me siento con fe en mí mismo. Miro cómo crece en torno mío la soledad, pero pienso en Leonardo da Vinci. *E si tu sarai solo, tu sarai tutto tuo,* dijo el extraordinario genio renacentista. En la soledad de uno mismo, mejor se conversa con Dios. Nada tiene la elocuencia del diálogo que mantengamos con nuestra mismidad. En el orden de los hombres, no creo en nadie. Desde que salí de Venezuela he venido siendo objeto de pequeñas traiciones. Traiciones de allá y traiciones de acá. Traiciones de amigos y traiciones de parientes. He podido, también, estimar valores elevadísimos, que han llegado a conmoverme. Yo no tendré con que pagar a Lucho, a Joaquín, a Mons. Navarro, a Castro y a algunos más su cariño y su voluntad de mostrarme su afecto. Estas son luces que me mantienen iluminada la fe que tengo en el triunfo final del espíritu. Lo de mi desasimiento de las cosas de Venezuela es casi una medida de profilaxia.

Estoy haciendo conmigo mismo la revolución anticopernicana que hizo Kant en el orden del conocimiento: busco en una trascendencia idealista el planteamiento de mis problemas. No es que me esté dejando

llevar del kantismo. Yo soy realista. Pero quiero con esto referirme a que la problemática venezolana la estoy reduciendo al problema de mis hijos. Será esto egoísmo, pero algo tengo que hacer para no sufrir tanto. Si yo fuera un aventurero de la política, otro sería mi juicio del momento. Yo he errado pero mis errores he buscado rectificarlos con sacrificio. Yo no estoy en el destierro por crimen alguno ni asumí la conducta que asumí el 52 en busca de recompensa material. Villalba y Caldera tenían el compromiso de ir a las elecciones. Yo no, aun fui partidario de la tesis de AD. Yo al principio fui abstencionista. Cuando acepté ser candidato, acepté una carga, a cambio de la oportunidad de poder exponer al pueblo mi tema desamparado del nacionalismo. Yo no fui a buscar sueldo ni honores. Fui a buscar los improperios que hoy me lanza el gobierno por boca de sus letrinas literarias. Algún día se me hará justicia y ustedes recabarán para mí el mérito de haber dado espaldas a la comodidad para sacrificarle al país mis años maduros, cuando más sosegiego reclamaba mi vida. Esto no puede enturbiarlo ni la más inteligente calumnia de mis enemigos. Yo jugué una carta prácticamente perdida para probar mi espíritu de servicio al país y a mis ideas.

En mi mentada carta te hablaba del retrato de Aristiguieta. En el prólogo de mi libro "Vida y papeles de Urdaneta el Joven" digo cuál fue el origen de la relación de mi padre con el General Jesús María Aristiguieta. La entenada de Aristiguieta —Mercedes Urdaneta— me regaló el retrato del General pintado por Michelena y ese que te he dado, pintado por Emilio Mauri. El de Michelena está en el Museo. Yo lo vendí al Ministerio de Relaciones Interiores para acudir con su precio a las necesidades de la propia Mercedes, que llegó a la extrema pobreza. Me quedé con el Mauri. Ella no quería la venta. ¡Era tan altiva! En mi casa, desde 1930, ese óleo ocupa el sitio que ocupó en el escritorio de mi padre la fotografía del viejo Aristiguieta; en la que me acostumbré a mirar una manera de abuelo. Aristiguieta no dejó sucesión. Yo he recabado para mí un carácter moral de nieto del generoso político que formó a mi padre. Yo quiero que tú cultives el culto debido a tan grata memoria. Demás de eso, con ese culto he querido rendir homenaje a mi padre y a la amistad que profesó al viejo caudillo federal. La amistad debiera ser algo sagrado. En Aristiguieta

yo le rindo un homenaje de devoción. Yo he seguido pagando a Aristiguieta el afecto que le tenía mi padre. Es una continuidad de afecto que yo desearía legar a mis hijos. Yo no he tenido un amigo que merezca ese culto. Me retraigo a mis muertos. Como yo, mi padre fue traicionado, aun por sus parientes más cercanos. ¡El, que era la bondad y la lealtad en persona! Quiera Dios que alguno de mis hijos reviva las virtudes de mi querido gran padre. Nada mejor podría yo inculcarles. Pancho Herrera se portó conmigo en diciembre como un hijo. Quiero que ustedes le testimonien el agradecimiento que yo le debo. Ojalá también lo hiciera Leopoldo a quien él escribió sobre mi salud. Es un gran muchacho.

Ya te van las cosas que faltaban para el ajuar de Antonio Nicolás. Mucho pedimos a Dios que alumbre con sus luces a Beatriz y te dé un varón. Es necesario que crezcan los Briceño. Tú mamá está muy animada con la idea del nieto que le darás tú.

María Eirene se porta muy bien. Está yendo con gran juicio a su colegio. Ha crecido mucho y tiene apetito. Beata muy aprovechada. Ya sabe más latín que yo y conversamos a menudo sobre temas filosóficos. Dile muchas cosas de nuestra parte a Marco. Tú participarás que la carta que le escribí está detenida aún en Curazao en espera de manos leales. De varias personas de quienes el tío de Toto ha buscado que la lleve ha recibido negativas. Que vea él si recomienda a alguien que la recoja. Saludos para él, Leopoldo y Corina. Bendiciones a Roberto, Beatriz, Gabby y los niños. Te bendice tu amantísimo,

Papá.

Madrid, 27 de junio de 1955

Mi querido hijo Jesús Omar:

Hoy tuve el gusto de recibir carta tuya, aunque un poco retardada. En ella hablas de la inquietante expectativa del parto de Beatriz. Hoy, gracias a Dios, tienes ya a tu hijita a tu lado, sonriente y dulce. En tu carta me dices que "Tribuna Popular" achacan a José Vicente Pepper la agresión contra mi persona, de diciembre pasado. Nada te puedo decir en concreto. En los primeros días de los hechos a mí me llegaron noticias de que el Embajador Becerra y el Cónsul Velasco comentaban que el único que podía haber cometido el crimen, era Ulises Ortega. Claro que Becerra y Velasco en conversación con sus íntimos, aceptaron que el atentado era dirigido por el gobierno; el propio Rubén Corredor, que estaba aquí y que mostró la impersonalidad que lo distingue, dijo a Jorge Murillo, asilado de AD, que esas cosas no debían hacerse. Con este acto fallido, mostró su convicción de que era el gobierno venezolano el actor del hecho. Pedro Estrada, en conversación con Luis Augusto Dubuc, aceptó el carácter "oficial" del hecho. El propio Becerra, en conversación con íntimos suyos, que tienen relación conmigo, ha procurado referirse a su no participación en el caso y ha avanzado a fijar ciertos temas de mis escrituras que han despertado la ira de Pérez Jiménez. Yo tengo la convicción de que el hecho fue ordenado por el servicio de agresión que tiene a sus órdenes la mal llamada Seguridad. En cambio, decir que fulano o zutano dirigió o perpetró el hecho, me es de todo punto imposible. Algún día lo dirá el propio ejecutor. Ustedes, mis hijos, no deben insistir en buscar el

brazo que me agredió. Ese brazo corresponde a una colectividad, en la cual se mueven amigos aparentes de ustedes mismos. A mí me hirió, no la cólera de Pérez Jiménez, sino el odio de una clase. El rencor de un grupo. ¿No ves los ataques de prensa? A mí no se me perdona que no colabore en el actual sistema venezolano. Yo personalmente no he atacado a Pérez Jiménez. En el caso de un frío análisis histórico yo podría llegar a disculpar al dictador. Los responsables son otros. Los responsables son muchos. Yo les conozco mejor que ustedes. A ustedes, mis hijos, les ruego que no maceren odios. El problema de Venezuela necesita otro tipo de reflexión. La venganza a nada conduce. Claro que los factores del 2 de diciembre cerraron una extrordinaria solución pacífica de los hechos acumulados desde el 18 de octubre. Si Pérez Jiménez hubiera tenido sentido de patriota y de hombre certero de su destino, habría facilitado la solución, que en cambio aplazó, para liquidarla con mayores débitos en día próximo o lejano. En esa cobranza yo quiero que ustedes no piensen sino con sentido de justicia y de reparación. Lo que yo he sufrido y lo que yo he perdido no me lo paga sino la satisfacción de que mañana se reconozca que obré simplemente al servicio de una idea de justicia y de dignidad nacional. A ti te consta que fui a las elecciones para cumplir un deber, que me lo había señalado la propia opinión pública. Yo no fui en pos de poder aguno. Claro que el pueblo se volcó imprevistamente a nuestro favor y provocó la posibilidad de que Jóvito Villalba, Ignacio Luis Arcaya o yo hubiéramos ocupado provisionalmente la Presidencia de la República. Esto, en cambio, no estaba en el plan de URD cuando me ofreció la candidatura. A mí se me ofreció apenas la oportunidad de ir a la Constituyente a recibir baldones del FEI, a cambio de que yo pudiera tener tribuna segura para mi prédica nacionalista, tan eficaz en aquella hora, que el actual régimen se escuda en unas falsas demostraciones de nacionalismo para disfrazar la ruina a que conduce la dignidad del país, como pueblo político y como nación independiente.

A usted pido encarecidamente que procure observar una conducta correcta y fría. No se dejen llevar por ninguna manera de pasiones. Yo estoy muy contento de cómo viven, sin meterse en nada, sin mantener relaciones con ningún grupo clandestino, de los que oigo hablar en ésa. Lo mismo procedo yo acá. Aislado vivo. En nada me inmiscuyo.

Cuando la primera guerra, León Blay decía que de los cosacos y del Espíritu Santo esperaba la liberación de Francia. Yo he dicho a mis amigos que no tengo cosacos en que esperar. Confío en el Espíritu Santo únicamente. Dios tarda pero no olvida. Abrazos y bendiciones a Beatriz, Gabby y los queridos nietos. Con Roberto te bendice tu amantísimo,

papá

Génova, 15 de marzo de 1958

Mi querido hijo:

Imagino que estarás muy metido en tus libros, para ganar la reválida. Quiera Dios cuentes con buenos puntos.

De allá nada he logrado saber en serio. Miguel Angel me anunció una carta, que no acaba de llegar. Debe haberlo absorbido la política. Rodrigo y Roberto han escrito, pero cartas volanderas. A Roberto envié material para tres libros, que quiero editar en Venezuela. Creo propicio el momento. Díjele que tú podrías adelantar algún dinero, si era requerido a ello. "Los Riberas" no sé en qué rincón del mundo están. Ustedes cometieron el yerro de adelantarle dinero a Cabrices. El libro está concluido, pero a lo mejor no se lo han entregado los editores. Como él se comprometió a ponerlo en Caracas y yo a pagarle el resto, una vez terminado, le he argüido que el cumplimiento del contrato comprende —ya que no se hizo fecha— la entrega del libro. Creo que mi posición es enteramente jurídica. El libro a lo mejor se pierde.

Yo tornaré mañana a Milano en avión que me llevará a New York. Si no fuera porque necesito hacerme examinar los riñones, seguiría a Venezuela. Guschi autorizó el viaje. Rodrigo quiere que nos hospedemos en su casa. Vosotros veréis el mejor acomodo. Beata probablemente se quede en Nueva York. Ella necesita un curso intensivo de inglés. Su pensamiento es trabajar. Tal vez sea fácil conseguirle una buena oportunidad en un banco, etc. Tiene tres lenguas.

Por la prensa me impuse de una generosa e importante iniciativa a mi favor, tomada por amigos cerca de la Junta de Gobierno. Yo me he apresurado a escribir la columna adjunta, que envié a Joaquín, para que me la haga publicar. También se la envié a Miguel Angel. Yo soy viejo y sé hasta dónde alcanzan las alpargatas. Esas manifestaciones de espontánea simpatía seguramente habrán despertado suspicacias y envidia. A lo mejor están resucitando el muchachito de Valencia. Tampoco podría esperar yo un gesto generoso de un gobierno que me propuso continuar mi destierro en el Pacífico. A mí esto no me cae de sorpresa ni me hace mella. Yo luché cinco y más años contra Pérez Jiménez porque lo consideré un deber patriótico. No tengo la culpa de estar errado de medio a medio y no haber intuido que el trabajo de la revolución antiperezjimenista iba a verter a favor de las clases que permanecieron indiferentes ante el sacrificio de la libertad. Esperemos la posible reacción de los partidos políticos. Yo estoy profundamente sorprendido del silencio que ha guardado conmigo Jóvito, a quien no insistiré en escribir, pues tal vez no fueron de su agrado algunos fraternales consejos que le di cuando llegó a Caracas.

En la prensa se comienzan a publicar mis cosas. Necesito llegar allá para ver si arreglo un servicio de seis columnas semanales en distintos diarios. En Barquisimeto, Maracaibo y en Caracas, *ídem* en "El Tiempo". Creo que con parar unos Bs. 500 semanales y el alquiler o renta del capital en que se convierta mi casa, tendré para pasarla sin angustias en mi casa. Beata se ayudará a sus gastos. Yo no terciaré en otra política que no sea callejera.

He visto la formación de un partido político, con figuras un poco contradictorias. La unidad que buscaron los otros la quebrantan éstos. Entiendo que en Venezuela, por gravedad de hechos, falta un partido en el cual se agrupen los hombres de la banca, del alto comercio y del latifundio. Pero ese partido no es el partido de Joaquín Gabaldón Márquez, Elías Toro, Isaac Pardo, de Venanzi y Pastor Oropeza. Para éstos, en el momento del voto, están URD y AD. Para los cristianos progresistas, está Copei. Para los extremistas de izquierda, el Partido Comunista. El partido que falta lo habrían de integrar Pérez Dupuy, los Zuloaga, los Velutini, Armando Capriles, los Wolmer, los Boul-

ton, etc. Es decir, la alta burguesía. ¿Pero Toro, Pardo, Gabaldón y Oropeza, pueden moverse en esas aguas? Me da la impresión de que algo turbio se mueve tras esa idea, que no ha debido surgir de ninguno de los personajes que te nombro. Tras ese parapeto se mueven en último plano gravísimos intereses capitalistas, asustados por la ascensión al poder de los partidos de programa socialista o socialcristiano. Piensa tú en el caso y procura bucear en ese mar semicalmo, pero que oculta tempestades subacuáticas. Yo deseara discutir en cara con Joaquín, a quien tanto quiero y aprecio, pero he llegado a la conclusión de que la disputa en tinta es inútil. Ese partido y la lentitud para dictar un estatuto, con el cual llamar al pueblo a elecciones, me tiene asustado. ¿Para qué una comisión redactora, cuando hay dos magníficos estatutos, que se pueden revisar en una semana y machimbrearlos para hacer uno aún mejor? ¿Por qué han de aparecer Nicomedes Zuloaga y Luis G. Pietri —enemigos del pueblo— en dicha comisión? y ¿Por qué un caballero con espuelas? ¿A quién beneficia esa espera? ¿Al nuevo partido?

Pues aquí queda la madre del cordero. Se quiere hacer cómodamente un partido, para restarle fuerzas a los partidos que libraron una batalla contra la dictadura, se quiere dar oportunidad a los cómodos sobre los hombres que se mojaron el culo y derramaron la sangre, cuando el déspota imperaba y los otros se sentaban tras la prudencia culpable que les prometía acrecentar su fortuna. No, hijo, recuerda. Eso se llama oportunismo.

Escríbeme a New York, donde está tu tía.

A Beatriz nuestros abrazos y bendiciones con besos y bendiciones para los niños.

A José María y (ilegible) cordiales recuerdos.

A la mamacita y tías nuestros afectuosos abrazos.

Tu amantísimo, papá

AMERICO BRICEÑO VALERO[1]

(1) AMERICO BRICEÑO VALERO. 1876-1955. Educador, historiador, periodista. Hermano de Jesús Briceño Valero, padre de MBI.

Caracas, 15 de abril de 1926

Señor Br.
A. Briceño Valero
Valera

Mi querido tío:

Van para cinco los años que hace no veo a usted, y me había hecho el cargo de que en este largo período de tiempo hubiese usted mejorado espiritualmente. Su carta del 10 del pasado me ha revelado lo contrario de una manera dolorosa para mí. Permanece aferrado en un fanatismo atroz, retrógrado, que lo aleja por completo del terreno de serenidad necesario para poder entablar un juicio definitivo sobre cuestiones históricas (usted es historiador de renombre, yo apenas un simple amante del estudio). Tiene usted también un carácter violento, fogoso en extremo, al tratar asuntos relacionados con la Fe, que me hace imposible esperar que usted dé un sesgo favorable hacia un campo de verdadera comprensión crítica. Sin embargo, hay algo que en mí puede más que estas distancias: este algo es el cariño cordialísimo que le he profesado y el respeto que me merece un hermano de mi padre.

Usted en su carta se muestra alarmado de que hoy siga un camino opuesto al suyo, y esta alarma la considero justa por cuanto tal camino significa la pérdida de mi condición de hijo espiritual de U., pues fueron sus ideas las que en mi primera juventud hubieron de enrumbarme hacia creeencias y conceptos que hoy rechazo de plano. ¡Sí mi querido

tío! Acaso a usted duela esta variante mía, acaso usted vea con pena que ya no existan en mí aquellos sedimentos de rebeldía y de error que adquirí de usted de acuerdo con el "conocido fenómeno de adaptación espiritual que se verifica comúnmente entre personas que por alguna temporada conviven o se rozan espiritualmente", para escribir con propias palabras suyas.

Usted ataca de un modo violento mi folleto "*Pro Missionibus*", por encontrarlo contra la verdad histórica. Las razones que usted me alega no las encuentro muy en su puesto, por cuanto hay dos circunstancias que lo desvían a usted de la verdad histórica. Una el pertenecer a no sé qué secta reformada, y la otra por estar usted guiado por el criterio que priva en casi todos nuestros historiadores respecto a las Misiones existentes en la Colonia. Es la opinión de Baralt, repetida por todos los demás historiadores, y la cual carece de verdadera autoridad crítica: Baralt copia lo dicho por Humboldt y no me negará U. que el Barón era protestante, enemigo de las Instituciones romanas y por ende un criterio tachable a este respecto. ¿Me habla usted de cuál ha sido el fruto de las Misiones en nuestro país? Es esta pregunta para sorprender un ignorante que lo sea más que yo (usted me cree completamente desprovisto de autoridad en este particular). En nuestro país no ha habido Misiones desde la Guerra Magna. Las que entonces hubo, sabe usted cómo terminaron, sabe usted los frutos que ellas dieron en caballos, dineros y víveres, y sobre la manera de finalizar por un acto de bárbaro asesinato de 18 clérigos indefensos, he conocido varias explicaciones, pero hoy estoy sorprendido de ver que usted, un hombre honorable, de principios rectos, llame genial la determinación del Libertador de eliminar aquellos pobres frailes, cuando los historiadores más autorizados han procurado explicaciones que sin negar la verdad de los hechos, quiten al Padre de la Patria el fardo de una falta escandalosa. Ninguna necesidad de guerra, ni de raza, ni de sociología pudo inducir al Libertador a ordenar tan villano asesinato. El Libertador no dio tal orden, dicen los celosos de su gloria, porque éstos comprenden, aunque no sean sectarios, que tal crimen meditado y preparado como un acto de genialidad, convertiría a Bolívar en un triste asesino, como lo pudo ser nuestro deudo Antonio Nicolás Briceño, cuya crueldad e inhumanidad no está justificada por necesidades históricas, ya

que la simple lógica dice que no justifican los fines, los medios que se emplean para ellos. Usted mengua la gloria de Bolívar al achacarle tal genialidad. Le decía que en nuestra Patria no ha habido hasta ahora Misiones, por lo tanto éstas carecen de frutos, en cambio muy conocidos son los frutos que ha dejado crecer la ausencia de aquellas. Yo podría probarle por un hecho negativo, la verdad de mi aserto y destruir por este mismo sistema lo aseverado por usted. En nuestras regiones de indios no ha existido durante un siglo el esfuerzo misionario. Esto en primer término denuncia un gran abandono patriótico. Trátase de hacer ciudadanos, de traer a la vida civilizada seres que representan sólo vidas salvajes. Hágalo entonces la Misión laica. ¿Por qué no han traído *musiues* los enemigos de la Iglesia para que le transmitan a los indios la verdad del Cristo de Lutero? Este es el punto que yo encarezco en mi trabajo, más patriótico que sectario, aunque su fanatismo le impida ver esta circunstancia primordial. Abogo yo por la Misión cristiana, por la del Cristo de los Evangelios, de San Pedro y San Pablo, pero del Paulo adulterado de las iglesias reformadas nunca, abogo yo por esta Misión por el hecho innegable de que esta Misión ha civilizado el mundo, sin negar que en parte los misioneros protestantes tengan un mérito histórico (lo prueba la Nueva Inglaterra). Y abogo por esta Misión por la circunstancia simplista de que yo CREO que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana es la única que conserva la verdadera tradición apostólica, es la única que es depositaria de las gracias que Cristo otorgó al Colegio Apostólico. La Iglesia Protestante con sus sectas y familias innumerables no es sino la prueba por un sistema negativo de la verdad del catolicismo. ¿Ha leído U. las conclusiones a que llegaron los congresistas de Estocolmo? Tal cosa determina la falta de unidad, de razón, de lógica, de vida de tales sectas, anunciadoras de un Cristo de segunda edición, adaptable a las licencias que legitiman la vida aun de tales ramas religiosas.

Le advierto que mi erudición religiosa es muy escasa, porque me la han impedido muchas circunstancias. Entre ellas mi desorientación al calor de sus ideas. Ahora cuando la luz ha iluminado mi conciencia de una manera nueva, he tenido que entregarme a la labor de edificar el edificio de mi educación a tal respecto. En tal trabajo estoy, pero tengo sobre la amplia erudición de usted algo que usted no: ecuani-

midad en mis juicios, y el propósito previo de no dejarme llevar por arrebatos del momento.

Dice usted que muchos que en mí vieran méritos intelectuales, se verán defraudados por la corriente de ideas que expongo en mi discutido folleto. Es un error tal decir. Cuando en 1921 publiqué mi libro "Horas" cualquiera ha podido adivinar en él un temperamento cristiano (tal lo dijo en general la crítica en el país y fuera de él), mi trabajo aislado "Motivos" es de profesión de fe mística; mis trabajos en periódicos y revistas y últimamente mi libro "Ventanas en la Noche" al que no se ha referido usted, son una confirmación pública de mi fe religiosa. Por ende, puede decirse que desde fines de 1920 de cuando data mi labor literaria verdaderamente seria (entonces me liberté de la paternidad espiritual de Carbonell sucedánea de la de usted) yo he sido un escritor de fondo religioso cristiano, acaso esporádico entre nosotros. Ahora, mi trabajo de aliento en este camino a que usted ha concretado todos sus ataques, sólo viene a ser el principio de un nuevo orden de esfuerzos a que habré de dedicarme y con el cual espero hacer más bien a la Patria que el que ha podido hacerle usted con sus teorías liberales.

Ahora yo le diré con San Agustín: "En principios únicos, en la caridad con todos". Soy esencialmente exclusivista en mis credos. No acepto las medias tintas, ni los contubernios intelectuales. A esto me lleva la sangre que tengo de Briceños y Valeros. Y sin ser tolerante con el error, como no lo soy con el crimen, ya que el error mata la verdad por el entronizamiento de la mentira, soy compasivo con quienes han faltado, y creo que la clemencia cristiana en este caso debe ser muy grande.

Las razones históricas que usted aduce en contra de mi tesis, las verá usted expuestas en un trabajo de más aliento que estoy preparando. Y no quiera usted seguir viendo en mis inspiraciones orígenes falaces como los que invoca en el preámbulo de su carta, en términos que huelen al más triste fanatismo y al sectarismo más desesperado.

Siento el recuerdo que usted invoca de mi querido tío Manuel. Creo que usted fue quien se alejara de él cuando endilgó sus pasos firme-

mente hacia una vida piadosa. Yo no me alejaré de usted sin que usted lo quiera, a pesar de no tolerar sus ideas, me queda como digo en un principio, el cariño cordialísimo que le he profesado y el respeto que me merece un hermano de mi padre muerto.

Lo abraza su afectísimo sobrino,

MBI

Marzo, 10 de 1926

Querido Mario:

Debido a la mera casualidad, leí ahora días en Trujillo, su folletico sobre las misiones frailunas en la Guayana. A medida que lo leía, sentía como crecía mi admiración acerca del conocido fenómeno de adaptación espiritual que se verifica comúnmente entre personas que por alguna temporada conviven o se rozan idealmente. Digo esto, porque me parece evidente que Ud. se inspiró para escribir semejante obra en la similar congénere de su antiguo compañero de oficina, y hoy amigo y colega en las andanzas frailescas y jesuísticas. Siguió Ud. el ejemplo, admirablemente productivo, que le dio su viejo camarada en el libre pensamiento, cuando ustedes fantaseaban por los campos de la incredulidad. ¡Sí me parecía cuando leía el folleto que estaba leyendo otra vez el parto frailesco de aquel Loyola incubado entre los escombros de la vieja ciudad ex señorial!

Sigue Ud. la misma senda por donde anduvo tan flamantemente el tardío apologista de las misiones. Y voy a hacer una somera reseña de la campaña subterránea llevada a su para ellos feliz término, aunque el recuerdo de tan artera intriga me sea intensamente doloroso, no porque haya dejado de ser sanguijuela del presupuesto, como dicen, sino por la baja categoría de las armas esgrimidas contra mí, por los hipócritas fanáticos que tanto me odian. Impulsado por ese otro fenómeno mental llamado correlación de ideas, surge en mi memoria, acostumbrada a perdonar los agravios (como lo manda el Divino Maes-

tro y Salvador, Jesucristo), el recuerdo de aquel lance del más puro jesuitismo; y siguiendo el aforismo del Padre Balmes (en su *Lógica,* que es la lógica de los ultramontanos), que dice: *a iguales causas iguales efectos,* tengo derecho de imaginarme que el folletico se endereza al mismo término que alcanzara el otro. Desempeñaba yo la inspectoría de I.P.S. y N., como Ud. tal vez recuerda, por la valiosa y cordialmente generosa recomendación de mi respetado y buen amigo y compadre Dr. Márquez Bustillos, quien algún mérito advirtió en mí para aquel cargo, al recomendarme ante el Sr. General Gómez; cargo que desempeñé durante seis y medio años, y mis obras y el imperecedero testimonio de cómo lo desempeñé, dirán si correspondí a la confianza y el honor que me dispensara el Jefe del País. Mas, el jesuitismo sectario de Trujillo, Bonocó, Escuque y éste donde vivo, no vio nunca con algún agrado mi presencia en ese cargo, y, creyendo que les estorbaba, idearon el plan, cuya base fue un escrito público idéntico al de Ud. Me tildaban de hereje, ellos, porque yo nunca he ido como un borrego a dejarme trasquilar el rico vellocino de mis ideas cristianas, ante eso que ustedes llaman *santo tribunal* de la penitencia. Para quitarme de ahí, de donde ellos suponían que les estorbaba, idearon el plan, construyeron la base, y, desde allí mandaron contra mi reputación y buena fe las andanadas de sus calumnias, tejidas por varios curas y condimentadas por un fanático maracaibero a una de cuyas sobrinas no me fue posible darle una escuela que él me exigiera para ella. La basamenta donde montaron su artillería fue una plataforma que consistía en una tardía y extemporánea defensa de las misiones, obra idéntica a la de Ud. El resultado se hizo esperar, pero al fin vino, y Ud. sabe cómo y cuándo. Y para que la semejanza de la obra sea completa Ud., como el otro, dedica la obra al mismo señor arzobispo, como si éso fuese una clave convenida de antemano. Los malhechores llegaron hasta la CALUMNIA, en contra mía. En el Ministerio de Instrucción Pública están las pruebas, y el Dr. Núñez Ponte, que se dejó sorprender, las tiene también, y puede preguntárselo, si dudara de mis palabras, y gustare de saber esa triste historia. Fui víctima de la mordaz calumnia, y el trabajo de zapa de seis y pico de años, dio al fin su cosecha! ¡Flamante obra! ¡Cómo no reventaron de santa católica alegría!...

Ahora bien, cuando Ud. vuelva a querer o necesitar escribir sobre ese tema, lea primeramente, en la Biblioteca Nacional, las obras que tratan ese asunto con maestría e imparcialidad, las cuales dan luz y arrojan sombras en la cuestión, y a favor de una y evitando las otras, se dará Ud. cuenta de que ha errado, de que le falta estudio en la materia, y de que no hizo antes de formular sus juicios el debido análisis histórico, sociológico y etnológico; y finalmente de que le sobra sectarismo apasionado y ayuno de justicia. Lea las biografías de Stanley y Livingstone, lea la historia de los Estados Unidos de América, lea la sencilla y maravillosa historia de la feliz Nueva Zelanda, lea la no menos elocuente por lo bellla y sencilla de la isla danesa de Islandia, y lea la historia de las exploraciones del Africa meridional, central y oriental, y con todas esas obras verá Ud. lo que se ha menester para tratar la cuestión con éxito. Los hombres de ilustrado criterio de nuestra Patria, que ya conocen a Ud. como un escritor de vuelo imaginativo, de serenos juicios, de maduro razonamiento, se habrán quedado estupefactos ante esta obra de Ud. Si no, fíjese en que los pensadores de esa clase, harán el silencio ante ella mientras que han alabado sus otras producciones. Es que Ud. trabajó aquí fuera de la cuestión, y guiado por el sectarismo. Es fácil fantasear sobre un tema cualquiera, y más fácil para los escritores como Ud., de tan potente imaginación y raudos vuelos a través del espacio ideal de la filosofía, pues con gracia y arte, se logra aderezar la bella fraseología de nuestro idioma y guiar la mente de la multitud hacia donde nos dé la gana; pero al tratarse de cuestiones vitales y de cierta categoría, donde la verdad debe presidir y caracterizar los juicios, entonces es cosa difícil. La obra de los frailes de La Colonia fue inocua, y, francamente, nugatoria. Si de algo sirvió fue para el fomento de sus propios intereses, no para fundamentar la sociedad venezolana o para cimentar la República. Toda obra se aprecia por sus resultados, y no por el cariño que nos inspiren sus autores, maximente las que ya pertenecen al dominio de la historia. ¿Cuáles fueron, dónde están, cómo se aprecia la de los frailes en la Guayana? ¿Qué queda de su larga obra en tan rica y extensa región? Dirá Ud., quizá, que la Guerra Magna la destruyó. Y bien, si la Guerra Magna la destruyó, ¿por qué fue? Además, ¿quién la destruyó? ¿No fue el mismísimo Libertador Bolívar, entonces?

¿Fueron, acaso, las obras misioneras de Guayana el fundamento de la República, cimentaron la sociedad venezolana, o, al menos, la guayanesa, dieron impulso a la civilización, cultivaron el patriotismo, establecieron alguna fuente social, etnológica, racial, nacional, regional, de donde la nación haya derivado después de algún provecho? Si algo de esto hubo, dígalo, pero documentalmente, no fantásticamente.

El Libertador llegó en sus anhelos infinitos y angustiosos de Libertad e Independencia hasta cometer tres grandes hechos supremos, hechos de hombre, arranques de genio, sobre los cuales se fundamenta la República y se irguen cinco naciones: el fusilamiento de Piar, la destrucción de las misiones (fusilando 18 misioneros), y proclamando la Guerra a Muerte. Esto por un lado, y por otro, debe advertir Ud. que la "obra misionera del Evangelio de Cristo, el auténtico, el ideal proclamado por San Pablo desde la ciudad imperial a la faz del planeta, donde debe buscarse, estudiarse y admirarse es en las colonias inglesas. Las colonias inglesas han sido establecidas, fomentadas y constituidas por misioneros ingleses, sea cual sea la religión que ellos profesen, propaguen o difundan: ellos son los verdaderos colonizadores del mundo; son los que verdaderamente construyen ciudadanos teniendo presente tres supremos ideales, el de la familia, el del Estado y el de la raza".

Puedo enviarle dos obras: "Historia de Bartolomé de las Casas" y "El Trabajo del Mundo" (ambas en inglés), que le demuestran a Ud. la verdad de lo que acabo de decirle entre comillas. De entre todas las legiones de misioneros que envió la Madre Patria a la América que fue española, y de la cual se ha formado la familia de Estados hispanoamericanos, con el encargo de colonizar, no se puede sacar ni uno solo que comprendiera estos tres ideales, pues todos ellos no tenían sino un solo objeto: cimentar el poder real amalgamado con el poder clerical. Mas, como elocuente testimonio de que sí había entre aquellos hombres quien comprendiera el verdadero ideal de la raza, apareció por su cuenta y riesgo un hombre, grande hombre, digno castellano, que tuvo en la mente y en su corazón, los tres grandes ideales: la familia, la Patria y la raza; pero él no fue comprendido, no fue oído, y se le persiguió; y él, para librarse de ser quemado vivo por hereje, tuvo que vestirse el hábito del fraile.

¿Quiere Ud. leer esa bella historia? Se la enviaré, si gusta. ¡Ah los herejes! Hubiera querido Dios que una media docena de herejes de esa clase fuesen los colonizadores de Costa Firme.

Al proclamar los grandes escritores que la colonización inglesa (es decir, el modo o carácter de la colonización) es la mejor y más acertada, no han pretendido de que sea colonización *protestante*. No vaya Ud. a tildarme con la palabrita esa tan socorrida de Uds. los ultramontanos. Tan fecunda en bienes para la civilización universal se resultó la colonia de Maryland (católica), como la de Pennsylvania (el *sumum* más radical del protestantismo sajón). En Nueva Zelanda la agrupación católica-romana, según leo en la historia de esa isla, es la expresión más acabada del liberalismo social y político, y su co-acción en la obra de la cultura social no tiene que ceder ni un milímetro a la de sus antagónicos religiosos los anglicanos o los presbiteriano. Eso de diferencias religiosas en presencia del porvenir de la Patria y de la raza, es característica de los españoles, y, por herencia, de nosotros los hispanoamericanos. La religión, según lo han clavado en la conciencia del pueblo los misioneros ingleses de todas las sectas y cultos, es una cosa ideal, elevada, ultraterrena, que se liga con Dios, por el extremo divino, y con el hombre, por el extremo humano; es una corriente ideal, fluida, inmaterial, que viene de Dios Padre hacia nosotros, pobres miserandas creaturas de barro, o sale de este barro organizado en forma de emanación espiritual, hacia ese mismo Dios, en forma de un sentimiento noble y elevado. Las diferencias de religión nada valen en presencia de la Patria. Por esto, Inglaterra, que las profesa todas, todas, todas, hasta el Islamismo, es grande, culta, civilizada y poderosa.

Los españoles pelearon ocho siglos por diferencias de religión, dos siglos más por diferencias de religión, y pelearán siglos más por la misma causa. En Inglaterra y Estados Unidos no se ha derramado ni una gota de sangre por esa nimiedad, sino por un ideal supremo: la Patria.

No me tilde, pues, de *protestante*. Esa es una vulgaridad impropia de un hombre culto como Ud. Dejemos eso para las beatas y para los ignorantes.

No se ha puesto Ud. alguna vez a averiguar ¿cuál es la causa de que en Venezuela se haya arraigado la República desde la época colonial? Quizá Ud. cree, como la mayoría de nuestros compatriotas, que se debe a la imitación de la Revolución Francesa. Si tal cree, está en un grave error. La República en Hispanoamérica se debe a las doctrinas republicanas y eminentemente cristianas evangélicas, paulinas, que reinaban en Castilla y Aragón, como producto de la primera Iglesia Cristiana fundada en España por los apostóles y misioneros de Cristo. La República es un producto cristiano, paulino; y en América, es un producto castellano.

Acaso haya leído Ud. en alguna buena historia (no la de Driux o algún otro fanático come-hostias), que el tristemente célebre déspota Carlos de Austria y su no menos abominable hijo Felipe (el demonio del Mediodía) destruyeron las libertades castellanas y los fueros de Aragón. ¿Sabe Ud. qué es eso? No sabe Ud. qué es eso, porque si lo supiera, no escribe el folletico en cuestión. Las libertades castellanas y los fueros de Aragón son el verdadero germen de la República. La obra de los Padres de la Patria que se cristalizó (como dicen los cultores del idioma), en aquel inmortal 5 de Julio, no es otra cosa que la erupción libertaria de los fueros de Aragón y las libertades castellanas. Es la precisa, racional y lógica resonancia de la República de Castilla, matada por los fanáticos insanos de la demente familia austríaca, trágica familia que aún se retuerce entre las garras de un mal ancestral y de implacable rigor. Al caer bajo la despótica cuchilla de los reyes austríacos (Carlos y Felipe), los mártires Lanuza, Padilla, Bravo y Maldonado, se acabó la República Castellana; pero su sangre abonó la raza para reproducirla maravillosamente juvenil y lozana el 5 de julio de 1811, en Caracas. ¡Tan cerca que vive Ud. del lugar donde renació la República de Castilla, y no sabía eso!

Los frailes esos que venían de España a las Américas eran unos pobres seres ignorantes, y mal podían ellos sembrar ideas que no conocían.

Fíjese bien en una cosa: entre los emigrados para América, huyendo de la feroz cuchilla de Carlos y Felipe, hay varios de nuestros antepasados: don Sancho Briceño (aragonés) y Pedro Valero (sevillano).

Le cito estos dos porque lo tocan a Ud. más de cerca. Ambos fueron republicanos; y cuando engrendraron hijos aquí entre las selvas del Nuevo Mundo, les comunicaron en la médula de su cerebro y en la sangre de su corazón, las libertades castellanas y los fueros de Aragón. Vea si no, al Sargento Pedro Valero (nieto del conquistador), que es de los comuneros del Socorro (eco de Castilla), y a Antonio Nicolás, que lanza a la faz del mundo entero su viril proclama de Guerra a Muerte. Estos dos hechos son dos resonancias de los balazos que mataron a Padilla, Bravo, Maldonado y Lanuza. El Acta de nuestra Independencia, nuestra primera Constitución, la heroicidad de Niquitao, el prodigio de las Queseras, el estruendoso triunfo de Boyacá, la épica jornada de Junín y el glorioso asombro de Ayacucho, son estampidos de rebelión y de protesta contra el fanatismo de los austríacos que mataron la República cristiana de Castilla al matar a Padilla, Bravo y Maldonado. El cadalso de Villalar es un árbol cuyas raíces, por debajo del océano, y a través del tiempo, echó sus ramas y frutos de gloria, de libertad y de liberalismo. Y de esto, ¡qué iban a saber los pobres frailes!

Pero, sépanlo o no, ésas son leyes sociológicas, étnicas, históricas, de infalible cumplimiento, que se cumplen, fatal e irremediablemente, quiéranlo o no los frailes, el Papa (que excomulgó al Libertador y hasta hoy no le ha suspendido el anatema) y todos los fanáticos ultramontanos que se opongan a la poderosa corriente del progreso humano.

No por Ud. mismo, sino porque Ud. es un joven ilustrado, de talento, trabajador y amigo del estudio hondo y sapiente, duéleme el folletico. Duéleme porque la Patria ha menester de hombres que piensen y eduquen; duéleme en fin, porque desearía que la luz de la verdad se extendiese siempre sobre todos mis compatriotas, como dijo don Cecilio Acosta, difundiéndose para que ilustre. Más aún, por Ud. mismo, me duele más que no dé al César lo que es del César, porque atribuir a los frailes la civilización y la República sería lo mismo que atribuírsela a Boves, Rosete y Morillo. Más aún, porque un literato ilustrado como Ud. llamado a erguirse muy en alto por sus virtudes y dones intelectuales, y en quien tienen puestas sus esperanzas de gratísima prestancia muchos que no son sus deudos ni aun sus amigos, se vaya inclinando hacia torcidas sendas.

Finalmente, ya su tío Manuel, hace algunos años, me creyó apestado, me olió hediondo a azufre, me vio entre las llamas del infierno y me consideró digno candidato a la pira holocaustaria de su fe, y se alejó de mí. Yo en lo más íntimo de mi ser, que lo hube en las mismas santas entrañas donde él hubo el suyo, lo lamenté. Años vivió él aquí, y tuve que dejar de ir a su casa porque temía que con mi contacto herético pudiera sufrir él, o sufrir su familia. Murió él en su fe; yo sigo en la mía. ¿A dónde iremos todos? Hay un Dios Supremo, justicieramente misericordioso, que nos envió a Su Hijo Unigénito para que todos los que en El creamos no nos perdamos, más tengamos vida eterna. Esta es mi fe. No sé cuál sería la suya. Pero si acaso fuese la misma, vendrá un DIA cuando nos volveremos a ver, y entonces sabremos quién estaba en la VERDAD. ¿Querrá Ud. acaso como su tío alejarse de mí porque estoy anatematizado por la Iglesia Católica y adherido a la FE DE CRISTO, nuestro Salvador? Ya lo veo enrumbado hacia allá; y si así fuere, al lamentarlo, como en el caso de su tío, le digo lo mismo: vendrá un DIA cuando sabremos quién está en la VERDAD.

Su tío Affmo. que lo abraza,

Américo Briceño Valero.

Caracas, 14 de mayo 1926

Señor
A. Briceño Valero
Valera

Mi querido tío:

Con gusto he leído la suya inconclusa del mes pasado, cuyo final espero se vaya retardando cada vez para conservar el placer de una discusión que me es muy amable por la persona con quien va trabada y por la excelencia del tema.

La historia de su proceso religioso no ha dejado de sorprenderme por su conclusión. Dice que usted es CRISTIANO pero me ruega lo defienda del calificativo de protestante que siempre ha merecido por la índole de sus escrituras y de sus ideas. De mi parte he querido ver con la mayor serenidad el motivo de su desagrado y me he puesto a estudiar su caso. EL CRISTIANISMO nacido entre una pequeña tropa hace XX siglos, lo encontramos dividido hoy en tres grandes ramas históricas. Los católicos-romanos, los heterodoxos (griegos, rusos, etc), y los sismáticos de Occidente comprendidos bajo la denominación de reformados protestantes, amén de los restos de viejas herejías existentes aún en el Asia Menor, en el norte de Africa y aun en el mismo territorio europeo. Usted consiguientemente no pertenece a ninguna de las iglesias heterodoxas, ni a ninguna herejía arriana, sibeliana, donatista, prisciliana, pelagiana, etc. No pertenece a ninguna de las he-

rejías medioevales, ni le veo tintes de Albigense ni de Quietista, ni de nada parecido. Usted es CRISTIANO, y no es católico-romano, para incluirlo, sin embargo, entre los miembros de la iglesia protestante examinaré previamente algunas de sus ideas que me sean más conocidas. Desconoce usted la supremacía de la Iglesia Romana (tesis protestante), aboga por el libre examen de las escrituras (tesis luterana), ataca el elemento eclesiástico católico (tesis protestante-liberal), no es partidario de la instrucción religiosa en las escuelas (tesis liberal), sostiene la superioridad de San Pablo sobre San Pedro como fundador de la Iglesia occidental (invención protestante). Y como el árbol se conoce por sus frutos, los suyos siendo de un espíritu netamente protestante lo acusan como tal. ¿Por qué teme entonces usted recibir el nombre que bien le cuadra por sus ideas religiosas?

En su misma carta, a párrafo seguido, me presenta usted la ocasión de una prueba cabal de sus ideas sismáticas, que lo afilian no sé en cuál de las confesiones protestantes. Díceme que no fue San Pedro el primer Obispo de Roma, siéndolo sólo de Antioquía. Esta es farsa protestante de la cual está usted convencido para darme un sostén en mi calificación anterior... San Pedro estuvo dos veces en Roma, la primera en el 42, después de haber sido milagrosamente puesto en libertad, y hace referencia a este viaje innúmeras inscripciones halladas en los sarcófagos de la Iglesia primitiva (Marucchi. Elementos de Arqueología Cristiana). Y el mismo santo nos da una prueba irrefutable en su Epístola Primera, Cap. V., Vers. 13, aceptada aun por protestantes como Grocio, aun por el mismo racionalista Ernesto Renan. Cuando San Pedro dice *desde esta Babilonia* se refiere incuestionablemente a Roma, capital pagana para los judíos de la época mesiánica, como lo fuera la de Nabucodonosor para los judíos del cautiverio (Devivier. Curso de Apologética). Entre los que consideran la exactitud de este simbolismo del Príncipe de los Apóstoles, figura a la cabeza con la fuerza de una autoridad innegable, el austero San Jerónimo, quien así lo deja ver al comentar el versículo 2, Cap. XVII del Apocalipsis. Estaba pues San Pedro en la Capital del Imperio, para el año 60 que se le ha dado a esta carta. Desde el 42 hasta después del 60 Pedro debió de permanecer en Roma, donde a su llegada hubo de encontrar entre las juderías romanas, algunos neófitos. Esto debe de ha-

ber coincidido con la expulsión de los judíos en tiempo de Claudio, ocurrida a causa de una agitación que provocara entre ellos un tal Chrestus, según el decir del Suetonio (Doce Césares. Claudio). La crítica quiere ver, y no sin razón, en este personaje citado por Suetonio nada menos que a Simón Bar Jonas, apellidado Piedra por Nuestro Señor cuando lo señaló para base de la Iglesia visible. El *Liber Pontificalis* de autenticidad fuera de duda, da una prueba de que San Pedro sí fue el Primer Obispo de Roma, al decir que su sucesor San Lino mantuvo las ordenanzas establecidas por aquél. Compañero de Lino lo fue Anacleto, Tercer Obispo de Roma, y es a quienes delegó en vida el Príncipe de los Apóstoles sus funciones episcopales, según se desprende del mismo libro, y lo cual es de suponerse debido a su viaje entre 60 y 63 época de su vuelta a Roma. San Pablo en cambio entró como prisionero a la capital para el año 62, después que la comunidad dirigida por San Pedro era algo numerosa, según se deja ver por la numeración que hace él mismo en el Cap. XVI. Esta carta es del 58 y en ella les manifiesta el deseo que tiene de ir a conocerles cuando pase para España. Estuvo hasta el 63, cuando regresó a la capital San Pedro. Consta la autenticidad del martirio de San Pedro después del incendio decretado por Nerón. El mismo San Juan, Cap. XXI, Vers. 19, declara el género de muerte del Apóstol, lo que ya era tradición de la Iglesia conforme el dicho de San Clemente de Roma, San Dionisio de Corinto y el mismo San Jerónimo. La tradición de la Iglesia de Roma durante los primeros siglos estuvo conforme con tal tradición, y lo comprueba la prioridad que a ella se dio sobre las demás iglesias existentes, aun sobre las del Asia Menor y sobre la floreciente-tísima Norteafricana. No olvidará usted el carácter que tuvo Roma en la discusión donatista y en la laberíntesca cuestión arriana; conoce usted también cómo la Iglesia de Roma decidió en un sentido antijudío la cuestión de la Pascua en que tan interesados estaban los cristianos y las iglesias de Asia Menor. Todo esto fue antes de que Constantino diese carácter definitivo en el Imperio al cristianismo, ésto lo hizo el Obispo de Roma cuando el cristianismo vivía bajo tierra, en el silencio obscuro de las catacumbas, mientras otras deidades gozaban acaso de mayores libertades. Basados en que el Obispo de Roma se declaraba director de la Iglesia Universal, ¿en gracia de qué las demás iglesias reconocían la superioridad del Obispo romano (recuerde la carta de

San Ignacio de Antioquía al Obispo de Roma)? Pues sencillamente en la pura certeza que tenían de que aquella cátedra gozaba del privilegio de ser fundada por el Príncipe de los Apóstoles. Pudiera Antioquía alegar este derecho de superioridad con fuerza igual, pero lo mengua el hecho de hallarse en la tierra de los Césares las reliquias del mártir, de ser aquella su última sede, donde permaneció por más tiempo. Sólo los Valdenses y después los apóstoles de la Reforma han querido plantar tales objeciones contra el Primado de Pedro, contra la legítima autoridad que viene representando el Pontífice romano en el seno de la legítima comunidad cristiana. Estas objeciones han sido contradichas suficientemente por nuestros apologistas y ellos le dirán mejor que yo, que nada sé de estas cosas como usted con los suyos están en un grave error, donde a más de falsa crítica, existen perversas tendencias.

Con razón se llama a San Pablo el Apóstol de las Gentes. El llevó al seno de la comunidad cristiana un criterio más universalista que el que pudiera acompañar a los Apóstoles. Por algo lo llamó a su grey el mismo Nazareno. El criterio de San Pablo, tan amplio como lo demostró en la controversia de la circunsición, contribuyó grandemente a propagar el cristianismo por el pase directo de la gentilidad al bautismo sin cumplirse el rito hebreo. No en balde fuera discípulo de Gamaliel, donde alcanzó una erudición que no lucieron los pescadores del lago de Tiberíades. La figura de San Pablo es enorme en el seno de la Iglesia, y mucho la amamos quienes como él sentimos en horas malhadadas deseo de asesinar una vez más al Hombre de los Dolores. Pero suplantar a San Pedro en esta cuestión de hacerlo fundador de la Iglesia de Roma, es artimaña herética, que no ha prosperado a la luz de la verdadera crítica, sí mi querido tío.

Usted en cambio al hacerse repetidor de esta leyenda valdense, gana una vez más su viejo calificativo de protestante, el cual yo en justicia tengo que dejar latente sobre su nombre. Usted no debe avergonzarse de él. Usted no debe exijir a quienes le queremos, rompamos lanzas contra quienes lo llaman así: en mi caso tendría que romper lanzas conmigo mismo, y es cosa algo difícil.

No desconozco que usted sea un CRISTIANO. Ha estudiado usted bastante la vida de Nuestro Divino Redentor y consiguientemente su alma

debe de haberse alumbrado ante la visión de tal existencia. Pero usted quiere ver la doctrina a través de enseñanzas que distan de ser las legítimamente ortodoxas y de explicárselas a su modo (modo protestante). Quiera Dios que usted mismo revise estas circunstancias y dé un rumbo romanista, católico, legítimamente cristiano, a sus creencias.

Ahora, cuando usted habla del elemento religioso de la Iglesia Católica-Romana, usa un criterio que no me atrevo a llamar estrecho por consideración a su talento e ilustración, y por esa misma circunstancia usted quiere que yo no le llame protestante, pues se imagina ver en mis palabras el color que tal vocablo tiene en labios de *beatas*. Yo disto mucho de tal estado de conciencia, yo cuando he dicho protestante a usted creo usar la palabra en su sentido histórico más recto, y su mejor valuación lexicológica. El concepto romano lo exclusiviza a usted, a dos o tres *beatos fanáticos* y quizá a más de cuatro curas de *misa y olla*. Pero esto no es la Iglesia ni mucho menos, ni los católicos todos somos como dos o tres que pudieran a usted mismo hacerle daño en sus cuestiones de instrucción, que no me explico por qué quiera usted ligar a esta conversación conmigo, motivada por mi folleto en pro de las misiones para indígenas. Mi querido tío, usted es fanático en su error, y el fanatismo no es para personas de su elevación intelectual.

No me explico yo, cómo usted miembro de la Academia de la Historia y versado en asuntos de esta especie niegue la necesidad del sentido crítico en el historiador y lo relegue a la condición de simple narrador, sin examen. Valiérame de mucho si lo tuviese a la mano en este momento el texto de Langlois "Introducción a los estudios históricos", tan especulado por Vallenilla Lanz. El historiador que hace historia (perdóneme el pleonasmo) sin poseer un estricto conocimiento de las leyes críticas, vendría a ser un simple echador de cuentos. ¿Qué es esta ciencia moderna llamada Heurística por la escuela alemana sino la confirmación de esta verdad? La crítica de precedencia indispensable al apreciar cualquier fuente, fue la que no aplicó Baralt al lanzar su juicio sobre las Misiones. La crítica interna o de sinceridad y exactitud (palabras usadas para nombrar una de sus obras por el mismo Vallenilla) debe siempre aplicar el historiador al iniciar su labor para depurar los documentos en que se base. De resto sería reducir al his-

toriador a la triste condición de copista servil. El mérito que nos merezca cualquier escritor de asuntos históricos depende exclusivamente de esta circunstancia, del examen que haga de las fuentes que tenga a la mano para extraer de ellas lo que sea digno de verdad histórica. La certeza histórica sólo se logra por este proceso de desintegración y de análisis de documentos, muy variado según que éstos sean de procedencia pública o de origen privado, o de tradiciones orales que él mismo venga a recopilar. Me cita usted la narración de San Lucas como un ejemplo de que el historiador no está obligado a hacer crítica. Pues San Lucas debió de hacerla antes de escribir su Evangelio aunque fuera de un simple carácter empírico, ya que él no fue un testigo ocular, al único que no pudiera exigírsele este proceso analítico. Al efecto, se estudia cuáles fuentes tuvo San Lucas para llegar a conocer lo que dice. El debió pesar la tradición que ya venía formándose, el mérito de los documentos que puede tener a la mano (dícese que conoció la obra aramea de San Mateo) la versión popular, el dicho de San Pablo su maestro, etc., etc. Debió de hacer un examen crítico para llegar a las conclusiones de veracidad que encierra su trabajo.

Yo he dicho que Baralt copió el dicho de Humboldt y no sé de qué otro francés. Con respecto a Humboldt le faltó hacer un juicio que le permitiese aceptar de plano la exactitud de la narración, pues la sinceridad es posible que flaquee un poco al pensar que el Barón era de confesión protestante. También pudiera decirme usted qué elementos de la misma Iglesia Romana, como el Intendente de Caracas, del León en 1797 dieron informe contrario a la marcha de las Misiones de Guayana al Rey. Pudo errar el informante y al efecto para apreciar tal prueba únala usted al informe posterior del Prefecto. La historia es un proceso judicial ante el viejo juez: el Tiempo; y necesario es oír todos los testigos y hacer de ellos el examen a que obliga la verdad que de él queremos sacar a la luz.

Yo pudiera aceptar que las misiones fueron muy malas, aunque no piense así. Defectos del tiempo, pudiera decirse. Pero ellas fueron invocadas por el colonizador como un medio superior al empleado durante todo el siglo XVII, siglo de esterilidad por haber sido tratados los indios por el sistema de rigor del Conquistador. Malísimo. Pero éste no lle-

garía nunca a justificar el dicho de usted de que el General Bolívar fuera genial por haber hecho asesinar 18 frailes indefensos. La gloria del Libertador no necesita de tal acto para crecer, en cambio caería en mengua. Todos, en cambio los historiadores libran a Bolívar de tal responsabilidad, y la dejan caer sobre Jacinto Lara, y aun defienden a éste de tan feo crimen. No quiera usted, mi querido tío, publicar nada que vendría a aminorar la aureola del Padre de la Patria.

Aplaudir la nueva instalación de misiones me parece patriótico y siempre lo sostendré así. ¿Querrá usted ir a instalar una escuela laica en aquellos lugares? Vaya usted pues con otros que como usted piensen y dense a la tarea de reducir los indígenas. Pudiera también hacerse (sistema español) barriendo a cañón las selvas para llevar nuevos pobladores. Convénzase, mi querido tío, que usted no ha estudiado serenamente esta trascendental cuestión de nuestras fronteras. En cambio el Gobierno felizmente tiene ya arreglada una prefectura apostólica para el Amazonas con capital en San Fernando.

Espero que me escriba en breve y me envíe los papeles que me ofrece.

Lo abraza su afectísimo sobrino,

MBI

30 de mayo de 1926

Mi querido Mario:

Con el placer de siempre, he recibido y leído (dos veces ya) su atenta e interesante carta del 14 de mayo. Como los diversos asuntos tratados en nuestras anteriores, felizmente se han reducido a tres puntos, me refiero a ellos en los términos siguientes:

PRIMER PUNTO

Mi profesión religiosa

Yo soy cristiano, porque creo en Jesús-Cristo, Dios y Hombre verdadero. ¿Que a cuál iglesia pertenezco? —me pregunta Ud.—. Yo pertenezco a la misma iglesia a que se refiere el autor catequista Ripalda (cuyo texto nos metimos al caletre en las incipientes escuelas primarias donde Ud. y yo estuvimos cuando niños) quien, al dar la definición teológica de la Fe del Credo de los apóstoles, dice que es: "conjunto de verdades dichas por Dios, quien no puede engañarse ni engañarnos, las cuales son enseñadas por nuestra Madre la Iglesia —regida por el Espíritu Santo— y sin fe en las cuales nadie puedo ser justo (o justificado) ni salvarse". Esta misma Iglesia, "la misma", es la que juraron defender (¡y con qué clase de juramento!) los padres de la Patria el "5 de Julio de 1811" (lea la parte final del Acta de la Independencia). Y le cito nada más que estos dos documentos como de carácter indeficiente para Ud., los cuales Ud. no puede nunca rechazar sin caer

en dos pecados: el pecado de la apostasía y el de traición a la Patria. No le cito los Evangelios, Los Hechos, las Epístolas y la Revelación, en apoyo de mi creencia religiosa, porque inmediatamente vuelve Ud. a llamarme "*Protestante*".

Naturalmente, una persona ilustrada como Ud., no me averiguará ahora dónde están los templos de esa Iglesia ni cuáles son sus sa-cerdotes.

SEGUNDO PUNTO

El pontificado del Apóstol Simón-Bar-Jonás(*)

Este tópico lo trata Ud. de la manera más entusíastica que puede hacerlo un romanista adorador del Papa y no de Cristo-Jesús. Ya yo sabía todo eso, pues he leído y estudiado, y meditado mucho esos argumentos favorables al pontificado humano, en muchos libros, pero especialmente en la obra "El mejor camino para hallar a Cristo y su Iglesia", por el Doctor Juan Orta González, teólogo, lector de teología en varios seminarios de España (no es inglés), y fraile franciscano de eruditísima sabiduría en los diversos asuntos controvertidos de la historia de la iglesia cristiana. Este teólogo eminente y sabio, rechaza todos esos argumentos por ser invenciones humanas, y se acoge a los libros de ambos testamentos.

Ahora bien, mi querido sobrino, oiga una cosa, y medítela: la puñalada más mortal que ha recibido la Iglesia romana en la mitad de su vientre, se la ha pegado ella misma, sí, ella misma, al decir que la *Babilonia* donde San Pedro data su primera Epístola es Roma! Si es así, si realmente San Pedro estuvo en Roma, y allí escribió su Epístola, datándola *Babilonia*, en vez de *Roma*, simbólica y místicamente, entonces, ¡ay de ustedes! ¡Ay de todos cuantos están escritos en el libro fatal de los condenados *ab-eterna* a la muerte eterna! ¡Cuánta lástima me inspira Ud. al considerarlo como uno de los creyentes en la Bestia y vasallo de la *Mujer Escarlata* de la Revelación! No trato de que Ud. abandone esas filas, para que no vuelva a decir que yo con mis ideas "lo desencamino". ¡No, señor! Yo discuto y me defiendo,

---

(*) Yo llamo así a San Pedro, porque así lo llamó el Divino Maestro. Lea: Vers. 15 a 18, Cap. XXI, Evangelio de San Juan.

únicamente. Pero sí le exijo que compare la Epístola de San Pedro antes citada con el capítulo 17 de la Revelación, Apocalipsis de San Juan. Lea esa descripción espantosa que hace el teólogo de estos postreros tiempos cuando ejerce todos sus poderes la Mujer Escarlata. Si parece que San Juan estuviese entonces viendo, como nosotros lo vemos hoy, el cuadro espantoso de las miserias del mundo encadenado al carro triunfal de Satanás. La Revelación es la historia de estos últimos siglos, evidente, clara, luminosa; y lo único que falta es que el teólogo hubiese escrito los nombres y las fechas. Todo lo demás está ahí, claro, como la luz del Sol a mediodía (ahora bien, lea la Revelación en el texto del Padre Scio de San Miguel, que es la Biblia Católica, romanista, papal, y no el del Padre Cipriano de Valera, porque este último según dicen ustedes, es la *Biblia protestante).* Yo tengo ambos textos aquí en esta misma mesita pobre y humilde donde escribo, pero cuando escribo para otros, leo el texto de Scio de San Miguel, para no dar lugar a que me digan *"protestante"*.

En ese luminoso capítulo, verá Ud. que BABILONIA es Roma, o que Roma es Babilonia. La mujer escarlata, mística y símbolica expresión del paganismo triunfante y soberano, el romanismo, es Roma. No hay sobre la faz de la tierra otra ciudad a quien atribuir la semejanza simbólica: solamente Roma está sentada sobre SIETE COLINAS. Escarlata es el color teológico de la Iglesia de Roma. Las pedrerías, el fausto, el esplendor, el poder político que siempre ha ejercido, y que aún ejercerá terriblemente sobre el mundo, todo hace convenir hasta en el ánimo del más reacio, en que *Roma es Babilonia.* Yo niego que San Pedro, haya datado su Epístola en Babilonia, estando en Roma. No señor, San Pedro escribió y dató su Epístola en la Babilonia histórica, la verdadera, y afirmo que la Babilonia de San Juan, la simbólica, es la mujer *escarlata,* ésta es ROMA, la sede del papado, del pontificado, de la apostasía, de la idolatría y del error.

TERCER PUNTO

Las misiones de frailes en la Guayana

Contésteme Ud. una pregunta (esto es si Ud. quiere continuar esta controversia), cual cumple a un abogado, a un venezolano y a un Briceño, es decir, honradamente:

¿Cree Ud. que siendo los misioneros frailes, clérigos españoles, monarquistas, absolutistas y teocráticos, como históricamente son, pueden educar a los venezolanos para la vida republicana y democrática?

Si Ud. me demuestra que sí pueden, le juro a Ud. por el nombre de todos nuestros antepasados comunes, que iré a esa capital para, poniendo mi espíritu de rodillas y llenando mi corazón de contrito arrepentimiento, le pediré humildemente perdón a Ud. y al señor arzobispo...

Su tío que lo abraza cariñosamente, y junto con María, las muchachas muy particularmente, su ahijada, quien pide a Ud. lo bendiga.

A. Briceño Valero

Valera, 30 de abril de 1926

Señor
Mario Briceño Iragorry
Caracas

Mi querido Mario:

Ayer fue un día de grata complacencia para mí, porque recibí, leí y estudié con sumo agrado su atenta y bien escrita carta del 15 en contestación a la mía. Y digo esto por dos razones, a saber: primera, la que siempre he experimentado al leer sus cartas, y, segunda, la sorpresa que sufría pues yo creía que Ud. no me la iba a contestar. Prueba de esta sospecha la tiene Ud. en la mía, al empezar el párrafo último, cuya primera palabra escribí en versalistas: *finalmente,* dando desde luego como terminada la cuestión. En tal creencia me hundió el convencimiento de que, dada su juventud, en cuenta de su fe religiosa y atendiendo a lo escabroso del asunto principal de la mía, Ud. no iría a entrar en un palique conmigo. Mas, gracias a Dios, no resultó así, y Ud. educada y generosamente se presta a la polémica y se apresta a defender sus ideas, como cumple hacerlo a quien ha adquirido sus creencias no por imposición de otros sino mediante el propio esfuerzo intelectual. Lo celebro, lo aplaudo y me congratulo con Ud.

Dejando a un lado por inútil el asunto de índole moral que determinó mi carta que fue la lectura del libro "*Pro Misionibus*", cuyo tema fue villanamente explotado por los romanistas de Trujillo, Boconó, Escu-

que y Valera, no en bien de su casa sino en beneficio de su propio estomágo, vamos ahora a tratar el otro, el de la actuación de las misiones de frailes en Guayana (no misiones cristianas, fijémonos bien en la diferencia, para evitarnos confusiones).

Dice Ud. que está haciendo estudios sobre este tema, y me parece que al contacto de mis ideas (no mías, sino de autores que he leído), puede ser que Ud. adquiera nuevas que le sean de alguna utilidad. Bajo tal concepto las emite, y no para desviarle de su sendero, por el cual, si Ud. anda de buena fe, como es según, y anda bien, llegará a un final honrado y justo.

Empiezo por hacerle notar que el establecimiento de las misiones en la Guayana vino tardíamente, cuando ya había empezado a dar sus frutos la colonización militar de los castellanos, y ésta marchaba bien, es decir, marchaba sin tropiezos, pues es muy justo advertir que aquéllos no disponían sino de contados y difíciles recursos, y sólo tenían para llevar a cabo la grandiosa obra de prolongar en el Nuevo Mundo las fronteras de la Madre-Patria, en cumplimiento de un plan divino y, como tal necesario y fatal.

Hablo de Guayana solamente, porque en el resto de Venezuela no hubo otras misiones, sino unas poquísimas en las riberas del río Escalante, una en las bocas del Chama, dos en las costas de Trujillo (cuyos restos yo he visto entre las ciénagas de la ribera marabina). Así, pues, la obra misionera hay que estudiarla, apreciarla y calificarla solamente en la Guayana. Al principio, como toda obra, las misiones no fueron firmes, y vacilaron mucho. La escogencia de los lugares, vaciló por muchos años, y finalmente, el establecimiento se hizo sin organización y alejados de un plan. Estas circunstancias adversas son parte para que serenamente se les excuse la falta de éxito, digo serenamente, en relación a los efectos del estudio, pero debería decir justicieramente en relación a un juicio definitivo.

Aquellos tiempos, los lugares, la obra por su misma índole oculta y desapercibida para la propaganda y el auge, y por otras causas, no permiten seguir la marcha, el auge, los trabajos y el desarrollo de las

misiones. Ni Ud. ni yo, ni nadie podría decir cómo y cuáles fueron los primeros pasos de las misiones porque carecemos de datos sobre qué fundar un juicio, o meramente hacer una simple descripción. Pero surge un día cuando se puede llegar a conocer cuál, cómo y dónde respecto a la obra de las misiones. Este día fue cuando se le atravesaron medio a medio en el camino al gobernador Centurión. Esto acaeció ya para los años [70].

Centurión emprendió la obra de verdadera colonización española en la Guayana haciendo esfuerzos dignos de un Hércules, acaso en la larga lista de colonizadores españoles desde Río Grande hasta el Cabo de Hornos, no hay uno que lo supere si hay algunos que lo igualen. Centurión estaba cumpliendo sus deberes oficiales, patrióticos, raciales, humanitarios, cristianos, en fin. Estaba prolongando el vasto fecundo corazón de España, engendrando una nueva raza apta para la República cristiana que fue una querida ensoñación castellana; Centurión estaba en el principio de su verdadera obra de patria, de armonía social, de evangelización, y no era fraile, sino español... y de repente, como jaguares surgidos de las selvas, le cayeron encima los frailes y le desbarataron la obra, lo persiguuieron, lo calumniaron (advierta de nuevo que ésta es el arma que mejor maneja la Iglesia romana, la calumnia, porque es trabajo del silencio, de la sombra y de la negación).

Centurión fue apartado a un lado y sustituido por agentes de los frailes. De la obra de Centurión hay en Guayana estables, permanentes, visibles resultados. De la de los frailes nada hay. ¿Triunfaron los frailes sobre el colonizador?

Estudie en los anales guayaneses la obra de Centurión y la de los frailes. Compare, analice y juzgue. Hágase una pregunta: ¿A qué vinieron los frailes? ¿Fue a prolongar la Iglesia romana o a prolongar a España? Si lo primero, ellos han debido venir por su sola cuenta y riesgos, en la cual hacían bien, y hacer lo cual era (y aún es) su derecho. Para ésto han debido gastar dinero de su bolsillo y exponerse. Si lo segundo, han debido construir sobre la conciencia nacional, el sentimiento de patria, cimentar la sociabilidad, edificar la nueva raza y educar a los nativos según las prácticas de uso, entonces, naturalmente, pero edu-

carlos, en fin. Todavía me pongo en un terreno más justo y equitativo: los frailes han debido seguir su obra y dejar quieta y marchando la del gobernador. ¿Para qué destruirla, si era su semejante, su paralela? No; ellos tienen una consigna: quién no está conmigo (es decir, debajo de mí) está contra mí.

Centurión no estaba debajo de su férula, y por eso le colocaron una mina de melinita que, al hacer la explosión, lo derribaron a él, aunque no a su obra, pues ésta permanece a través del tiempo; y no la de ellos. Así mismo me pusieron a mí otra bomba de superdinamita; pero no me aventaron lejos, y mi obra permanece y es visible, y buena, y ha dado frutos que Dios y los hombres honrados aprecian. ¡Y con esto estoy contento y marchando para adelante!

Ojalá yo tuviera ahora unos raticos libres para copiar varios trabajos que tengo inéditos sobre las misiones de Guayana, para enviárselos, a ver si le sirven de algo en sus estudios. Pero como los publicaré *Deo volente,* pronto Ud. lo leerá, aunque sea porque llevarán al pie la firma de este su tío, a quien aprecia y estima en algo, yo lo sé.

Vamos ahora a apreciar los autores que Ud. cita. Baralt es indudablemente un escritor de primer orden, juicioso, sereno en sus apreciaciones, frío en sus narraciones y de una ilustración vasta. Fíjese Ud. en que Baralt publicó su gran obra en la misma España, en aquel tiempo cuando pesaba sobre los publicistas la severa censura monárquica y romanista. Y por eso, cuando Don Rafael M. Baralt dice UNO al calificar la obra de los patriotas, debe leerse CIENTO, o tal vez MIL; cuando al calificar la obra de los frailes dice un poquito malo, debe leerse MALISIMO; y cuando aprecia la obra de la Iglesia romana, debe restarse mucho. En este particular, Baralt no es el autor justo y recto que debe escribir historia, no por él, sino por el lugar donde publicó su obra. La hubiera publicado en Inglaterra y vería qué clase de historia tendríamos.

Baralt copia mucho a Navarrete, sin comillas, y quién sabe si esto no es culpa de él sino de la imprenta, cuyos cajistas cometieron el error de omitir las comillas, o no parar en bastardilla lo que de plano es de la obra de Navarrete.

¿Quién es Navarrete? Historiador español, católico, romanista. Ojalá se buscase Ud. en la Biblioteca Nacional la obra de Historia de Venezuela y estudie allí la obra de los misioneros en la Guayana. Ud. dice que rechaza a Baralt porque carece de autoridad crítica; y yo le pregunto a Ud. si entre las condiciones que debe tener un narrador, simple narrador de la verdad, un testigo, en fin, debe estar la de ser crítico. A mí no me parece así. Si así fueran, entonces, mi querido sobrino, habría que rechazar al historiador San Lucas, porque él no fue ni pizca un crítico. La historia es una narración. La crítica es un recurso del que quiere o necesita sacar la verdad docente de la narración de otro. La crítica es un complemento de la historia, y Don Rafael no fue un crítico, ni mucho menos; pero su obra no puede rechazarse por falta de crítica. No, mi querido, no se ofusque en esta materia tan importante al logro de su obra. Ud. va a escribir historia crítica de las misiones. Ud. sí debe ser crítico; pero quien vaya simplemente a contar un cuento, no debe ser sino meramente narrador, verídico, sí; y justiciero, valiente, y, sobre todo, honrado. Yo creo que Baralt fue un hombre honrado.

¡Rechaza a Humboldt por protestante!

¡Si esto lo dijera cualquiera otro, le redargüiría el argumento; pero no a Ud. que tanto ha estudiado, y sabe filosofía! No, el Sr. Humboldt no era enemigo de las instituciones romanas. Humboldt era un sabio, justo, honrado y, sobre todo, un naturalista, es decir, un enamorado ferviente y amable de las obras de Dios. Un hombre así no podía ser embustero ni engañador.

Concluyo este punto diciéndole que lo que yo he aprendido es que las misiones de frailes en Guayana fueron, por lo menos, inocuas. Discutamos este punto todo lo que Ud. quiera.

Otros puntos de su amable carta. En cuanto a que Ud. nota por la lectura de la mía que yo no he progresado espiritualmente, antes bien, he retrocedido, le hago esta manifestación: Desde que yo alcancé el uso de la razón (la edad de alcanzarla los hombres, según dicen los sabios, es a los 7 años) por una especial revelación interior que agra-

dezco a Dios y la bendigo, he venido observando y estudiando el fenómeno religioso, que a toda humana creatura tanto interesa. Nadie me dio a mí instrucción religiosa, mucho menos nadie me enseñó el cristianismo. Mi padre no era hombre ilustrado, mi madre apenas sabía lo que todo mundo por aquí sabe, o alcanza a saber, en la lectura de devocionarios y ramilletes de flores eucarísticas, etc. Mis hermanos mayores, muy jóvenes, tampoco sabían de esto, por la misma razón que yo. Crecí, pues en un ambiente romanista, pero moderado, pues ni mi padre ni mi madre ni mis hermanos eran fanáticos. Eran todos, sí, y en eso tenemos una gloria especial, personas mui honradas, de acrisolada conducta social, pública y privada. En mi hogar adquirí una cosa esencial para la vida: la educación; y bajo la égida de mi madre, los preceptos de una religión santa y salvadora: la religión de la sociabilidad, de la buena fe y de la candidez. Estas enseñanzas me hicieron considerar el mundo bajo una faz muy distinta de como después se me resultó. Pero sea como sea, yo siento que el corazón religioso lo debo a mi madre. Dios le pagará este beneficio en el Paraíso.

Después vino el triste proceso por el que todos hemos pasado: la enseñanza en escuelas y colegios, sin educación religiosa, pues la instrucción es laica. Crecí, llegué a hombre: los 21 años de la juventud. A la sazón no tenía instrucción religiosa alguna. Entonces me dediqué a leer libros y más libros de filosofías, de mentalismos, de teosofías, de ocultismos; y hasta leí tres tomos de masonería. Nunca he leído libros sobre espiritismo, pero sí leí algunos sobre hipnotismo. La mar de cosas que tanto abundan. Yo buscaba en esos libros la VERDAD. Aquella revelación, o intuición, o inclinación, no sé cómo calificarla, me condujo a leer el GRAN LIBRO: el libro de los Evangelios. Yo leí el texto editado en una librería pontificia, con licencia eclesiástica, y con varios sellos de obispados, cardenales y curias. Le digo esto, para que no vaya a decir Ud. que leí la biblia protestante, pues hay algunas personas tan suspicaces o ignorantes, que ha propalado que hay dos biblias: la romana y la protestante. No sé si habrá alguna edición mutilada o adulterada. Yo no la conozco. Yo leí la edición de la Vulgata latina traducida por el Padre Scio de San Miguel. Allí empecé a tener instrucción religiosa. Supe tantas cosas útiles para el hombre, necesarias para la salvación, que desde luego abandoné todos los

libros que no estuviesen de acuerdo con las doctrinas de Nuestro Señor Jesucristo y las enseñanzas de los Apóstoles y Evangelistas. Leí el libro santo e inmortal. Oí la palabra de Dios revelada a los hombres, y aún resuena en mi corazón el eco dulcísimo de una verdad que yo vanamente había buscado en tantos libros. Yo hice como un pájaro que vuela de su nido, revolotea por lejanas campiñas, no halla una rama donde pararse, y regresa a su nido. Yo regresé a mi nido: a aquel bendito tiempo cuando yo preguntaba al cielo, a los campos, a la gente, a las tempestades, al arco iris, a las huesas y a todo mundo, dónde está Dios, y nadie me contestaba, y reanudé mi vida allá tan atrás, como veinticinco años atrás. Desde ese día soy CRISTIANO.

¿Qué tiene que ver este proceso espiritual con el protestantismo, con las sectas, con las vanas discusiones de los hombres? Nada. Y entonces, me digo yo en interrogaciones que nadie me contesta: ¿por qué la gente se empeña en llamarme sectario, protestante, hereje y qué sé yo cuántas otras cosas más?

Desafío a todo el mundo a que diga dónde, cuándo y cómo me he afiliado yo a alguna secta, o Iglesia, o congregación protestante, o evangélica, o luterana, o episcopal, o anglicana, o armenia, o del infierno?

Un tiempo en papeles públicos me llamaron por guasa *protestante,* y hasta yo mismo, por guasa también me llamé protestante. Yo no soy protestante, nunca lo he sido, jamás. Sépalo Ud. que por ser mi sobrino tiene el deber de defenderme cuando me ataquen en público o en privado. Diga reciamente, rotundamente, con plena seguridad de que no miento, *que yo no soy ni he sido ni seré jamás protestante.*

¿Quiere Ud. saber, o quieren saber otros qué soy? Pues bien, yo soy, he sido y seré siempre con el favor y la ayuda de Dios, CRISTIANO.

No me he alarmado, no, jamás, de que Ud. siga un camino religioso apartado del mío, primero porque Ud. es también cristiano, y segundo porque yo nunca lo induje a Ud. a profesar mis creencias. Si yo hubiera sido alguna vez predicador, si yo hubiera escrito doctrina en los periódicos, o si yo hubiese hecho algunos empeños en conquistar adep-

tos al cristianismo, entonces sí que Ud. tendría razón al suponer que yo siento que Ud. no crea como yo creo. Yo lamento infinitamente, desde el fondo más ingenuo de mi corazón el no haber podido hacer eso que Ud. dice: ganar almas para CRISTO. No lo he hecho porque mis ocupaciones, mi carácter, mi posición y mi familia no me lo han permitido. Porque, figúrese Ud. que yo abandone mis hijitos y mi esposa para dedicarme a predicar el cristianismo, y verá Ud. cómo enseguida era lo mismo que afiliarme a la grandiosa legión de mártires. Y entonces, ¿quién trabaja para ellos? Es verdad que Dios es misericordioso, y que él no desampara a los que en EL creemos, pero esto es eventual, y ellos de seguro que tendrían que padecer mucho, mucho. Por eso fue que durante mis seis años y medio de Inspectoría jamás ni nunca, ni de palabra, ni por escrito, ni siquiera soñando puse mi posición oficial al servicio de mis creencias. Antes, por lo contrario, dejé obrar, dejé hacer, según la tradición escolar, pero siempre ciñéndome a las prescripciones de las leyes de la materia. Por eso es que resulta tan criminalmente calumniosa la nefanda abominable obra de los fanáticos clericales de aquí, al calumniarme ante el Ministerio de Instrucción Pública.

En resolución, yo he progresado hacia Cristo y su Iglesia. He avanzado hacia el Divino Maestro, me he acercado al Salvador. Ud. no lo nota, pero es así.

Lo del asunto de su tío Manuel fue así: poco tiempo después de casado él, empecé a observar que mi presencia en su casa era desagradable, pues aquí, como Ud. y otros, me creían *protestante.* La familia de la esposa de Manuel es manifiestamente católica, y supuse que en el desagrado que existía había mucha influencia de su parte. En vista de esto, resolví alejarme prudentemente de la casa para no dar ocasión de que por cualquier accidente que surgiera en la vida diaria, sobreviniese una ruptura brusca. A este paso me impulsó mi educación. De esto no estoy arrepentido, lo cual quiere decir que el paso fue acertado. No fue, pues, que yo me separé de él cuando él endilgó sus pasos hacia una vida "piadosa". Antes, la vida de Manuel era mucho mejor. Era él un hombre honrado, sufrido, trabajador, de buen carácter, bienquisto de todos: en fin que quienes se parecían más moralmente a nues-

tra madre fueron él y su papá. Efectivamente, así es. Pregúntele Ud. a su tía Rosalía cuando la vea, si es verdad que los dos hijos más de la madre fueron Manuel y Jesús. Su tacto social, su bondad, su don de gente, su educación, su amor a los hermanos, en fin, todas las excelentes condiciones de ambos lados, los exhibían como los ecos de aquel corazón tan bondadoso de nuestra madre. Ahora bien, él no alcanzó otra vida mejor, pues ni yo ni Ud., ni nadie puede llamar mejor una vida que se pasa con la camándula en la mano, el rosario en la boca, un cruficijo en las manos, una novena en la cabecera de la cama, un devocionario en la faltriquera... Y mire Ud. entre la vida de su papá, y la vida de esos días de su tío Manuel, hay mucha diferencia, y su papá no fue nunca rezandero, ni cargó imágenes por las calles, y yo le aseguro que Jesús fue un buen cristiano en la práctica. Rezar y andar en procesiones ostentosas no es cristianismo, ni piedad, ni nada.

Lo del asunto histórico referente al Libertador, es materia de una tesis especial. Escribiré sobre esto pronto, y le enviaré lo que escriba. Este punto es de lo más importante en la crítica histórica de Venezuela, y aún creo que de la América toda. Hay un libro escrito y publicado por el padre de su señora suegra, llamado "El Gran Pecado de Venezuela", cuyo tema es el asunto del sacrificio de los 18 frailes. Ud. debe haberlo leído, indudablemente. Leálo, si no, en estos días mientras le llega mi escrito sobre el mismo asunto.

Sobre el otro tópico de Ud. referente a que la Iglesia católica-romana es la única verdadera, espere también un estudio que le enviaré, *Deo volente et at juvante,* pronto. Mas, antes de que le llegue, entreténgase pensando en esto: finca o estriba la iglesia católica-romana su orgulloso postulado de que ella es la única depositaria de la verdad, en el supuesto pontificado de Simon Bar Jonás, llamado comúnmente San Pedro; pero éso es falso: San Pedro no estuvo nunca en Roma, y si acaso estuvo, no fue su obispo, ni fundó la Iglesia de Roma. La Iglesia de Roma la fundó San Pablo, el legítimo y auténtico San Pablo, no el adulterado, o duplicado de los protestantes a que Ud. se refiere. A éste no lo conozco yo. San Pedro no fue obispo de Roma sino de Antioquía. San Pablo y sus insignes discípulos San Lucas, Timoteo, Tito y otros, fueron los predicadores en la península, a ellos se les

debe el establecimiento de la Iglesia de Roma. Este error ha prosperado en los países hispanoamericanos, porque aquí no había dado sus bendecidos frutos el bendecido maravilloso invento del protestante Gutenberg. Desde que hay imprentas, hay luz. Desde que hay luz, se vienen despejando los lejanos horizontes de la historia. Ya no nos pueden comulgar con ruedas de suela. Ahora es otro tiempo. Bendito sea Dios.

Recibí el folleto "*Pro Missionibus*", ahora días. El que yo leí, fue prestado en la imprenta del periódico "Paz y Trabajo". No he recibido su otra obra "Ventanas en la noche", ni siquiera la he visto desde lejos. Su otro trabajo "Motivos", también me es desconocido. Si Ud. puede, mándeme un ejemplar de cada uno.

A. Briceño Valero

Caracas, 22 de julio de 1926

Mi querido tío Américo:

La respuesta suya a mi última carta aún no me ha llegado. He supuesto que Ud. haya visto en ella, no el final de un alegato, sino el principio de uno llamado a prolongarse indefinidamente y acaso haya considerado un tanto superflua la discusión que a nada conducirá: Ud. permanecerá en su actual posición y yo en la mía. Tal vez ello pueda obedecer a falta de tiempo de su parte.

He pensado yo a mi vez que las luces suyas en esta materia no alumbrarán la oscuridad que pueda existir en mis estudios y del mismo modo a la inversa. Hay demasiado personalismo en estas diferencias doctrinarias. En cambio tiene usted otras luces que sí pueden serme altamente útiles a mí y se las pido formalmente. Usted ha hecho estudios formales en etnografía precolombina y yo apenas empiezo a estudiar esta materia difícil y hermosa. Mi hermano Leopoldo conserva entre sus papeles un trabajo de Ud. que también yo tuve en un tiempo y se me ha extraviado: "Origen de los habitantes precolombinos del continente americano". Lo he leído con cuidado y veo que tiene usted una riqueza de conocimientos en esta materia y aun más: deja que su imaginación divague en pos de conclusiones originales, concluyendo con tesis similar a la de Florentino Ameghino. Lástima sí que los etnólogos y antropólogos estén uniformes en concluir que es mítico lo de la aparición del hombre en un período anterior al cuaternario. Yo no aspiro a llegar a dominar tesis antropológicas ni paleontológicas.

Estoy actualmente interesado en conocer aquello que más se acerque a la verdad en lo relativo a las razas o tribus pobladoras de Venezuela a la hora de la conquista española. Tulio Febres Cordero, Lares, Ud. y Amílcar Fonseca han dominado la materia en lo que se refiere a los Andes, como Tavera (cuyas obras no he podido hallar aún) domina lo referente al Oriente, Arcaya lo de Coro, etc. etc. Julio Salas que es más amplio presenta un cuadro de tribus y habla de los *aruacas, arucas, narhuacas* como pobladores originarios, desplazados por una inmigración *caribe* venida del norte. Duarte, Level, Arcaya y otros piensan al contrario, que tal invasión vino del sur, obligando a los primitivos pobladores a refugiarse en ciertas comarcas y seguir rumbo a las Antillas. La primera tesis la sostiene Cuervo Márquez (Estudios Arqueológicos y Etnográficos) llegando a conclusiones tales como llamar *caribes* a la familia *goajira*, y aun a los *caquetíos* de Falcón. Yo desearía que usted, enviando sus otros trabajos, y por medio de una amplia conversación epistolar, me ayudara en estas disquisiciones etnográficas, en que quiero seguir sus huellas. Los *cuicas* eran parcialidad *jirajara*, y ésta oriunda de Colombia, ¿se entronca con cuál otra? Los *jirajaras* de lengua *betoye* son consiguientemente una familia independiente de la *narhuaca* y de la *Caribe*, ¿fue anterior o coetánea con la invasión caribe su aparición en Venezuela? ¿Qué relación tuvieron los indios de los Andes con los de la Altiplanicie colombiana? ¿Eran o no una parcialidad *chibcha?* ¿Hubo tribus entroncadas con las *tupí-guaraní?* ¿De dónde sacan su origen en el sur y en el Brasil *betoyes, guaraníes y caribes?* y los *narhuacas*, ¿de dónde vinieron? ¿Nuestra población vino del norte o del sur? Nuestro indio incuestionablemente no fue autóctono, y aún más, nuestro indio no vivió largamente en ninguna región tropical, su permanencia fue una movilización, pues el clima siempre le fue opuesto, el anduvo de paso, lo que justifica la variante de dialectos de un mismo tronco lingüístico. El indio se adaptó en cambio de climas templados a regiones altas y entonces desarrolló el germen de su cultura, aun en la misma Venezuela. Aztecas, Mayas, Chibchas, Incas, vivieron en climas benignos, aunque no fuera el mismo que permitió a los iroqueses su altísima cultura política. Presuponiendo una unidad mongólica en las poblaciones americanas y apareciendo en ellas grados distintos de cultura, ¿no sería posible la idea de un lento desprendimiento desde el norte, pasando

por México, Guatemala, Colombia, Quito y Perú; los pueblos más viejos de la extrema oriental formados por derivaciones que no desarrollaron cultura por su poco número y por los inconvenientes climatéricos y suponer posteriormente un movimiento de reversión desde el *guaraní paraguayo* hasta el *caribe* casi coétaneo del conquistador? Yo no sé nada de estas cosas y solicito en cambio el apoyo de su vasta ilustración. ¿Por qué el *cuica* tenía noción de la moneda, y aún más porque ésta era llamada por el mismo nombre *gay* que los *caquetíos* de Falcón daban al oro? (Castellanos. V.I. Segunda Edi. pág. 241). Yo espero muy en breve una carta de Ud. en que sobre este pie de conversación me dé datos para mí preciosos.

Estoy enviándole mis LECTURAS VENEZOLANAS, obra recientemente aparecida y en la cual he hecho una selección de escritores nacionales que pueda servir en nuestras escuelas en vez del Libro Tercero y de las colecciones extranjeras que están en uso.

¿Conoce usted una obra de Juan de Ocampo llamada "Nueva Umbría"? Yo conozco de Ocampo "Los caciques heroicos y la Florida" sólo de nombre, de modo pues que no conozco el estilo que usara Ocampo, pero lo supongo muy de su siglo. Tengo la "Nueva Umbría" escrita en un estilo fácil que no indica procedencia del siglo XVI y como está editada por Rufino Blanco le tengo sospechas. ¿Ha oído Ud. nombrar esta obra, la ha visto citada alguna vez?: dice que es copia del original que reposa en el archivo de Madrid y hasta tiene el número que le corresponde en los anaqueles.

No deje Ud. de decirme algo de Jesús Briceño Casas cuando me escriba. Hace tiempo no sé nada de este buen amigo mío.

Me dicen que usted viene pronto. Lo celebro y tendré un verdadero gusto en tenerlo por esta su casa.

Me saluda a María y a los muchachos, en especial a mi ahijada, de quien me dicen que está muy mujer y buena moza.

Los míos lo saludan y yo le envío un abrazo afectuoso,

MBI

3 de agosto de 1926

Mi querido Mario:

Hoy, (3) he recibido su atenta e interesante carta del 22 de julio. Once días es mucho tiempo para la correspondencia en camiones...

Muchísimo me ha extrañado que Ud. empiece por decirme que no ha recibido la contestación a su última carta. ¿Cómo iba Ud. a suponerse que yo iba a dejar de constestarle esa carta, cuando ella tiene mucho más interés que la otra? Además, yo he aplaudido (e imitado) su cultura, su educación y su tolerancia, tanto en el decir, como en el obrar en el proceso de la controversia. Por otra parte, yo deseo ese palique, pues como se va a quedar entre nosotros solamente, no dará nunca lugar a que se meta un tercero. No solamente sigo la discusión sino que la deseo. Ud. ha leído mucho de esa materia, algo me enseña, y, yo, en cambio, que también he leído mucho de esa materia, algo le enseñaré.

Afortunadamente, dejé copia de la carta que la volveré a copiar, y le mandaré la copia. Terminaba esta carta proponiendo a Ud. tres cuestiones, pues la discusión estaba ya limitada y delineada concretamente en tres puntos. Estos tres argumentos requerían por parte de Ud. sendas contestaciones. Una de ellas, la última, era de tal naturaleza que si Ud. me la hubiera contestado categóricamente (le decía yo), yo iría a esa capital y de rodillas le pediría perdón a Ud... y al arzobispo también. Pero Ud. me contestará esa preguntica, y veremos cómo quedamos.

Efectivamente, yo he dedicado mucho tiempo y he hecho gastos, en el estudio de nuestros antepasados indígenas. Tengo por ellos acaso, más amor y veneración que por nuestros antepasados celtíberos, godos y sarracenos. Cuánto celebro que por la prosapia Valero (de la nación dueña de las altas serranías) tenga yo sangre indígena. Así es que por esa razón, he dedicado mucho tiempo al estudio de nuestros orígenes precolombinos.

Sobre esta materia tengo mucho escrito, inédito, que Dios mediante daré a la luz pública oportunamente. Siento no poder mandarle copias de estos escritos, pues, por experiencia, supongo que se pueden perder.

Además, como en el mes próximo pasado nos mudamos para una casa en fábrica, y tengo todos mis libros y papeles embaulados y en desorden, no podría hoy enviarle esas copias. Lo haré, *Deo Volente,* pronto.

Yo tengo aquí una obra del Doctor Tavera Acosta, que le enviaré por el próximo camión que pasa, pues éste sale hoy. Allí puede ver Ud. algo, pero mucho de eso lo tengo yo refutado en mis estudios. También estoy en desacuerdo con el Dr. Salas, con el Dr. Arcaya y con otros. Estas no son ideologías, sino deducciones debidas a la comparación y a un examen crítico razonado. En la "Geografía del Estado Trujillo" hay mucho referente a los indígenas de Trujillo. Yo sostengo (por la comparación lingüística) que los *cuicas* eran muiscas, aunque Fonseca dice que tal razón no es razón, porque él atribuye el origen de todos los idiomas a una sola causa: la onomatopeya; y dice que siendo uno mismo el órgano auditivo en todas las razas, y unos mismos los sonidos de la naturaleza en todas las latitudes del globo, es evidente que todos tienen que parecerse. A mí no me ha dejado de conmover este argumento. Es posible que Fonseca tenga razón. Si es así, la filología, la lingüística y la gramática comparada, de nada valen en este asunto. Entonces ¿a qué cartas nos quedamos? Quedaría la antropología reinando para guiarnos en el estudio del origen de los indios. Pero como no tenemos museos donde se pueda estudiar los huesos de los remotos nativos, resulta que la antropología tampoco sirve para maldita la cosa.

Lo incuestionable (referente a todo el territorio nacional), es que hubo una creciente de indios cuyas huellas se conservan desde Río Negro hasta Nueva Esparta, que se extiende hasta las llanuras de Lara, y hasta la Guajira. Esta creciente, que quedó fija como un *detritus* derramado sobre las naciones autóctonas, es la raza aruaca, o marañona (o, como la vienen erradamente llamando: caribe). En las naciones cuicas no hay rastros de esa creciente, pero los hay en la nación de los *bobures*, nuestros vecinos, así por el parecido físico como por el idioma.

En la librería de Manrique y Aguerrevere hay algunas obras nuevas, tal como la colección intitulada "La Gran Florida, los Chiapas, los Desiertos de Achaguas". Compre esa obra, que es muy interesante, la misma que me ha servido para contestarle al Doctor Tavera Acosta y zumbarle un puyazo al entrometido Doctor Unmagui.

En definitiva, con mucho gusto le mandaré todo cuanto pueda conseguir sobre etnología americana, y en especial, sobre los indios venezolanos.

Pero, en estos mismos días les voy a contestar algunas de las preguntas sobre los indios. Espere un poco, pues estoy de director de fábrica.

Espero su nuevo libro "Lecturas Venezolanas". Se lo estimaré cordialmente y haré que su ahijada Alfonsina lo lea atenta y cuidadosamente, y lo lea a su mamá, que por su miopía no puede leer.

No conozco la obra "Nueva Umbría" de Juan de Ocampo. El otro libro de Ocampo, sí me es conocido.

El Sr. Br. Jesús Briceño Casas está en Maracaibo, me parece que desempeñando el cargo de Registrador Principal.

María, Doña Pepita y los muchachos lo saludan. Su ahijada sí está muy grande y gorda, pero en cuanto a hermosura, la dejó en el tintero. Acaso será porque no ha acabado su desarrollo. Muchos abrazos a María,

Graciela y los muchachos. De ellas sabemos frecuentemente porque María Teresa nos da siempre razón de ustedes todos.

Como siempre, lo abraza cordialmente, su tío,

A. Briceño Valero

P.D. No por desafecto, sino por la carrera con que escribo, dejé de saludar muy cordialmente a Pepita y el niño, a quienes mi esposa y familia también saludan cariñosamente.

Caracas, 12 de agosto de 1926

Mi querido tío:

La carta que le adjunto la escribí antier y por falta de tiempo no la había llevado al correo cuando soy sorprendido gratamente por la suya del 3 del corriente. La suya anterior sí la recibí y la respondí con la mía, creo de fines de junio, en la cual le ponía tres cuestiones previas que deseaba me fuesen resueltas por usted, como contraste para saber en realidad si es o no un protestante Ud., pues me parece que es cosa ésta necesaria para definir un criterio en una discusión. Le puedo repetir estas cuestiones:

¿Cómo mira Ud. las relaciones de la iglesia y del Estado?
¿Qué piensa Ud. del *Birth control?*
¿Qué opina Ud. del divorcio?
¿Qué piensa Ud. de la instrucción religiosa en las escuelas?
¿Qué piensa Ud. de la cuestión social?

Estas preguntas las llevaba mi carta de 8 de junio, supóngola perdida. Usted en cambio me plantea una cuestión sobre la educación que pueden transmitir a los venezolanos los frailes *históricamente* absolutistas, monarquistas, teocráticos, etc. Para responderle esta cuestión tendría yo que recurrir a mil razones acaso de una explicación difícil como usted lo supone. Pero vamos a la historia: Venezuela fue preparada intelectualmente por frailes y religiosos de otras órdenes que no franciscanas y dominicas. Venezuela nació para la mayor democracia, aun

me atrevería a decir olocracia. Es cuestión del momento histórico en que se desarrolle el fenómeno. La Universidad de Santa Rosa de Lima, con una fundación acaso monástica, preparó los hombres de la primera República, la de San Buenaventura, en igualdad de condiciones, hizo lo mismo; nuestros colegios de Valencia, Trujillo, etc. que dieron prohombres para la causa independiente fueron creados al calor de las órdenes religiosas, y religiosos hubo también en la lucha: el Canónigo Uzcátegui, Madariaga, el Padre Blanco, el Padre León, y tantos otros, dieron empuje a la onda de la independencia. Voltaire el padre de todos los disparates enciclopedistas y Renán mismo fueron educados en casas de la Compañía de Jesús, de modo pues que la pregunta de Ud. bajo un punto de vista histórico me parece de fácil respuesta. En cambio, nosotros necesitamos en nuestras comarcas de indígenas civilizar éstos y lo harían muy bien como ya lo hicieron y lo están haciendo, los padres capuchinos. No hay incompatibilidad entre la educación que ellos trasmiten y nuestra idiosincrasia democrática. Habrá oposición en los léxicos acaso, pero en la historia ya vemos que no existe.

Le adjunto un segundo artículo mío *Pro Missionibus* publicado antenoche en "La Religión", en el cual abordo algunas cuestiones que usted me ha objetado en sus amables cartas. La significación histórica de las misiones de indios, no puede estar reducida al cuadro escaso, menguado, que han querido darle los escritores liberales, aunque sean muchos los defectos de sistema que aquellas presenten. Yo soy católico, pero tengo un criterio que usted en su terminología despectiva no podría llamar nunca *frailuno,* aunque hubiera sido un buen fraile. Usted mismo no dejará de comprender la trascendencia de la obra misionera, y día llegará en que su argumento Aquiles: Centurión, lo verá por el suelo. Es necesario comprender la especialísima circunstancia que mediaba en la época: el capuchino fue nuestro aliado, en contra de las autoridades civiles, el final de las primeras misiones de Nueva Andalucía, la de Garcés y Ordeva, la segunda de franciscanos y dominicos, la de Bartolomé de las Casas y aun la cuarta de fray Francisco de Pamplona, indican en un principio, como algo que debe tenerse siempre presente, que las autoridades fueron culpables de ataques contra los frailes cuando estos defendieron a los indios. El criterio oficial está menguado por esta falta, mi querido tío. Ahora Ud. no dirá que

el fraile fue bruto, yo hago mención de esto en mi artículo que va muy directamente contra Ud., que ha leído a Aguado, Simón, Caulín, Gilij, Gumilla, etc., etc.

Con su carta de hoy he recibido dos ejemplares de su carta para Tavera y al respecto le repito lo que le digo en la mía adjunta. Es necesario que examine Ud. este libro. Yo no lo hallé en la librería de Manrique.

Ansío conocer algo más sus opiniones sobre cuestiones indígenas. Lo que me dice de suponer los cuicas relacionados por procedencia con los *muiscas* yo lo veo muy lógico, siempre he pensado lo mismo después de las pequeñas lecturas que he hecho a este respecto. La opinión de Fonseca sobre el origen de las lenguas no deja de tener su parte hermosa y de inventiva. Es una opinión. Yo creo en la monogenia lingüística. Esa floración espontánea de idiomas me parece muy de acuerdo con los partidarios de la teoría poligenista. Entiendo que Ameghino pretendió probar por la paleontología está última corriente. Pretender probar que tienen un origen onomatopéyico las lenguas me parece, a pesar de lo bonito, absurdo. Entonces no existirán los sonidos articulados y nos hubiéramos quedado en una época de mayor atraso.

Yo estoy en viaje de salud para Panamá, tal vez a fines de este mes. Necesito hacerme una nueva operación, pues mi salud la tengo perdida totalmente, y me encuentro en la imposibilidad de trabajar. Mamá se quedará con el chico, que también ha venido muy enfermo del estómago.

Le exijo saludar a María, prima Pepita, y los muchachos. Cariños a Alfonsina. Mamá, Pepita, y Graciela los saludan.

Lo abraza su afectísimo sobrino,

MBI

Sr. Doctor
Mario Briceño Irragorry

Contestación a los cuatro puntos propuestos por el Dr. Mario Briceño Iragorry.

Agosto, 1926

Primer punto: ¿Cómo mira Ud. las relaciones de la Iglesia y del Estado?

Contesto: Hay una sola Iglesia universal, la cristiana, que está en todo el mundo y dentro de ésta, hay muchas iglesias. La anglicana, por ejemplo, que es la iglesia oficial de Inglaterra, la primera potencia de la Tierra. Hay otra iglesia: la episcopal, de Estados Unidos, de Escocia, Noruega, Suecia, Méjico, Cuba, Brasil, etc. Hay otra: la católica, apostólica y romana. Como Ud. es romanista, deduzco ciertamente que Ud. se refiere a esta última, y bajo tal concepto, le digo que si la mayoría de la nación es del mismo credo, las relaciones de la tal iglesia con el Estado deben ser amistosas, de quien a quien, es decir, de potencia a potencia, dándose y recibiendo, cambiando servicios y utilidades, éstas, necesariamente para ambos, y las que ambos se cedan y estatuyan, jamás deben resultarse en perjuicio de tercero, pues esto sería una injusticia. En los tratados públicos que negocian los estados entre sí (y esto lo sabe Ud. mejor que yo, pues ha estudiado la materia) los derechos y obligaciones que contraen, no ceden nunca en perjuicio de otra potencia, a menos de tratarse de una alianza ofensiva. Por analogía, los tratados que un Estado celebre con la iglesia romanista que

exista dentro de sus límites jurisdiccionales, deben ser tales que nunca se resulten en perjuicio de aquella parte de la nación que no pertenezca a ese credo, a menos que ambas potencias no se ajusten para hacer una guerra a una parte de las partes contratantes, y esto sería antilógico, paradójico, y, ciertamente, irrealizable, pues nadie podría en buena razón, laborar en su propio perjuicio. Bajo tal concepto, pues, creo humanamente que deben existir tratados de amistad con miras de mutuo beneficio entre la iglesia católica, apostólica y romanista de una nación con el Estado. Mas, si Ud. se refiere a la sede de la iglesia romana, es decir, al pontificado de Roma, considerado como una potencia mundial, creo también y de la misma manera, que debe de existir un pie de buenas relaciones entre esa sede y los Estados donde hayan creyentes de su credo. Pero bajo el mismo concepto, esas relaciones por más amistosas que sean, no deben jamás atentar contra los derechos civiles de los ciudadanos de esos estados que no sean de su credo. Esto es lo natural, lo justo, lo humanitario. Otra cosa sería volver a las viejas andadas de los tiempos afrentosos de Felipe II y Torquemada.

Ahora bien, si Ud. se refiere a la "Iglesia de Cristo", es decir, a la iglesia universal de Cristo, le contesto que no miro en manera alguna esas relaciones, porque no han existido jamás, no existen, ni pueden existir nunca, porque se opone a eso la esencia de la Iglesia y la naturaleza de los Estados. En efecto, la iglesia de Dios es una cosa espiritual, ideal, es una concepción mui abstracta, existe fuera del mundo concreto, y se realiza individualmente en cada creyente. Las relaciones entre esa iglesia y el mundo son de la misma naturaleza que las relaciones entre el espíritu y el cuerpo. El espíritu existe en el cuerpo humano y viven juntos, en virtud de las leyes biológicas, metafísicas y éticas que Dios dictó desde *ab eterno,* para que se realice el plan de la Creación. Cómo son esas relaciones, *a priori,* nadie lo sabe, *a posteriori,* lo dice la experiencia humana: a Ud. y a mí, y a cada creatura humana, nos lo dice la conciencia. Así mismo son las relaciones entre la Iglesia y el mundo. El mismo Cristo nos dice: *Mi reino no es de este mundo.* Es decir, no que su reino estuviese por venir, sino que es una cosa abstracta e ideal, que nada tiene que ver con las cosas mundanas. El Estado, como Ud. sabe, es un medio humano, de invención puramente humana, para poder vivir en sociedad, lícitamente,

moralmente, armónicamente, para que se distribuya el derecho, para que cada uno viva honestamente, para que no nos dañemos y para repeler las demasías de los malvados, premiando a los hombres honrados, estimulando a los buenos etc. Son dos cosas, pues, muy distintas y no pueden tener nexos entre sí. No existiendo tales relaciones no las miro de manera alguna. No existen.

Segundo punto: ¿Qué opina Ud. del *Birth control?*

Contesto: Nada, porque no conozco la cuestión. Si Ud. me ilustra sobre el particular, podría darle mi opinión.

Tercer punto: ¿Qué opina Ud. del divorcio?

Contesto: Lo que opinó el mismo Cristo: capítulo 19, San Mateo. Leálo, allí verá mi contestación, amplia, razonada y concreta. De allí no me apartaré jamás.

Ahora, comprendo que Ud. ha querido tentarme por el lado del matrimonio civil. Sobre esto le contesto, que aunque no he prestado juramento ante ninguna Corte para defenderlo, defiendo la razón y la verdad de su creación, y la necesidad de que exista en todo Estado bien organizado. El matrimonio civil es una necesidad social, civil, política, natural y moral. Podría probarlo bajo cada una de esas faces. Pero Ud. que es legista, sabe de esto más que yo, y sería superfluo todo cuanto dijese yo. Como el Estado es el que hace el matrimonio civil, el Estado puede deshacerlo; y si para hacerlo tuvo sus razones sociales y civiles, para deshacerlo tiene también las razones de las mismas índoles. Así mismo, Dios hace el matrimonio religioso, pues Dios puede deshacerlo cuando a él le plazca, según sus divinos arcanos juicios. La muerte es uno de esos arcanos decretos. Las autoridades religiosas, obrando en nombre de Dios, también pueden deshacer un matrimonio religioso cuando lo crean justo y razonable.

Lo que sí digo y proclamo es que todos los venezolanos estamos en el deber de respetar las leyes, obedecerlas, cumplirlas y hacerlas cumplir; y si ese venezolano que, además de su excelsa condición de ciu-

dadano de Venezuela ha prestado un juramento solemne de cumplir y respetar esas leyes, por miras de interés particular, o por obedecer antes a una potencia extranjera viola ese sagrado juramento, se hace reo de un delito calificado de lesa patria, es un traidor abominable y despreciable...

Cuarto punto: ¿Qué piensa Ud. de la instrucción religiosa en las escuelas?

Contesto: Tengo inédito un cuaderno (complemento de mi otro ya publicado que se intitula "Dirección de las escuelas primarias") sobre metodología, en el cual hay un parrafito sobre la cuestión, que dice así: "La instrucción científica y literaria debe fundarse en el desarrollo de las potencias intelectivas del niño merced al cultivo y ensanche de sus sentimientos, modalidades y vocación natural; pero la educación debe fundarse en la religión: la educación que no esté basada en la religión es estéril; y toda educación que no se base en la religión cristiana, es incompleta. La educación, como dice Spencer, es todo lo que hacemos por nosotros mismos y todo lo que hacen los demás por nosotros, con el fin de acercarnos a la perfección de la naturaleza en que somos hechos. Según esto, el ideal de la educación es la preparación del niño de manera completa para la vida eterna".

Sin embargo, de estas mis creencias, cuando yo fui inspector de escuelas, no puse en práctica estas ideas. Me limité a cumplir las leyes de la nación sobre la materia, leyes hechas por las supremas autoridades escolares, y las cumplí estrictamente, como es testigo el apreciable grupo de preceptores y el numeroso grupo de alumnos pueden testificarlo. Y sin embargo, los clericales no tuvieron ni un velo de vergüenza para calumniarme ante el Ministerio de Instrucción y por la prensa... Pero, era que necesitaba la pitanza para un rezandero comehostias, quien comiendo indignamente esas hostias, se prestó o se ofreció para eje de la calumnia. Y yo, entonces, como Cristo en la Cruz, les dije: Padre, perdónalos que no saben lo que hacen. Tenían hambre, y era menester aplacársela. Por eso, cuando yo leí su escrito de marras sobre las *missiónibus*, recordé el similar de los calumniadores, que con ese parto estrafalario pretendían conseguir la pitanza, arrastrando

sus babas asquerosas ante un hombre que disponía de medios para servirles de introductor en los festines públicos...

Y allí están, con perjuicio de los sagrados intereses escolares de la niñez. Pero Uds. los romanistas adolecen del defecto de no ver, aunque miren.

Quinto punto: ¿Qué piensa Ud. de la cuestión social?

Contesto: No sé ciertamente cuál es la cuestión social a que Ud. se refiere. ¿Será el socialismo, será el anarquismo, será el derecho de huelgas, acaso será el liberalismo, o el bolcheviquismo?

Yo sé que los pueblos europeos se afanan en una actividad peculiar de ellos (especialmente de Francia, Prusia, Bélgica y Portugal, algo de Italia, e Inglaterra; casi nada de Austria y nada en España), que he oído decir que se llama "socialismo". No conozco sus ideales, ni su credo, ni sus procedimientos. Nunca he leído una obra sobre tal socialismo, y cuando leyendo los periódicos encuentro alguna columna dedicada a esta materia, la salvo sin leerla. Para mí es asunto estéril. De modo que sobre esto nada puedo decirle. Y lo siento, pues acaso podría Ud. acabar de formarse una idea clara, o más clara, sobre la que Ud. cree llamar "protestantismo".

Si el fin de esa actividad es mejorar la sociedad, me parecen errados sus propagandistas, sus apóstoles, sus adeptos y sus secuaces; "errados", es decir, que han desacertado el camino. Porque el verdadero camino para hallar la armonía social, el imperio del orden social, el reinado del derecho y la justicia, es el mismo camino que nos conduce a Cristo y su Iglesia. En Cristo es donde hay salud pública, orden, armonía, justicia, confraternidad y todas aquellas excelencias que el hombre busca por otras sendas, y que tanto anhela y por que tanto suspira desde hace siglos y siglos. Cuando los hombres públicos (como Alessandri, Calles, Doumerge, Da Fonseca, Wilson y otros) se inspiren en los santos Evangelios, tendrán la clave que les resuelve de una vez y para siempre todos sus problemas. Sólo en los Evangelios hay paz, armonía, confraternidad, amor mutuo, patriotismo, fe en Dios y caridad para

todo el mundo, así sean negros del fondo tenebroso del Congo como "catires" de Suecia, moros del Sahara o nuestros pobres abuelos indios de las selvas americanas. Las muchas letras ofuscan a esos hombres que sienten dentro de sí cómo arde un santo ideal por la implantación de una esperanza que Cristo calificó con sus divinas palabras, pero que no hallan, ni acaban de comprender.

Esa carísima esperanza, ese dulcísimo ideal que algunos hombres acarician con deleites muy piadosos, no se cultiva ni se conquista en las academias, ni en los liceos, ni entre los palacios donde el lujo y la ostentación inspiran o presiden los actos de los hombres, sino en el silencio de la meditación, hablando con Cristo en el clarísimo lenguaje de la fe. Muchas letras tenía el Doctor Nicodemus, y su sabiduría de nada le sirvió para entender las palabras de Cristo cuando El le habló de la necesidad de nacer otra vez. Muchos doctores de la ley (abogados, como Ud. es, y tan ilustrados como Ud. en las letras humanas) no entendieron a Cristo sino cuando se hicieron pequeñitos y sencillos como niños. San Pablo, cuando era Saulo de Tarso, era un maestro, rabí educado en la Academia de Gamaliel, que es como decir ahora, en la Universidad de Cambrige, y sin embargo, no entendió a Cristo sino cuando se hizo pequeñito como un escolar y teniendo presente un ideal distinto, releyó la Biblia (el Testamento Antiguo).

Todas esas cuestiones, socialismo, anarquismo, bolcheviquismo, liberalismo, fascismo, antifascismo, panamericanismo, que nos hablan de paz, de armonía social, de confraternidad entre las naciones, del desarme, de unas cosas bellas, pero mentirosas, no son más que cosas huecas, vacías, sin alma y sin sangre, que el Diablo inspira a los hombres para apartarlos de la Iglesia de Cristo, del sendero que conduce al reino de Dios. Antes, en siglos pasados, el Diablo se valía de las pitonisas, de los oráculos, de las sibilas, de los nigromantes, de las estatuas del paganismo, en fin de los resortes que había entonces útiles para la propaganda, para apartar a los hombres del sendero que conduce a Cristo, y sólo fueron unos mui contados quienes se sustrajeron a la influencia de esas abominaciones. Hoy ya no hay de esas cosas, pero hay otras de efecto más tremendo, y de poderes mucho más enér-

gicos, por cuanto vuelan como hojas que lleva el viento por sobre todos los pueblos: el periódico. El Diablo se vale hoy de la prensa, como se valió de las pitonisas para alejar a los hombres de Cristo. Las muchas letras ofuscan a los espíritus débiles, a los novedosos, a los espíritus de mucha actividad, y los conducen por senderos extraviados, lejos de Cristo y su Iglesia. Aun dentro del seno fecundo y maravillosamente maternal del cristianismo, hay novedades que el Diablo inventa para apartar a los hombres del sendero de Dios. Por ejemplo, el teosofismo, la ciencia cristiana, la masonería y otras formas filosóficas y doctrinarias que arrastran adeptos por millares y millares, sin más esfuerzos que la simple lectura de una revista bellamente editada, con una portada sugestiva y el halago de pertenecer a tal o cual asociación. Mientras tanto, la obra de Cristo, la verdadera Iglesia, el Reino de Dios, que no es de este mundo, trabaja silenciosamente, sin ruidos ni timbales en las almas dilectas, en los humildes, en los pobrecitos, en la parte más miserable de la sociedad, así como en la Judea y Galilea, trabajó entre los jornaleros, entre las prostitutas, entre los pastores, los cuales desde los sincamisas que fueron llamados por los ángeles para ir a ver al Niño acabado de nacer, hasta los que hoy gimen sin qué comer ni vestir, son los voceros de la Divina Palabra de Dios anunciada a los hombres para la salvación eterna.

Por todo eso nada sé yo de la cuestión social, ni deseo saber, pues estoy conforme con la sabiduría del Evangelio. Allí estoy, y allí estaré, con el divino favor de Dios, pobre, desvalido, perseguido, calumniado, pero satisfecho con mi fe, contento con mi suerte humana, y más aún con la excelsa divina prometida por Cristo a quienes en El creen y en sus infalibles promesas confían, esperanzados en el reinado de la justicia, no ahora, ni dentro de poco tiempo, sino en un tiempo muy remoto aún, pero de infalible verificación, cuando el mismo Cristo vuelva a este mundo no como una víctima propiciatoria, no como un cordero, a salvarnos, sino como juez, que viene a juzgar, como padre que viene a pedir cuentas a sus hijos de la heredad que les dio al partir, como rey, a premiar a los leales y castigar a los infieles. Entonces, de nada nos valdrá decir que somos hombres de muchas letras, de mucha ciencia, de muchos poderes, sino que fuimos hombres sencillos, pobres, miserandos, perseguidos, quemados vivos en hogueras que se

encendieron en SU NOMBRE, por hombres malvados; y que fuimos mansos, buenos, caritativos, tolerantes y guardadores de la fe.

Con todo eso ya tiene Ud. cómo juzgarme y acabar de formarse el verdadero concepto de cuál es mi fe, cuál mi religión, cuál mi cristianismo. Si hay alguno otro cristianismo diferente a éste, dígamelo, dónde, cuándo y cuánto, para ir a buscarlo seguidamente.

Ahora, le digo como en la otra ocasión: no me pregunte dónde está mi templo, ni dónde está mi sacerdote. Mi templo es mi mismo cuerpo, templo vivo del Espíritu Santo, y el de Ud. y el de todos aquellos que creen en Cristo: y mi sacerdote, único sacerdote, es Jesús-Cristo, pues no hay nadie, debajo de los cielos en quien podamos ser salvos sino Jesús, el Unigénito de Dios.

Sobre el asunto de las Misiones, nada le digo, porque esa cuestión es muy estéril para mí. Yo no lograría convencerlo a Ud. Ud. tampoco a mí. Perdemos el tiempo, nada conseguimos, sino que acaso Ud. se disguste conmigo porque de cuando en cuando me salga a la pluma (o se me venga a los tipos de la máquina, repentinamente) una frase hiriente para los que sin piedad alguna se atrevieron a calumniarme ante las autoridades de la instrucción pública interponiendo entre la víctima y los calumniadores un escrito ayuno de erudición y de verdad intitulado con las mismas palabras que Ud. usa en los suyos, y, para que la semejanza sea más resaltante y abominable, ese escrito fue dedicado al arzobispo, al mismo arzobispo a quien dedica los suyos; y porque bien puede ser que, sin quererlo, lo ofenda, con la idea de que así como aquellos miserables come-hostias publicaron ese escrito para conseguir un puesto público, por no poderlo conseguir de otra menos ilícita, así también Ud. esté buscando una recomendación oficial del arzobispo para conseguir otro puesto público. La legítima y natural correlación de ideas me lleva hasta allá.

Por eso es mejor dejar el asunto *missionibus* como está hoy.

Más nada. Le deseo bienestar, restablecimiento completo de sus pasadas dolencias y con un cariñoso abrazo, como siempre soy.

Su tío apreciador,

A. Briceño Valero

Valera, 15 de agosto de 1926

Mi querido Mario:

Correspondiendo a su carta del 22 de julio, y en adición a mi última, según en ella misma le ofrezco, vengo a decirle lo siguiente. Primer punto. Las conclusiones de Ameghino son producto de un estudio combinado. Las teorías antropológicas y geológicas que circulaban entre el mundo científico para el año 1900, fueron sometidas a prueba práctica experimental por el autor. Sometió a aquellas los huesos de las razas desaparecidas que halló en las profundas excavaciones que él hizo en diferentes lugares de las altiplanicies y estepas de Bolivia, Argentina, Paraguay y altas sierras de los Andes; y los sedimentos, estratificaciones, capas, rocas, depósitos, etc. que halló en las mismas excavaciones. Me parece que ningún otro sabio sobre la faz del planeta, ni comisión alguna científica, ha extremado jamás las pruebas prácticas, como Ameghino. Por todo lo cual no es aventurado decir que las teorías de éste traspasan los lindes de las concepciones ideológicas, para entrar en el reino de la certeza. Vale decir que si acaso la teoría de Ameghino no es la verdad, jamás teoría alguna ha llegado al alto e indiscutible grado de certeza que ella alcanza. Yo en ella creo mientras otra teoría más evidente la reemplace.

Lo raro no es eso, que así tiene que ser. ¿Sabe Ud. lo inauditamente raro? Pues que yo, metido aquí entre estos cerros, sin muchos libros y sin huesos y museos, sin excavaciones ni achaques geológicos, pues de asuntos de esta rama del saber humano no conozco más allá de la

piedra de moler, haya concebido simultáneamente con Ameghino la misma teoría y la haya dado a la luz pública casi en los mismos términos que aquel sabio de la lejana Argentina. Pues ha de saber Ud. que cuando mi cuadernito estaba ya en prensa en casa de Hermanos Trujillo, Maracaibo, llegó a mis manos el libro de Ameghino con sus avanzadas teorías, y fue entonces cuando escribí la parte final de mi cuadernito, como puede Ud. observarlo y comprobarlo.

En el sabio argentino, la concepción de tal teoría fue obra de la sabiduría; y en mí, de una inspiración divina, es decir, un soplo del Santo Espíritu omnisciente. Si no es así, entonces ¿qué es?

Lo evidente, lo incuestionable hoy, es que la humana creatura llamada genéricamente "hombre", es más viejo que los continentes: cuando aparecieron sobre la faz del globo, Europa, Asia y América, ya el hombre era viejo en el mundo. El hombre es anterior a la geografía actual. El vio alzarse las vastas cadenas de montañas, elevarse las islas, surgir los continentes, delinearse el mar... en fin, la sapientísima creación de Dios que somos nosotros, fue creado antes que la costra endurecida compuesta de tierra y agua, que llamamos tierra. Numerosas familias perecieron en los cataclismos, fueron víctimas de los furores de los diluviones, quedaron sepultadas en el fondo de los mares, de las islas, de las montañas.

Al fin, una parte sobrevivió, y cuando la superficie de la Tierra se aquietó, cuando la atmósfera se serenó y el medio le fue aparente, prosperaron las familias, tribus y mesnadas sobrevivientes: de aquí datan las naciones antiguas que hoy se consideran como madres de las actuales.

Tal es mi creencia, de allí partí en mis estudios, allí llego, y allí estoy estacionado, hasta que otra concepción más autorizada me saque de allí y me arrastre tras el fulgor irresistible de la verdad.

Según esto, su duda acerca de la existencia del hombre antes del período cuaternario, y más atrás aún, durante el período jurásico, o cretáceo, desaparece totalmente.

Yo creo que el tipo humano anterior al hombre actual (no el antropomorfo, pues éste es de ayer, sino el animalejo o renacuajo que es nuestro abuelo) pudo muy bien vivir y prosperar durante los períodos anteriores al cuaternario, porque en virtud de las leyes físico-químicas que siempre han regido su existencia, se halló apto para acomodarse al medio, sin violentarse y sin perecer, ni siquiera menguarse. El antropomorfo, o el tipo cromagnon, comparado con el renacuajo que antes era el hombre, se resulta un tipo civilizado, un dandy, especie de Petronio, modelo de la elegancia.

Ud. ha oído seguramente a los famosos cantores que causan pasmosa admiración con las suaves melodías de su garganta privilegida; pues bien, esa facultad es el extremo actual del desarrollo del órgano vocal que empezó a formarse en la garganta del hombre cuando él era casi una rana, que pasó largos siglos de su existencia cantando sus endechas y cuitas amorosas a la orilla de algún charco infecto y nauseabundo, a la luz mortecina de la Luna.

Siendo esto así, la pregunta acerca de "¿cuándo se principió a poblar Venezuela?", ¿qué casta de gente poblaba nuestro territorio cuando ayer llegaron aquí los españoles? queda infinitamente y para siempre jamás sin contestación, pues es imposible que mortal alguno pueda saberlo. Por eso, no puedo contestarla. Queda a su buen juicio y recto criterio, contestársela Ud. mismo.

Es indudable que antes de que la raza aluvional o estratificada de los Araucas (que hasta hace poco se llamaba *Caribes*), llegó a esta tierra, ya desde siglos antes había aquí otra raza. ¿Sería autóctona? Tenemos que suponer que sí. Que los muiscas también llegaron a nuestro país, por vía del Táchira, es también innegable. En los Andes venezolanos hay fuertes indicios de su avalancha; pero también hay otros de que antes había aquí una raza: los cuicas por ejemplo, no eran netamente muiscas. Sus dialectos no provienen del chibcha, o muisca, sino que es autóctono, natural, salido de la madre naturaleza, puro salvaje, agreste y monosilábico y demuestra que esa raza era nativa, o había venido hasta aquí de quién sabe dónde. Sólo Dios lo sabe.

Le envié el libro de Tavera Acosta, "Dialectos indígenas". En la página que le anoto, verá Ud. una comprobación de lo que acabo de decirle. Le interesa mucho leer esa obra que es muy interesante.

En fin, nada sabemos acerca del origen indio de nuestros antepasados. Sólo sabemos que eran gente noble, vivaz, libre, independiente, aguerrida y, como se ha comprobado, de lo más aparente para el avance de la civilización y el desarrollo de la especie humana; y que debemos a su sangre generosa y holocaustaria el ideal sublime de nuestra libertad y de nuestra independencia. ¡Quiera Dios que prosiga el cumplimiento de sus altos destinos llevándonos a través de las pasiones y de los errores, hasta el triunfo de la democracia y del implantamiento en la tierra del Reino de Dios, como lo prometió Cristo, el Maestro Divino.

Sin más por el momento, lo abraza su tío,

A. Briceño Valero

MIGUEL ANGEL BURELLI RIVAS[1]

(1) MIGUEL ANGEL BURELLI RIVAS. 1921. Esposo de María Briceño Picón, penúltima hija de Mario Briceño Iragorry. Abogado, diplomático, profesor universitario, político, escritor.

Bogotá, 26 de octubre de 1949

Señor Don
Miguel Angel Burelli Rivas
Delegación de Venezuela a la IV Asamblea
General de las Naciones Unidas.
Nueva York

Mi querido Burelli:

He tenido el gusto de recibir las dos muy apreciables cartas de usted.

Por la última me he impuesto con verdadera complacencia de que usted ya se maneja con soltura en esa gran urbe, y me complace que usted siga hallando en mi familia el aprecio y el cariño de que es acreedor.

Las noticias sobre mi pobre hermana no imagina cuánto se las agradezco. Así como usted pinta su cuadro de dolor, la imaginaba yo. Ella y nosotros sus hermanos nos formamos en el ambiente de lágrimas que fue la viudez de nuestra madre; y yo sé lo que semejante dolor influye en los espíritus infantiles. Le escribiré muy discretamente.

Mucho me interesa lo que me dice del viejo López, a quien usted sabe guardo profundo respeto, así hubiera estado un tanto distanciado de él en 1945, a causa del grupo de hombres que le acompañaban de cerca. Y sabe también que en lo personal, si no he tenido el deseado acerca-

miento con él, la causa radica en imprudentes y violentas frases sobre mi mujer que exteriorizó su señora, por quien la mía tuvo el más acendrado afecto. Mas, ello no ha sido parte para que yo no mantenga el mayor respeto y la más alta consideración por la figura eminente de quien quiso salvar la República, y la salvó, en los años posteriores a la muerte del General Gómez.

Lo que me dice del General Medina no deja de sorprenderme. Lo creí en un plano de mayor comprensión del momento político que vive nuestra sufrida patria. Sabe usted que entre el General Medina y yo no existe ningún contacto actualmente.

El se mantiene conmigo en la misma actitud de fines de 1945 y no ha tenido ninguna palabra para el amigo que hoy, en los cuadros del Gobierno y en situación destacada, ha tenido las palabras más justicieras para su Gobierno. Yo le he hecho justicia desafiando la suspicacia de sus enemigos y exponiéndome a la malevolencia de quienes creen que la lealtad es un defecto político. Yo fui leal con Medina aun provocando sus reacciones, cuando me ponía par a par con los que creían servirle por medio de una sumisión que a la postre fue desfavorable a él y al régimen.

Del viaje a Costa Rica tuve anuncio por Suárez Flamerich hace más de quince días. Después no he sabido nada. Supongo que allá crean que no debo moverme por ahora de Bogotá. A no ser que cualquier amigo tenga interés en llevar a San José la representación de Venezuela.

La política de acá se ha enredado un poco más, pero confío en que los jefes políticos colombianos sabrán absolver las dificultades actuales.

Yo estoy en espera de que se aclare esta situación y de poner en orden ciertas cosas de la embajada para escribirle a la Junta Militar sobre mi propósito de regresar a Caracas. Creo que debo decírselo con anticipación a fin de que piensen en mi sustituto. Sé que ya he cumplido con mi deber como ciudadano. He perdido materialmente un año. Mis tres hijos menores han tenido un año de estudios en blanco, y yo regresaré a mi vida privada con más compromisos económicos que los que pesaban sobre mí después de tres años de Acción Democrática.

Le envío el **Pentateuco**, junto con una correspondencia que ha llegado para usted. A Melchor le dirá que quedo con la pluma en la mano para responder su sabrosa carta y que desearía su opinión sobre el fin del mundo.

Todos los de la embajada lo recuerdan con cariño y envían saludos a Melchor.

MBI

Caracas, 29 de marzo de 1951

Señor
Miguel Angel Burelli Rivas
Consejero de la Embajada de Venezuela,
Washington.

Mi querido Burelli:

Su carta la he agradecido mucho, aunque no la extrañé, pues está ajustada a su consecuencia amistosa. Extrañé, en cambio, la falsedad de la información que le fue dada en el Departamento de Estado. Yo no retiré mi pasaporte por ser delicado de carácter, como a usted se le dijo, y como usted pudo imaginarlo tal vez. Soy el primero en reconocer el legítimo derecho que tiene el Gobierno de Estados Unidos para establecer los más rigurosos reglamentos para la admisión de extranjeros en su territorio. No pretendo que se quebranten para aligerar una visa en mi pasaporte, así sea éste diplomático. Yo no retiré mi pasaporte porque se me dijera que precisaba una consulta con el Departamento de Estado, por haber formado parte yo del Comité Pro Paz y Democracia. Esta consulta ha podido hacerse sin habérseme citado a la embajada. Yo retiré mi pasaporte porque se me dijo de un expediente que habría de hacerse para informar al Departamento sobre mi verdadera ideología política. Yo le dije al Consejero con quien hablé, y quien me atendió de manera muy gentil, que mis ideas constaban en mis libros y que jamás haría declaraciones que pudieran mirarse como retractación de una supuesta actividad mía anterior. Eso es todo,

mi querido Burelli. En esta forma lo expliqué al Presidente Suárez Flamerich, quien declaró que yo había obrado en la mejor forma.

Espero ir a México el próximo mes, para atender la invitación que nos ha sido hecha por la Academia Mexicana de la Lengua. El viaje a Europa no lo he precisado aún.

Los míos lo saludan muy cordialmente.

Lo abraza su afectísimo amigo,

MBI

Postdata:

La carta lleva pausa, para que usted les dé la adjunta copia al funcionario del Departamento de Estado que le informó respecto a la negativa de la visa. Tenga usted la seguridad que jamás me he comportado con un espíritu de mayor burla y buen humor. Pero estos gringos son cínicos y nuestro gobierno no tiene altivez. Suárez ordenó al Doctor Gómez Ruiz que hiciera el correspondiente reclamo.

Washington, 22 de marzo de 1951

Señor Doctor
Mario Briceño Iragorry
Caracas

Mi querido don Mario:

Quería escribirle desde que supe lo que ocurrió con el pasaporte de usted y el Consulado americano. Hoy lo hago con cierta prisa y por ello me disculpará.

Me causó inmensa extrañeza lo que le ocurrió. Cuando la mañana del domingo 18 llamé para saludarlo, me quedé asombrado al saber por Doña Graciela que usted había cancelado el viaje, "creo que por haberle negado la visa en la Embajada norteamericana". Poco después leí los periódicos y dada mi amistad de siempre y mi permanente cariño a usted, me creí con títulos sentimentales suficientes —además de los que de oficio tengo— para pedir en el Departamento de Estado una explicación. Ayer mismo solicité una entrevista con los funcionarios de allí. Me respondieron que el incidente se debe a que usted es muy sensible, pues cuando el funcionario de la Embajada le advirtió que era necesario consultar con Washington su visa, usted retiró el pasaporte.

La razón para hacer la consulta era que usted había asistido a un mitin del Comité Pro Paz y estas actividades caen bajo la sanción de la se-

vera Ley de Mac Carran, puesta en vigencia en el segundo semestre del año pasado.

Me dijeron en el Departamento de Estado que nadie allí ni en la Embajada en Caracas creía que usted fuera comunista, pero que no podían hacer otra cosa que acatar la ley, aun cuando tienen por usted la elevada estimación que merece y me ratificaron lo que ya me habían dicho antes respecto de esa ley, esto es, que se han propuesto enmiendas, ya que en la práctica resulta no solamente absurda sino odiosa. Parece ser que las modificaciones serán aprobadas en breve. Entretanto, piensan en el Departamento de Estado que si usted esperara su visa podría venir cuando quisiera a los Estados Unidos.

Pregunté si, como suponía "El Nacional", la publicación de "Mensaje sin destino" era la causa de la actitud de la Embajada; pero la respuesta fue negativa, ya que por ser tan reciente ese libro aún no lo han leído allá y no pueden emitir juicio.

Le agradecería que me haga saber lo que resuelva acerca de su viaje a Europa, que he sabido informalmente.

A María le escribí un cable el día de su cumpleaños.

Le agradezco que dé muchos recuerdos de mi parte a todos los suyos.

Lo abraza cordialmente su afectísimo amigo,

M.A. Burelli R.

Madrid, 13 de septiembre de 1955

Señor Dr.
Miguel Angel Burelli Rivas
Mérida

Mi querido Miguel Angel:

La falta de noticias de Uds. nos tenía profundamente angustiados. Gracias a Dios llegaron al fin cartas suya y de María. Por ellas sabemos pues, que están bien de salud, aunque agobiados de pena por la suerte del hermano. Sin embargo, creo que él no cambiaría su destino actual por el destino holgado de muchos compatriotas, como tampoco cambiaría yo mi doloroso destierro por el placer que allá disfrutan hombres mil.

La noticia de que Ud. se pondrá al frente de la Escuela de Humanidades de la Universidad de Mérida, me llena de satisfacción. Nuestro mundo cultural reclama una inmersión humanística. Hemos sido víctimas de saberes inconsistentes. En todas los órdenes de la vida campea la insuficiencia presuntuosa.

Sobre las páginas de un diario madrileño miro justamente hoy la fotografía de un desairado edificio de siete plantas, levantado sobre resistentes pilares, y el cual ha sido construido recientemente en la barriada de La Florida, de nuestra querida Caracas. Carece de primer piso y puede decirse, según apunta el título, que ha sido montado al aire.

Fotografía y comentario constituyen un elocuentísimo resumen simbólico de lo que es nuestro mundo venezolano presente y de lo que ha venido siendo nuestra cultura de última data. Como pueblo y como intelectuales, carecemos de primer piso. Hemos sido alegremente montados al aire.

Adelantándome a presentar mi propia obra de hombre y de escritor como testimonio de esta realidad dolorosa, he insistido en forma fastidiosa sobre este tema tremendo. Desde mi "Caballo de Ledesma", aparecido en 1942, hasta mis más recientes ensayos: "Mensaje sin destino", "La traición de los mejores", "Aviso a los navegantes", "Problemas de la juventud venezolana", he venido machaconamente dando sobre esta circunstancia transida de angustia. Varían los programas de enseñanza, se alteran los pensa de las facultades, se suman nuevas técnicas al proceso difusivo de la cultura, y si bien la horizontalidad algo gana, el rumbo y la profundidad permanecen en su actitud original.

No tenemos primer piso. Estamos montados al aire. Jamás símil más perfecto de nuestra realidad de pueblo y de nuestra específica realidad cultural. Nuestro país, en el área de la interioridad, sigue siendo realmente lo que este orden arquitectónico montado al aire. Carecemos de fondo donde hallen resistencia defensiva los grandes valores que constituyen lo humano. No tenemos primer piso.

La cultura humanística aporta una serie de elementos que ayudan a la conquista de un saber útil. Lógica, lenguas clásicas, gramática superior, antropología, ontología, pondría yo al principio de cualquier curso que intente proporcionar una formación de primer piso. Por aquí debiera comenzar toda disciplina superior. Sin estos ingredientes iniciales se hace difícil entender en forma provechosa el derecho, la historia, la política. A mis crecidos años, me he visto precisado a regresar a estas materias, pasadas a la ligera en mis años mozos. Filosofía general y principios del derecho son mi pan de cada día.

La crisis del humanismo en nuestra universidad caraqueña, culmina con el positivismo de Ernst y de Villavicencio. Sin embargo, los es-

tudiantes que aprovecharon directamente el empirismo y el materialismo de las nuevas ideas, tomaron a la vez el último rescoldo humanístico (Alvarado, Gil Fortoul). Unido este desahucio de las viejas letras con la descatolización promovida por el guzmancismo, se llegó a mirar la filosofía clásica y el latín como disciplinas ordenadas a la vida clerical. Cuando comencé a estudiar latín en 1909, la mayoría de mis compañeros y yo celebrábamos nuestra desgana por el rosa, rosae como testimonio de "altiva irreligiosidad". Allá Américo Valero con su empeño de latinizar, que pensaba entrar a seminarista.

La irreligiosidad fue signo de la moda. También por aquellos tiempos se miraba como signo de hombradía padecer cualquier morbo venéreo. Atacar la enseñanza religiosa y negar el sentido religioso de la vida se tomó por señal de distinción republicana. Para pensar bien, sólo servían los postulados de la "razón física", por donde se llegó a un sociologismo pesimista, que intentó acabar y está acabando con todo impulso de ascensión popular. Mientras tanto las buenas prácticas cívicas no contaban. La impiedad ocupó el puesto central en el orden de la cultura de los iconoclastas. Fulano era muy liberal, sí, porque atacaba a la Iglesia, mientras practicaba los métodos más reñidos con la justicia. La libertad fue un mero supuesto para provecho propio. Libertad para pensar al antojo, mas no para admitirla como patrimonio del pensamiento ajeno. Libertad sin alteridad, que hizo de los pseudoliberales una manera de teólogos sin Dios, empeñados en defender la intangibilidad de sus dogmas. Cualquiera recuerda el pronunciamiento dogmático de la Academia de Medicina sobre la teoría evolucionista. De otra parte, se tomó el ser religioso como talante de beatos y sacristanes; hasta miróse al hombre católico como elemento ineficaz en el orden social. Hacer pública la fe se juzgó cosa pueril y tonta. Al mismo tiempo, por un error de apreciación de circunstancias, la religión fue presentada desde el propio ámbito cristiano, "como un moralismo, cuyo ideal parecía reducirse, para escribir con palabras de Charles Moeller, a reglas formales, universales, negativas, restrictivas y extrínsecas". La religión se enmarcó en un cuadro inmóvil y timorato, que subyace aún en el criterio asustadizo y desleal de quienes por no haber llegado a intuir la luminosa realidad de Cristo, ignoran lo que significa la propia doctrina evangélica.

Enhebrando de nuevo el tema de las causas del menosprecio en que cayeron los estudios clásicos, apuntaré que muy pocos han parado mientes en la responsabilidad que en el caso tiene Don Cecilio Acosta, justamente nuestro último gran humanista del siglo XIX. Junto con su vertebración clásico-católica, Don Cecilio gozaba ideas progresistas. Había ambientado Don Cecilio su espíritu al rescoldo de ideas liberales tomadas en parte de la España de fines del XVIII y de la propia Revolución Francesa. Don Cecilio estaba, también, muy tomado por el fervor de la gran era industrial, abierta a la esperanza creadora del mundo. Miró al mismo tiempo en la decadencia a que había llegado la enseñanza filosófica y literaria en la golpeada Universidad, y fácil le fue juzgar que el momento reclamaba una orientación más práctica de la enseñanza. El manifiesto "Cosas sabidas y cosas por saberse" tiene su airecillo iconoclasta. En él aboga razonablemente nuestro amable humanista por la provechosa difusión de la técnica y aconseja, también, la eliminación de las disciplinas sin fines prácticos. Todos estamos con Don Cecilio acerca de la necesidad imperiosa de difundir las escuelas primarias y las escuelas de artes y oficios. El extraordinario valor de éstas no contradice, en cambio la reclama, con una bien orientada cultura superior y media. Sin las aportaciones de ésta no es posible hacer eficaz la enseñanza primaria. Primero hay necesidad de preparar los maestros que juntar a los alumnos. Antes que buscar lectores para los libros, precisa solicitar quienes los escriban y los impriman. Antes que obreros especializados, las grandes industrias reclaman ingenieros, químicos, electricistas, de formación universitaria, que integren con los prestadores de trabajo la unidad constructora de la empresa. En aquellos años, un mal latín y una filosofía anquilosada reclamaban una superación de sistemas y no su menosprecio como instrumentos de cultura y de progreso.

Lamentablemente ciertos demagogos, que nada hicieron ni han intentado de hacer a favor del pueblo, reniegan todo *prius* que se conceda a la cultura superior, como si el pueblo no tuviese acceso a ella. En nombre del pueblo piden un rasero que baje las propias posibilidades de las clases desasistidas económicamente; y de error en error han llegado a suprimir la gratuidad de la enseñanza universitaria, como medio que impide la nivelación hacia arriba de los cuadros sociales.

En los años que corren del 870 al 900 es necesario fijar la hora de los iconoclastas. De Luis López Méndez es del único que tengo algo en mi raquítica biblioteca. En un artículo sobre enseñanza laica, publicado por 1887, asienta cosas tan disolventes como la que al azar copio: "La historia de la civilización está ahí para probar que la moralidad no aumenta sino por cambios en el mundo cerebral". En su artículo López Méndez recomendaba eliminar la moral cristiana para enseñar en lugar suyo una moral estatista. De esos buenos polvos vienen los malos lodos donde se atascan las instituciones libres. Con descristianizar la cultura y las raíces del Estado, prepararon la desoladora avenida que acabó con todo. En cambio, ¿qué nos dieron? Literatura agradable y mal ejemplo. César Zumeta, cuya muerte ha sido ocasión para que se le rinda el homenaje debido a sus extraordinarias dotes literarias, nos regaló con un admirable estilo y con una rebeldía abortiva. Sus panfletos de principios de siglo entusiasmaron a los jóvenes. Sus escrituras, tan contorsionadas como de quien halla semejanza entre León XIII y Voltaire, fueron aplaudidas por la gracia arquitectónica del estilo. Mas, cuando pudo ayudar al progeso y a la vitalidad de las instituciones, ayudó, por lo contrario, a la ruina de la idea constitucional. ¿Cuál fue la contribución práctica a la vida cívica de Venezuela que prestaron los hombres de la generación de Zumeta? Si se examina su obra con ojos serenos, se ve que dejaron un nivel inferior al nivel que ellos hallaron. Destruyeron sin crear. Criticaron el mundo político de su juventud; mas, con su propia conducta madura, contrahicieron lo que habían condenado. De ellos podría decirse lo que Joung ha escrito respecto a los iconoclastas ingleses: "Han creado un mundo de conejos hipnotizados por las serpientes y dominado por el sentimiento de la perplejidad". Esto lo robustece un detalle simplísimo: ¿Puede tomar la juventud a alguno de esos famosos inconoclastas como arquetipo indiscutible? ¿Sirven sus ideas y su conducta para construir algo perdurable en el orden del pueblo? ¿Dónde está la República que los iconoclastas limpiaron de fantasmas? ¿Por qué nuevo valor sustituyeron el "temor a Dios", que tanto desagradaba a López Méndez como móvil de conducta social? ¡Ah, vano espejismo! Renegaron la debida religación con la Divinidad, para fomentar inconscientemente, so color de libertad, los vergonzosos ligámenes y los temores espantosos que anulan la dignidad de la República.

El examen de nuestra cultura rococó de fines del ochocientos y principios del siglo XX lo está pidiendo a gritos nuestro país. Urge ir a fondo en este discrimen de valores y de contra-valores, cuya glosa cabal podría ayudarnos a mirar la razón de gran parte de nuestras dolencias públicas. Veríamos, con frase de Julien Green, cómo "toda la educación moderna nos ha armado contra lo espiritual".

De veinticinco o treinta años a esta parte se ha puesto en resalto una corriente que busca la resurrección de Dios en el orden de la vida (yo mismo he servido, así se me haya atacado desde ángulos pseudocatólicos, con mi insignificante grano de arena en esta noble causa). Esa corriente ganaría mucho si se desnudasen las razones de la quiebra anterior de la religiosidad y se la mirase como eficaz coadyuvante en el proceso de desagregación que llegó a culminar en la inversión de los valores del institucionalismo.

Le doy pues, tema de trabajo. La nueva universidad ha de hacerse presente en el mundo venezolano por medio de una densa aportación formativa y crítica. La cultura de charol ha sido y sigue siendo nuestro fardo más pesado. La carencia de principios es nuestra falla peor. Como pueblo y como individuos obramos sin pensar en nuestro destino. ¿Constituimos una auténtica comunidad? ¿No traduce acaso nuestra conducta el efecto de que no hubiésemos superado aún el individualismo anárquico del yo, del tú, del él, negados, en consecuencia, a la realización fecunda del nosotros? Nuestra falta de responsabilidad y de solidaridad cívica tiene su razón última en la ausencia de la alteridad sobre la cual radican los valores jurídicos. Solón hallaba el espíritu de justicia sólo en comunidades donde los no perjudicados se sientan tan lesionados como los que reciban el daño. Para mí todas nuestras deficiencias son fruto fatal de la culpable incomprensión de nuestro destino humano.

En carta del año pasado le apunté la necesidad del estudio de la Filosofía del Derecho y la Universidad necesita producir juristas más que abogados. Los abogados se truecan con frecuencia en enemigos eficaces del Derecho. Han llegado algunos a convertirse en enemigos del pueblo y de la nación. Los abogados suelen olvidar la admirable en-

señanza que nos legó Gentile al declarar la "identidad de Derecho y Moral en la vida concreta del espíritu". En un mundo formado a la luz de ideas cuya resonancia supere al vulgar interés, se haría más fácil el escogimiento de las normas que configuran la conducta social. A eso ha de tender la Universidad. Su fin es juntar y moldear hombres más que fabricar profesionales. Su principal empeño debe consistir en acercar a los jóvenes a la comprensión de una auténtica dimensión de lo humano, que los salve, por medio del equilibrio entre la libertad y el deber de caer en la filosofía de la angustia a que han sido empujadas las presentes generaciones. Es decir, la universidad debe ayudar al joven a hacerse una conducta. Si ayer esta misión fue negada y traicionada, hoy precisa llevarla a su más vigorosa autenticidad. Así la hora sea por demás difícil, la universidad debe dar a la juventud luces que orienten su derrotero en medio de la profunda oscuridad de la hora terrible de un mundo arruinado por la propia inteligencia. Un retorno a las humanidades —lógica, letras clásicas, metafísica— pudiera hacer que en las nuevas promociones se avive el ansia de la sabiduría. La inteligencia no atina muchas veces a diferenciar los caminos de Dios de los caminos de Satán. Los caminos de la verdad de los caminos de la mentira. La inteligencia tiene aún luz mundanal. La sabiduría ha superado en cambio, todo reclamo sensual. La inteligencia no sabe a veces diferenciar el placer (individualista y embotador) de la alegría (altruista y luminosa).

La carta va larga y precisa ponerle término. Ojalá le aprovechen algunas ideas. A su mamá y hermanas afectuosos saludos. A Quintero un buen abrazo y que no olvide escribir. A María y a María Guadalupe besos y bendiciones.

Lo abraza su aftmo,

MBI

RUFA SILVIA BUSTILLOS[1]

(1) RUFA SILVIA BUSTILLOS. Hija del médico trujillano, Dr. Diego Bustillos.

Génova, 7 de octubre de 1957

Señorita Doña
Rufa Silvia Bustillos
Trujillo

Mi querida Silvia:

Hubiera querido escribir esta carta a usted y a María, como a las personas de Trujillo más unidas por el cariño y por el tiempo a mis inolvidables padres. ¿No estuve, acaso, desnudo y sin pan, refugiado en la casa de ustedes, cuando apenas tenía dos años y ya sobre mi carne tierna se cebaba el odio de los hombres que cultivan la enemistad política?

Hoy hace cuarenta días, no que vivo en Génova, sino que agonizo como buen trujillano con una grave dolencia cardíaca, para cuya curación seré sometido a una intervención, justamente el día en que las solemnes campanas de Trujillo anuncien las vísperas del IV Centenario de la ciudad.

Justamente yo me interesé por estas fiestas de inventario y reencuentro de la ciudad. Al principio de este año, tuve el gusto de escribir un librín en el cual recuerdo gratos nombres de Trujillo, entre ellos el del generoso, noble y sabio progenitor de su preclara estirpe. Tal vez en los festejos oficiales de la ahora sea olvidado el nombre de quien no solamente dio dignidad republicana a la magistratura de Trujillo, sino, además, sus constantes desvelos de médico a favor de un pueblo que sólo le correspondió con la devoción de su agradecida sonrisa.

Ya imaginará usted cuánto sería el regocijo mío si mañana pudiera ocupar entre la gente vieja de Trujillo el puesto que ilustraron aquellos sencillos varones que se llamaron Don Pancho Casas, Don Diego Rodríguez, Don Pancho Araujo, Don Ezequiel Urdaneta Maya, Don Inocente Quevedo, Don Benigno Araujo, por sólo citar entre tantos varones ilustres como ayer sirvieron de decoro a nuestra ciudad nativa, aquellos que estuvieron más unidos por la oriundez semirrural a la vida de mi padre.

Habrá mañana festejos en Trujillo. Posiblemente se inauguren costosas obras públicas y se pondere la bondad de un régimen, que cambia el rostro del suelo mientras destruye la conciencia de los hombres. No se tomará en cuenta para nada el esfuerzo humilde de quienes hemos trabajado las raíces del pueblo. La nueva historia ha pasado, también, a la categoría de industria forastera. Para curarme en salud, debo recordar que en 1945 introduje en el Senado de la República una ley que proponía la admisión por voto unánime en la Academia de la Historia, de ilustres y abnegados extranjeros, que se hubieran dedicado a nuestros anales patrios. ¿No fueron extranjeros, acaso, O'Leary, Perú de la Croix, Ricardo Becerra, Jules Mancini, José Martí y José Enrique Rodó? Jamás he cultivado la xenofobia como teoría política; mas creo que nuestra historia debe ser escrita por Mariano Picón Salas, por Arturo Uslar Pietri, por Caracciolo Parra Pérez, por Augusto Mijares, por Enrique Bernardo Núñez, por Juan Oropeza, por Ambrosio Perera, por Ramón González Paredes, por Ramón Velásquez, por Eduardo Picón Lares, por Ramón Díaz Sánchez, por Casto Fulgencio López, por José Nucete Sardi, por Rafael Ramón Castellanos, es decir, por quienes además de sentir sobre sus espaldas tres siglos de historia indoespañola, advierten, también, en la sangre el ardor de una República que al cetro dorado prefirió la modesta escarapela con los colores de la libertad.

¿Y a qué le escribo esto a usted, mi querida Silvia, todo esto que aparenta olor de resentido ante el silencio que en Trujillo se ha tenido para mi nombre de devoto de su historia? Estoy solo en el silencio de una clínica, sin amigos a quienes comunicar mis pensaamientos. Mi amor a Trujillo, jamás quebrantado por artera indiferencia, me pide

dirigir mis pensamientos más calurosos hacia la tierra donde tengo enterrados cuatro siglos de abuelos. Pensé en la gente mía. Recordé a mi madre, y por la edad y por el afecto, la veo a usted entrañablemente unida a mi cuadro familiar. Usted ha sido persona de excepción. En las mañanas frías de Trujillo se echaba el chal sobre su altiva y noble cabeza, para acercarse cotidianamente a la misa de la Matriz, hoy convertida en Catedral, con obispo de lujo. Las otras matronas de Trujillo se mantenían fieles a la instrospección que caracterizaba a la vieja ciudad. En huertos y jardines recogían flores y frutas para el regalo familiar, y de la ventanita de alguna pacífica colmena castraban la cera que iría al templo para alumbrar el Sacramento. Guardaban a Dios en sí mismas, tal como si en ellas tuviese su casa el propio Señor.

Ese fue el Trujillo que yo conocí. Ciudad interior y recoleta, cuyas grandes damas se mantenían dentro de la casa, labrando el algodón para la lámpara votiva, recortando el papel para la maceta artificial, desgranando las cuentas piadosas del Rosario, signando sobre los labios la cruz, cuando alguna palabra indiscreta asomaba a sus bocas.

Ese fue mi Trujillo. Ciudad chiquita como un pequeño cajón sin tapa, en cuyo interior todos nos conocíamos y nos queríamos. Casi todos los muchachos éramos pobres y Francisco y Rafael y Panchito y José y Américo y Salvador y Enrique compartíamos, bajo la fronda de la Plaza Bolívar, llena de amarillas y ácidas cerezas, el pequeño regalo que nos hacían nuestros solícitos padres.

Nada ha sido parte a borrar de mi espíritu ese gratísimo cuadro amistoso. Claro que el Diablo está pintado en las paredes de todos los pueblos y no ha faltado en Trujillo gente que haya ejercitado contra mí la infamia y el denuesto; pero en Trujillo, tenida por ciudad adversa a sus hijos en desgracia política, me llamó en 1947 para hacerme miembro de honor de su flamante Ateneo, y frente a amigos emocionados, oí inmerecidas alabanzas, que me dieron la impresión de escuchar elogios fúnebres. Así esté hoy de tuerce y así estén las voluntades por demás relajadas, yo sigo oyendo en mi conciencia las múltiples palabras de afecto que tuvo para mí la entrañable ciudad natal.

Un modesto anecdotario, un fervoroso ensayo acerca del valor interpretativo de la ciudad, como conjunto de hombres y no como montón de piedras, una modesta carta al Obispo Camargo y estas cariñosas líneas para usted, encierran mi mensaje personal de este año para la tierra de mis padres.

¡Cómo me dolería saberlos vivos y no poder estar con ellos en esta grande fecha, que recuerda la natividad de la ciudad pacífica!

Deje usted que a la distancia bese en sus castas manos de virgen anciana, todo lo puro, todo lo noble, todo lo grande que aún queda en la ciudad, que lentamente he visto ausentarse de su seno la heroica virtud que dio a nuestro Estado una de las estrellas milagrosas que iluminan, así esté hoy apagada su luz, el irrespetado pabellón de la República.

¿A quién puedo enviar saludos por su autorizada mediación? Haría mal en marcarle el nombre de nuestros comunes deudos y amigos. En cambio, si usted se asoma a la solitaria ventana de su honorable mansión, salude de mi parte aún a aquellas personas que usted sepa —felices sus oídos medio sordos— que ven en mí la oveja negra de la colectividad trujillana.

Suyo afectísimo,

MBI

RAFAEL CALDERA RODRIGUEZ[1]

(1) RAFAEL CALDERA RODRIGUEZ, 1916. Doctor en Ciencias Políticas, sociólogo, ensayista, político, fundador del Partido Socialcristiano Copei, profesor universitario, Presidente de la República (1969-74 y 1994-1999).

San José, 14 de septiembre de 1936

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas

Mi querido Caldera:

He leído con sumo gusto su muy apreciable correspondencia. Sabe Ud. cuánto lo aprecio y quiero. Le felicito por el nuevo éxito obtenido en sus exámenes de julio.

No imagina Ud. cuánto pienso en la patria y el porvenir que le quepa en suerte. Leo casi toda la prensa de la capital, y busco orientarme en medio de su general contradicción, espejo fiel del momento que viven los hombres, confundidos esta vez por tener abiertas todas las puertas que conducen a la luz. Y me duele ver el desventajoso trabajo de las fuerzas de derecha. Sólo trabajan bien las izquierdas, llamadas por esto a ganarse la voluntad de las masas. Es triste confesarlo: nadie carece de mayor sentido realístico como las derechas, que en su torpeza han puesto motivos para que maliciosamente se las considere enemigas de las conquistas democráticas y aliadas de la reacción latente y solapada del dictatorialismo que pretende revivir las fórmulas del antiguo régimen. Han dejado a un lado lo social y práctico para concretarse a la dialéctica y al leguleyismo. Con sorpresa he visto que se presenta como testimonio de la preocupación del clero por la causa del pueblo, las encíclicas de León XIII y Pío XI. Estas son, entre no-

sotros, normativas de hechos que *no se ven.* Falta la "obra", la realización del pensamiento pontificio, que venga a decir a las masas que sí hay un propósito cierto de ir a la justicia social. Le voy a enviar unas declaraciones del P. Valenciano en que sin ningún enfado éste declara que tanto nuestro clero hispanoamericano como el español no se han enfrentado a la realidad. Le faltan *obras,* le falta, en fin, el ejemplo de una acción ardorosa hacia la justicia de los humildes. Nuestro clero necesita, lo mismo que las asociaciones católicas, desligarse por completo de toda apariencia capitalista. La revolución socialista y la comunista son, desde un plano universal, reacciones drásticas y desesperadas, llamésmolas asesinatos quirúrgicos, contra un estado patológico de la sociedad que se pretende remediar. El cristianismo tiene en cambio medicinas racionales, vías de certera eficacia, de simple orden internista, para evitar aquellas reacciones demoledoras. No sólo es la prédica moral y especulativa lo que debe hacerse: es, en cambio, ponerse enérgicamente del lado del pueblo, acuerpándola en su lucha por la libertad y la justicia. Condenar por socialistas las reformas agraria y obrera, es implicar el problema. Hagámoslas y prediquémoslas con matiz cristiano. En Venezuela son sólo las izquierdas las que aparecen calzando puntos democráticos, mientras las fuerzas liberal-conservadoras se concretan a vociferar contra el peligro moscovita.

Aquí no hablaré familiarmente. ¿Por qué se llama a José Rafael Gabaldón comunista? Esa es artimaña del gomecismo, querido Caldera. Gabaldón es tan enemigo del comunismo como Ud. y como yo, pero Gabaldón busca que se le haga justicia a las clases trabajadoras, Gabaldón quiere el reparto de tierras para que haya el pequeño propietario, defensa primaria contra el comunismo. Es necesario una serena meditación de las circunstancias excepcionales porque atraviesa nuestro pueblo y que mueven los hilos de nuestra política nacional. Y la política de las derechas debe ir hacia el pueblo, intentar en forma cortante su mejoramiento, sin compadrazgos ni vacilaciones.

A Ud. hablo yo con libertad, porque sé que me comprende. Autores católicos hay que, cuando hablan de la cuestión social, aconsejan que los ricos distribuyan lo que les sobre entre los menesterosos, es decir, que den a los que tienen hambre las migajas que les resten de sus me-

sas lucúleas. Para mí esto no es justo ni idealmente. ¿Cuándo le sobra al rico? El rico, por serlo, dirá que "tiene derecho" a poseer perros de lujo y ricas razas, de donde resulta que así que alimente a éstos verá si algo le sobra para acudir al hambre de los menesterosos; y porque es rico dirá que "tiene derecho" a usar finas sedas y rica pedrería, mientras los huérfanos descansan sus cabezas calenturientas sobre duras piedras. La justicia social y la caridad cristiana reclaman otra cosa. El amor no se satisface con dar lo sobrado, el amor, en nombre de Cristo, pide sacrificio, y quien da sobras no se sacrifica. En cambio, para remediar esta falta de caridad y de sacrificio, el Estado debe, respetando el carácter legítimo del derecho de propiedad (usar, disfrutar y consumir, cuando esto último sea requerido por el natural uso y disfrute de la cosa) hacer que la propiedad no se sustraiga de su función social, como prolongación exterior de la personalidad humana. Y puede expropiar la tierra para que sea cultivada, y puede y debe gravar la riqueza para formar renta en beneficio de los menos favorecidos, y puede obligar a los patronos a que no retengan para sí aquello que sobrepasa los límites de la justicia conmutativa. Nuestra doctrina católica, con Santo Tomás a la cabeza, tiene razones para legitimar la pena de muerte. ¿Y no puede justificar, también como pena, la pérdida de la propiedad cuando ésta no se usa, disfruta y consume con fines sociales, del mismo modo que se legitima la pérdida de la vida cuando de ella se hace uso antisocial? Creo que no hay dogma que se oponga ni a lo uno ni a lo otro.

Hoy he leído que los milicianos de Barcelona se apropiaron de los tesoros de la Catedral, valuados en ochenta millones de pesetas. Mientras las masas tuvieron hambre, aquella fortuna estuvo muerta, aunque sobraba para las legítimas necesidades del culto. Ni la Iglesia, sabia doctora, supo cuándo tuvo demás, y se pretende que el orgánico apego de los ricos a sus bienes defina oportunamente cuál sea la parte a dar a los menesterosos! Ahora, por un sarcasmo de la historia, aquella fortuna se convertirá en material de guerra contra los que se dicen defensores de la Iglesia.

El ejemplo de España debe servir a la América, y en especial a Venezuela, para adelantar una obra profunda de justicia social que valle

la catástrofe. El pueblo hambriento sigue a quienes le ofrezcan la conquista del pan, sin sopesar razones ni parar mientes en medios de ninguna clase, así se les indique destruir el propio nombre de Dios y denigrar a la familia y a la moral. Pascal dijo que el corazón tiene razones que la razón ignora, y el pueblo es emotivo antes que reflexivo, y el corazón está más cerca del estomágo que de la cabeza.

No me crea un violento enemigo del capital, aunque condene y ataque el régimen capitalista. Juzgo entre nosotros necesaria la formación de pequeños capitales para el armónico desarrollo de las industrias nacientes y retardadas. Y el pueblo, por ley lógica, habrá de dar su confianza a quienes le ayuden en la formación de ese pequeño capital. Disto mucho del marxismo, pero creo que las ganancias deben limitarse en cuanto miran al capital en su actual forma teratológica, para dar participación a los obreros. Esta forma de la Ley del Trabajo (bastante defectuosa en muchas cosas) me ha satisfecho bastante.

Déjeme insistir en la cuestión de derechas e izquierdas. Es necesario hacer un discrimen de ambas ideologías. Resulta que todos aquellos dictatorialistas que durante el pasado régimen obstruyeron la expansión de la genuina derecha, al verse hoy repudiados de los llamados "hombres nuevos" por su vertebración dictatorial, buscan acuerpar a las derechas y medrar con ellas apoyo. Estos señores con su lastre de capitalismo, retardatarismo, dictatorialismo e inconsciencia se llaman derecha y contribuyen a que el pueblo vea en las fuerzas derechistas una máscara del gomecismo. De otra parte, los falsos pasos dados por no pocos hombres de derecha, contribuyen a mantener este erróneo criterio, como lo apunté antes. Las derechas de tal modo aparecen como enemigas de todo progreso y de toda justicia social, y como éstas (progreso y justicia) son el *leitmotiv* de las izquierdas (que sí saben trabajar), el pueblo, y aun los magistrados, creen que sólo los grupos de izquierda pueden aportar una colaboración honrada en la tremenda obra reparadora que reclama la República. Demás de esto, muchos se dicen izquierdistas llevados de las corrientes de moda, por cuanto creen con ello lucrar prestigio de cultos y avanzados; otros por ignorar, debido al poco estudio, la razón diferencial de ambas tendencias, suponen que quienes no sean izquierdistas son fatal e irremediable-

mente antidemocráticos, capitalistas, retardatarios y dictatorialistas. Y aún una tendencia hay que se apunta entre personas de notoria honradez los que queriendo el imperio del orden, claman por medidas enérgicas que lo impongan a todo trance, sin recordar, de acuerdo con la magistral diferenciación de Romier, que, sobre el orden impuesto, existe, como más avenible con la democracia, el orden consentido que se funda en la libertad, y que es el que nosotros debemos procurar, por cuanto entre más robusta sea la autoridad que se impone, mayor peligro hay de que se torne en tiranía.

Esta carencia de diferenciación ha hecho que problema agrícola, problema obrero, problema educacional hayan pasado a ser como del patrimonio de las izquierdas para su feliz solución en un sentido popular, y en esto aun honradamente caen algunos izquierdistas. Uno de éstos, honesto e inteligente, con quien hablaba yo la víspera de mi viaje a esta ciudad, al conocer mis ideas, sobre la cuestión social, terminó, extrañado, calificando de izquierda mis ideas, por cuanto él suponía que para nosotros sea noción intangible la propiedad. Es necesario insistir en este punto: que nuestra diferencia está en la explicación del orden del mundo y de su finalidad, que no desechamos lo económico o material, sino que lo acoplamos a lo espiritual, que no negamos el progreso, sino que lo afianzamos en la tradición, sin la cual no hay progreso posible, y aún más: que podemos en ciertos aspectos de la vida social coincidir en la fórmula final de mejoramiento, por cuanto el número cinco se forma tanto sumando dos y tres como sumando cuatro y uno.

Creo que nada sea tan necesario como esta clarificación de posiciones, y luchar contra el comunismo, no declamando asustadizos contra la teoría, sino poniendo todo aquello que, por una realidad de justicia, invalide sus falsas promesas. Dirá Ud. que el comunismo persigue algo más que justicia material, y que sea ésta el señuelo con que se pretende enervar al pueblo para conducirle a un programa máximo. Sí, esto es la añadidura de lo otro; pero al pueblo interesa de una manera vital lo primero, y una vez que lo consigue, se detiene al peligro si la conquista se hace de arriba hacia abajo, de lo contrario no habrá quien le detenga en sus ansias.

Aún no falta algún tiempo para llegar a la serenidad que reclama tan complejo problema, pero U.U. que forman la juventud briosa y pujante, limpia de las manchas que la dictadura implacablemente arrojó sobre casi toda mi generación, llamada aún a salvarse por la nueva oportunidad de servir con el decoro y la honradez que da la libertad, U.U. repito, que son la esperanza de la Patria, pueden contribuir a dar líneas de franca inteligencia al pueblo y a sus directores.

Y para terminar esta ya larguísima epístola, deje Ud. que como fruto de la experiencia dolorosa de mis años le diga que en Venezuela, como resultado de nuestra falta de educación y secuela de las dictaduras, pues los hombres de cuarenta años apenas vemos por vez primera el alba de la libertad, hay más hombres de mala fe que ciudadanos honrados....

Con mis cordiales saludos para los suyos, soy como siempre su afectísimo amigo,

MBI

San José, 30 de septiembre de 1936

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas

Mi querido Caldera:

En días pasados tuve el gusto de escribir a Ud. una larga carta en la que me tomé la libertad de fastidiarle con la exposición de algunos puntos de vista personales sobre nuestra actual situación política. Hoy me dirijo de nuevo a Ud. con el ruego de que me dé algunos datos ciertos sobre la reciente formación de un bloque o frente anticomunista que me dicen se ha instalado allá. No sé nada de su programa ni de sus dirigentes, sólo me ha causado alguna sorpresa que dicho bloque o frente se haya instalado así, de modo amorfo, con solo la consigna de oponerse al comunismo, pues creo que toda agrupación política está en el deber vital de iniciar sus actividades con consignas de afirmación, y no como ésta de que se me habla, con un carácter de simple beligerancia o defensa contra algo que se afirma en otro lado. Creo que en la psicología social las afirmaciones se destruyen con otras afirmaciones de signo contrario, y no con meras negaciones.

Es en extremo simplista eso de oponerse al comunismo sin anunciar en forma rotunda un ideario o un plan afirmativo de acción que vaya sobre la plástica social a desvirtuar los efectos de aquél, y a hacer que cristalicen en otro sistema lineal las aspiraciones de justicia de las ma-

sas. Anticomunista es el imperialismo, y su forma, lavada o evolucionada, el capitalismo; anticomunista es también el Estado de estructura feudal, y anticomunista es el cristianismo social anheloso de la justicia para las clases desheredadas. En un bloque sin forma, sin líneas que determinen de una manera rotunda cuál sea la acción a seguirse, pudieran entrar de una manera absurda unas y otras tendencias, y así tendríamos a la verdadera acción social dando su apoyo al imperialismo de banqueros, petroleros y matones. Dividir la masa entre hombres buenos y hombres malos, hombres que profesen ideas anticomunistas y hombres comunistas, es volver a las andadas de Gómez para quien en Venezuela existieron dos partidos: el de los buenos que estaban con él, y el de los malos hijos de la Patria, que se oponían a sus designios. Yo no tuve la fortuna de haber formado entre los malos, yo le serví a la dictadura, pero me anima la idea de que en el orden de la justicia y de la cooperación social, "no se llega demasiado tarde cuando se trata de cumplir con el deber". Sin negar mi retardo, quiero que se me vea llegar.

Entiendo que sí debe hacerse un frente nacional, que defienda la democracia y que luche en forma intensa por el imperio del orden, de la libertad y de la justicia, pero con ideas clarificadas por medio de oportunas definiciones programáticas. Y creo que al comunismo no debe combatirse sólo en forma directa, negándole en el terreno ideológico, sino en forma indirecta, destruyendo los apoyos de su programa. Necesario es convenir, mi querido Caldera, que la mística del comunismo encuentra demasiados motivos en nuestra realidad social para legitimar con elocuente apariencia sus postulados reivindicatorios.

Yo he creído, en mi devoción por la paradoja, haber logrado una que define las opuestas situaciones sociales que forman el sustrato de todas nuestras luchas: cambiar la pobreza de obligación en derecho. La cuestión social se resuelve cuando todos tengamos igual derecho a ser pobres. Debemos, pues, luchar por el derecho a ser pobres, frente a la obligación de serlo en que, la falta de justicia tiene a las masas. Cuando el Estado, abandonando su apariencia de fuerza opresora, se convierta en instrumento regulador de las distintas tendencias vitales de la sociedad y mire hacia una justicia totalitaria, justicia plenaria, justicia

para todos, que dista mucho de la concepción fascista, por medio de una política de previsión y ajuste de las diversas necesidades de los gremios, podrá decirse que tenemos derecho a ser pobres. En cambio, mientras la desigualdad artificial y teratológica, que lucra con la injusticia del Estado-Señor, subsiste en su actual forma morbosa (sabe Ud. que yo profeso la tesis de la legítima desigualdad social que deviene de la desemejanza de capacitación individual), mientras tales injusticias y desigualdad subsistan, repito, existirá la pobreza como una obligación correlativa de aquella injusticia. El derecho a la pobreza, es decir, el derecho a dejar a un lado los afanes cotidianos por amasar una fortuna que "individualmente" nos ponga mañana a salvo de las penurias imprevistas, será posible el día en que el Estado, como genuino guardián de la sociedad, garantice a ésta el cubrimiento normal de sus necesidades extremas. Las cajas de socorro, los fondos obreros, la metodización de los servicios administrativos, los seguros obligatorios de invalidez, la distribución de tierras, la indemnización a los trabajadores, las obras pro-infancia y tantas y tantas modalidades de la asistencia y protección social, son medios de que la tutela estadal se vale para que la vida del hombre se desarrolle, en medio de la pobreza, con la dignidad a ella debida y sin las angustias que ocasiona la perspectiva del hambre, del dolor y la miseria que sirven de aliento al odio que nutre las revoluciones.

Ud. conoce bastante bien mi ideología y por ello le hablo con libertad, que acaso no usara con otro. Si los agitadores de izquierda realizan una labor peligrosa al avivar el odio que, como legítima secuela de la injusticia social, existe en nuestras masas, haciéndose por ello responsables ante la colectividad del desconcierto causado, puede decirse también que igual responsabilidad incumbe a los potentados y a las clases dirigentes, por cuanto con sus actos ponen los motivos que generan aquel malestar y aquella injusticia que avivan los odios populares.

Por eso yo creo que sea harto peligroso para los verdaderos planes de renovación social, la conjunción en un frente único de todos los que se dicen enemigos del comunismo (necesario es no olvidar que comunismo llaman los dictatorialistas a toda tendencia democrática). Dicho frente por carecer, como es sobreentendido, de una unidad pro-

gramática, o desaparece, o será un nuevo blanco para la campaña de extrema izquierda, empeñada con victoria en hacer ver al pueblo que gomecismo y derechismo son nociones equivalentes.

Demás de esto: ¿qué plan va a seguir ese frente o bloque? Declamar por radio y publicar hojas amarillas, creo yo que no sea la manera de satisfacer la urgencia de justicia de las masas, en quienes ya las izquierdas han sembrado promesas reivindicatorias. Se necesita para conjurar el peligro comunista, que se precipite la realidad de aquellas promesas. Se necesitan hechos. Y esos hechos serían en parte una renunciación de gran número de los bloquistas o frentistas anticomunistas. ¿Se llegará a esa renunciación?... Ud. juzgará mejor que yo, pero de todas maneras, si se trata de defender viejas posiciones de los capitalistas, imperialistas y dictatorialistas, demos por cierta una mayor penetración de las izquierdas en la conciencia popular.

A Ud., como le dije en mi carta anterior, que posee toda la fuerza de la juventud y la plena pureza de los ideales, corresponde adoptar una honrada posición en medio de la indefinida situación presente de nuestras masas. El ansia de justicia popular reclama una vigorosa acción, desprovista de todo aquello que permita a los contrarios insistir en el descrédito de sus intenciones.

Espero pues, su grata correspondencia a este respecto, a fin de ilustrarme debidamente sobre el particular que motiva esta ya larga carta.

Lo saluda cordialmente, y desea felicidad, su afectísimo amigo,

MBI

San José, Enero 23 de 1937

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas

Mi querido Caldera:

He recibido con profunda satisfacción su carta. Crea ud. que yo había supuesto que no hubieran sido de su agrado mis cartas anteriores, y en especial mis expresiones sobre la Liga de Defensa Anticomunista, de la cual vi formado parte a Ud. La explicación que me da sobre las razones que le llevaron hasta ella, me han complacido en extremo. Ud. no debe formar en eso. Su misión es otra.

Para mí no hay otra preocupación, fuera de mi Oficina que el trance actual de la política y de lo social venezolano. Claro que uno no debe juzgar en filósofo, pero falta la natural ecuanimidad para sopesar nuestra situación y los hombres, aun los de mayor valía se niegan a aportar el *mínimum* de honradez con que es necesario enfrentarse al enjuiciamiento de un pasado y de una actualidad de que fuimos y somos parte. Se quiere a todo trance la condenación de los demás, y no aceptamos se nos señale la viga que llevamos sobre nuestros propios ojos, viga que a veces es todo un edificio. Sabe Ud. que yo soy de un temperamento apasionado, pero he logrado una disciplina que hoy me permite situarme en un terreno de serenidad para el examen, mucho más cuando estoy mediatizado de la Patria por el mar y por un ambiente social de vigorosa tradición democrática.

Soy hombre de derechas, como Ud. lo sabe, aunque Venezuela nunca formaría en las "otras derechas", como Ud. tan justamente las llama, pero entiendo que, por serlo, no tengo ninguna obligación de declararme defensor de las viejas formas del Estado feudal. Por eso veo con un vivo entusiasmo que Uds. dirigen las actividades de UNE hacia la realización de programas de justicia social y de independencia nacional, mirando las necesidades que es primeramente requerido remediar. Es necesario, mi querido Caldera, dejar a un lado el leguleyismo y la casuística y enfrentarse al problema social de lleno, con hechos, con pujanza, con ardor de justicia, que permita la conquista de las masas sufridas y desesperantes. Y es necesario, no hablar a las pobres masas, en ofrecimiento de botines a la usanza revolucionaria, sino hablar a los opresores, a los detentadores del trabajo obrero, a los fariseos de la nueva ley, a los discípulos de Mammona, lucradores con el sudor del pueblo e indiferentes ante las angustias, las penurias y los dolores de los necesitados.

Como le decía en mi primera carta de septiembre, hay católicos que pretenden desconocer el derecho que les cumple en orden a hacer valederas las aspiraciones de los menos favorecidos, invocando como solo remedio la caridad y la misericordia cristianas. Aquello de las piltrafas y de las sobras. Dar lo superfluo. Acudir a los menesterosos con lo sobrado de las exigencias personales, sin fijar a éstos límites ecuables, sino la consideración personal y arbitraria. Y digo derecho y no deber, por cuanto hallo más fuerza en la primera situación, es decir, en la que conduce a reconocer en el católico la facultad de obrar en un sentido social. Al respecto le envío la disputa entre el dominico Fray José D. Gafo y el socialista Isidoro Acevedo. No se dirá que es doctrina extraña a los señores de la Iglesia esta que sostengo, pues sin ningún enfado el P. Gafo declara: "podemos y debemos aspirar por todos los medios no condenados por nuestra moral, a establecer un régimen económico-jurídico que, por la acción social política, *haga efectivo* lo que demanden la caridad y la fraternidad cristiana y que vemos que *espontáneamente no se hace*".

Esa es la doctrina de la recta democracia cristiana, proclamada en forma tajante por el líder Calvo Sotelo en su último discurso: "Producir no,

pero sí dirigir la producción en el sentido de administrar la justicia económica. Yo no sé porqué el Estado, que administra la justicia civil y la criminal, no puede administrar la económica, determinando *a priori,* antes de que haya conflictos sociales cual es la participación en la renta que corresponde al capital, inexcusable, y a la mano de obra, que es inexcusable también, que debe ir en primer término, porque es la que representa la aportación más alta de todas las que intervienen en el proceso de la producción". La justicia económica, que antepone los derechos al *trabajo* a los del *capital,* es decir, a la energía activa sobre la energía acumulada y estática que representan el dinero y la máquina, sin que ello represente la negación de los derechos del capital, debe ser el norte de nuestra lucha. Y quien bien examine nuestra justicia, hallará así que nada nuevo representa la famosa teoría de la plusvalía de Marx y sus intérpretes, por cuanto la democracia cristiana está más cerca de la justicia social que cualquier avanzada forma socialista.

Pero duele ver, mi querido Caldera, que en este largo proceso de restauración en Cristo de la sociedad, muchos que se llaman católicos se obstinan en mantener vivas viejas formas que tuvieron acaso razón de ser en otro tiempo, y miran como expresión revolucionaria ciertas posiciones que coinciden con las que, en el campo económico, defienden los socialistas ortodoxos o científicos.

De mi parte veo que en Venezuela es necesario a todo trance una reforma agraria, sin mirar al problema de la riqueza agrícola. Tenemos aún resabios feudales en nuestra forma de poseer la tierra, y en muchas regiones se da el caso de verdaderos *señores* que, sin haber siquiera pisado sus fundos, reciben a fin de año el fruto de las cosechas trabajadas por arrendatarios que se vienen sucediendo por varias generaciones. Respetando el título de los llamados propietarios, podría invertirse la situación del que de veras trabaja la tierra y convertirle en dueño, con la obligación de pagar a aquel un canon anual que represente el interés del capital y su paulatina amortización, a justo precio fijado por una Comisión económico-administrativa. Esto redundaría en beneficio de la riqueza agrícola, pues la tierra, semiabandonada por sus titulares y desventajosamente labrada por una clase servil, daría mayores rendimientos. Para evadir este trance, muchos volverían al

trabajo directo de la tierra, lo que disminuiría el *lleno* urbano y la tendencia parasitaria de los pseudopropietarios. Si el capitalista rural reclama los derechos a la tierra que le señalan sus títulos, también la tierra reclama imperativamente la asistencia de quien se dice titular *preferente* de sus frutos. La ruptura de este círculo trae como consecuencia desequilibrios sociales y económicos, que una buena administración debe conjurar. Esta tesis la expuse recientemente al Señor Ministro de Agricultura, y ojalá sea ella de su aceptación y pueda ser prohijada en el órgano de UNE.

Con beneplácito he visto que Uds. se enfrentan también al problema imperialista. Yo no soy xenófobo. Pero la penetración inconsiderada del capital extranjero es el mayor peligro que confrontan las naciones débiles del Nuevo Mundo.

Vivimos en verdad momentos difíciles para la República, y los hombres parece que porfiasen a contradecirse en todos los órdenes. No se busca la cooperación de las distintas fuerzas, sino la instauración de los viejos personalismos y el menosprecio del valor ajeno que no podemos traerlo dócilmente como agua a nuestro molino. Elementos espantosos de esta lucha son la calumnia y la mentira. Se ve en la prensa una campaña de descrédito, como si nos empeñásemos en desdecir de la propia Patria. No hay respeto por nadie ni para nadie. Menos aún piedad para las ajenas faltas. Los problemas se enfocan desde el punto de vista del utilitarismo, y quienes discuten, sólo buscan acercarse al Poder para satisfacer personales medros.

Circunstancias lamentables han venido a constituir en este grave momento de la Patria, los pseudopolos en que gira la política. Comunismo y gomecismo, bombas de jabón acrecidas a fuerzas de soplarlas. ¿Qué hay propaganda comunista? Cierto, pero no tanta como para hacer aparecer al país como víctima del internacionalismo, ni tan extensa como para que se pueda sindicar con ella a todo aquel que hable de libertad y de justicia. ¿Qué hay tendencias gomecistas? Sí, y bajo un doble aspecto: como contrarreacción de hombres que no pueden figurar en una era democrática y anhelan las formas añejas, y como sistema que perdura aun entre elementos que ayer combatieron a Gómez. A fuerza

de soplar para agigantar las bombas, el expediente ha resultado peligroso para unos y para otros: los que en realidad desean ser comunistas, se escudan diciendo que de tales sindican a quienes en realidad no lo son, por simple obra de calumnia e incomprensión antidemocrática; y los retardatarios, deseosos de las viejas formas, se sienten menos mal al ver que se llama gomecista a elementos de correctos procederes como Lara, Rivero, etc.

Confío en que Ud. me volverá a escribir con detenimiento y me informará de los últimos sucesos eleccionarios. Felicite a Tomás por su senaduría. Sabe Ud., y ello me huelga, cuánto lo aprecio y quiero, y cuán sinceros son mis deseos por la continuidad de sus éxitos. Y como voto de año, le repetiré el saludo de Vives a Erasmo: *Precor tibi vitam facilem!*

Suyo afectísimo,

MBI

P.S.- Olvidaba decirle que UNE me llega con una informalidad enorme. De Ud. apenas he recibido un sólo envío. Una amiga me envía de vez en cuando uno que otro número. Me interesa recibirle siempre, así como cualquier otra prublicación que sirva a orientarme en el presente momento patrio. Vuelva Ud. por donde Gabaldón, quien ahora está de fijo en Caracas. Le repito, Gabaldón es un demócrata y un hombre honrado. Reaccione usted contra la amarilla corriente de las aguas de nuestra política. Su talento ponderado vale más que el juicio callejero y mal intencionado. Y sepa que no hablo desde una situación nepótica.

San José, Enero 24 de 1937

Señor Don
Rafael Caldera
Caracas

Mi querido Caldera:

Estas líneas serán apenas un alcance breve a mi carta de ayer. Van a llevarle dos recortes de "El Repertorio Americano" de esta ciudad. Y se los envío por cuanto directamente están relacionados con los temas tratados en mi carta dicha.

Primero, hay que abolir los piojos de mi insigne maestro Chesterton, expresa la pujanza con que deben darse los católicos a la defensa de los derechos de los infelices. Y Chesterton fue un católico a quien la Santa Sede, lejos de censurar, ofreció una de las más altas condecoraciones. Cualquier regresista venezolano diría que se trata de una prédica extremista, si no fuera porque allá es bien conocido entre los intelectuales. Medite Ud. sobre toda la significación que tiene esa parábola de Chesterton. Inclúyala en UNE. Así es necesario que el pueblo vea pensando a los católicos, o al menos a los demócratas católicos de escuela nueva. Seguro Ud., ha leído a Chesterton. En mi biblioteca de Caracas tengo casi todas sus obras, e hice venir algunas a diversas librerías de Caracas. Pellín tiene algunos títulos y Caracciolo también. Especialmente a mí es una mentalidad extraordinariamente interesante, por la cual siento una enorme admiración. Yo tengo una profunda ad-

miración por los conversos, especialmente por aquellos que no vienen de la indeferencia, sino del campo hostil contrario. Papini, inferior enormemente a Chesterton, entra en el número de mis admiradores. Y piense Ud. en San Pablo y en San Agustín. Y piense además desde el punto de vista de la institución positiva, qué hubiera sido de San Pedro, sin el tesón evolutivo de San Pablo. Lo malo es que muchos católicos insisten en la intransigencia del primero.

El otro artículo es de sumo interés también. No conozco la Ley de Tierras de Colombia, pero entiendo que es un tanto avanzada, pues autoriza la parcelización de los latifundios sin indemnización. Pero la doctrina que encierra el artículo es de los que debe tenerse a la mano, para contrarrestar los efectos del P. Cathrein, en su "Catolicismo y socialismo", libro que tanto desdice de su autor, por lo contradictorio, titubiante y atrasado. Me permito decirle una vez más que creo un deber de justicia y de táctica de Uds. insistir en el problema agrario en forma penetrante y clâra y el problema del obrero urbano. La parábola de Chesterton es un filón para muchas cosas. Le digo que, sin faltar a los deberes de la caridad, conceptúo una profunda necedad de las derechas toda la tinta que se ha gastado en defender la "metodología" del Colegio Sucre. Eso es brutal. Defiendan al padre de familia hambriento, a quien el Estado no cuida. Atáquese a diario al Estado, por su negligencia frente a los intereses de las clases desafortunadas. Atáquese a los capitalistas y dígaseles que para vencer al comunismo no es el camino lógico acudir con sumas de dinero a las Ligas, sino rebajar los intereses y los réditos y tratar en un pie de dignidad humana al trabajador.

Lo abraza su afectísimo amigo,

MBI

Caracas, 10 de enero de 1937

Sr. Dr. Mario Briceño Iragorry
San José de Costa Rica

Mi muy querido Dr. Briceño:

No tengo palabras suficientes para expresarle lo que me ha preocupado no haberle escrito hasta ahora. No le digo para excusarme con Ud. porque suficiente excusa para Ud. es saber que deben haber poderosos motivos para que yo me haya privado de tan gran placer. Los poderosos motivos son: tiempo, tiempo, tiempo. Yo en veces llego a desesperar. He tratado de aplicar por todos los medios posibles el método, que ha sido mi eterna obsesión, a mi sistema actual de trabajo, y no lo he logrado; y en el nuevo año he hecho la resolución que confío será inquebrantable de metodizarme, porque de otra manera no podría hacer nada efectivo. Ud. se imaginará el recargo que significan la Oficina, la UNE, el periódico (en el cual, por fortuna, ya se van formando muchas que confío lo manejarán dentro de poco), y (he dejado para último mi deber primario) los estudios. Hoy es domingo: he hecho el propósito de que el día no transcurra sin hacerle una larga carta, y a ello voy; tanto más cuanto he tenido la fortuna de verlo, rozagante, lleno de salud y de alegría, en compañía de la belleza venezolana que fue a triunfar en la tierra de las mujeres bonitas.

En Mérida tuve el gusto de conocer a numerosos familiares suyos. Allá vi a Raymond, quien me pareció de muy buen aspecto. Allá supe tam-

bién que la familia Briceño Picón, ha aumentado en una niña, por lo cual le felicito y le ruego felicitar en mi nombre a su señora, con mis enormes deseos porque para la nueva amiguita todo en esta vida sea dicha y más dicha.

Como verá por lo que acabo de decirle, estuve de gira por los Andes. Fui con un grupo de compañeros en gira de acercamiento estudiantil. Creo que logramos dejar una cadena de estudiantes bastante compenetrados, animados de un mismo ideal: de patria, de renovación dentro del respeto de nuestras legítimas tradiciones, de justicia social por la reivindicación de los derechos del proletariado en un ambiente de armonía y no de odio de clases.

No se imagina cuánto me han satisfecho sus cartas. Nunca las he perdido de vista, y por ello le ruego que siga escribiéndome, comunicándome sus observaciones y enviándome sus consejos. A más de un muchacho de los de mayor confianza he leído algunos párrafos de su correspondencia, ya que al fin y al cabo nuestra preocupación fundamental es orientar. Estoy absolutamente de acuerdo con lo que Ud. dice acerca del trabajo de las derechas venezolanas. En el periódico nuestro verá Ud. una preocupación constante a diferenciar nuestra posición, la posición de la derecha honrada y joven venezolana, de la posición de las otras derechas, donde mantienen abiertas sus trágicas agallas los avaros y los tiranistas. No hemos hablado, es verdad, de derechas a izquierdas, porque todo es cuestión de convencionalismos; pero nos hemos esforzado, y continuaremos esforzándonos: 1) en definir una posición de juventud, de renovación; 2) en hacer una prédica constante y viva de justicia social, prédica que realizamos en la prensa, en actos públicos y reuniones particulares, y principalmente en las reuniones en que hablamos a gente de buena posición económica, para recordarles sus deberes de sacrificio y de amor hacia las clases desheredadas; 3) en definir que vamos siempre contra el gomecismo, entendiendo por tal la ideología dictatorialista, explotadora, que va cobrando mucha fuerza en determinados sectores sociales; 4) en dar a nuestra lucha contra el comunismo, no la forma de "folletones truculentos" como califica Rómulo Betancourt a las publicaciones de "La Esfera", sino una forma de crítica a los procedimientos y a las pro-

pagandas. No sé si lo habremos logrado: pero le garantizo que hemos tendido a ello; y por eso desearía que Ud., a fuer de espectador consciente y al mismo tiempo interesado en nuestro éxito, me indicara en cuánto nos hemos apartado de este camino y lo que en su criterio hemos logrado hacer. Ahora querrá Ud. que le hable un poco de la situación venezolana.

Debo decirle, ante todo, que me han parecido admirables sus conjeturas acerca de la Liga de Defensa Nacional. La Liga es un fracaso que será causa de muchos otros fracasos. Sus temores acerca de la indiferenciación de elementos, con tal de que sean anticomunistas, me temo que se han realizado con una cierta tendencia a predominar los más indeseables. Están dos hombres de buena voluntad: José Ramón Ayala y Andrés Ponte, pero en mi opinión ambos, carecen absolutamente de sentido práctico. Ud. creerá que yo soy de los factores de la Liga, porque tal vez de los periódicos se desprenda eso; y por lo tanto me creo en el deber de darle una explicación acerca de lo que fueron y son mis actividades en la Liga de Defensa Nacional. Le haré un relato del cual creo que sacará Ud. muchas consecuencias. Ud. vera lo confidencial de lo que voy a contarle porque le voy a decir absolutamente todo como se lo hubiera contado a Ud. personalmente si hubiera estado aquí. Una tarde me llamó Miguel Delgado Chalbaud para decirme que se iba a hacer una manifestación anticomunista por razón de un discurso del Presidente, que se iba a leer un Manifiesto y luego a subir hasta Miraflores; que un grupo de personas honorables iba a firmar la invitación y que querían también, el Dr. Ayala y él, que yo la firmara. Yo les dije que me era imposible invitar para algo de lo cual no estaba suficientemente enterado y que, en todo caso como mi actitud comprometía al grupo estudiantil en cuya Directiva aparezco aun cuando no apareciera en nombre de la UNE, yo tenía que consultar a mis compañeros. Me dijeron que no había tiempo de pensarlo porque la invitación salía el día siguiente, por lo cual llegamos a la conclusión de que mi nombre no aparecería, como no apareció, en ella. Todo esto fue telefónicamente. Me invitaron a ir a la casa de José Ramón. Allá me explicó éste algo por encima, y me dijo que me tenían entre los candidatos para la Directiva; a esto me negué, expresando que yo no hurtaría mi colaboración, pero que no podía aparecer como dirigente de una asociación de política militante.

Cuando llegamos al Club Venezuela, yo no estaba en la lista. Pero se presentó el incidente de los comunistas; luego de ser expulsados éstos, alguién pidió se me incluyera como representante de la juventud; otros apoyaron; mi negativa habría aparecido cobarde, y no tuve otro camino que aceptar.

Fuimos a Miraflores. El único que iba a hablar era José Ramón Ayala. El Presidente le contestó. En aquel momento sentí yo la responsabilidad de determinar para el mañana, entre aquella enorme masa heterogénea, que había un núcleo de juventud perfectamente diferenciado en sus ideales y en sus propósitos. Más aún: José Ramón había hecho una alusión muy clara a componendas con los eternos gomecistas, al hablar de la necesidad de acudir a elementos de experiencia política. Yo sentí que tenía que hablar. Lo que dije fue lo que pensé en aquel momento. En la prensa apareció una débil reconstrucción. Ud. vería que en el seno de aquella manifestación anticomunista, mi exposición fue vehementemente antigomecista. Pasó el acto. La salvación de la tarde fue en opinión de muchos un triunfo de la UNE.

Varios días después, creímos necesario volver las cosas a su punto. Nuestra Asamblea resolvió que ningún miembro del Núcleo Directivo de la UNE podría pertenecer a la directiva de ninguna asociación política. Renuncié, pues, mi cargo en la Liga. José Ramón me pidió no publicara la carta de renuncia; y yo creí que en aquellos momentos había que acceder, aunque costara.

Yo no pertenezco, por lo tanto, a la Liga. Lamento todos los errores que se han cometido. Compañeros que están allí, han luchado en vano por darle a la Liga un tinte verdaderamente moderno y de justicia social. Poco a poco han ido desfalleciendo en sus intentos. José Ramón tiene mucha habilidad dialéctica y los demás viejos tienen mucha dureza en el cerebro y en el corazón. Ya hoy, creo poder afirmarlo, nadie en Caracas confundiría a la UNE con la Liga de Defensa Nacional.

Por lo demás, yo temo mucho por la situación de Venezuela. Los comunistas han abandonado aquella actitud violenta; se han vuelto a revestir con la piel del ovejo, y Ud., sabrá que entonces es cuando son

más peligrosos. Por otro lado, tanto hablar de comunismo y gomecismo ha hecho que ambos aumenten más y más cada día. El Gobierno mantiene una neutralidad pasiva, cobarde: utiliza sí, una fuerza en contra de la otra, pero llegará un momento en que una de las dos lo arrolle; el Gobierno es un organismo heterogéneo, y así no podrá llegar a tener nunca fuerza efectiva. Yo le manifesté estas mismas ideas, en esta forma desnuda, al General López Contreras, porque al regreso de Los Andes fui a comunicarle estas impresiones: a todo me respondió con un optimismo que más bien me pareció ilusionismo. El Gobierno está *vitoqueado*. ¡Las otras derechas están *vitoqueadas* también! Y a todo esto Rómulo y Remo continúan su trabajo de zapa. Puede que en uno de estos días escriba un artículo acerca de esto, a ver si abren los ojos, y no siguen esta tendencia a volver a coger camino de pagarles bien caras a los comunistas las adulancias que, como Ud. habrá visto, están descargando a granel sobre el Gobierno. A ver si el Gobierno, por sobre falaces intereses egoístas del momento, llega a poner de verdad los intereses de la Patria.

La UNE —menos mal— cobra cada día mayor fuerza, y es cada día más independiente. Yo confío que ella es la célula formativa de una juventud que habrá de salvar a Venezuela. Dios lo quiera. Ayúdenos con sus consejos. Mándenos colaboración. Mándenos buenos libros, de los muchos que podrá Ud. por allá (ojalá me mandara algunas buenas obras por duplicado, una para mí y otra para la biblioteca de la UNE). Le pido como se lo pide a alguien con quien se está tan estrechamente ligado, que el formulismo está demás. Y sobre todo, escríbame. Escríbame largo. En esas frías veladas de San José, en las cuales el espíritu está tranquilo y el corazón debe hacerle pensar en la Patria, póngase a escribirme largas cartas, con la seguridad de que su palabra no caerá en desierto.

El semanario UNE se lo envío, por remesas mensuales, con toda regularidad. Espero lo habrá recibido siempre. Precisamente mañana le enviaré los números correspondientes a diciembre. Analícelos. Escudriñelos. Envíeme los análisis de todo género, que no hay cosa que tenga más precio que un buen crítico; un crítico inspirado en el bien del criticado, un crítico sereno, consciente; hasta la lejanía y la com-

paración con otros paisajes dará enorme valor a su crítica. No me deje esperando. Se lo ruego en nombre de la Patria.

A Gabaldón estuve a conocerlo. Le hablé de Ud. y le dije que deseaba hablarle con plena honradez, expresándole la opinión que un espectador honrado tenía acerca de su actitud. Estaba dispuesto a decirle que yo sabía que él era bueno y patriota; pero que tenía que hacer un esfuerzo supremo para no dejar que se convirtieran en intermediarios entre él y Venezuela todos los sinvergüenzas que lo rodean. Pero cuando el iba a hablar, alguien olió que yo estaba ahí. Un politiquero de la peor especie se metió al cuarto del General Gabaldón. Yo le dije que había ido con el deseo de hablarle a solas, para vaciarle con toda honradez todo lo que pensaba que la Patria requería de él... Me ofreció entonces mandarme a avisar cuando hubiera una ocasión propicia para que habláramos largamente... De entonces acá (cosa de 2 meses) los hechos lo han alejado quizá más todavía de mí. No me ha mandado a decir nada. Yo no me he atrevido a insinuármele de nuevo. Orve es su locura: allí le hicieron una recepción en cuanto vino. Su telegrama a la Liga, que Ud. habría visto publicado, es absolutamente inadecuado por el tono laudatorio hacia López Contreras, y por el insulto absurdo contra la Liga. Con dicho telegrama ha acabado de hacerse ídolo de los orvistas y demás *istas*, pero ha acabado también de caer en la opinión de la gente sensata. Lamento decírselo porque sé que Ud. lo quiere bastante. Pero creo que hasta con la influencia que Ud. posee sobre él, pueda todavía rescatarlo de la senda donde se ha lanzado. Dios quiera, porque sería una lástima que se acabara de perder.

Bueno, mi querido Dr. Briceño. Es sumamente tarde. Le he estado escribiendo con toda la confianza que le he tenido siempre. He vertido directamente ideas sobre el papel. Quizá estén un poco desordenadamente expuestas, pero ello coopera en pro de la espontaneidad. Crea que lo quiero lo mismo que siempre. Que estoy seguro de que Ud. es una de las personas que en la vida me han profesado afecto más sincero, más espontáneo y más constante.

Estoy seguro de que Ud., continuará su serie epistolar para conmigo. No se meta a inglés, cobrándome tan matemáticamente. Si no le con-

testé fue por las desafortunadas razones que le expuse, pero no era eso suficiente para que Ud. dejara de escribirme. Para lo futuro, le prometo que seré mucho más cuidadoso: aunque le escriba unas veces corto y otras largo, larguísimo, como lo he hecho hoy.

Salude en nombre mío a toda su gente, y reciba un cordial abrazo de,

R. Caldera R.

P.S. Mis viejos los saludan, a Ud. y familia. Le participo, y sé le agradará, que mi papá ha sido electo Senador por el Estado Lara. Y espero que él sabrá cumplir la dura tarea.

San José, junio 19 de 1937

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas.

Mi querido Caldera:

Antes de otra cosa, le ruego excusar el papel de copia, pero el de original se me ha acabado inopinadamente. Y vamos a esclarecer eso de la intención que U. leyó en el sobrescrito para Lara. Está U. por el camino de las de cobrar a los acreedores, casi a la par de las Compañías Petroleras que tienen, junto con sus famosos Abogados, la avilantez de demandar a la Nación. U. hace lo mismo: yo podría demandarle por los perjuicios que representa para mí ver que le escribo, no unas sino varias cartas, y U. no las contesta, para después declararme en "deuda" con U. mismo. Ese es criterio petrolero, mi querido amigo, Y yo justamente le escribí a Lara con entusiasmo, porque le vi con brillantez y justicia atacar las bastardas aspiraciones de los petroleros, por mantenerse en el goce perpetuo del trabajo de Juan Bimba. Y aún más: es U. el obligado a escribir al amigo que, fuera de la Patria, aunque en su servicio, anhela nuevas del proceso social que allá se realiza. ¡Fuera de la Patria, no sabe U. lo que vale una carta de un buen amigo!...

Mucho le agradezco su cordial invitación a que yo regrese al País a tomar cartas activas en la política de la hora. Y también le agradezco sus deseos personales por mi quieta permanencia en ésta. En U. obra

el sobrado cariño para este pobre amigo, que no tiene más mérito que el de exponer sus ideas con franqueza. Le diré: yo desearía estar allá y procuraría contribuir en forma eficiente al progreso de las instituciones sociales. Pero tengo una serie de interrogaciones que resolver antes de pensar en hacerlo. Me ocupo actualmente en el estudio de una pequeña industria, que podría darme allá algún rendimiento, que me permitiese ensayar el ejercicio profesional. Veremos esto y otras cosas. De otra parte, debo decir a U. que en su carta palpita un optimismo admirable, que no se compadece con la realidad. El optimismo es bueno, pero el optimismo es pernicioso cuando es tanto que sirve a poner de rosa el cuadro delantero, así sea éste de las más grises tonalidades.

La actitud de Lara y de UNE frente al Abogado de las Compañías de Petróleo, me pareció admirable, y la sentencia de la Corte un horror de injusticia, y de ajuridicidad. Cuando las Leyes y los encargados de aplicarlas no se pliegan a los reclamos de la justicia, se erigen las unas y los otros en constructores de revoluciones. Ya lo dije a Lara, y también en una carta a Pellín, los colisionistas y retroactivistas son los grandes responsables de la actitud violenta que en una hora dada pueda asumir el odio popular. Odio que no *crean* los agitadores, sino la injusticia de los llamados a ser justicieros, y que aquellos utilizan como máquina de guerra. El odio social es la equivalencia, en sensibilidad, de la injusticia acumulada por los desafueros de aquellos que debieran cuidar de la comunidad.

¿Dónde hallar la medida de lo justo, mi querido Caldera? ¿Dónde el criterio sereno, inquisidor, que sepa hacer el discrimen de posiciones? ¿Cree U. racional que "La Religión" haya consagrado un homenaje a los *caritativos* sentimientos de Rockefeller? ¡Ah, Señor! Rockefeller, el constructor de guerras imperialistas en América, el responsable del Chaco, el autor de la masacre de Ludlow, el avaro a quien fueron rechazadas sus primeras dádivas por ser fruto de corrupción, el millonario que se vio obligado a desprenderse de algo de lo suyo para poder engañar al pueblo que lo odiaba. Dar quinina para curar el paludismo, y pagar por esa quinina el sudor y la sangre. Es absurdo, mi querido Caldera, que aun se insista en esa teoría de las *sobras misericordiosas*.

No hay derecho a mirar las cosas desde esos erróneos puntos de vista. Si queremos ir a la justicia social debemos comenzar por no insistir en engañar al pueblo ni a nosotros mismos. La verdad y la justicia no pueden andar divorciadas. Toda falacia nos llevará siempre a cometer un entuerto.

Yo le ruego leer de nuevo mi carta de 30 de septiembre del año pasado y pensar acerca de lo que en su segundo párrafo le digo respecto a la peligrosa división de tendencias, sin una recta valuación ideológica. Me parece que se empieza a cosechar el fruto de esa desacertada conjunción y de la peor llevada campaña de defensa llamada nacional. Una verdadera campaña de defensa nacional debería estar encaminada a crear una plena noción de responsabilidad social y administrativa. Un amigo de allá, en meses pasados, se quejaba en tono pesimista de la "política venezolana" y del deber de huirla. Yo le argüí que, siendo la política la realización de nuestra capacidad moral en orden al servicio de la Patria, no debería confundirse con la politiquería venezolana, es decir, con la búsqueda de colocar los cargos y posibilidades públicas al servicio de nuestros intereses inmorales. Aún permanecemos en esta vieja situación. Quienes ascienden al poder, se empeñan en acaparar para su *grupo* (amistoso o familiar) las mejores plazas del presupuesto, dejando el servir a la colectividad para cuando suenen las calendas griegas.

Carecemos aún de la noción de solidaridad requerida para una obra de bien social. Nos dejamos llevar por "lo individual", así sea un interés material o una situación ideológica ¿Cree U. lógico que un grupo de obreros por ser católicos, acuerden la actitud de la Corte contra los trabajadores, en razón de ser el peticionario de justicia elemento adscrito a un sindicato no-católico? Esa intolerancia y esa incomprensión social son los elementos psicológicos que dividen las sociedades en campos nutridos por el odio inliquidable, que conducen a la postre a situaciones como la que hoy atraviesa la desafortunada Madre Patria. Y como si fuera poco el dolor de la tragedia española, nosotros nos empeñamos en llevarla, en un plano de especulación partidista, al seno mismo de nuestras flamantes democracias. Convertirnos nosotros en eco doliente de la catástrofe española, sumando a sus bandos nuestra

voluntad, no creo yo que sea lo indicado en esta hora trágica del mundo. De lo contrario, con honradez, con serenidad, con libertad en el examen, debiéramos inquirir las causas sociales de aquel odio dantesco, para remediar antes de que sea tarde. Servirnos de la fatal experiencia de nuestros hermanos mayores, corregir los vicios y los defectos que nos son comunes, reparar la injusticia que sirve de germen nutricio a las revoluciones, sería una racional posición de estos países de aquende el Atlántico. Con nuestros odios tenemos para atraer los que insuflan Queipo de Llano y Miaja, como agentes de Hitler y Stalin.

Vea U. cómo me alargo en escribirle, mientras U. se tarda meses en darme el gusto de tener letras suyas. Si le es posible, hágame conocer cuanto antes el Reglamento de la Ley de Trabajo.

Con saludos para los suyos, me repito su aftmo. amigo,

MBI

Caracas, 30 de mayo de 1937

Sr. Dr. Mario Briceño Iragorry
Costa Rica.

Mi querido Dr. Briceño:

En mi última carta, hace ya cuatro meses, le pedía que no se metiera a inglés cobrándome matemáticamente. Hoy quiero repetirle la petición; pero como puede no gustarle la filiación sajona que le atribuyo (a pesar de su inmenso afecto por G.K. Chesterton) voy a decirle más bien que quiere aplicarme al pie de la letra el clásico aforismo romano: *do ut des.* Ud. me contestó mi carta, y al no recibir nuevamente respuesta mía cortó esa corriente epistolar cuya continuidad le he pedido tantas veces. Sinembargo, aun en el *"do ut des"*, creo que yo soy el acreedor; porque con toda religiosidad le remito siempre a UNE, mientras que de Ud. no me viene absolutamente nada.

Una carta suya para Lara Peña, venida por mis manos, fue llevada a su destino inmediatamente. Eso fue hasta una especie de "coco": con ello parecía Ud. decirme: "no le escribo porque Ud. no lo merece, aunque no porque no tenga tiempo, porque Ud. ve aquí que a Lara Peña, por ejemplo, sí le escribo". Bien; qué se va a hacer; quizá el clima un poco frío de Costa Rica haya contraído un poco aquella amplia generosidad suya, incapaz de concebir una relación de Debe-Haber.

Comienzo saludándolo. Hoy es domingo, y aun por sobre la inminencia de los exámenes, he puesto a un lado el grueso volumen de Procedimiento Civil para dedicarme a escribirle. Es la única manera de saber de Ud.. No es posible que uno se desentienda de las personas a quienes quiere, hasta el extremo de saber cómo están, cómo se sienten. ¿Cómo está ese simpático San José? Lo supongo a Ud. robusteciéndose cada día más, física y moralmente; porque aquel clima tranquilo verdaderamente invita a la lectura y a la meditación. El fruto de esa lectura y de esa meditación debe ser compartido con aquellos amigos que, como yo, no podemos dedicar a esas funciones todo el tiempo que desearíamos. Lo mismo el de sus observaciones sobre el medio: Costa Rica es un país casi de otra América sociológicamente, como lo es geográficamente; y sería curioso investigar las causas de esas diferencias. Y cuando digo diferencias no quiero significar, como lo hace la mayoría de los venezolanos al referirse a otro país, que sean siempre ventajas: unas veces esas diferencias son convenientes, otras desventajosas.

Por lo que veo en la prensa de Caracas, Ud. ha caído allá bastante bien. Se la pasa almorzando con el Presidente de la República, agasaja bellezas venezolanas, acompaña numerosos viajeros que de vez en cuando van a ésa. Todo me contenta muchísimo. Ud. necesitaba realmente aquel cambio del clima que lo distrajera de sus muchas preocupaciones. Pero ese descanso no debe prolongarse mucho. Venezuela necesita de cada uno de sus hijos el *maximum* de rendimiento. Especialmente de los bien intencionados que no van a querer empeñarse en poner diques al proceso social para lograr después un desbordamiento impetuoso, quizá catastrófico. Ud. debe hacer que lo vuelvan a traer al país. Claro que tendrá que abandonar esa tranquilidad de allá para venir a sufrir sinsabores; pero el deber lo pide. Si pensando exclusivamente como amigo suyo yo casi preferiría que lo dejarán en Costa Rica, como amigo de Dios y de Venezuela deseo vivamente que lo traigan. A los malos elementos que cada día se infiltran en el Gobierno hay que desplazarlos, no por una campaña negativa, sino por una acción positiva. Le advierto que no soy de los pesimistas: estamos atravesando una crisis política en que ha sido posible salvar al país dentro de la Democracia; debemos seguir pidiendo un respeto a las

libertades ciudadanas y sobre todo una obra de progreso y justicia social y lograr que se avance, a pesar de la resistencia de los demás. El Presidente ha demostrado estar bien intencionado: es necesario que vayan a rodearlo los colaboradores que verdaderamente deseen el bien de los demás y no el suyo propio.

...Me metí esta vez a consejero. Ud. excusará la osadía, pero me concederá la razón. Espero tener el placer de abrazarlo personalmente pronto.

Y ahora debo despedirme. Me llaman insistentemente al desayuno. Espero que ahora no me seguirá Ud. privando del gusto de leer sus cartas. Crea que con ellas hace bien; no solamente a mí, sino a los muchachos a quienes leo muchos párrafos que les hacen falta. Nuestro movimiento va bien. Firme, entusiasta, sólido: existe completa fusión de voluntades, y perfecta compenetración con el ideal. El optimismo nos acompaña siempre.

Le ruego saludarme a su señora y a los amigos Briceño Picón. Suyo affmo.,

R. Caldera R.

P.S. ¿Sabe que murió Hernán, hijo del Dr. H. Ayala? Lo fulminó una apendicitis a los 20 años. Su muerte fue cristianamente admirable. Los míos le saludan.

San José, Julio 7 de 1937

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas

Mi querido Caldera:

No dirá Ud. ahora que yo tengo un libro donde llevo las cuentas de mis amigos. Vuelvo a escribirle sin tomar en cuenta que Ud. esté en deuda conmigo. Me place hablar con mis amigos, y más cuando éstos son de los que veo surgir como brillantes esperanzas para nuestro porvenir nacional.

Y al escribirle hoy, vengo a pedirle su iniciativa, o la del grupo que Ud. dirige, para una obra de trascendencia social. Hace tres noches, pasadas las doce, regresaba a mi casa después de una velada en la Legación de Francia, adonde habíamos ido tras de ver en la pantalla de una sala de cine la Tragedia de Mayerling. En mi mente perduraba el recuerdo del fausto de la corte de Francisco José y al cruzar el auto una de las esquinas de la desolada barriada de La Soledad, hubo el chofer de frenar fuerte para salvar la vida de un infeliz que dormía en plena calle, acogido a la caridad que le ofrecía la lejana comba del firmamento. Y pensé en los hombres que viven al acaso, luchando en el día por el mendrugo áspero; su dolor no tiene ni el altivio de compartirse con el de un hogar, también miserable; su abandono es casi absoluto; su hambre le resta fuerzas para la lucha; su miseria social,

fruto de pésima educación, les lleva progresivamente a ser seres inútiles en la dinámica colectiva. Son los hombres solitarios de la media noche, que abundan en todas las calles, que duermen al abrigo de los dinteles, bajo los puentes de las ciudades opulentas, en infestos tugurios o arrimados a las gradas de plazas y edificios públicos. Y junto con estos hombres, ya miserias sociales, otros hombres solitarios también, a quien la parvedad del salario no les permite sino alquilar una miserable cama en un pésimo "alquiler" lleno de insectos. Creo que la sociedad debe asistir a los unos y a los otros, no por simple acto de cristiana caridad, sino en cumplimiento de un deber de solidaridad y cooperación. Para ellos hay un derecho que es necesario vitalizar. La sociedad debe proporcionarles higiene y descanso.

¿No cree Ud. que sería una excelente obra la que se haría iniciando los "Albergues Nocturnos"? Allí se les daría a los unos simplemente cama cómoda, es decir, a quienes sólo necesitan de ella; a los otros una ligera colación y también la oportunidad de tomar un baño de jabón, que evite vayan a constituirse en portadores de insectos. Habría de necesidad que instalarse un servicio de comedor, cocina, baños, cuarto de desinfección para la ropa; control de entradas, en orden de ficharles; y un servicio de profilaxis, estrechamente relacionado con los servicios hospitalarios y de policía.

Hermoso sería que tocase a Ud. iniciar esta obra de verdadera asistencia social, que obligaría de inmediato a las autoridades públicas a acuerparla y diseminarla. Y hermoso es, mi querido Caldera, que junto a la táctica de la disputa, se realice la táctica del hecho. Es necesario ir al pueblo con algo en la mano, más que con palabras en los labios. Nuestro pueblo tiene miseria, nuestro pueblo es víctima del abandono de los mejores, que si dirigen a él sus miradas, muchas veces lo hacen para mostrarse filántropos y hacerse merecedores de aplausos y medallas. Al pueblo hay necesidad buscarle por un simple deber, cuyo cumplimiento no es en sí para alardear de generosos.

Ojalá se pudiera hacer algo en este sentido entre nosotros, y holgaría yo viendo que tan bella iniciativa correspondiese a Uds.

Me han hecho Uds. un señalado honor al reproducir párrafos de mi carta para Lara en el semanario UNE. Estimo mucho el agasajo, pero les ruego no repetirlo. Cualquiera querrá ver en mis palabras una tendencia utilitaria, justamente lo que detesto: ganar punto en la voluntad de las masas. A éstas desearía ser útil, pero en una actitud lejana, que no me sea de provecho personal. Si hubiera una forma de escribir que no entendiese el pueblo, y sólo fuera comprendida por aquellos que lo explotan, yo estaría de facción pluma en mano, vomitando dictatorios. El pueblo me interesa por sus sufrimientos, no por su aplauso. Y si en mis manos estuviera servirle, sólo me gustaría compartir con mi conciencia el placer de serle útil.

Saludos a Lara, y con mis votos porque el éxito les acompañe me repito, su afectísimo amigo.

MBI

San José, 20 de septiembre de 1937

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas

Mi querido Caldera:

Su siempre grata correspondencia me trajo esta vez la mala noticia de que usted hubo de estar enfermo, en forma molesta. Si usted quedare algo cojo, ya tenemos algo en que parecernos, pero a pesar de ello, no deseo que su gallarda y apuesta figura se desmejore de esa manera.

Como siempre, leí con vivo interés su carta, y a ella vengo a referirme con especial complacencia. Antes de todo debo decirle que nunca he sido yo presa del pesimismo, así pareciere de algún juicio mío. Le hablé de desconfianza, de ciertos temores que abrigo en el orden de consolidación, entre las masas y movimientos organizadores, de la ideología democrática. La alegría no debe ser tanta como para cegar en el análisis de la perspectiva social. Y la fe que debe animarnos no está reñida con la desconfianza natural que debe también presidir este análisis. Que resulte una paradoja, ello no importa, pues sin la contradicción no se llega a la verdad. La ecuanimidad adviene del examen total de las tendencias, del inquirir sereno que se realice desde los distintos ángulos del plano social.

Prueba de la falta de serenidad que desorienta la labor constructiva que allá se realiza, la constituye el actual intríngulis municipal. No conozco la opinión de UNE, pero sí la de "La Religión". Lo que se llama derecha, ha calificado a la mayoría edilicia de izquierdista y aun de comunista. Sin siquiera entrar a examinar la propiedad o impropiedad de los connomentos, reconozco el derecho que tengan sus opositores para atacar la labor individual del Concejo desde el punto de vista partidista, en cambio me parece un delito de lesa-República acuerpar sistemáticamente, por atacar a los ediles, la tendencia gubernamental de echar por suelo la autonomía de la Cámara Municipal. El caso es muy sencillo: la Constitución da a la Municipalidad el pleno ejercicio de la autonomía administrativa y rentística del Distrito, y así en la nueva Ley Orgánica se establezca, en algunos artículos de naturaleza antinómica, que el Gobernador tiene plena facultad administrativa, ello es un atentado contra la esencia constitucional e histórica de la institución Municipal. El doble carácter del Gobernador (agente del Presidente en lo civil y político y Ejecutivo Municipal) indica que es un simple órgano ejecutor, ya de las disposiciones del Ejecutivo Federal, ya del Poder Municipal. En el orden de la organización Municipal, el Concejo, en ejercicio de la autonomía, es quien delibera y ordena: el Gobernador quien ejecuta. Apoyar la tesis gubernamental, afincada en una ley inconstitucional y antinómica, es ir directamente a la anulación del Poder Municipal, célula de nuestra República democrática. Negar al Municipio facultad para fijar precios, es olvidar la propia esencia de la institución y hacer a un lado su historia trisecular. Cuando la Municipalidad fija límites al precio de la electricidad, no lo hace en virtud de un orden contractual, por cuanto el suministro de fuerza y luz para uso privado no puede ser materia de contrato público, sino en razón de su poder regulador y de su carácter de defensor de la comunidad. Esto por vía de simple ejemplo. Busque usted las actas de los antiguos Ayuntamientos, y encontrará que durante la Colonia los Cabildos fijaban precios y prohibían la exportación de artículos de primera necesidad, cuando éstos no eran bastantes para llenar las necesidades locales. El cabildo de Trujillo prohibió en 1628 la salida de harina para Maracaibo, en razón de que la cosecha no era suficiente para cubrir las necesidades del Distrito Capitular. Claro que carecimos de actividades edilicias en la República durante un lapso

demasiado largo, y es ello razón para que no halle una verdadera conciencia "municipal", la iniciativa del nuevo Concejo en orden a realizar la autonomía, pero esa carencia de vocación para lo que al pro común respecta, no debe ser causa de que se pretenda acabar con la institución, mucho más cuando los ataques que hoy se hacen a la Municipalidad tienen su razón de ser en una falacia: en atacar a los hombres que integran el Concejo, a quienes no han faltado críticos que les presenten como un peligro para el sosiego social. No entro, como lo digo anteriormente, a examinar la ideología de los municipios, aunque de paso le diga que si Carlos Morales puede calificarse de comunista, y ser comunista es ser como Carlos Morales, que vengan los comunistas; sin examinar, repito, la ideología particular de los señores concejales, así fueren ellos fascistas, kulakistas, nazistas o anarcosindicalistas, es un crimen de lesa-República, es una verdadera traición a los intereses del pueblo, acuerpar todo movimiento que vaya en desmejora de una institución que es orgullo de América. Nuestra vitalidad, nuestra razón de ser como nacionalidad, tuvo su origen en el Municipio, expresión celular de la soberanía. Nada más hermoso en el estudio de la Historia Civil de la Colonia, que seguir el curso de las actividades capitulares a partir de 1533, cuando los cabildantes de Coro se enfrentan a las pretensiones de Santillana, hasta llegar a la hora en que la Municipalidad de Caracas desconoce la intrusa autoridad de Emparan. Si Páez acabó con la Municipalidad, si durante la Dictadura la acción de los Concejos estuvo subordinada *de facto* a la voluntad de los Gobernadores, bueno es ya entrar al goce de aquella perdida autonomía. Ahora, si lo que se pretende es elevar el *"de facto"* anterior a la categoría de norma legal, es decir, si lo que se quiere como arma para atacar a un partido político, o valido de tal pretexto, es dar juricidad a lo que ayer condenamos como atentatorio: si el camino que se busca es torcer la justicia y la legalidad, so pretexto de que se combate una tendencia disolvente, bien pudiéramos dar espaldas al porvenir de nuestras instituciones y establecer una peregrinación semanal no ya a Las Delicias, sino al Panteón que guarda los despojos del Jefe.

Piensen ustedes, mis queridos amigos, en la necesidad de juzgar nuestros actuales hechos con la mayor suma de ecuanimidad. Procuren no

cegarse en el combate. Parece que ustedes vieron de malos ojos la reaparición de "Fantoches" y así lo dijeron, a juzgar de un ataque que a ustedes hace Leo. A ustedes dio complacencia la orden gubernamental que suspendió a algunos periódicos de izquierda, sin entrar a examinar si esa orden tuviese o no fundamento legal: "nos favorece, y venga bien". Mi juicio es otro, y para no hacer largo el discurso, le ruego aplicar al caso un cuentecito que se repite en Venezuela acerca de cómo se comportó un loro en el naufragio de un piragua y cuáles eran sus expresiones al principio y al fin de la tragedia. Si usted no sabe el cuento, cualquiera se lo echa, y verá usted cómo la demosofía sabe orientar tan bien como un tratado ciceroniano.

El divorcio que usted reafirma entre UNE y las "otras derechas" no se compadece con cierto elogio dedicado a la labor de algún periodista o periodistas sindicados de servir al capitalismo y al regresionismo, como se compadece con el ataque que ustedes han hecho a personas a quienes los regresistas se empecinan en calificar de extremistas de la izquierda. Póngase al margen de los intereses que pugnan por impedir una realización democrática.

El final de su carta es en extremo hermoso: sobre la justicia conmutativa, la justicia social que da de acuerdo con la necesidad del sujeto que la recibe. Pues mire usted Caldera, esta justicia también entra en el orden de la justicia conmutativa, por cuanto dar a cada quien lo que es *suyo* , en un concepto "justo" no está limitado por el "mío" y "tuyo" del derecho quiritario. Lo *mío* es lo que necesito en justicia. "El pan nuestro de cada día" se pide al Padre, es decir el pan "mío", al cual tengo derecho todos los días. El "pan" que no es un mendrugo, el pan que es abrigo, alimento, y medios racionales de realizar la paz y la plenitud espiritual. Darle al acaparador (pongamos del azúcar, p.e) el fruto que él llama "mío", no es un acto de justicia conmutativa, por cuanto eso no es de él sino de los que, en razón de un sistema injusto, han contribuido a formar una masa. Hasta hoy la justicia ha estribado en dar de acuerdo con un "mío" y un "tuyo" falsos. Ahora, me permito recordarle al oído: si esa opinión suya sobre la justicia la examina un venerable señor de la caverna, a usted le suprimirán la teja de las caricaturas y le podrán una hoz al cuello, pues dirán que

usted propugna el "a cada uno según sus necesidades, a cada uno según sus capacidades" que es la Ley del Comunismo.

No tarde en escribirme tanto, y créame su afectísimo amigo,

MBI

Caracas, 30 de agosto de 1937

Señor Dr.
Mario Briceño Iragorry
San José de Costa Rica

Mi querido Dr. Briceño:

Esta vez el incumplimiento de mis obligaciones agradables obligaciones-emana de una razón de fuerza mayor. Quizá haya oído Ud. decir que, hace hoy 50 días, me fracturé una pierna. Fue en uno de esos ratos en que se sale a buscar en el deporte, aire para unos pulmones y ejercicio para unos músculos que aparecen entumecerse toda la semana entre cuatro paredes y ante un escritorio. Afortunadamente el accidente deportivo, ni me impidió llegarme arrastrando a la Universidad, bajo la dura tiranía de un aparato de yeso, ni dejará —Dios mediante— huellas perdurables que dificulten mi movilización. Apenas me queda todavía una pequeña cojera, debida a la hinchazón que permanece en el tobillo; pero todos los síntomas indican que aquélla y ésta desaparecerán muy pronto.

En la Clínica del Dr. de las Casas supe por boca de su hermano Leopoldo que su hijo Omar estuvo enfermo de cuidado. Pero también me dijo que él ya se encontraba fuera de peligro. Imagino los momentos dolorosos que pasarían Ud. y su señora; mas los felicito por la recuperación del enfermito.

En su penúltima carta me hablaba Ud. del optimismo. Yo creo, mi querido Dr. Briceño, que no hace Ud. bien en acribillar el optimismo, que es resorte fundamental para el porvenir de los pueblos. Pero, comprendo que es necesario que yo le explique a Ud. cuál es el contenido de ese mi optimismo. No es optimismo de actualidad, es optimismo de futuro. No creo yo que el momento actual sea ideal, ni que deje de haber inmensidad de errores en la actual situación venezolana. Inmensidad de errores que nosotros censuramos, a veces con mayor crudeza, a veces con menor intolerancia, pero que en todo caso desearíamos ver desterrados de una vez de esta desgraciada Venezuela. Pero sí tengo fe en el mañana. Tengo fe en el grupo de juventud que se levanta con una idea concisa del deber y con un amplio sentido de patriotismo. Con un profundo arraigo de unión y solidaridad y con un impulso decidido hacia una patria como la que hemos venido soñando. ¿No cree Ud., mi querido Dr. Briceño, que el hecho de que exista ese principio de unión y de preocupación, es para sentir el optimismo del mañana? Claro está que mi respuesta tiene que ser negativa si Ud. me pide le concrete cuál ha sido nuestro aporte de realizaciones materiales. Pero realizaciones espirituales, existen. Existen, porque ya la UNE tiene su fuerza social autónoma. Porque ya a nadie, amigos ni enemigos, se le ocurre confundirla con los otros sectores llamados de derechas. Nosotros no hemos temido echarnos encima el decidido encono de muchos "decididos derechistas". Pero a cada nuevo fracaso de las otras derechas, son muchos los ojos que se vuelven hacia nuestro movimiento.

Me dirá Ud. que bien poco hemos hecho nosotros por la conquista de la masa. Pero hay que comprender lo que la conquista de la masa significa. Para emprenderla hay que comenzar por conquistarnos a nosotros mismos. Hay que empezar por formar un grupo firmemente cohesionado y claramente orientado, que pueda asumir en un momento histórico esa responsabilidad para llevarla adelante. Claro está que nosotros hemos hecho ya algunas tentativas, y que en un año se ha logrado algo. Se han logrado despertar ciertas simpatías, y tender pequeñas conexiones de afinidad con ciertos sectores obreros. Pero abrir una campaña violenta antes de que el trabajo preliminar se encuentre realizado, sería comprometer gravemente el éxito final.

Nuestra fuerza consiste precisamente en ser "una esperanza". Una tentativa encaminada a trocar violentamente esa esperanza en realidad. constituiría un aborto; porque el feto de nuestra realidad está todavía en un período inicial de gestación. Que hemos logrado mantenernos como una esperanza, yo lo creo. Y sobre todo, una esperanza que, —bien lo saben ya ellos— está muy lejos de diseñarse como un instrumento para los dictatorialistas o para los aventureros. El día que este núcleo de juventud que constituye la UNE se presente de lleno ante el ambiente político, deberá tener la suficiente fuerza intrínseca para no dejarse avasallar por las fuerzas regresionistas que tan arraigadas se encuentran en el ambiente social venezolano. Mientras tanto, nos encaminamos tesoneramente a consolidar el movimiento. No por la loca conquista de adeptos, sino por el mejoramiento de los ya integrantes. Por la consolidación de una UNE nacional, que ya tiene —unos más débiles, otros más fuertes— núcleos en Maracaibo, Valencia, Barquisimeto, Valera, Mérida, San Cristóbal, Maracay, Barcelona, Cumaná. En Boconó fundamos uno, que se vino a tierra por la influencia de su querido amigo el General Gabaldón; pero quedó al menos —así me lo han informado— un recuerdo grato para aquel grupo de muchachos que se presentó allá en forma muy distinta a como esperaban (beaterio intolerante y frío). Los momentos libres se aprovechan en giras de penetración. Se preparan cursillos de capacitación. Se labora por la realización de un Congreso Nacional de UNE con poca bulla pero bastante contacto ideológico y sentimental. Desde el periódico, en fin, se trata de diseñar una actitud ideológica neta. La crítica de Lara a la jurisprudencia de la Corte, como muchisímas otras cosas que Ud. habrá visto, no son de cada uno de nosotros en particular, sino del periódico, es decir, de la UNE. (Incidentalmente puedo decirle que la crítica de Lara se basó en la jurisprudencia y en los estudios firmemente mantenidos por la Oficina Nacional del Trabajo hasta este mismo instante).

Mi querido Dr. Briceño, me he pasado todo el tiempo hablándole de nosotros, quizá con un poco de enfatuamiento. Pero, al fin y al cabo, cuanto más modesto deber ser cada uno de nosotros personal y particularmente, más orgulloso debe ser cuanto a la asociación y al movimiento. Hay que crear, comenzando por nosotros mismos, la mística uneísta. Y cada uno de nosotros tiene fe en la UNE...

Precisamente de sus cartas, de sus observaciones, de su punto de vista, que debe ser tanto más interesante cuando ve las cosas más lejos, han de desprenderse consejos que han de ser utilísimos para evitar que se diluya o que se entuerza el rumbo integral del movimiento. Por eso le reclamo insistentemente su correspondencia. Nosotros somos idólatras de la crítica. Comenzando por la autocrítica, que se desarrolla al *maximun* dentro de nuestra agrupación. Cada uno de nosotros es censor implacable de lo que los otros escriben o hacen. Cada uno de nosotros llega libérrimo a los originales de los compañeros, lápiz en mano, a quitar o a poner o a enmendar. Esa crítica la suplicamos de los amigos en cuyo juicio tenemos confianza y de cuyo afecto no nos cabe duda. ¿Comprende Ud. por qué a veces me quejo del sentido geométrico del *do ut des*? Nuestro caso, permítase Ud. que le repita, no es de justicia conmutativa: debe regirse por la justicia social, que ordena se dé más a aquellos que más necesitan.

Espera sus noticias, y lo abraza con todo afecto, su affmo.,

R. Caldera R.

P.S. —Ruégole saludar cariñosamente a todos los suyos.

San José, enero 5 de 1938

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas.-

Mi querido amigo:

Acabo de leer en el noticiario que me trajo el correo aéreo la grata noticia de la libertad de los estudiantes uneístas. Hace más de un año vengo escribiendo a Ud. a base de la mayor franqueza y comprensión. Y esa franqueza me impidió escribirle mientras Ud. permanecía preso, para evitar que fuese leída mi carta en medio de la ingrata atmósfera de la prisión y sometida al vario comento de los compañeros detenidos. En mi carta tenía que decirle que si profundamente he lamentado lo sucedido, por tratarse de Ud. y otros amigos a quienes bien quiero, también he lamentado la violenta determinación de Uds. En una carta anterior le hablé de la necesidad de huir de lo personal y quiso la casualidad que hiciera referencia a "Fantoches". Esto sólo hubiera representado de mi parte para Uds. un reproche mientras sufrían la detención, en cambio Ud. verá hoy serenamente en mis palabras una prueba más del espíritu de paz que me anima y de la repercusión que en mí tiene todo lo que significa mayor grieta en el áspero terreno del odio que viene pisando nuestra Patria. Yo no justifico a Leo. Yo he sufrido al ver cómo se les ataca a Uds. Cómo se les condena sin atender la honradez de sus propósitos juveniles. Pero tampoco justificó la violenta actitud de su proceder en este caso. Ud. recordará que entre

los griegos existió el derecho, de parte del perdidizo en los litigios, para injuriar al vencedor. Aquel pueblo de filósofos obligó en tal forma a la tolerancia, señal inequívoca de sabiduría.

No son tampoco responsables Uds. de la determinación seguida. El mal está en el ambiente. Es la vendimia del odio, querido Caldera, del odio sobre el cual nadie se preocupa en arrojar palabras de paz. Y este odio está en todas partes. Ese odio es planta realenga en nuestro medio. Nuestro exagerado individualismo nos impide la comprensión de los actos de los demás. Vivimos de actos definitivos. Está cada quien aferrado a los barrotes de una estrecha ventana, lanzando sentencias condenatorias contra los demás, así sea contra el propio hermano de quien discrepa en el grano de mostaza. Uds. mismos en su periódico que con tanto interés leo, han tomado muchas veces caminos demasiado distantes de la justicia.

Es necesario dar tregua a esa guerra a muerte que vienen haciéndose los hijos de una misma Patria, llamada a ser grande por el esfuerzo común de sus ciudadanos. Uds. heraldos de una tendencia de espiritualidad, están mayormente obligados a comportarse como espirituales. "Si alguno, como hombre, cayere desgraciadamente en algún delito, vosotros los que sois espirituales, al tal instruidle con espíritu de mansedumbre", enseñaba a los Gálatas San Pablo. El error, la injusticia, la incomprensión del contendor no justifican el uso de las mismas armas en quienes desean mantenerse en una altitud ejemplar.

Ud. poseedor de una inteligencia preclara, debiera darse a pensar qué fuerzas se mueven detrás de tantas palabras interesadas que a diario se lanzan desde los periódicos de Venezuela, y que pasan por lo general ante el público como expresión de un sentido de responsabilidad social. En un momento tan difícil como el nuestro es necesario realizar un examen minucioso de lo que no se dice sino que se intuye muchas veces del solo callar. Para nuestra reconstrucción social no debemos mirar únicamente a la superficie de los hechos; la topografía humana nos hará traición, en cambio debemos mirar a las capas subterráneas. Teman Uds., que tienen sobrada buena fe, del aliento de los buscadores de dictaduras. A un pueblo como el nuestro sería fácil volver

a pecar. Corresponde a Uds., jóvenes sin responsabilidades por el pasado, hacer frente a las palabras que desorienten la buena intención de las masas. Y sobre todo piense en esta dolorosa verdad: nuestra clase alta, nuestros capitalistas, nuestros banqueros, nuestros viejos caudillos fueron indiferentes, y aun hostiles a los intereses de la Iglesia. Aquella dirección que acuerpó los Gobiernos de Castro y Gómez, y que se llamó liberal, atacó a la Iglesia. La prensa atacó a la Iglesia. Periódicos que ayer denigraron la Religión, hoy alaban a los sacerdotes. Deben, por esta interesada conversión, volver también los católicos sus miradas y la Iglesia su fuerza moral a favor de los oportunistas.

Le deseo un año muy feliz, y en espera de su correspondencia, me repito su muy afectísimo amigo,

MBI

San José, febrero 2 de 1938

Señor Don
Rafael Caldera R.
Caracas.

Mi querido Calderá:

Debe haber recibido Usted una anterior mía en que le hacía patente mi complacencia por su libertad. El motivo de escribirle de nuevo es para enviarle mis felicitaciones por la defensa que Usted hace de la Ley del Trabajo, ante la antojadiza sentencia de la Corte Federal y de Casación. Muy bien defiende Usted los reclamos de la justicia social y por consiguiente, del nuevo derecho.

Una vez más repito a Usted que los colisionistas y retroactivistas son los grandes constructores de revoluciones. Cada vez que los Jueces, fieles a una tradición legalística que corresponde a formas de una caduca estructura social, se oponen a la marcha franca de la justicia nueva, preparan, sin saberlo, armas tajantes contra la propia organización que entienden defender. Cerrándose a la justa renovación de los conceptos, contribuyen a que se acumulen el odio que germinará después con aires de tormenta.

En el caso presente aflige que nuestro primer Tribunal se haya dado a la desairada labor de "conllevar" la responsabilidad del regreso institucional que procuran ciertos sectores, empeñados desgraciadamente

con éxito, en apuntalar un orden social llamado imperativamente a sufrir tremendas y necesarias modificaciones.

"Apena" la actitud de la Corte, dice Usted. Ello es cierto, pero más de una sentencia ha dictado nuestro alto tribunal, que delata una "justificación" acomodaticia de los alegatos pseudolegales y un propósito de servir a intereses que rompen el recto sentido de juricidad que debiera estimular sus fallos. Acaso muchas de ellas complacieran a Usted por su finalidad práctica, y acaso Usted mismo, llevado de sus ideales políticos, haya aplaudido, y siga aplaudiendo, sentencias que son un vejamen a los mandatos de la propia ley constitucional. Mi querido Caldera, no olvide Usted el cuento del loro en trance de naufragio, que me permití citarle en carta pasada. Tal vez a usted esté ahora sucediendo lo que al animalito de mi historia. Y bueno me parece el caso por lo que se refiere a su criterio, pues así parará mientes en la urgencia de rever con mayor serenidad nuestro panorama político. Es necesario vallar el odio con una suma racional de tolerancia. La violencia no conduce sino a esas situaciones extremas que hemos venido viviendo colectivamente, y las cuales sirven a poner niebla aun en los ojos de los jueces que debemos considerar estructurados, por sus antecedentes sociales, para la "buena justicia".

Usted usará la palabra que, para aplicarlo a nuestra hora presente, debe ser mudada en el texto de Castelio que de seguida le copio, y seguramente le dirá que vivimos momentos similares a los que deparó a los ginebrinos la recta, altiva y noble intolerancia del señor Calvino: "Yo no creo que son herejes todos aquellos a quienes se les dé este calificativo... Tal denominación es en la actualidad tan insultante, espantosa, repulsiva y tremenda que, si alguien quiere librarse de un enemigo personal, les es muy fácil deshacerse de él con hacerlo sospechoso de herejía. Apenas oído esto por los demás, les invadirá tal espanto ante la sola denominación de hereje, que se taparán los oídos y procederán no ya meramente a perseguirlo, sino que perseguirán también a los que se atrevan a pronunciar una palabra en su defensa".

Breve palabra, cuya dulzura no quiso prolongarse en sílabas que hicieran peso en los labios que la enuncian, breve y bella palabra que

yo anhelo oír bendecida por todos los corazones de mi Patria es esta palabra paz que invoco como clave para el arco de nuestro edificio social. Sí, mi querido Caldera, busquemos la paz por medio de la comprensión y de la tolerancia. Levantemos hacia ella nuestra alabanza, y con palabras de Tolland digamos: "Del abismo de los odios elevaré hacia ti, Paz divina, mi canto..." Huyamos el camino de quienes anhelan esa paz impuesta (la cual no es sino dolorosa conformidad obligada por la fuerza) que significa la derrota momentánea de los que no siguen nuestra palabra. Busquemos la paz que surge del equilibrio de la justicia, poderosa de hacernos comprender que el sol es patrimonio de todos los que tienen hambre de luz. Cuando el hombre se haga solitariamente "pacífico", cuando aprenda a comprender en silencio que junto a sí hay un semejante con iguales derechos a sentirse feliz, surgirá la paz social, y se realizará la justicia por que anhelan los pobres y los desheredados, cuya suerte nos embarga.

A esa paz constructiva sólo podremos llegar si vestimos a nuestras armas de combate el vestido suave de la serenidad y de la tolerancia. No hablo de transigencia en los idearios contrincantes; me refiero al elemento humano, aludo al valor de los hombres que luchan en distintos sitios y que defienden con razones sus ideales. Y muy más, como le dije anteriormente, están obligados a esta actitud de resposo moral, los que se dicen abanderados de un credo espiritualista.

Le renuevo mis felicitaciones y hago votos por el éxito de su ubriosa juventud.

Su efectísimo amigo.

MBI

San José, mayo 7 de 1938

Señor
Rafael Caldera R.
Caracas.

Mi querido Caldera:

Al fin recibo respuesta de Ud. a mis tres anteriores cartas, y al querer referirme a ella no sé precisamente por dónde comenzar. Sin embargo, me ocurre que sea la mejor vía examinar de previo la posición psicológica de Ud. Ante una serie de reflexiones que hice al pujante intelectual que en Ud. tiene asiento, ellas nacidas de mi amor a la verdad y a la justicia y cónsonas con el lazo de estrecho cariño que a usted me une, procedió Ud., como abogado litigante, a declarar, por vía de excepción defectuosa mi situación de obsevador y para ello me inculpa un carácter interesado, de suyo arbitrario; demás de esto, herido en la susceptibilidad (sin que ello fuese mi intensión) por observaciones que me atreví a hacerle, fundamentado en licencia que para ello me dan esa misma amistad y los años de experiencia en que le gano, ha empezado Ud. precipitadamente a hablarme de que yo me guío por ciega pasión hacia un ídolo que Ud. u otros me han creado al propio. Me permito hacerle ver que me creía yo en el pleno goce de su aprecio intelectual y, por ello, que Ud. conociera mi modo de obrar y de pensar. ¿De dónde acá ese concepto de que, como cualquier intenso fanático de la política, me deje guiar de ídolos? ¿Ha meditado Ud. mi querido Caldera, en lo que significa intelectualmente semejante atri-

bución? ¿Cuándo me ha conocido Ud. en tal postración moral para rendir ciego culto a persona alguna, hasta el punto de que se me trueque en el fantasma de un ídolo? Políticamente me conoció Ud. como servidor y amigo del General Gómez, al igual de la mayoría de los venezolanos, y entiendo que, por el conocimiento que entonces de mí tuvo, debió advertir que nunca intenté ver en Gómez ni la sombra de un ídolo. Creo que más de una prueba he dado de no rendir culto a persona alguna y de ser, por lo contrario, en extremo antipersonalista. Aun mi propia y legítima admiración por el Libertador carece de aspectos que pudieran servir a calificarla de idolátrica. Su imputación de que mis ideas se mueven en torno al interés de tercera persona, la he visto en cambio, como le digo, a manera de recurso dialéctico para intentar la invalidez de observaciones que acaso no se compadecen con su fina sensibilidad y rehuir una respuesta teórica. Yo justifico la situación y sutileza de Ud. en este caso, muy más al ver en su carta la caprichosa interpretación que da, no ya a conceptos míos, sino a hechos de una objetividad geométrica. Justifico la sutileza de Ud., y lamento que haya recurrido al sistema nacional de ver en toda acción un movimiento interesado, para enjuiciar después mi actitud. Mi querido Caldera, esa situación no corresponde a Ud., joven abastado de luces y virtudes; esa situación cuadraría bien a un libertista (de lo que Ud. tanto se diferencia) afanoso de aniquilar a todo trance las razones del contrario, aun comprometiéndole con peligrosas imputaciones. Yo no le he hablado a Ud. desde el ángulo de una oposición, de lo contrario, me he permitido dirigirle observaciones (que pudieran estar erradas) en razón de los nexos que me han unido a Ud. y algunos compañeros suyos, y también para corresponder amable y honrosa invitación que me hizo en 1936. Al escribirles no iba yo a seguir el peligroso expediente venezolano de los aplausos; de lo contrario quise, creyendo con ello servirlos, ensayar este otro expediente (del cual he sido víctima algunas veces antes) de servir de amable crítico de amigos. Para reconocer el mérito de Uds. estaban otras ocasiones y escribía otras cartas. En una de ellas, dirigida con motivo de una editorial de UNE, al General José Rafael Gabaldón, mi amigo y deudo muy querido, le decía: "Esa expresión absolutista de que en las *filas de las izquierdas milita la parte más honrada y sincera de la juventud del país,* muestra a la sociedad que hay no poco de apasionamiento contra el sector ju-

venil de derechas, donde militan jóvenes de honradez y sinceridad intachables. Yo creo, en honor de los directores de UNE, que dicha definición ha sido poco meditada"; y en otra dirigida al mismo Gabaldón, en enero de 1937, le dije: "La UNE, representa lo único que vale como agrupación derechista, y Caldera vale más que todos. Es una farsa lo que Caldera sea un secanueces del Clero", y esto lo decía, no debatiendo cargos de Gabaldón, sino en el deseo de que él lograra situarse en una posición de lógica comprensión ante los ataques que se hacían a Uds. desde distintos sectores de la prensa izquierdista. Asumí ante él la misma actitud de equidad y de justicia que asumí ante Ud. cuando en septiembre de 1936 le dije que no había razón de llamar comunista a Gabaldón por propugnar un sistema agrario fundamentado en la existencia de pequeños propietarios, antídoto justamente del comunismo. He tenido yo la costumbre, mi querido Caldera, de dejar que el amigo se ausente para abrir mis labios en su elogio; en cambio, frente a él, o por medio de la intimidad de una carta, he procurado decirle la verdad de lo que de él pienso, respecto a alguna actitud que debería corregir.

Hoy estoy frente a Ud. al través de estas líneas, y de acuerdo con mis hábitos, me permito decirle que necesita Ud., mi querido Caldera, realizar un esfuerzo, que por sus brillantes dotes intelectuales y no desmentida honradez, poco le cuesta, hacia la ecuanimidad. Es necesario enjuiciar a los demás con serenidad y tolerancia, y en especial con una actitud espiritual. Ud., como yo, cristiano, no debe olvidar que nuestra doctrina, aun en concepto de racionalistas, es un juicio moral que ilumina las conciencias, y que nuestros actos, deben por tanto enfilarse a hacerlas esplendentes. En el presente caso Ud. pesia su ponderación, ha incurrido en una lamentable falta, que debo juzgar en cambio no intencionada, sino fruto de un precipitado juicio juvenil, al querer presentarme como un mimetista, que no otro apelativo conviene a quien intenta vestir filosófico vestido a tesis de personal utilitarismo. Si Ud. hubiera recordado mi conducta al momento de enjuiciarme, habría caído en la cuenta de que yo soy el menos interesado de sus amigos, y que, de lo contrario, ha sido en mí un culto servir a los demás. Pero veo que, alejándome de mi propósito, me doy a la vana labor de justificarme por medio de la lisonja propia, en mengua del espacio debido a mejores palabras.

¿Hasta dónde habrá llegado la ofuscación de las pasiones en Venezuela para que hayan podido desviar el criterio de personas de su altitud moral y de sus ponderadas luces? Creo que si en realidad hay una corriente de masa que lleva al confusionismo, si pululan tesis que toman aliento al arrimo de mezquinos intereses, deseosos, en su primitivismo, de abrirse sendas diezmando filas humanas, corresponde, por lo contrario, a los hombres idealistas, y en primer término a la juventud que quiere erigirse en ejemplo honroso para el futuro, oponer un criterio reflexivo que sirva de baluarte a la tormenta moral que se avecina. Destruir no significa convencer, ni es ello lo que reclama la urgencia espirirtual de nuestro pueblo y de todos los pueblos del orbe. La pasión, si a veces es sano ímpetu para la lucha, las más de las ocasiones es herrumbre que daña el metal de las conciencias. En alguna carta mía le he hablado de la necesidad de juzgar con criterio reposado y huir lo personal, cuando se trata de fijar rumbos sociales. Fue la mía una insinuación sin interés, de la que nunca esperé el más remoto favor; por un proceso antilógico vuelvo hoy a hacer "interesadamente" esa insinuación, en orden a que Ud. quiera juzgarme sin relativizar mis palabras al medro de tercera persona. Soy yo mismo quien pido con legítimo derecho, al intelectual y al amigo, que aplique al juicio que merezcan mis actos, la generosa y espiritual línea de conducta que pido para medir a los contrarios. Relea Ud. una a una mis cartas, lea las que he dirigido a Lara Peña, y no hallará en ellas razón para calificar mis palabras, por más que, justicieras, a otros favorezcan, como orientadas a fines personales: a ellas me han movido únicamente un cálido deseo de servir a las maravillosas "ideas de verdad, libertad, de justicia, con que lo absoluto se propone al hombre, sin duda irrealizables, pero gracias a las cuales es posible corregir la naturaleza". Nociones ideales, normas espirituales con que Dios ha favorecido a la humanidad para su salvación moral.

Poco he leído a Marañón antes y ahora. No sería capaz de llamarle traidor porque rectifique una posición intelectual. Atenderé la indicación que me hace respecto al daltonismo que también en esta época de obsesión de colores pudiera hacer erradiza mi facultad visual. Siempre estoy dispuesto a mirar por las ventanas laterales de mi desguarnecida torre espiritual, muy más desde que leí, en mi inmejorable maestro

Chesterton, que a las casas de orates no van los que dudan de sí mismos, sino, quienes tienen en sí propio demasiada fe.

Antes de concluir esta ya larga carta debo decirle, que si bien el hombre actual no puede inhibirse de "lo político", yo tengo el empeño de huír la política en su sentido venezolano de buscar las posibilidades sociales para ponerlas al servicio de nuestro interés. Juzgo que es deber del hombre poner sus facultades morales al servicio de "lo político" en el sentido se realización social. La técnica cabe entre "lo político", y yo aspiro a servir a la técnica de la "calma y cordura" que aconseja nuestro Presidente.

Mi mujer agradece y retribuye sus saludos, a los que se unen los míos muy cordiales para sus excelentes padres, mis buenos amigos los Liscanos. A usted le ruego creer que mi admiración y mi cariño no sufren la más ligera quiebra porque Ud. se resista a juzgarme tal cual soy.

Lo abraza su afectísimo e invariable amigo,

MBI

P.S. Debo decirle que Z nunca se ensañó contra su viejo amigo el festivo Churión. Insistentemente le criticó, a la burla burlando, y en tono semejante al suyo, el desacierto con que se refería a graves cuestiones religiosas y filosóficas. El veterano Bachiller perdió el humor y atacó a Z en forma agresiva que llegó a lo personal y que pudo tomarse de motivo para un desafío, como pudo serlo para el uneísta justamente ofendido en su dignidad la actitud insultante de Leoncio Martínez. Z huyó el camino de la violencia y dio por concluida su sección crítica, por lo que se le motejó de débil. Meses más tarde, otro ataque violento de Churión, culminó en un lance personal con el Señor Roversi, de donde resultó éste herido y aquél preso. Entonces Zeta, el ofendido, el del ensañamiento que Ud. dice, fue a la cárcel a visitar al antiguo amigo y ofrecerle los servicios que fueran necesarios a su defensa. La natural discresión para los hechos propios impide a Zeta referir otras actitudes semejantes por él asumidas, que le permiten, autorizado en hechos, hablar de tolerancia griega a sus amigos. Y en nombre del olvidado Zeta, un saludo final.

Caracas, 17 de abril de 1938

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
San José de C.R.

Mi querido Dr. Briceño:

Mucho he tardado en contestar tres cartas suyas, que hace algunos meses están en mi poder. Esperaba, en efecto, buscar en mi vida un rato de calma, para ponerme a hacer, charlando con Ud., un poco de análisis. Al principio —en mi anterior correspondencia ha debido Ud. verlo reflejado— me preocupa ver cómo Ud., en un noble afán teórico, olvidaba su profesión de historiador y hacía abstracción en sus juicios de la realidad de su patria. Hoy me preocupa algo más. Se dice insistentemente que Ud. está muy poco desligado de la realidad venezolana. Que su posición no es el mero resultado de una elaboración filosófica, sino el de un partidismo (¿personalismo?) por Don José Rafael Gabaldón. Que ha vinculado Ud. todo el ardor que vive peremnemente en su espíritu, a la idea del triunfo del "caudillo". Ese hecho cambia de aspecto y me obliga a analizarlo a Ud. En nuestra correspondencia anterior hemos analizado la posición de la UNE, partiendo de la actitud filosófica de Ud. Permítame que ahora, como punto previo, entre por un momento a analizarlo a Ud. en su posición militante.

En una de sus dos cartas, sin decirlo Ud. expresamente, insinúa Ud. la idea de que nosotros hemos sido injusto al atacar a José Rafael Ga-

baldón. Y yo pregunto: ¿Dijo Gabaldón siquiera media palabra de condenación, para aquellos que profanaron las aulas universitarias atropellando nuestro derecho de asistir a las clases? No. Gabaldón atacó a la UNE, porque la UNE no ha defendido su candidatura para la Presidencia de la República. Yo comprendo que Gabaldón estaría gustoso del lado de acá, si en todos nosotros encontrara partidarios tan decididos como Ud. Pero nuestro aprecio por Gabaldón no llega hasta el reconocimiento de su *jefatura*. En el número 20 de nuestro periódico hicimos un análisis de la posición de él. Voy a ver si puedo lograr un ejemplar, para enviárselo a Ud. Gabaldón leyó el escrito, y no encontró qué responder. Porque allí no había injurias. Allí había una simple advertencia. Una indicación inmunizadora de aquéllos que en mala hora llenaron su cabeza de humos preconizando su candidatura para la Vicepresidencia. Yo ataqué —recordará Ud.— la institución vicepresidencial: no basado en partidarismos por nadie, sino en la necesidad nacional. Después, Gabaldón ha ido de traspiés en traspiés. Ahí está el telegrama a Leo. Para eso sí sentía los extravíos de la juventud (dígase UNE). Pero, ni antes ni después, ha sentido los de la otra juventud, la que lo ensalza y lo envanece (léase FEV).

Leyéndolo a Ud., y hablando de Ud. con personas que lo han visto recientemente o que están pendientes de Ud., yo encontraba que me faltaba algo para darme cuenta exacta de lo que sucede. Al hablárseme de su gabaldonismo (dejó de ser la amistad personal a Gabaldón para convertirse en la pasión política por él) aquella dificultad ha cesado. Lo he entendido plenamente, y me ha dolido. Me ha dolido porque he visto que Ud. ha dejado de privar su conciencia y en efecto a Gabaldón, de una manera infinitamente desproporcionada respecto de quienes, a más de sus amigos, hemos sido compañeros de lucha. Pero, no importa. Todavía nos guarda Ud. —abrigo al menos esa presunción— afecto; aunque lamenta lo que su afecto por el otro le hace considerar como extravíos. Ese afecto lo volverá a la verdad cuando sienta la desilusión de su ídolo.

¿Tengo yo acaso datos concretos que me autoricen para considerar que no ha juzgado Ud. desapasionadamente? Ya lo verá. Voy a dar una recorrida por sus cartas que ahora contesto.

Comencemos por el problema municipal. Ni siquiera —podría haberlo hecho— se limita a la exposición de la pura teoría municipal, desligada de los hombres que la sustentan. Esa pura posición teórica (la de su carta pública a Andrés Eloy) ya sería absurda en un hombre de acción y en un historiador. Ud. sabe mejor que yo que los sistemas sociales no valen cuanto los hombres que las representan. ¿Cree Ud. en la autonomía municipal que pueda defender Manuel Martínez? Le advierto una cosa. Nosotros no hemos defendido la decisión de la Corte contra la fijación del precio del azúcar. Pero tampoco la hemos atacado. ¿Cree Ud. realmente que el objetivo de aquella fijación era un beneficio del pueblo? Era una simple maniobra política: arruinar a Mibelli. Triquiñuelas e intríngulis de la política en los cuales absurdo es que nos mezclemos nosotros. Pero sí nos hemos metido en el asunto municipal en todo aquello en que se quiere aprovechar la representación edilicia para perturbar el orden social, esa "paz social" que tanto lo conmueve a Ud.

Pero sigamos con su carta. Al hablar de la autonomía municipal dice Ud: "los ataques que hoy se hacen a la Municipalidad tienen su razón de ser en una falacia: en atacar a los hombres que integran el Concejo, a quienes no han faltado críticos que les presenten como un peligro para el sosiego social. No entro, como lo digo anteriormente, —continúa Ud.— examinar la ideología de los munícipes, aunque de paso le diga que si Carlos Morales es comunista, o para mejor decir, si los actos de Carlos Morales pueden calificarse de comunistas, y ser comunista es ser como Carlos Morales, ¡que vengan los comunistas! Sin examinar, repito, la ideología particular de los señores concejales, así fueren ellos fascistas, kulakistas, nazistas o anarco-sindicalistas, es un crimen de lesa-República, es una verdadera traición a los intereses del pueblo, acuerpar todo movimiento que vaya en desmejora de una institución que es orgullo de América".

¿Lo ve Ud.? "Si Carlos Morales es comunista, o sus actos son los de un comunista, ¡que vengan comunistas!". Tratro de recordar, y estoy seguro de que Ud. se encontraba en Caracas cuando Carlos Morales inició su flirteo demagógico en el mitin de los 60 oradores en el Teatro Nacional. Cuando se parcializó por la FEV en contra de la UNE. Después, ha seguido esa ruta. ¿Comunista? ¡Qué va! El abo-

gado de Blohm, el latifundista del llano, no puede ser comunista. El abogado de tantos otros capitalistas, no puede serlo. Esos actos lo entusiasman a Ud. Hasta pedir comunistas como Carlos Morales. Es evidente que su juicio se encuentra falseado. Y tanto más cuanto que dice que a los hombres del Concejo "no han faltado críticos que les presenten como un peligro para el sosiego social". Mi querido Doctor: decididamente, si Ud. nos hubiera juzgado a nosotros, sus amigos, con el criterio con que juzga a los señores del Concejo, nos tendría beatificados, en la Gloria.

Me decía Ud. antes del suceso del 9 de octubre, que era extraño que nosotros viéramos con malos ojos la reaparición de "Fantoches". Sí. Porque, suprimirlo para volverlo a dejar circular, era dar alas a su grosería. Ahí está lo sucedido. ¿Hace "Fantoches" menos daño que aquella celebre Acción Estudiantil que creo que se metió con Ud.? Fantoches es peor que un mitin de Rómulo Betancourt. La palabra entra por el oído. Fantoches, por la vista. Por la vista, aun de los analfabetos. En su otra carta, la que nos escribió cuando obtuvimos la libertad, me dice Ud.: "Yo no justifico a Leo. Yo he sufrido al ver cómo se les ataca a U.U., cómo se les condena sin entender la honradez de sus propósitos juveniles. Pero tampoco justifico la violenta actitud de su proceder de este caso". Ya Ud. ve. Ud. mismo, ante el ardor de sus razonamientos, llega con razón a temer que se crea que justifica a Leo. Eso sería lo último. ¿Recuerda Ud. el ensañamiento con que un tal *Zeta* se fincó, en épocas de "paz social", en el Bachiller Munguía?. Por otro lado. Parece que Ud. desconoce lo que a nosotros nos movió a obrar, para justificar nuestra violencia. No se imagine que fue por el muñequito que nosotros mismos, en nuestro periódico, reprodujimos, en un alarde de tolerancia, no sé si griega (como la que Ud. pinta) o cristiana, o venezolana. Todas las críticas, todas las burlas, las soportamos. Cuando obramos, fue porque se nos llamó, con esa palabra, afeminados. Se nos describía en una forma que no quiero recordar porque todavía nos subleva los nervios. ¿Qué hubiera hecho Ud.? ¿Poner la otra mejilla? La bofetada de Cristo no encaraba una grosería como ésta. ¿Demandar ante los Tribunales? Yo no sé qué hubiera hecho tampoco Gabaldón en circunstancias similares.

Y voy a terminar mi análisis con un hecho de mucho bulto. Critica Ud. que nosotros, a pesar de nuestro divorcio con las "otras derechas", hayamos "dedicado cierto elogio a la labor de algún periodista o periodistas sindicados de servir al capitalismo y al regresionismo, como no se compadece con el ataque que Uds. han hecho a personas =(Carlos Morales, Gabaldón, sobre todo)= a quienes los regresistas se empecinan en calificar de extremistas de la izquierda".

Le parece a Ud. que, para que se nos confunda con los gomecistas y los capitalistas, a pesar de nuestra profesión y nuestras campañas de anticapitalismo y de antigomecismo, basta "cierto elogio" a la labor de algún periodista "sindicado" de servir al capitalismo y al regresionismo. Y en cambio. Los elogios, reiterados y acompañados por un partidarismo ciego a líderes (no periodistas) sindicados de comunismo; sin que acompañe ningún acto, ni siquiera ninguna palabra, de anticomunismo: todo esto, que nadie podrá negar, en Gabaldón, no le parece en absoluto malo. Cree justo que a nosotros se nos confunda con los regresionistas por algún cierto elogio a algún periodista sindicado de regresionismo. Cree canallesco que a Gabaldón se le confunda con los comunistas por estar agrupado con ellos en los mismos partidos, por hacerles públicas demostraciones de solidaridad. Y mientras nosotros hacemos campaña, hasta violenta, de antiregresionismo, Gabaldón ni siquiera condena al comunismo en uno de sus numerosos y largos telegramas.

Decididamente, mi querido Dr. Briceño, lo ha atacado a Ud. el daltonismo. Marañón, en un recientísimo trabajo titulado "Liberalismo y Comunismo", escrito para los liberales franceses, critica el que a los liberales españoles (entre los cuales se incluye él), los hubiera atacado ese daltonismo político que les hacía ver solamente el antiliberalismo negro, e ignorar el antiliberalismo rojo. Ud. se ha hecho un perfecto liberal (por algo vive en Costa Rica), y como buen liberal, en todo ve síntomas de caverna, y en nada síntomas de comunismo. Ojalá Gabaldón hubiera escrito contra algún comunista, la milésima parte de lo que nosotros escribimos contra Arcaya. Ojalá Gabaldón hubiera criticado a algún comunista, la milésima parte de lo que nosotros hemos criticado a la Corte Federal. Y eso que, —no olvide este

dato para que no me confunda con el loro del cuento—, la Corte Federal todavía no nos ha hecho el menor daño personal a nosotros. Siguen siendo nuestros amigos, y lamentando que nuestra "desviación" nos haga censurarlos. Los hemos atacado, por un mero imperativo de ideología. Porque si hemos *acatado* todos sus actos (quizá algunos algo arbitrarios pero menos, en todo caso, de los de los comunistas con nosotros) en contra de la agitación comunista; hemos *atacado* los que van contra el trabajador y la justicia social, aunque en nada perjudican nuestros intereses.

Y para terminar, un cuentecito: cuando nosotros estuvimos presos, Luis B. Prieto, y Luis Lander, etc. etc., fueron a pedir que se nos pasara al Rastrillo. ¿Cree Ud. que podíamos nosotros después protestar porque hicieran con ellos lo que ellos pidieron para nosotros? Nosotros, en todo caso, seguimos siendo más generosos, porque somos incapaces de ir a pedir que les hagan lo que ellos pidieron para nosotros; porque fuimos incapaces de maquinar para que los dañaran como ellos quisieron que se nos dañara.

En fin, mi querido Dr. Briceño. Pasando a los asuntos familiares, me contenta saber que ya no tiene enfermos en su casa. Lamenté muchísimo el que, cuando fui donde su señora, ésta había salido; y cuando volví, ya se había ido para San José. Le ruego saludarla en mi nombre.

Y Ud., reciba un cordial abrazo de quien es, en todo caso,

Su affmo. amigo,

Rafael Caldera

Ojo: no me diga que Marañón es un traidor. Aun cuando lo fuera, que lo niego; aun cuando fuera un oportunista, cosa que tampoco he llegado a creer, eso en nada atacaría lo fundamental. El hecho señalado por él, del daltonismo liberal, es cierto. A curarse, mi querido Dr., del daltonismo!

Mi papá y mi mamá, acabados de llegar de Europa, le mandan un cordial saludo.

San José, agosto 20 de 1938

Señor Doctor
Rafael Caldera R.
Caracas.

Mi querido amigo Caldera:

De previo debo enviar a Ud, en extremo complacido, un abrazo muy efusivo por la feliz terminación de su carrera de estudiante, o mejor, por el hito que marca su tránsito de esclavo de las aulas, a la categoría de estudiante obligado a ser su propio maestro. Con orgullo recordaré que asistí a Ud. con mi pobre palabra de catedrático en sus pasos preuniversitarios.

Su carta del 28 del pasado me ha servido de alivio espiritual. Veo de nuevo en sus líneas al intelectual reflexivo y al amigo cargado de nobleza. Cuando se llega a la edad que yo cuento, cuando la vida se hace perpetua inventario de valores y conceptos, se siente en carne viva la quiebra de los ideales. Creo que nadie mejor que Cabrera Malo definió en carta que de él conservo, mi constitución interior: "Debe sentir Ud., me decía, como un desollado". Y es lo cierto. Poseo una sensibilidad que ha sido, si bien causa de infinitas complacencias espirituales, mi mayor tortura. En su anterior correspondencia hube de extrañar la ligereza con que se aventuró a enjuiciar mi pensamiento político, atribuyéndome un partidarismo feroz, propio de hombres primitivos. Hoy me deja ver la sana intención de sus propósitos amisto-

sos, con que mucho huelgo y que de veras le agradezco. Y al hablar de partidarismo, quiero aprovechar que haya venido, tal vez por única vez en esta carta, la palabra al calmo, para repetir que juzgo muy al propio servir sólo a "lo técnico" de la política en quien aspire a mantenerse alejado de toda lucha personalista, así esté yo sirviendo a la República en una situación que más debo a la amistad personal y al favor del Presidente que a mi preparación técnica. Buscaré no enredar mi nombre en compromisos de partidos, banderías, grupo, círculos, frentes y ligas, y si llegare a suceder (lo que no espero, si ello lo saben evitar los cristianos) que sean atacados quienes no renieguen de su fe religiosa y sacrifiquen falsos ídolos, yo confesaré a Cristo delante del fuego y frente al hierro, pero lo confesaré individualmente, lo gritaré con mi sola garganta, para que sea El quien apenas me escuche; no pondré mi cristianismo al servicio de ningún interés político bastardo, ni transigiré, en lo que se refiere a mi fuero interior, con la miserable política de quienes hoy se dicen cristianos para medrar con el apoyo moral de aquellos cristianos que aceptan, como buenos para el credo de Cristo, y la tranquilidad exterior de la Iglesia, toda manera de puntal, así sea éste sostenido por manos de criminales y ladrones; y hablo así porque durante la dictadura mis amigos políticos me señalaban como deficiencia, para lograr ascensos, mi condición ostensible de católico, y porque durante la dictadura expuse mi libertad y hasta el pan de mis hijos por defender los derechos de la Iglesia, a quien dieron espaldas y atacaron, los que a última hora han venido a llamarse católicos rancios y representativos de la derecha venezolana, sin aportar para ello ninguna transformación espiritual. No he profesado una fe para cobrar réditos materiales. Soy un hombre de fe porque mi espíritu siente necesidad de subir. Y punto a esta explicación que juzgo de interés.

Pesia el apasionamiento que me es genial y que nunca he negado, estuve presto a subordinar a la serena reflexión el juicio que merecía su actitud. Fui primero que Ud. mismo en disculpar su ligereza, porque a ello me obliga el propósito inquebrantable a que me he sometido, de pensar bien de mis semejantes, muy más si éstos son mis propios amigos. He examinado mis recursos espirituales, y al hallarme poseedor de una singular fuerza pasional, he buscado que ella se endilgue en mí mismo a la defensa de una idea absoluta: la paz del espíritu.

Dirá Ud. que por la pasión quiero la paz y que con ello intento acaso realizar una paradoja, pero ¿cuándo dejó el espíritu de los hombres de ser una perpetua paradoja? Del hombre sólo valen aquellas situaciones en que se hace palpable el espíritu, es decir, su poder subordinador de las mezquinas pasiones individuales. Esta convicción me lleva a solicitar la tolerancia y la mutua comprensión como elementos insustituibles en toda de obra de renovación social. Creo que es un deber humanista dejar a cada quien en el goce de aquella "libertad íntima" a la que no puede ni debe vencer enemigo alguno, y cuyo reflejo colectivo, según admirablemente enseña Zweig, constituye la libertad pública.

Y no crea Ud., mi querido amigo, que esta mi defensa de la libertad contradiga mi enemiga con el viejo y maltrecho liberalismo político, que, tanto como ayer, hoy combato, y al que Ud., acaso maliciosamente, alude en su carta. Su estructuración filosófica le capacita para comprender qué fue el liberalismo histórico (muy más en nuestra pasada política) como su cultura social le permite distinguir entre la democracia de quienes no sabían si el partido era "federal" o "febreral", y la democracia en su sentido racional de armonía de valores espirituales. Nuestra democracia de garito y de "escupidores por el colmillo", la democracia que sirvió para que la pata de Calibán se irguiese sobre la piedra donde Ariel reclina la cabeza cargada de suaves pensamientos, dista tanto de la justa democracia social, como el culto por la libertad, del interesado liberalismo caudillesco de Zamoras y Guzmanes. A éste no serviré nunca, mas, en cambio, he creado en mí el propósito de servir a la causa del hombre libre. He examinado mis ya largos cuarenta años, vividos en la más dolorosa contradicción espiritual, y del inventario de mis actos, he sacado esta verdad: si bien no puedo rehacer mi conciencia, si de ella no podré borrar con fines ejemplares, huellas indelebles que se oponen a que se me tenga por hombre sin pecado, sí puedo, empero, servir con mi angustiada experiencia a los intereses espirituales de mis semejantes, y en especial, por la vecindad de las conciencias, a los intereses de mis compatriotas, y sobre todo a formar el destino de mis propios hijos, con elementos que no influyeron en el mío. En nuestra educación venezolana ha faltado de manera absoluta la orientación requerida para crear vocaciones

libres, o mejor dicho, conciencias que defiendan sus derechos a la libertad. De ahí nuestro quiebre moral como pueblo. La pesadumbre de un largo pasado de postración cívica nos ha conducido a vivir en un *in pace* que nos aleja de actos constructivos para la afirmación interior. El pintor que intentare llevar al lienzo nuestra tragedia social, se vería obligado a estudiar un fondo de colores sombríos que sirva a destacar las figuras, en lo moral escuálidas y desconyuntadas, de los actores de nuestra lucha. Nuestra carencia de sentido social de sacrificio nos impide hasta hoy comprender la raíz de la libertad. Porque ésta, aunque parezca absurdo, no vive sino del sacrificio interior de nosotros mismos en aras de una idea trascendente, llamada acaso a no cumplirse. De ahí su estrecha trabazón social con la tolerancia, a cuyo sólo arrimo crece y se dilata hacia lo exterior aquella "libertad íntima" que es razón y estímulo de la libertad política, aquella libertad sutil, cuyos fundamentos han defendido los filósofos cristianos como esencia del propio espíritu y de la misma vida interior. Ud., declara comprensión filosófica, advierte, sin embargo, que predicar la tolerancia y la concordia pueda en nuestro momento venezolano, ponerme en trance de hacer el juego a intereses políticos que quieren conducir el país a la revolución. No crea tal cosa, mi querido Caldera. La Ley de la vida es mezcla, convivencia, armonía de formas y sentidos, justamente lo contrario de lo que hoy pasa en Venezuela, transida en su conciencia por un recurso que la salve del peligro que representa la lucha atroz sobre que vive el destino de sus hijos. En carta pasada le dije que era necesario mirar lo que se mueve bajo el falso doctrinarismo de los políticos de oficio y de los periódicos oficiosos. Y desde 1936, en carta de 30 de setiembre, le dije, con visión clara de los hechos, lo que resultaría de aquello que se llamó Liga de Defensa Nacional contra el Comunismo. Es harto doloroso, amigo mío, ver como los intereses bastardos se visten vestidos de la más brillante apariencia, y lleva a extremos de angustia la consideración de que es en nombre de bellas ideas y de principios santos cómo se solicita que la mentira estrangule las conciencias, y horroriza ver cómo los idealistas, aquéllos que predicaban ayer no más el poder de las potencias interiores, claudican ante los farsantes que puedan en una hora representar la fuerza en su deslimitada brutalidad. Caracciolo y Ud. me han dicho que yo, por estar mediatizado de la realidad venezolana, carezco de las luces

requeridas para enjuiciar nuestro momento social. Pocos en cambio, mi querido Caldera, están en conocimiento de la realidad venezolana como estoy yo, a pesar de los anchos territorios que me separan de la patria, a la que más amo cuanto más sufrida la comprendo. Justamente, Caldera, la falta de comprensión y convivencia social nos llevará a una situación catastrófica. Somos en extremo intolerantes y nos guiamos sólo de nuestro amor propio. Confundimos el legítimo derecho a guardar la integridad de nuestro libre patrimonio espiritual, con el falso derecho de imponerlo a los demás y de irrespetar, por consiguiente, su integridad interior. Hemos vivido de definiciones categóricas en lo que dice a aquello que bien viene a nuestro interés, mientras el escepticismo moral, producto de nuestra falta de valor para optar la verdad, descompone de manera corrosiva las resistencias espirituales. Esa misma falta de fortaleza interior nos induce a las definiciones simplistas y egoístas, temerosos de exponer al vecino juicio nuestra responsabilidad y, por consiguiente, de quedar en trance de ceder terreno a las justas demandas de los semejantes. Las definiciones exclusivistas, que parecieran impropias de quienes se abandonan al escepticismo en cuestiones morales, son, de lo contrario, hijas muy propias de esa flaqueza, ya que con ellas se intenta vallar toda tentativa hacia la mutua indagación de la verdad, llamada, al lograrse, a desnudar las conciencias y a responsabilizarlas en sus actos públicos.

Yo creo que es un deber de los hombres espirituales no esconder la verdad bajo el celemín, conforme dice el Evangelio, así esa verdad, según he leído en alguna parte, destruya una falacia de apariencia constructiva; puesto que aquello que se edifique sobre lo que tiene raíces en un error, que en el momento inicial llame al respeto, nos llevará con seguidero impulso a mayores yerros, mientras que la verdad amarga y desgarradora del principio, seguramente se tornará en afirmación salvadora del espíritu y de su libertad interior.

Por ello nuestro momento social presente clama con voces desesperadas, por un neto contenido de verdad y tolerancia que abra sentidos de una racional convivencia, propicia a la realización de la paz, en cuyo seno cada cual conlleve con los otros su peso de responsabilidad venezolana, o más bien, humana. No podemos ser libres, mientras no

permitamos que tanto como nosotros lo sean quienes se mueven en órbitas disímiles a las nuestras. No puede ser libre quien niega a otro el derecho de serlo, por cuanto nuestra libertad es una manera de reflejo ustorio de las conciencias individuales que se mueven alrededor nuestro.

Ud., mi querido Caldera, ha sido afortunado de ver despuntar su vigorosa juventud en un momento ortivo de nuestra vida nacional, Ud. no vivió la angustia que destruyó o detuvo el vuelo a muchos de mi generación; Ud. no sabe del dolor de vivir en perpetua contradicción con el sino; Ud. no sabe lo que es la aceptación de un orden al que las circunstancias sociológicas obligaron a sumarse mil conciencias; Ud. no ha gustado la amargura de vivir, como un coro de tragedia antigua, entre hombres que agobian con males a quienes honran la piedad. Yo, en cambio conozco todo el peso de ese dolor, yo que fui servidor de un régimen de hecho que agostó esperanzas y estrujó ideales, siento, acaso con mayor desesperación que Ud. la necesidad de contribuir a que crezca en nuestra patria una nueva generación que no caiga en los errores y en las faltas que me son conocidos de experiencia propia. Felizmente viaja Ud., en breve a Europa. Radicará en la tierra que sintió en una hora infeliz la dictadura de Calvino, que vio como contraste el gesto magnífico de Miguel Servet, y que, por una reacción a que se niegan muchos de nuestros compatriotas, es hoy asilo del hombre libre. Hacia ella le acompañan mis votos más sinceros por el continuo acrecentamiento de sus éxitos, y desde ella espero que Ud., reanude conmigo estas conversaciones discurridas en el transcurso de los dos años que me distancian de la Patria, a la que Ud., se propone servir con el brillo de una inteligencia poco común y de una honradez sin mentises. Que sea Ud. de los que integren esa generación llamada a dar el claro ejemplo de ser útil a la sociedad, sin miras de aprovechar *pro domu sua* los recursos colectivos, y en cambio deseosa de poner sus fuerzas morales a disposición de los requerimientos sociales, entre los cuales es primordial pagar el debido tributo a la tolerancia, que una vez más me atrevo a recomendar a Ud. como elemento esencial para el logro de la paz y de la justicia, que algún día absuelvan a nuestra nación de volver a ver, según palabras de Erasmo: "a los más ignorantes, a los más temerarios, y a los más audaces como los de mayor valimiento entre las gentes más encumbradas".

Mi señora retribuye a Ud., sus saludos y le ruego quiera presentar los míos muy cariñosos a sus bondadosos padres, mis excelentes amigos los Liscano.

Lo abraza su afectísimo amigo,

MBI

Caracas, 28 de julio de 1938

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
San José de Costa Rica.

Mi querido Dr. Briceño:

Apenas terminados los exámenes de 6to año, pase a contestar su carta de mayo último. Antes que todo, un abrazo cordial para Ud. y un saludo muy atento para su señora, con mis votos porque en su casa estén todos perfectamente. Luego, debo decirle que la lectura de su carta me produjo en parte viva satisfacción. Porque veo que la molestia que mi correspondencia pudo haberle ocasionado, en nada servirá para turbar sus sentimientos para conmigo. Y en segundo lugar, porque la impresión que mis palabras le ocasionaron, habrá sido motivo para que haya pensado muchas veces acerca de lo que decía; y yo estoy seguro de que en la tranquilidad de la meditación, de una meditación repetida y preocupada, no tardará en hacerse plena luz. Así lo espero.

En referencia a su carta debo hacerle una primera observación. Me reitera Ud., la expresión de su alto aprecio y sobre todo de su cariño poco común hacía mí. Ese aprecio y ese cariño —lo digo sin el menor asomo de insinceridad— han sido para mí, siempre, prenda de satisfacción, de gratitud, y hasta de orgullo. Desde cuando era más muchacho que ahora, lo espontáneo y generoso de sus sentimientos ha sido inalterable. Y puede Ud. estar seguro de ser correspondido con

lealtad. Pero no se trataba, en nuestras discusiones, de mi persona. Se trataba de una posición, objetivamente considerada. Se trataba, especialmente, de un punto de vista sobre la realidad inmediata en que vivo.

En sus cartas de Ud., abundan observaciones ideológicas admirables. Tan las hemos considerado así, que gustosamente dimos cabida en nuestro periódico a la carta de Lara Peña que Ud. me aconseja que relea. No era una posición ideológica lo que yo criticaba en Ud. Era la manera como Ud. se alejaba de ella al juzgar hechos concretos y determinados. Tampoco fue en mí un recurso dialéctico, valerme también de nuestra vieja amistad para enviarle una frases de reproche. No. Para defender mi posición me bastaban y me bastan los desnudos argumentos de la realidad. En mi misma correspondencia, que Ud. conservará, iban algunos que considero fuertes. Al censurarlo a Ud. no me movía ya la necesidad de mi defensa, sino mi cariño y mi interés por Ud. Por nada del mundo querría yo que tomase Ud. una senda distinta de la que impone la realidad actual. Yo sé que en Ud., radica un temperamento apasionado. Yo sé que Ud. (afortunadamente) entiende la amistad en forma ancha e impetuosa. Yo mismo en muchas ocasiones he podido ser objeto de esa experiencia: Ud., no desdeña sacrificios o inconvenientes para dar a su conciencia la satisfacción de servir a quien quiere.

Al oír, pues, en la conversación general, como cosa que todo el mundo admite, su partidarismo político por Gabaldón, nada extraño tiene que lo haya creído. Me es conocida su vieja amistad para con él, y le escribí, y le vuelvo a escribir, con el deseo de prevenir que esa vieja amistad tome la forma de un compromiso político. Gabaldón sigue teniendo aspiraciones. Analice Ud., mi querido amigo, y trate de evitar lo que signifique partidismo en sus sentimientos hacia él.

Preguntará Ud. por qué. Crea —se lo pido con el derecho que me otorga mi conducta anterior y el conocimiento que tiene Ud. de mí— que no hay el menor asomo de falsedad de decirle: el móvil de mis expresiones no he sido yo, ni ha sido Gabaldón. Ni deseo de justificarme, ni pasión y odio por su amigo. Lo he hecho por Ud., y por la causa en la cual militamos Ud. y yo, y por la cual no hemos rehuido el combate ni hemos escatimado el sacrificio.

Me dirá Ud., que Gabaldón es un hombre bueno. Convengo. Que no es comunista. Lo acepto. Pero es un hombre a quien le ha dado la enfermedad de la "Presidencitis". Quiere ser Caudillo. Quiere ser Presidente. Un elogio lo ciega. Una loa lo trastorna. Gabaldón forma hoy filas con un sector execrable del conglomerado social venezolano. ¿Cuáles son las ideas que triunfan en medio de esa alianza? ¿Cuáles son las tendencias personales que en ella predominan? ¿Las de Gabaldón? Gabaldón es católico, y su conglomerado ataca a la iglesia. Gabaldón es bonachón, y su conglomerado injuria y vilipendia a todo lo que no sirve a sus ideas. Gabaldón no es comunista, y su grupo —no le negará Ud.— incesantemente fomenta la lucha de clases.

El daño inmenso que ha hecho al país es grande. Como también habría sido grande el beneficio que habría significado el sacrificio de su vanidad en aras de una posición más honrada y más independiente. Yo no sé si más daño ha hecho él, o por lo menos si recae sobre él más culpabilidad, que sobre Jóvito Villalba o Rómulo Betancourt.

A mí me parece que estamos viviendo un momento social muy parecido al del 58. Estamos al borde de una guerra social. Federalismo verdadero no había entonces, pero sí federales: mejor dicho, había descontento, y había muchos, muchísimos que deseaban una violenta contienda social. Hoy no hay tampoco en Venezuela comunismo auténtico, comunismo económico. Nadie sabe lo que es, ni de triunfar los que representan esa tendencia, el ensayo pasaría de unos días o de unas semanas. Pero sí hay comunistas, en el sentido de que existe un núcleo de agitadores que quieren aprovechar una situación de descontento para que estalle una revolución social.

¿Qué hacer hoy para evitar la guerra? ¿Atraer a los cabecillas para una nueva Convención de Valencia? ¿Entiéndese eso por armonía y por paz social? De nada valió la Convención de los Partidos, y de nada valió el que la última constitución "centralista" fuera más federal que la que hoy tiene nuestra República "Federal". Porque Antonio Leocadio Guzmán y Ezequiel Zamora no iban a quedar satisfechos con una Convención que lo que hizo fue aumentar su campo de acción, facilitar el emplazamiento de sus baterias; ni con una constitución de papel.

Hoy necesitamos una paz social efectiva, que evite una nueva contienda civil. Para ello hay que comenzar por remediar *de verdad* la injusticia social. En esto estamos plenamente de acuerdo. Pero al mismo tiempo, necio sería un utópico imperativo de "armonía" que nos llevara a ceder las mejores posiciones, a abrir ancho campo, a quienes no quieren sino la reversión total: el río revuelto clásico. A éstos hay que segregarlos de la dirección de la vida social, hay que impedir eficazmente que hagan su morbosa propaganda. Ud. es filósofo; Ud. es intelectual; Ud., como yo, cree en la virtud de las ideas: ¿se atrevería, pues, a sostener la necesidad de abrir el surco a las simientes malas ideas?

Actualmente, es verdad, no se aplica ni el uno ni el otro remedio. La represión es torpe, porque sólo logra fomentar el aporte sentimental hacia la causa de la reversión. Falta, también, una política social decisida, efectiva, cristiana. ¿Estamos de acuerdo? Claro que sí. Y por eso no quiero que Ud., en ningún modo, por un malentendido de armonía, venga a hacer el juego a los Antonios Leocadios ni a los Ezequieles Zamoras. No olvide que ellos siempre ponen en los discursos de ocasiones solemnes, bellas frases que dictan mucho de su propaganda y de su acción.

Piense en ello. Y no piense en esa distinción de "lo político" como utilización de posibilidades sociales para el propio interés, "lo político" en el sentido de realización social, y lo exclusivamente "técnico". El primero y lo último sería malo en Ud. En su posición sólo cabe, pero con toda la amplitud que reclaman Dios y la Patria, lo segundo. No deja también, de rozarme (sin querer extremar mi sensibilidad) la distinción que se empeña en expresar entre ambos "políticos": no creo que ni por un momento habría debido suponer Ud. que yo defienda lo "político" en el primer sentido. A propósito: hace varios meses renuncié el cargo público que desempeñé con la sola mira del interés social. No he querido aceptar, ni aceptaré, nuevos destinos. Al graduarme me iré a Ginebra, contratado por la Oficina Internacional del Trabajo y luego regresaré a trabajar independientemente, para ganar modestamente la vida, y para dedicar la mayor parte de mi tiempo a "lo político" en el segundo sentido.

Mi querido Dr. Briceño:

Creo que mucho provecho podemos sacar ambos de continuar esta discusión sana y amistosa. Se ha dicho con frecuencia que de la discusión sale la luz. Eso sólo es cierto cuando la discusión tiene lugar entre amigos. Entre personas que se quieren bien. La buena fe y el deseo de llegar a la verdad en lugar de oscurecerla, son en nosotros garantía de que llegaremos al alcanzarla. Ud., me hace un gran servicio expresándome sus ideas, siempre bien intencionadas y producto de una clara inteligencia. Yo puedo transmitirle a Ud. un sentido de medio, si se quiere, de idiosincracia social, como lo llaman muchos. Esa idiosincracia social, puede Ud., ester seguro de ello, la trasmitiré con mayor fidelidad que muchos otros que quizá también le escribirán a Ud. Ud. recordará que en nuestras largas y viejas charlas, muchas veces concordaban los juicios que hacíamos de las cosas de la realidad nacional, de los remedios que clamaban. No hay razón para que Ud. deje de presumir que esas concordancias pueden repetirse, y que yo estoy más cerca ahora que Ud., de los hechos.

No olvide tampoco un dato. Yo, es cierto, he estado muy mezclado con la vida política venezolana de los últimos 2 años y medio. Ud. sabe que a ella sólo me ha llevado una ideología profundamente arraigada y un deseo de bien firmemente sentido. Ud. sabe que cuando me lancé a la lucha, lo hice sin objetivos personales. Que a ella me llevó una necesidad de la patria: el estudiantado gobernaba el país, el estudiantado estaba orientado en una senda errada, y era necesario que dentro del mismo estudiantado surgiera la voz que hiciera recapacitar, el corneta que llamara a atención a Venezuela entera, para que no creyera sentir unánime de la juventud lo que era concepción de un grupito. De haber habido otro, con más años y más experiencia que yo, que echara sobre sí la tarea, ganoso lo habría seguido. Yo traté de despertar a muchos, pero su sueño fue duro como una peña. Me lancé a la lucha; y Ud., conoce que mi vista no estuvo sino en Dios y en el bien de mi Patria.

Después, la trascendencia de la lucha estudiantil me hizo mezclarme en actividades "políticas" en aquel segundo sentido que convinimos

arriba. Pero siempre absolutamente, he mantenido una posición independiente. No tengo compromisos de ninguna especie, ni puedo pensar en posiciones políticas por la edad que tengo. No quiero prebendas. Renuncié el cargo que tenía, y no he querido otro. No soy candidato a nada. ¿No cree Ud. que mi punto de vista debe ser más justo que el de quienes estén metidos en la lucha por los intereses inmediatos?

Y ya va muy larga la carta. Espero que Ud.seguirá favoreciéndome con las suyas. No olvide, que por más que lo asalte a Ud. de repente la tentación de colocarse en una posición simplemente "técnica", Ud., como elemento de juventud que es, tiene compromisos con la Patria para la magna tarea que se avecina. No incurra en el error de muchos miopes que creen que en Venezuela ya todo pasó. El enemigo trabaja y, fuerte. El día de mañana, estoy de ello seguro, Ud., será de los primeros en formar en el frente de la Patria, de la Patria sana, de la Patria nueva y justa.

Y Ud., que tanto ha combatido en sus libros y en sus conversaciones el liberalismo, no vaya a dejarse contagiar por un liberalismo melodramático que no le cuadra.

Armonía, sí, para la gran familia venezolana. Comprensión para el trabajador. Yo no quiero represiones para esos pobres jornaleros que se dicen "izquierdistas" y hasta "comunistas" sin saber a qué se refieren. Simplemente una política de higienización respecto a los que lo son y no lo dicen, pero actúan conforme a lo que piensan.

De nuevo un cordial abrazo, y mis mejores recuerdos para la familia. Mis padres retribuyen con el mayor afecto sus saludos.

Soy su affmo. amigo,

R. Caldera R.

Panamá, Diciembre 7 de 1939

Señor Doctor
Rafael Caldera
Caracas

Mi querido Caldera:

Me complace anunciarle el recibo de su "Derecho del Trabajo". Por el equipaje se saca al viajero, dice un adagio popular. Viene usted con muchas anchas alforjas y muy bien presentadas maletas, y quienes sabemos de su capacidad intelectual y buenos principios, podemos anticipar que las prendas son de inmejorable calidad. Apenas he ojeado el tomo y me detuve en el párrafo "La Doctrina Social Católica". Se sitúa Usted muy bien. Me propongo leer su enjuicioso trabajo con toda la calma e interés que él reclama, pero desde ahora me complace anticipar a Usted mis felicitaciones por su rico aporte a la bibliografía jurídica nacional.

No he vuelto a leer a "Une". Le estimaría hiciera que me fuera enviada dicha publicación. He deseado ver la posición de ella en el tan debatido caso de la convivencia venezolana; sobre el cual Usted conoce mi manera de pensar, lamentablemente no conforme con el apreciable criterio de Usted. Yo insisto en creer que es necesario dar un contexto de humanidad a las controversias ideológicas. Yo insisto en sostener que corresponde al intelectual una posición de lucha en medio de la gran batalla que libran la libertad y la opresión, pero dicha po-

sición se basamenta en defender la libertad que es esencial para la vida del espíritu. Dicha libertad no puede ser sino el reflejo de nuestro mismo propósito de contribuir a que el hombre se mueva libremente. Debe haber una estrecha alianza entre esa noción individual, como obra de reflexión y nuestros propios actos sobre el campo social.

Usted me dijo en cierta ocasión que yo asumía una posición quietista, de ausencia o inhibición, con mis puntos de vista acerca de la lucha de ideas que existe en el País. Yo no he abogado nunca por una neutralidad idiota de abstencionista. Yo he sostenido que la lucha debe existir, pero que debe tener proporciones lógicas y acondicionamiento derivado del derecho que asiste a todos los miembros de la sociedad de que les sea respetado su *minimum* de libertad. Y también sostengo que toda victoria que se logre con mengua de la libertad del vecino, es victoria adventicia, duradera por sólo el tiempo en que el hecho no adherente a la verdad mantenga la posibilidad extrínseca de existir. Nuestra gran lucha es ante todo y sobre todo por la dignidad humana, ultrajada en los regímenes de fuerza y en los sistemas de pensamiento unilateral. Sólo en los países donde se ha equilibrado, por una racional tolerancia, la lucha de las ideas, existe una amplia libertad espiritual.

Ustedes que representan una posición intelectual, deben evitar toda implicación que desvalorice la legitimidad de sus principios. En Venezuela se están debatiendo sucios contubernios so capa de lucha de ideas. Entre nosotros hay un mosto que quiere fomentar en viejos vinagres, pero bajo el rótulo de vinos puros. Angustia ver cómo por la lucha casuística y personal se han atacado principios basamentales. Expeluzna el impudor de ciertas actitudes. A ustedes, que han ingresado a la vida pública en un momento favorable a la exposición de la verdad, toca una responsabilidad inmensa con el futuro del país. En la división triunfa no la razón, sino la fuerza. Los practicantes de viejos sistemas, buscan el descrédito de los principios, y halagan la discordia con tal fin. Y son veteranos en la lisonja oportuna y en la atracción falaz. Después, el diluvio, a cuyo término las aves de rapiña tienen gustosa merienda de cadáveres.

Lo abraza su afectísimo amigo.

MBI

Caracas, 26 de enero de 1948

Señor Dr.
Rafael Caldera
Presente

Mi querido Caldera:

He recibido su carta del 21 del presente y vengo a responderle en el mismo tono cordial de mis cartas de Costa Rica, que terminaron por enfadar a Ud.

Evoca, y con razón, los viejos nexos que nos unen desde los gratos días de vida universitaria, cuando el inolvidable y fraterno Caracciolo Parra constituía la piedra angular de una comunidad espiritual que el tiempo y los vaivenes de la política no han podido destruir. Me unen a Ud. sentimientos comunes de religiosidad y una visión de la justicia que ponen por igual preocupaciones en nuestras mentes. Con Ud. he estado en la defensa de nuestra Iglesia y para Ud. he tenido el público aplauso cuando su voz en el Parlamento ha defendido las tesis justas. A Ud. lo he abrazado con todo mi afecto después de la derrota de su candidatura presidencial y a Ud. prometí una visita a su hogar para mostrarle mi amistosa adhesión cuando dejó de ser ídolo transitorio de masas.

Me reclama Ud. adolorido, que me negué a declarar a favor de esa candidatura y me opone la circunstancia de haber Ud., honrado mi

nombre con cita en la segunda edición de su estudio sobre Bello, justamente cuando era Ud. nada menos que Procurador General por el Gobierno Revolucionario y yo un simple ex carcelado por mi participación en el gobierno democrático de Isaías Medina. No está bien ese paralelo, mi querido Rafael. Confunde Ud. que es maestro de lógica, dos situaciones diversas. Ud. obró como intelectual, yo obré como antiguo político abstenido de toda participación en la lucha electoral.

Tiene su carta otra queja que, aunque irrazonable, yo miro como expresión de su sincero cariño. Dice que lo borré de la lista de amigos con quienes compartí la complacencia de mi triunfo literario por el premio otorgado a "El Regente Heredia". Fui yo, mi querido Caldera, quien extrañé que no hubiera sonado el teléfono con la grata voz de Ud., al igual de como lo hicieron los amigos que vinieron a festejarme. No excluí de mi alegría a ningún amigo. Invité a mi casa a quienes me llamaron a felicitarme. La deuda era suya y no mía. Ella viene a quedar con la carta cordial que estoy respondiendo y de la cual estaba en justa espera, completamente saldada.

Yo le envié a Ud. mi libro "Casa León y su Tiempo". Como veo que no ha llegado a sus manos, se lo remito de nuevo, acompañado de "El Regente Heredia". En este libro creo que Ud. sabrá apreciar mi esfuerzo por pintar y exaltar la figura de un gran filósofo cristiano que predicó paz, armonía y tolerancia en un momento de odios exaltados.

Para terminar, no puedo cargar mi conciencia con una reserva: no sea susceptible en su relación con los amigos que de veras lo quieren y saben apreciar sus grandes virtudes públicas y privadas.

Lo abraza y le desea todo género de prosperidad en unión de los suyos, su afectísimo amigo,

MBI

Bogotá, febrero 17 de 1949

Señor Doctor
Rafael Caldera
Caracas

Mi querido Caldera:

De "El Espectador" me enviaron un reportero que tuvo el talento de reconstruir la conversación haciéndome decir que la oposición al actual gobierno de Venezuela la constituían Copei y los residuos de AD. Imagine la mala noche que me dieron. Le incluyo la carta en que fijo los términos de mi declaración. Claro que cometí un error craso: permitir que se me hiciera un reportaje sin que yo respondiese por escrito. Buena experiencia para el futuro.

En "El Siglo" me presentaron con traje de fiesta. También "El Tiempo" me ha dado una grata bienvenida. Aún no he visitado a nadie. Apenas he visto viejos amigos que han venido a la Embajada. Le escribiré con calma mis impresiones. Preparo para más tarde reportajes dirigidos por mí mismo, en los cuales procuraré presentar la realidad nuestra.

Con mis saludos, le envio un cordial abrazo, afectísimo amigo,

MBI

Caracas, 4 de marzo de 1949

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
Embajada de Venezuela
Bogotá

Mi querido Doctor Briceño:

Tengo el gusto de referirme a su amable carta del 17 de febrero, relativa a la tergiversación de conceptos que le hicieron en el diario "El Espectador" de Bogotá; y de los recortes de "El Liberal" y de "El Espectador" que con ella se sirvió remitirme.

Mucho estimo su delicadeza al adelantarse en aclararnos el pequeño incidente, afortunadamente de pequeña importancia.

Estoy seguro de que en Colombia le apreciarán en cuanto vale. La cordial acogida de "El Siglo" y el "El Tiempo" son un anticipo del reconocimiento que en la hermana República harán a sus méritos.

Con todos mis cordiales y sinceros deseos por su éxito me suscribo.

Su afectísimo amigo,

Rafael Caldera

Bogotá, 30 de mayo de 1949

Señor Doctor
Rafael Caldera
Caracas

Querido Doctor Caldera:

Yo no pensaba dar respuesta a la suya fecha en 15 de marzo, pues me desagradaba la idea de entrar a discutir con Ud. el derecho que me asiste de resistir toda insinuación, que en forma de magisterio, se me haga respecto al modo de expresarme. Ud. me daba en ella consignas emanadas de la directiva de un partido a que no pertenezco, y que de plano tengo que rechazar. Pero como imprudentemente se dio publicidad en Caracas a mi carta para Andrés Iduarte, y en ella aparecen citados su apreciado nombre y el de su partido antes que el de Jóvito Villalba y de URD, pudiera Ud., entender que ello obedezca al requerimiento suyo. Pues, sepa, y en buenahora sírvale ello para juzgar mi falta de prevención, hacia Ud., y su partido, que dicha carta fue escrita por mí antes de recibir la suya a que me refiero. Me es indiferente nombrar a Copei o al movimiento liberal de Jóvito en cualquier orden, porque aquí en Colombia no estoy haciendo política de partido, y por tanto Ud. como Villalba me merecen por igual todo el respeto que es debido a quienes luchan en el campo cívico por el triunfo de sus ideas privativas, unas y otras enderezadas honestamente a la restauración de la República.

Relea mis antiguas cartas para Ud. y recuerde cuál es mi manera de pensar en general y cuáles mis sentimientos hacia la persona de Ud.

Lo abraza y le desea bienestar, su afectísimo amigo.

MBI

Caracas, 15 de marzo de 1949

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
Embajada de Venezuela
Bogotá - Colombia

Mi querido amigo:

De manos de un compañero recibí "El Tiempo" del 8 de marzo, donde aparece su entrevista. La leí con el interés que me merece todo lo suyo. La mención que allí se hace de las fuerzas que me cabe la honra de representar me obliga a expresarle con sinceridad cordial, algunas consideraciones.

Quizás no tuvo Ud. la intención de decirlo, pero la entrevista da la impresión de que hay en el Gobierno actual una especie de compromiso bipartidista, entre las fuerzas urredistas y las copeyanas, quedando éstas en segundo plano. Hay ciertas circunstancias es cierto, que podrían inducir a cualquiera a formular esa interpretación: por un lado, el aporte que una preocupación nacional y desinteresada, nos haya hecho dar en favor de la Nación y de la normalidad; y por el otro, la relativa participación de algunos copeyanos en posiciones —casi siempre de escasa importancia— visiblemente inferior a la que han recibido miembros o simpatizantes de URD.

Esa interpretación, sin embargo, no debemos aceptarla. Porque no hemos formado coalición alguna; y porque el decoro de la representación popular que ejercemos no podría permitirnos una actitud de "segundo violín" respecto de un partido que nunca pudo, en los días de más intensa beligerancia política, acercarse siquiera al movimiento nacional que COPEI logró aupar en la vida política venezolana.

¿Ha medido Ud., mi querido Doctor Briceño, el golpe moral que se daría al sentimiento copeyano de Venezuela, si éste viera con asombro a los responsables de su dirección no tener escrúpulo en deponer por consideraciones oportunistas el rango moral y político ganado en la lucha? ¿No cree Ud. que alguna u otra persona, que en la misma Colombia por alguna razón hubiere llegado a formar la opinión de ser COPEI el partido más querido al pueblo venezolano, recibiría un profundo desencanto al vernos realizar ese papel?

Si quiere Ud. detenerse un momento a pensarlo con su alteza de espíritu, no podrá menos de darnos la razón y de justificar el que le pidamos no mencionar más a COPEI en públicas declaraciones, a menos de darle el rango legítimamente adquirido, como el partido más representativo de la opinión pública venezolana. No es asunto de orgullo partidista: es cuestión que atañe a la fe del pueblo copeyano en su partido. No negamos a Ud. el derecho de tener sus simpatías personales por otro grupo. No nos negará Ud. el nuestro, de cuidar nuestra mayor fuerza, la autoridad moral. Sería indeseable tener que entrar a aclaratorias públicas, de las cuales ningún beneficio recibiría el país; pero ellas vendrían a hacerse indispensables, por cuanto la representación que Ud. ejerce podría dar a sus palabras el carácter de versión oficial de la actual situación gubernativa.

Me dirá Ud., quizá que el sentido que doy a sus palabras carece de justificación suficiente. Me tomo la libertad de pedirle las relea, así como sus declaraciones dadas a "El Liberal" y aparecidas el 17 de febrero: "El gobierno que hoy rige los destinos de Venezuela es de coalición... En el nuevo gobierno venezolano están representadas el URD, el partido Copei (conservador) y otras tendencias". Pasé por encima de éstas en mi carta del 4 de marzo, porque en la suya del 17

de febrero me decía que esas declaraciones fueron verbales. Las de "El Tiempo" las supongo escritas...

Créame que, para un movimiento de la envergadura nacional COPEI es menos grave el error de "El Espectador" al poner en sus labios la afirmación de que somos opositores, que la sospecha de aparecer renunciando en aras de un vulgar "enchufismo" la fuerza popular lograda con decisión y sacrificio. A una coalición sólo podríamos ir si su precio no fuera la mengua de nuestra dignidad. Si URD, llegare a ganar unas elecciones realizadas con limpieza y sin ventajismo, entonces sí que no tendríamos motivo de quejarnos...

Por otra parte, desde mi punto de vista personal, debo agradecerle haberme mencionado como "cabeza del movimiento social cristiano de Venezuela", en su lista onomástica. Aparecer en ella es un honor, cualquiera que sea el sitio. Las consideraciones que aquí le transmito no tienen contenido personal. Son la expresión del sentimiento del grupo. Su entrevista fue leída y considerada en el Comité Nacional del Partido, y cumplo encargo suyo al escribirle. Es el justo desahogo de un grupo que cumple sin desmayo el deber de luchar por la patria y la justicia, y que sabe del desconocimiento deliberado de que ha sido objeto por las fuerzas marxistas y marxistoides de todo el mundo. De allí nuestro pesar porque esa complicidad ambiental pudiera hallar eco involuntario en Ud. a quién, si bien lo sabemos simpatizante de otro grupo político (y el hecho motivo de estas líneas viene a comprobarlo), lo hemos considerado y estimamos como amigo personal digno de aprecio y como un hombre que ha proclamado su fe en la doctrina socialcristiana, nervio de nuestra lucha.

Créame el mismo amigo de siempre,

Rafael Caldera

Madrid, abril 8 de 1954

Sr. Dr.
Rafael Caldera
Caracas

Mi querido Caldera:

Mucho lo he estimado sus finas líneas con motivo de la grave enfermedad con que me regaló la prensa amiga de Caracas. En verdad he venido padeciendo una pertinez dolencia ósea, pero, si bien dolorosa, no ha sido grave.

Excuso y respeto las razones por las cuales no fuera de su agrado mi nota sobre Bello. Yo no he intentado juzgar intrínsecamente la edición de las obras del Maestro. Escribí un mero apunte periodístico que ha tenido la fortuna de correr de mano en mano del pueblo de Venezuela. Lo hice con fines que a usted no han debido escapar y que sí tienen, a pesar de su juicio contrario, un aspecto marcadamente positivo en el campo que hoy ocupa mi principal atención de escritor. De Bello me valí para una lección certera sobre el arte de elevar el nivel de los pueblos.

Mi mujer agradece mucho sus saludos y los retribuye muy cariñosos para usted y para Alicia. Con Carlos y Yolanda los recordamos con frecuencia.

Con el testimonio de mi invariable afecto y de mi elevada consideración, soy su amigo aftmo,

MBI

P.D. Supongo que usted haya leído las cariñosas y justicieras menciones que he hecho de su nombre en varios escritos.

Caracas, 31 de marzo de 1954

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
Madrid

Mi querido Doctor Briceño:

Los periódicos nos han alarmado un poco con motivo de su salud, pero tengo entendido que de fuentes familiares suyas indican que sus quebrantos, aunque han sido serios, no han revestido gravedad.

Quiero, de todas maneras, expresarle en estos momentos mis viejos sentimientos de amistad y mis votos por el establecimiemnto de su salud.

Le agradezco saludar igualmente en mi nombre a su señora y creerme, como siempre, su afectísimo amigo,

Rafael Caldera

P.S. Vi su artículo sobre "La Capa de Andrés Bello". Respeto sus razones, pero, sinceramente, esperaba que los comentarios de Ud. sobre las obras contemplaran otros aspectos, más positivos.

ANTONIO IGNACIO CAMARGO[1]

(1) ANTONIO IGNACIO CAMARGO ALVAREZ. 1895-1961. Obispo de Trujillo (1957-61). Educador, periodista.

Madrid, 5 de julio de 1957

Excmo. y Rvdmo
Señor Doctor Antonio Ig. Camargo
Obispo de Trujillo,
Trujillo.

Mi querido amigo:

Hace días que vengo abriendo "L'Osservatore Romano" en la espera de hallar la noticia de su creación canónica como primer Obispo de Trujillo. A fines de mes dejaré a Madrid y sabe Dios cuándo tenga la información precisa de que Usted haya recibido del Padre Común de la Cristiandad la misión de apacentar el aprisco trujillano. Esta carta aguardará la hora de su nuevo gobierno episcopal, así aparezca datada en nuestro glorioso día nacional. Con escribirla, he querido comunicarme espiritualmente con la Patria prohibida.

La creación del Obispado de Trujillo tiene una entrañable resonancia en mi ánimo. Fui yo quien en mi carácter de promotor de los festejos del IV Centenario de la ciudad —cuando mi voz era oída, solicitada y atendida en Venezuela— lancé la idea de que debía de ser un Obispo propio quien entonase el *Te Deum Laudeamus* por los cuatrocientos años de la ciudad. Yo me ausenté del país y la Junta del Cuatricentenario ganó felizmente la creación del Obispado. Mi nombre, para la propia Junta, ha pasado a ser algo vedado. Empero, si vivo en material exilio de la Patria, delante de mí veo, como esperanza y tónico, la

presencia constante de mi pueblo. Jamás he vivido tan visceralmente unido a Venezuela como durante los cinco años que llevo de destierro. Sin ser un aldeacentrista, Trujillo ilumina con poderosos rayos mi memoria de patriota y ya he dado a la estampa dos librines para testimoniar una vez más mi afecto inquebrantable para las piedras que soportaron mis pisadas de niño y que cubren las cenizas de abuelos, allí nacidos y fallecidos durante los cuatro siglos que este año se rematan.

Su exaltación a la Mitra trujillana me ha complacido vivamente. Como Obispo, ya festejé a Usted a la hora de recibir la gracia —tan merecida— de acompañar y de suceder a aquel santo varón cuya amistad tuve como timbre de orgullo y cuyo recuerdo el Episcopologio venezolano ha de guardar de manera de lirio inmarchito.

La conmemoración centenaria de la ciudad yo la pensé no como vana fiesta de música y de discursos, sino como oportunidad de unir la comunidad trujillana. En la convocatoria que hice a los trujillanos reunidos en la Casa del Escritor, en Caracas, estuvieron presentes trujillanos de todos los distritos, y cuando a fines de 1951 platiqué con el Municipio y con algunos distinguidos vecinos de la ciudad de Trujillo, les hice ver la conveniencia de tomar dicha fecha como motivo de conjugar cada vez más las distintas comarcas del Estado. Si Venezuela es víctima del individualismo anárquico, pocas regiones lo han visto tan abultado como nuestro Estado Trujillo. La separación no sólo impera entre los hombres —recelosos unos de otros y empeñados en obstruir el camino a los que que esfuerzan por triunfar— sino visible, también, entre las manzanas y barrios de las poblaciones, entre los municipios de un mismo distrito, entre los distritos del Estado Trujillo, en cuyo territorio se hizo la primera concordia entre Venezuela y el Nuevo Reino de Granada, sirvió de puente y engrudo para la unión de la naciente nacionalidad. Cuando la Provincia de Maracaibo fue agregada a la Gran Capitanía General de Provincias Unidas de Venezuela, Trujillo, dependiente hasta entonces de la Gobernación de Caracas, fue incluido en los términos de Maracaibo, como para dar mayor inmediatez y sentido fraternal a la nueva unidad política, y cuando en 1778 se creó las Diócesis de Mérida con territorios de la Metropolitana de Bogotá, se puso a Trujillo y su distrito —hasta entonces de-

pendientes de Caracas— bajo el cayado del glorioso Obispo Fray Juan Ramos de Lora. En lo político y en lo eclesiástico Trujillo ha tenido función aglutinante en la vida de las regiones unidas para formar la Patria Venezolana. ¿No es deseable por ello que en todos los órdenes siga el Estado siendo retablo de armonía, como lo fue en sus altos tiempos, y nudo que conyugue los intereses circunvecinos para hacer más fuertes las estribaderas de la nacionalidad? ¿Aun en el orden de la lingüística no es Trujillo zona donde se confunde el habla de la gente lacustre con el habla de los aislados montañeses? ¿En el campo de la vialidad, no ha sido Trujillo estación de los hombres que bajan al Lago y de los hombres de Occidente que hacen y deshacen caminos hacía el Centro?...

Dios ha señalado para Obispo de Trujillo a un Prelado como Usted, marcado por el signo catequístico. Su formación de misionero tiene en Trujillo doble mies que recoger: almas para Cristo y ciudadanos para la concordia comunal. Usted ya conoce a Trujillo y sus regiones. Usted es trujillano de experiencia y corazón. Usted sabrá ser el Obispo ambulante, que habrá de desandar en misión contraria el camino de los fundadores la ciudad portátil. Aquéllos fueron obligados por los odios y las rencillas a andareguiar por la poblada provincia de los cuicas. Usted hará de nuevo las vías antiguas, pero en misión contraria de concordia cívica y cristiana. ¡Cómo me ilusiona la idea de que mañana se diga que el Obispo Camargo logró hacer del Estado Trujillo una unidad pacífica, cordial y laboriosa!...

Los Obispos han descuidado un poco esta faz mundanal de su misión altísima. Claro que Obispos y sacerdotes predican en el púlpito la paz y la concordia; mas, concordia y paz piden manos y pies que las pongan en obra sin temores. Desde el altar no se ven las peripecias de las naves del templo, pero los fieles que ocupamos las bancas bajas, advertimos cómo en la propia masa de cristianos que asisten a la Misa y que aún se acercan a la Eucaristía, falta un poco de buena levadura social por donde adquiera cuerpo el pan de la cristiana caridad. La reflexión sobre esta ausencia de diligencia y solicitud amigable entre quienes forman el Cuerpo Místico de Cristo, me ha hecho pensar cómo un Obispo tiene anchísimo campo de trabajo en el propio ánimo de

los devotos que colman el templo y que en su carencia de sentido comunitario, llegan a disputarse el reclinatorio eucarístico, como viva y dolorosa expresión de una soledad individualista negada a la propia concepción de lo cristiano. En mi soliloquio he llegado a creer que subido al púlpito para encabezar el Rosario, las novenas y los triduos el sacerdorte realiza una obra muy inferior a la que podría cumplir si se abocase directamente a fomentar los lazos de amistosa solicitud entre sus fieles. Se predica sobre la dimensión teológica de la caridad, mas se olvida la modesta y activa dimensión que le marcan la amistad y la concordia entre hombres y pueblos.

Es seguro abuso el preferirme a hablar de la caridad a quien tiene el corazón ardiendo en las más encendidas llamas del amor de Cristo pero, por efecto contrario, se me fue la pluma, justo en momentos en que siento en carne propia el mordizco del odio y el arañazo de la discordia. Déme el Señor sosiego para el olvido y el perdón, a que se niega a veces mi terca naturaleza, rebelde, por humana, a la injusticia, cuanto negada, por su raíz somática, a las altas voces del espíritu.

Sea, en cambio, para Usted el mérito de que Trujillo recobre bajo su pontificado aquella fama de ciudad pacífica, tan ponderada por la pluma procerosa del grande Oviedo y Baños, cuando de nuestra ciudad de Trujillo se decía que era tanta la concordia reinante entre sus vecinos, que justicias había por sólo pedirlo la administración política, mas no porque las reclamasen querellas algunas de los habitantes.

No sé cómo pudieran recibir mis letras los señores del Concejo, pero ganas me dan de dirigirles mis felicitaciones por la designación en Usted recaída para asentar la Silla episcopal de nuestra ciudad y nuestro Estado.

Como siempre, soy su aftmo. y viejo amigo, que a título de la añeja amistad, se excusa de escribirle sin el tratamiento debido a su alta dignidad.

MBI

DIEGO CARBONELL[1]

(1) DIEGO CARBONELL 1884-1925. Médico, ensayista, historiador, diplomático, profesor y Rector universitario, académico.

Nueva Orleans, 16 de diciembre de 1924

Excelentísimo Señor Doctor
D. Diego Carbonell, &., &.
Caracas.

Hoy he tenido el gusto de recibir de usted un ejemplar de su importante trabajo sobre Venezuela intelectual, científica e industrial y en cuyas páginas la bondad indiscutible de usted hace figurar mi obscuro nombre. Mucho he agradecido esta atención que usted diera a mi exigencia, aunque más reconocido hubiese quedado si su largeza hubiérase traducido también en algunas líneas. Hacía días estaba por escribir a usted, pero su ausencia del País, en representación de nuestro Gobierno para las fiestas de Panamá, después mi larga enfermedad debida a un ataque de apendicitis, del que tuve que operarme, me habían dejado sin ocasión para tan agradable ejercicio, el cual ya hoy puedo darme el gusto de practicar.

Me proponía escribirle con ocasión de la estada en esa capital de mi hermano menor, quien terminados sus cursos de bachillerato, se propone hacer estudios médicos, para lo cual sólo cuenta con la ayuda de Dios y su voluntad bien intencionada de abrirse una carrera científica. El tendrá una gran complacencia en conocer a usted, pues ya más de una idea suya forma parte de su arsenal intelectual, aunque una de tales ideas no sea de las mejores que adornan a usted. Mi hermano parece ser de un materialismo infernal. Mucho ha aprendido en las obras de usted, como eso de creer a pie juntillas en el hombre-

mono de Rafael Duboins, cosa en que usted mismo ya no cree hoy, en virtud de ese poder evolutivo y contradictorio que tienen las verdades de la ciencia materialista. No es mi propósito hacerle un examen de las ideas de mi hermano, que ya me gustaría combatir, no es tampoco contrariar ciertas verdades (?) evolucionistas; me mueve escribir a usted el propósito de que conociendo a mi joven hermano pueda tener con él la misma bondad que ha acostumbrado conmigo en el ya largo período en que me complace en contarme como amigo de usted. Para mi hermano no invoco en usted al profesor sino al fino amigo, que pueda tender su mano larga al joven que se aventura lleno de esperanzas.

En meses pasados leí un fragmento de una conferencia leída por usted a los jóvenes estudiantes de Medicina. Leyó usted casualmente su brillante trabajo dos días después de haber publicado "El Universal" una carta mía para el Doctor Núñez Ponte, congratulándole por su trabajo biográfico sobre el Dr. Hernández, maestro de usted, no sólo en Histología Normal sino en calladas caridades. Hay concatenación en estas dos circunstancias, por criticar usted en el trabajo de Núñez Ponte aquello que en mi humilde carta yo más exalto: las virtudes místicas de Hernández, esas virtudes, que relucientes en él, lo capacitan para figurar en católicos santorales. Usted mismo ha exaltado la bondad del carácter de Hernández, usted ha tenido loas para las virtudes que hicieron de él un verdadero santo seglar ¿por qué entonces su desacuerdo con el plan de Núñez al exponer la vida de aquél? Crea que de veras no alcanzo a entender la razón de su crítica, pues dejando a un lado todas sus fobias religiosas, yo conozco el espíritu de usted y sé que si es un materialista en ciencias naturales no lo es en las ciencias del espíritu y que esas mismas cristianas virtudes, que perfeccionadas hacen de Hernández una figura alba de bienaventurado, viven escondidas y activas en la vida interior de usted que ha tenido complacencias cuando ha oído elogiarlas. Sucede con usted lo contrario que acontece a muchos. Viven en el último piso de una torre, pero al hacer prácticas sus ideas bajan a un terreno de pequeñeces que le recuerdan lo poco elevado de su espíritu. Usted tiene olvidado lo mejor de usted en el primer piso y vive y cree y escribe arriba. Alabado Dios, cuando actúa en la vida baja a los pisos bajos. No en balde pesa sobre usted de acuerdo

con su ciencia una larga herencia cristiana (La comparación es de Taine). Bastante desearía yo hablar con usted bien de cerca sobre estas delicadas cuestiones religiosas. En una época con indecible entusiasmo hablaba usted conmigo de Sanglé, de Deahumbert, de Rosadi, de tanto escritor anticristianismo. Para ese entonces, yo permanecía adherido a las ideas muy propias de los jóvenes nuestros, anticlericales porque sí, negadores de Dios para tener una fe distinta a la que profesa la cocinera de la casa. Entonces fui esencialmente sincero en mi fe materialista y anticlerical, tan sincero como lo es usted en ella. Sin embargo mi espíritu al decir de Julio Sardi dio una voltereta y amanecí católico, adorador de lo que antes insulté en mi oscuridad de incrédulo. Hoy también quiero que se me considere tan sincero como fui antes y por eso aproveché la hermosa coyuntura de la biografía del Dr. Hernández para hacer una pública expresión de mis creencias actuales. Usted, ateo y anticlerical, aprueba esta mi sinceridad.

Y distintas circunstancias se unen en torno a este punto, la que vengo a anotarle es hasta curiosa. Cuando de mi pueblo fui yo a Mérida donde usted enseñaba nuevas ideas desde el Rectorado de la Universidad, desconocía totalmente uno de los espíritus más elevados de la Europa contemporánea: Giovanni Papini. Usted, admirador muy devoto suyo, lo puso entonces mis en manos: "El Crepúsculo de los Filósofos", "L'Huomo Finito", "El piloto ciego", los leí de sus manos y los entendí por sus exégesis. Papini era ateo, como usted y como yo entonces. En este momento, apenas hace cinco minutos, he comprado el diario de la tarde y en un reporte de la Prensa Asociada fechado hoy en Florencia, se transmiten párrafos de una conversación tenida por el filósofo con representantes de la prensa sobre un próximo libro suyo en que dará una nueva prueba irrefutable y jurídica sobre la Divinidad de Jesús. Y he pensado en mis horas de Mérida, cuando usted me prestaba entre palabras loatorias obras de Papini ateo: Papini y yo (perdone la cordial compañías) somos cristianos hoy. En él se dirá que obró su enorme ciencia, en mí una gracia de Dios para abrir mis ojos ciegos como los de Tobías. Sólo usted es fiel a la "ciencia".

Y mire que va larga esta esquela, dirá que más que esquela sea pastoral. Usted perdonará mis ideas, que si no son las mismas suyas, en

cambio hay entre usted y yo bastante comprensión cordial para suplir la falta de ideas comunes.

Mi hermano lo visitará muy en breve. Le estimaré mucho cualquier cosa que haga a su favor (No le obsequie sus libros materialistas).

Mi Señora, me encarga recuerdos muy cordiales para la suya, para quien tendrá mis respetos.

Lo abraza su amigo de siempre que mucho le estima,

MBI

Caracas, enero 6 de 1925.

Mi querido e inolvidable amigo Mario:

Su carta que acabo de leer con una rara y curiosa delectación, me complace mucho, porque veo en usted no sólo la venerable unción del pastor (está usted en tierra estadounidense) sino la adorable unción de ese pastor para intentar la salvación de almas, y sobre todo de almas amigas. Yo, a la verdad, lo celebro por cuanto sorprendo en su carta que usted ha salvado su alma, o por lo menos tiene ya resuelto el problema de su existencia, y como soy amigo de usted, de verdad, mucho me alegra el que para usted el Señor Jesús sea el vértice de todas las esperanzas y de todas las tremulaciones en el futuro. Crea que lo celebro y me alegra el que por ese camino de la fe haya usted mermado los problemas de su vida interior; en buen momento lo llamó Dios a su lado, como a Papini, el nuevo Saulo que oyó la voz misericordiosa de lo Alto. Cuanto a mí, he perdido la esperanza de creer, y ya no espero la voz de los cielos que me ilumine y me dirija hacia el supremo bien de la fe. Entiendo que no se cree porque se quiera creer; se cree porque hay alguna cosa en qué creer, y acaso mi ignorancia o poca sagacidad para el raciocinio en historia, cada vez vea menos claro en el problema de Jesús, y si he querido creer no me ha sido posible porque es más lo que debe negarse que lo que deba aceptarse... Pero hago alto en este camino que es de pésimo gusto y de peor educación: no tengo costumbre de proclamar mi fuero interno a los otros, sobre todo si éstos no están de acuerdo conmigo, porque tampoco me cae bien el que a boca de jarro se me pregunte, como ya me lo dijo en reciente

carta un señor de Mérida: ¿porqué no cree usted en lo que yo creo? ¿No admite también usted que esto es de gusto cocineril? Y ahora percato que alguna vez he cometido la falta con usted, pues si no yerro, paréceme que le escribí para preguntarle algo de su fe. Lo primordial de esta carta es excusarme y pedirle mil perdones por mi vulgaridad. Yo no veo en mis amigos a los cristianos empedernidos ni a los ateos iracundos; veo algo mejor porque todo eso, la sinceridad de ellos y la buena fe que han puesto en su amistad hacia mí, y usted sabe que yo le correspondo y, siempre le correspondí en su sincera amistad que ya es vieja.

Espero con impaciencia a su señor hermano, y ojalá pueda yo hacer por él lo que sus necesidades de estudiante me exijan. Tenga usted por cierto que no le obsequiaré mis libros materialistas. En esta materia no he tenido discípulos ni quiero tenerlos, simplemente porque no soy ni jamás pretendí ser maestro. Además, regalar libros opuestos a la fe común, pudiera tenerse como una tendencia a la corrupción, y al contrario, yo he preferido siempre ilustrar a lo que esté en torno a mí, que cuanto a esas ideas que no están en el ánima de todo el mundo, ciertamente que ellas llegarán a los adeptos aunque se opongan la Iglesia, el libre examen o la inquisición de mi amigo el Doctor Briceño Iragorry.

Mi mujer y yo nos complacemos en ofrecerles, a usted y a su señora, nuestro tercer hijo, una miniatura que se llama Luis Manuel. Mi señora recuerda siempre con mucho cariño a la de usted y me encarga enviarle muchas palabras de cariño.

No me olvide usted y escríbame sobre sus proyectos. Yo estoy en espera de la palabra del jefe para resolver mi situación, pues no deseo volver al Brasil a causa del calor que le hace muy mal a mi mujer. De todos modos, si el Gral. me deja en Caracas y tengo permiso para ello, tengo la intención de fundar una revista "Estudios" en cuyas páginas quedaría muy bien el ímpetu interno que usted sintió para volver, oveja descarriada, al seno de Jesús.

Póngame a los pies de su señora, y usted mande a su afectísimo amigo que cordialmente les desea muchas felicidades en el nuevo año,

Diego Carbonell

ATILANO CARNEVALI[1]

(1) ATILANO CARNEVALLI PARILLI. 1895-1990. Doctor en Ciencias Políticas. diplomático, político, orador, ensayista.

San José, Septiembre 2 de 1937

Señor Doctor
Atilano Carnevali
Santiago de Chile.

Mi muy apreciado amigo:

Muy grato me ha sido el recibo de tus dos postales, que no había contestado por un cúmulo de cosas, que me han embargado el tiempo, con motivo de la larga y grave enfermedad que aquejó a uno de mis hijos. Muy en alto he tenido siempre tu aprecio y tu amistad, y cualquiera demostración que de ellas reciba, me es en extremo grata. Y si tal valor doy a ellas, proviene de haber visto siempre en ti uno de los mas brillantes representativos de mi generación, y uno de los escasos hombres honestos con que cuenta la República. Disto mucho del grupo venezolano que niega su admiración a los que afortunadamente supieron mantenerse erguidos frente a la pasada Dictadura de la que yo fui servidor. Mi error o mi falta me sirven en cambio para mejor valorar el mérito de quienes no compartieron conmigo la responsabilidad que un proceso de orden sociológico echó sobre nuestro pasado, y también, por una operación inversa, me sirve para juzgar la obra de quienes hoy insisten porque se mantenga en la República el viejo sistema de irresponsabilidad política.

Juzgué que con el año 1936 se iniciaba en nuestra Patria una era de reparación total, en que aquellos que no tuvimos oportunidad de servir

a la República con la deseada libertad, habríamos de empeñarnos en realizar una obra que compensase con creces nuestra anterior deficiencia cívica; mas, dolorosamente, veo que insisten muchos en defender sus antiguas situaciones y muchos de quienes esperábamos una actitud ejemplar —por nuevos y sanos— dados a contrahacer el régimen que criticaron con justicia. ¿Dónde están entonces las fuerzas vivas de la nación, que habrán de llevarnos a realizar un orden nuevo de justicia y dignidad social? Existe tal estado de confusión en nuestra vida política, porfían tantas y tan desemejantes tendencias en el orden social, que no atina uno a hallar la vía cierta que nos ponga a salvo contra la amenaza de días sin sosiego. La lucha entablada en Venezuela entre las tendencias llamadas de derecha y de izquierda ha llegado a adquirir formas teratológicas, y no se percatan muchos, en la ceguedad de las pasiones, que ya no sólo atacan a los hombres y a sus ideas, sino a las propias instituciones de la República, como sucede actualmente en Caracas, donde un grueso sector de opinión, llevado de la idea de que sean de la izquierda los ediles, no sólo quieren acabar con ellos individualmente, sino la propia estructura del Municipio.

Estos últimos acontecimientos me han alarmado sobremanera, pues pienso yo si la Corte, adonde irá en denuncia de inconstitucionalidad esta materia, se pronuncia en contra de la autonomía de las Municipalidades y del principio, institucional e histórico, de que los Gobernadores son simples órganos ejecutores de sus ordenanzas, habrá de ocurrir indefectiblemente la muerte de aquellos organismos de donde debería surgir la noción plena de la autonomía y de la responsabilidad social. Y tendremos entonces revestido de juricidad aparente aquello que ayer, bajo la dictadura era un simple estado de hecho.

Te ruego saludar de mi parte a tu señora, para quien mi mujer tiene cordiales saludos, y con mis votos porque el mejor éxito alumbre tu labor, me suscribo, aftmo. amigo,

MBI

Caracas, julio 13 de 1951

Señor Doctor
Atilano Carnevali
Embajador de Venezuela,
Santiago.

Mi querido amigo:

No podía dejar de escribirte en la buena oportunidad del viaje de Osorio. Ya tú lo conoces muy bien y debes estar muy satisfecho de que sea él hoy tu inmediato colaborador. Nadie con mas autoridad que yo para felicitarte por tal designación.

Deseaba escribirte hace meses, sobre todo para responder a la carta en que me expresabas interés por saber de mí. Quizá no lo hago hoy con la extensión de ayer, pues parte de mi vida puede referírtela Osorio. Me retiré del servicio exterior porque se me trató mal. Claro que los señores del gobierno disculparán su conducta con mi presunta soberbia. Allá ellos. De mí sé decirte que me siento satisfecho de mi conducta. Ni un momento me he arrepentido de haber obrado como lo hice. Lamento no haber renunciado antes. Cuando vi concluida mi misión en Colombia y advertí que en altas esferas había opiniones poco favorables de mi persona, le dije al Doctor Gómez Ruiz que yo me retiraría. El me pidió permanecer en el cargo hasta hablar con él en Caracas. Después, una penosa tragedia con unos corredores y un dinero que no se me envió a tiempo, me hizo renunciar violentamente

en abril. Se me pidió retirar la renuncia y venir a Caracas. Las cosas quedaron en su puesto. Pero desde entonces en el ánimo de Gómez Ruiz ya fructificaban las semillas de intriga sembrada por quienes suponían que yo pudiera llegar al Ministerio. Ya Gómez era otro. Cuando regresé de New York, desalentado por la conducta del Ministerio, encontré que se había hecho algo en la Delegación especial que iría a Colombia contrario a mi criterio. Yo no pedía ser Jefe de la Delegación, sino no ser incluido en ella. Ese es mi criterio personal. Y como no hay ni doctrina ni disposición legal al efecto, yo mantuve mi punto de vista. Gómez Ruiz me cambió por sus enemigos. Eso fue todo, mi querido Atilano.

La Junta se portó mal conmigo, porque ya no me necesitaba. Me estimó mientras le fui útil en Bogotá. No me arrepiento de haberle servido. Creo haber cumplido un deber cívico, muy más cuando se nos dijo en noviembre de 1948 que se iría a la concordia nacional. Y era imperativo republicano servir a la reparación de la República. No quiero que te impresionen en nada mis palabras, pero hoy estamos más distantes de la concordia reparadora que como lo estábamos el 24 de noviembre. Y te advierto que no llamo concordia un sueldo jugoso.

Creo que tendrás un gran éxito en patio que te conoces muy bien. Y sobre todo estás tú y están tus excepcionales condiciones.

Pepita se me une para saludarte con Norita.

Tuyo afectísimo amigo,

MBI

TOMAS CARRASCO Y OTROS

Madrid, febrero 10 de 1955

Señores
Tomás Carrasco J., Polito Acosta Blanco, Octavio Lepage, Germán Alviarez, César Augusto Márquez B., Tulio Ostos, Irma Landaeta, Alí Carrillo, Carlos Orellana.
Roma.

Muy apreciados compatriotas y amigos:

El mensaje de ustedes con motivo del criminal atentado de que fui víctima en diciembre pasado, me ha llenado de patriótica satisfacción y de saludable estímulo. La palabra honrada de jóvenes como ustedes, preocupados por el destino de Venezuela, me colma de orgullo, cuando ella viene a reprobar el intento de callar mi voz, consagrada a la defensa de la dignidad nacional. Mi modesta labor en libros, opúsculos y columnas de periódicos está fundamentalmente consagrada a servir a la juventud. Si no les ofrezco el ejemplo de una vida inmaculada, como pudo ser la de José Vargas y la de Cecilio Acosta, les ofrezco el ejemplo de mis errores y el oportuno consejo para evadirlos. Esto hace que nada sea para mí más grato que comprobar que no es estéril mi palabra y que los jóvenes la toman como expresión de mi angustia por servir a un futuro mejor para mi Patria.

Soy de ustedes, con mi profundo agradecimiento aftmo. amigo y compatriota,

MBI

ALFONSO CARRILLO[1]

(1) ALFONSO CARRILLO. Embajador de Guatemala en Costa Rica.

San Salvador, abril 14 de 1939

Mi querido amigo Alfonso:

Aun entre pipiles. Mañana 15, Dios mediante, tornaré a mi hogar chapín. He pasado días gratos en esta ciudad. Los hermanos salvadoreños son como U. los pinta: afables, acogedores, sencillos.

Confidencialmente me atrevo a insinuarle lo siguiente. Como alguien allá dijo que mi traslado a Guatemala era obra de Don Carlos y U. cerca de nuestra Delegación a Lima, ello serviría de base para que U. se insinuara con Don Tobías y comentase mi caso, agravado por la manera como me "despidió" el Presidente Cortés. Yo no deseo que se mantenga un estado de enfriamiento entre mi Gobierno y Costa Rica, que radica en parte en falta de cortesía para mí. Ud. sabe que yo no aspiro a reinstalarme en San José y que me es en extremo grato haber contribuido al lógico traslado de la sede de la Legación a la Metrópoli del antiguo Reino. Pero sí me holgaría sobremanera que hubiese una manifestación de desagravio de parte de la Cancillería, y que con él pudiera regresar yo a mi Patria, sin que se diga que hubo un tropiezo en que yo fui parte, así haya sido la ofendida. Su prudencia y su tacto le indicarán lo certero del camino a seguirse y yo en avance (perdone el anglicismo) le envío mis agradecimientos.

Infórmeme algo referente a la Mediación que me llegó en comentarios desde Managua.

Me permito enviarle esa carta para mi Consul Ortega, a quien U. telefoneará para que vaya a recogerla. Le suplico escribirme por su valija. Yo le pediré igual servicio a Carlos, o al menos dirigidas, bajo segundo sobre, a la Secretaría de Relaciones, cuando se trate de aéreo. Yo hare lo mismo. Despues le explicaré las razones. A Ortega le pedí entregar a Ud. mis cartas para que me vengan sobre cartadas a Carlos Fernández Córdova.

Con este calor cuzclateco las cartas tienen que ser más breves. Y pensar que he de ponerme ahora de tiros largos para una comida de etiqueta.

Imagino que U. haya reído con el paragua de Chamberlain. A lo mejor dentro de poco lo sacarán con solas las varillas. Que figura tan bochornosa para el Imperio Británico. Yo al regresar a Guatemala reanudaré mis clases de italiano y de alemán, por si equivocan la Patagonia al Canciller Cantillo para haberlas pagado bien pronto! Que suerte la nuestra mi querido Alfonso! En la Edad Media se veía la incubación del Renacimiento, había esperanzas de luz, había fe en algo mejor por venir, había al menos confianza en las brujas y se creía colectivamente en el Diablo. Hoy asistimos a la ruina del mundo espiritual. Lo que en teoría hizo Marx: la dialéctica del materialismo, lo realizan sobre un practicismo espantoso estos locos que engañan a los hombres de pequeña razón haciéndoles creer que defienden al mundo contra el comunismo. Si, nos defenderán contra una teoría y ¿quién nos defiende de ellos? Ya yo no tengo más fe sino en el diluvio.

Saludos a Elena. Lo abraza su aftmo,

MBI

Panamá, diciembre 14 de 1939

Excelentísimo Señor
Licenciado Alfonso Carrillo
Ministro de Guatemala.
San José.

Mi querido Carrillo:

Recibí la muy grata de usted, dedicada muy cariñosamente a describir la regalada vida que en Río Segundo hace nuestro gran amigo el Azteca. De suyo lamentable me parece que el uso de las herramientas rurales haya maltratado sus delicadas manos de pianista burgués. Pero más que lamentable, me parece beneficioso para su misión diplomática. No es justo que el representante de un país donde a gritos se exalta los legítimos derechos de los trabajadores, tenga manos sólo adecuadas para el piano y los guantes. El debiera lucir las uñas con huellas de la tierra maternal. La próxima vez que lo visiten pueden dedicarse a leer las "Geórgicas" del mantuano, y tenga la seguridad de que al día siguiente nuestro amigo puede castrar las colmenas sin ningún peligro, fuera del de perder los ojos, y levantar una pira monumental con leña picada de sus manos. Si quisieran en ella quemar a alguien, les suplico que no piensen en el bello Adolfo, ni menos aún en el Canónigo Kern. De mi parte le dirá que es bueno que no deje mucho tiempo la Legación en manos de un secretario de pocas letras y de peores entendedoras, de quien recibí una carta pésimamente escrita.

La prensa amanece con una violación del solenoide, cerca de los predios del colega Manini Ríos. Y qué pensará de este momento cargado

de responsabilidad ecuacional para la conciencia atónita e inane de la América, nuestro inefable López de Mesa? ¿Preferirá el plural al singular? ¿No cree usted, que si tomásemos en cuenta nuestra acción de Panamá, dirigida a la estructuración de un nuevo concepto jurídico de la neutralidad, es este un hecho grave? Si se tratase de principios, de temas teoréticos, ello valdría una protesta tanto como en el lamentable caso finés; pero mi amigo Carrillo, se protesta contra quien no puede pegar. Aquí puede decirse: "Ya que no pegas, escucha". Los lunáticos pudieran tambien protestar contra la tierra y aún mentarle la madre. Creo que tendrían razón. Y ni usted ni yo saldríamos a defender el concepto de nuestro planeta, ni nada parecido. Ni siquiera nuestro amigo del hombre que parecía caballo, saldría en defensa de los marachías e ipandeses. ¿No sería el General? Hay capaz de preguntar si nosotros, usted y yo, gramaticalmente parecemos caballos? De mí sé decirle que holgaría con ello. Yo prefiero parecerlo, y no serlo, como en realidad me siento en estos días de guerra, de injusticia, de dolor, de mentira, de mentira sobre todo. De mentira desgravitante, mi querido Carrillo, a pesar de estar preñados de amargas verdades. Yo he llegado a creer que la verdad sea una entelequia extrasocial. Si esta sociedad en que nos ha tocado vivir, y lo que es peor, en que nos ha tocado engendrar hijos, tuviese un contacto con la verdad, todo explotaría, como explotaron en España las casas-cunas y las escuelas que sirvieron de blanco a las experiencias navideñas de los alemanes.

Por aquí el calor me ha hecho pensar misericordiosamente en La Fragua. Pero me queda la esperanza de que me sirva de "melting pot". A lo mejor no haré nunca más promesas a malos santos.

Le doy mi palabra de honor de que he escrito formalmente al Azteca. Sus quejas son para disimular su mala letra y al estiptico envío de sellos. Le ruego cantárselo en mi nombre.

Saludos a Elenita, de mi parte y en nombre de Pepita, quien los tiene muy cordiales para usted. Para los patojos nuestros cariños.

Lo abraza su afectísimo amigo,

MBI

TOMAS ENRIQUE CARRILLO BATALLA[1]

(1) TOMAS ENRIQUE CARRILLO BATALLA. 1921. Abogado, economista, político, escritor, académico y docente universitario.

Madrid, 8 de septiembre de 1956

Señor Doctor
Tomás Enrique Carrillo Batalla
New York.

Mi querido amigo:

Justamente escribía un apunte sobre tu excelente padre, cuando me llegó tu esperada correspondencia, llena de frases generosas, que las recibo como un aliento amistoso para sobrellevar la carga del destierro, cada vez más duro, así no haya logrado influir en las resistencias espirituales que me acompañan.

Esta terminando cronológicamente el verano, pues calor no hemos tenido en Madrid, y ya regresan los amigos que hicieron veraneo. Estas semanas, o meses, han sido de soledad y escasas noticias. Tal vez el fenómeno más angustioso del destierro sea la incomunicación con la propia gente. Por eso yo me empecino en lanzaros S.O.S. con reclamo de impresiones. De Jóvito me cuesta recibir cartas, pese a sus dos Secretarios.

Por correo ordinario te envío nuevas publicaciones, entre éstas un ensayito sobre la Declaración de Panamá, que creo me quedó bien. Este tipo de publicaciones la cesaré, pues tengo un déficit grande en mi cuenta bancaria, de suyo flaca. En "El Tiempo" escribo con frecuencia, mas gano apenas una birria. Yo no he logrado hacer contactos con otra prensa.

Tuve cartas de Caracas por las cuales supe que nuestro amigo Alirio Ugarte Pelayo se mostraba quejoso de sus amigos de acá; a una aclaración mía al respecto, se me dijo que Alirio sufría la mordacidad mía, por donde entiendo que él tomara lo que por conducto tuyo le hice saber como una fábula mía, creada para herirle. No sé si en todo se mueva esa falta de reposo que a él le ha acompañado últimamente para enjuiciar su posición frente al perezjimenismo. Me agradaría saber si hasta ti ha llegado algún aire de esa pequeña tempestad creada por el amigo, a quien nosotros quisimos servir con interés, con cariño, con temeridad en las palabras encaminadas a resguardarle tanto la seguridad física como su reputación pública. De mi parte descanso en la seguridad de que le serví con honradez y con lealtad. Pero la lealtad es peligrosa, mi querido Tomás Enrique.

En carta para Jóvito envié un recado para ti. Devuélveselo con el raclamo de que escriba. También te pido telefonear a mi hermana Graziella, con noticias mías y reclamo de que me escriba.

Me gustaría saber el estado del juicio contra Delfín Enrique Páez. Recibí desde México el folleto de Carlos Arcaya, que encuentro muy valioso en razón de su posición proyanqui y del hecho del enclave político-social suyo. Eso servirá en mucho para que se vea que no somos comunistas los enemigos del gobierno de Pérez Jimenez, como pretende decirlo Pérez y su pandilla de gángsteres.

En días pasados supe que se había concluido el primer tiempo de las obras del acueducto de Caracas. Esto si está bien, mas su bondad no compensa la extraordinaria locura del puente sobre el Lago de Maracaibo y del Hotel en el pico del Avila, cuando en Venezuela son incontables los pueblos sin acueductos, sin cloacas, sin aceras, sin edificios escolares, sin puestos de socorro, sin caminos de enlace rural, sin luz eléctrica. Esto por lo que dice a obras materiales, ya que con todas éstas no convalidaría régimen alguno de la mácula criminal que representa el aniquilamiento moral de la población y el envilecimiento de las más encumbradas instituciones. Hemos retornado a la mugre, mi querido Tomás Enrique.

Te ruego saludar a tu mamá de la manera más cariñosa. A Jóvito un abrazo. A Parra le darás mis recuerdos.

Miguel Angel, mi mujer y María te saludan con todo afecto.

Te abraza tu aftmo. amigo,

MBI

PEDRO CARRILLO MARQUEZ

San José, diciembre 22 de 1936

Señor Don
Pedro Carrillo Márquez
Caracas.

Mi querido compadre:

Le saludo muy cordialmente y hago votos por su bienestar y el de toda la familia.

Aún no he podido formularle el informe completo que pienso enviarle sobre la posibilidad de traer a Costa Rica ganado venezolano en pie. Oficialmente me había dirigido en este sentido a la Cancillería, pues aquí hay una gran importación de ganado nicaragüense, pero aún no he logrado los datos suficientes referentes a transporte y pastos en el Atlántico para nuestro ganado. Aquí el ganado tiene un impuesto de 40% de importación y el destace está también fuertemente pechado.

Pero pensaba yo, no sé si yerre en razón de mi ninguna preparación al respecto, que el caso de Venezuela no es de exportar para dar salida a nuestras cosechas, sino de intensificar el consumo interior. Traería esto como consecuencia un grado más intenso de alimentación de nuestro poblador, que tiene hambre en gran parte. Juzgo yo que lejos de darse una prima de exportación de Bs. 15 sobre cabeza, debería luchar la Ganadera por reducir, y hasta abolir los benditos derechos de degüello. Y la prima podría convertirse en una bonificación para las Municipa-

lidades, que verían reducidas sus rentas. Calculado en una cabeza por mil habitantes, el consumo mínimo de ganado en una población que se diga bien alimentada, entiendo que no sería suficiente la cosecha anual de Venezuela para dicho consumo. De aquí colijo que hay posibilidad racional de intensificar el consumo, tanto en beneficio del productor como del consumidor. Y ¿por qué no puede convertirse la prima de exportación en una bonificación para los cueros? La política de exportar, aun con sacrificio del Erario, para mantener un precio artificial, a veces en mengua de los intereses del consumidor nacional, me parece que no corresponde a los fines sociales que deben inspirar una administración que mire sobre los reclamos del capital, las urgencias de las clases trabajadoras, primeras víctimas de una economía mal dirigida. No creo yo tampoco que la felicidad social venga del deprecio de los artículos de primera necesidad, pero en esto de la carne me parece que si el Estado, en beneficio de un comercio de exportación, está dispuesto a bonificar en razón de probables pérdidas, debiera pensar primero en hacer desembolsos que a la vez beneficien la ganadería y al propio consumidor nacional. Se conseguiría un doble fin netamente orientado al bienestar interior.

Perdone U. esta sugerencia, de poco valor por proceder de persona inexperta en este orden de actividades, pero que acaso estudiada sagazmente por U., perito en el ramo, pueda aportar algo a nuestro problema ganadero.

Con mis cordiales saludos y votos de año nuevo, soy como siempre, suyo aftmo. compadre,

MBI

JULIO CASARES[1]

(1) JULIO CASARES. 1877-1964. Filólogo y crítico español. Fue Secretario de la Real Academia Española de la Lengua.

Madrid, noviembre 10 de 1956

Ilmo. Sr.
Don Julio Casares
Secretario Perpetuo de la Real Academia Española
Madrid.

Muy ilustre Señor Secretario:

Me ha sido muy honrosa la lectura de la nota en que V.S. me invita a concurrir a la reunión a que asistirán los miembros de la Comisión Permanente de la Asociación de las Academias de la Lengua y representantes de diversas Academias hispanoamericanas, para considerar la sustitución del ilustre académico Don Agustín González Amezúa (q.e.d.p.), designado por el II Congreso de Academias, Secretario General de dicha Comisión Permanente.

Al anunciarme V.S. la postulación de Don Pedro Laín Entralgo para el cargo vacante, me ofrece ocasión gratísima de aplaudir en la forma más entusiasta tal candidatura, ya que el señor Laín Entralgo ocupa sitio primicerio entre los grandes escritores españoles a quien rindo admiración fervorosa; mas, el hecho de no haberme dado en aquella ocasión personería alguna mi Academia de origen, ni haber tomado parte en otra forma en las sesiones del reciente Congreso, resta autoridad a mi presencia entre el distinguido grupo de académicos que se reunirán al caso, a quienes, además, supongo partícipes en las brillantes jornadas celebradas en abril pasado.

Espero que V.S. encuentre razonada mi inasistencia, a la vez que confío en que aceptará el testimonio de mi agradecimiento por la invitación con que hoy se me distingue.

Ruego a V.S. admitir el homenaje de mi admiración y señalado aprecio,

MBI

ERNESTO DE J. CASTILLERO[1]

(1) ERNESTO DE J. CASTILLERO R. 1889-? Panameño, historiador.

Caracas, 28 de mayo de 1947

Sr. Don
Ernesto de J. Castillero
Panamá.

Muy querido amigo y colega:

Tuve el gusto de recibir su interesante trabajo: "Historia de los símbolos de la Patria Panameña", que he leído con la mayor atención y por cuyo envío le expreso las más cumplidas gracias.

Ha sido por demás satisfactoria para mí la noticia que Ud. se estampa al final de la parte referente al escudo de armas. El retorno al viejo lema "Pro Mundi Beneficio" constituye una lógica rectificación del error cometido en 1941. Dicho exergo expresa la nobleza de la misión humana de Panamá, que en hora de confusión se intentó sustituirla por la de un agresivo nacionalismo, que no se compadece con la tradición y el destino histórico del istmo. Con ocasión de ser agraciado con la gran Banda de Vasco Núñez de Balboa, tuve en 1943 el gusto de haber exaltado la gran función universalista de esa querida república, en párrafos que me permito trascribirle:

"Panamá se sabe el camino de los mares donde los caminos carecen de número. Ella, como lo proclama el exergo de sus armas, se siente al servicio del Mundo, y al asumir su autonomía republicana, ofreció la roca de su entraña a la pica civilizadora que uniría los océanos

y, para aumentar el significado marino de su misión universal, dio a su moneda el nombre de Balboa y consagró, después, la efigie del descubridor como galardón para premiar a sus servidores y honrar a sus amigos.

Porque Balboa es el símbolo histórico de la misión cultural de Panamá. Las playas del Istmo fueron testigos de aquella inolvidable ceremonia con que el intrépido Capitán ibero dejó abierta las mil rutas de los mares del Sur. Arreado, dicen las crónicas, de su indumento militar, en la una mano, tajante la espada, en la otra, firme el morado pendón de Castilla, altivo y solemne, como un sacerdote antiguo, entró a las nuevas aguas, de cuya salobre realidad marina tenía plena fe por haberlas gustado de previo en el cuenco emocionado de las manos. Y caminó en ellas, resuelto, hasta que las ondas tranquilas mojaron la rebelde rodilla, acostumbrada a quebrarse sólo ante Dios y ante el Rey, en cuyo nombre tomaba posesión de aquel mar ignorado por los hombres de Occidente. El Capitán bravío marcó entonces el destino de la hoy floreciente República panameña. Era necesario absolver la breve distancia que separaba las rutas marinas. La vela latina en que navegaba la cultura del viejo mundo, precisaba llevarla a las nuevas aguas donde se espaciaba este mundo nuevo. Primero, el descanso de tierra, la tarda estación que hizo el tráfico entre ambos mares. Después, la unión de las rutas que mezcló las aguas del Atlántico y las aguas del Pacífico. Porque Panamá sintió siempre la responsabilidad de su misión vial. Panamá se supo camino del mundo, encrucijada del género humano, centro de gravedad de un Hemisferio. Y como la arquitectura soberbia del Canal mezcla dos océanos, así sus calles mezclan las lenguas y las razas, y en su recinto, antaño murado por la política exclusivista de los imperios, se reunieron a iniciativa de Bolívar, los hombres que inauguraron en 1826 el anfictionismo de América, hoy más vigoroso ante el peligro que amenazó nuestra estructura democrática y frente a la necesidad permanente de hacer más fuertes y claros nuestros caminos hacia el futuro. Panamá que, en gesto de permanencia localista y como botín de conquista espiritual, ha impuesto su riquísimo folklore a su mismo vecino rubio, cumple con sentido responsable la consigna universalista de ser crucero de los innúmeros caminos del mundo. Y, orgullosa de su sino generoso, ha erigido por

símbolo de su vida de pueblo, la memoria del valiente Capitán que descubrió su destino de enlace y de contacto entre las rutas por donde los hombres se comunican los frutos de la cultura...''

Ultimamente ha enviado a Ud. mis obras de reciente data, mas como no he tenido aviso, supongo se hayan extraviado.

Con mis felicitaciones por su magnífico trabajo, me repito su afectísimo amigo y colega,

MBI

FERNANDO CENTO[1]

(1) FERNANDO CENTO. 1883-1963. Embajador del Vaticano en Venezuela (1926-36), Ecuador, Perú y Bélgica. Elevado a Cardenal en 1958.

Ciudad, octubre 28 de 1934

Excelentísimo Señor
Doctor Fernando Cento
Nuncio Apostólico
Presente.

Mi muy respetado y querido Sr. Nuncio:

Me refiero atentamente a la muy interesante carta de Su Excelencia, fecha en 26 del mes que vence, y una vez más tengo el agrado de ver en ella expresados los sinceros sentimientos de benevolencia con que Su Excelencia acogió mi demanda de perdón para mi erróneo punto de vista respecto al radio de las actividades de la ilustre persona del Delegado Apostólico. Y sea esta ocasión propicia para expresarle una vez más que no hubo nunca de mi parte, Dios me asista, propósito de entorpecer en nada la alta obra de piedad y de cultura que Su Excelencia viene desarrollando en mi País. Más de una prueba existe que testimonio mi lealtad de católico, y más de una vez he procurado poner mi humildísimo grano de arena al servicio de los intereses de la Iglesia de Dios Nuestro Señor, y al servicio, consiguientemente, del Representante del Santo Padre en Venezuela.

Al pedirle excusas, en la forma cabal en que mi deber me le imponía, por algún error cometido en la apreciación de la alta misión que a Su Excelencia compete, hube de expresarle que tal error, hijo de mi ignorancia y no de mi malicia, no era en cambio exclusivo de una falsa

lógica mía, sino que por lo contrario lo había oído también de labios de algunas personas más autorizadas que yo. En principio asumí la responsabilidad de mi juicio, y por el yerro pedí benévolamente perdón a Su Excelencia. Quizá, movido por censurable acto de amor propio, no quise aparecer como el solo que hubiese faltado en razón de la materia tratada, y agregué como para minorar mi falta, que a otros, de más autoridad que yo, les había oído expresarse en igual o semejante forma. Esta es la verdad, mi querido Sr. Nuncio. Como yo pensaba han pensado otros; en el mismo error en que yo me encontraba, se han hallado otras personas más capacitadas que yo para discernir y juzgar los hechos, ora por sus conocimientos, ora por su prudencia. Pero debo agregar en obsequio de la verdad, que las tales opiniones por mí oídas, no han demostrado nunca ni la más ligera intención de estorbar en forma determinada al Representante Pontificio, y cuantas veces las oí, fue de manera tal como se dijeron que no constituían un asomo de desafección a su ilustre persona, y mucho menos a la augusta representación de que se halla Su Excelencia investido.

Yo creo, con la venia de Su Excelencia, que en materia moral tiene para el juzgador mayor mérito la intención del acusado, que no el hecho aparente. Yo no he advertido nunca, en ninguna de las distintas personas que acaso contribuyeron a robustecer mi errada y propia opinión, el propósito de crear en torno a la Nunciatura un ambiente hostil, ni la de ofender a su estimabilísima persona. Repetir, pues, palabra por palabra (pues de ninguna otra manera podría hacerse) lo que yo he oído, sobre serme imposible materialmente, constituiría de mi parte un hecho tan delicado que embargaría la paz de mi conciencia, el sólo bien que ansío y al cual procuré acercarme cuando en forma respetuosa hasta el extremo, fui cerca de Su Excelencia, a pedir excusas por la falta de que, personalmente responsable, creo deber únicamente acusarme.

Y no supongo yo, perdóneme mi humilde opinión, que sin la investigación que Su Excelencia intenta, faltaría a la lealtad que es debida a la representación que tan merecidamente ostenta. Nunca he advertido, ni lo advertiría nadie, que se procure en nada menguar el prestigio de la Iglesia o del Sumo Pontífice. Las opiniones, comentarios,

etc. por mí oídos, tengo la seguridad, para tranquilidad de Su Excelencia, de que nunca estuvieron animados de un propósito disociador. Errores y pequeñeces errores más que todo, son nuestro pan diario en el común comercio con los hombres. Cuán difícil será acabar con estos desagradables estorbos, sobre los cuales pasan airosos los Principales de la tierra, y sobre todo los Príncipes de la jerarquía divina.

Perdóneme una vez más la molestia que a su corazón hayan llevado aquéllas mis palabras. La paternal bondad de Su Excelencia se mostrará también una vez más para conmigo queriendo olvidar este pasajero y lamentable detalle, que tanto ha afectado a su exquisita delicadeza, y que a mí me ha dado horas de amargura y decepción: amigos que se dicen míos seguramente, personas católicas con quienes acaso tenga un frecuente trato, son quienes, faltando a la caridad, han debido llevar a Su Excelencia noticia de estas circunstancias, que muy en razón lo hicieran dudar de mi cariño. Sus nombres no sé, pero en cambio en mis oraciones, titubeantes y flacas, he pedido y pido para ellos, las bendiciones del Señor.

Soy filialmente su muy aftmo. admirador y amigo,

MBI

Caracas, 26 de octubre de 1934

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
Presente

Estimado y querido Doctor:

Conservo todavía el más grato recuerdo de su actitud tan noblemente leal y tan edificantemente humilde, cuando la última visita que Ud. me hizo.

Reconocer su falta, deplorarla y pedir venia no podía granjearle, por parte de quien, aún más de Superior, siéntese Padre, sino que un amplio perdón y, si cabe, un crecido cariño.

Confiésole, sin embargo, que aquella conversación si, de un lado, mucho consuelo me causó, dejóme, del otro, en el alma no poca amargura ni leve preocupación.

Con encomiable sinceridad, atribuyó Ud. cierta prevención para con la Nunciatura Apostólica a no completo conocimiento canónico de su naturaleza y, también, a la influencia de "personas autorizadas".

Ahora bien, pasados ya varios días desde nuestro entretenimiento, después de haber reflexionado, y, por consiguiente, con el pleno dominio de mí mismo, sin ni siquiera rasgo alguno de pasión, siento imperiosa

la necesidad, diré mejor, la obligación estricta, de pedirle me decline el nombre de dichas personas.

Si, con su "auctoridad", tuvieron ellas tanto peso de influir en uno de los espíritus más cultivados y nobles que honren al seglarado católico venezolano, harta razón hay de temer que mucho más lo puedan en otros menos aptos a reaccionar, restando, así, preciosa adhesiones a la Representación Pontificia y creándole una fría atmósfera de disidencias y malevolencias.

Tomar, pues, simplemente nota de aquella declaración suya, resignarme pasivamente a que sigan las cosas en su cauce y no hacer de parte mía con tino y discreción, cuanto esté a mi alcance, para aclarar ideas y disipar prejuicios, equivaldría a traicionar la confianza que ha depositado en mí la Santa Sede.

Adquiere lo ante dicho tanto mayor valor, en cuanto no fáltanme motivos para opinar que las "autorizadas personas" a quienes Ud. aludía pertenecen a un gremio del cual tendría la Nunciatura especial derecho de esperar cooperación valiosa, y con respecto a cuyos miembros tiene ella particulares responsabilidades, ya por lo que atañe al presente, ya por lo que refiérese a futuras eventualidades.

No es a un vulgar espionaje, ní mucho menos, que yo le invito, si no a una saludable obra de clarificación, altamente transcendental para los superiores intereses de la Iglesia Venezolana.

¿Satisfacerá Ud. mi exigencia? Tendrá, no lo dudo, mérito insigne delante del Señor y podrá contar en el tacto y en la prudencia del Nuncio, quien evitará roces y escándalos, aún poniendo los remedios del caso, de acuerdo con el Prelado Diocesano, que está al tanto de todo y comparte integralmente sus puntos de vista.

¿Se negará, en cambio, a secundarla?

La amargura y preocupación, entonces, de que le hablado llegarán a más acentuados relieves y serán insanables: tendré, empero, frente a

Dios, frente a mis Superiores y frente a mi conciencia, la tranquilidad de haber cumplido con un ineludible, cuanto grave deber.

Caro Doctor Briceño Iragorry: nuestras personas privadas desaparecen en este momento y, por encima de ellas, se nos imponen sagrados valores, que forman el supremo afán de mi alma y, estoy seguro, también de la suya.

Bendiciéndole paternalmente, me le confirmo afectísimo en Cristo

Fernando Cento

Caracas, 28 de octubre de 1934.

Sr. Dr.
Mario Briceño Iragorry
Presente.

Estimado y querido Doctor M. Briceño I.

Recibo su carta y contéstola inmediatamente.

Resuelto, pero al mismo tiempo discreto, como debo y, cuanto esme posible, quiero ser, en el cumplimiento de mis deberes, tomo nota de sus declaraciones, sin ulteriormente insistir, seguro de que su prudente acción suplirá a cuanto yo tenía en mente de efectuar.

Permítome, además, hacerle unas observaciones:

1) El Superior, como el Juez, mi querido Doctor, debe contraerse prevalentemente al examen de los hechos; las intenciones pertenecen al foro interno, en que lee y juzga únicamente Dios: *"De internis non judicat Ecclesia"*...

2) Que yo debiera quedar amargado y preocupado por los hechos en cuestión, justifícalo harto elocuentemente la circunstancia de que, a lo menos *también* por efecto de la influencia de "personas autorizadas", esta Nunciatura Apostólica había perdido el contacto con un hombre del valor intelectual y moral del doctor Mario Briceño Iragorry.

3) No piense que alguien haya faltado a la caridad, porque el suscrito vino a saber de ciertas sus actitudes, las cuales eran demasiado patentes, para que le pudieran escapar: en todo caso, si, como no lo dudo, Ud. está realmente complacido de que con el Enviado del Augusto Pontífice reanudó, en buena hora, relaciones de filial gratitud para quien a ésto pudo contribuir. Y ojalá otras personas, más o menos "autorizadas", sepan, en asunto de tan alta trascendencia (en el cual —pláceme repetírselo— mi individualidad desaparece), imitar su encomiable humildad y franca lealtad.

Alentándole a trabajar con creciente fervor, para la dilatación del Reino de Cristo, paternalmente le bendigo y soy,

su afectísimo en Nuestro Señor

Fernando Cento

AQUILES CERTAD[1]

(1) AQUILES CERTAD MEJIA. 1915. Poeta, dramaturgo, ensayista, diplomático.

Caracas, mayo 30 de 1945

Sr. Don
Aquiles Certad
Cónsul de Venezuela
San José de Costa Rica.

Mi querido y recordado amigo:

Es muy placentero para mí contestarle su atenta y cordial carta de fecha 18 de mayo en curso, la cual leí con toda la atención merecida.

En ella pone Ud. de relieve el concepto puro y amplio que le merece la amistad. No podía esperar nada mejor y grato de un amigo de la calidad suya. Orgulloso me siento de contarlo entre las personas de mi cariño.

En verdad, estoy también de acuerdo en que no tenía necesidad de escribir la carta que publiqué en "El País" en legítima defensa al ataque tendencioso de que fue objeto mi persona, pero creí un deber el no quedarme callado ante esta infamia de mis detractores, ya que en los días en que vivimos se ha abierto una campaña tendiente a confundir a los hombres, y si, bien, mi actuación política es muy conocida y nada turba mi conciencia, estaba obligado a comparecer ante la opinión pública de la manera como lo hice para evitar dudas por parte de los suspicaces.

Mucho me honra, pues, los conceptos generosos de Ud. y me llena de íntimas satisfacciones saber que en ese hermoso país se me recuerda con cariño.

Lo abraza sinceramente su Aftmo. amigo,

MBI

San José, Costa Rica, 18 de mayo de 1945

Señor Doctor
Mario Briceño Iragorry,
Presidente del Congreso Nacional,
Caracas, Venezuela.

Mi querido amigo y Maestro:

Hace poco tuve el placer de escribirle felicitándolo por la merecida elección hecha en Usted para presidir el Congreso de la República.

Alquien de mi amistad me ha enviado desde Caracas la carta de Usted para Luis Troconis Guerrero. Y yo quiero ponerle a esa carta suya una posdata: entre la juventud limpia, física y moralmente, de Venezuela, su nombre ha sido siempre pronunciado con afecto y con admiración. No necesita Usted poner ejemplos ni testigos, porque su honradez, su lealtad, aun cuando ella sea para significarla por un régimen que no gozó de las simpatías de los jóvenes venezolanos, merece respeto. Yo he considerado que su carta es uno de los documentos más serenos y más valientes que se han publicado últimamente en nuestro país; y aunque también considero que no tuvo usted necesidad de exponer en público lo que sus amigos y los compañeros de su generación llevamos de usted en la conciencia, está muy bien que se aleccione en esa forma tan definitiva, tan valiente, a quienes agonizantes de envidia ven surgir en una Venezuela nueva e higiénica a los hombres que por su salud moral pueden respirar en ella. Siempre pasa eso,

mi querido Doctor Briceño, la mísera lanza de Longinos queriendo clavarse en el costado digno de los hombres.

Por lo que dice usted del aprecio que mereció su actuación diplomática en Costa Rica, tanto de los hijos de este país como de los venezolanos del régimen del General Gómez que aquí vinieron a vivir, puedo asegurarle que en año y medio que tengo de residir en este país jamás he oído para su nombre, para su actuación de Representante de Venezuela, sino los más justos y sinceros elogios. "A Mario Briceño Iragorry se le quiere y estima de verdad en este país" me dijo a mi llegada aquí el ilustre estadista Don Alberto Echandí, hasta hace poco Ministro de Relaciones Exteriores, recién fallecido en mala hora para Costa Rica.

Reciba un abrazo y la ratificación de mi amistad y sincero aprecio, de su amigo,

Aquiles Certad.

ANTONIO CHALBAUD CARDONA[1]

(1) ANTONIO CHALBAUD CARDONA. Coronel. Ministro de Guerra y Marina.

Julio 8 de 1937

Señor Coronel
Antonio Chalbaud Cardona
Caracas.

Mi querido Antonio:

Has venido guardando conmigo un gran silencio, que yo bien sé no es falta de aprecio para el amigo lejano, sino fruto de tus muchas ocupaciones. Ya llevo por acá más de un año, y me siento bien de salud. Vivo sin privaciones, aunque gastando lo que no puedo para dar debida representación al cargo con que me ha honrado el Gobierno.

Mi pensamiento está sin embargo fijo en la Patria y en su destino. Sigo el hilo de todos los acontecimientos de allá, y a veces me duelo de que no sean muchos los que estén dispuesto a secundar con la honradez debida los ideales políticos que informan el Programa de Febrero.

Supongo que al haberte sido dada la oportunidad hayas tenido para mí un buen recuerdo cerca del General López. Yo sé que él está satisfecho de mi labor, y así me lo ha hecho saber él mismo y también Rangel Lamus, que se ha venido comportando conmigo como un buen amigo, según siempre lo ha sido, pero tú sabes que muchos se ensimisman y olvidan a los otros.

Te ruego darle un saludo al General López y también un cordial abrazo a Isaías, lo mismo que a Esteban, Anselmi y Jones.

Con mis deseos porque todos los tuyos estén bien, te envío un cordialísimo abrazo.

Aftmo. amigo,

MBI

TULIO CHIOSSONE[1]

(1) TULIO CHIOSSONE, 1905. Abogado, historiador, escritor, académico, ex miembro de la Corte Suprema de Justicia.

Panamá, enero 22 de 1940.

Señor Doctor
Tulio Chiossone
Secretario de la Presidencia
Caracas.

Mi querido Tulio:

Te envío un cordial abrazo y mis mejores deseos porque te encuentres bien, en unión de la familia.

Hoy estuvo comentando conmigo Miguel Otero Silva la antojadiza sentencia de la Corte Federal a favor de los caseros. Has de saber que se siente satisfecho de ella. En su posición revolucionaria entiende, y con razón, que ese pronunciamiento favorece los planes militantes de quienes buscan afincamiento en el pueblo para su lucha política. Varias veces he sustentado la tesis de que los jueces aferrados a la menudencia de la casuística legal, cerrando las posibilidades a la justicia social, adoban el mosto de la revolución.

La torpeza de los jueces es buena aliada de la reacción violenta de las masas. Es insólito el hecho de que el pueblo grite ¡abajo la Corte! Tanto como gritar ¡abajo las instituciones! Limpia es la posición del Ejecutivo, empeñoso en mejorar la condición vital de nuestro pueblo, pero ante estos atentados de la Magistratura judicial, se hace necesaria una acción más enérgica y neta del propio Gobierno. Es algo de una trascendencia peligrosísima el dejar que las masas desesperen de los encargados de cuidar de su bienestar. El Ejecutivo está urgido de presentar

al pueblo una fórmula que reviva su confianza en la eficacia de una acción ordenada a su bienestar. Poseyendo poderes discrecionales en lo económico, tócale una actitud enérgica que mantenga los nexos entre el pueblo y la autoridad.

Cualquier laxitud en la posición del Gobierno tendría fatales consecuencias. Para nosotros, Abogados, y por añadidura idealistas, es algo espantoso ver cómo proceden los Jueces en una época de libertad. Durante la Dictadura se pensaba y se obraba en otra forma. No había libertad para que se exhibieran las personas en su entera talla. Se claudicó, se fingió, se obró bajo un sino que todo lo marcaba con la misma tinta. Miedo, conformidad, engaño, ignorancia, carencia de preparación, sea lo que fuere, pero la responsabilidad de nuestros actos estaba diluida en el propio ambiente social. Eramos partículas de un cosmos político, de cuyas leyes no pudimos sustraernos, por razones que sería imposible explicar. El hombre normal puede sufrir pesadillas durante la noche, pero las pesadillas en pleno día y en medio del goce de una amplia vigilia, es ya un caso que reclama calificativos tomados de la psicopatología. La Corte, mi querido Chiossone, es una pesadilla en medio de la agudizada vigilia de nuestra Patria. Nuestros errores sociales y aun personales de la Dictadura, son sueños tenebrosos de media noche. Con las brujas de Macbeth es posible que platiquemos y que aún oigamos sus consejos entre apretadas sombras. El medio día es para charlas con Ariel. En él podemos darnos a la misma empresa de enmendar a Calibán. Y lo peor es que la iluminada pesadilla de la Corte sirve para alentar los ímpetus feroces del rebelde discípulo de Próspero. Para alertarlos por medio de la desesperación. Una recta función social pide lo contrario. La injusticia sistematizada es el peor de los estímulos para avivar la rebelión de las masas. Suave rienda, en cambio, para guiar el carro de la República, es una justicia bien administrada.

Podríamos ser motejados de idealismo, pero con ello se nos pone una divisa preferible a muchas otras. De mí sé decirte que huelgo con ella.

Con mi mujer te saludo muy cordialmente en unión de María Teresa.

Te abraza tu afectísimo colega,

MBI

PEDRO CHIRINOS Y OTROS

Madrid, 13 de marzo de 1957.

Sres.
Pedro Chirinos, Rafael Urdaneta, Otto Vargas,
Simón Muñoz, José Machado Vizcarrondo, Lucas Rojas,
Emilio Pérez, Pedro Mejía, José Antonio Orta,
Jacinto Gómez, Enrique González, Félix Martínez Angulo.
Montevideo.

Muy distinguidos compatriotas y amigos:

La atenta y honrosa carta de ustedes me ha llenado de íntima satisfacción. A la quiebra de las varias generaciones venezolanas que han venido interveniendo en política desde 1936, sólo le pondrá remedio y ajuste una vigorosa conciencia en la juventud que hoy se prepara en los claustros universitarios para dignos actos de civismo. Ustedes desde esa egregia capital del mundo americano, hacen una justa llamada a un grupo de hombres maduros, que hoy padecemos exilio en razón del bárbaro sistema imperante en Venezuela. El anhelo de unidad que ustedes manifiestan me complace hondamente, puesto que creo con firmeza que sólo mediante un régimen de integración nacional puede llegarse a gozar nuevamente de seguridad y de libertad en nuestra sufrida Patria.

Tal vez en la motivación de la circular con que ustedes acompañan el proyecto de declaración, se dejó a un lado la autenticidad de dicho propósito unitario. Para que prospere de modo eficaz la idea de juntar

todos nuestros esfuerzos en un frente de lucha contra la dictadura, urge no fijar hitos ni hacer distingos que pudieran promover desavenencias lamentables. Basta hoy para que todos nos sintamos obligados a luchar asiduamente contra los déspotas que ultrajan a nuestro país, sabernos víctimas por igual de su sistema y sabernos, además, comprometidos con un deber de servicio impostergable hacia el suelo que nos dio un gentilicio obligante en el orden de la dignidad de América.

Yo no tendría obstáculo alguno en suscribir un documento en que aparecieran nombres como los de Gallegos, Villalba, Pizani, Sosa Rodríguez, Antonio Martín Araujo, Betancourt, Herrera Campíns, Pérez Guevara, Córdoba, Liscano y tantos otros distinguidos compatriotas como figuran en la invitación circulada por ustedes. Tal vez Gallegos, que sería el primero en firmar, —por su jerarquía, por su fama y por su edad— podría desvertir el documento de algunas frases cargadas del ardor transmitido por la fresca, digna y altiva sangre de ustedes.

Ojalá tenga suerte esta oportuna invitación de ustedes y pueda producirse, con muchas más firmas aún, un documento que exprese ante el Mundo la angustia padecida por los hombres y las mujeres libres de Venezuela.

Soy de ustedes affmo. amigo y compatriota,

MBI

CONDE DE MAYALDE[1]

(1) CONDE DE MAYALDE. Presidente del I Congreso Iberoamericano de Municipios.

Madrid, junio 20 de 1955

Excelentísimo Señor
Conde de Mayalde, Presidente del I Congreso
Iberoamericano de Municipios
La Ciudad.

Muy distinguido Señor Presidente:

Con el mayor interés he seguido todo lo relativo al Congreso de Municipios iberoamericanos, con tanto acierto reunido en Madrid. En realidad, se ha juntado en esta noble capital, como dijo atinadamente el Excelentísimo Señor Ministro Pérez González, "la gran familia municipal del mundo hispánico". Los magníficos discursos de apertura pronunciados por su Excelencia y por el Excelentísimo Señor Ministro de Gobernación, los he leído con verdadero deleite y aún con sentida evocación de venezolanidad.

En mis estudios de Historia de América he dedicado el mayor interés a los viejos Cabildos coloniales, donde a boca del Siglo XVI ya se puso en resalto el espíritu de autonomía del colonizador español. En mi país, la primera conmoción cívica fue motivada el año 1533 por la resistencia que opuso el Cabildo de Coro al Teniente de Alfínger, que pretendía seguir gobernando a la muerte del Gobernador.

He sostenido a lo largo de mis estudios de Historia que el ímpetu rebelde que llenaba la conciencia de América durante los años finales

del Siglo XVIII, no tuvo eficacia para el acto autodeterminativo hasta tanto no logró adueñarse de la voluntad de los Ayuntamientos. Nuestra revolución de Independencia comenzó en los Municipios. "Cuando el ciclo español se cierra en América", como dice su Excelencia, correspondió al discurso del Municipio expresar la voluntad de los pueblos. Sin embargo, al recordarlo, su Excelencia da preferencia de tiempo al movimiento de Buenos Aires sobre el movimiento de Caracas. Creí que los representantes del Concejo de Caracas en el Congreso de su dignísma presidencia, hubieran aclarado el caso, mas, en razón de no haber visto en la prensa nada al respecto, me tomo la libertad de dirigirle estas líneas, a las cuales me obligan tanto mi afición a los estudios de Historia como el hecho de haber ejercido el oficio de Cronista de la ciudad de Caracas.

En la "Gaceta Extraordinaria de la Regencia", correspondiente al 8 de agosto de 1810, se publicó por primera vez en la Península la noticia, ya conocida en Cádiz desde el 6 de julio anterior, de los sucesos ocurridos en Caracas el 19 de abril (Eran por demás lentas en aquel tiempo las comunicaciones entre España y sus provincias ultramarinas). Al ponderar el editorialista la lealtad de América a la política de la regencia, "sólo en Caracas, decía, unos pocos facciosos, ya conocidos por su carácter inquieto y turbulento, y mal contenidos por las disposiciones anteriormente tomadas, hallaron en esta crisis (*los sucesos peninsulares de enero),* la oportunidad que buscaban para sus miras ambiciosas". La "Gaceta" se refería a los célebres movimientos caraqueños de julio y noviembre de 1808, cuando se supieron en América los lamentables acontecimientos de Aranjuez y de Bayona

Sin que por nada implique que Buenos Aires copiase a Caracas, el movimiento del Sur se produjo un poco después, es decir, el 25 de mayo. El de Bogotá ocurrió el 20 de julio. Los tres fueron expresión de una conciencia uniforme, que conjugaba la vieja idea rebelde —en Caracas fracasada en 1797— con las razones autonómicas de Cabildos que, desconociendo las nuevas formas de la política peninsular, se apersonaron de la soberanía que recaía en el pueblo. Se produjo primero en Caracas la acción rebelde del Municipio, por cuanto el 18 de abril había llegado a la ciudad el Conde del Real Agrado, con noticia de los avances

de Napoleón y del traslado de la Regencia a la Isla de León; dichas noticias no llegaron a Montevideo sino el 13 de mayo, en una fragata procedente de Londres. Natural era que se produjese la acción donde primeramente llegara el estímulo.

La Revolución americana de Independencia tuvo, pues, su punto de partida en los sucesos caraqueños de 1810. Bolívar, al referirse más tarde a la vida de la vieja unidad colombiana, declaraba que el 19 de abril había nacido Colombia. En la cronología revolucionaria hispanoamericana jamás se ha desconocido a Caracas título que tanto la ilustra.

Al tomarme la libertad de hacer esta aclaratoria, quiero dejar constancia muy expresa de que no me mueve ningún sentimiento de barato cantonalismo. La Historia de América la he mirado en su carácter de totalidad funcional, como instrumento creador y mantenedor de las grandes síntesis que reclama la cultura del Nuevo Mundo. Las glorias de México y las glorias de Argentina las siento tan mías como las glorias de Venezuela. Considero delito de lesa patria poner en inútil discusión a los grandes varones que forjaron ayer nuestras repúblicas y preferir, sobre las poderosas circunstancias que nos unen, las naturales diferencias de geografía y de modos, con cuyo abultamiento huelgan los servidores de la desunión continental. En nuestra América hispánica he mirado siempre una fornida unidad moral cuya vigencia reclama celosa atención sobre los valores que integran el tuétano cuajado durante los tres siglos de gestación hispánica, cuya defensa presente pide tanto la acción constante y uniforme de los diferentes países, como la perenne fraternidad; en el plano de la gloria y del ejemplo, de los grandes próceres que ayer libraron las batallas de la libertad. Unidos Bolívar y San Martín, O'Higgins, Morelos, Santander y Martí, Artigas y Morazán, proseguirán en América la tutela de los grandes valores en cuyo nombre lucharon hasta alcanzar la fisonomía que nos distingue. Ampliado y clarificado el mismo concepto del triunfo, se sentirá, también, que con ellos ganó España una gran jornada en el campo de la Historia Universal.

He sostenido que la lucha separatista, lejos de constituir una ruptura de América con la sustancia de España, fue, por el contrario, un nuevo

testimonio de afirmación de los español. Al independizarse, las viejas Colonias de Indias no fueron contra España como hontanar de nuestra cultura; salvaron, en cambio, el destino de España en el Nuevo Mundo. Si la vieja España del absolutismo y del coloniaje holgó con las hazañas de Monteverde, de Boves, de Morillo y de Canterac, la España eterna ha mirado por mejores representantes suyos en el mundo imperecedero de las grandes ideas, que hacen la Historia, a los Bolívar, a los San Martín, a los Hidalgo y a los Martí. En la unidad presente de la gran familia hispanoamericana tienen palabra de mayor calidad los que ayer lucharon por la autonomía americana, —legítima derivación del espíritu insobernable del español—, que quienes batallaron heroicamente por defender una política ya insostenible en el cuadro de la realidad temporal.

Por cuanto fijar conceptos conduce a la mejor inteligencia de la Historia, me he atrevido a hacer a su Excelencia el presente comentario. Con decir que en Caracas se dio el primer grito del proceso continuo que culminó en Ayacucho con la emancipación del continente hispanoamericano, ni se desconocen los valiosos actos anteriores, que tuvieron aisladamente por teatro al Paraguay, a Lima, al Cuzco, al Socorro, y a Quito, ni menos aún se aminora en algo la fuerza y la autenticidad de los ejemplares movimientos de Buenos Aires, de Bogotá y de México. El extraordinario suceso caraqueño de 19 de abril de 1810 fue testimonio de un estado de gravidez cívica, que se expresó con igual fuerza en distintas ciudades españolas del mundo de las Indias, que habían logrado igual sensibilidad y madurez política. En el orden del tiempo Caracas resultó privilegiada con una primacía que le otorga sitio conspicuo en el procerato revolucionario. La ciudad lo ha exhibido permanentemente con singular orgullo. La República lo recuerda en la letra de su canción nacional. Los venezolanos nos recreamos con memorar lo que fuimos en aquellos grandes tiempos de libertad y de decoro republicano. Nos esforzamos, tambien, muchos patriotas por empatar la hebra que permita la prosecución de aquel orden magnífico de altivez cívica.

La preferencia que su Excelencia ha dado al 25 de mayo sobre el 19 abril, obedece a un motivo por demás lógico. Su Excelencia ha mirado

el calendario oficial de las naciones hispanoamericanas y halló que Argentina celebra como día nacional el aniversario del 25 de mayo de 1810 y Venezuela el 5 de julio de 1811. Razones en abundancia asisten, pues a quienes desde Europa consideran el 25 de mayo de 1810 como el inicio de la Revolución americana. Yo he propuesto en mi país el escogimiento del 19 de abril para celebrar en el orden diplomático la fecha natal de la República, tal como lo reconoce la propia Carta Fundamental. Hay, en efecto, un desacoplamiento entre la realidad histórica y la formalidad conmemorativa, por donde se explica la confusión de los hechos.

Con mis excusas muy respetuosas, expreso a su Excelencia los votos muy fervientes que hago por sus éxitos crecientes al frente del Municipio de Madrid y le ruego aceptar el testimonio de mi alta consideración personal,

MBI

CONCEJO MUNICIPAL DEL
DISTRITO FEDERAL

26 de agosto de 1952.

Señores
Presidente y demás Miembros del
Concejo Municipal del Distrito Federal
Presente.

Muy distinguidos señores:

Por considerar que a ello me obligan, tanto mis convicciones personales, como el deber que me impone mi oficio de Cronista de Caracas, me tomo la libertad de dirigirme respetuosamente a ustedes, en orden a exponerles las siguientes consideraciones:

Ha publicado en estos días la prensa de la capital una información referente a que la Comisión o Instituto a cuyo cargo está la ejecución de la Avenida "Andrés Bello" considera indispensable la demolición de las casas de Llaguno (Museo Colonial y Colegio Chaves). Esta noticia ha alarmado a numerosas personas preocupadas por el sentido y el valor de la ciudad antigua, lamentablemente destruida en la forma más desconsiderada.

No fue, en realidad, Caracas una ciudad que llegara al lujo arquitectónico de México, de Guatemala, de Quito o de Lima. Gran parte de la edificación del Siglo XVIII fue abatida por el terremoto nefasto de 1812. Pero sí dejó la Colonia edificios hermosos, que exhibían un estilo digno de ser conservado. El patio antiguo tenía un carácter fun-

cional de que carecen muchos palacetes modernos. Tanto como hoy, hubo ayer espíritus progresistas, que buscaron el natural desarrollo de la ciudad. Lamentablemente en épocas anteriores hubo un criterio restringido en relación con el progreso de la urbe. Jamás se miraron con amplitud de futuro los grandes problemas nacionales; menos se han podido ver con generoso criterio los problemas de las ciudades. Si Caracas hubiera planeado hace treinta o más años su progreso, no se daría el espectáculo desagradable de contemplar hoy una ciudad destruida sin lógica alguna. El Municipio ha debido fijar, cuando comenzó la edificación hacia el Este, el área antigua llamada a perdurar junto con la fastuosa ciudad que iniciaban las modernas construcciones. En las grandes capitales subsisten las edificaciones viejas al lado de las edificaciones modernas. Ello contribuye a dar mayor interés y colorido a las poblaciones.

Aquí no se planeó nada a tiempo, y las demoliciones no han respetado cosa alguna. A decir verdad, de las viejas construcciones coloniales ya no queda nada. Todo ha sido demolido sin consideración. Bien pudieron haber quedado en pie, por ejemplo, las hermosas casas del Conde de San Javier y del Conde de Tovar, que habían parado en propiedad del Estado, y las cuales nosotros vimos en todo su lucimiento hace cosa de veinte o más años. Y con éstas, cuántas casa más, de grandes fachadas, de elegantes portones y hermosas arquerías que testimoniaban el buen gusto de los constructores de la Colonia. Hoy apenas quedan en sus viejas bases las casas de Llaguno. La hermosura de sus frentes y la gracia de sus portones, amén de la armonía de sus columnas y arcos interiores, las han constituido en objeto de común admiración. Son ellas, desgraciadamente, los únicos testigos de una arquitectura que el descuido y el menosprecio de algunos urbanistas echó lastimosamente al suelo. Esta circunstancia obliga doblemente a la conservación de las casas que se intenta demoler.

Si es necesario un fuerte gasto para dar amplitud a la curva que tomaría en dicho sitio la Avenida, venga el gasto. Si se alega que es alta la suma, felizmente hay fondos abundosos en el Erario Público, con los cuales se atiende con frecuencia erogaciones menos urgentes. Una curva no desaira la vía ni la hacemos menos transitable. Por lo

contrario, las curvas sirven para frenar el ímpetu de quienes corren a toda máquina con peligro general del tránsito. Por otra parte, el torcido de la vía exhibiría en su pleno valor el acto de respeto que la ciudad nueva ha tenido para la ciudad vieja. Sería como la inclinación devota que se hace para saludar la majestuosa dignidad de los ancianos. Pasarían a ser ambas casas monumentos de la consideración del Municipio para los valores que se concretan en tan egregios edificios. Allí, en el Colegio Chaves, y a la par del Museo Colonial, la Ciudad podría fundar su propio Museo, solicitado por el público caraqueño con motivo de la reciente Exposición del viejo paisaje de Caracas.

Que las casas no sean de piedra ni ostenten un barroco de lujosas contorsiones, tampoco significa nada. Son nuestras casas. Son expresión de lo que dio nuestro pueblo antiguo. Son lo que queda por testimonio de un viejo esfuerzo de arte y por modelo de la cómoda, agradable y placentera edificación colonial. Sin desmerecer del criterio de otros, creo que la permanencia de estas bellas casas en la hermosa Avenida "Andrés Bello", sería expresión de que tenemos buen juicio. Justamente Bello recomendaba juicio a nuestros pueblos.

Que esta modesta opinión esté en disconformidad con la técnica moderna, no lo dudo. Pero, en cambio, está afincada en un hondo sentimiento de celo por la tradición de la ciudad y comparte con el pueblo de Caracas una sentida preocupación del momento. Hay una voz secreta que pide un poco de respeto y de consideración para los valores que hacen la unidad de los pueblos.

Yo ruego a ustedes admitir este escrito como un ingenuo testimonio de mi devoción por Caracas y como prueba de mi interés por servir las funciones del cargo con que en alto grado me ha honrado el Municipio.

De ustedes atento compatriota,

MBI

LUIS CORREA[1]

(1) LUIS CORREA. 1889-1940. Ensayista, poeta, crítico literario, periodista.

San José, junio 22 de 1937

Señor Don
Luis Correa
Caracas.

Hermano Luis:

Al fin vino una carta tuya. No creas que yo haya hecho uso del derecho que me reconoces de calificarte mal. Bien me probó tu cordial tarjeta desde Chile, que no habías echado en olvido al amigo y compañero ausente. De otra parte, la inquietud venezolana justifica con sobra el descuido en responder una o varias cartas. Si lamenté tu silencio, hoy huelgo con el propósito que me manifiestas de ser frecuente en tus gratísimas letras.

En extremo me contentó tu designación para la Oficina de la Prensa. Eres casi un Ministro de Propaganda, pero un poco avaro con esta Legación, que apenas ha recibido dos de tus noticiarios. Caracciolo me dijo que hablaría contigo en orden a algunas sugerencias mías respecto a la publicidad para el exterior. Vienen noticias "caseras", de minucias que apenas interesan o exposiciones de orden administrativo y político, que si resultan valiosas para uno desde el punto de vista venezolano, no sirven para la publicidad que reclaman los periódicos. Veo en la Legación de Colombia el servicio de noticias que remite la Oficina de Propaganda, y es aquello algo que orienta y sirve para mantener vivo el interés del público hacia el País.

Nuestra Academia veo que ha decaído, a juzgar por lo raquítico del Boletín. Eso no lo extraño, pues era fenómeno que yo esperaba ver concluido. Recordarás la observación de Taine en la "Vida de Tito Livio", cuando explica el auge de la literatura histórica de Roma en la época de Augusto, como consecuencia de la quiebra de la libertad, y por ende de la oratoria. Con el nuevo régimen es natural que en Venezuela el esfuerzo intelectual se ambiente en el presente y no busque el "asilo" del pasado. Creo que ni tú ni yo seamos historiadores temperamentales; lo hemos sido a la fuerza. Cuanto hubiera preferido yo en lugar de inquirir la pesada historia de los fundadores de Trujillo, estudiar las causas del hambre y del atraso de nuestro pueblo. Nuestro ciclo histórico, de extrema brillantez, debiera servirnos ahora para estudiar, con irradiaciones hacia el presente, lo que no es característico como nacionalidad. Creo que nada contribuiría tanto a nuestro progreso institucional como revivir la rota tradición de nuestra primera manifestación histórica en América: nuestro sacrificio colectivo por la libertad. Pasar de los hombre-símbolos a la idea. No vivir de la gloria que cubrió a nuestros héroes, sino crear en la masa la conciencia de que aún estamos en deuda con aquella idea que motorizó el alba de la República. Estamos urgidos de definir un concepto altruista, guiador, que se encime a nuestro individualismo disolvente. Nosotros dimos la espalda a una gran idea, llamada a acoplar nuestra labor ciudadana: la de que fuimos como pueblo quien más luchó por la libertad en el suelo americano, y al luchar por la libertad, luchamos tambien por la dignidad humana. Después... allá la historia explica la razón de nuestra militarismo, causa de las dictaduras seriales, que nos han puesto al margen de toda creación idealista. Pero esa ataraxia nuestra para todo lo que sea un atisbo de idealidad, debemos hoy hacerla a un lado, y eslabonar nuestro presente con aquella vieja tradición de sacrificio por la libertad, que es la esencia del espíritu. Nuestra generación desafortunada tiene todavía una oportunidad de hacer algo. En la hora de nuestra madurez, podemos aún dar savia a frutos perdurables. Vivamos colectivamente, es decir, vivamos un poco hacia "fuera". Rompamos la falsa, por superpuesta, tradición de egoísmo, y vamos a la realidad resueltamente, unidos en un gran propósito de que en años no lejos se vuelva a decir que Venezuela es el solar clásico de la libertad, y no la caverna donde se aminora la estatura humana.

Olvidemos la hora en que Vallenilla Lanz, con talento ejemplar, buscó razones en nuestra Historia para legitimar los pasados regímenes de fuerza; en cambio extraigamos de ese mismo pasado, polifacético, toda aquella rica virtualidad de nuestra vida cívica que sea capaz de llevarnos a la estructuración de un simbolismo público que sirva de vindicación de nuestros hechos y de normas para la vida por venir. Sobre los símbolos bélicos, coloquemos el ideario de nuestros grandes patricios. Explotemos a Mendoza, a Peñalver y a Vargas. Soldemos la cadena, rota por nuestro egoísmo y por las necesidades de una hora triste, cuyos primeros eslabones se forjaron, en la fragua de Vulcano, sino en los crisoles de Minerva. Debemos colectivamente vivir lal vida ciudadana en que pensaron los Padres de la República. Ganémonos al fin la Democracia armónica que fue norte de aquellos hombres, aún no sustituidos. Y así la Historia, lejos de ser algo muerto, se tornará en amable realidad, volverá a ser carne viva. Y Venezuela, como te dije antes, podrá ser de nuevo el solar clásico de la libertad de América, ganada, no ya en luchas campales, sino en recia disciplina colectiva. Y esa historia nueva, mi querido Luis, la trabajaremos no entre viejos infolios, sino en medio de la luz del día, en plena calle, entre las masas sufridas de esperar contra la esperanza.

Acaso sonrías de mis pensamientos, quizá pienses que desentone con mi ideología, mas si juzgas con serenidad, llegarás a comprender que al expresarte estas mis ideas me mantengo alejado de aquella idea de democracia, rayana en demagogía, que siempre he censurado en muchos compatriotas nuestros, prometedores de nubes cuando han reñido con los Gobiernos, y rápidos para aplicar la ley del cabestro cuando les ha tocado formar parte con la autoridad. Has de saber que aún sigo detestando a nuestros detestables "liberales", fautores de dictaduras, y que tan enemigo soy de la Liga de Defensa contra el Comunismo como del Partido Liberal Amarillo.

A varios colegas de la Academia he pedido presenten como Correspondiente a Don Jorge Lines, distinguido arqueólogo, cuyos trabajos he enviado allá. Ninguno, ni Caracciolo, me ha respondido nada. ¿Serías tú capaz de satisfacer esta aspiración mía?

De Luis Sucre he tenido cartas escritas en un elocuentísimo silencio. Te ruego le saludes de mi parte, el igual de los colegas que mantienen el prestigio de nuestra cara Casa.

Para Margot y los tuyos un cordial saludo.

Te abraza cordialmente, tu aftmo amigo:

MBI

LEOPOLDO CORREA[1]

(1) LEOPOLDO CORREA. Hijo de Don Luis Correa. Ahijado de MBI. Diplomático.

Madrid, 26 de noviembre de 1955

Sr. D.
Leopoldo Correa
Valparaíso

Mi querido Leopoldo:

Tuve el gusto de recibir tu última carta y con ella los recortes de dos artículos publicados en "El Mercurio". De tu carta me agradó mucho saber de Mayobre y del Mono. Este último me tiene en olvido hace más de dos años. Le he escrito y no responde.

He pensado mucho en tu insinuación respecto a una actitud rectificadora de mi carta a Andrés Iduarte. Lo que yo pudiera rectificar en relación a Acción Democrática y su gente, ya está hecho. En el orden personal lo probé con mi ida inicial a San José de Costa Rica, donde se me recibió con reservas. Sólo Leoni asumió una actitud de inteligencia. Me he escrito con Ricardo Montilla y he discutido cordialmente con él, sobre viejos puntos políticos. He visto a Gonzalo Barrios: espíritu amplio y generoso. Para Gallegos he tenido deferencias a las cuales él no ha correspondido. Con el grupo joven de Mejía Palazzi, Machín, César Hernández, Lepage, he cultivado la más comprensiva amistad. Acá hablé largo y tendido con Luis Augusto Dubuc. De mi vieja amistad con Cecilia Núñez Sucre y con Ana Luisa Llovera, nada he de decirte. En el terreno literario, mi libro "Sentido y Vigencia del 30 de Noviembre" fija una posición que rectifica lo que hay de

rectificable en mi vieja posición de contendor de AD. También en algunos periódicos de AD se me han prodigado elogios y Rómulo Betancourt me expresó su adhesión amistosa cuando el atentado de que fui víctima el año pasado. En el terreno personal yo también me he mantenido en posición discreta, así tampoco él haya hecho nada público que desvirtúe las calumnias que me regaló en "Bohemia" y que después recogió en libro.

Yo me mantengo en actitud unitaria y rectificadora. No soy estructuralmente hombre de odios, menos para aquellos compatriotas que sufren mi misma suerte frente al despotismo venezolano. Ah, si tu supieras todo lo que yo me callo en relación con pequeñas traiciones, con menudas interferencias de mi propia literatura revolucionaria, con denuestos despiadados contra mi nombre, hechos públicos en México, cuando aún no habían cicatrizado las heridas infligidas en mi rostro por la barbarie perezjimenista. Pues todo ese pequeño mundo de pequeñeces y de diatribas, yo lo he sabido callar, para no aumentar una discordia que hoy sirve de pedestal a los verdugos de Venezuela. En Costa Rica dije a Raúl Leoni que la falta de inteligencia entre la oposición a la dictadura ayudaba al déspota actual, como la desavenencia de los antigomecistas ayudó eficazmente al viejo Caudillo. Tres años hace que vivo y sufro mi destierro, y durante ellos he procurado servir a la causa de la concordia entre la gente que adversa al déspota. Quizá nadie viva más calladamente que yo. Por otro lado, nadie, fuera de Betancourt, ha sido más injuriado, más calumniado, más vejado, más ultrajado que yo por la prensa de la tiranía. Estos ultrajes, esos vejámenes, esas calumnias, esas injurias, cuyos orígenes nadie conoce mejor que los altos dirigentes de AD, deberían, por el contrario, servirme de títulos para merecer el respeto de mis antiguos adversarios.

Calladamente hago en Madrid una vida apartada y modesta. Poco a poco he llegado a ser el venezolano menos visible de cuantos vivimos en España. Preferí ser dueño de un pequeño apartamento, a ser dueño de un coche. En mi apartamento hago mi vida recoleta, entre libros y papeles. Salgo a lo necesario a la calle. Cultivo escasas amistades. A nadie ofendo. Tampoco aspiro otra cosa que a recobrar algún día mi destrozado hogar. No me mueve ambición alguna. Esa pequeña

política de halagos, de compromisos, de lisonjas, de componendas, no la cultivo. Mi sola política consiste en hacer cada vez más decoroso mi destierro. Estoy jugando las últimas cartas de mi juego político y tengo la seguridad de que ganaré la partida, por cuanto me he apuntado al color que hace perder las oportunidades para el éxito material.

Creo que no estoy precisado a hacer una rectificación respecto al fondo de mi carta a Iduarte. Aquel documento lo hice de buena fe. Personalmente no injurio en él a nadie. Critiqué duramente a un Partido, para cuyos hombres he tenido después el homenaje de respeto que merece su sufrimiento. Recientemente en París Rómulo Gallegos habló con grande sinceridad del error del 18 de octubre. En otras oportunidades ha hablado también de las dificultades que el propio Partido le presentó cuando gobernaba. Ese es el fondo de mi carta. Posiblemente yo abulté, por la emoción de la contienda, el tono del discurso. El error mío estuvo en haber aceptado ingenuamente el razonamiento de los militares alzados el 24 de noviembre. Esto creo haberlo rectificado con creces. Ahora, si en lo personal yo he ofendido a alguien con alguna calumnia o con algún denuesto, estoy a la orden para pedirle perdón.

Imaginarás la alegría que ha traído a nuestro hogar la venida de María y Miguel Angel. La netezuela es un pozo de miel que me ayuda a mitigar tantas penas.

Para tu mujer y tus hijos nuestros cariñosos recuerdos.

Te abraza tu affmo. Tío,

Mario

Viña del Mar, 21 de noviembre de 1955

Mi querido tío Mario:

Esta mañana regresé de Santiago en donde estuve por diez días y ha sido muy grato para mí encontrarme con su cartica del 6 de los corrientes. Espero que haya recibido los recortes de "El Mercurio" con los artículos suyos. Hoy le envío dos que fueron publicados en este mes. Solamente me quedan por publicar "La Espada de Bolívar" y los dos que me remitió últimamente. En Santiago estuve con el Mono González, con Héctor Mujica y con Mayobre. Ellos me encargan saludarlo y Mayobre me prometió escribirle. De Jóvito supe al fin; y en su larga carta para mí, tiene para Usted el mejor de los conceptos. Por Jóvito supe también de Ignacio Luis Arcaya a quien creía en España. Hablando aquí, con amigos suyos que lo aprecian sinceramente, consideran conveniente que usted escriba una carta rectificando, si le es posible, los puntos contenidos en su mensaje para Andrés Iduarte. Debe advertirle que, muchos de los que usted citaba en su aludido mensaje, están hoy perseguidos por la dictadura, y otros, con mucha tristeza de nuestra parte, no sólo colaboran, si no que, aplauden y justifican, los asesinatos del sapo. En fin, querido tío Mario, su pluma, con la brillantez de siempre, nos dejará oír ese nuevo mensaje de esperanza para los que hoy nos sentimos tan deprimidos. Mucho me complace que María y Miguel Angel estén con ustedes. Dígale a Miguel Angel que pasé un buen tiempo con Régulo, de quien conservo los mejores recuerdos. Su prisión aparte de la injusticia que ella representa, le ha servido de mucho a Régulo, porque ha templado su espíritu y ha po-

dido estudiar idiomas, historia, literatura, etc, cosas que, lo han ayudado a soportar su desgracia. Para mí Régulo fue un buen amigo y un excelente compañero y no pierdo las esperanzas de verlo pronto en libertad. Para Doña Pepita un cariñoso saludo y usted querido tío Mario, reciba un estrecho abrazo de quien mucho lo quiere.

Leopoldo

HECTOR CUENCA[1]

(1) HECTOR CUENCA. 1897-1961. Poeta, ensayista, periodista, profesor universitario, abogado, odontólogo, diplomático.

Madrid, 12 de febrero de 1955

Sr. Dr.
Héctor Cuenca
Caracas.

Mi querido amigo:

Tuve el gusto de recibir tu expresiva carta de diciembre pasado, que tiene para mí el precio que la da tu amistad y el significado que adquiere cuando la pongo a la par de las cartas que no llegaron de otros amigos. También tuve unas líneas muy cariñosas de Pastor Oropeza.

Tu poema me pareció estupendo como obra de arte, mas lamentable como testimonio pesimista. Calandre me dijo que esa actitud frente a nuestro viejo mal es algo que perjudica mucho. También yo tuve un infarto y mantengo un estado de "angor" continuo; sin embargo, yo procuro moverme y olvidar mi mal. En un hombre de tu temple no hay razón para esa entrega. No estamos tan viejos. Apenas empezamos a caminar los deliciosos senderos de la madurez plena. Hemos de vivir como si tuviésemos garantía de doblar la esquina del centenario. Para ello nos presta ayuda la atención que forzosamente hemos de poner en la convivencia obligada con una enfermedad incurable. No olvides el sabio consejo de Calandre: descansar antes del cansancio y seguir caminando. Justamente sobre mi escritorio tengo un ladrillo de cerámica que dice: "Quien anda despacio anda bien, quien anda bien anda mucho". Despacio, pues, seguiremos nuestra vía con fe,

con entusiasmo, con alegría. Espero en breve el poema de la superación, donde aparezca la consigna de Schiller que sirvió a Beethoven de *Leitmotiv* para la Novena Sinfonía: "A la alegría por el dolor". A nosotros, hombres de fe, nos es preciso pensar tambien que estos golpes recibidos en nuestra salud y en nuestra vida toda, entran en el área que San Bernardo llama "misericordia espantosa" del Señor, que nos avisa y nos proteje de peligrosos pasos.

No olvides escribirme de vez en cuando. Hace falta la palabra leal de los amigos. Pepita y Beatriz se me unen cordialmente para abrazarte con la querida Tita.

Tuyo aftmo amigo,

MBI

Caracas, el 26 de febrero de 1955

Señor Doctor
Mario Briceño Iragorry
en *Madrid.*

Mi querido Mario:

¡Qué alegría ésta de recibir carta tuya! ¡Pero qué de dificultades para poderte escribir con la frecuencia que quisiera! En el primer párrafo de tu carta me dices de "las cartas que no llegaron de otros amigos..." No los culpes. Sé de un querido amigo común, a quien llevaron a la Seguridad por el sólo delito de haberte escrito. Allí lo tuvieron hasta las 9 de la noche, con la consiguiente alarma de su familia, y al dirigirse por fin a él, la entrada fue más o menos así: "Tenemos la copia de la carta que usted le escribió al Doctor Briceño Iragorry. ¿Por qué le escribe usted a este señor?" Desde luego que nuestro amigo le dijo que lo hacía porque, sencillamente, era tu amigo. Entonces parece que han tratado de polemizar con él respecto de las calidades democráticas que el decía, posees tú. Después mediante diligencias especiales cerca del MRI se logró que la cosa no pasara de allí. Cuando me contaron esto, me preparé para sufrir yo también la misma "investigación". Pero conmigo esto no ocurrió afortunadamente. Así es que no culpes a esos "otros amigos" que viven en Venezuela, y aquí tienen sus fuentes de vida (o de muerte...).

Cuando personalmente llevé la carta que te dirigía a la Oficina de Correos, luego de haber sido recibido el Certificado e inutilizadas las co-

rrespondientes estampillas, el empleado se dio cuenta de que mi carta estaba cerrada con una tirilla adhesiva que no es posible desprender sin romper el sobre, y entonces me dijo que estaba prohibido recibir cartas certificadas cerradas en forma, y volviendo a tomar el recibo que me había dado me devolvió la carta. Fue entonces cuando días después la incluí, tal como estaba (con estampillas y tirilla adhesiva, así cerrada) en otro sobre, acompañándola de un papelito de última hora, en el que te explicaba el por qué de la nueva cubierta, haciéndola certificar nuevamente. Supongo que así la recibirías, bajo doble cubierta y en la forma que te explico.

También te incluía en mi carta original una carta para el Doctor Antonio Martín Araujo, rogándote la hicieras llegar a su destino, pues no sabía yo la nueva dirección del amigo Doctor Araujo. Como nada me dices de esto te agradeceré que cuando me escribas me digas si enviaste la carta a su destino, pues en ella le incluía además un cheque por 50 dólares, y nada sé de su recibo.

No sabes cómo te aprecio el comentario que me haces de mi "Reloj de Piedra". En realidad es un poema pesimista, pero no de pesimismo mío, sino invalidez "recetada" por los médicos... Ahora, habiendo dejado un poco de lado a los médicos y las medicinas, me siento completamente recuperado, y debo, como bien me lo dices, escribir el poema de la superación, que indudablemente estoy debiendo. Ya lo escribiré y lo conocerás.

En días pasados estuve en Maracaibo, y me traje una excelente impresión de la Universidad. Yo creo que Leonardi, que tanto vale, ha logrado que la Universidad deje por fin atrás la etapa política, y avance resueltamente hacia su verdadero destino. El camino apenas empieza, pero veo al Instituto avanzar con paso firme ahora. En cambio, mi querido Mario, qué mal veo nuestra querida Universidad Central...

Yo tratando de emprender algo, pues tengo el presupuesto fallo; pero todavía no sé qué debo hacer. Estoy estudiando las posibilidades de emprender alguna industria nueva en el país. Ya veremos.

En días pasados estuvo en Caracas María. Pero no tuvimos la suerte de verla, porque teníamos Rufina y yo una tremenda gripe en esos días, con fiebre y demás molestias, y cuando por fin pude irla a ver, no estaba, yéndose al siguiente día. Supimos que estaban tanto ella como Burelli, muy felices en su matrimonio, y con muchos deseos de verlos siempre. Ya me figuro cómo sería para esa maravillosa "muchachita", para esa perfecta hija, la noticia de la cobarde agresión de que fuiste víctima. Cuánto la hemos pensado.

Bueno, mi querido amigo, junto con Tita recibe en unión de Pepita un abrazo muy estrecho de quien no los olvida. A Beatriz la bendecimos con el mayor afecto. Tu afectísimo amigo,

Héctor Cuenca

P. S.: El 24 de diciembre te dirigí, lo mismo que al Doctor Fernández, un radio de felicitación de Navidad. ¿Lo recibiste?

Castelló, julio 21 de 1956

Mi querido Héctor Cuenca:

Me apena mucho la idea de que no hayas recibido mis respuestas a tus cartas y aún más que alguien te hubiese dicho que las cariñosas tuyas no habían llegado a mis manos. Nada de eso. Muy bien guardadas las tengo como testimonio de una amistad veraz. La reunión del grupo "Seremos" me llena de satisfacción y de nostalgia. La idea de un homenaje a Rogelio Illarramendi la considero justa y noble. Yo desde muy niño admiré a este recio escritor. Me complace la resolución de editar las obras completas de Baralt. En la "Revista Literaria de Ambos Mundos", de la cual tenía en mi biblioteca 4 tomos, he leído cosas de Baralt. Yo escribí una nota sobre Don Rafael María en mi librín "Gente de Ayer y de Hoy", que está en Edime. En el Boletín de la Academia de la Historia (año 1942) está mi trabajo "Pasión y triunfo de dos grandes libros", en el cual doy cuenta de las circunstancias que condujeron al remate desastroso de Atlas y libros. Creo que la presidencia de la Junta editora te corresponde por mil títulos. Grases es trabajador y conoce muy bien nuestra bibliografía. Lástima que sea tan mal amigo.- Con Ramón Gómez te envié mis libros "Saldo" y "La Hora Undécima". Te voy a echar por correo un paquete con mis nuevos Responsos. No me pongo a tus órdenes para lo [que te] interesara sobre Baralt en Madrid, por el hecho de ser yo un escritor prohibido en el régimen del "nuevo ideal nacional" y además, por que no quiero que Pedro Grases tache mi nombre, como lo tachó para la distribución de Bello. Me complace verte en plena lozanía literaria.

Tus discursos llenos de fe, me hacen ver que ya superaste el pesimismo del infarto. Tómame de ejemplo, y perdona la modestia. No puede ser peor mi situación ni puede estar tan desmejorada tu salud como la mía. Yo soy, en realidad, un inválido. Sin embargo, me ves con optimismo. Todos los días escribo algo. No tendrá valor ni público lo mío, pero en ello pongo mi voluntad de servir. Con Pepita y mis hijos abrazo a Rufina con todo cariño y unido a ellos te abrazo cordialmente. Tuyo aftmo.

MBI

Altamira, el 10 de julio de 1956

Señor Doctor
Mario Briceño Iragorry,
en *Madrid.*

Mi querido Mario:

Es esta la tercera carta que les escribo después del cablegrama último, en el que les manifestaba sorpresa por el nuevo infarto sufrido por Mario. No es que esté reclamando contestación a mis dos anteriores, sino que me gustaría saber que todas las cartas han llegado a tus manos, pues en días pasados me encontré con una amiga de ustedes y me dijo que tú no habías recibido carta mía, desde hace algún tiempo.

Recibí tus 2 Responsos a Emmet Till. Si has publicado algún otro de estos Responsos no lo he recibido. Bajo cubierta aparte por certificado te envío el folleto en el que el Círculo Zuliano de Escritores recogió mis dos últimos Discursos: el pronunciado en Maracaibo, en el acto solemne de la inauguración del Círculo, y el que pronuncié en la AEV en el 25 aniversario de la muerte de Semprum.

Por Lucila supimos que ya María había tenido su nueva niñita. Que Dios la bendiga y la cuide. Me imagino como estarán de "cluecos" los abuelos. A alguno de la casa que me escriba diciéndome de cada uno. ¿Qué es de Miguel Angel? ¿terminó sus estudios jurídicos en Italia? ¿Y Pepita? ¿Beatriz? ¿Las Marías? Por la noticia de Lucila veo

que seguirán las Marías, con la nueva María Adela. Ojalá que nos enviaran una fotografía para siquiera conocerla por control remoto.

En días pasados instalamos la Comisión Asesora de las Obras Completas de Baralt, dividida la Comisión en dos Secciones: la de Maracaibo y la de Caracas. En la de aquí estamos Grases, Edgard Sanabria, el Padre Barnola y yo. La Presidencia me cayó a mí y la Secretaría a Grases. Lo primero que hemos pensado es en formar una Sección Baraltiana en la Biblioteca de la Universidad del Zulia, para reunir allí todo cuanto pueda conseguirse de Baralt como de lo que sobre Baralt se haya escrito. Además nos ocupamos en ir organizando un fichero bibliográfico de Baralt, y Grases ha quedado encargado de hacer sacar en microfilm el material baraltiano que pueda existir en la Real Academia Española, en Madrid.

En viejas publicaciones del Zulia he encontrado aún cartas desconocidas de Baralt, como es la insertada en La Semana Literaria (de Manuel Dagnino), 1890, y dirigida por Baralt desde Cádiz allá por el año 42 a un tal M.L.I., habiendo ya investigado que se trata de Miguel Iriarte Lezama, antiguo Redactor del periódico "La Mariposa", de Maracaibo. Esas publicaciones antiguas tienen el inconveniente grave de aparecer todo allí publicado bajo pseudónimo, o bajo sólo iniciales, o en forma anónima. Y entonces es necesario hacer toda una incursión histórica para saber de quién se trata en cada caso. Allí está, por ejemplo, La Oliva, primera revista literaria que se publicó en Venezuela, en Caracas, timoneada por José Luis Ramos y en la que colaboraban otros grandes ingenios, pero todos agazapados tras de simples iniciales.

Ojalá, Mario, pudieras darme una lucesita respecto a la publicación que hiciste sobre Baralt y el cuento de su "Historia", en el diario El Universal. Tenía, o mejor tengo, ese recorte, pero no he podido encontrarlo y me interesa hacerlo conocer. Además creo que tú has publicado algo más sobre Baralt, y debemos coleccionar todo esto para ese estante baraltiano de la Biblioteca de la Universidad del Zulia. Ojalá también me dieras datos sobre trabajos de otros relacionados con nuestro ilustre Autor.

El pasado sábado reunía en casa a los "seremos" que actualmente viven en Caracas. Los invité para que conversáramos de esos lejanos tiempos, treinta años ha, y para que volviéramos a vivir la vieja alegría de aquellos días. A la hora de la champaña yo les leí unas palabras de ofrecimiento, que en copia te acompaño. Fue una noche inolvidable! Ojalá que los compañeros pusieran en obra las ideas que en mis palabras les comunico. Por lo pronto, me parece que estarán dispuestos a echar adelante el homenaje que les propongo para Rogelio Illarramendy. Rogelio es ya lo que queda de la generación de ARIEL, y está en la voluntaria prisión de su casa, de la que no sale jamás. Entre viejos papeles y viejos libros, en un desorden bibliográfico que lo ahoga, escribe siempre para la prensa. El Universal y Diario de Occidente publican sus colaboraciones. 76 años pesan ya sobre esa vida, pero aún tiene Rogelio una rebeldía quemante, que le mantiene en pie el ya gastado espíritu.

¿Como va tu salud? ¿Cómo van tus afanes? Estas preguntas podría contestarlas alguno de los tuyos, si es que tú pudieras sufrir cansancio al escribir.

Rufina les envía junto conmigo un abrazo muy estrecho a todos. Tu afectísimo amigo.

Héctor Cuenca

INDICES DEL VOLUMEN 20

INDICE ONOMASTICO

Abreu, Juan José: 265.
Academia de la Historia: 502, 690, 691.
Academia Mexicana de la Lengua: 489.
Acción Democrática (AD): 51, 52, 53, 55, 93, 104, 251, 310, 341, 415, 421, 486, 584, 695, 696.
Acevedo, Isidoro: 518.
Acosta Blanco, Polito: 617.
Acosta, Cecilio: 114, 436, 495, 617.
Acosta, José: 295, 297.
Acosta, Julio: 179.
Acosta Saignes, Miguel: 117, 187.
Adam, Gregorio: 31.
Adriani, Alberto: 264.
Africa: 48, 160, 432, 438.
El agachado: 114.
Agorácrito: 366, 367.
Aguado, Pedro de: 468.
Aguirre Elorriaga, Manuel: 193, 195.
Ahora (Diario. Caracas): 373, 377.
Alajuela (Costa Rica): 377.
Alamo, Antonio: 197, 202, 203, 223.
Alemania: 231, 234.
Alfinger, Ambrosio: 386, 675.
Alfonso XIII (España): 286.
Allesandri Rodríguez, Jorge: 473.
Alto Perú: 216.
Altuve Carrillo, Leonardo: 207, 209.
Alvarado, Lisandro: 494.
Alvarado Quirós, Alejandro: 211, 215.
Alvarez Feo, Federico: 205, 219, 221, 239, 243, 244, 246.
Alvarez Feo, José: 244.
Alviárez, Germán: 617.
Amazonas: 444.
América: 119, 127, 154, 160, 162, 174, 215, 216, 370, 378, 385, 386, 393, 435, 479, 509, 536, 624, 642, 672, 675, 676, 677, 690.

América Central. Véase: *Centroamérica.*
América del Norte: 176.
América Latina: 8, 19, 21, 22, 28, 61, 62, 64, 66, 67, 235, 297.
Alegría de la tierra de MBI: 64.
Ameghino, Florentino: 459, 468, 478, 479.
Anacleto (Obispo): 440.
Andrade, Ignacio: 203.
Andresote: 140
Andueza Palacio, Raimundo: 205.
Angrisano, Humberto: 247, 249, 256.
Antioquía (Turquía):439.
Antofagasta (Chile): 368.
Antoniutti, Ildebrando: 257.
Anzola Carrillo, Antonio: 261, 263, 270.
Apolo: 204.
Aquiles (Mit.): 467.
Aragón (España): 435.
Araña, ? (Cnel. Guatemalteco): 72.
Aranguren de Briceño, Beatriz: 416, 417, 419, 422.
Aranjuez (España): 676.
Araujo, Antonio Martín: 22, 272, 275, 672, 706.
Araujo, Benigno: 502.
Araujo, Pancho: 502.
Arbenz, Jacobo: 68, 70, 71, 72, 73.
Arcaya, Carlos: 23, 628.
Arcaya, Ignacio Luis: 22, 23, 41, 277, 279, 282, 418, 698.
Arcaya, Pedro Manuel: 460, 463, 565.
Arce, Manuel José: 214.
Archivo General de la Nación: 116.
Arciniegas, Germán: 143, 159, 162.
Areilza, José María: 283, 285.
Arévalo, Juan José: 69, 70.
Argelia: 97.
Argentina: 63, 71, 253, 478, 479, 677.
Arias Blanco, Rafael: 128, 287, 289, 291.
Arias Paz, Edmundo: 295.
Arias, Tomás: 299, 301.
Ariel (Mitol.): 263, 569, 668, 712.
Arismendi Brito, Pedro: 203.
Aristeguieta, Manuela: 28.
Aristiguieta, Jesús María: 415, 416.
Aristóteles: 106, 148.
Arkansas (EE.UU): 174.
Arráiz, Antonio: 303, 305.
Arroyo Lameda, Eduardo: 93, 307, 309, 310.
Artigas, José: 677.
Asia: 17, 48, 160, 479.
Asia Menor: 438, 440.
Así fue de [Diego Labarta; seud. de Ramón Ignacio Méndez Llamozas]: 200, 221, 228, 236, 237, 238.
Así no fue de José Antonio Quintero: 200, 221, 236.

Asís (Italia): 68.
Ateneo de Trujillo: 503.
Atlántico (Mar): 534, 642.
Augusto (Emperador): 301, 690.
Austria: 473.
Avenida "Andrés Bello": 683, 685.
Avila (Montaña. Caracas): 386, 387.
Aviso a los navegantes de MBI: 13, 493.
Ayacucho (Batalla): 216, 678.
Ayala Duarte, Crispín: 313, 315, 316, 318, 319.
Ayala, Hernán: 537.
Ayala, José Ramón: 526, 527.

Babilonia: 439, 446, 447.
Bachiller Munguía (seud.). Véase: Churión, Juan José.
Baldó, José Ignacio: 223, 228.
Balmes, Jaime: 431.
Banco Atlántico: 357.
Baptista, Leopoldo: 321, 323.
Baptista, Leopoldo (hijo): 325.
Baralt, Rafael María: 426, 442, 443, 452, 453, 708.
Barcelona: 548.
Barcelona (España): 273, 509.
Barnola Duxans, José: 331, 335.
Barnola Duxans, Pedro Pablo: 327, 329, 334, 335, 337, 343, 711.
Barquisimeto: 353, 412, 421, 548.
Barrabás: 265.
Barrios, Gonzalo: 53, 56, 695.
Batalla de Las Queseras: 436.
Batalla de Niquitao: 436.
Batista, Fulgencio: 135, 140.
Bayona (Francia): 676.
Becerra, Delfín: 347, 349.
Becerra, Ricardo: 502.
Becerra, Simón: 169, 279, 417.
Beethoven, Ludwig Van: 704.
Bélgica: 473.
Belice: 62.
Bello, Andrés: 214, 583, 591, 708.
Benítez Fontúrvel, Críspulo: 351, 353.
Berdejo Casañal, Eduardo: 355, 357, 361.
Bernal, Juan José: 31.
Bernanos, Georges: 86.
Berti, María Teresa: 270.
Betancourt, Rómulo: 51, 52, 179, 180, 182, 240, 263, 265, 369, 370, 376, 377, 379, 380, 525, 564, 576, 672, 696.
Betancourt Valverde, Virginia: 378.
Bethlehem Steel Company: 63.
Biaggini, Angel: 52.
Biblioteca de La Universidad del Zulia: 711.
Biblioteca Nacional: 453.
Bilbao (España): 279.
Blanco, Andrés Eloy: 51, 53, 56, 383, 385, 388, 390, 392, 397, 563.
Blanco Fombona, Rufino: 461.
Blanco, José Félix: 467.

Blanco Meaño, Rosario: 393, 394.
Blay, León: 419.
Boconó: 431, 449, 548.
Boecio: 128.
Bogotá: 18, 55, 189, 191, 209, 280, 335, 354, 389, 407, 409, 485, 486, 584, 586, 598, 614, 676, 678.
Bohemia (Revista. La Habana): 696.
Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Caracas): 708.
Bolívar, Dionisio: 44.
Bolívar (Estado): 305.
Bolívar, Simón: 20, 21, 22, 61, 63, 66, 114, 117, 119, 140, 173, 214, 216, 269, 285, 286, 311, 370, 401, 426, 427, 432, 433, 436, 444, 557, 642, 677.
Bolivia: 62, 478.
Bolonia (Italia): 336.
Bonaparte, Napoleón: 677.
Borges, Carlos: 412.
Boulton, John: 350.
Boussingault, Jean Baptiste: 329.
Boves, José Tomás: 28, 436, 678.
La brasa en el pico del águila [i.e.cuervo] de R. Gallegos: 167.
Brasil: 62, 88, 101, 107, 253, 460, 469, 608.
Briceño, Alfonsina: 464, 468.
Briceño, Antonio Nicolás: 357, 426, 436.
Briceño Aranguren, Antonio Nicolás: 416.
Briceño Aranguren, Gabriela: 419.
Briceño Casas, Jesús: 461, 464.
Briceño, Corina de: 416.
Briceño Iragorry, Graciela: 270, 398, 422, 485, 490, 628.
Briceño Iragorry, Leopoldo: 270, 416, 459, 546.
Briceño Iragorry, Marcos: 274, 275, 416.
Briceño Iragorry, Mario: 25, 33, 191, 236, 237, 240, 242, 253, 254, 255, 281, 332, 368, 374, 462, 469, 478, 524, 535, 547, 561, 565, 570, 578, 588, 589, 593, 608, 652, 653, 660, 698, 705.
Briceño Iragorry, Omar: 395, 397, 398.
Briceño Picón, Beatriz: 416, 704, 707, 710.
Briceño Picón, Jesús Omar: 147, 405, 407, 414, 417, 546.
Briceño Picón de Burelli, María: 274, 401, 464, 491, 492, 498, 629, 697, 698, 707, 710.
Briceño Picón, Raymond: 524.
Briceño Picón, Roberto: 416, 419, 420.
Briceño Picón, Rodrigo: 420.
Briceño, Sancho: 435.

Briceño Uricoechea, María Eirene: 416.
Briceño Valero, Américo: 423, 425, 437, 438, 459, 463, 465, 477, 481, 494.
Briceño Valero, Jesús: 457.
Briceño Valero, Manuel: 428, 437, 448, 456, 457.
Briceño Valero, Rosalía: 461.
Brinsmade, Roberto Furgot: 139.
Brucculeri, Padre: 94.
Buenos Aires: 79, 297, 676, 678.
Burelli Briceño, María Adela: 711.
Burelli Briceño, María Guadalupe: 498.
Burelli Rivas, Miguel Angel: 250, 256, 274, 420, 421, 483, 485, 488, 489, 491,492, 629, 697, 698, 707, 710.
Burelli Rivas, Régulo: 492, 698, 699.
Bustillos, Rufa Silvia: 499, 501, 502.

El caballo de Ledesma de MBI: 20, 113, 154, 195, 493.
Cabildo: 385, 386.
Cabildo de Coro: 675.
El Cabito. Véase: Castro, Cipriano.
Cabo de Hornos (Chile): 451.
Cabrera Malo, Rafael: 567.
Cabrices?: 420.
Cáceres de Arismendi, Luisa: 28.
Cádiz: 676, 711.
Caifás: 320.
Calandre, ¿: 703.
Caldera, Rafael: 23, 25, 41, 93, 179, 182, 340, 345, 415, 505, 507, 513, 514, 518, 519, 522, 530, 532, 537, 538, 539, 541, 549, 550, 551, 553, 554, 556, 557, 558, 567, 570, 571, 572, 579, 580, 582, 584, 585, 586, 590, 591, 593.
Calderón Guardia: 201.
Calibán (Mitol.): 263, 569, 668.
Calles, Plutarco Elías: 473.
Calvino, Italo: 63, 189, 366, 554, 572.
Calvo Sotelo, José: 518.
Camargo, Antonio Ignacio: 504, 595, 597, 598.
Canal de Panamá: 642.
Canal de Suez (Egipto): 97, 142, 143.
Cannes (Francia): 273, 275.
Canterac, José de: 678.
"Canto a España" de A.B. Blanco: 387.
Cañas, José María: 213, 215.
"La capa de Andrés Bello" de MBI: 593.
Capriles, Armando: 421.
Caracas: 11, 21, 29, 31, 33, 46, 54, 61, 63, 64, 68, 71, 79, 102, 111, 118, 125, 127, 128, 140, 168, 179, 189,

191, 195, 240, 244, 246, 249, 250, 267, 289, 291, 297, 309, 318, 324, 325, 329, 332, 337, 341, 349, 372, 380, 385, 387, 388, 390, 402, 410, 420, 421, 425, 438, 459, 466, 486, 488, 492, 513, 517, 521, 522, 524, 527, 531, 536, 538, 541, 543, 546, 550, 556, 561, 567, 574, 580, 582, 585, 586, 588, 591, 593, 598, 599, 603, 607, 608, 612, 613, 614, 628, 641, 650, 653, 657, 659, 667, 676, 678, 683, 684, 685, 689, 703, 705, 711, 712.

Carbonell, Diego: 601, 603, 608.
Carbonell, Luis Manuel: 608.
Carta a Andrés Iduarte. Véase: **En desagravio de Venezuela.**
Caravaggio, Michelangelo: 112.
Cárdenas, Román: 237.
Carlos I (de España): 435.
Carnevali, Alberto: 30, 267, 317.
Carnevali, Atilano: 54, 264, 609, 611, 614.
Carrasco, Tomás: 615, 617.
Carrasquero, Manuel María: 114.
Carrera, Rafael: 69.
Carrillo, Alfonso: 301, 619, 621, 622, 623, 624.
Carrillo, Alí: 617.
Carrillo Batalla, Tomás Enrique: 625, 627, 628.
Carrillo Márquez, Pedro: 631, 633.
Carujo, Pedro: 114.
Casa del Escritor: 598.
Casa León, Antonio: 140.
Casa León y su tiempo de MBI: 583.
Casares, Julio: 635, 637.
Casas, Bartolomé de las: 467.
Casas, Pancho: 502.
Castelar, Emilio: 22.
Castelio, ?: 554.
Castellanos, Juan de: 461.
Castellanos, Rafael Ramón: 502.
Castilla (España): 386, 435, 642.
Castillero, Ernesto de J.: 639, 641.
Castillo Armas, Carlos: 135.
Castro, Cipriano: 93, 118, 265, 218, 340, 412, 552.
Castro Guevara, Julián (amigo de MBI): 414.
Catedral de Trujillo: 503.
Cathrein, P.: 523.
La catira de C. J. Cela: 360.
Catolicismo y socialismo del P. Cathrein: 523.
Caulín, Antonio: 468.
Cela, Camilo José: 357, 360.
Cento, Fernando: 645, 647, 652, 654.

Centroamérica: 55, 64, 69, 70, 71, 136, 215, 236.
Centurión Guerrero, Manuel: 451, 452, 467.
Certad, Aquiles: 655, 660.
Cibeles (Mitol.): 42.
Cicerón: 152.
Circulo Zuliano de Escritores: 710.
Civiltá Cattólica (Revista. Roma): 88, 96.
Claudel, Paul: 91.
Claudio (Emperador): 440.
Club Venezuela: 527.
Cobbet, (escritor inglés): 44.
Colegio Chaves: 683, 685.
Colegio Sucre (Caracas): 523.
Coloma, Pepe: 412.
Colombia: 17, 101, 107, 134, 143, 159, 162, 210, 237, 309, 353, 370, 408, 409, 460, 461, 589, 677, 689.
Colón, Cristóbal: 119
Comité Pro Paz y Democracia: 488, 490.
Compañía de Jesús: 337, 344, 345, 467.
Compañía Guipuzcoana: 139.
Comuneros de El Socorro: 436.
Concejo Municipal del Distrito Federal: 681, 683.
Conde del Real Agrado: 676.
Conde de Mayalde: 673, 675.
Conde de San Javier: 684.
Conde de Tovar: 684.
Conferencia de Bogotá: 388.
Congo: 474.
Congreso de Municipios Iberoamericanos: 675.
Constantino: 440.
Convención de Valencia: 104, 576.
Copei: 14, 16, 22, 23, 330, 421, 584, 586, 589.
Córdoba,?: 269, 672.
Corea: 17, 18.
Correa, Leopoldo: 693, 699.
Correa, Luis: 687, 689.
Corredor, Rubén: 417.
Corte Federal y de Casación: 267, 553, 565, 566, 667.
Cortés Castro, León: 621.
Cortés de Madariaga, José: 467.
Cosas sabidas y cosas por saberse: 495.
Costa Rica: 18, 64, 200, 213, 229, 339, 366, 376, 486, 535, 536, 565, 621, 633, 660, 696.
Creón de Tebas: 218.
El crepúsculo de la filosofía de G. Papini: 605.
Crespo, Joaquín: 118, 202, 204, 340.
Cristo: 29, 67, 87, 126, 127, 183, 292, 315, 320, 342, 344, 354, 410, 411, 427, 435, 446, 470, 472, 473, 474, 475, 494, 509, 568, 599, 600.
Cuba: 18, 21, 469.
Cúcuta (Colombia): 236.
Cuenca, Héctor: 350, 701, 703, 708, 712.

Cuernavaca (México): 392.
Cuervo Márquez, Carlos: 460.
Cumaná: 14, 345, 548.
Curazao: 416.
Curso de apologética de Devivier: 439.
Cuzco: 678.
Chaco (Paraguay): 532.
Chacón, ?: 270.
Chalbaud Cardona, Antonio: 661.
Chalbaud Cardona, Esteban: 114.
Chamberlain, Arthur Neville: 622.
Chaumer, Enrique: 385, 397.
Chesterton, Gilbert Keith: 522, 535, 560.
Chiarlo, ? Nuncio: 339.
Chile: 62, 368, 375, 689.
China: 18.
Chiossone, Tulio: 665, 667, 668.
Chipre: 97.
Chirinos Lares, Rafael Enrique: 268.
Chirinos, Pedro: 669, 671.
Churión, Juan José: 560, 564.

Da Fonseca, H. Rodrigues: 473.
Darío (rey persa): 366.
Da Vinci, Leonardo: 414.
Deahumbert, ?: 605.
El Debate (Maracaibo. Diario): 265.
Delgado Chalbaud, Carlos: 53.
Delgado Chalbaud, Miguel: 526.
Delgado, Lucía: 274.
Delgado, Matías: 214.
Las Delicias (Maracay): 225, 543.
Deloffre?: 55.
Departamento de Estado (EE.UU): 488, 490, 491.
Derecho del trabajo de R. Caldera: 580.
De Venanzi, Francisco: 421.
Dialectos indígenas de B. Tavera Acosta: 481.
Diario de Occidente (Diario. Maracaibo): 712.
Díaz, José Domingo, 8.
Díaz Sánchez, Ramón: 502.
Diccionario de la lengua española: 360.
Diez del Ciervo, ?: 269.
Diez, Julio: 16, 39, 40, 279, 280, 281.
Dirección de las escuelas primarias de A. Briceño Valero: 472.
Donelly, ?: 139, 401, 412.
Don Quijote de la Mancha: 97.
Dos responsos a Emett Till de MBI: 710.
Doumergue, ?: 234.
Duboins, Rafael: 604.
Dubuc, Enrique María: 90.
Dubuc, Luis Augusto: 417, 695.
Duque Gómez, Luis: 192.
Dulles, John Foster: 61, 66, 70,

71, 142.
Echandi, Alberto: 660.
Eden, Anthony: 97.
Efialtes: 319.
Egaña, Manuel: 52.
Eisenhower, Dwight D.: 86, 135, 140, 142, 173.
Elementos de Arqueología cristiana de Marucchi: 439.
Embajada de Venezuela (Bogotá): 585, 588.
Emparan, Vicente: 543.
En desagravio de Venezuela de MBI: 309.
Enrique IV (de Francia): 106.
Erasmo de Rotterdam: 521, 572.
Ercilla (Editorial): 369.
Ernst, Adolfo: 493.
Escalante, Diógenes: 52.
El Escorial (España): 33.
Escocia: 469.
Escuela de Humanidades de la ULA: 492.
Escuque (Trujillo): 431, 449.
La Esfera (Caracas. Diario): 268, 525.
"La espada de Bolívar" de MBI: 698.
España: 26, 33, 125, 215, 285, 446, 451, 452, 473, 495, 509, 624, 676, 677, 678, 696, 698.
La Española. Véase: *Santo Domingo, R.D.*
España-Vaticano de ?: 31.
El Espectador (Diario, Bogotá): 584, 585, 590.
Espinal, Valentín: 338.
Esquilo: 319.
Estados Unidos: 13, 14, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 27, 41, 66, 70, 72, 73, 74, 127, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 142, 143, 168, 173, 174, 253, 325, 410, 432, 434, 469, 491.
Estocolmo: 427.
Estrada Cabrera, Manuel: 69.
Estrada, Pedro: 26, 27, 55, 180, 273, 336, 409, 411, 412, 417.
Europa: 8, 18, 28, 33, 54, 119, 140, 147, 160, 231, 235, 301, 479, 489, 491, 566, 572.
Ezequiel: 167.

Falcón (Estado): 15, 460, 461.
Fantoches (Semanario. Caracas): 550, 564.
Faure,? (político francés): 86.
Febres Cordero, Foción: 23.
Febres Cordero, Tulio: 114, 460.
Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV): 562.
Felice Cardot, Carlos: 408.
Felipe II (de España): 435, 470.
Fernández, Edmundo: 41, 53, 250.
Fernando VII (España): 358.
Figueras, Guillermo: 353.
Florencia (Italia): 68, 605.

Fonseca, Amílcar: 460, 463, 468.
Fonseca Viso, ?: 223.
Francia: 81, 86, 103, 140, 143, 233, 234, 419, 473.
Francisco José (de Austria): 538.
Frank, Waldo: 143.
Frente Electoral Independiente (FEI): 418.

Gabaldón Márquez, Arnoldo: 44, 270.
Gabaldón Márquez, Joaquín: 414, 421, 422.
Gabaldón Iragorry, José Rafael: 54, 68, 266, 268, 269, 369, 375, 398, 508, 521, 529, 548, 557, 558, 561, 562, 564, 565, 575, 576.
Gaceta Extraordinaria de la Regencia: 676.
Gafo, José de: 518.
Galavís, Félix: 222.
Gallegos, Rómulo: 47, 52, 53, 55, 56, 57, 135, 167, 169, 182, 388, 695, 697.
Gálvez, Manuel: 214.
García Hernández, Manuel: 79, 80, 82, 169.
García Maldonado, Alejandro: 268.
García Monge, Joaquín: 266, 270, 376.
García, Ramón Alirio: 317.
Garibaldi, Giuseppe: 81.
Génova: 8,173, 179, 291, 380, 420, 501.
Gente de ayer y de hoy de MBI: 708.
Gentile, Giovanni: 498.
Geografía del Estado Trujillo de A. Briceño Valero: 463.
Gerona (España): 29.
Gestapo: 28.
Gil Borges, Esteban: 269.
Gil Fortoul, José: 494.
Gilig, Felipe Salvador: 468.
Ginebra: 68, 85, 86, 87, 280.
Gobernación de Caracas: 598.
Goethe, Johann Wolfgang: 117.
Gómez, Eustoquio: 226.
Gómez, Jacinto: 671.
Gómez, Juan Vicente: 27, 54, 93, 119, 200, 221, 222, 223, 224, 225, 227, 230, 238, 241, 250, 264, 268, 338, 340, 341, 392, 407, 409, 411, 412, 431, 486, 514, 520, 552, 557, 660.
Gómez, Laureano: 107.
Gómez, Ramón: 708.
Gómez Ruiz, Luis Emilio: 489, 613, 614.
González Amezúa, Agustín: 637.
González Cabrera, Jesús ("El Mono"): 695, 698.
González, Félix: 671.
González, Hernán: 30, 317.
González Paredes, Ramón: 502.
González, Ricardo: 408.
González, Rubén: 30.
González Videla, G.: 390.
El Gráfico (Diario. Caracas): 390.

Gran Bretaña: 18.
Gran Capitanía General de Provincias Unidas de Venezuela: 598.
Gran Colombia: 370.
El gran pecado de Venezuela: 461.
Grases, Pedro: 708, 711.
Grecia: 366.
Green, Julien: 497.
Gregorio XVI: 74.
Grocio Hugo (teólogo): 439.
Guárico (Estado): 15, 254.
La Guajira: 464.
Guatemala: 18, 59, 61, 63, 64, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 96, 199, 221, 229, 460, 621, 622, 623, 683.
Guayana: 63, 430, 432, 433, 443, 447, 450, 451, 452, 453.
Guayana Inglesa: 333.
Guillermo de Austria: 120.
Guillermo II (Alemania): 231.
Gumilla, José: 468.
Gutenberg, Johannes: 458.
Gutiérrez, Silvio: 408.
Guzmán, Antonio Leocadio: 576, 577.
Guzmán Blanco, Antonio: 31, 241, 265, 338, 569.

La Habana: 22, 106, 209.
Hamlet: 225.
Harriman, ?: 253.
Haya de la Torre, Víctor Raúl: 22, 103.
Henríguez, Edmundo: 273.
El Heraldo (Diario. Caracas): 56, 402.
Los hermanos Karamazov de Fedor Dostoievski: 148.
Hernández, Alberto: 269.
Hernández, Jesús: 695.
Hernández, José Gregorio: 604.
Herrera Campíns, Luis: 340, 672.
Herrera, Gustavo: 16.
Herrera, Pancho: 416.
Hidalgo, Miguel: 678.
Hispanoamérica: 286.
Historia de Bartolomé de las Casas: 433.
Historia de los símbolos de la patria panameña de Ernesto J. Castillero: 641.
Hitler, Adolfo: 534.
Holzner, ? Padre: 343.
Horacio: 301, 317.
La hora undécima, de MBI: 111, 113, 116, 117, 154, 339, 708.
Horas de MBI: 428.
Humboldt, Alexander Von: 426, 443, 453.
L'Huomo Finito de G. Papini: 605.
Hungría: 143, 159, 161, 353.
Hussein, ?: 143.

Iberoamérica: 62.
Iduarte, Andrés: 52, 53, 309, 586, 695, 697, 698.
Iglesia de San José: 401.

Illaramendi, Rogelio: 708, 712.
Imperio Británico: 622.
Indonesia: 18.
Inglaterra: 134, 140, 143, 233, 434, 473.
Instituto de Relaciones Latinoamericanas: 297.
Internacional Comunista: 374.
Introducción a los estudios históricos de Langlois: 442.
Iriarte, Joaquín: 334.
Irisarri, Antonio José: 63.
Islandia: 432.
Isla de León: 677.
Islas Malvinas: 63.
Italia: 231, 344, 473.

Jamaica: 81.
Jefferson, Thomas: 19, 23, 66, 174.
Jesús: 607.
Juan del Camino (Seud.): 266.
Julio César: 85, 412, 436.
Junta de Gobierno (1958): 421.
Junta del Cuatricentenario: 597.
Junta Militar de Gobierno (1948-52): 310, 486.
Jurado, León: 222.

Kant, Emmanuel: 415.
Kefauver, ?: 253.
Kierkegaard, Sören: 11.

Lacoste, ? (ministro francés): 140.
Lactancio: 127.
La Florida (Caracas): 492.
Laín Entralgo, Pedro: 637.
Landaeta, Irma: 617.
Lander, Luis: 566.
Lara (Estado): 15, 530.
Lara, Jacinto: 444.
Lara Peña, Pedro José: 531, 532, 535, 540, 559, 575.
Lares, José Antonio: 460.
Latinoamérica: 16, 72, 73, 86, 105, 233, 354.
Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño de MBI: 357, 360.
Lecturas venezolanas de MBI: 329, 461, 464.
Lecuna, Vicente: 411.
Legación de Francia: 538.
Lenin (Vladimir Ilich): 18.
Leonardi, Homero: 706.
Leónidas: 319.
Leoni, Raúl: 53, 695, 696.
León, Ramón David: 411.
León XIII: 148, 496.
Lepage, Octavio: 617, 695.
Ley del trabajo: 553.
El Liberal (Diario. Bogotá): 585, 589.
Liberalismo y comunismo de G. Marañón: 565.
Libro de San Michele de A. Munthe: 369, 376.
Liceo "Andrés Bello": 14.
Liga de Defensa Anticomunista: 517, 691.
Liga de Defensa Nacional: 526, 527, 570.
Lima: 621, 678, 683.

Limón (Costa Rica): 236.
Lincoln, Abraham: 19, 23, 66, 173, 174.
Lines, Jorge: 691.
Liscano, Juan: 672.
Liscano, Tomás: 521, 573.
Livingstone, David: 432.
Lizardi, Ramón Ignacio: 289, 341
Llaguno (Esquina): 683, 684.
Llorens Torres, Luis: 139.
Llovera, Analuisa: 52, 392.
Llovera Páez, Luis Felipe: 254.
Lobo, Fernando: 101.
Lombardi, P.: 125.
Londres: 18, 274, 677.
López, Casto Fulgencio: 502.
López Contreras, Eleazar: 27, 93, 200, 221, 222, 223, 224, 225, 227, 230, 236, 237, 341, 369, 375, 401, 407, 485, 528, 529, 663.
López de Mesa, Luis: 624.
López Méndez, Luis: 496.
López Orihuela, Dionisio: 23.
López, Rafael Ernesto: 268.
Loreto Arismendi, José: 43.
Losada, Diego de: 311.
Luciano de Samosata: 113.
Lutero, Martín: 427.

Macbeth: 668.
MacCarran, ?: 133.
McCarthy, ?: 66.
Machado, Antonio: 35.
Machado, Gustavo: 182.
Machado Vizcarrondo, ?: 671.
Machín, Jesús María: 695.
Madison, James: 66.
Madrid: 8, 11, 32, 33, 39, 51, 55, 61, 62, 79, 85, 89, 94, 105, 111, 125, 133, 139, 147, 159, 165, 209, 249, 250, 259, 273, 275, 279, 285, 289, 329, 332, 335, 337, 349, 353, 357, 360, 379, 392, 401, 402, 405, 414, 417, 492, 591, 593, 597, 627, 637, 675, 679, 695, 696, 703, 705, 708, 710.
Málaga (España): 315.
Malenkoff, Gheorghi: 18, 71.
Mammona: 518.
Mancini, Jules: 502.
Mandeville, ? (escritor): 91.
Manrique, Gustavo: 226.
Maquiavelo, Nicolás de: 365.
Maracaibo: 265, 421, 479, 542, 548, 598, 706, 710, 711.
Maracay: 225, 548.
Marañón, Gregorio: 559, 565, 566.
Marcel, Gabriel: 91.
La Mariposa (Periódico. Maracaibo): 711.
Marco Aurelio: 215.
Mármol. ?: 268.
Márquez Añez, Martín: 254.
Márquez B., César Augusto: 617.
Márquez Bustillos, Victorino: 54, 431.
Martí, José: 22, 173, 209, 370, 502, 677, 678.
Martínez, ? (Obispo de Mé-

xico): 71.
Martínez Angulo, Félix: 671.
Martínez, Leoncio ("Leo"): 550, 564.
Martínez, Manuel: 563.
Marx, Karl: 20, 148, 519, 622.
Maryland (EE.UU): 434.
Matute, Santos: 204.
Maury, Emilio: 415.
Mayobre, José Antonio: 695.
Mazzei Carta, Oscar: 254.
Medina Angarita, Isaías: 27, 51, 52, 53, 93, 103, 279, 310, 311, 350, 375, 402, 407, 486, 583, 663.
Mejía Alfonso: 239.
Mejía Palazzi, Gilberto: 695.
Mejía, Pedro: 671.
Memorias de J.B. Boussingault: 329.
Mendoza (Argentina): 375.
Mendoza, Cristóbal: 267.
Mendoza, Cristóbal de: 691.
Mendoza, Eugenio: 319, 350.
Mendoza, Luciano: 340.
Mensaje sin destino de MBI: 13, 44, 88, 113, 117, 134, 255, 339, 491, 493.
El Mercurio (Diario. Santiago.): 695.
Mérida: 25, 250, 524, 548, 598, 605, 608.
Mesanza, Andrés: 31, 335, 336.
México: 51, 63, 71, 85, 88, 94, 133, 297, 460, 469, 489, 628, 677, 678, 683.
Miami (Florida): 39, 252.
Mibelli, Elbano: 563.
Michelena, Arturo: 349, 415.
Mijares, Augusto: 502.
Milán (Italia): 420.
Minerva (Mito.): 691.
Miqueas: 167.
Miranda (Estado): 15.
Mistral, Gabriela: 143.
Moeller, Charles: 494.
Mollet, Guy: 97.
Monagas (Estado): 15.
Monagas, José Gregorio: 241, 605.
Monagas, José Tadeo: 241.
Monroe, James: 22.
Montes de Oca, Salvador: 29, 31, 289, 338.
Monteverde, Domingo: 392.
Montevideo: 22.
Montilla, Ricardo: 51, 52, 53, 54, 55, 695.
Mora, Inés de: 213.
Mora, Juan Rafael: 213.
Morales, Carlos: 319, 543, 563, 564, 565.
Mora, Manuel: 378.
Morán, Manuel: 350.
Morantes, Pedro María (Pío Gil): 32.
Morazán, Francisco: 214, 677.
Morelos, José María: 677.
Moreno, Félix Román: 254.
Moreno, Miguel: 53.
Morillo, Pablo: 28, 436.
Moscú: 62, 73.
Motivos de MBI: 428, 458.

Movimiento de Organización Venezolana (ORVE): 529.
Moxó, Salvador de: 28.
Mujica, Héctor: 698.
Munsterberg, Hugo: 112.
Munthe, Axel: 369.
Muñoz, Simón: 671.
Murillo, Jorge: 417.
Murillo Toro, ?: 136.
Museo Colonial: 683, 685.
Mussolini, Benito: 266.

Nabucodonosor: 439.
El Nacional (Diario. Caracas): 189, 192, 305, 491.
Napoleón el pequeño de V. Hugo: 81.
Nasser, Gammal Abdel: 142.
NATO: 18.
Navarrete Borges, Juan Antonio: 452, 453.
Navarro, Nicolás Eugenio: 48, 338, 414.
Némesis de Agorácrito: 366.
Nerón: 440.
Neruda, Pablo: 390.
The New York Times (Diario): 135, 297.
Nicaragua: 64, 70, 74, 135.
Nieves, Castor: 30, 317.
Nixon, Richard: 96.
Noriega, Xenón: 253.
Noruega: 469.
Novena Sinfonía de L. van Beethoven: 704.
Nucete Sardi, José: 502.
Nuestra Señora del Valle: 342.
Nueva Andalucía: 467.
Nueva Esparta (Estado): 464.
Nueva Orleáns (Loussiana): 603.
Nueva Umbría de J. De Ocampo: 461, 464.
Nueva York: 147, 159, 165, 251, 279, 281, 323, 420, 485, 614, 627.
Nueva Zelanda: 432, 434.
Nuevo Circo: 252, 393.
Nuevo Mundo: 521.
Nuevo Reino de Granada: 598.
Núñez de Balboa, Vasco: 641, 642.
Núñez, Enrique Bernardo: 502.
Núñez Ponte, J.A.: 431, 604.
Núñez Sucre, Cecilia: 379, 695.
Nuremberg (Alemania): 102.

Obras selectas de MBI: 249, 256.
L' Obsservatore Romano (Roma. Diario): 260, 597.
Ocampo, Juan de (Seud. de Rafael Bolívar Coronado): 461.
O'Higgins, Bernardo: 66, 677.
Olaechea y Leiziaga, ? (Arzobispo de Valencia): 19.
O'Leary, Daniel Florencio: 502.
La Oliva (Revista. Caracas): 711.
Olivares, Régulo L.: 267, 375.
Omaña, Wilfrido: 30, 317.
Oreamuno de Jiménez, Esmeralda: 213.

Orellana, Carlos: 617.
Organización de las Naciones Unidas (ONU): 159, 160, 161, 162.
Organización de Estado Americanos (OEA): 22, 72, 135.
"Origen de los habitantes precolombinos del continente americano" de A. Briceño Valero: 459.
Oropeza, Pastor: 421, 422, 502, 703.
Orta González, Juan: 446.
Orta, José Antonio: 671.
Ortega Martínez, Luis: 246, 622.
Ortega, Ulises: 20, 169, 417.
Orve (Caracas. Diario): 268.
Osorio, Oscar: 19.
Ostos, Tulio: 617.
Otáñez, Aureliano: 141, 408.
Otero Silva, Miguel: 667.
Oviedo y Baños, José de: 600.

Pacelli, Eugenio: 126.
Pacheco, Nereo: 27.
Pacífico (Mar): 421, 642.
Pacto de Benidorm, 133.
Páez, Delfín Enrique: 628.
Páez, José Antonio: 241, 340.
El País (Diario. Caracas): 388, 657.
Palacio de Miraflores: 527.
Palacio Fajardo, Manuel: 81.
Palacios, Juan José: 39, 40, 280, 350.
Pamplona, Francisco de: 467.
Panamá: 21, 22, 134, 279, 301, 365, 368, 376, 468, 580, 603, 623, 634, 641, 642, 667.
Panteón Nacional: 544.
Papini, Giovanni: 523, 605, 607.
Paraguay: 478, 678.
Pardo, Isaac J: 421, 422.
París: 133, 697.
Parra León, Caracciolo: 29, 236, 239, 289, 337, 522, 570, 582, 629, 689, 691.
Parra Pérez, Caracciolo: 16, 103, 502.
Parra Pérez, Hugo: 268.
Parra, Teresa de la: 385.
Partido Comunista: 374, 421.
Partido Democrático Independiente: 266, 305.
Partido Democrático Venezolano (PDV): 47, 52.
Partido Liberal Amarillo: 691.
Partido Socialista (Chile): 369.
"Pasión y triunfo de dos grandes libros" de MBI: 708.
Paz y Trabajo (Trujillo): 458.
Pellín, José María: 31, 127, 522, 532.
Pennsylvania (EE.UU.): 434.
Pentateuco de disparate de MBI: 487.
Peña Chavarría, ?: 269, 270.
Peñalver, Fernando: 691.
Pepper, José Vicente: 169, 417.
Perera, Ambrosio: 502.

Pérez, Emilio: 671.
Pérez González, ?: 675.
Pérez Guevara, Martín: 672.
Pérez Jiménez, Marcos: 16, 19, 22, 23, 24, 28, 52, 53, 56, 80, 82, 89, 94, 135, 136, 137, 140, 142, 162, 165, 166, 168, 179, 180, 181, 249, 250, 252, 273, 279, 317, 318, 340, 343, 344, 392, 407, 408, 409, 410, 417, 418, 421, 628.
Pernía, ? Padre: 338.
Pérez Pisanti, Mario: 168.
Pérez Soto, Vincencio: 223, 226.
Perú: 461.
Perú de Lacroix, Luis: 502.
Peurofoy, ? (Embajador norteamericano): 70.
Piazza, Cardenal: 88.
Picón de Briceño, Josefina: 266, 274, 280, 282, 401, 413, 464, 468, 699, 704, 707, 709.
Picón, Juan de Dios: 114, 337.
Picón Lares, Eduardo: 502.
Picón Salas, Mariano: 111, 115, 281, 502.
Pietri, Luis Gerónimo: 225, 411, 422.
Pietropaoli, Carlo: 338.
Pilato, Poncio: 70, 320.
El piloto ciego de G. Papini: 605.
Pinay, Antoine: 86.
Pinto Salinas, Antonio: 317.
Pinzón, Rafael: 44.
Pío XII: 75, 126, 148, 259, 507.
Pisa (Italia): 68.
Pizani, Rafael: 22, 52, 672.
Planas Suárez, Simón: 101, 106.
Planck, Max: 113.
Platón, 215.
Plaza de la Concordia (París): 234.
Plaza, Padre ?: 344.
Poincaré, Raymond: 234.
Ponte, Andrés: 526.

Por la ciudad hacia el mundo de MBI: 154.
Portugal: 473.
La Prensa (Nueva York. Diario): 282.
Preston, Amyas: 140.
Prieto Figueroa, Luis Beltrán: 53, 566.
El Principe de N. de Maquiavelo: 365.
Problemas de la juventud venezolana de MBI: 92, 493.
El profesor García Morente por J. Iriarte: 334.
Programa de Febrero: 237.
Pro Missionibus de MBI: 426, 449, 458, 467.
Próspero: 668.
Proudfit, ?: 139, 401, 412.
Prusia: 473.
Puerto Rico: 21.
Pulido Méndez, Manuel Anto-

nio: 22, 53, 85, 89, 94.

Queipo del Llano, Gonzalo: 534.
Quevedo, Inocente: 502.
Quevedo, Numa: 39, 40, 43, 46, 93, 264, 280.
Quintero, José Antonio: 238, 336.
Quintero, José Humberto: 11, 16, 20, 27, 31, 32, 341, 498.
Quito: 461, 678, 683.

Ramírez MacGregor, Carlos: 280.
Ramírez Torres, Carlos: 199.
Ramos de Lora, Juan: 599.
Ramos, José Luis: 711.
Rangel, Domingo Alberto: 79.
Rangel Lamus, Amenodoro: 369, 663.
Real Academia Española (Madrid): 711.
El Regente Heredia de MBI: 583.
La Religión (Diario. Caracas): 127, 467, 532, 542.
"Reloj de piedra" de H. Cuenca: 706.
Remo: 528.
Renán, Ernesto: 439, 467.
Repertorio Americano (San José, C.R. Revista): 266, 522.
República Dominicana: 64, 72, 74.
Revista de Ambos Mundos (Madrid): 708.
Revolución Francesa: 435.
Reyes, Alfonso: 135, 393.
Reyes, Antonio: 189, 191.
Los Riberas de MBI: 182, 420.
Rincón González, Felipe: 128, 338.
Río Chama (Mérida): 450.
Río de Janeiro (Brasil): 85.
Río Escalante (Táchira): 450.
Río Grande (EE. UU): 174, 451.
Río Negro: 464.
Río Segundo (Costa Rica): 623.
Ríos, Manini: 623.
Rivas, José Nicomedes: 16.
Rockefeller, John D.: 532.
Rodó, José: 135, 502.
Rodríguez, Diego: 502.
Rodríguez Gragirena, Oscar: 408.
Rojas, Arístides, 112.
Rojas, Lucas: 671.
Rojas Paúl, Juan Pablo: 202, 204, 206.
Rojas Pinilla, Alfonso: 135, 136, 140, 142, 162, 253, 344.
Rojas, Rodolfo: 16, 350.
Roma: 68, 75, 317, 439, 441, 446, 447, 458, 470, 617, 690.
Rómulo: 528.
Roosevelt, Franklin Delano: 19, 23.
Rosadi, ?: 605.
Rosell, Atellano: 73.
Rosete, Francisco: 436.

La Rotunda (Cárcel. Caracas): 409.
Rousseau, Juan Jacobo: 75, 245.
Ruggieri Parra, Pablo: 93.
Ruiz Pineda, Leonardo: 30, 317.
Rusia: 97.

Saavedra Lamas, ? (canciller argentino): 102.
Sáez, Angel: 125.
Sahara: 474.
Salamanca (España): 33.
Salas, Julio: 463.
Salas, Tito: 340.
Salazar, Carlos: 64.
Salcedo Bastardo, José Luis: 93.
Saldo de MBI: 708.
El Salvador: 19.
Samper, Revollo: 236.
Sanabria, Edgard: 711.
San Agustín: 106, 125, 129, 428, 523.
San Ambrosio: 30.
San Bernardo: 704.
San Carlos (Cojedes): 116.
Sánchez Bella, Alfredo: 333.
Sánchez, Florencio: 34.
Sánchez, Joaquina: 28.
San Clemente: 440.
San Dionisio de Corinto: 440.
San Fernando (Apure): 444.
San Etanislao: 34.
San Francisco de Sales: 72.
Sanglé, ?: 605.
San Ignacio de Antioquía: 126, 344, 440.
San Ignacio de Loyola: 430.
San Jerónimo: 439, 440.
San José, Costa Rica: 179, 199, 200, 213, 221, 226, 230, 240, 244, 263, 267, 269, 301, 323, 325, 335, 370, 373, 377, 385, 397, 507, 513, 517, 524, 528, 531, 536, 538, 541, 546, 550, 556, 566, 567, 574, 611, 621, 623, 633, 657, 659, 689, 695.
San Juan: 447.
San Juan Crisóstomo: 102, 159.
San Juan de Puerto Rico: 379.
San Lucas: 443, 453, 457.
San Lino: 440.
San Martín, José de: 66, 214, 677.
San Mateo: 443.
San Miguel, Scio de: 447, 454.
San Narciso: 29.
San Nicodemo: 474.
San Pablo: 64, 86, 90, 410, 411, 427, 433, 439, 440, 441, 443, 457, 474, 523, 551, 607.
San Pedro: 30, 75, 259, 427, 439, 440, 446, 447, 457, 523.
San Salvador: 621.
Santa Alianza: 76.
Santana, Laura: 57.
Santana, Raúl: 57.
Santander, Francisco de Paula:

21, 677.
Santa Sede: 35.
Santa Teresa: 392.
Santiago Apóstol: 29.
Santiago de Chile: 365, 368, 369, 370, 373, 377, 611, 613.
Santo Domingo. Véase: *República Dominicana.*
Santos, Eduardo: 133, 135.
Santo Tomás: 87, 509.
Sanz Añez, Miguel: 103.
Sardi, Julio: 604.
Sarmiento, Domingo Faustino: 214.
Saturno, Juan: 39.
Savigny, Friedrich: 151.
Sayago, Elías: 227.
Schiller, Johann: 704.
Segreda de Capella, Zelmira: 214.
Seguridad Nacional (Policía política): 28, 103, 115.
La Semana Literaria (Revista. Maracaibo).
Semanario UNE (Caracas): 528, 540, 558.
Semprum, Jesús: 710.
Sentido y vigencia del 30 de noviembre de MBI: 249, 695.
"Seremos" (Grupo literario): 708, 712.
Servet, Miguel: 63, 572.
Siam: 18.
Sic (Revista. Caracas): 195, 333.
Sierra Morena (España): 317.
El Siglo (Diario. Bogotá): 584, 585.
Silva, Antonio Ramón: 338.
Silveira, Manuel: 350.
Simón-Bar-Jonás. Véase: San Pedro.
Simón, Pedro: 468.
Smith, ?: 139, 401.
Smith, Alberto: 267.
Socorro: 678.
La Soledad (San José, C.R.): 538.
Solón: 497.
Somoza, Anastasio: 135.
Sosa Rodríguez, Carlos: 22.
Spencer, Herbert: 472.
Stalin, Joseph: 18, 534.
Stanley, John Rowlands: 432.
Stevenson, Adlai: 253.
Suárez Flamerich, Germán: 317, 486, 489.
Sucre, Antonio José de: 213, 214, 215, 216.
Sucre, Luis: 692.
Suecia: 469, 474.
Suetonio: 440.
Suiza: 68.

Taine, Hipólito: 605, 690.
Tamayo Suárez, Oscar: 250.
Taparelli, ? (sacerdote italiano): 88.
Tapices de historia patria de MBI: 13, 333.
Tavera Acosta, Bartolomé: 460, 463, 464, 468, 481.

Teatro Nacional: 563.
Tejera, Enrique: 245.
Temas inconclusos de MBI: 16, 240.
Tenorio Sifontes, Ramón: 251.
Tenreiro, Pedro Pablo: 343.
El Tiempo (Bogotá. Diario): 253, 280, 584, 585, 588, 589, 627.
El Tiempo (Caracas. Diario): 281, 421.
Till, Emmet: 173.
Timoteo (personaje bíblico): 457.
Tito (Personaje bíblico): 457.
Tito (Joseph Broz): 18.
El Tocuyo (Lara): 269.
Tolland, ?: 555.
Tordesillas (España): 33.
Toriello, Guillermo: 61, 71.
Toro, Elías: 44, 421, 422.
Toro, Fermín: 103.
Torquemada, Tomás de: 336, 412, 470.
Tosta García, Francisco: 203.
Tovar, Josefa Antonia: 28.
El trabajo del mundo: 433.
La tragedia de Mayerling (film): 538.
La traición de los mejores de MBI: 27, 117, 493.
Tratado de Versalles: 153, 234.
Tribuna Popular (Diario. Caracas). 417.
Trinidad: 237.
Troconis Guerrero, Luis: 659.
Trujillo: 15, 269, 430, 431, 449, 450, 463, 479, 501, 502, 503, 597, 598, 599, 600, 690.
Trujillo, Rafael Leonidas: 75, 135, 344.
Truman, Harry S.: 411.

Ubico, Jorge: 64.
Ugarte Pelayo, Alirio: 75, 135, 628.
Unamuno, Miguel de: 286.
Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS): 16, 18, 71, 75, 136, 148.
Unión Nacional de Estudiantes (UNE): 518, 520, 521, 522, 524, 532, 542, 547, 548, 557, 558, 561, 562, 563, 580.
Unión Nacional Republicana (UNR): 266, 318.
Unión Republicana Democrática (URD): 14, 15, 23, 24, 72, 330, 418, 421, 586, 588.
United Fruit Company: 64, 69, 70, 96.
United States Steel Company: 63, 136.
El Universal (Diario. Caracas): 604, 712.
Universidad Católica Andrés Bello: 333, 410.
Universidad Central de Venezuela: 317, 706.
Universidad de Costa Rica: 215.
Universidad de Los Andes: 492.

Universidad del Zulia: 706, 711.
Universidad de San Buenaventura (Mérida): 467.
Universidad de Santa Rosa de Lima (Caracas): 467.
Urbaneja, Luis Felipe: 89, 317.
Urdaneta Maya, Ezequiel: 502.
Urdaneta, Mercedes: 415.
Urdaneta, Rafael: 671.
Uslar Pietri, Arturo: 16, 117, 169, 265, 350, 502.
Uzcátegui, Amador: 114.
Uzcátegui, Canónigo: 467.
Uzcátegui, Padre: 25.

Valencia: 421, 467, 548.
Valencia (España): 33.
Valenciano, P.: 508.
Valera, 127, 425, 438, 449, 450, 478, 548.
Valero, Pedro (conquistador): 435.
Valero, Pedro (nieto): 436.
Valladolid (España): 33.
Valle, José Cecilio del: 63.
Vallenilla Lanz, Laureano: 169, 442, 691.
Vallenilla Lanz, Laureano (hijo): 20, 56, 141, 180, 408, 411, 691.
Valparaíso (Chile): 695.
Valverde, Emilio: 377.
Vargas, José María: 114, 617, 691.
Vargas, Otto: 671.
Vaticano (Italia): 344.
Vegas, Martín: 44, 93, 169.
Vegas, Rafael: 16.
Velasco, Rafael María: 54, 223, 226.
Velásquez, Ramón J.: 502.
Venezuela: 12, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 28, 31, 32, 34, 35, 39, 43, 47, 55, 67, 69, 71, 80, 89, 90, 91, 92, 97, 106, 113, 116, 119, 120, 127, 128, 134, 140, 141, 143, 154, 182, 183, 190, 200, 209, 227, 230, 232, 236, 237, 241, 249, 251, 252, 255, 260, 263, 268, 289, 311, 316, 318, 335, 339, 341, 343, 344, 345, 354, 360, 374, 376 387, 392, 393, 401, 402, 408, 409, 418, 420, 435, 450, 460, 466, 486, 509, 512, 514, 518, 519, 527, 529, 536, 547, 551, 576, 578, 584, 589, 591, 598, 603, 612, 617, 633, 634, 647, 671, 672, 677, 679, 690, 696, 705, 711.
Venezuela intelectual, científica e industrial de D. Carbonell: 603.
Ventanas en la noche de MBI: 428, 458.
Versalles (Francia): 119.
Vida de Tito Livio de H. Taine: 690.
Vida y papeles de Urdaneta, el joven de MBI; 415.

Villalba, Jóvito: 23, 41, 47, 118, 147, 148, 165, 179, 251, 252, 282, 309, 340, 415, 418, 421, 576, 586, 627, 628, 629, 672, 698.
Villalba Villalba, Lucho: 43, 93, 169, 414.
Villalpando, Tomás de: 140.
Villavicencio, Rafael: 493.
Viña del Mar (Chile): 698.
Virgen de Coromoto: 342.
Virgilio: 301.
Visión (Revista): 70.
Vives, Juan Luis: 521.
Voltaire (Francois Marie Arouet): 467, 496.
Vulcano: 691.

Warren, ?: 139.
Washington, D.C.: 18, 22, 23, 61, 67, 68, 69, 72, 73, 97, 135, 136, 141, 143, 174, 285, 488, 490.
Welles, Summer: 16.
Wilson, Woodrow: 473.

Ya (Diario. Madrid): 62, 63, 125.
Yepes, Macario: 338.

Zamora, Ezequiel: 114, 569, 576, 577.
Zaragoza (España): 357, 360.
Zenón de Elea, 112.
ZETA (Seud. de MBI): 560, 564.
Zig-Zag (Editorial): 369.
Zulia (Estado): 15, 711.
Zuloaga, Nicomedes: 411, 422.
Zweig, Stefan: 569.

INDICE DE MATERIAS

AGRICULTURA. Véase: **ECONOMIA - Agrícola.**

ANARQUISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

ANTICLERICALISMO. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

ASILO POLITICO. Véase: **DERECHO.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 7-8, 11-35, 39-43, 54-5, 79-82, 118, 127, 137, 141-3, 165, 168-9, 173, 180, 195, 203-5, 209-10, 225-8, 249-51, 273-4, 279-80, 305-6, 309, 315, 323-4, 330-1, 335-6, 349-50, 357-9, 379, 388-9, 390, 392-3, 397-8, 401, 407-8, 410-14, 417-8, 420, 422, 425, 485-6, 488, 501-2, 556-8, 567-9, 572, 581, 582-3, 584, 591, 597, 605, 611, 613-4, 617, 621-2, 624, 628, 635, 647-9, 657, 663, 668, 695-7, 703, 708-9.

AUTORIDAD. Véanse:
- **CRISIS.**
- **FILOSOFIA - Conceptos.**
- **POLITICA - Doctrinas - Autoritarismo.**
- **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo - Autoridades.**

AUTORITARISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

BOLIVARIANISMO: 20-1, 114, 370. Véase además: Bolívar, Simón (Indice onomástico).

CABILDOS. Véase: **Historia - Instituciones.**

CAPITALISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

CARAQUEÑIDAD: 675-9, 683-5.

CATOLICISMO. Véase: **RELIGION - Cristianismo.**

CATOLICISMO Y POLITICA. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

CAUDILLISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

CIVILISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

CLERICALISMO. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

COLOMBIA. Véase: **HISTORIA - Nacional.**

COLONIA. Véase: **HISTORIA - Períodos - Colonial.**

COMUNISMO / ANTICOMUNISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

CONDUCTA POLITICA. Véase: **SOCIOLOGIA - Pueblo.**

CONGREGACIONES, ORDENES, COFRADIAS. Véase: **RELIGION -Cristianismo - Instituciones.**

CORRUPCION: 90-2.

CRISIS

- **De gobernantes: 46.**
- **Del Derecho: 147.**
- **De liderazgo: 45.**
- **De moral: 339, 343.**
- **De pecado: 90-2.**
- **De pueblo: 44-5, 88-93, 339.**

- De sinceridad: 97.
- De valores: 45, 94-7.
- Moral: 88-93, 94-7, 113, 250-1.
- Social: 45.

CRISIS DE LA IGLESIA. Véase: RELIGION - Cristianismo - Catolicismo - Iglesia venezolana.

CRISTIANISMO. Véase: RELIGION.
CULTO AL HEROE. Véase: HISTORIA.

CULTURA
- Culturología (pensamiento cultural): 111-21, 429.
- Folklore: 116.
- Imperialismo-Antiimperialismo: 134-7.
- Tendencias.
  - Evolucionismo: 603-4.
  - Hispanismo / Antihispanismo: 13.
  - Hispanoamericanismo / Antihispanoamericanismo: 66, 285-6.
  - Latinoamericanismo: 297.
  - Nacionalismo: 14, 16, 134, 319.
  - Panamericanismo: 285-6.
  - Positivismo: 493-4.

CULTUROLOGIA. Véase: CULTURA.

DERECHISMO. Véase: POLITICA - Tendencias.

DERECHO
- Asilo político: 101-8, 159-62.
- Pensamiento jurídico: 101-8, 147, 151, 160, 264, 509, 553-5, 668.

DESCOMPOSICION SOCIAL. Véase: SOCIOLOGIA.

DICTADURA. Véase: POLITICA - Doctrinas.

ECONOMIA
- Agrícola

- Pensamiento agrario: 633-4.
- Reforma agraria: 519-20, 523.
- Imperialismo económico: 69-70.
- Pensamiento económico: 69-76, 153, 510, 519, 532.
- Política económica: 633-4.

EDUCACION
- Gratuidad: 495.
- Historia: 466-7.
- Pensamiento educativo: 43, 120, 492-8, 569.
- Niveles
- Universitaria: 497.

ESCLAVISMO. Véase: SOCIOLOGIA.
ESPAÑA. Véase: HISTORIA - Nacional.
ESTADO. Véase: POLITICA - Conceptos.
ESTADOS UNIDOS. Véase: NORTEAMERICA.

ETNOLOGIA: 459-61.

ETNOLINGUISTICA: 460-1, 468.

EVOLUCIONISMO. Véase: CULTURA - Tendencias.

FILOSOFIA
- Conceptos
- Autoridad: 148-50.
- Culpa: 90-92.
- Pecado: 90-92.
- Respeto: 148-50.
- Enseñanza: 495.
- Pensamiento filosófico: 11, 46, 87, 91, 95, 125, 245, 568-9, 571-2.
- Tendencias.
- Materialismo: 97.
- Positivismo: 111-6

FOLKLORE. Véase: CULTURA.

GOBIERNO DE MARCOS PEREZ JIMENEZ. Véase: **HISTORIA - Períodos - Contemporáneo.**

GOBIERNO DE ROMULO GALLEGOS. Véase: **HISTORIA - Períodos - Contemporáneo.**

GOLPES DE ESTADO. Véase: **HISTORIA - Revoluciones.**

GOMECISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

GUATEMALA. Véase: **POLITICA - Internacional.**

HISPANISMO / ANTIHISPANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

HISPANOAMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

HISTORIA
- **Culto al héroe: 114, 116.**
- **Instituciones**
  - **Cabildos: 385-7.**
- **Nacional**
  - **Colombia: 409.**
  - **España: 533.**
  - **Hungría: 353.**
  - **Perú: 216.**
- **Pensamiento historiográfico: 114-5, 154, 442-3, 690-1.**
- **Períodos**
  - **Colonial: 675-7.**
  - **Contemporáneo**
    - **Gobierno de Marcos Pérez Jiménez: 35, 39-40, 56, 76, 79-82, 89-93, 94, 136-7, 140-2, 165-9, 179-83, 250-51, 289, 291-2, 317-8, 417-8, 628.**
    - **Gobierno de Rómulo Gallegos: 309-11.**
    - **Junta de Gobierno (1958): 179-80.**
  - **Independentista: 677-9.**
- **Regional**
  - **Trujillo: 598-9.**
- **Revoluciones / Guerras / Golpes de estado: 47, 52-3, 309-11, 418.**

HISTORIA DE LA IGLESIA. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo - Iglesia venezolana.**

HISTORIA RELIGIOSA. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Historia.**

HISTORIOGRAFIA. Véase: **HISTORIA - Pensamiento historiográfico.**

HUNGRIA. Véase: **HISTORIA - Nacional.**

IDEOLOGIZACIONES
- Indiferencia culpable: 402.

IDENTIDAD NACIONAL. Véase: **CULTURA- Tendencias - Nacionalismo.**

IGLESIA VENEZOLANA. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

IMPERIALISMO. Véanse: **- CULTURA**
- ECONOMIA - Imperialismo económico.
- POLITICA - Doctrinas.
- RELIGION - Cristianismo.

INDEPENDENCIA. Véase: **HISTORIA - Períodos - Independentista.**

INDIFERENCIA CULPABLE. Véase: **IDEOLOGIZACIONES.**

INSTITUCIONES Históricas. Véase: **HISTORIA.**

IRRELIGIOSIDAD. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

IZQUIERDISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

JUNTA DE GOBIERNO. Véase: **HISTORIA - Períodos - Contemporáneo.**

JUSTICIA SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

LATINOAMERICA
- Pensamiento latinoamericanista: 71-3, 133, 216-7, 641-3, 677.

LATINOAMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

LENGUA
- **Española: 357-8.**

LITERATURA
- **Géneros**
  - **Epístola: 7.**
- **Nacional**
  - **Costa Rica: 213-4.**

LOPECISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

MATERIALISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias.**

MEDINISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

MILITARISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

MISIONES. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

MORAL
- **Ideas morales: 496.**

MUNICIPALISMO
- **Pensamiento municipalista: 385-7, 542-3, 612, 675-9.**

NACIONALISMO. Véanse: - **CULTURA - Tendencias.**
- **HISTORIA - Tendencias.**

NATIVISMO. Véase: **LITERATURA - Corrientes.**

NAZISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

NEORREVISIONISMO. Véase: **HISTORIA - Tendencias - Revisionismo.**

NORTEAMERICA. Véanse:- **POLITICA -Doctrinas - Imperialismo**
- POLITICA - Internacional.

PACIFISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

PANAMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

PATRIOTISMO. Véanse: también: **- CULTURA - Tendencias - Nacionalismo.**
- HISTORIA - Tendencias.

PATRONATO. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo - Política religiosa.**

PAZ SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PRENSAMIENTO

- AGRARIO. Véase: **ECONOMIA - Agrícola.**
- ANTROPOLOGICO. Véase: **ANTROPOLOGIA.**
- CULTURAL. Véase: **CULTURA - Culturología.**
- ECONOMICO. Véase: **ECONOMIA.**
- EDUCATIVO. Véase: **EDUCACION.**
- HISTORIOGRAFICO. Véase: **HISTORIA.**
- JURIDICO. Véase: **DERECHO.**
- LATINOAMERICANISTA. Véase: **LATINOAMERICA.**
- POLITICO. Véase: **POLITICA.**
- RELIGIOSO. Véase: **RELIGION - Cristianismo.**
- SOCIOLOGICO. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PEREZJIMENISMO. Véase: **HISTORIA - Períodos - Contemporáneo.**

PERSECUCION POLITICA. Véase: **POLITICA - Policía política.**

PERSONAJES - RELIGIOSOS. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

PERU. Véase: **HISTORIA - Nacional.**

POLEMICAS. Véanse: **- POLITICA - Internacional.**
- RELIGION - Cristianismo.
- Cristianismo - Catolicismo.

POLITICA
- **Conceptos**
  - **Estado: 112.**
  - **Soberanía: 106.**
- **Doctrinas, ideologías y sistemas**
  - **Anarquismo: 6.**
  - **Autoritarismo: 511.**
  - **Capitalismo: 64-6, 86-88, 514.**
  - **Comunismo / Anticomunismo: 17-20, 62, 65, 67, 70-1, 73-4, 86-8, 128, 136, 174, 342, 508, 511, 513-5, 517, 520, 542.**
  - **Dictadura: 35, 39-48, 91-3, 371, 392, 402, 408-10.**
  - **Imperialismo / Antiimperialismo**
    - **Norteamericano: 13-4, 16-9, 21-2, 62-6, 68-75, 96, 134-7,139-43, 532.**
  - **Socialismo: 508.**
- **Elecciones: 12, 14-16, 318.**
- **Nacional**
  - **Guatemala: 61-7.**
- **Internacional**
  - **Norteamérica: 16-9, 86-7, 139-43.**
  - **Venezuela: 209-10.**
- **Pensamiento político: 7-8, 51-6, 61-67, 68, 72, 79-82, 91-3, 133-7, 179-83, 204-5, 216, 221-8, 249-51, 260, 263-6, 316-7, 366, 380-1, 388, 415, 421-2, 513-6, 517-8, 520, 533, 556-7, 567, 569-70, 580-1, 586-7, 671-2, 696-7.**
- **Polémicas: 79-82.**
- **Tendencias y movimientos**
  - **Caudillismo: 340.**
  - **Civilismo: 143.**
  - **Derechismo: 507, 510, 612.**
  - **Gomecismo: 200, 221-5, 520, 612, 668.**

- Izquierdismo: 507, 510, 515, 612.
- Lopecismo: 200, 221-5.
- Medinismo: 51-2, 350, 366, 389.
- Militarismo: 47, 310.

POLITICA ECONOMICA. Véase: ECONOMIA.

POSITIVISMO. Véase: CULTURA - Tendencias

PROTESTANTISMO. Véase: RELIGION - Cristianismo.

PUEBLO. Véase: SOCIOLOGIA.

RACISMO. Véase: SOCIOLOGIA.

REFORMA AGRARIA. Véase: ECONOMIA

RELIGION

- Cristianismo
  - Catolicismo
    - Autoridades: 126.
    - Clericalismo - Anticlericalismo: 88-90, 95-6.
    - Historia: 438-41.
    - Iglesia venezolana
      - crisis: 344-5.
      - historia: 337-45.
      - y Política: 76, 85-93, 127-8, 289-90, 291-3, 319-20, 337-45, 354, 401.
    - Instituciones
      - Congregaciones, órdenes y cofradías: 338, 341-5.
    - Misiones: 426-7, 467-8.
    - Polémicas: 96.
    - y política: 401-2.
  - Irreligiosidad: 494.
  - Pensamiento religioso: 12, 14, 41-42, 85-87, 89-90, 125-9, 152, 259-60, 291-3, 370-1, 425-9, 438-44, 508, 518, 522, 568, 597, 599-600, 604-5, 647-9.

- Polémicas: 425-9, 438-44, 459.
- Protestantismo
  - Imperialismo: 17, 96, 127.
  - Misiones: 427.
  - y Política: 96.

REVOLUCIONES. Véase: HISTORIA.

SEGURIDAD NACIONAL. Véase: POLITICA - Policía política.
SOBERANIA. Véase: POLITICA - Conceptos.
SOCIALISMO. Véase: POLITICA - Doctrinas.
SOCIEDAD. Véanse: - CRISIS - Social.
- CULTURA - y Sociedad.
- EDUCACION - y Sociedad.
- SOCIOLOGIA.

SOCIOLOGIA
- Conceptos
  - Tolerancia: 366, 371-2, 533, 550-1, 555, 558-60, 570.
- Descomposición social: 410.
- Esclavismo (esclavitud): 106.
- Justicia social: 508-9, 510, 514-5, 518, 533, 544, 553, 555.
- Paz social: 554-5, 571.
- Pensamiento sociológico: 41, 43-4, 47, 166, 191-2, 204-5, 221-5, 508, 510, 513, 517-20, 533, 538-40, 541-4, 550-2, 553-5, 570-2, 667, 690-1.
- Pueblo.
  - Conducta política: 12-3, 40.
- Racismo: 173-4.

TOLERANCIA. Véase: SOCIOLOGIA - Conceptos.

TRADICION, TRADICIONISMO Y TRADICIONALISMO: 13, 111, 114, 116-7, 119-20.

TRUJILLANIDAD: 501-4, 597-600

TRUJILLO. Véanse: - **HISTORIA - Regional.**
- **TRUJILLANIDAD.**

UNIVERSIDADES. Véase: **EDUCACION - Niveles.**

VENEZOLANIDAD: 154.

La impresión de este libro se realizó en los talleres
gráficos de la Nación, adscritos al Servicio Autónomo
Imprenta Nacional y Gaceta Oficial de la República,
en el mes de septiembre de 1997

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño–Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño–Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño–Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

En estas **Obras Completas**, en 27 volúmenes, se recoge desde los primeros libros publicados por el ensayista y la obra dispersa en publicaciones periódicas, hasta los valiosos materiales inéditos extraídos de su archivo personal, entre ellos, una valiosa colección epistolar.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño–Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988